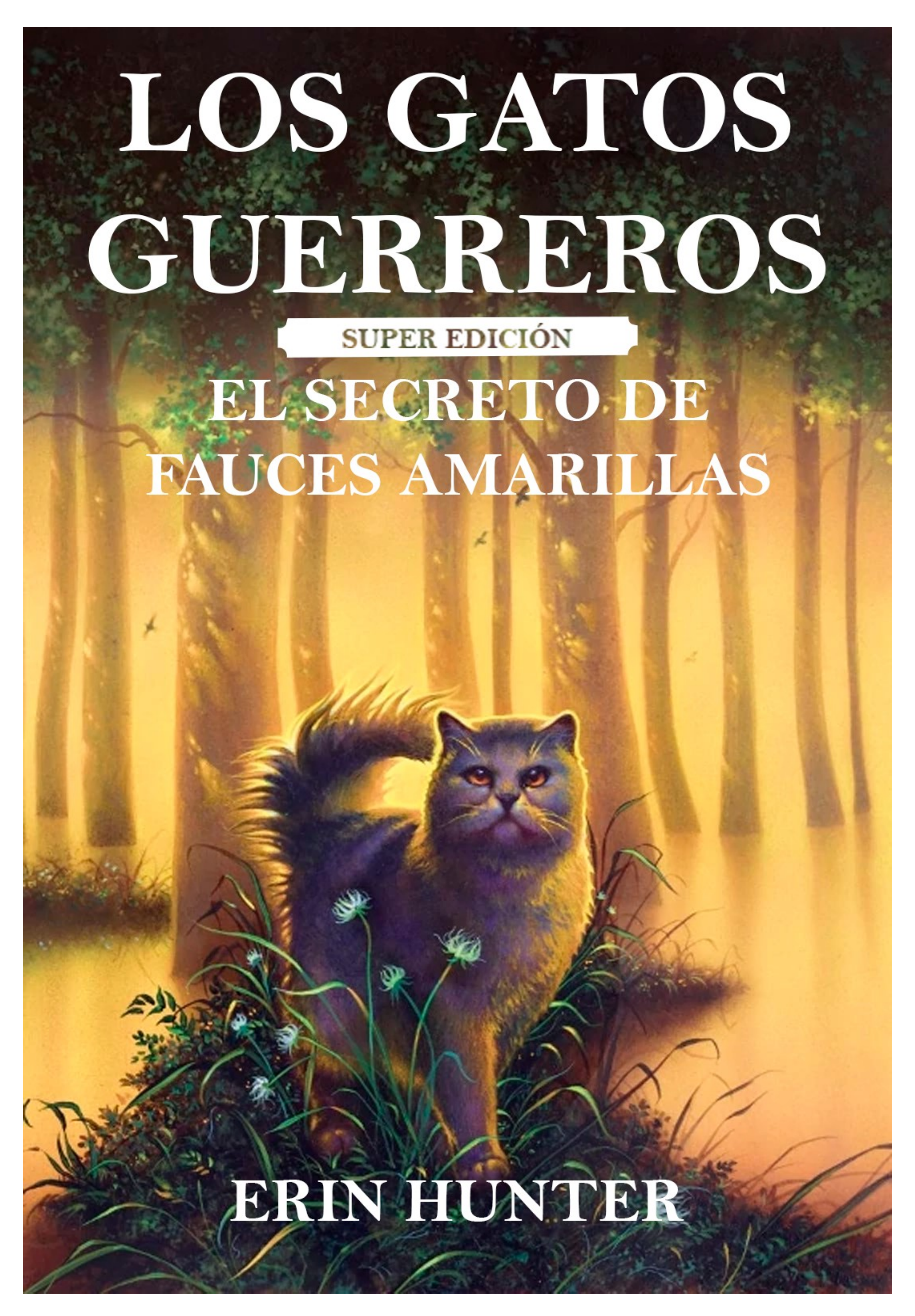


Traducción no oficial por Karian, Belu Morison, Milly Mendoza y Pichu06.
Edición de portada por Isis Arr.

—¿Esto es el Clan Estelar? —llamó Fauces Amarillas—. ¿Hay alguien ahí?

Un momento después, un pequeño gato de manto oscuro salió de las sombras. Le echó una larga mirada a Fauces Amarillas, y solemnemente sacudió la cabeza.

—Se acerca un gato —maulló—, un gato que nunca debería haber nacido, cuya vida traerá fuego y sangre al bosque, y sin embargo, ¡el Clan Estelar es impotente para detenerlo!

Fauces Amarillas lo miró horrorizada.

—¿No hay nada que podamos hacer?

El gato oscuro agachó la cabeza.

—Solo una cosa puede detener la marea de odio que este gato maldito de nacimiento traerá: el valor de una madre para conocer su destino.

Fauces Amarillas jadeó.

—¿Qué quieres decir? ¿Es una profecía?

—Es una *advertencia* —susurró el gato oscuro.

Dedicatoria

Gracias especiales a Cherith Baldry.

LIBRO ORIGINAL:
"Warriors: Yellowfang's Secret"
por ***Erin Hunter***.

ARTE DE LA PORTADA:
Wayne McLoughlin.

ARTE DEL CÓMIC:
James L. Barry.

TRADUCCIÓN NO OFICIAL POR:
Karian, ***Belu Morison***, ***Milly Mendoza*** *y* ***Pichu06***.

EDICIÓN DE PORTADA POR:
Isis Arr.

¡Para más traducciones, libros, concursos y fanarts, únete a nuestro grupo de Facebook!

Los Gatos Guerreros 🐾 [Fans] 💕

https://www.facebook.com/groups/1384429135129351/

¡No te pierdas el resto de nuestras traducciones!

Karian y Milly Mendoza:

Cuarta Saga Principal “El Presagio de las Estrellas”:

1. El Cuarto Aprendiz.
2. Ecos Desvanecidos.
3. Susurros Nocturnos.
4. Presagio Lunar.
5. El Guerrero Olvidado.
6. La Última Esperanza.

La Historia de Carrasca.
La Tormenta de Zarzoso.

Pichu06 y el Clan Nocturno:

El Viaje de Estrella de Nube.
La Venganza de Arce Sombrío.
La Decisión de Estrella de Pino.
La Maldición de Pluma de Ganso.
La Profecía de Estrella Azul.
La Deuda de Cola Roja.
Exiliados del Clan de la Sombra.
El Juicio de Patas Negras.
Una Sombra en el Clan del Río.
El Secreto de Ala de Mariposa.
El Camino de Cuervo.
Vientos de Cambio.
El Presagio de Estrella Vaharina.
La Despedida de Cuervo.
El Silencio de Ala de Tórtola.
La Sombra de Corazón de Tigre.
La Esperanza de Esquiruela.
Las Raíces de Árbol.

Quinta Saga Principal “Una Visión de Sombras”:

*1. La Búsqueda del Aprendiz**
*2. Trueno y Sombra.**
*3. Cielo Destrozado.**
4. La Noche más Oscura.
5. Río de Fuego.
6. La Tormenta Furiosa.

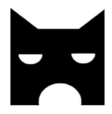
Sexta Saga Principal “El Código Roto”:

1. Estrellas Perdidas.
2. El Deshielo Silencioso.
3. Velo de Sombras.
4. Oscuridad Interna.
5. El Lugar Sin Estrellas.
6. Una Luz en la Niebla.

*Traducciones del Clan Nocturno y Karian.

Índice

Filiaciones



CLAN DE LA SOMBRA

Líder

ESTRELLA DE CEDRO (Cedarstar): gato gris muy oscuro con el estómago blanco.

Lugarteniente

COLMILLO DE PIEDRA (Stonetooth): atigrado gris de largos colmillos.

Curandera

BIGOTES DE SALVIA (Sagewhisker): gata blanca de largos bigotes.

Guerreros

(gatos y gatas sin crías)

COLA DE CUERVO (Crowtail): gata negra atigrada.

PATAS DE HELECHO (Brackenfoot): gato rojizo claro con piernas oscuras. Padre de Pequeña Amarilla.

OJO RAYADO (Archeye): gato gris atigrado con rayas negras y una gruesa raya sobre el ojo.
Aprendiz: ZARPA DE RANA.

FLOR DE ACEBO (Hollyflower): gata blanca y gris oscuro.
Aprendiza: ZARPA DE SALAMANDRA.

GARRA DE BARRO (Mudclaw): gato gris con patas marrones.

BRINCO DE SAPO (Toadskip): gato marrón oscuro
atigrado con manchas y piernas blancas.
Aprendiza: ZARPA DE CENIZA.

ORTIGA MANCHADA (Nettlespot): gata blanca con motas rojizas.

RATÓN ALADO (Mousewing): gato negro de largo y grueso pelaje.

SALTO DE CIERVA (Deerleap): gata gris atigrada con piernas blancas.

HOJA ÁMBAR (Amberleaf): gata naranja oscuro
con piernas y orejas marrones.

VUELO DE PINZÓN (Finchflight): gato negro y blanco.

ALA DE VENTISCA (Blizzardwing): gato blanco moteado.

RAYA DE LAGARTIJA (Lizardstripe): gata marrón
claro atigrado de ojos amarillos.

Aprendices

(de más de seis lunas, se entrenan para convertirse en guerreros)

ZARPA DE RANA (Frogpaw): gato gris oscuro.

ZARPA DE SALAMANDRA (Newtpaw): negra y rojiza.

ZARPA DE CENIZA (Ashpaw): gata gris claro con ojos azules.

Reinas

(gatas embarazadas o al cuidado de crías pequeñas)

TORMENTA DE PLUMAS (Featherstorm): gata marrón atigrada. Madre
de Pequeño Mellado (Raggedkit: marrón oscuro atigrado) y
Pequeño Abrasador (Scorchkit: rojizo atigrado).

FLOR RADIANTE (Brightflower): atigrada naranja. Pareja de Patas de Helecho; madre de Pequeña Amarilla (Yellowkit: gatita gris oscuro), Pequeño Nuez (Nutkit: gatito marrón), y Pequeña Serbal (Rowankit: color marrón y crema).

CHARCA NUBLADA (Poolcloud): gata blanca y gris.

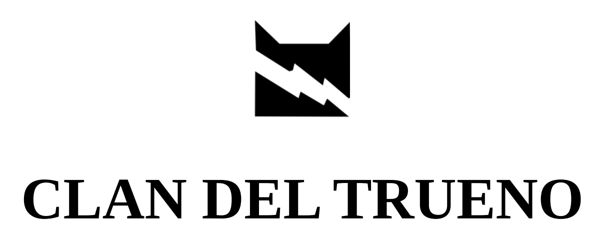
Veteranos

(antiguos guerreros y reinas, ya retirados)

AVE PEQUEÑA (Littlebird): pequeña gata anaranjada.

FAUCES DE LAGARTO (Lizardfang): gato atigrado marrón claro con un diente ganchudo.

FLAMA PLATEADA (Silverflame): gata naranja y gris. Madre de Flor Radiante.



CLAN DEL TRUENO

Líder

ESTRELLA DE PINO (Pinestar): gato marrón rojizo de ojos verdes.

Lugarteniente

CAÍDA DEL SOL (Sunfall): gato naranja brillante de ojos amarillos.

Curanderos

PLUMA DE GANSO (Goosefeather): gato gris moteado con ojos azul claro.
Aprendiz: ZARPA PLUMOSA (Featherpaw: gato plateado claro de brillantes ojos ámbar).

Guerreros

FAUCES DE VÍBORA (Adderfang): gato marrón moteado atigrado con ojos amarillos.

LEONINO (Tawnyspots): gato gris claro atigrado de ojos ámbar.

MANTO DE GORRIÓN (Sparrowpelt): gran gato marrón oscuro atigrado de ojos amarillos.

OREJITAS (Smallear): gato gris de orejas muy pequeñas.
Aprendiza: ZARPA BLANCA (Whitepaw: gata gris claro, ciega de un ojo).

ALA DE PETIRROJO (Robinwing): pequeña gata marrón con una mancha rojiza en el pecho y ojos ámbar.

MANTO BORROSO (Fuzzypelt): macho negro de pelaje puntiagudo y ojos amarillos.

VUELO DE VIENTO (Windflight: gato gris atigrado de ojos verde claro.
Aprendiza: ZARPA MOTEADA (Dapplepaw: gata carey
con un característico manto moteado).

Reinas

BRISA VELOZ (Swiftbreeze): gata atigrada con blanco y ojos amarillos.

FLOR DE LUNA (Moonflower): gata gris plateado.

Veteranos

BIGOTES DE HIERBA (Weedwhisker): gato naranja claro con ojos amarillos.

PATAS SUSURRANTES (Mumblefoot): gato marrón,
levemente torpe, con ojos ámbar.

CANTO DE ALONDRA (Larksong): gata carey de claros ojos verdes.



CLAN DEL VIENTO

Líder

ESTRELLA DE BREZO (Heatherstar): gata gris rosáceo con ojos azules.

Lugarteniente

JUNCO PLUMOSO (Reedfeather): gato marrón claro.

Curandero

CORAZÓN DE HALCÓN (Hawkheart): gato moteado color café oscuro y ojos amarillos.

Guerreros

RAYA DEL AMANECER (Dawnstripe): gata atigrada dorada clara con rayas color crema.
Aprendiz: ZARPA ALTA (Tallpaw: gran gato negro y blanco con ojos ámbar).

GARRA ROJA (Redclaw): gato rojizo.
Aprendiz: ZARPA DE MUSARAÑA (Shrewpaw: gato marrón oscuro de ojos amarillos).

Veterano

BAYA BLANCA (Whiteberry): pequeño gato completamente blanco.



CLAN DEL RÍO

Líder

ESTRELLA DE GRANIZO (Hailstar): gato gris de largo pelaje.

Lugarteniente

CORAZÓN DE CARACOLA (Shellheart): macho gris moteado.

Curanderas

PELAJE DE LECHE (Milkfur): atigrada gris y blanca.
Aprendiza: ZARPA DE ZARZAL (Bramblepaw: gata de pelaje blanco salpicado de manchas negras y ojos azules).

Guerreros

GARRA RIZADA (Rippleclaw): gato negro y plateado.

PELAJE DE LEÑA (Timberfur): gato marrón.

PELAJE DE BÚHO (Owlfur): gato marrón y blanco.

NUTRIA MANCHADA (Ottersplash): gata blanca y naranja claro.

Reinas

TALLO DE LIRIO (Lilystem): gata gris.

COLA DE GAMA (Fallowtail): gata marrón claro de ojos azules y suave pelaje.

Veterano

GARRA DE TRUCHA (Troutclaw): gato atigrado gris.

GATOS DESVINCULADOS DE LOS CLANES

MERMELADA (Marmalade): gato rojizo grande.

PIXIE: gata blanca y esponjosa.

COLORADA (Red): gata de color rojizo oscuro.

GUIJARRO (Boulder): gato gris.

URRACA (Jay): gata anciana color blanco y negro.

HAL: gato atigrado marrón oscuro.



Prólogo

La luz de las estrellas brillaba en una gran caverna a través de un agujero irregular en el techo. El tenue brillo plateado fue suficiente para mostrar una roca alta que sobresalía del piso en el centro de la cueva, flanqueada por paredes de roca elevadas, y en un lado, el agujero oscuro y enorme de la entrada de un túnel. Las sombras en la boca del túnel se espesaron y seis gatos emergieron a la caverna. Su líder, un gato gris moteado con pelaje desordenado y apelmazado, se acercó a la roca y se volvió hacia los demás.

—Bigotes de Salvia, Corazón de Halcón, Pelaje de Leche —comenzó, asintiendo con la cabeza a cada gato mientras los nombraba—, nosotros, los curanderos de los cuatro Clanes, estamos aquí para llevar a cabo una de nuestras ceremonias más importantes: la creación de un nuevo aprendiz de curandero.

Dos gatos más se demoraban junto a la entrada del túnel, con las pupilas enormes en la penumbra. Uno de ellos movió las patas como si se hubieran congelado en la fría piedra.

—Por el bien del Clan Estelar, Pluma de Ganso, adelante —murmuró Corazón de Halcón con un movimiento impaciente de su cola.

Pluma de Ganso lo fulminó con la mirada y luego se volvió hacia los dos gatos jóvenes junto al túnel.

—Zarpa Plumosa, ¿estás listo? —preguntó.

El más grande de los dos, un gato de pelaje plateado, asintió con nerviosismo.

—Supongo que sí —maulló.

—Entonces ven aquí y ponte delante de la Piedra Lunar —dirigió Pluma de Ganso—. Pronto será el momento de compartir lenguas con el Clan Estelar.

Zarpa Plumosa vaciló.

—Pero yo… no sé qué decir cuando conozca a nuestros antepasados.

—Lo sabrás —le dijo la otra gata joven. Su pelaje blanco brilló cuando le tocó el hombro con el hocico—. Será increíble, ya verás. ¡Tal como fue cuando me convertí en aprendiza de Pelaje de Leche!

—Gracias, Zarpa de Zarzal —murmuró Zarpa Plumosa.

Se acercó a Pluma de Ganso, mientras Bigotes de Salvia, Pelaje de Leche y Corazón de Halcón se sentaron a un par de colas de distancia. Zarpa de Zarzal ocupó su lugar al lado de su mentora.

De repente, la luna apareció por el agujero en el techo, arrojando una deslumbrante luz blanca hacia la cueva. Zarpa Plumosa se detuvo y parpadeó de

asombro cuando la Piedra Lunar despertó con vida brillante, resplandeciente de plata.

Pluma de Ganso dio un paso adelante para pararse frente a él.

—Zarpa Plumosa —maulló—, ¿es tu deseo compartir el conocimiento más profundo del Clan Estelar como curandero del Clan del Trueno?

Zarpa Plumosa asintió.

—Sí —respondió, su voz salió como un graznido sin aliento. Se aclaró la garganta y volvió a intentarlo—. Lo deseo.

—Entonces, sígueme.

Pluma de Ganso se giró, haciéndole señas con la cola y dio los pocos pasos que lo separaban de la Piedra Lunar. Sus ojos azul pálido brillaban como lunas gemelas mientras hablaba.

—Guerreros del Clan Estelar, les presento a este aprendiz. Ha escogido la senda del curanderismo. Concédanle su sabiduría y perspicacia para que pueda comprender sus caminos y sanar a su Clan de acuerdo con su voluntad. —Moviendo su cola hacia Zarpa Plumosa, susurró—: Échate aquí y pega la nariz contra la piedra.

Rápidamente Zarpa Plumosa obedeció, acomodándose cerca de la piedra y extendiéndose para tocar su superficie resplandeciente con la nariz. Los otros curanderos se acercaron a él, tomando posiciones similares alrededor de la piedra. En el silencio y la luz brillante, el nuevo aprendiz de curandero cerró los ojos.

Los ojos de Zarpa Plumosa se abrieron parpadeando y se incorporó de un salto. Estaba de pie, hundido hasta el pecho en un pasto exuberante, en un claro de un bosque iluminado por el sol. Por encima de su cabeza, los árboles se agitaban con la cálida brisa. El aire estaba cargado de olor a presas y helechos húmedos.

—¡Hola, Zarpa Plumosa!

El joven gato se dio la vuelta. Acercándose a él a través del pasto había una gata atigrada y blanca con ojos azules; ella le dio un movimiento amistoso con la cola mientras se acercaba.

Zarpa Plumosa la miró fijamente.

—¡P-Pelaje de Malva! —jadeó—. ¡Te he extrañado mucho!

—Puede que ahora sea una guerrera del Clan Estelar, pero siempre estoy contigo, querido —ronroneó Pelaje de Malva—. Es bueno verte aquí, Zarpa Plumosa. Espero que sea la primera vez de muchas.

—Yo también lo espero —Zarpa Plumosa respondió.

Pelaje de Malva siguió caminando, atravesando el pasto hasta que se unió a un gato rojizo en el borde de los árboles; juntos, los dos gatos del Clan Estelar desaparecieron entre la maleza. Cerca del lugar donde habían desaparecido, otro guerrero del Clan Estelar estaba agachado junto a un pequeño estanque, lamiendo el agua. Unos latidos más tarde, una ardilla atravesó el claro y trepó por el tronco de

un roble, con dos más de los antepasados estrellados de Zarpa Plumosa pisándole la cola.

Zarpa Plumosa escuchó que llamaban de nuevo su nombre.

—¡Oye, Zarpa Plumosa! ¡Aquí!

El aprendiz de curandero miró el claro a su alrededor. Su mirada se posó en un gato negro, casi oculto en las sombras bajo un acebo. Era pequeño y delgado, con su hocico gris por la edad.

El gato de pelaje oscuro hizo una seña con la cola.

—¡Aquí! —repitió, con la voz baja y urgente—. ¿Se te atascaron las patas en la tierra?

Zarpa Plumosa se abrió paso a empujones a través del pasto hasta que se paró frente al gato.

—¿Quién eres tú? ¿Qué quieres?

—Mi nombre es Manto de Topo —respondió el gato—. Tengo un mensaje para ti.

Los ojos de Zarpa Plumosa se abrieron de par en par.

—¿Un mensaje del Clan Estelar, mi primera vez aquí? —respiró—. Vaya, eso es genial.

Manto de Topo dejó escapar un gruñido irritado.

—Puede que no lo creas cuando hayas escuchado lo que es.

—Continúa.

Manto de Topo lo miró fijamente con una gélida mirada verde.

—Una fuerza oscura está en camino —dijo con voz ronca—, con el poder de perforar profundamente el corazón del Clan del Trueno. Y será traído por una curandera del Clan de la Sombra.

—¡¿Qué?! —La voz de Zarpa Plumosa se convirtió en un chillido agudo—. Eso no puede ser cierto. Los curanderos no tienen enemigos y no causan problemas a otros Clanes.

Manto de Topo ignoró su protesta.

—Hace mucho tiempo, yo era el curandero del Clan de la Sombra —prosiguió—. Mis compañeros de Clan y yo le hicimos un gran daño a otro Clan, un Clan que pertenecía al bosque tanto como cualquiera de nosotros, pero que fue expulsado por nuestro egoísmo y duro corazón. Entonces supe que lo que habíamos hecho estaba mal y he esperado, con el corazón lleno de pavor, a que los Clanes fueran castigados.

—¿Castigados? ¿Cómo? —preguntó Zarpa Plumosa con voz ronca.

—¡El tiempo ha llegado! —Los ojos verdes de Manto de Topo estaban muy abiertos y parecía estar mirando a lo lejos—. Un veneno brotará del corazón del Clan de la Sombra y se extenderá a todos los demás Clanes. —Su voz se convirtió en un suave y misterioso lamento—. ¡Una tormenta de sangre y fuego barrerá el bosque!

Zarpa Plumosa miró al viejo gato con horror. Antes de que pudiera hablar, un poderoso gato blanco y negro se abrió paso a través de un grupo de helechos y se acercó al acebo.

—Manto de Topo, ¿qué estás haciendo? —demandó—. ¿Por qué le estás contando todo esto a un aprendiz del Clan del Trueno? ¡No sabes si este es el momento!

Manto de Topo resopló.

—¡Una vez fuiste mi aprendiz, Vientre Hueco, y no lo olvides! *Sé* que tengo razón.

Vientre Hueco miró a Zarpa Plumosa, luego de nuevo a Manto de Topo.

—Las cosas son diferentes ahora —maulló.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué va a pasar? —preguntó Zarpa Plumosa, con la voz temblorosa.

Vientre Hueco lo ignoró.

—No hay razón para castigar al Clan de la Sombra —continuó—. Lo que pasó fue hace demasiado tiempo. El código del curandero mantendrá a los Clanes a salvo.

—Eres un tonto, Vientre Hueco —gruñó Manto de Topo—. El código del curandero no puede hacer *nada* para salvar a los Clanes.

—¡No lo sabes con seguridad! —Cuando Manto de Topo no respondió, Vientre Hueco se volvió hacia Zarpa Plumosa—. Por favor, no digas nada sobre esto —maulló —. No hay necesidad de esparcir alarmas, no cuando el futuro se pierde en la niebla incluso para el Clan Estelar. Prométeme que no se lo dirás a ninguno de tus compañeros de Clan. ¡Prométetelo por la vida de tus antepasados!

Zarpa Plumosa parpadeó.

—Lo prometo —susurró.

Vientre Hueco asintió.

—Gracias, Zarpa Plumosa. Cuídate. —Empujando a Manto de Topo para que se levantara, se llevó al viejo curandero a los árboles.

Zarpa Plumosa los siguió con la mirada. Después de unos pocos latidos, salió de debajo del acebo y se tambaleó hacia el claro iluminado por el sol.

—¡Incluso si Manto de Topo estaba diciendo la verdad, no tiene sentido! —maulló en voz alta—. ¿Cómo puede el Clan del Trueno ser amenazado por una curandera del Clan de la Sombra?



1

—¡Guerreros del Clan de la Sombra, ¡ataquen!

Pequeña Amarilla salió disparada de la maternidad y atravesó el campamento del Clan de la Sombra. Sus hermanos, Pequeño Nuez y Pequeña Serbal, corrieron tras ella.

Pequeño Nuez se abalanzó sobre una piña que estaba al pie de uno de los pinos que sobresalían del claro.

—¡Es un guerrero del Clan del Viento! —chilló, golpeándolo con sus diminutas patas marrones—. ¡Fuera de nuestro territorio!

—¡Caza-conejos! —Pequeña Serbal sacó las garras, gruñendo—. ¡Ladrones de presas!

Pequeña Amarilla saltó a un zarcillo descarriado de las zarzas que rodeaban el campamento; sus patas se enredaron en él y perdió el equilibrio, rodando en una bola con patas y cola. Se puso de pie y se agachó frente a la zarza, mostrando los dientes en un gruñido.

—¿Quieres hacerme tropezar? —chilló, rastrillando con sus garras a través de las hojas—. ¡Toma eso!

Pequeño Nuez comenzó a explorar el claro, mirando a su alrededor con los ojos ámbar entrecerrados.

—¿Pueden ver más guerreros del Clan del Viento en nuestro territorio? —preguntó.

Pequeña Amarilla vio a un grupo de veteranos compartiendo lenguas en un rayo de luz solar.

—¡Sí! ¡Por ahí! —ella gritó.

Pequeño Nuez y Pequeña Serbal la siguieron mientras corría por la dura tierra marrón y se detenía frente a los veteranos.

—¡Guerreros del Clan del Viento! —Pequeña Amarilla comenzó, tratando de sonar tan digna como su líder de Clan, Estrella de Cedro—. ¿Están de acuerdo en que el Clan de la Sombra es el mejor de todos los Clanes? ¿O necesitan sentir nuestras garras en su pelaje para persuadirlos?

Ave Pequeña, con su rojizo pelaje brillando en la cálida luz, se sentó, dando a los otros veterano una mirada divertida.

—No, son demasiado feroces para nosotros —maulló—. No queremos pelear.

—¿Prometen dejar que nuestros guerreros crucen su territorio cuando quieran? —Pequeña Serbal gruñó.

—Lo prometemos. —Flama Plateada, la madre de Flor Radiante, la mamá de Pequeña Amarilla, se tiró al suelo y parpadeó con miedo hacia los cachorros.

Fauces de Lagarto se apartó de los tres cachorros, moviendo sus delgadas extremidades marrones.

—El Clan de la Sombra es mucho más fuerte que nosotros.

—¡Sí! —Pequeña Amarilla rebotó en el aire—. ¡El Clan de la Sombra es el mejor! —En su emoción, saltó encima de Pequeño Nuez, rodando una y otra vez con él en un nudo de pelaje gris y marrón.

«*¡Voy a ser la mejor guerrera del mejor Clan del bosque!*», pensó con regocijo.

Se separó de Pequeño Nuez y se puso de pie.

—Ahora eres un guerrero del Clan del Viento —instó—. ¡Conozco algunos movimientos de batalla increíbles!

—¿Movimientos de batalla? —interrumpió una voz desdeñosa—. ¿Tú? ¡Eres solo una cachorra!

Pequeña Amarilla se dio la vuelta para ver a Pequeño Mellado y su hermano, Pequeño Abrasador, de pie a un par de colas de distancia.

—¿Y tú qué eres? —ella exigió, enfrentando al gran gato atigrado oscuro—. Pequeño Abrasador y tú todavía eran cachorros la última vez que miré.

—Pero pronto seremos aprendices —replicó Pequeño Mellado—. Pasarán lunas y lunas antes de que tú empieces a entrenar.

—Si. —Pequeño Abrasador se lamió una pata rojiza y se la pasó por la oreja—. Seremos *guerreros* para entonces.

—¡En sus sueños!

Pequeña Serbal saltó para pararse junto a Pequeña Amarilla, mientras que Pequeño Nuez la flanqueaba del otro lado.

—Hay conejos que serían mejores guerreros que ustedes dos.

Pequeño Abrasador se agachó, sus músculos se tensaron para saltar sobre ellos, pero Pequeño Mellado lo bloqueó con la cola.

—No valen la pena —maulló altivamente—. Vamos, enanos, mírennos y les mostraremos algunos movimientos de batalla *reales*.

—¡Ustedes no son nuestros mentores! —gritó Pequeño Nuez—. Todo lo que saben hacer es estropear nuestro juego.

—¡Su juego! —Pequeño Mellado puso los ojos en blanco—. Como si no fuesen a entrar chillando en la maternidad si el Clan del Viento realmente atacara nuestro campamento.

—¡No lo haríamos! —Pequeña Serbal exclamó.

Pequeño Mellado y Pequeño Abrasador la ignoraron y les dieron la espalda a los cachorros más jóvenes.

—Tú me atacarás primero —ordenó Pequeño Abrasador.

Pequeño Mellado pasó corriendo junto a su hermano y le dio un golpe en la oreja. Pequeño Abrasador se giró y se abalanzó sobre la cola de Pequeño Mellado. El cachorro marrón rodó sobre su espalda, con las cuatro patas listas para defenderse.

Molesta como estaba, Pequeña Amarilla no pudo evitar admirar a los gatos mayores. Sus patas ansiaban practicar sus movimientos de batalla, pero sabía que ella y sus hermanos solo serían la burla si lo intentaban.

—¡Vamos! —Pequeño Nuez le dio un empujón—. Vamos a ver si hay ratones en las zarzas.

—No atraparán ninguno, incluso si los hay —maulló Pequeño Mellado, levantándose y sacudiendo los escombros de su pelaje.

—No estaba hablando contigo. —El pelaje de Pequeño Nuez se erizó y mostró unos dientes diminutos y afilados como espinas—. ¡Minino casero!

Por un momento, los cinco gatitos se congelaron. Pequeña Amarilla podía sentir su corazón latiendo con fuerza. Al igual que sus hermanos, había oído a los veteranos chismorrear, preguntándose quién había sido el padre de Pequeño Mellado y Pequeño Abrasador, preguntándose unos a otros si era cierto que la pareja de Tormenta de Plumas había sido un minino casero. La joven gata había ido a vagar a menudo por el Poblado de los Dos Patas y nunca había sido obviamente cercana a ninguno de los gatos del Clan. Pero Pequeña Amarilla sabía que era algo que nunca, nunca debías decir en voz alta.

Pequeño Mellado se acercó un poco más a Pequeño Nuez, con las patas rígidas por la furia.

—¿*Cómo* me llamaste? —gruñó, con su voz peligrosamente tranquila.

Los ojos de Pequeño Nuez estaban muy abiertos y asustados, pero no retrocedió.

—¡Minino casero! —repitió él.

Un gruñido bajo salió de la garganta de Pequeño Mellado. La mirada de Pequeño Abrasador se oscureció y flexionó sus garras. Ninguno de los dos se parecía en nada a una mascota suave y esponjosa. Pequeña Amarilla se preparó para defender a su hermano.

—¡Pequeño Nuez!

Pequeña Amarilla se volvió al oír la voz de su madre. Flor Radiante estaba de pie junto al arbusto espinoso que protegía el hueco de la maternidad. Su cola atigrada naranja se movía con molestia.

—Pequeño Nuez, si no puedes jugar con sensatez, será mejor que vuelvas aquí. Ustedes también, Pequeña Amarilla y Pequeña Serbal. No les permitiré pelear.

—No es justo —Pequeño Nuez murmuró mientras los tres hermanos comenzaban a caminar hacia la maternidad. Raspó sus patas a través de las acículas de pino en el suelo—. Ellos empezaron.

—Son solo mininos caseros estúpidos —susurró Pequeña Serbal.

Pequeña Amarilla no pudo resistirse a mirar por encima de su hombro cuando llegó al arbusto espinoso. Pequeño Mellado y Pequeño Abrasador estaban en medio

del claro, mirándolos con furia. La fuerza de la ira de Pequeño Mellado la asustó y le fascinó al mismo tiempo. Detrás de ella podía sentir algo más: un espacio negro que resonaba con temerosos interrogantes. Pensó en su propio padre, Patas de Helecho, que contaba historias de patrullas, cacerías y Asambleas en los Cuatro Árboles, que dejaba que sus cachorros saltaran sobre él y fingía que era un zorro para que ellos pudieran atacarlo. Pequeña Amarilla lo amaba y quería ser como él.

«*¿Cómo se sentirá no saber quién es tu padre? ¿Especialmente si todos los gatos piensan que es una mascota?*»

Entonces Pequeña Amarilla se dio cuenta de que la mirada de Pequeño Mellado se había cruzado con la de ella. Con un chillido de alarma, se agachó debajo de las ramas y cayó a la maternidad tras sus hermanos.



2

—Estoy aburrido —se quejó Pequeño Nuez—. Vamos a jugar en la guarida de los guerreros.

Pequeña Amarilla lo miró parpadeando.

—¿Tienes cerebro de ratón? Los guerreros nos arrancarán la piel.

Habían pasado tres amaneceres desde la pelea con Pequeño Mellado y Pequeño Abrasador. Pequeña Amarilla todavía se sentía incómoda a su alrededor y trataba de evitarlos en el campamento.

—¡Eres una ratona asustadiza! —Pequeño Nuez se burló de ella. Vamos, mira debajo del arbusto. ¡Te reto!

«*No puedo dar marcha atrás ahora*», pensó Pequeña Amarilla, preparándose mientras miraba a través del claro hacia la espesa zarza donde dormían los guerreros. Como todas las guaridas del Clan de la Sombra, la suya era un hueco poco profundo en el suelo, protegido por espinas entrelazadas y encerrado por un círculo de zarzas. Las guaridas rodeaban un claro debajo de pinos, con la entrada al campamento en un extremo y una gran roca cubierta de líquenes, conocida como la Roca del Clan, en el otro.

Pequeña Serbal dio un empujón a Pequeña Amarilla.

—¡No lo hagas! Flor Radiante nos está mirando. Mira allá. —Inclinó las orejas hacia donde Flor Radiante y Patas de Helecho compartían un campañol junto a la pila de carne fresca.

Entre bocados, Flor Radiante estaba volviendo la cabeza para revisar sus cachorros.

Una ola de afecto por su madre se apoderó de Pequeña Amarilla. «*Me alegro de parecerme a ella*», pensó. Una vez había visto su propio reflejo en un charco y casi pensó que estaba mirando una pequeña copia de Flor Radiante. Aunque su pelaje era gris, no atigrado naranjada como el de su madre, tenía la misma cara ancha y plana, nariz chata y ojos ambarinos muy abiertos. «*Quiero ser justo como ella*, y *justo como mi padre* —pensó Pequeña Amarilla—. *Una guerrera y una reina. Tendré muchos cachorros y los criaré para que sean grandes guerreros para nuestro Clan.*»

—¡Conozco un juego! —ella anunció—. Ustedes serán mis cachorros y yo les enseñaré cómo atrapar ranas.

—¡Bueno! —Pequeña Serbal se sentó frente a Pequeña Amarilla y envolvió su cola cuidadosamente alrededor de sus patas.

Pequeño Nuez puso los ojos en blanco, pero no dijo nada mientras se sentaba junto a Pequeña Serbal.

Pequeña Amarilla dejó escapar un siseo.

—Nunca vi cachorros tan desarreglados —regañó—. Pequeño Nuez, ¿has estado dando vueltas por las zarzas? Y Pequeña Serbal, solo mira el pelaje de tu pecho. ¡Dale una buena lamida *ahora mismo*!

Pequeña Serbal dejó escapar una pequeña mueca de diversión mientras comenzaba a lamer el pelaje de su pecho. Pequeño Nuez se retorció mientras Pequeña Amarilla usaba sus garras para quitar espinas imaginarias de su pelaje.

—Este es un juego tonto —murmuró él—. Y *tu* manto tampoco está tan bien.

Pequeña Amarilla le dio un ligero zarpazo alrededor de la oreja.

—¡No te atrevas a hablarle así a tu madre!

Ella retrocedió, revisando cuidadosamente el pelaje de sus hermanos, luego asintió.

—Mucho mejor. Ahora, cachorros, escuchen. Vamos a aprender a atrapar una rana. ¡Pequeño Nuez, presta atención! —Movió la cola sobre la oreja de su hermano mientras él observaba el vuelo entrecortado de una mariposa blanca—. Lo más importante para recordar acerca de las ranas es que saltan.

—¿Puedo ser la rana? ¿Puedo? —Pequeña Serbal preguntó, brincando arriba y abajo de la emoción—. ¡Puedo saltar muy alto!

Pequeña Amarilla dejó escapar un suspiro de exasperación.

—¡No! Tienes que *escuchar*.

Flor Radiante estaba cruzando el claro hacia ellos, con los ojos cálidos y divertidos.

—Parece un buen juego —maulló—. Pequeña Amarilla, serás una gran reina algún día.

—¡Y una guerrera! —Pequeña Amarilla insistió.

—Por supuesto —ronroneó Flor Radiante—. Si es eso lo que quieres.

—¡Lo es! Seré la mejor... —Pequeña Amarilla se interrumpió cuando vio a Estrella de Cedro emergiendo de su guarida debajo del roble.

El líder del Clan atravesó el claro y saltó a la Roca del Clan.

—¡Que todos los gatos lo bastante mayores para cazar sus propias presas acudan aquí, bajo la Roca del Clan, para una reunión! —gritó.

Pequeña Amarilla se volvió hacia su madre.

—¿Qué está pasando?

—Espera y verás —respondió Flor Radiante—. Vengan a sentarse conmigo y con su padre.

Pasando su cola alrededor de los tres cachorros, Flor Radiante los condujo a través del claro hasta donde Patas de Helecho estaba sentado junto al montón de carne fresca. Mientras tanto, se estaban reuniendo más gatos del Clan.

Bigotes de Salvia, la curandera, salió de su guarida a la sombra de la Roca del Clan y se sentó frente a su líder. Charca Nublada, con el vientre lleno de cachorros,

se arrastró fuera de la maternidad y caminó lentamente hacia la entrada de la guarida de los guerreros, donde su pareja, Brinco de Sapo, acababa de aparecer. La aprendiza de Brinco de Sapo, Zarpa de Ceniza, saltó para unirse a ellos. Los otros dos aprendices, Zarpa de Rana y Zarpa de Salamandra, interrumpieron su pelea de juego, sacudieron sus pelajes y se sentaron a escuchar. Cola de Cuervo, Ojo Rayado y Flor de Acebo se abrieron paso fuera de la guarida de los guerreros.

Finalmente Pequeño Mellado y Pequeño Abrasador aparecieron de la maternidad, seguidos por su madre, Tormenta de Plumas. Su pelaje relucía y caminaban orgullosos por el campamento para pararse al frente de la multitud de gatos.

Pequeña Amarilla de repente se dio cuenta de lo que estaba pasando.

—¡Se van a convertir en aprendices!

—¡Shh! —Flor Radiante respondió—. Pequeño Nuez, deja de rascarte la oreja.

—Ojalá fuera *nuestro* turno —le susurró Pequeño Nuez a Pequeña Amarilla—. Tenemos que esperar *por siempre*.

Pequeña Amarilla asintió.

—Cuatro lunas enteras.

«*Pequeño Mellado y Pequeño Abrasador parecen tan mayores* —ella pensó—. *No puedo creer que yo vaya a ser aprendiza algún día*.»

Estrella de Cedro miró a los dos cachorros mayores.

—Gatos del Clan de la Sombra —comenzó—. Hoy estamos reunidos para…

Pequeña Amarilla se retorció, tratando de ponerse cómoda. Su pata trasera hormigueaba como si hubiera pisado una espina. Se dio la vuelta, levantando su zarpa en un intento de verla.

Estrella de Cedro se interrumpió, mirándola.

—¡Pequeña Amarilla! —Flor Radiante siseó—. ¡Deja de retorcerte!

—¡Tengo una espina en la pata! —gimió Pequeña Amarilla.

—Entonces quédate quieta. Déjame mirar. —Flor Radiante miró la pata de Pequeña Amarilla y luego la olió brevemente—. No hay nada allí—espetó—. Deja de hacer líos y escucha a Estrella de Cedro.

Pequeña Amarilla se dio cuenta de que todos sus compañeros de Clan la estaban mirando. Deseó poder hundirse en el suelo de tierra del campamento y desaparecer.

—Lo siento —murmuró, agachando la cabeza. Su pata todavía le dolía, pero apretó los dientes y trató de ignorarlo.

—Gatos del Clan de la Sombra —comenzó Estrella de Cedro de nuevo—, estamos aquí para una de las ceremonias más importantes en la vida de cualquier Clan: la formación de nuevos aprendices. Pequeño Mellado y Pequeño Abrasador han alcanzado su sexta luna de edad, y es hora de que comiencen su entrenamiento.

Un murmullo de agradecimiento vino de los gatos de los alrededores, aunque Pequeña Amarilla escuchó un comentario silencioso de Brinco de Sapo, que estaba sentado cerca.

—¡Entrenando a medio-mascotas! —murmuró en el oído de Ojo Rayado—. Próximamente, convertiremos erizos en aprendices.

Pequeña Amarilla comenzó a erizarse, pero Pequeño Mellado y Pequeño Abrasador no habían escuchado las desagradables palabras de su compañero de Clan. Los dos cachorros estaban de pie con la cabeza y la cola erguidas y los bigotes temblando; Pequeña Amarilla pensó que parecía que iban a estallar de orgullo.

—Pequeño Mellado, un paso adelante. —Estrella de Cedro hizo una seña al gato atigrado oscuro con la cola—. Patas de Helecho —continuó el líder—, estás listo para otro aprendiz y serás el mentor de Zarpa Mellada. Confío en que le transmitirás tus habilidades guerreras y tu lealtad a tu Clan.

«*¡Mi padre será el mentor de Zarpa Mellada!*» Un cosquilleo de celos recorrió a Pequeña Amarilla. «*Ahora Patas de Helecho pasará más tiempo con Zarpa Mellada que con nosotros.*»

Patas de Helecho bajó la cabeza.

—Puedes confiar en mí, Estrella de Cedro —maulló.

Zarpa Mellada trotó hacia él, y Patas de Helecho dio un paso adelante para entrechocar narices con su nuevo aprendiz.

Mientras se retiraban al círculo de gatos observadores, Estrella de Cedro llamó a Pequeño Abrasador hacia adelante.

—Cola de Cuervo, Zarpa Abrasadora será tu primer aprendiz —el líder del Clan maulló—. Te has probado a ti misma como una guerrera y sé que le transmitirás todo lo que has aprendido.

Con los ojos brillantes, la pequeña gata negra se acercó a la Roca del Clan y miró a su líder.

—Haré mi mejor esfuerzo, Estrella de Cedro —respondió.

Zarpa Abrasadora saltó hacia ella y los dos gatos se tocaron las narices.

—¡Zarpa Mellada! ¡Zarpa Abrasadora!

Todos los gatos del Clan gritaron los nuevos nombres y avanzaron para felicitar a los dos nuevos aprendices. Pero Pequeña Amarilla y sus hermanos se quedaron atrás.

—No son tan buenos —murmuró Pequeño Nuez—. Espera a que nosotros seamos aprendices. ¡Les mostraremos!

Ahora que la reunión había terminado, Pequeña Amarilla se dejó caer sobre un lado y llevó su pata trasera hacia adelante para poder mirar bien su pata. El dolor todavía latía a través de ella. Pero por mucho que hurgara entre sus almohadillas, no pudo encontrar la espina. Se sentó y vio que Patas de Helecho y Cola de Cuervo estaban guiando a sus nuevos aprendices a través del hueco entre las zarzas que rodeaban el campamento.

«*Van a ver el territorio* —pensó Pequeña Amarilla con envidia—. *Desearía poder ir con ellos.*» Pero ahora mismo apenas podía poner su pata trasera en el suelo. «*Quizá debería ir a ver a Bigotes de Salvia.*»

Pero mientras Pequeña Amarilla se dirigía hacia la guarida de la curandera, saltando torpemente sobre tres patas, vio una patrulla que emergía del túnel hacia el campamento. Garra de Barro estaba a la cabeza con Ratón Alado; ambos llevaban ratones. Ortiga Manchada los siguió, arrastrando una ardilla casi tan grande como ella. Salto de Cierva, una de las guerreras más veteranas, había atrapado un mirlo. Por último llegó la joven guerrera marrón claro Raya de Lagartija, cojeando como si su pata trasera también le doliese.

—Será mejor que veas a Bigotes de Salvia por esa espina —murmuró Garra de Barro con la boca llena de presa—. Tu pata podría infectarse si no la tratan.

—Estoy en eso. —Raya de Lagartija sonaba irritada—. Esta es la última vez que voy a perseguir ratones debajo de un arbusto espinoso. —Pasó cojeando junto a Pequeña Amarilla y desapareció entre las rocas hacia la guarida de la curandera.

Pequeña Amarilla esperó pacientemente hasta que Raya de Lagartija emergió de nuevo, esta vez caminando casi con normalidad.

—Gracias, Bigotes de Salvia —exclamó la guerrera por encima de su hombro.

Bigotes de Salvia asomó la cabeza fuera de su guarida.

—Dale una buena lamida —le ordenó—. Y ven a verme de nuevo mañana para asegurarme de que no se haya infectado.

Pequeña Amarilla se tambaleó hacia adelante, lista para decirle a Bigotes de Salvia sobre la espina en su propia pata, pero cuando apoyó su pata trasera en el suelo, se dio cuenta de que el dolor había desaparecido. La espina debía haberse caído. Miró a su alrededor, tratando de verla en la hierba, pero no había nada que pareciera lo suficientemente afilado. «*Oh bueno, siempre y cuando ya no duela.*» Presionó su pata con más fuerza en el suelo, asegurándose de que estuviera realmente mejor.

—¡Oye, Pequeña Amarilla! —La voz de Pequeña Serbal la interrumpió.

Pequeña Amarilla levantó la mirada para ver a sus dos hermanos parados junto a un tronco de árbol roto, no muy lejos de la guarida de los veteranos. Nuevas ramas habían comenzado a brotar de los restos del tronco, formando una cueva sombreada.

—¡Ven aquí! —chilló Pequeño Nuez—. Encontramos a un zorro con sus crías. ¡Tenemos que echarlos de nuestro campamento!

Por un instante, Pequeña Amarilla le creyó y el pelo de su cuello se erizó. Entonces se dio cuenta de que aquello era solo otro juego. «*¡Oh, sí, los veteranos serán zorros realmente aterradores!*»

Flama Plateada estaba mirando fuera de la guarida de los veteranos cuando Pequeña Amarilla saltó para unirse a sus hermanos.

Su pelaje se erizó y mostró los dientes.

—¡Esta es nuestra guarida! —Flama Plateada siseó—. ¡Aléjense o les quitaré el pelaje y se los daré de comer a mis cachorros!

—¡Adelante, atácalos! —Ave Pequeña miró por encima del hombro de Flama Plateada. Con su pelaje rojizo se parecía mucho a un cachorro de zorro—. ¡Me apetece un buen cachorro gordo!

—¡No! —Pequeña Amarilla gritó—. ¡Este es el campamento del Clan de la Sombra! ¡No se permiten zorros!

Se arrojó sobre Flama Plateada, tratando de agarrar el pelaje de la vieja gata. Flama Plateada la golpeó con suaves zarpazos, con las garras envainadas. Pequeña Serbal y Pequeño Nuez pasaron corriendo junto a ellos y entraron en la guarida.

—¡Afuera! ¡Afuera! —chilló Pequeño Nuez.

Pequeña Amarilla y Flama Plateada rodaron al aire libre; Pequeña Amarilla terminó arriba, aferrándose al pelaje del vientre de Flama Plateada.

—¿Te rindes? —exigió—. ¿No comerás más gatos?

—No más, lo prometo —respondió Flama Plateada. Luego dejó escapar un suspiro racheado—. Vamos, mis viejos huesos no aguantarán mucho más de esto.

Cuando Pequeña Amarilla saltó de ella, Flama Plateada se sentó y sacudió su manto gris y naranja, jadeando un poco mientras recuperaba el aliento. Parpadeó cariñosamente a Pequeña Amarilla y un ronroneo subió a su garganta.

—Buena pelea, pequeña —maulló—. Puedo ver que vas a ser una de las mejores guerreras del Clan de la Sombra.

«*Tienes razón en eso* —pensó Pequeña Amarilla, con el pecho hinchado de orgullo—. *¡Tengan cuidado, zorros!*»



3

A Pequeña Amarilla le costó conciliar el sueño esa noche. A menudo se había quejado de que la maternidad parecía estar demasiado llena de gatos, pero ahora que Zarpa Mellada y Zarpa Abrasadora se habían ido a la guarida de los aprendices, se sentía extrañamente vacía. Tormenta de Plumas había regresado a la guarida de los guerreros, por lo que los únicos gatos en la maternidad además de Pequeña Amarilla y sus hermanos eran Flor Radiante y Charca Nublada, cuyas crías estaban a punto de nacer.

«*Nunca podré dormir si Charca Nublada sigue roncando*», pensó Pequeña Amarilla enojada, retorciéndose entre el musgo y las acículas de pino que se alineaban en el suelo de la maternidad.

—Quédate quieta —maulló Flor Radiante adormilada—. ¿Cómo se supone que un gato podría descansar?

Con un bufido de molestia, Pequeña Amarilla se acurrucó y envolvió su cola sobre su nariz. Al mirar por encima, pudo distinguir a Pequeña Serbal pegada al costado de su madre y a Pequeño Nuez tendido sobre el musgo, con las patas y cola moviéndose como si estuviera soñando con correr por el bosque. «*Desearía que el Clan Estelar me enviara un buen sueño a* mí», pensó Pequeña Amarilla.

Finalmente se durmió, solo para despertar de nuevo sobresaltada. Una tenue luz del amanecer se filtraba a través de las zarzas. Charca Nublada seguía roncando suavemente; Flor Radiante y Pequeña Serbal estaban acurrucadas juntos. Pequeño Nuez se retorcía en el lecho, dejando escapar suaves gemidos de dolor. Pequeña Amarilla se dio cuenta de lo que la había despertado; su vientre se sentía pesado, y cada par de latidos, el dolor lo atravesaba. «*Supongo que a Pequeño Nuez también le duele el estómago.*» Empujó a su hermano suavemente con una pata.

—¿Tienes calambres en el vientre? —susurró ella.

Los ojos de Pequeño Nuez se abrieron parpadeando y miró adormilado a su hermana.

—¿Cómo lo sabes?

—También me duele el estómago —Pequeña Amarilla replicó, haciendo una mueca cuando otro profundo calambre la atravesó.

Presionó su vientre con fuerza contra el musgo como si pudiera aplastar el dolor.

—Tenemos que decírselo a Flor Radiante —gruñó—. Ella buscará a Bigotes de Salvia.

—¡No! —Los ojos de Pequeño Nuez se abrieron con alarma—. Pequeña Amarilla, no lo hagas, por favor.

—¿Por qué no? —preguntó Pequeña Amarilla. Ella entrecerró los ojos hacia su hermano—. ¿Qué has estado haciendo?

Antes de que Pequeño Nuez pudiera responder, Flor Radiante levantó la cabeza, moviendo los bigotes con molestia.

—¿Se pueden calmar, cachorros? —empezó—. Este no es momento de jugar. Deberían… —se interrumpió y su mirada se volvió más intensa, girando de Pequeño Nuez a Pequeña Amarilla y viceversa—. ¿Qué pasa?

—Nos duele el estómago —respondió Pequeña Amarilla, sus palabras terminaron con un gemido cuando otra ola de dolor la invadió—. Por favor, trae a Bigotes de Salvia.

Antes de que terminara de hablar, Flor Radiante se puso de pie, con cuidado de no molestar a una dormida Pequeña Serbal, y caminó por el musgo para oler cuidadosamente a cada uno de sus cachorros.

—¿Han estado comiendo algo que no deberían? —preguntó—. Díganme rápido, ahora. Bigotes de Salvia necesitará saberlo.

—No, yo… —Otro jadeo de dolor interrumpió a Pequeño Nuez—. Está bien —continuó cuando pudo hablar de nuevo—. Ayer encontré un gorrión muerto entre las zarzas. Solo lo probé para ver cómo sabía…

—¡Pequeño Nuez! —Flor Radiante dejó escapar un suspiro de exasperación—. Sabes lo que te he dicho sobre comer carroña. Tú también, Pequeña Amarilla. ¿Cómo pudieron ser tan estúpidos?

—¡Pero yo no lo hice! —Pequeña Amarilla protestó.

Su madre la miró con severidad.

—Comer carroña es malo, y mentir al respecto es aun peor —maulló.

Una indignación ardiente se apoderó de Pequeña Amarilla, casi eliminando el dolor de su vientre.

—¡No estoy mintiendo —insistió—. ¡Ni siquiera vi al estúpido gorrión! Díselo, Pequeño Nuez.

—No vi a Pequeña Amarilla allí, pero… —Las palabras de Pequeño Nuez terminaron en un gemido.

—¿Y por qué crees que te duele el estómago si no te lo comiste? —Flor Radiante movió la punta de la cola con enojo—. Estoy muy decepcionada de ustedes dos, especialmente de ti, Pequeña Amarilla. Ahora salgan afuera para no molestar a Pequeña Serbal y Charca Nublada. Iré a buscar a Bigotes de Salvia.

Pequeña Amarilla no discutió más mientras salía del musgo y las acículas de pino. Todavía hirviendo de indignación, trepó por el costado de la hondonada y se deslizó bajo las ramas del arbusto espinoso. El cielo sobre los pinos estaba pálido con la llegada del amanecer. Justo dentro de la entrada del campamento, Ratón Alado estaba de guardia, su pelaje negro apenas era visible entre las zarzas. Bostezó

y se estiró, sin darse cuenta de que Flor Radiante cruzaba el claro hacia la guarida de la curandera.

Haciendo una mueca por el dolor en su estómago, Pequeña Amarilla se dejó caer al lado de su hermano y esperó a que su madre resurgiera de la guarida con Bigotes de Salvia.

—Será mejor que le digas a Flor Radiante la verdad sobre comer ese gorrión —murmuró Pequeño Nuez—. Solo lo estás empeorando.

—Por última vez, *no* me comí ningún gorrión dudoso —espetó Pequeña Amarilla—. ¡Tengo más sentido común!

Pequeño Nuez la miró con incredulidad, pero no dijo nada más. Un momento después, Bigotes de Salvia salió de su guarida y trotó hasta la maternidad, seguida de cerca por Flor Radiante.

—¡Cachorros! —exclamó la curandera, dejando caer un montón de hojas mientras se detenía frente a Pequeña Amarilla y Pequeño Nuez—. Si no es una cosa es otra. ¿No tienen sentido común?

—¿Qué nos vas a dar? —Pequeña Amarilla gimió, oliendo las hojas mientras otro espasmo le oprimía el estómago—. ¿Nos vas a enfermar para sacarnos las cosas malas?

Bigotes de Salvia la miró fijamente.

—Eso es exactamente lo que voy a hacer —maulló la curandera—. Y esta es la hierba que necesitamos: milenrama. —Inclinando la cabeza, le dio a Pequeño Nuez y luego a Pequeña Amarilla una larga olfateada—. Flor Radiante me dice que han estado comiendo carroña —continuó.

Pequeño Nuez dejó escapar un gemido de dolor.

—Fue solo un bocado… o dos, tal vez.

Bigotes de Salvia suspiró.

—O tres, o cuatro. Ahora sabes por qué enseñamos a los cachorros a no hacer eso.

—¿Estarán bien? —Flor Radiante se inquietó, dándole a las orejas de Pequeño Nuez una reconfortante lamida.

—Estarán bien —le aseguró Bigotes de Salvia—. Bueno, cachorros, quiero que coman esta milenrama. Les enfermará y luego su estómago se sentirá mucho mejor.

Pequeño Nuez miró a las hierbas con recelo.

—¿Son desagradables?

La curandera asintió.

—Son bastante desagradables —admitió—. ¿Pero preferirías tener un sabor desagradable en la boca o un dolor en el estómago?

—Me las comeré… supongo —respondió Pequeño Nuez.

—Aquí no, por favor —Flor Radiante maulló—. No queremos un desastre justo afuera de la maternidad.

A pesar de las débiles protestas de Pequeño Nuez, ella lo tomó por el pescuezo y lo llevó hacia el borde del campamento. Bigotes de Salvia caminaba a su lado,

llevando la milenrama, mientras Pequeña Amarilla la seguía, tambaleándose un poco mientras el dolor recorría sus entrañas. A estas alturas, la luz del amanecer se había fortalecido; varios guerreros habían salido de su guarida, y Colmillo de Piedra, el lugarteniente del Clan, estaba organizando las patrullas del alba. Pequeña Amarilla sintió una punzada de envidia cuando vio a Zarpa Mellada y Zarpa Abrasadora con sus mentores. Aceleró el paso, tropezando un poco, esperando que los aprendices no la vieran y le preguntaran qué estaba pasando.

Al refugio de las espinas en el borde del claro, Bigotes de Salvia colocó algunas hojas de milenrama frente a Pequeño Nuez, y el resto del montón frente a Pequeña Amarilla. Mientras Pequeño Nuez todavía dudaba, Pequeña Amarilla lamió las hojas, haciendo una mueca cuando los jugos amargos le llenaron la boca.

—¡Puaj! —jadeó, con arcadas mientras trataba de tragar.

Después de unos pocos latidos, se las arregló para tragar la vil cosa. Casi de inmediato sintió que su estómago se agitaba enormemente y vomitó varios bocados de baba. Se pasó la lengua por los labios, tratando de deshacerse del sabor.

—Eso es bueno —murmuró Bigotes de Salvia con aprobación, mientras Pequeño Nuez también sacaba el contenido de su estómago—. Flor Radiante, llévalos a la maternidad. Deberían dormir ahora. Cuando se despiertan, pueden tomar un poco de leche, pero hoy no pueden comer. Los comprobaré más tarde.

—Gracias, Bigotes de Salvia. —Flor Radiante inclinó la cabeza hacia la curandera —. Y que eso les sirva de lección —añadió a sus cachorros—. No más carroña.

—¡Pero yo no comí carroña! —La indignación de Pequeña Amarilla volvió a surgir ahora que su vientre ya no le dolía. «*¡No es justo! ¿Por qué ningún gato me cree?*»

Flor Radiante dejó escapar un siseo.

—¡No más! —maulló—. No te castigaré por mentir esta vez, porque has sufrido lo suficiente, pero no dejes que vuelva a suceder.

Sin esperar a que Pequeña Amarilla respondiera, agarró a Pequeño Nuez por el pescuezo y se dirigió a la maternidad. Pequeña Amarilla los siguió, con la cabeza y la cola gachas. Le dolía el estómago por los vómitos y aún podía saborear la amarga milenrama, pero lo que realmente la entristecía era pensar que su madre creía que era una mentirosa.

Pequeña Amarilla se abrió paso hacia el campamento, bostezando y arqueando la espalda en un largo estirón. Estaba aburrida. Detrás de ella, en la maternidad, Pequeño Nuez todavía dormía, medio enterrado en el musgo, como si estuviera exhausto por su noche perturbada y su estómago revuelto. «*Pero yo me siento bien* —pensó Pequeña Amarilla—. *Excepto por los gruñidos de mi estómago.*» Flor Radiante acababa de recordarle que Bigotes de Salvia le había dicho que ella y

Pequeño Nuez no podrían comer nada hasta mañana. «*¡Nunca duraré tanto!* —Pequeña Amarilla gimió por dentro—. *Estaré tan débil como un ratón.*»

Parpadeando, miró el campamento a su alrededor. Flor de Acebo y Cola de Cuervo estaban compartiendo lenguas afuera de la guarida de los guerreros, mientras los veteranos charlaban bajo un cálido sol junto al tocón del árbol.

Pequeña Amarilla captó un fragmento de su conversación.

—...mandó a ese guerrero del Clan del Viento chillando todo el camino de regreso a su campamento —maulló Fauces de Lagarto—. No aguantábamos ninguna tontería del Clan del Viento en *mi* época, déjenme decirles.

—No, y tampoco del Clan del Trueno —Flama Plateada ronroneó.

El corazón de Pequeña Amarilla se llenó de amor por la vieja gata. «*Tal vez si voy allí, ella me contará una historia.*» Entonces ella sacudió la cabeza. «*No, lo más probable es que tenga que escuchar a Fauces de Lagarto hablar sobre todos los guerreros del Clan del Viento que echó.*»

En medio del claro, Pequeña Serbal estaba jugando sola, lanzando una bola de musgo al aire y atrapándola con sus diminutas garras extendidas. Pequeña Amarilla no tenía ganas de unirse. «*Desearía poder salir y explorar el territorio como Zarpa Mellada y Zarpa Abrasadora.*»

Moviendo la cola y tratando de no parecer que iba a algún lugar especial, Pequeña Amarilla atravesó el campamento hacia el montón de carne fresca. El sol brillaba y las franjas de cielo visibles a través de los árboles eran de un azul claro. Pero había un frío en el aire y las hojas del enorme roble donde Estrella de Cedro hacía su guarida comenzaban a ponerse amarillas. La hoja verde estaba llegando a su fin.

Pequeña Amarilla se sintió más hambrienta que nunca cuando se acercó al montón de carne fresca y los tentadores aromas de campañol y ardilla inundaron sus mandíbulas. Definitivamente tenía que comer algo si iba a escabullirse del campamento.

«*Un ratoncito no haría daño...*»

—¡Oye, Pequeña Amarilla!

Pequeña Amarilla saltó con culpabilidad. Al volverse para ver quién la llamaba, vio a Bigotes de Salvia tomando el sol en la entrada de su guarida.

«*¡Oh, no!*»

—Nada hasta mañana —le advirtió la curandera—. Me sorprende que aún puedas pensar en comer.

—¡Estoy *hambrienta*!

Bigotes de Salvia sofocó un ronroneo de diversión.

—¿Prefieres tener dolor de estómago, pequeña?

Pequeña Amarilla arrastró sus patas delanteras por la tierra del suelo del campamento.

—Supongo que no.

—¿Por qué no vienes y me ayudas con algunas cosas? —sugirió la curandera—. Todos los aprendices están fuera, y necesito que alguien me dé una pata para clasificar mis hierbas. Puede que te distraiga de tu estómago vacío.

—Bueno. —Pequeña Amarilla se animó. Le gustaban los fuertes aromas de las hierbas en la guarida de curandería, y necesitaba algo para dejar de pensar en la comida.

Siguió a Bigotes de Salvia de regreso a la guarida. Más allá de la entrada estrecha que se extendía entre dos rocas, se abría un pequeño claro, bordeado por gruesos grupos de helechos. Al otro lado, un charco de agua clara reflejaba los pinos de arriba.

—Las hierbas están aquí. —Bigotes de Salvia se colocó a un lado del claro—. Cavo agujeros en el suelo para mantenerlas frescas y las cubro con hojas de helecho.

Agarró una de las hojas y la dejó a un lado. Pequeña Amarilla miró el agujero de debajo; algunas hojas secas yacían en el fondo.

—Eso es caléndula —maulló Bigotes de Salvia—. Es bueno para las heridas infectadas, pero como puedes ver, esos trozos no son muy buenos. Sácalos y apílalos junto a la entrada. Más tarde sacaré todos los escombros del campamento.

Mientras Pequeña Amarilla obedecía, Bigotes de Salvia destapó el siguiente agujero; contenía solo dos o tres bayas marchitas.

—¿Debería agregarlas a la pila? —preguntó Pequeña Amarilla, metiendo la pata en el agujero, lista para sacar las bayas.

Bigotes de Salvia negó con la cabeza, moviendo su cola para bloquear la pata de Pequeña Amarilla.

—No, esas son bayas de enebro. Sé que ya no están en su mejor momento, pero son tan útiles para el dolor de estómago y la dificultad para respirar que no me atrevería a tirarlas hasta que las nuevas estén listas. No tardarán mucho, gracias al Clan Estelar.

Pequeña Amarilla asintió, olfateando las bayas con interés.

—Flama Plateada jadea a veces —comentó—. ¿Le das bayas de enebro?

—Lo hago. —Bigotes de Salvia bajó la cabeza—. Estás aprendiendo rápido, Pequeña Amarilla.

Pequeña Amarilla se sintió orgullosa de sí misma. «*¡Esto es muy útil! ¡Sabré sobre hierbas y todo cuando sea una guerrera!*»

—¿Qué hay en el siguiente hoyo? —preguntó.

—Estas son hojas de margarita —respondió Bigotes de Salvia, destapando un montón de hojas frescas—. Buenas para las articulaciones adoloridas de Fauces de Lagarto. Las recogí apenas ayer, así que no tenemos que tirarlas.

Pequeña Amarilla la siguió a lo largo de la fila de agujeros, mientras Bigotes de Salvia le contaba sobre cada hierba diferente y para qué se usaban, clasificando las marchitas para que Pequeña Amarilla pudiera apilarlas en la entrada.

—¡Listo, terminado! —Bigotes de Salvia maulló por fin, sacudiéndose el polvo de las patas—. Bien hecho, Pequeña Amarilla. Has sido de gran ayuda.

—Fue divertido —Pequeña Amarilla respondió, dándose cuenta con un sobresalto de que era verdad. «*¡No tenía idea de cuánto tienes que aprender para ser un curandero!*»

—¿Y tu estómago se siente bien ahora?

Pequeña Amarilla asintió.

—Aún vacío, sin embargo —maulló.

Bigotes de Salvia tocó la oreja de Pequeña Amarilla con su nariz.

—Entonces recordarás mantenerte alejada de la carroña en el futuro.

Pequeña Amarilla exhaló un profundo suspiro.

—Sí, está bien —murmuró.

No tenía sentido discutir. Sabía que ningún gato le iba a creer. «*Pero, si no fue carroña* —se preguntó mientras regresaba a la maternidad—, *¿qué hizo que me doliera el estómago como a Pequeño Nuez?*»



4

La pata de Pequeña Amarilla aterrizó de lleno en la parte superior del tembloroso ratón y quedó flácido. Se le hizo agua la mandíbula cuando inclinó la cabeza para dar el primer bocado suculento, cuando algo se estrelló contra su espalda. Sus ojos se abrieron de golpe, su sueño se desvaneció y se encontró en la maternidad. Los cachorros de Charca Nublada, Pequeña Raposa y Pequeño Lobo, luchaban juntos en el musgo, rodando hasta quedar medio encima de Pequeña Amarilla.

—¡Aléjense! —murmuró, dando un empujón al cachorro más cercano. «*¡Casi pude saborear ese ratón!*»

Bostezando, Pequeña Amarilla se sentó. Flor Radiante y Charca Nublada todavía dormían, pero a su lado, en el lecho cubierto de musgo, Pequeño Nuez y Pequeña Serbal comenzaban a moverse. «*Hay algo extraño en la maternidad esta mañana*», pensó Pequeña Amarilla. La luz era diferente y había un aroma limpio y frío en el aire que ella nunca había olido antes. Curiosa, Pequeña Amarilla trepó por el musgo y asomó la cabeza a través de las ramas. Sus mandíbulas se abrieron y dejó escapar un grito ahogado de asombro. El campamento estaba cubierto por una gruesa capa blanca, y más de la materia blanca pesaba sobre las ramas de los pinos que rodeaban el claro.

—¡Wow! —Pequeña Amarilla chilló—. ¿Qué pasó?

Pequeño Nuez y Pequeña Serbal aparecieron a su lado, con los ojos muy abiertos mientras miraban hacia afuera.

—¿El Clan del Viento nos hizo esto? —Pequeño Nuez gruñó—. ¡Les destrozaré el pelaje!

—No. —Flor Radiante se abrió paso fuera de la maternidad, sus patas se hundieron en el material blanco y se volvió para mirar hacia atrás a sus cachorros. Sus ojos estaban cálidos por la diversión—. Esto es nieve. A veces la tenemos en la estación sin hojas.

—¿De dónde vino? —preguntó Pequeña Serbal.

—Cae del cielo —Flor Radiante explicó—. Como lluvia, pero la nieve parece plumas que caen.

Extendiendo una pata, Pequeña Amarilla tocó la cosa blanca.

—¡Está *helada*!

Pequeño Nuez dejó escapar un aullido de emoción y se lanzó a la nieve, su peso apenas hizo un hueco en la superficie.

—¡Espérame! —Pequeña Amarilla cargó tras él, con Pequeña Serbal un poco más atrás. Podía escuchar más chillidos desde la maternidad, lo que le dijo que Pequeña Raposa y Pequeño Lobo la seguían—. ¡Esto es divertido!

Pero mientras Pequeña Amarilla corría por el campamento detrás de su hermano, sintió como si algo la estuviera reteniendo. Pequeña Serbal la alcanzó con un chillido emocionado. Tratando de obligar a sus patas a correr más rápido, Pequeña Amarilla se dio cuenta de que la nieve estaba obstruyendo su espeso pelaje, arrastrándola y ralentizándola.

«*¡No es justo!*», pensó indignada.

Un momento después, sus patas se deslizaron debajo de ella cuando Pequeña Raposa se estrelló contra ella.

—¡Te tengo! —chilló la cría más joven—. ¡Eres tan lenta como un erizo, Pequeña Amarilla!

Luchando por salir de debajo de su compañera de guarida, Pequeña Amarilla miró el suave pelaje rojizo de la cría. No era de extrañar que le fuera más fácil correr rápido en la nieve. Tomando aire mientras trataba de sacudirse los coágulos de nieve de su pelaje, sintió que su boca ardía en el aire fresco y seco.

—Tengo sed —anunció—. Voy a tomar un trago.

—Solo quieres una excusa para dejar de correr —se burló Pequeña Raposa.

Pequeña Amarilla abrió las mandíbulas para responder, luego decidió que discutir con Pequeña Raposa no valía la pena. «*Tiene cuatro lunas y cree que lo sabe todo.*» Mirando el campamento a su alrededor, vio la luz del amanecer brillando en un charco de nieve derretida justo afuera de la guarida de los guerreros. Flama Plateada estaba agachada junto a él, lamiendo constantemente. Pequeña Amarilla fue a reunirse con ella, pero Flama Plateada no levantó la mirada. La vieja gata debía haber estado súper sedienta. Siempre parecía estar bebiendo estos días.

Un dolor agudo apuñaló el vientre de Pequeña Amarilla cuando comenzó a beber el agua helada, y su pelaje se erizó como si se estuviera gestando una tormenta. Pequeña Amarilla inclinó la cabeza hacia un lado. Habían ocurrido tormentas en los días pesados de la estación de la hoja verde, cuando las nubes grises cubrían el cielo y el aire se sentía caliente y húmedo, pero hoy el cielo estaba claro y pálido, y el sol naciente proyectaba sombras azules sobre el campamento cubierto de nieve. Una brisa fría y seca agitó la superficie blanca. «*Hoy no habrá tormentas*», se dijo.

—Hola, Pequeña Amarilla. —Flama Plateada finalmente paró de beber—. ¿Disfrutando de tu primera nevada?

Pequeña Amarilla se volvió para responder y se estremeció ante la mirada de cansancio y dolor en los ojos de la vieja gata.

—Está bien, supongo —respondió—. Flama Plateada, ¿estás bien?

Flama Plateada se encogió de hombros.

—Son solo todas las lunas que he vivido —maulló—. No te preocupes, Pequeña Amarilla.

—Este tiempo frío no hace bien a los huesos viejos —coincidió Ave Pequeña mientras salía de la guarida de los veteranos y se dirigía a la pila de carne fresca. Mirando hacia atrás, agregó—: ¿Vienes, Flama Plateada?

La gata negó con la cabeza.

—No tengo hambre. Los jóvenes necesitan comer más que yo.

Pequeña Amarilla frunció el ceño. «*¿A qué se refiere Flama Plateada? ¡Todos los gatos necesitan comer!*»

—Vamos —instó, dándole a Flama Plateada un suave empujón—. Vayamos juntas y busquemos algo sabroso.

—Bueno. —Con un gran suspiro, Flama Plateada se puso de pie.

Pequeña Amarilla pensó que los pasos de la veterana parecían un poco temblorosos mientras caminaba hacia el montón de carne fresca. Ave Pequeña ya estaba arrancando la nieve de él, revelando el montón de presas congeladas.

—Aquí, prueba esta rana. —Pequeña Amarilla la sacó de la pila y la colocó frente a Flama Plateada.

La veterana miró a la rana parpadeando durante un par de latidos como si nunca antes hubiera visto una, luego bajó la cabeza y le dio un pequeño mordisco. Pequeña Amarilla eligió un ratón para ella, pero mantuvo un ojo en Flama Plateada mientras comía. La vieja gata apenas estaba mordisqueando su presa. A la luz del sol, fuerte e inclinada, Pequeña Amarilla podía ver los huesos de Flama Plateada mostrándose debajo de su pelaje, como si la veterana no hubiera estado comiendo adecuadamente durante días.

Después de dos o tres mordiscos más de la rana, Flama Plateada la empujó hacia Pequeña Amarilla con una pata.

—He tenido suficiente. Termínala tú.

Se volvió y se alejó tambaleándose, desapareciendo en la guarida de los veteranos. Pequeña Amarilla la miró ansiosamente.

Ella no quería terminar la rana; el ratón que había comido le pesaba mucho en el estómago y se preguntó si podría haber algo malo en él. Su pelaje todavía le picaba también.

Hubo un susurro en las zarzas congeladas y Bigotes de Salvia apareció en el campamento. Llevaba algunas ramitas congeladas en sus mandíbulas, y cuando Pequeña Amarilla se acercó a ella, reconoció las bayas de enebro marchitas que se aferraban a ellas.

—¡Bigotes de Salvia! —llamó, alcanzando a la curandera justo afuera de su guarida.

Bigotes de Salvia depositó con cuidado las ramitas.

—¿Qué pasa, Pequeña Amarilla?

—Es Flama Plateada —explicó la cachorra, luchando por evitar que su voz temblara—. Creo que está enferma. No quiere comer nada.

Bigotes de Salvia parpadeó.

—Flama Plateada es vieja —maulló—. Y la estación sin hojas es difícil para los miembros más nuevos y los más viejos del Clan.

—Pero ella… —La voz de Pequeña Amarilla se apagó. «*No hay hierbas que impidan que un gato envejezca*», pensó miserablemente.

—Cuidaré de ella —prometió Bigotes de Salvia.

Pequeña Amarilla asintió, sabiendo que tenía que aceptar lo que decía la curandera. «*Ojalá pudiera hacer algo para ayudar.*» Entonces recordó lo sedienta que siempre parecía Flama Plateada. «*Debe darle mucho frío salir a beber a la charca. Si encuentro algo de musgo, podría llevarle un trago a su guarida.*»

Sintiéndose mejor ahora que tenía un plan, Pequeña Amarilla se lanzó a través de la nieve hasta donde un árbol caído yacía entre los espinos que rodeaban el campamento. Mientras se abría paso por debajo de las ramas puntiagudas, desprendió montones de nieve que cayeron sobre su cabeza y hombros. Pequeña Amarilla soltó un gruñido al sacudirse los copos helados de su manto.

El árbol cubierto de musgo estaba justo delante de ella. Pero cuando extendió la pata para quitarle algo de musgo, Pequeña Amarilla escuchó voces al otro lado de las zarzas. Curiosa, trepó por el tronco del árbol y se arrastró entre las espinas, sus patas hormiguearon de emoción cuando se dio cuenta de que estaba casi fuera del campamento. Pequeña Amarilla miró con cautela a través de las ramas y vio un tramo plano de terreno rodeado por los troncos oscuros de los pinos. La superficie de la nieve estaba revuelta y Patas de Helecho estaba de pie con Zarpa Mellada en medio del claro.

—Has aprendido ese movimiento muy bien —maulló Patas de Helecho—. Ahora necesitas trabajar para conseguir más potencia en tu deslizamiento. Vamos a intentarlo de nuevo.

Pequeña Amarilla observó, fascinada, como Patas de Helecho se agachaba en la nieve y Zarpa Mellada cargaba contra él, lanzándose para pasar su pata sobre la oreja de su mentor y saltando hacia atrás antes de que Patas de Helecho pudiera tomar represalias.

—Mejor —lo elogió Patas de Helecho—. Inténtalo otra vez. ¡Más fuerte!

Esta vez Patas de Helecho se puso de pie y esperó con los músculos tensos el ataque de Zarpa Mellada.

Cuando Zarpa Mellada golpeó, Patas de Helecho se agachó para que el golpe solo le revolviera el pelaje. Zarpa Mellada saltó sobre él de nuevo y, de repente, los dos gatos quedaron atrapados, golpeándose el uno al otro con las cuatro patas mientras luchaban por inmovilizar al otro contra el suelo.

Pequeña Amarilla respiró una mezcla de emoción y horror, aterrorizada de que sus compañeros de Clan se lastimaran entre sí, hasta que notó que estaban peleando con las garras envainadas.

«*No puedo creer lo bueno que es Zarpa Mellada* —pensó con una punzada de envidia—. *¡Todavía es solo un aprendiz!*»

Un momento después, Zarpa Mellada dejó escapar un aullido de triunfo. Estaba de pie sobre Patas de Helecho, sus patas delanteras sujetaban los hombros de su mentor, mientras que una pata trasera estaba firmemente sujeta a su cola. Patas de Helecho jadeaba, tenía los ojos entrecerrados y los músculos flácidos. Los ojos de Pequeña Amarilla se abrieron con consternación y sacó sus garras, lista para salir corriendo y defender a su padre.

—¡Gané! —maulló Zarpa Mellada. Sus ojos ardieron mientras miraba a su mentor—. ¡Soy el mejor luchador del Clan!

Antes de que las últimas palabras salieran de sus mandíbulas, Patas de Helecho se elevó, arrojó a Zarpa Mellada y lo hizo rodar en la nieve.

—¿Qué estabas diciendo? —preguntó suavemente mientras Zarpa Mellada se levantaba con la nieve acumulada por todo su pelaje.

Pequeña Amarilla soltó un grito de alegría al ver que su padre no había perdido la batalla después de todo. «*Zarpa Mellada piensa que es tan genial…*»

Zarpa Mellada miró a su mentor.

—¡Hiciste trampa! ¡Fingiste ser vencido!

—¿Y crees que un enemigo no lo hará cuando estés en una batalla real? Lo estás haciendo bien, Zarpa Mellada, y serás un gran luchador algún día, pero todavía tienes mucho que aprender.

Zarpa Mellada se sacudió, esparciendo nieve por todos lados.

—Tienes razón —admitió—. Lo siento. ¿Puedes enseñarme ese movimiento?

—En otra ocasión —prometió Patas de Helecho—. Hemos hecho suficiente por hoy. Regresemos al campamento, puedes tomar algo del montón de carne fresca.

—¡Gracias! —Los ojos de Zarpa Mellada brillaron—. ¡Estoy *hambriento*!

Patas de Helecho se volvió hacia la entrada del campamento y Zarpa Mellada estuvo a punto de seguirlo. De repente, se quedó paralizado y Pequeña Amarilla retrocedió cuando se dio cuenta de que el aprendiz la estaba mirando fijamente.

—¿Qué crees que estás haciendo? —exigió Zarpa Mellada—. ¡Oye, Patas de Helecho, Pequeña Amarilla nos está espiando!

Patas de Helecho miró hacia atrás y vio a su hija entre las espinas.

—No seas un cerebro de ratón —le dijo a Zarpa Mellada—. Pequeña Amarilla puede mirar si quiere. Quizá aprenda algo.

Zarpa Mellada soltó un bufido de disgusto, pero no dijo nada más. Con el pelaje caliente de vergüenza, Pequeña Amarilla se arrastró hacia atrás hasta que alcanzó el árbol caído de nuevo. Arrancando algo de musgo espeso, corrió a través del campamento para empaparlo en el charco antes de llevarlo a la guarida de los veteranos.

—Aquí, Flama Plateada —murmuró alrededor de su boca mientras asomaba la cabeza debajo de las ramas—. Te traje un trago.

Los tres veteranos estaban acurrucados juntos al refugio del tocón. Ave Pequeña entrecerró los ojos hacia Pequeña Amarilla.

—Mantén ese musgo húmedo lejos de nuestros lechos —espetó.

—Sí —coincidió Fauces de Lagarto—. Deberías saber que es mejor no traerlo aquí.

Pequeña Amarilla reprimió un siseo enojado, recordando que debería ser cortés con los mayores, incluso cuando estaban siendo un dolor en la cola.

—Déjenla en paz —maulló Flama Plateada—. Esa fue una idea muy amable, Pequeña Amarilla. —Haciendo un gesto con la cola, agregó—: Pon el musgo allí, lejos de los lechos.

Cuando Pequeña Amarilla hubo obedecido, Flama Plateada estiró el cuello y lamió las goteantes hojas mojadas.

—Gran Clan Estelar, eso es bueno —murmuró—. Gracias.

Lanzando una mirada de suficiencia a los otros dos veteranos, Pequeña Amarilla estuvo a punto de responder cuando escuchó la voz de Estrella de Cedro desde afuera en el campamento.

—¡Que todos los gatos lo bastante mayores para cazar sus propias presas acudan aquí, bajo la Roca del Clan, para una reunión!

—Por el amor del Clan Estelar, ¿ahora qué? —se quejó Fauces de Lagarto.

Inclinando brevemente la cabeza hacia los veteranos, Pequeña Amarilla salió de la guarida, casi chocando con su madre mientras se giraba para ver qué estaba pasando.

—¡Ahí estás! —exclamó Flor Radiante—. Te he estado buscando por todas partes.

—¿Por qué? ¿Qué está pasando? —Pequeña Amarilla maulló.

Justo detrás de su madre, vio a Pequeña Serbal y Pequeño Nuez, luciendo inusualmente bien arreglados. Pequeño Nuez se balanceaba arriba y abajo, mientras que los ojos de Pequeña Serbal estaban muy abiertos y brillantes.

—Se van a convertir en aprendices —explicó Flor Radiante.

Pequeña Amarilla la miró fijamente.

—¿Ahora?

—¡Sí, ahora, y mírate! —Flor Radiante lanzó una pata y enganchó una ramita puntiaguda que estaba atascada en el pelo de Pequeña Amarilla—. Cualquier gato pensaría que te has pasado todo el día entre espinas.

Pequeña Amarilla se quedó quieta mientras Flor Radiante la arreglaba rápidamente, quitando pedazos de espinas y musgo de su pelaje y alisándolo con fuertes movimientos de su lengua.

Mientras tanto, los gatos del Clan de la Sombra se estaban reuniendo alrededor de la Roca del Clan. Los tres veteranos asomaron la cabeza por debajo de las ramas que daban sombra a su guarida. Salto de Cierva y Hoja Ámbar aparecieron desde la guarida de los guerreros, seguidos de cerca por Brinco de Sapo y Tormenta de Plumas. Patas de Helecho y Zarpa Mellada, que estaban comiendo junto a la pila de carne fresca, acabaron con su presa rápidamente y se volvieron para escuchar; Cola de Cuervo y Zarpa Abrasadora se acercaron para unirse a ellos.

El vientre de Pequeña Amarilla comenzó a agitarse. «*¡Todos los gatos me estarán mirando! ¿Qué pasa si me sale algo mal? ¿Quién será mi mentor?*»

—Esta va a ser una dura estación sin hojas —comenzó Estrella de Cedro—. Con nieve en el suelo, necesitamos todos los cazadores que podamos y patrullas fronterizas para defender nuestro territorio cuando los otros Clanes tengan hambre. Así que este es un buen momento para fortalecer al Clan de la Sombra creando nuevos aprendices. Pequeña Serbal, ven al frente.

Pequeña Serbal tragó saliva con nerviosismo, luego avanzó lentamente hasta que estuvo debajo de la Roca del Clan.

La mirada de Estrella de Cedro recorrió a su Clan.

—Vuelo de Pinzón —maulló—, has servido bien a tu Clan y mereces tener otro aprendiz. Sé que transmitirás tus habilidades a Zarpa de Serbal.

Zarpa de Serbal dio un pequeño salto de alegría ante el sonido de su nuevo nombre, luego trotó hacia Vuelo de Pinzón y le tocó la nariz. El gato blanco y negro dejó escapar un ronroneo de aprobación.

Estrella de Cedro hizo una seña a Pequeño Nuez con la cola.

—Pequeño Nuez, adelante —maulló.

Pequeño Nuez caminaba con orgullo por el claro.

—Hoja Ámbar —continuó Estrella de Cedro, inclinando la cabeza hacia la gata naranja oscura—, eres una guerrera hábil, y sé que le darás a Zarpa de Nuez el entrenamiento que necesita.

«*¡Zarpa de Nuez tiene a Hoja Ámbar!*» Pequeña Amarilla apenas se contuvo de exclamar en voz alta. «*¡Ella es muy estricta!*» Todos los gatos jóvenes le tenían un poco de miedo a Hoja Ámbar, quien tenía la lengua mordaz cuando estaba molesta; Pequeña Amarilla recordó haber sido regañada por ella cuando accidentalmente golpeó a la guerrera en la cabeza con una bola de musgo. Zarpa de Nuez parecía nervioso mientras caminaba hacía Hoja Ámbar para entrechocar narices, pero se relajó cuando la gata murmuró:

—Te convertiré en el mejor guerrero que puedas ser.

El corazón de Pequeña Amarilla comenzó a latir con más fuerza. Cuando Estrella de Cedro la llamó, cruzó el claro con toda la dignidad que pudo reunir. «*Clan Estelar, por favor no me dejes tropezar con una ramita.*»

—Salto de Cierva, eres una gata sabia y experimentada —maulló Estrella de Cedro—. Sé que transmitirás tus cualidades a Zarpa Amarilla.

Zarpa Amarilla se dio la vuelta para enfrentarse a Salto de Cierva. La gata atigrada gris había avanzado hasta el claro, esperándola. Mientras se acercaba a su mentora, Zarpa Amarilla vio el brillo amistoso en los ojos de Salto de Cierva y decidió que estaba muy satisfecha con la elección que Estrella de Cedro había hecho por ella.

—¡Haré lo mejor que pueda, lo prometo! —maulló fervientemente mientras se tocaban las narices.

Cualquier respuesta se ahogó en los coreos del Clan mientras saludaban a los nuevos aprendices por sus nombres.

—¡Zarpa de Nuez! ¡Zarpa Amarilla! ¡Zarpa de Serbal!

Zarpa Amarilla vio a Flor Radiante y Patas de Helecho uno al lado del otro, con idénticas expresiones de orgullo en sus rostros y en sus ojos brillantes. Se sintió lo suficientemente feliz como para estallar.

—Está bien —maulló Salto de Cierva a Zarpa Amarilla cuando el ruido se hubo calmado y los gatos comenzaban a alejarse—. ¿Por qué no salimos a recorrer el territorio antes de que oscurezca?

—¡Genial! —Cada pelo del manto de Zarpa Amarilla se erizó de emoción—. ¡Vamos!

Pero mientras seguía a Salto de Cierva a través del campamento hacia las zarzas donde Zarpa de Nuez y Zarpa de Serbal ya estaban desapareciendo con sus mentores, se tambaleó cuando un dolor agudo atravesó su estómago. No pudo reprimir un grito.

Salto de Cierva se dio la vuelta.

—¿Qué pasa?

Zarpa Amarilla apenas podía mantenerse sobre sus patas. El dolor inundó su cuerpo, oscureciendo su visión. Nunca había sentido nada tan malo.

—Dolor… duele… —logró jadear.

—Será mejor que veas a Bigotes de Salvia —maulló Salto de Cierva.

—Pero… quiero ver el… el territorio —Zarpa Amarilla protestó.

—El territorio no desaparecerá. —La voz de Salto de Cierva estaba determinada. Apoyó la cola sobre los hombros de su aprendiza—. Vamos juntas.

Mientras tropezaba por el campamento, Zarpa Amarilla luchó contra su decepción. «*Quiero empezar a entrenar* ahora. *No tengo tiempo para enfermarme.*»

Pero cuando llegó a la guarida de la curandera, no había ni rastro de ella.

—¿Están buscando a Bigotes de Salvia? —Brinco de Sapo se dirigía a la pila de carne fresca—. La vi entrar en la guarida de los veteranos.

—Gracias, Brinco de Sapo. —Salto de Cierva dirigió el camino hacia el tocón del árbol.

Cuando se acercaron a la guarida, Zarpa Amarilla escuchó gemidos prolongados, como si un gato estuviera en agonía. El dolor de Zarpa Amarilla había disminuido un poco, pero su pelaje se sentía extraño y comenzó a picar, más y más fuerte con cada paso que daba. Tenía miedo de lo que podría encontrar en la guarida de los veteranos y apenas podía obligarse a entrar.

Cuando se agachó por debajo de las ramas exteriores de la guarida, vio a Flama Plateada estirada en su lecho, con su cuerpo retorcido y sus ojos vidriosos por el dolor. Bigotes de Salvia estaba agachada sobre ella, mientras Fauces de Lagarto y Ave Pequeña se acurrucaban juntos al otro lado, sus rostros estaban llenos de miedo y lástima. El suelo estaba sembrado de diferentes hierbas, sus olores fuertes se mezclaban con otro olor dulzón que hizo que Zarpa Amarilla se ahogara.

«*¡Flama Plateada está realmente enferma!*»

—¿Si, qué pasa? —Bigotes de Salvia espetó, sin apartar la mirada de la vieja gata.

—Tuve un dolor… pero no es nada —tartamudeó Zarpa Amarilla.

—Bueno. —Bigotes de Salvia hizo una pausa para masticar un bocado de hojas —. Ven a verme mañana si no se aclara.

—Lo haré. Gracias.

Incapaz de soportar ver a Flama Plateada por más tiempo, Zarpa Amarilla salió de la guarida.

—¿Te sientes bien ahora? —preguntó Salto de Cierva, con una matiz de impaciencia en su voz—. Porque si es así, podemos partir.

Zarpa Amarilla asintió, tratando de ignorar el dolor persistente en su estómago; cuando aspiró el aroma de las hierbas, se había desvanecido hasta convertirse en un dolor tolerable.

—Estoy bien —insistió.

Salto de Cierva abrió el camino a través de las zarzas. La emoción se apoderó de Zarpa Amarilla mientras la seguía, casi eliminando su ansiedad por Flama Plateada. Latidos después, se paró fuera del campamento por primera vez. Los pinos se extendían a lo lejos por todos lados.

—¡Wow! —ella respiró—. ¡El bosque continúa para siempre!

—No del todo —respondió Salto de Cierva, con un destello de diversión en sus ojos—. Vamos. Iremos por este camino.

El suelo entre los árboles era llano y casi no tenía maleza. Zarpa Amarilla vio huellas entrecruzadas: las marcas de garras puntiagudas de pájaros, huellas de garras gatunas de una patrulla anterior y huellas más grandes, con puntas de garras, que nunca antes había visto. Hizo una pausa para olfatearlas y percibió un rastro de un olor fétido que se sintió levemente amenazador.

Salto de Cierva se había detenido y miraba hacia atrás.

—Vamos, Zarpa Amarilla.

—¿Qué es esto? —maulló Zarpa Amarilla.

Salto de Cierva echó un rápido vistazo a las huellas.

—Zorro —afirmó.

Zarpa Amarilla se estremeció y miró a su alrededor, medio esperando ver una delgada forma rojiza deslizándose entre los árboles. Nunca había visto un zorro, pero había oído muchas historias sobre ellos.

—Está bien —le dijo Salto de Cierva—. Ese olor está rancio. Pero tenemos que estar atentas siempre que estemos fuera del campamento.

Zarpa Amarilla flexionó sus garras, preguntándose cómo sería luchar contra un zorro. Un movimiento entre los árboles llamó su atención, pero no apareció ningún zorro. En cambio, era una patrulla de caza del Clan de la Sombra. Estrella de Cedro estaba liderando el camino de regreso al campamento, con Ojo Rayado y Tormenta

de Plumas, todos ellos llevaban presas. Salto de Cierva les saludó y el líder del Clan agitó la cola en reconocimiento.

Poco tiempo después, los pinos se volvieron más delgados, reemplazados por arbustos cubiertos de nieve y juncos cuyas copas plumosas se agitaban con la brisa. El terreno llano se volvió irregular, con huecos ocultos llenos de nieve. Zarpa Amarilla dejó escapar un chillido mientras se deslizaba por un agujero y se hundía profundamente en el polvo blanco. «*¡Salto de Cierva va a pensar que soy una estúpida cría!*»

Pero Salto de Cierva solo esperó hasta que Zarpa Amarilla salió y no hizo ningún comentario.

—Cuando el tiempo es más cálido, el suelo aquí es pantanoso y húmedo —maulló—. Es un buen lugar para cazar ranas.

Zarpa Amarilla asintió. «*Flama Plateada solía disfrutar de las ranas*», pensó, recordando que la veterana no había comido bien desde hacía mucho. Se dio cuenta de que Salto de Cierva le había hecho una pregunta y se había detenido a esperar una respuesta.

—Lo siento —murmuró Zarpa Amarilla—. ¿Qué dijiste?

Salto de Cierva suspiró.

—Te pregunté cuál pensabas que sería la mejor manera de atrapar una rana.

—Oh… um… —Zarpa Amarilla pensó rápido—. ¿Esconderse entre los juncos y saltar sobre ella? —sugirió.

Su mentora movió los bigotes.

—Eso podría funcionar. Pero recuerda que las ranas también pueden nadar. Es mejor encontrar una en tierra. Dos gatos pueden cazar mejor que uno: uno que corte el camino de la rana hacia el estanque de donde salió y otro que la atrape. Practicaremos con los otros aprendices cuando llegue la estación de la hoja verde.

—¡Genial! —Zarpa Amarilla respondió, aunque sus pensamientos de Flama Plateada gimiendo de agonía amortiguaron su entusiasmo.

Llegaron al borde del pantano y atravesaron otra franja de pinos. Los árboles crecían más escasos ahí, y formas rojizas y de bordes duros se alzaban más allá del último de ellos, tan altas como los troncos más altos.

—Estamos llegando a la frontera del territorio del Clan de la Sombra—maulló Salto de Cierva—. ¿Puedes oler nuestras marcas olorosas?

Zarpa Amarilla olfateó y asintió. Se sentía orgullosa de que el aroma del Clan de la Sombra fuera tan fuerte. «*¡Eso advierte a los otros Clanes que no se metan con nosotros!*»

—En esa dirección —Salto de Cierva prosiguió, inclinando las orejas hacia las siniestras formas— está el Poblado de los Dos Patas. No vamos allí. Es lugar para perros y mininos domésticos, no para guerreros. Esas son las guaridas donde viven los Dos Patas.

Zarpa Amarilla miró las paredes anormalmente rectas con agujeros cuadrados a los lados, algunos en lo alto y otros más cerca del suelo. Barreras bajas de madera

rodeaban cada guarida, como las espinas que rodeaban el campamento del Clan de la Sombra. Mientras Zarpa Amarilla miraba, apareció un minino doméstico, balanceándose cuidadosamente en la parte superior de la pared de madera antes de saltar al otro lado.

—Ese gato llevaba algo alrededor del cuello —observó.

Salto de Cierva asintió.

—Un collar. La mayoría de las mascotas los tienen. Significa que pertenecen a los Dos Patas y nunca podrán ser libres. Solo agradece que nunca tendrás que usar uno.

Zarpa Amarilla miró por un poco más de tiempo, pero la mascota no reapareció. Se preguntó cómo sería vivir en el Poblado de los Dos Patas. Parecía frío, duro y vacío, y se alegró cuando Salto de Cierva siguió su camino, a través de otra zona de bosque donde los pinos se mezclaban con otros árboles. Las ramas desnudas crujieron sobre la cabeza de Zarpa Amarilla. Pronto se dio cuenta de un hedor acre en el aire y un rugido sordo que creció y se extinguió de nuevo.

—¿Eso es un *trueno*? —maulló.

—Verás lo que es en unos pocos latidos —le dijo Salto de Cierva.

Cuando Zarpa Amarilla llegó al borde de los árboles, se detuvo a trompicones. Frente a ella había un estrecho tramo de suelo que se alejaba en ambas direcciones hasta donde podía ver. La nieve que yacía sobre él se había batido en líneas rectas, dejando sucias crestas marrones. Debajo, Zarpa Amarilla pudo distinguir una superficie dura y negra. El hedor acre se elevó en oleadas, sofocando todos los demás aromas del bosque.

—¿Qué es *eso*? —jadeó Zarpa Amarilla. Estiró una pata para tocar la superficie.

Inmediatamente, Salto de Cierva movió la cola frente a Zarpa Amarilla.

—Mantente atrás —advirtió.

En el mismo momento, el extraño rugido comenzó de nuevo. Zarpa Amarilla se tensó cuando una pequeña criatura apareció en el otro extremo del camino; se hizo más grande a medida que el rugido se hacía más fuerte. Pronto pudo distinguirlo con más claridad: era de un escarlata brillantemente antinatural y tenía patas negras redondas que parecían devorar el suelo. Latidos más tarde pasó, salpicando a Zarpa Amarilla con nieve sucia y medio derretida. Por un momento, su aullido y vil hedor llenó el aire; luego desapareció, menguando en la distancia mientras el sonido se apagaba.

—¡No nos vio! —Zarpa Amarilla maulló de alivio.

—La mayoría no lo hacen —respondió Salto de Cierva—. Se mantienen en el Sendero Atronador y no nos molestan siempre que nos mantengamos alejados de él. Pero han muerto gatos al intentar cruzar, así que ni lo pienses.

—¿*Ese* es el Sendero Atronador? —preguntó Zarpa Amarilla—. ¡Entonces eso debe haber sido un monstruo! Patas de Helecho nos habló de ellos cuando estábamos en la maternidad. Dijo que los monstruos tienen Dos Patas en el estómago, pero pensé que era solo un cuento para cachorros.

—No, es verdad —maulló Salto de Cierva.

—¿Esas cosas *comen* Dos Patas?

—No exactamente. —Salto de Cierva parecía desconcertada—. Los Dos Patas vuelven a salir de ellos, y parecen estar bien. No sé de qué se trata, pero bueno, los Dos Patas son extraños.

El hedor del monstruo se estaba desvaneciendo, y mientras saboreaba el aire, Zarpa Amarilla pudo captar otro olor que no reconoció. Era olor de gatos, pero más áspero que el cálido y reconfortante aroma del Clan de la Sombra al que estaba acostumbrada.

—¿Qué es ese olor asqueroso?

—Ese es el Clan del Trueno —explicó Salto de Cierva, agitando su cola hacia los árboles al otro lado del Sendero Atronador—. Su territorio está allá.

—¿En verdad?

Las marcas olorosas parecían tan cercanas; Zarpa Amarilla imaginó una patrulla de gatos hostiles del Clan del Trueno trotando a través del Sendero Atronador, invadiendo su territorio. El pelaje de su cuello comenzó a erizarse y clavó sus garras en el suelo. «*¡Es mejor que no lo intenten!*»

Pero no había ningún movimiento entre los árboles en el lado opuesto del Sendero Atronador, nada que sugiriera que una patrulla enemiga estaba acechando allí. Sintiéndose un poco decepcionada, Zarpa Amarilla se dio la vuelta.

—¿A dónde vamos ahora?

—Sígueme. —Salto de Cierva lideró el camino a lo largo del Sendero Atronador y se detuvo en un punto donde el suelo se hundió en una profunda hendidura que se convirtió en un túnel que conducía a la oscuridad. Los lados estaban revestidos con piedras cuadradas.

—¿Los Dos Patas hicieron eso? —maulló Zarpa Amarilla.

—Lo hicieron. —Salto de Cierva parecía complacida y un poco sorprendida de que Zarpa Amarilla hubiera acertado—. No me preguntes por qué. Conduce por debajo del Sendero Atronador y sube por el otro lado.

—¿Al territorio del Clan del Trueno? ¡Podrían atravesarlo y atacarnos!

—No, sigue siendo nuestro territorio del otro lado, hasta la hondonada de los Cuatro Árboles. Es el camino que seguimos para las Asambleas.

Las patas de Zarpa Amarilla hormiguearon. «*¡Ahora que soy una aprendiza, podré ir a las Asambleas!*» Cuando tenía tres lunas, había rogado y rogado para ir a una. Flama Plateada le había prometido contarle todo lo sucedido y, al día siguiente, había cumplido su promesa. «*Lo hizo sonar tan emocionante... Espero que esté mejor para la próxima luna llena, así podemos ir juntas.*»

Fue sacada bruscamente de sus recuerdos cuando Salto de Cierva le dio un golpe en el hombro con la punta de la cola.

—¡Despierta! —reprendió su mentora—. Aún nos queda un largo camino por recorrer.

Siguieron andando, pegadas al Sendero Atronador con las guaridas de Dos Patas desapareciendo entre los árboles detrás de ella.

—Allí —continuó Salto de Cierva— hay otro túnel. Ese conduce directamente al territorio del Clan del Viento. ¿Qué crees que significa?

—¡Problemas! —exclamó Zarpa Amarilla.

—Correcto. Entonces, ¿qué debemos hacer al respecto?

—¿Patrullar con mucho cuidado? —Zarpa Amarilla sugirió—. Y… eh… ¿poner marcas olorosas realmente fuertes alrededor de nuestro final?

Salto de Cierva asintió.

—Exactamente. Bien pensado, Zarpa Amarilla.

Unos cuantos zorros de distancia más allá, Zarpa Amarilla vio a Zarpa de Serbal trotando hacia ellas con su mentor, Vuelo de Pinzón.

Zarpa de Serbal agitó su cola.

—¿No es genial? —ella exclamó—. ¡Nuestro territorio es asombroso!

Zarpa Amarilla maulló de acuerdo, pero no hubo tiempo para detenerse y charlar. Salto de Cierva estaba avanzando, y Zarpa Amarilla tuvo que apresurarse para alcanzarla. A esas alturas el sol empezaba a ponerse, manchando la nieve de rojo sangre. Las sombras comenzaron a acumularse bajo los árboles, y los monstruos que pasaban por el Sendero Atronador tenían ojos amarillos deslumbrantes que atravesaban la oscuridad.

Finalmente, Salto de Cierva se apartó del Sendero Atronador y se dirigió de regreso a los árboles. Sombras más oscuras se alzaban por delante, y Zarpa Amarilla trató de ocultar su nerviosismo cuando Salto de Cierva se hundió en ellas.

Finalmente, su mentora se detuvo.

—¿Qué puedes oler?— ella preguntó.

Zarpa Amarilla separó sus mandíbulas y saboreó el aire.

—Olor muy fuerte del Clan de la Sombra —informó—. ¿Estamos cerca de la frontera otra vez?

—Lo estamos. Pero ¿hay algo más?

Zarpa Amarilla tomó otro aliento, tratando de distinguir otros aromas debajo del abrumador aroma del Clan de la Sombra.

—¡Oh! —exclamó—. ¡Algo realmente desagradable! ¿Es otro Clan?

—No, ese es el vertedero. —Salto de Cierva movió la cola hacia las sombras.

Mirando más de cerca, Zarpa Amarilla distinguió enormes montones de cosas malolientes. Formas extrañas que brillaban en la penumbra asomaban de una montaña de barro y escombros. Una cerca brillante, como una telaraña gruesa y regular, los rodeaba.

—¿Qué es todo eso? —maulló—. ¿Cómo llegó allí?

—Los Dos Patas lo traen en monstruos amarillos —respondió Salto de Cierva con una mirada de disgusto—. Es carroña de Dos Patas. Y antes de que preguntes, no sé por qué la tiran allí.

—¡Puaj! —Zarpa Amarilla se pasó la lengua por las mandíbulas—. Casi puedo saborearla desde aquí.

—Mantente alejada de allí —le advirtió Salto de Cierva—. Más ratas de las que puedas imaginar viven en esos montones, e incluso los guerreros experimentados se lo piensan dos veces antes de meterse con ellas.

—No hay *forma* de que quiera ir allí —Zarpa Amarilla le aseguró—.

Estuvo feliz de dejar atrás el vertedero y regresar al bosque. Había caído la noche y los primeros guerreros del Clan Estelar estaban apareciendo en el cielo. La nieve brillaba inquietantemente bajo los árboles.

—¿Qué hay por ahí? —Zarpa Amarilla curvó la cola hacia donde los pinos se extendían una y otra vez hasta que se fundían en las sombras.

—Más bosque —respondió Salto de Cierva—. Ningún gato va por ahí. Tenemos suficiente territorio sin él.

Zarpa Amarilla sintió una punzada de alivio por no tener que ir más lejos. Sus patas estaban congeladas y comenzaba a sentir dolor. «*Nunca había caminado tan lejos*», pensó.

—Ya casi estamos de regreso en el campamento —anunció Salto de Cierva—. Puedes elegir un trozo de carne fresca y luego buscarte un lecho en la guarida de los aprendices.

Zarpa Amarilla parpadeó; no había considerado que ya no dormiría en la maternidad, y se preguntó si Zarpa Mellada y Zarpa Abrasadora le darían la bienvenida a ella y a sus hermanos. Pero empujó ese pensamiento al fondo de su mente. Había algo más importante que tenía que hacer primero.

«*Necesito saber cómo está Flama Plateada.*»

Siguió a Salto de Cierva a través del túnel de espinas hacia el claro.

—¿Disfrutaste viendo el territorio? —le preguntó Salto de Cierva.

—Sí, fue genial, gracias —respondió Zarpa Amarilla, con las patas ansiosas por llevarla hacia la guarida de los veteranos.

—Terminé contigo, entonces. —Salto de Cierva movió las orejas—. Te veré mañana al amanecer. Comenzaremos tu entrenamiento con práctica de caza.

Zarpa Amarilla sabía que debería sentirse emocionada por eso, pero su ansiedad por Flama Plateada se hacía más fuerte con cada latido. Inclinó la cabeza hacia su mentora y atravesó el claro hacia la guarida de los veteranos. Justo cuando la alcanzó, Flor Radiante emergió.

—¿Cómo está Flama Plateada? —exigió Zarpa Amarilla.

—Cada vez más débil —Flor Radiante respondió. Su rostro era solemne—. Sé valiente, pequeña. Tenemos que aceptar que es hora de que camine con el Clan Estelar.

5

—*¡No!* —jadeó Zarpa Amarilla—. ¡No puede dejarnos!

—Lo siento, pero tiene que hacerlo. —Flor Radiante inclinó la cabeza para tocar la oreja de Zarpa Amarilla con la nariz.

Zarpa Amarilla pudo ver la desesperada ansiedad en los ojos de Flor Radiante. «*Sé cómo me sentiría si Flor Radiante se estuviera muriendo. Ella debe sentir lo mismo ahora que es su madre quien se unirá al Clan Estelar.*»

—¡Quiero verla! —se atragantó.

Flor Radiante asintió.

—Puedes, pero debes estar muy callada. —Dio un paso atrás y permitió que Zarpa Amarilla se deslizara por debajo de las ramas hacia la guarida de los veteranos.

Flama Plateada estaba acostada de lado, con las patas abiertas como si estuviera corriendo. Tenía los ojos entrecerrados y el pecho se agitaba con respiraciones entrecortadas. Bigotes de Salvia estaba agachada sobre ella mientras Ave Pequeña y Fauces de Lagarto miraban desde la esquina, sus ojos brillaban en la oscuridad.

Zarpa Amarilla sintió como si su manto estuviera en llamas mientras se acercaba a la vieja y enferma gata. Ella se tambaleó hacia atrás, parpadeando.

—¡Tiene tanta sed! —le susurró a Bigotes de Salvia—. ¿Por qué no le das algo de beber? ¿Por qué no estás tratando su dolor?

Bigotes de Salvia levantó la mirada, con los ojos llenos de dolor.

—No hay nada más que pueda hacer —murmuró.

—¡Debe haberlo! —Zarpa Amarilla gimió.

—Zarpa Amarilla —Ave Pequeña se puso de pie y le dio un suave empujón a la aprendiza—. Ven conmigo.

—¡No! —Zarpa Amarilla sintió como si todo su mundo estuviera lleno de dolor y sufrimiento por Flama Plateada—. Quiero quedarme con ella.

—No puedes ayudarla ahora —maulló Ave Pequeña suavemente—. Ven.

Zarpa Amarilla se dejó llevar hacia la entrada. Antes de esconderse bajo las ramas, miró hacia atrás.

—Adiós, Flama Plateada —susurró.

No había señales de que Flama Plateada la hubiera escuchado. Ella respiró tan hondo que le crujió la garganta. Cuando Zarpa Amarilla salió de la guarida, aguzó el oído para volverla a oír respirar. No escuchó nada.

—Está muerta, ¿no es así? —susurró Zarpa Amarilla.

Ave Pequeña asintió.

—Ahora caza con el Clan Estelar.

Zarpa Amarilla clavó sus garras en el suelo.

—Ella no debería estar muerta. ¿Por qué Bigotes de Salvia no la salvó?

—No fue…

—¡*Debería* haberla salvado! —Zarpa Amarilla interrumpió las palabras de Ave Pequeña con un aullido de rabia—. ¿De qué sirve una curandera si no puede hacer eso?

—Ven a caminar conmigo —maulló Ave Pequeña suavemente.

—Sí, ve con Ave Pequeña. —Flor Radiante, que había esperado afuera de la guarida, tocó con la nariz la oreja de Zarpa Amarilla.

Con los ojos nublados por la tristeza, Zarpa Amarilla siguió a la pequeña atigrada rojiza fuera del campamento. Se dio cuenta de que Ave Pequeña se dirigía a los pantanos que Salto de Cierva le había mostrado antes. Se sentía como si el recorrido por el territorio hubiera sucedido en otra vida.

—Los curanderos solo pueden hacer lo mejor que pueden con el conocimiento que tienen —le dijo Ave Pequeña—. El Clan Estelar quería que Flama Plateada caminara con ellos. Mira —añadió, deteniéndose junto a un arbusto con algunas hojas de color verde claro aferrándose a sus delgadas ramas—, ahí está el arbusto de enebro que Bigotes de Salvia usó para aliviar el dolor de Flama Plateada. Y en la estación de la hoja nueva también hay fárfara para la dificultad para respirar…

—Pero nada de eso sirvió en absoluto —gruñó Zarpa Amarilla—. Bigotes de Salvia debería haber encontrado algo mejor. —Dio un azote su cola—. ¿De qué sirve ser un curandero si no puedes curar a tus compañeros de Clan?

—La muerte es parte de la vida —maulló Ave Pequeña, apoyando su cola en el hombro de Zarpa Amarilla—. Todo buen guerrero va al Clan Estelar, y ese es un lugar glorioso para terminar. —Levantó una pata y señaló una estrella que brillaba sobre sus cabezas—. Mira, Flama Plateada nos está cuidando ahora.

—Pero la quiero de vuelta en el Clan —susurró Zarpa Amarilla. La estrella estaba demasiado lejos para significar algo, y ¿cómo podría un gato saber que era Flama Plateada?

—Todos los gatos tienen que irse algún día —murmuró la veterana—. Hasta entonces, todo lo que podemos hacer es esforzarnos al máximo para ser los mejores para nuestro Clan.

A medida que la estación sin hojas se arrastraba, la fuerte helada hizo que la hierba fuera lo suficientemente afilada como para perforar las almohadillas de un gato como si fueran espinas, y las presas permanecían profundamente dentro de sus agujeros. Zarpa Amarilla sintió como si su vientre se agitara, estaba tan vacío, pero Salto de Cierva la mantuvo en un régimen de entrenamiento agotador.

—Tengo que levantarme antes que cualquiera de ustedes —refunfuñó Zarpa Amarilla a Zarpa de Nuez mientras se lamía una pata y trataba de quitarse el sueño de los ojos—. ¡Algunas mañanas incluso salimos antes que la patrulla del alba! Y nunca es suficiente si atrapo una presa. Oh, no, no podemos volver al campamento hasta que haya atrapado dos o tres.

—Lo estás haciendo muy bien —murmuró Zarpa de Nuez. Todavía estaba acurrucado en el musgo de la guarida de los aprendices y sonaba medio dormido—. Salto de Cierva es una mentora fantástica.

Zarpa Amarilla resopló, aunque estaba contenta de haber logrado impresionar a su hermano. «*Me estoy esforzando mucho* —pensó—. *¿Seguramente voy a ser una buena guerrera con todo este entrenamiento?*»

—¡Zarpa Amarilla!

—Uh, oh. —Zarpa Amarilla se estremeció ante el sonido de la voz de su mentora—. ¡Voy! —gritó mientras salía de la guarida.

Salto de Cierva estaba de pie a un zorro de distancia, sacando con impaciencia sus garras. La primera tenue luz del amanecer se colaba en el cielo; Zarpa Amarilla apenas podía ver los contornos de los árboles. Colmillo de Piedra salía de la guarida de los guerreros. Arqueó la espalda en un largo estirón y sus mandíbulas se abrieron en un bostezo.

Zarpa Amarilla parpadeó y trató de parecer alerta.

—¿A dónde vamos hoy?

—Pensé que podríamos intentar cerca del gran fresno —respondió Salto de Cierva—. Ningún gato ha cazado allí desde hace uno o dos días.

La somnolencia de Zarpa Amarilla se desvaneció mientras se dirigía al bosque tras su mentora. El aire estaba fresco y frío; sus patas golpeaban el duro suelo e hizo un esfuerzo consciente por caminar con suavidad. La luz del amanecer se intensificaba cuando el fresno apareció a la vista. Salto de Cierva hizo un gesto con la cola para que Zarpa Amarilla se cubriera detrás de algunas zarzas.

—Quédate perfectamente quieta —le ordenó la guerrera—. Mira, escucha y huele. ¿Qué puedes percibir?

Zarpa Amarilla se irguió, sus bigotes temblaron por la concentración, y trató de enfocar todos sus sentidos a la vez. Al principio no oyó nada más que la brisa en las ramas desnudas del fresno y el suave sonido de su propia respiración. Luego, un olor familiar flotó en sus mandíbulas y aguzó las orejas. «*¡Mirlo!*»

Asomó la cabeza por detrás de las zarzas y vio al pájaro picoteando entre las raíces del fresno. Recordando comprobar la dirección de la brisa, se abrió camino por el exterior de la espesura y se agachó hasta ponerse en cuclillas para acercarse al pájaro desde la otra dirección. Sigilosamente, paso a paso, Zarpa Amarilla avanzó, con la mirada fija en su presa.

Era consciente de que Salto de Cierva la miraba, lo que la hacía aún más decidida. «*¡Tengo que hacer una buena atrapada!*»

Pero antes de que Zarpa Amarilla se acercara a la distancia, accidentalmente pisó una hoja muerta. Crujió bajo su pata, y el mirlo, alertado por el pequeño sonido, revoloteó hasta una rama baja.

—¡Cagarrutas de ratón! —siseó Zarpa Amarilla.

Regresó a Salto de Cierva, que todavía estaba a cubierto detrás de las zarzas.

—Está bien —maulló su mentora—. ¿Qué hiciste mal?

—Pisé una hoja.

«*¡Duh!*»

—¿Y por qué pisaste una hoja?

—No era consciente de todo lo que me rodeaba —admitió Zarpa Amarilla—. Estaba tan concentrada en el mirlo que no pensé en dónde estaba poniendo mis patas.

Salto de Cierva le dio un asentimiento de aprobación.

—Bien. Lo recordarás la próxima vez, ¿no? —Mirando desde la espesura, añadió—: Y ahora tienes otra oportunidad.

Zarpa Amarilla asomó la cabeza y vio que el pájaro estaba de regreso entre las raíces de los árboles, picoteando como si hubiera olvidado la amenaza. «*¡Te atraparé esta vez!*»

Comprobando de nuevo la dirección del viento, se arrastró hacia adelante; esta vez miró el suelo frente a ella, evaluando todo lo que se interponía entre ella y su presa. Evitó una ramita caída y usó un grupo de hierba congelada para una protección adicional. Por fin estuvo lo suficientemente cerca para saltar; tensando los músculos, se lanzó hacia adelante con un enorme salto y hundió sus garras en el pájaro antes de que se diera cuenta de que estaba allí. Una vez que el cuerpo inerte estuvo seguro en sus mandíbulas, trotó de regreso a su mentora.

—Bien hecho —ronroneó Salto de Cierva—. Ese fue un acecho perfecto.

Zarpa Amarilla se sintió cálida por todas partes; Los elogios de Salto de Cierva debían ganarse.

—Es un poco delgado —confesó después de dejar caer el pájaro al suelo.

—No importa. Cualquier presa es bienvenida en un tiempo como este.

El suelo era demasiado duro para cavar un hoyo y enterrar a la carne fresca mientras seguía cazando, por lo que Zarpa Amarilla raspó hojas sobre él antes de comenzar a buscar más presas en el área, moviéndose en círculos cada vez más amplios alrededor del fresno. Pero parecía como si nada más se moviera en todo el bosque helado. Garras de escarcha se clavaban profundamente en el manto de Zarpa Amarilla, y estaba casi lista para preguntar si podían regresar al campamento cuando vio un movimiento parpadeante entre dos piedras. Rápidamente metió una pata y se sorprendió al descubrir que había enganchado un lagarto en sus garras. Se retorció por un latido y luego se quedó quieto.

—Qué buena suerte —Salto de Cierva comentó—. Usualmente no ves lagartos en un tiempo tan frío como este.

Zarpa Amarilla se hinchó de orgullo mientras llevaba sus dos presas al campamento. Zarpa de Nuez y Zarpa de Serbal estaban junto al montón de carne fresca con sus mentores.

—¡Hemos estado en una patrulla de caza! —Zarpa de Nuez maulló, charlando hacia Zarpa Amarilla—. ¡Atrapé un ratón!

—Y Zarpa de Serbal atrapó un estornino —agregó Vuelo de Pinzón—. Ambos lo han hecho muy bien.

—Bueno, no tiene sentido quedarse mirando como crece nuestro pelaje —maulló Salto de Cierva—. ¿Qué tal si les damos a los aprendices una sesión de entrenamiento conjunta? A todos les vendría bien practicar sus movimientos de batalla.

—Ella nunca se detiene, ¿verdad? —Zarpa de Serbal murmuró en el oído de Zarpa Amarilla mientras los otros dos mentores murmuraban acuerdo y se dirigían al túnel de espinas.

—Al menos la lucha nos mantendrá calientes —señaló la aprendiza de pelo gris.

Ella y sus hermanos siguieron a sus mentores hasta la hondonada de entrenamiento poco profunda, no muy lejos del campamento. Zarpa Mellada y Zarpa Abrasadora ya estaban allí con Patas de Helecho y Cola de Cuervo.

Los dos aprendices mayores daban vueltas cautelosamente uno alrededor del otro. Zarpa Mellada lanzó un zarpazo, pero Zarpa Abrasadora saltó hacia atrás y el golpe nunca impactó. Con un aullido, Zarpa Mellada se impulsó con sus patas traseras y se lanzó al aire. Zarpa Amarilla hizo una mueca, esperando que aterrizara en Zarpa Abrasadora y lo derribara al suelo. Pero mientras Zarpa Mellada todavía estaba en el aire, su hermano se giró sobre su espalda en el suelo. Extendió las cuatro patas, con las garras extendidas. Zarpa Mellada aterrizó en el vientre de Zarpa Abrasadora, e inmediatamente el gato rojizo lo sujetó con sus cuatro patas por los hombros y ancas. Luego se dio la vuelta para intercambiar lugares y clavó a Zarpa Mellada al suelo.

—Suficiente —maulló Cola de Cuervo, y los dos aprendices se separaron—. Ahora inténtalo de nuevo, y Zarpa Abrasadora, tú saltas esta vez.

—¡Es un movimiento brillante! —Zarpa de Serbal exclamó.

—Es bueno recordarlo si un gato salta sobre ti en la batalla —explicó Patas de Helecho mientras los aprendices mayores volvían a dar vueltas entre sí—. A menudo, el gato que está debajo tiene lo peor de la pelea, pero de esta manera puedes recuperar el control.

—¿Podemos intentarlo? —Zarpa Amarilla preguntó cuándo hubo visto el movimiento demostrado por segunda vez.

—Por supuesto —maulló Salto de Cierva—. Para eso estamos aquí. Zarpa Amarilla, puedes trabajar con Zarpa de Nuez. Zarpa Abrasadora, practicas con Zarpa de Serbal.

Zarpa de Serbal parecía un poco desconcertada ante la idea de trabajar con un aprendiz que ya conocía el movimiento, y Zarpa Abrasadora obviamente no estaba

muy feliz de estar emparejado con una gata más joven. Pero sabían que era mejor no discutir.

—Mantengan las garras envainadas —instruyó Patas de Helecho—. No queremos ningún pelaje hecho pedazos.

Cada par de gatos comenzó a dar vueltas. Zarpa Amarilla estaba saltando sobre Zarpa de Nuez, quien tenía las patas extendidas listas para ella, cuando escuchó un aullido de sorpresa de Zarpa de Serbal. Al mismo tiempo, un dolor agudo le atravesó el hombro. Dejó escapar un chillido y se desplomó en el suelo a las patas de Zarpa de Nuez.

—Por el amor del Clan Estelar, ¿qué está pasando? —Vuelo de Pinzón exclamó, saltando hacia su aprendiza—. Zarpa de Serbal, ¿estás bien?

Cuando Zarpa Amarilla se dio la vuelta, jadeando de dolor, vio a su hermana tirada en el suelo al otro lado del área de entrenamiento. La sangre manaba lentamente de unos pinchazos en el hombro de Zarpa de Serbal.

—¡Zarpa Abrasadora, dijimos garras envainadas! —Cola de Cuervo le espetó.

—Lo siento —murmuró Zarpa Abrasadora—. Lo olvidé.

—No entiendo cómo dos aprendices pueden resultar heridos al mismo tiempo —maulló Hoja Ámbar, acercándose a Zarpa de Nuez—. ¿Qué hiciste?

—¡Nada! —Los ojos de Zarpa de Nuez estaban muy abiertos por la consternación—. ¡No miento, nunca toqué a Zarpa Amarilla!

—Como sea. Igual duele —espetó Zarpa Amarilla, incorporándose torpemente a sus patas.

—Yo estoy bien. —Zarpa de Serbal se sentó, girando la cabeza para pasar la lengua por las manchas de sangre en su hombro—. Quiero intentarlo de nuevo.

—Está bien —maulló Vuelo de Pinzón—. Pero tengamos *todos* más cuidado esta vez.

El dolor en el hombro de Zarpa Amarilla se estaba desvaneciendo, pero temía ser lastimada por segunda vez. Cuando volvieron a practicar el movimiento, supo que no estaba haciendo su mejor esfuerzo.

—Agarra a tu oponente con más fuerza —aconsejó Salto de Cierva—. No pienses en lo que están haciendo sus patas. Solo concéntrate en aferrarte a él e inmovilizarlo.

—Creo que es suficiente por hoy —Vuelo de Pinzón decidió, cuando los aprendices habían practicado el movimiento una vez más—. Zarpa de Serbal, será mejor que veas a Bigotes de Salvia por esos rasguños.

Zarpa de Serbal asintió, aunque Zarpa Amarilla notó que las marcas de garras ya no sangraban, y su hermana apenas cojeaba mientras se dirigían de regreso al campamento. Mientras Zarpa de Serbal se dirigía a la guarida de la curandera, el resto de los aprendices y sus mentores se reunieron alrededor del montón de carne fresca.

—Zarpa Amarilla, ¿crees que deberías ver a Bigotes de Salvia también? —le preguntó Salto de Cierva.

—No, estoy bien —murmuró Zarpa Amarilla a través de un bocado de la ardilla que estaba compartiendo con Zarpa de Nuez.

Salto de Cierva parecía dudar.

—Será mejor que te tomes el resto del día libre —maulló, olfateando el hombro de Zarpa Amarilla—. No veo ninguna lesión, pero nunca se sabe. Descansa un poco y ve a Bigotes de Salvia si el dolor no desaparece. —Se dio la vuelta para elegir alguna presa para ella.

Zarpa Amarilla no quería descansar. «*Ahora me siento bien* —pensó ella—. *Quizá simplemente aterricé mal.*»

Cuando hubo terminado su parte de la ardilla, decidió que se iría sola a practicar el nuevo movimiento. Todavía no estaba acostumbrada a poder salir del campamento por su cuenta y sintió un estremecimiento de confianza mientras caminaba a través de las espinas. Cuando encontró un lugar apartado en una hondonada cubierta por arbustos de acebo, intentó el movimiento de nuevo: primero el salto y luego se dio la vuelta para extender sus patas, lista para agarrar a su oponente. «*No funciona tan bien si lo hago yo sola*», pensó, decepcionada.

—¿Quieres ayuda?

La voz sobresaltó a Zarpa Amarilla; levantó la mirada para ver a Zarpa Mellada de pie en la parte superior de la hondonada.

—No, estoy bien —maulló, moviendo sus patas delanteras en la tierra.

Ignorando su negativa, Zarpa Mellada se acercó a ella.

—Realmente necesitas un compañero para hacer ese movimiento —maulló él.

Zarpa Amarilla le dio una sacudida a su pelaje. «*Sería una cerebro de ratón si no dejara que me ayudara.*»

—Está bien —estuvo de acuerdo.

«*¡Salto de Cierva se sorprenderá cuando vea que puedo hacer el movimiento perfectamente!*»

Zarpa Mellada le dio un rápido asentimiento.

—Saltaré y tú me agarrarás —le dijo—. De esa manera, puedes practicar la parte difícil.

Al principio, Zarpa Amarilla temía que el aprendiz más pesado la aplastara en el suelo del bosque.

—No puedo poner mis patas en su lugar lo suficientemente rápido —se quejó, sentándose y sacudiendo trozos de hojas muertas de su pelaje.

—Tienes que vigilar más de cerca —respondió Zarpa Mellada—. Debes saber cuándo se acerca el salto y estar lista. Inténtalo otra vez.

Esta vez, Zarpa Amarilla notó la tensión de los músculos de Zarpa Mellada antes de que saltara. Ella rodó sobre su espalda y abrió las patas.

—¡Te tengo! —gritó mientras envolvía sus patas alrededor de él y lo volteó.

Zarpa Mellada se apresuró a ponerse de pie y asintió con la cabeza.

—Mejor.

«*¿Mejor? —Zarpa Amarilla pensó indignada—. ¡Fue brillante!*»

—Podrás hacerlo la próxima vez que estés en una sesión de entrenamiento —Zarpa Mellada continuó—. Ahora tengo que irme. Quiero cazar antes de que oscurezca.

—¡Gracias! —exclamó Zarpa Amarilla mientras el gato salía de la hondonada—. ¡Realmente ayudaste!

Zarpa Mellada no respondió. Zarpa Amarilla se quedó parpadeando tras él, sorprendida por sus sentimientos de gratitud. «*Quizá él no sea tan malo después de todo.*»

6

La luz del sol de la mañana brillaba en la hierba cubierta de rocío y sobre las telarañas que cubrían los arbustos y los matorrales de helechos. Zarpa Amarilla hizo una pausa para saborear el aire. El olor a tierra húmeda inundó sus mandíbulas, con un rastro de frescos brotes verdes. «*La estación de la hoja verde estará aquí pronto.*»

Zarpa Amarilla y sus hermanos estaban siguiendo a Salto de Cierva, saliendo del campamento para una sesión de entrenamiento. Al saltar sobre una rama rota, vio una mancha verde. Volvió, empujó la rama a un lado y descubrió unos delicados brotes asomándose a través de la cubierta de hojas podridas. Con mucha suavidad, Zarpa Amarilla raspó los escombros, dando a los brotes la oportunidad de alcanzar el sol. Agachándose para olerlos bien, pensó: «*Estoy segura de que he olido esto en la guarida de Bigotes de Salvia antes. Debe ser una hierba.*»

Cuando se enderezó, escuchó aullidos de emoción, y los dos aprendices más nuevos, Zarpa de Raposa y Zarpa de Lobo, se lanzaron sobre la rama. Zarpa Amarilla saltó hacia atrás para evitar ser derribada. Cuatro pares de patas voladoras pisotearon con fuerza los pequeños brotes, aplastándolos contra la tierra.

—¡Cerebros de ratón! —los llamó Zarpa Amarilla, su pelaje erizado de furia—. ¡Miren hacia donde van!

Flor Radiante, la mentora de Zarpa de Lobo, y Ala de Ventisca, que era el mentor de Zarpa de Raposa, siguieron a sus aprendices más lentamente. Flor Radiante le dio a Zarpa Amarilla una mirada inquisitiva al pasar, pero Zarpa Amarilla se encogió de hombros y se quedó atrás.

El resto de los aprendices y sus mentores se habían reunido en un claro no lejos de los pantanos. Zarpa de Lobo y Zarpa de Raposa estaban corriendo alrededor del borde, echando a un lado a Zarpa de Nuez y Zarpa de Serbal si se interponían en el camino.

Zarpa de Serbal se acercó a Zarpa Amarilla.

—Son incluso más molestos que Zarpa Mellada y Zarpa Abrasadora.

Aún enojada por los brotes dañados, Zarpa Amarilla asintió.

—Están actuando como cachorros.

Salto de Cierva reunió a los gatos.

—Hoy vamos a hacer un ejercicio de caza —anunció.

—Aww, ¿tenemos que hacerlo? —La interrumpió Zarpa de Lobo—. ¡Eso es tan aburrido! ¡Quiero pelear!

Salto de Cierva le dirigió una fría mirada.

—Si quieres, Zarpa de Lobo, puedes volver al campamento y buscar garrapatas en los veteranos.

—Eh… no. —La cola de Zarpa de Lobo cayó—. Supongo que cazar está bien.

—Muchas gracias —continuó Salto de Cierva, con un toque de sarcasmo en su tono—. Esta mañana van a trabajar por parejas. Zarpa de Nuez y Zarpa de Serbal, pueden trabajar juntos. Zarpa Amarilla, ve con Zarpa de Raposa. —La punta de su cola se movió—. Zarpa de Lobo, ya que no hay otro aprendiz con quien emparejarte, tendrás que trabajar conmigo.

Zarpa Amarilla dudó entre disfrutar la expresión de horror de Zarpa de Lobo y su consternación por tener que trabajar con Zarpa de Raposa. Miró a la aprendiza más joven y vio que la gata rojiza le estaba dando una mirada dudosa en respuesta. «*Está bien, esto no te gusta más que a mí* —pensó Zarpa Amarilla—. *Pero tenemos que aguantarlo por el bien del Clan.*»

Salto de Cierva ordenó a Zarpa Amarilla y Zarpa de Raposa que se dirigieran a través de las ciénagas pantanosas hacia el Sendero Atronador.

—Vuelvan aquí cuando cada una haya atrapado una presa —les ordenó—. Y recuerden, están trabajando *juntas*.

Zarpa Amarilla avanzó con cuidado por el terreno pantanoso, practicando las instrucciones de su mentora de mirar, escuchar y oler. Mientras tanto, Zarpa de Raposa saltaba de un grupo de césped a otro, y a menudo aterrizaba en las charcas poco profundas y salpicaba agua fangosa sobre su pelaje rojizo brillante. Zarpa Amarilla puso los ojos en blanco. «*Supongo que es una forma de ocultar tu olor a las presas.*» Podía escuchar el rugido distante del Sendero Atronador cuando Zarpa de Raposa dio un pequeño salto emocionado.

—¡Puedo oler una paloma! ¡Por este camino! —Salió corriendo.

—No atrapará ninguna paloma ni nada si corre de esa manera —murmuró Zarpa Amarilla. Había captado el aroma de la paloma en el mismo momento, pero también había olido algo más—. Gatos, y no gatos del Clan de la Sombra —maulló suavemente mientras seguía a Zarpa de Raposa—. Esto podría significar problemas.

Alcanzó a Zarpa de Raposa cuando logró ver el Sendero Atronador. La joven gata rojiza estaba parada en medio de un charco de plumas, mirándolas con expresión de consternación.

—Algún otro gato llegó antes que nosotras —le dijo a Zarpa Amarilla.

—Me di cuenta.

El olor a gatos extraños era más fuerte que nunca.

—Y no fue una patrulla del Clan de la Sombra.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Zarpa de Raposa.

Zarpa Amarilla ignoró la pregunta. «*Si no puede oler eso…*» Lanzó una mirada alrededor del charco de plumas, con la nariz pegada al suelo, hasta que vio huellas de gato que se alejaban en dirección al Sendero Atronador.

—Mira esto —maulló, haciendo señas a la aprendiza con la cola—. ¿Ves lo pequeñas y ligeras que son esas huellas? —Señaló cuando Zarpa de Raposa llegó a su lado—. Apostaría una luna de patrullas del alba a que fueron hechas por gatos del Clan del Viento.

—¡Clan del Viento! —exclamó Zarpa de Raposa—. ¡Robando nuestras presas! No pueden hacer eso. ¡Vamos a por ellos!

Estaba lista para atacar, pero Zarpa Amarilla se paró frente a ella.

—¡Espera! —espetó—. ¿Tienes cerebro de ratón?

—¿Tienes miedo? —replicó Zarpa de Raposa.

—¡Nunca! —La voz de Zarpa Amarilla era baja y furiosa—. Solo tengo algo de sentido común, eso es todo. ¿Qué crees que van a hacer dos aprendizas, solas en territorio del Clan del Viento? Lo que tenemos que hacer es ir a buscar a nuestros mentores.

Corrió de regreso a través del pantano. Zarpa de Raposa corrió a su lado, luciendo rebelde. Cuando llegaron al área de entrenamiento, solo Flor Radiante y Ala de Ventisca estaban allí.

—¡Clan del Viento! —jadeó Zarpa Amarilla.

—¡Robando nuestras presas! —Zarpa de Raposa añadió, rebotando sobre sus patas—. ¿Vamos a atacar?

—¡Esperen! —Flor Radiante levantó la cola—. Tranquilícense y cuéntennos qué pasó.

Zarpa Amarilla comenzó a explicar lo que habían visto, tratando de ignorar los intentos de Zarpa de Raposa de interrumpir. Mientras ella hablaba, Salto de Cierva y Zarpa de Lobo regresaron, seguidos de cerca por Zarpa de Nuez y Zarpa de Serbal.

—No podemos dejar pasar esto —maulló Flor Radiante cuando Zarpa Amarilla terminó—. Necesitamos echar un vistazo. Zarpa Amarilla, lidera el camino.

Zarpa Amarilla se enorgullecía de encabezar la patrulla mientras los llevaba a través de los pantanos hasta donde yacían las plumas de la paloma. Flor Radiante bajó la cabeza para oler las huellas de gato.

—Fresco —murmuró—. Y definitivamente del Clan del Viento. Dos de ellos, supongo. Bien olido, Zarpa Amarilla.

—Tienes el mejor sentido del olfato —maulló Salto de Cierva a Flor Radiante—. ¿Por qué no sigues estos rastros y ves a dónde conducen? Lleva a Ala de Ventisca contigo en caso de que los gatos del Clan del Viento sigan merodeando. Te esperaremos aquí.

Flor Radiante asintió y se dirigió hacia el Sendero Atronador, con Ala de Ventisca justo detrás. Zarpa Amarilla esperó con impaciencia hasta que vio a ambos guerreros regresar corriendo.

—Las huellas conducen a ese nuevo túnel que los Dos Patas hicieron bajo el Sendero Atronador —informó Ala de Ventisca—. Y sabemos a dónde lleva eso: ¡Al territorio del Clan del Viento!

—¿Qué vamos a hacer? —Zarpa de Serbal demandó.

Flor Radiante y Ala de Ventisca miraron a Salto de Cierva, ya que era una guerrera veterana. Ella pensó por un momento.

—Ala de Ventisca, deberías volver al campamento y buscar refuerzos —respondió finalmente—. Zarpa de Raposa y Zarpa de Lobo, vayan con él y quédense en el campamento.

—¿Qué? —exclamó Zarpa de Lobo, desanimado—. ¡Queremos pelear!

—Sí, conocemos algunos movimientos increíbles —Zarpa de Raposa agregó.

—Por supuesto que no —maulló Salto de Cierva—. Ambos son demasiado jóvenes para la batalla. —Volviéndose hacia Zarpa Amarilla y sus hermanos, agregó—: ¿Se sienten listos para su primer ataque a un enemigo?

El vientre de Zarpa Amarilla se estremeció.

—¡Sí! —logró decir.

Los ojos de sus hermanos estaban muy abiertos por la conmoción; se miraron el uno al otro y luego asintieron.

—No es justo —murmuró Zarpa de Lobo—. Podemos luchar tan bien como ellos.

Salto de Cierva ignoró su comentario.

—Te esperaremos cerca de la entrada del túnel —le dijo a Ala de Ventisca.

El gato blanco reunió a los aprendices más jóvenes y regresó al campamento. Cuando se habían ido, Salto de Cierva lideró el camino a lo largo de la línea de rastros hasta que vieron el estrecho túnel que conducía al Clan del Viento. Zarpa Amarilla podía notar que el aroma del Clan rival era aún más fuerte allí.

—Nos detendremos aquí —Salto de Cierva anunció, deteniéndose junto a un grupo de hierba larga y pantanosa—. Quédense quietos para que no los vean. Y si algún gato del Clan del Viento sale del túnel, ni siquiera muevan un bigote hasta que yo dé la orden.

Zarpa Amarilla obedeció, agachándose en la hierba entre Zarpa de Serbal y Zarpa de Nuez. Sus garras se extendieron y sus músculos se tensaron para saltar sobre cualquier intruso, pero no había aparecido ningún gato cuando Zarpa Amarilla percibió un olor más fuerte del Clan de la Sombra y escuchó una patrulla que se acercaba atravesando la hierba. Salto de Cierva se levantó para recibirlos e indicó a los aprendices que hicieran lo mismo. Colmillo de Piedra, el lugarteniente del Clan, iba a la cabeza, seguido de cerca por Patas de Helecho y Cola de Cuervo. Zarpa Amarilla estuvo sorprendida y un poco decepcionada al ver que Zarpa Mellada y Zarpa Abrasadora estaban con sus mentores. Quería que ella y sus hermanos fueran los únicos aprendices en enfrentarse al Clan del Viento esta vez.

—¿Dónde está Ala de Ventisca? —preguntó Salto de Cierva.

—Se quedó para ayudar a proteger el campamento —Colmillo de Piedra maulló—. Por si acaso el Clan del Viento piensa que puede llevar la batalla hacia nosotros.

Salto de Cierva inhaló.

—Me gustaría verlos intentarlo.

La emoción burbujeó dentro de Zarpa Amarilla mientras la patrulla se preparaba para irse.

—Haremos que el Clan del Viento se arrepienta de haber tocado nuestras presas.

—Cálmate —le maulló Zarpa Mellada—. Esto es lo que hacen los guerreros.

—Sí —Zarpa Abrasadora agregó—. Es solo parte de vivir en un Clan

—También es su primera vez en una batalla —resopló Zarpa de Nuez—, así que no finjan que no están emocionados.

Zarpa Amarilla pudo ver que su hermano tenía razón. Zarpa Abrasadora estaba moviendo sus garras en la hierba, y los ojos ámbar de Zarpa Mellada brillaban.

Colmillo de Piedra reunió a la patrulla con un movimiento de su cola.

—Yo lideraré —anunció—. Patas de Helecho, tú cuida la retaguardia y mantente atento a los problemas que haya detrás. —El gato rojizo claro asintió. Colmillo de Piedra se volvió hacia los aprendices y prosiguió—. Escuchen todo lo que digo. No atacaremos de inmediato. Primero le daremos al Clan del Viento la oportunidad de explicarse.

—Como si fueran capaces de explicar el olor del Clan del Viento y las plumas de paloma dentro de nuestras fronteras —Salto de Cierva gruñó.

La patrulla partió en fila. Zarpa Amarilla estaba cerca de la parte trasera, justo por delante de Zarpa Mellada y su padre. El túnel bajo el Sendero Atronador era más estrecho de lo que se había imaginado, mucho más pequeño que el que Salto de Cierva le había mostrado en su primer recorrido por el territorio, y oscuro. Zarpa Amarilla saltó, su corazón comenzó a latir con fuerza ante un rugido que pareció llenar el lugar por completo.

—Está bien —maulló Patas de Helecho detrás de ella—. Son solo monstruos que pasan por el Sendero Atronador.

Obligándose a relajarse, Zarpa Amarilla siguió el olor de Cola de Cuervo, quien caminaba frente a ella. «*Me pregunto qué pasaría si nos encontráramos con gatos del Clan del Viento que vienen desde el otro lado.*» Trató de averiguar cómo podía usar sus movimientos de batalla en un espacio tan reducido. Pronto pudo oler el aire fresco que venía de algún lugar más adelante. Unos pocos latidos después, Cola de Cuervo trepó hacia arriba, arrojando trozos de tierra y escombros sobre Zarpa Amarilla. Parpadeando, la aprendiza la siguió y salió al aire libre. Mientras Zarpa Mellada y Patas de Helecho aparecían tras ella, respiró hondo y miró a su alrededor. «*¡Estoy en territorio del Clan del Viento ahora!*»

Zarpa Amarilla sintió como si cada pelo de su manto estuviera erizado con la emoción de estar tras las fronteras enemigas. Detrás de ella, los monstruos rugían de un lado a otro en el Sendero Atronador. Al frente, una amplia franja de hierba se extendía hasta el horizonte sin interrupciones. El viento soplaba desde la cima de la colina hacia los gatos del Clan de la Sombra, alborotando su pelaje y trayendo consigo aromas de gatos y conejos.

Colmillo de Piedra agitó la cola.

—Por aquí. Permanezcan juntos.

—Me sorprende que los gatos del Clan del Viento puedan atrapar cualquier cosa en estos espacios abiertos —maulló Zarpa Amarilla a Zarpa de Nuez mientras seguían al lugarteniente del Clan hacia la cima del páramo.

—Lo sé —coincidió Zarpa de Nuez—. Apenas puedo oírme hablar, con el viento en el pelo de mis orejas.

—¡Miren! —Zarpa de Serbal movió su cola sobre el hombro de Zarpa Amarilla.

Mirando hacia arriba, Zarpa Amarilla vio la silueta de un delgado guerrero del Clan del Viento contra el cielo. El gato se quedó inmóvil por un latido, luego giró la cola y desapareció por el otro lado de la colina.

—Ha ido a advertir a sus compañeros de Clan —murmuró Zarpa de Nuez.

—¡Todavía no puedo creer lo delgados que son! —Zarpa Amarilla maulló—. Y su olor es extraño, como a conejos y hierba arrastrada por el viento.

Recordó la primera vez que había visto gatos del Clan del Viento, en su primera Asamblea hacía casi una luna, pero el recuerdo era borroso. «*Había tantos gatos… tanto ruido…*» Había esperado con ansias su primera Asamblea desde que tenía memoria, pero había sido abrumadora, ocupada y llena de charlas y aromas contradictorios. Zarpa Amarilla se había sentido demasiado tímida para ir a hablar con cualquier gato de los Clanes rivales, en lugar se quedó entre los aprendices del Clan de la Sombra. Después se sintió estúpida y avergonzada por ser tan tímida, pero Salto de Cierva le dijo que muchos aprendices se sentían así y, a veces, incluso guerreros veteranos. La próxima Asamblea sería más fácil, se prometió. Ahora Zarpa Amarilla se sentía fuerte y confiada mientras cruzaba el páramo. «*Soy parte de una patrulla del Clan de la Sombra. ¡Voy a luchar por mi Clan!*»

Cuando los gatos del Clan de la Sombra llegaron a la cima de la colina, vieron una patrulla de gatos del Clan del Viento que se dirigía a través del páramo hacia ellos. Colmillo de Piedra se detuvo, indicando con la cola al resto que hicieran lo mismo.

—Los dejaremos venir a nosotros —maulló.

A la cabeza de la patrulla del Clan del Viento había un gato atigrado marrón claro. Zarpa Amarilla recordó a Salto de Cierva señalándolo en la Asamblea; él era Junco Plumoso, el lugarteniente del Clan del Viento. Colmillo de Piedra dio un paso adelante para enfrentarse a Junco Plumoso mientras los gatos del Clan del Viento se acercaban.

—¿Qué están haciendo en nuestro territorio? —Junco Plumoso demandó.

—¿No lo sabes? —Colmillo de Piedra lo desafió—. Encontramos plumas de paloma en nuestro lado del Sendero Atronador, con el olor del Clan del Viento y marcas de patas. ¡Han estado robando nuestras presas!

—No hemos hecho nada por el estilo —replicó Junco Plumoso—. Perseguimos a esa paloma desde nuestro propio territorio, y eso la convierte en presa del Clan del Viento.

—Eso no es cierto, y lo sabes —Colmillo de Piedra gruñó, sacando las garras.

Junco Plumoso tensó los músculos, el pelo de su cuello se erizó. Zarpa Amarilla pudo oler su miedo. La patrulla del Clan del Viento era más pequeña y los gatos parecían demasiado débiles y delgados para luchar bien. Por un momento Zarpa Amarilla sintió una punzada de simpatía. «*Estos gatos se ven como si no hubieran comido bien en lunas. Quizá se merecían esa paloma.*» Luego se dio una sacudida. «*¡Eso es de cerebro de ratón! Soy una guerrera del Clan de la Sombra*, *o lo seré pronto*, *¡y estos son mis enemigos!*»

—Tienen que irse —siseó Junco Plumoso—. No son bienvenidos en nuestro territorio.

—No iremos a ninguna parte hasta que les hayan enseñado una lección —Colmillo de Piedra respondió.

Zarpa Amarilla vio parpadear la mirada de Junco Plumoso.

—Está bien —maulló con cansancio—. Han dejado claro su punto. Nos quedaremos en nuestro lado de la frontera a partir de ahora.

Colmillo de Piedra no respondió con palabras. En cambio, saltó sobre el lugarteniente del Clan del Viento, llevándolo al suelo. Un latido después, la lucha estalló alrededor de Zarpa Amarilla. Por un momento se quedó paralizada; el mundo entero parecía estar lleno de gatos que chillaban y arañaban, y no sabía qué pata usar primero. Entonces se recompuso y se abalanzó sobre un gato del Clan del Viento que estaba encima de Zarpa de Nuez, golpeándolo con fuertes patas. El gato del Clan del Viento la atacó con un golpe salvaje que solo le rozó los bigotes y luego se alejó.

—¡Gracias! —Zarpa de Nuez jadeó.

Zarpa Amarilla se dio la vuelta cuando sintió un rasguño ardiente en un costado, pero no pudo ver al gato que había dado el golpe. En cambio, un enorme gato atigrado oscuro se abalanzó sobre ella, con sus ojos ámbar ardiendo. Zarpa Amarilla tragó saliva. Ella había pensado en esos gatos como pequeños y delgados, pero eran adultos y este era mucho más grande que ella. Frenéticamente, trató de recordar sus movimientos de batalla. Se lanzó hacia el macho del Clan del Viento, con la intención de asestar un golpe y saltar fuera de su alcance, pero el gato estaba listo para ella. Se apartó de sus garras y la golpeó con tanta fuerza sobre la oreja con una pata delantera que ella se tambaleó y por un instante el cielo se oscureció. Ella arremetió de nuevo, recordando el movimiento que Zarpa Mellada le había ayudado a practicar, pero cuando trató de girar en el aire, el gato la golpeó y aterrizó mal. «*Es demasiado fuerte*», pensó Zarpa Amarilla con desesperación mientras luchaba por incorporarse de nuevo.

—¡Fuera del camino! —Una voz sonó en el oído de Zarpa Amarilla y una zarpa la llevó hacia un lado.

Con un grito ahogado de sorpresa, vio a Zarpa Mellada pasar junto a ella y lanzarse sobre el enorme gato. Las garras de Zarpa Mellada se clavaron en los hombros del guerrero del Clan del Viento y la sangre comenzó a brotar. Con un aullido de dolor, el gato arrojó a Zarpa Mellada y huyó. El aprendiz atigrado se

levantó de un salto, ignorando a Zarpa Amarilla y luego se lanzó a una pelea entre Zarpa Abrasadora y Junco Plumoso.

Zarpa Amarilla se quedó dónde estaba, jadeando. «*¡Zarpa Mellada pensó que tenía que rescatarme!*», pensó indignada, pero no pudo evitar admirar su valor y su habilidad para luchar. Cuando se puso de pie otra vez, hizo una mueca de dolor; se sentía como si le hubieran arrancado cada trozo de pelo. Pero cuando revisó su pelaje y flexionó cada pata por turno, no pudo encontrar ninguna herida excepto por el rasguño a lo largo de su costado.

Mirando a su alrededor para encontrar otro oponente, Zarpa Amarilla se dio cuenta de que la pelea había terminado. La mayoría de los gatos del Clan del Viento se precipitaban por el páramo. Junco Plumoso fue el último en escapar y correr tras sus compañeros de Clan, con Zarpa de Serbal justo detrás.

—¡No! —ordenó Colmillo de Piedra—. ¡Zarpa de Serbal, vuelve! —Cuando la hermana de Zarpa Amarilla regresó, gruñendo enojada, el lugarteniente del Clan continuó—: No hay necesidad de perseguir a un enemigo derrotado.

Zarpa Amarilla pensó que podía discernir simpatía en la voz y ojos del lugarteniente mientras observaba la desaparición de la patrulla del Clan del Viento. Pero no admitió tanto en voz alta. En cambio, levantó la cola.

—De regreso a nuestro territorio —ordenó—. No hay nada más que hacer aquí.

Mientras bajaban la colina hacia el túnel, los aprendices se agruparon.

—¿Me viste rasgar la nariz de esa gata negra? —Zarpa de Nuez resopló—. ¡Corría como un conejo!

—Yo hice el último movimiento que Vuelo de Pinzón me enseñó —intervino Zarpa de Serbal—. ¡El gato del Clan del Viento se veía tan sorprendido!

Zarpa Amarilla no pudo unirse a su charla. Con cada latido, estaba cada vez más molesta porque Zarpa Mellada la había arrojado a un lado en la batalla. «*Ninguno de los otros aprendices tuvo que ser rescatado. ¿Cree que no puedo pelear?*»

El resto del Clan de la Sombra recibió a la patrulla que regresaba con aullidos de bienvenida.

—Gracias a todos —maulló Estrella de Cedro, encontrándose con ellos en el centro del campamento—. Le han mostrado a nuestros enemigos que en el Clan de la Sombra tenemos dientes y garras para defender lo que es nuestro. Esta noche celebraremos una fiesta en su honor.

Salieron más patrullas de caza y, cuando se puso el sol, todo el Clan se reunió en el claro para comer.

Zarpa Amarilla se sintió orgullosa y un poco avergonzada cuando a ella y al resto de la patrulla se les permitió elegir las mejores piezas de carne fresca antes que a cualquier otro guerrero.

—¡No puedo creer que pudimos ir a una misión real! —le susurró a Zarpa de Nuez mientras se sentaba con un estornino regordete.

—Ojalá hubiera estado allí —Brinco de Sapo maulló, clavando sus garras en el suelo del campamento—. Pero estaba en una patrulla de caza. Tengo la peor suerte.

—Habrá otras oportunidades —le dijo Flor de Acebo con un movimiento de sus bigotes—. El Clan del Viento no va a desaparecer.

—Y el Clan de la Sombra estará listo para ellos —Ojo Rayado agregó.

Un escalofrío de placer recorrió a Zarpa Amarilla mientras escuchaba a los guerreros mayores. «*¡Me alegro de pertenecer a un Clan tan fuerte!*»

Cuando el Clan estuvo bien alimentado y yacía somnoliento compartiendo lenguas, Colmillo de Piedra se puso de pie y contó la historia de la batalla contra el Clan del Viento para que todos los gatos pudieran escuchar.

—El Clan del Viento no volverá a molestarnos en mucho tiempo —finalizó—, y parte de eso es gracias a los cinco aprendices que estuvieron con nosotros. Nuestro Clan debería estar orgulloso de ellos.

—Esas son palabras sabias —le respondió Estrella de Cedro, levantándose para pararse junto a su lugarteniente—. Y por lo que me dices, ya hay un nuevo guerrero entre nosotros. Zarpa Mellada, ven aquí.

El gato atigrado oscuro saltó de su lugar junto a Zarpa Abrasadora. Por un momento vaciló, mirando a su alrededor salvajemente; luego se adelantó para pararse frente a su líder. Murmullos de sorpresa surgieron del resto del Clan.

El Clan volvió a guardar silencio cuando Estrella de Cedro levantó la cola y comenzó a dirigirse a ellos.

—Yo, Estrella de Cedro, líder del Clan de la Sombra, solicito a mis antepasados guerreros que observen a este aprendiz —maulló—. Ha entrenado duro para comprender el sistema de su noble código, y ha demostrado en batalla que es digno de convertirse en un guerrero. Zarpa Mellada, ¿prometes respetar el código guerrero y proteger y defender a este Clan, incluso a costa de tu vida?

La voz de Zarpa Mellada sonó clara y confiada.

—Lo prometo.

—Entonces, por los poderes del Clan Estelar, te doy tu nombre guerrero —continuó Estrella de Cedro—. Zarpa Mellada, a partir de este momento, serás conocido como Manto Mellado. El Clan Estelar honra tu valentía y tu habilidad en la batalla. —Inclinó la cabeza para apoyar el hocico en la cabeza de Manto Mellado, y el nuevo guerrero le lamió el omóplato en respuesta.

—¡Manto Mellado! ¡Manto Mellado! ¡Manto Mellado! —gritó el Clan, con sus ojos brillando en la creciente oscuridad.

Zarpa Amarilla se unió medio a regañadientes. «*Todavía me siento herida por haber sido arrojada fuera del camino como si fuera una cría problemática.*» Ella notó que Zarpa Abrasadora lucía furioso porque no se había convertido en un guerrero junto con su hermano, y sintió una punzada de simpatía. «*Debe ser duro, quedarse atrás de tu hermano.*»

Mientras los aullidos se apagaban, Zarpa Amarilla se sorprendió al ver a Manto Mellado cruzando el claro hacia ella. Se detuvo frente a ella e inclinó la cabeza.

—Zarpa Amarilla, lamento haberte hecho a un lado en la batalla —maulló—. No es que crea que no puedas pelear, pero ese gato del Clan del Viento era demasiado fuerte para ti.

Zarpa Amarilla abrió sus mandíbulas para una réplica punzante, luego se detuvo. Al recordar al enorme gato del Clan del Viento, tuvo que admitir que tenía razón. «*Estaría lamiendo mis heridas en la guarida de Bigotes de Salvia ahora mismo, si no fuera por Manto Mellado.*»

—Está bien —murmuró.

Manto Mellado dejó escapar un breve ronroneo.

—Estoy deseando unirme a ti en patrullas cuando seas una guerrera —le dijo, luego volvió a inclinar la cabeza y se alejó para unirse a los otros guerreros.

Zarpa de Serbal se inclinó más cerca de Zarpa Amarilla, con un destello de diversión en sus ojos.

—Le gustas a Manto Mellado —bromeó.

—No digas tonterías —replicó Zarpa Amarilla—. Es solo un compañero de Clan, eso es todo.

Pero mientras observaba a Manto Mellado unirse a Patas de Helecho y Tormenta de Plumas afuera de la guarida de los guerreros, Zarpa Amarilla sintió un cálido resplandor que se extendía a través de ella desde las orejas hasta la punta de la cola. «*Manto Mellado vino a buscarme. ¡Quizá ya no crea que soy una cría problemática!*»



7

Una luna llena flotaba en el cielo, arrojando luz plateada sobre los cuatro grandes robles de los Cuatro Árboles. Con sus compañeros de Clan a su alrededor, Zarpa Amarilla siguió a Estrella de Cedro mientras se enrollaba alrededor de grupos de helechos hacia el fondo de la hondonada. Los gatos del Clan de la Sombra fueron los últimos en llegar y las zonas ya estaban llenas de gatos de los otros tres Clanes.

Era solo la segunda Asamblea de Zarpa Amarilla, y todavía estaba intimidada por la cantidad de ojos que brillaban desde las sombras y los aromas desconocidos. Los aullidos de los guerreros reunidos resonaron alrededor de la hondonada, con los cuatro árboles alzándose sobre todos ellos.

—Estarás bien —murmuró Flor Radiante, deslizándose a su lado cuando llegaron a la base de la pendiente.

—Por supuesto que lo estarás —Patas de Helecho coincidió—. Solía ponerme nervioso cuando venía a mis primeras Asambleas. Mira, siéntate aquí. —Movió la cola hacia un lugar protegido por frondas de helechos—. Tendrás una buena vista, pero no te verán fácilmente y los helechos evitarán que otros gatos se amontonen demasiado junto a ti.

Zarpa Amarilla tocó el hombro de su padre con la nariz, agradecida por su comprensión, luego se sentó en el lugar que él había señalado. Vio como Ojo Rayado, Tormenta de Plumas y Brinco de Sapo pasaban junto a ella, y el resto de su Clan encontraba espacios para ellos mismos.

—¿Quiénes son esos gatos? —le preguntó a Patas de Helecho, apuntando sus orejas hacia dos guerreros elegantes y bien alimentados—. No recuerdo haberlos visto la última vez. Se ven… diferentes de alguna forma.

—Esos son Zarpa de Roble y Pelaje de Leña del Clan del Río —su padre respondió—. No los vemos mucho porque no tenemos una frontera con ellos.

—La razón por la que se ven gordos y brillantes es porque comen pescado del río —agregó Flor Radiante—. Pero son guerreros como el resto de nosotros.

Zarpa Amarilla arrugó la nariz. Una vez había atrapado un pececillo, en uno de los arroyos que atravesaban el territorio del Clan de la Sombra, y no le gustó mucho. «*Me alegra no ser una gata del Clan del Río.*»

No pudo hacer más preguntas porque Estrella de Cedro saltó a la Gran Roca para unirse a los otros tres líderes. El nerviosismo de Zarpa Amarilla disminuyó y

sintió una punzada de curiosidad. «*¿Qué noticias nos dirán los demás líderes esta noche?*»

Luego reprimió un suspiro cuando Zarpa de Raposa apareció a la vista, abriéndose paso a través de la maleza hasta el lado de Manto Mellado.

—¡Manto Mellado! —jadeó—. Hay algunos aprendices del Clan del Río aquí, y les he estado contando cómo luchaste contra los guerreros del Clan del Viento. Ven a conocerlos.

Manto Mellado negó con la cabeza.

—¡Vamos! —Zarpa de Raposa le dio un empujón con impaciencia—. Quieren ver tus movimientos de lucha.

Zarpa Amarilla vio un destello de ira en los ojos de Manto Mellado.

—No —maulló—. La Asamblea es un tiempo de paz. No se permiten peleas, y no deberías andar creando problemas hablando de batallas entre los Clanes.

Zarpa de Raposa lo fulminó con la mirada.

—¡Crees que lo sabes todo solo porque ahora eres un guerrero! —Dándose la vuelta, se marchó furiosa.

Manto Mellado se encogió de hombros y comenzó a buscar un lugar para sentarse. Aún sintiéndose un poco asombrada por su nuevo estado de guerrero, Zarpa Amarilla se puso de pie y se acercó a él.

—Zarpa de Raposa es una estúpida bola de pelo —murmuró—. Tenías razón en no…

Se interrumpió cuando el olor del Clan del Viento la invadió y se dio cuenta de que varios jóvenes guerreros la habían rodeado a ella y a Manto Mellado, paseándose a su alrededor para que no pudieran vigilarlos a todos a la vez. Zarpa Amarilla reconoció al menos a uno de ellos que había estado en la batalla en el territorio del Clan del Viento. Fue el primero en hablar.

—No eres tan valiente ahora, ¿verdad? —se burló—. No sin tu mentor y tus compañeros de Clan.

Zarpa Amarilla sintió que Manto Mellado se tensaba bajo su pelaje.

—Este no es el momento de hablar de peleas —respondió.

Uno de los otros gatos del Clan del Viento soltó un bufido de disgusto.

—¡Esa es una buena excusa!

—¡Váyanse, mantos pulgosos! —Zarpa Amarilla espetó—. No se atreverían a decirle eso a Manto Mellado si tuviese permitido pelear.

—Oh, así que ahora eres *Manto* Mellado —intervino un tercer gato del Clan del Viento—. El Clan de la Sombra debe estar muy corto de guerreros.

—Sí, necesita una aprendiza que lo defienda —el tercer gato maulló despectivamente—. Justo lo que esperarías de un minino doméstico.

Zarpa Amarilla vio a Manto Mellado congelarse. «*¡Eso es lo peor que un gato podría decirle!*»

Las garras de Manto Mellado se deslizaron. Se dio la vuelta para enfrentar al gato que se estaba burlando de él.

—¿Cómo me acabas de llamar? —gruñó, su voz baja y peligrosa—. ¡Dilo de nuevo y te arrancaré las orejas!

«*¡No!* —pensó Zarpa Amarilla, luchando contra el pánico—. *Manto Mellado se meterá en todo tipo de problemas si pelea en una Asamblea.*» Rápidamente saltó entre los dos gatos.

—¿De dónde has oído eso? —desafió al guerrero del Clan del Viento.

—Todos los gatos lo saben —replicó—. Aun así, admito que Manto Mellado pelea bien… para ser una suave mascota.

Manto Mellado estaba echando a un lado a Zarpa Amarilla cuando una nueva voz irrumpió.

—¿Qué es todo esto?

Zarpa Amarilla levantó la mirada para ver a Junco Plumoso, el lugarteniente del Clan del Viento, caminando hacia ellos a través de los helechos. Tenía los ojos entrecerrados y el pelaje de su cuello se erizaba.

—Uh… solo estábamos… —comenzó uno de los jóvenes gatos del Clan del Viento.

—Vuelvan con sus propios compañeros de Clan —maulló Junco Plumoso con severidad—. La Asamblea está a punto de comenzar.

Por un instante, Zarpa Amarilla pensó que el gato que había comenzado todos los problemas estaba a punto de protestar.

Entonces claramente se lo pensó mejor y se escabulló junto a su lugarteniente hasta el lugar más alejado de la hondonada donde se reunía la mayor parte del Clan del Viento. Sus amigos lo siguieron, con las cabezas gachas y las colas caídas. La mirada de Junco Plumoso recorrió a Zarpa Amarilla y Manto Mellado, y les dio un pequeño asentimiento antes de seguir a sus compañeros de Clan.

Las garras de Manto Mellado todavía se clavaban en la tierra blanda de la hondonada. Se le erizó el pelaje y le brillaron los ojos al ver partir a los gatos del Clan del Viento.

—¡Cálmate! —susurró Zarpa Amarilla—. Estrella de Cedro puede verte desde allí.

La ira murió de los ojos de Manto Mellado, para ser reemplazada por algo oscuro y ensombrecido.

—Odio cuando chismean sobre mí.

La simpatía surgió dentro de Zarpa Amarilla. «*Debe ser terrible no saber quién es tu padre*», pensó, recordando cuánto le debía a Patas de Helecho.

—¿Le has preguntado a Tormenta de Plumas sobre tu padre? —ella maulló vacilante.

—Una y otra vez. —Manto Mellado suspiró—. Pero no me lo dirá. Dice que no importa, siempre y cuando solo sea leal al Clan de la Sombra.

Pero Zarpa Amarilla podía notar que a él le importaba.

—¿Qué hay de Zarpa Abrasadora? ¿Sabe algo?

Manto Mellado se encogió de hombros.

—A Zarpa Abrasadora no le importa. Pero a mí… —Dejó que su voz se apagara.

Zarpa Amarilla estaba estirando la cola para tocar su hombro cuando un aullido resonó a través del claro.

—¡Gatos de todos los Clanes!

Al mirar a la Gran Roca, Zarpa Amarilla vio a Estrella de Pino, líder del Clan del Trueno, de pie frente a los otros líderes, listo para comenzar la Asamblea. Manto Mellado se sentó a su lado y no hubo más tiempo para hablar.

«*De todos modos* —pensó Zarpa Amarilla—, *no olvidaré esto. Tengo que ayudar a Manto Mellado de alguna manera. Esto no ha terminado.*»

Acurrucada en su lecho más tarde esa noche, Zarpa Amarilla encontró difícil acomodarse. Aunque estaba cansada de la Asamblea, no podía quitarse de la cabeza a Manto Mellado. «*Siempre supe quiénes eran mi madre y mi padre* —pensó—. *Incluso si Patas de Helecho hubiera muerto, lo recordaría. Y me encanta parecerme a Flor Radiante* —añadió para sí misma, lamiendo su gruesa cola—. *Significa que me siento segura en mi Clan. Manto Mellado también debería poder sentir eso.*» Dejó escapar un profundo suspiro al recordar cuán valientemente Manto Mellado había atacado al gato del Clan del Viento. «*¡Es un guerrero tan brillante! No hay forma de que sea mitad mascota… ¿verdad?*»

De repente, Zarpa Amarilla se sentó, molestando a Zarpa de Serbal, quien murmuró algo, malhumorada, y se tapó las orejas con la cola.

—Manto Mellado merece saber la verdad —Zarpa Amarilla susurró en voz alta —. Pase lo que pase, nada es más importante que eso, ¿verdad? ¡Tengo que averiguar quién es su padre!

Se despertó cuando la luz del amanecer comenzó a filtrarse en la guarida de los aprendices. Con cuidado de no molestar a sus compañeros de guarida, se deslizó al aire libre. Todo estaba tranquilo en el campamento. Flor de Acebo, quien estaba de guardia junto a la brecha entre las zarzas, bostezaba, pero ningún otro gato se movía. «*Tengo que hacer esto antes de que Salto de Cierva venga a buscarme.*»

Zarpa Amarilla atravesó el campamento hacia la guarida de los veteranos y asomó la cabeza dentro. Todavía sentía una punzada de dolor al ver solo dos gatos acurrucados en el espeso musgo. «*Flama Plateada debería estar aquí también.*»

Trepando dentro, Zarpa Amarilla le dio a Fauces de Lagarto un suave empujón.

—¡Despierta! —maulló—. Necesito preguntarte algo.

Fauces de Lagarto movió una oreja.

—Claro, pregunta —murmuró, y se volvió a hundir en el sueño.

Reprimiendo un siseo de frustración, Zarpa Amarilla se volvió hacia Ave Pequeña, golpeándola con un poco menos de suavidad en las costillas.

—¡Ave Pequeña, por favor despierta! Es importante.

Ave Pequeña parpadeó hacia ella.

—¿Qué pasa? —Estiró las mandíbulas en un enorme bostezo—. Zarpa Amarilla… ¿qué quieres?

—Tengo que hablar contigo —maulló la aprendiza.

Despertado de nuevo por el ruido y el movimiento, Fauces de Lagarto salió de su lecho, escarbando en el musgo.

—¿Es un ataque?

—No, está bien, Fauces de Lagarto —tranquilizó Zarpa Amarilla—. Solo necesito que respondan algunas preguntas.

—¿Preguntas? —escupió el viejo gato—. ¡Es la mitad de la noche!

Ave Pequeña suspiró.

—Bueno, estamos despiertos ahora. Pregunta, Zarpa Amarilla.

Zarpa Amarilla respiró hondo.

—¿Qué pueden decirme sobre el padre de Manto Mellado?

Fauces de Lagarto dejó escapar un siseo de incredulidad.

—¿Nos despertaste para que pudiéramos chismorrear sobre Tormenta de Plumas? Eso no va a suceder. —Dándole la espalda a Zarpa Amarilla, se acurrucó de nuevo entre el musgo, cerró los ojos y se tapó la nariz con la cola.

Zarpa Amarilla se volvió hacia Ave Pequeña.

—¡Por favor! —suplicó—. Esto es realmente importante para Manto Mellado. ¡Tiene que saber la verdad sobre su padre!

La pequeña gata rojiza vaciló durante un par de latidos.

—Bueno… —comenzó—. Estoy como Fauces de Lagarto, no quiero chismear…

—Pero Manto Mellado…

—Déjame terminar —continuó Ave Pequeña—. Eres como todos los gatos jóvenes, Zarpa Amarilla. Sin nada de paciencia. Lo que iba a decir era que no sé mucho. Pero en las lunas antes de que nacieran Manto Mellado y Zarpa Abrasadora, Tormenta de Plumas pasaba mucho tiempo cerca de la frontera con el Poblado de los Dos Patas, no lejos del gran sicómoro con la rama muerta.

—¡Sé dónde está eso! —maulló Zarpa Amarilla—. ¿Crees que si voy allí, podría encontrar al padre de Manto Mellado? —La emoción hormigueó en sus patas.

—No hagas nada tonto —le advirtió la gata veterana mientras se acomodaba en su lecho.

—¡No lo haré, lo prometo!

Zarpa Amarilla salió de la guarida de los veteranos. A esas alturas, la luz del amanecer estaba brillando y Colmillo de Piedra estaba organizando las patrullas del día en medio del claro. Zarpa Amarilla vio a Salto de Cierva emergiendo de la guarida de los guerreros y saltó para encontrarse con ella.

«*Hoy no hay tiempo para hacer nada sobre el padre de Manto Mellado* —pensó—. *Pero esta noche... ¡Voy a ayudarlo a descubrir la verdad!*»

Zarpa Amarilla esperó con impaciencia a que sus compañeros de la guarida se fueran a dormir. Zarpa de Nuez y Zarpa Abrasadora se habían escondido en sus lechos inmediatamente y el suave sonido de sus ronquidos llenó la guarida. Zarpa de Serbal pasó algún tiempo acicalando su cola, luego se acurrucó cuidadosamente con ella envuelta sobre su nariz. Pero Zarpa de Lobo y Zarpa de Raposa siguieron parloteando como un par de estorninos hasta que Zarpa Amarilla sintió que podría haberles triturado alegremente las orejas.

—Tranquilícense, ustedes dos —maulló por fin—. ¿No puede un gato dormir por aquí?

—Tú no eres nuestra mentora. No puedes decirnos qué hacer —le murmuró Zarpa de Raposa.

Los dos gatos jóvenes continuaron contándose sobre sus capturas en la práctica de caza, pero para alivio de Zarpa Amarilla pronto bostezaron más de lo que hablaban, y momentos después ambos estaban tranquilos y respirando con regularidad. Zarpa Amarilla esperó un poco más para asegurarse de que estaban realmente dormidos y luego salió sigilosamente. El cielo estaba despejado y la luna llenaba el campamento con una luz pálida y misteriosa. Ortiga Manchada, de guardia junto a la entrada, parecía una gata hecha de hielo. «*No queremos que nos pregunte qué estamos haciendo fuera del campamento durante la noche* —pensó Zarpa Amarilla—. *Tendremos que usar el túnel del arenero para salir.*»

Con cautela, deslizándose de sombra en sombra, cruzó el claro hasta la guarida de los guerreros. Podía distinguir el pelaje atigrado de Manto Mellado a través de los huecos entre las ramas, pero estaba demasiado lejos para que ella pudiera alcanzarlo y pincharlo con una pata.

—¡Manto Mellado! —susurró—. ¡Despierta!

Le preocupaba que el guerrero estuviera demasiado profundamente dormido para escucharla, pero para su alivio, Manto Mellado se movió y levantó la cabeza, mirando a su alrededor como si pensara que la voz provenía del interior de la guarida.

—¡Aquí, afuera! —siseó la aprendiza—. Soy yo, Zarpa Amarilla.

Manto Mellado la miró a través de las ramas.

—¿Qué quieres?

—Ven aquí. Tengo que decirte algo.

El gato atigrado vaciló, luego asintió.

—Bueno. Espera.

Zarpa Amarilla flexionó sus garras hasta que vio a Manto Mellado emergiendo de la guarida. Se acercó a ella, bostezando y con los ojos llorosos.

—¿Qué pasa? —exigió.

—No puedo decirte aquí —Zarpa Amarilla respondió—. Tenemos que salir del campamento.

Manto Mellado parpadeó sorprendido, luego pareció decidir que no valía la pena discutir.

—No podemos dejar que Ortiga Manchada nos vea —continuó Zarpa Amarilla —. Sígueme. Usaremos el túnel del arenero.

Se acercó al estrecho espacio que había detrás de la guarida de los guerreros y exhaló un suspiro de alivio una vez que estuvieron bien lejos del campamento. El aire estaba quieto y Zarpa Amarilla olisqueó profundamente los aromas frescos de las plantas en crecimiento. No muy lejos podía oír el suave gorgoteo de un arroyo, y más cerca aún el forcejeo de pequeñas presas en la maleza, pero no era momento de cazar.

—¿Qué está pasando? —El guerrero gruñó, caminando a su lado—. ¿Por qué me has traído aquí?

Zarpa Amarilla se volvió hacia él triunfalmente.

—Vamos a encontrar a tu padre.

Manto Mellado se detuvo. Por un momento, sus ojos brillaron de ira.

—¡Esa es una idea terrible!

—¿Por qué? —Zarpa Amarilla lo desafió—. Quieres saber quién es, y Tormenta de Plumas no te lo dirá, así que todo lo que puedes hacer es averiguarlo por ti mismo.

Manto Mellado negó con la cabeza.

—Tendríamos que buscar todo el Poblado de los Dos Patas —objetó—. Tendríamos que ver a todos los proscritos y solitarios… y mininos caseros —admitió a regañadientes—. Y todavía no estaríamos seguros de encontrarlo.

—Sé que no podemos estar *seguros* —Zarpa Amarilla maulló—. Pero vale la pena intentarlo, ¿no? ¿O has olvidado cuánto necesitas saber la verdad?

Manto Mellado suspiró.

—Está bien, hagámoslo. Puedo ver lo que estás pensando, Zarpa Amarilla —agregó—. Irás al Poblado de los Dos Patas tú sola si no voy contigo, y solo el Clan Estelar sabe en qué tipo de problemas te meterás.

Zarpa Amarilla saltó con satisfacción. Se puso en camino de nuevo hacia el sicomoro, acelerando el paso hasta que se precipitó a través del bosque con la hierba rozando el pelaje de su vientre y la maleza bañada por la luna dando vueltas mientras pasaba. Manto Mellado corrió junto a su hombro. Por fin Zarpa Amarilla se detuvo, jadeando, bajo las ramas desnudas del sicomoro. Los muros del Poblado de los Dos Patas se alzaron frente a ella. Mientras miraba por encima del borde, una nube cruzó la luna, dejando el bosque a su alrededor tan oscuro que apenas podía ver sus propias patas. Las frías luces amarillas del Poblado parecían más duras en contraste, deslumbrando desde árboles delgados hechos de alguna cosa extraña de los Dos Patas.

—¿Ahora qué? —preguntó Manto Mellado.

—Vamos al Poblado de los Dos Patas y empezamos a hacer preguntas, supongo —maulló Zarpa Amarilla, con una punzada de incertidumbre—. Digamos que una de nuestras guerreras, Hoja Ámbar tal vez, ha desaparecido. Podríamos preguntarles a los gatos del Poblado de los Dos Patas si la han visto.

—Me parece una tontería —Manto Mellado contradijo—. ¿Por qué uno de nuestros compañeros de Clan desaparecería en el Poblado de los Dos Patas?

Zarpa Amarilla dio un suspiro exasperado.

—¡Deja de ser tan *lógico*! Los gatos del Poblado de los Dos Patas no lo sabrán, ¿verdad? Y tenemos que empezar por algún lado.

Manto Mellado asintió lentamente; Zarpa Amarilla pensó que tal vez estaba empezando a emocionarse.

—Vamos.

Uno junto al otro, dejaron atrás los pinos y treparon por una cerca de Dos Patas. Balanceándose en la parte superior, Zarpa Amarilla bajó la mirada hacia un pequeño cuadrado de hierba con plantas de olor fuerte creciendo alrededor de los bordes. Una luz amarilla brillaba más allá de la guarida de un Dos Patas. Todo estaba en silencio.

Pero tan pronto como Zarpa Amarilla y Manto Mellado cayeron sobre la hierba, una ráfaga de ladridos rompió el silencio. Se abrió una puerta en la guarida y un pequeño perro blanco salió disparado, todavía ladrando. Un Dos Patas apareció detrás de él, aullando al perro mientras corría hacia los dos gatos. Como si compartieran el mismo pensamiento, Manto Mellado y Zarpa Amarilla se separaron, lanzándose en direcciones opuestas. El perro patinó hasta detenerse, sin saber qué gato perseguir primero. Para cuando se lanzó tras Manto Mellado, el gato atigrado ya había alcanzado la cerca que separaba esta guarida de la siguiente. Se quedó quieto con sus garras clavándose en la parte superior de la cerca, mientras el perro trataba de saltar hacia él, gimiendo de frustración.

Al ver que su compañero de Clan estaba a salvo, Zarpa Amarilla dio un salto en un amplio círculo alrededor del exterior de la parcela de hierba y trepó a la cerca un par de zorros de distancia más adelante. Manto Mellado la vio y asintió con la cabeza.

—Piérdete, manto pulgoso —le siseó al perro, luego se dejó caer en el siguiente cuadrado de hierba.

Zarpa Amarilla se unió a él, oyendo más aullidos del Dos Patas mientras saltaba, y los dos gatos se detuvieron, jadeando.

—¿Qué están haciendo aquí, extraños?

El gruñido salió de la oscuridad. Zarpa Amarilla y Manto Mellado se dieron la vuelta, buscando al gato que había hablado. Un momento después, un enorme macho rojizo avanzó hacia la luz de la guarida. Llevaba un collar, pero sus músculos se ondulaban mientras caminaba, y una oreja desgarrada mostraba que había

experimentado al menos una pelea. Había un brillo hostil en sus ojos. Zarpa Amarilla tragó saliva. «*¿Ese es un minino doméstico?*»

Dos gatos más aparecieron desde la oscuridad, flanqueando al gato rojizo. Uno de ellos era lo que Zarpa Amarilla siempre se había imaginado cuando pensaba en mascotas: una gata blanca esponjosa que llevaba un collar con una campana. La otra era más pequeña y delgada, con un pelaje rojizo mal peinado. La suavidad de sus rasgos mostraba que apenas había dejado de ser un cachorro.

—Vienen del bosque, ¿no? —la gata peluda maulló. Su tono fue agudo—. No son bienvenidos aquí.

Zarpa Amarilla olvidó todos sus planes de hacer preguntas inteligentes.

—Estamos buscando a un gato que podría haber conocido a una gata del bosque llamada Tormenta de Plumas —espetó.

La gata delgada y rojiza dejó escapar un siseo.

—¡No tienes derecho a preguntarnos nada!

—Espera un momento, Colorada. —El gran gato rojizo entrecerró los ojos—. Tal vez deberíamos dejar que hagan sus preguntas. —Su mirada brillante pasó de Zarpa Amarilla a Manto Mellado y viceversa—. Esa es la mejor manera de deshacerse de ellos. De lo contrario, volverán.

Colorada parecía furiosa.

—Sinceramente, Mermelada, ¡pronto te harás amigo de los perros! ¿Por qué simplemente no los echamos con un rasguño o dos para que nos recuerden?

—Puede que no seamos los únicos gatos en ser rasguñados —gruñó Manto Mellado, deslizando fuera sus garras.

—¡Eso es suficiente! —La gata blanca levantó la cola—. Si los dejamos hacer una pregunta, ¿se irán?

En lugar de responder, Manto Mellado se volvió hacia Zarpa Amarilla.

—¿Vale la pena preguntar? —maulló.

—¿No quieres saber la verdad? —preguntó Zarpa Amarilla. «*No puede darse por vencido ahora; ¡Hemos llegado tan lejos!*»

—¿Van a quedarse ahí discutiendo? —Colorada les preguntó mordazmente—. ¿O vendrán con nosotros?

—Ya vamos —decidió Zarpa Amarilla.

El enorme gato rojizo saltó a la cerca en el lado más alejado del espacio cerrado. Uniéndose a él, Zarpa Amarilla vio que más allá había un callejón estrecho, con un alto muro de piedra roja al otro lado. Había un fuerte olor a carroña. Cuando se detuvo en lo alto de la cerca, la gata blanca le dio un empujón.

—Dense prisa.

Zarpa Amarilla perdió el equilibrio y cayó sin gracia en el callejón, apenas logrando girarse en el aire para aterrizar con sus patas primero.

—Bien hecho, Pixie. —La voz de Colorada era fría mientras miraba hacia abajo desde la cerca—. Muéstrales quién está al mando.

Mermelada los condujo por el callejón. La cerca de madera dio paso a otro muro de piedra roja; el corazón de Zarpa Amarilla se aceleró; se sentía como si avanzara por el fondo de una grieta. Finalmente, el callejón condujo a un espacio abierto rodeado de ruinosas guaridas de Dos Patas. Al hedor a carroña se unieron otros aromas: monstruos y un olor que a Zarpa Amarilla le recordó a un tocón ennegrecido en el bosque que Salto de Cierva le dijo que había sido alcanzado por un rayo lunas atrás.

Zarpa Amarilla parpadeó cuando vio movimiento y el brillo de ojos en las sombras. «*¡Hay otros gatos aquí!*»

—¡Solo piensa! —susurró, volviéndose hacia Manto Mellado—. ¡Puede que estés a punto de conocer a tu padre!

Manto Mellado no respondió, pero sus ojos estaban preocupados y Zarpa Amarilla podía sentir su pelaje erizándose contra él de ella.

Los tres mininos domésticos se amontonaron alrededor de Zarpa Amarilla y Manto Mellado, urgiéndolos a entrar en medio del espacio abierto. Al mismo tiempo, más gatos comenzaron a escabullirse de las sombras. Algunos llevaban collares, pero otros parecían más proscritos, con cuerpos flacos y pelajes picados por pulgas.

Zarpa Amarilla estaba incómodamente consciente de que los superaban en número si se trataba de pelear.

—Estos son gatos del bosque —anunció Mermelada—. Quieren hacer algunas preguntas.

—Hola. —Zarpa Amarilla se sintió caliente e incómoda por ser el foco de tantos ojos fijos—. Soy Zarpa Amarilla, y este es Manto Mellado. Venimos del Clan de la Sombra —terminó con orgullo.

—Nunca he oído hablar de eso —una gata negra resopló.

—¿De verdad son del bosque? —Un gato gris se acercó a Zarpa Amarilla y a su compañero de Clan, olfateándolos—. Sí, huelen a árboles.

—Aléjate de ellos, Guijarro —gruñó Pixie, dándole un empujón al gato gris.

—Pero siempre me he preguntado cómo sería vivir más allá de la cerca —Guijarro protestó.

—Siéntense y quédense en silencio.

El gato gris fue interrumpido por una gata blanca y negra, tan vieja que su hocico estaba canoso y todos sus dientes habían desaparecido. Zarpa Amarilla trató de no quedarse mirando. «*¡Parece incluso mayor que nuestros veteranos!*»

—Nadie quiere escucharte maullar sin parar sobre el bosque —siseó la vieja gata a Guijarro.

Guijarro se sentó, luciendo molesto. Zarpa Amarilla supuso que la vieja gata era una especie de líder, aunque esa colección de gatos no se parecía en nada a un Clan. «*Tal vez la admiren porque es muy mayor.*»

Vio a una gata negra poniendo los ojos en blanco y la escuchó susurrarle a Guijarro:

—No dejes que Urraca te preocupe. Ella es solo una vieja peluda mandona.

—¿Preguntas, dijeron? —la vieja gata, Urraca, dijo con voz ronca—. Está bien, pueden hacer *una*. Vamos a oírla.

Manto Mellado dio un empujón a Zarpa Amarilla.

—Te dije que esta era una idea tonta. Vamos.

—¡No! —Zarpa Amarilla le dio al guerrero una mirada furiosa—. Una pregunta es todo lo que necesitamos. Estamos buscando a un gato que conocía a un gata del bosque llamada Tormenta de Plumas —continuó—. Nosotros…

—Habla alto, ¿o no puedes? —Urraca movió la cola con irritación—. No sé qué les pasa a ustedes los gatos jóvenes. Todos murmuran en su pelaje.

—Lo siento. —Zarpa Amarilla levantó la voz—. ¿Un gato que conocía a Tormenta de Plumas?

Una pequeña gata atigrada y blanca se estremeció cuando Zarpa Amarilla pronunció el nombre, pero no dijo nada. Urraca negó con la cabeza y todos los demás gatos hicieron lo mismo.

Manto Mellado parecía desanimado.

—Supongo que eso es todo, entonces —maulló.

Mermelada dio un paso adelante.

—Ya tienen su respuesta. Pueden irse ahora.

Pixie y Colorada se acercaron para unirse a ellos de nuevo.

—No necesitamos una escolta —espetó Manto Mellado.

—No estamos ofreciendo una. —Mermelada deslizó sus garras—. Dije *ahora*.

Los otros gatos del Poblado de los Dos Patas se estaban reuniendo detrás de Mermelada. Zarpa Amarilla podía ver la hostilidad en sus ojos y la ira en su erizado pelaje.

—Es hora de que nos vayamos —murmuró.

El pelaje de Manto Mellado también se erizó, y echó los labios hacia atrás en un gruñido.

—Ningún minino doméstico me dice qué hacer.

—¡Cerebro de ratón! No tiene sentido derramar su sangre. —Zarpa Amarilla le dio un fuerte empujón en el hombro—. ¿Qué vas a demostrar luchando contra mascotas? ¡Corre!

Para su alivio, Manto Mellado se dio la vuelta y corrió por el callejón, por donde habían venido. Zarpa Amarilla lo siguió; mirando hacia atrás vio a Mermelada y más de los gatos del Poblado de los Dos Patas justo detrás.

—¡Más rápido! —jadeó ella.

Pero cuando llegaron a ver la primera cerca de Dos Patas, Mermelada y los demás retrocedieron.

—¡Manténganse alejados en el futuro! —Mermelada les gritó.

Justo cuando Zarpa Amarilla apretó los músculos para saltar a la cerca, una voz desde las sombras gritó:

—¡Esperen!

Zarpa Amarilla se volvió para ver a la pequeña gata que se estremeció ante la mención del nombre de Tormenta de Plumas. Ella estaba haciendo señas con una pata, con sus ojos verdes muy abiertos y nerviosos.

—¿Qué quieres? —Manto Mellado gruñó.

—Hay un gato con el que necesitan hablar —respondió la gata—. Síganme.

Manto Mellado intercambió una mirada con Zarpa Amarilla.

—Podría ser una trampa —murmuró—. ¿Por qué debería ayudarnos?

—Para que se mantengan lejos —la gata respondió—. No queremos tener nada que ver con gatos salvajes como ustedes.

—Tenemos que arriesgarnos —insistió Zarpa Amarilla—. ¡Tenemos que saber la verdad!

Manto Mellado vaciló un momento más, luego se encogió de hombros.

—Bien. Pero sigo pensando que ambos tenemos abejas en el cerebro.

La gata lideró el camino, dobló una esquina y bajó por otro callejón.

—Había una gata del bosque merodeando por aquí hace un tiempo —maulló—. Su nombre podría haber sido Tormenta de Plumas. Sin embargo, no la he visto en mucho tiempo.

Frustrada por estar tan cerca de la información que necesitaba, Zarpa Amarilla deslizó fuera sus garras. No pretendía ser amenazante, pero la gata le lanzó una mirada de alarma.

—Esa gata no tuvo nada que ver conmigo —maulló a la defensiva. Asintió con la cabeza hacia las sombras entre dos guaridas de Dos Patas—. Hal la conocía mejor que cualquiera de nosotros. Pregúntenle.

Zarpa Amarilla se volvió para ver un par de ojos ambarinos brillando en la oscuridad. Hizo una seña con la cola a Manto Mellado, quien se acercó a ella. Mientras tanto, la pequeña gata salió disparada, saltó una pared y desapareció.

Hal parpadeó cuando Zarpa Amarilla y Manto Mellado se acercaron. Estaba tan oscuro que era imposible saber de qué color era.

—Escuché lo que dijo —comenzó el gato, antes de que le preguntaran nada—. Nunca conocí a una gata llamada Tormenta de Plumas. No tengo nada que ver con los gatos del bosque.

Zarpa Amarilla pudo ver que Hal era un minino doméstico; su cuello brillaba mientras se movía en las sombras.

—Está bien, lamentamos haberlo molestado —le respondió Manto Mellado, dándose la vuelta.

Zarpa Amarilla lo estaba siguiendo cuando el instinto le dijo que mirara hacia atrás. Hal había emergido de las sombras y se alejaba sigilosamente a lo largo de la línea de guaridas de Dos Patas. Zarpa Amarilla se congeló. El minino doméstico era un gato atigrado de color marrón oscuro, y excepto por el hecho de que sus hombros eran más anchos y sus músculos más llenos, era la imagen exacta de Manto Mellado.

—¡Espera! —aulló Zarpa Amarilla, corriendo tras él—. ¡Debes haber conocido a Tormenta de Plumas! ¡Mira, este es tu hijo!

Hal se volvió, sus ojos ambarinos se volvieron fríos. Por un instante miró a Manto Mellado de arriba a abajo.

—No sé de qué estás hablando —gruñó—. No tengo ningún hijo.

—Pero solo míralo… —comenzó Zarpa Amarilla, agitando su cola hacia Manto Mellado.

Hal simplemente se dio la vuelta y comenzó a alejarse.

—Tenemos que irnos —Manto Mellado interrumpió. Su voz era fría como el hielo—. Esta fue una idea descerebrada. Nunca debimos haber venido aquí.

8

—¡Zarpa Amarilla! ¡Zarpa Amarilla!

La voz de Salto de Cierva se infiltró en un sueño en el que Zarpa Amarilla buscaba en el bosque, aunque no recordaba lo que estaba buscando. Le fue un gran esfuerzo abrir los ojos. Cuando trató de incorporarse, todos los músculos de su cuerpo chillaron de fatiga y le dolían las patas. «*¿Qué pasa conmigo?*» Entonces los acontecimientos de la noche anterior volvieron a su mente. Manto Mellado y ella habían visitado el Poblado de los Dos Patas, y el amanecer no estaba muy lejos para cuando habían regresado a sus lechos. «*¡Y fue un desastre!*»

—¡Zarpa Amarilla! —Salto de Cierva llamó de nuevo, sonando más impaciente esta vez.

Zarpa Amarilla se levantó de su lecho. Los otros aprendices se movían a su alrededor, luciendo enérgicos y con los ojos brillantes.

—¿A dónde fuiste anoche? —Zarpa de Serbal siseó—. Me desperté y no estabas en tu lecho.

—No importa —murmuró Zarpa Amarilla mientras luchaba por salir de la guarida.

Afuera, Colmillo de Piedra estaba rodeado por un grupo de gatos más grande de lo habitual. A pesar de que estaba tan cansada, Zarpa Amarilla sintió un cosquilleo de emoción.

—¿Qué está pasando? —le preguntó a Salto de Cierva.

—Vamos a atacar a las ratas en el vertedero —le respondió su mentora—. Las presas escasean, así que Estrella de Cedro decidió enviar dos patrullas para cazar allí. Con un poco de suerte, capturaremos lo suficiente para alimentar a todo el Clan.

Una mezcla de miedo y anticipación se apoderó de Zarpa Amarilla. También estaba orgullosa de haber sido elegida para participar en aquella incursión especial. Podía sentir una tensión esperanzadora en el campamento, como si todos los gatos estuvieran ansiosos por estar bien alimentados cuando terminara la invasión. Cuando ella y Salto de Cierva se acercaron a la multitud de gatos, Colmillo de Piedra estaba organizando las patrullas.

—Yo lideraré a una y Estrella de Cedro la otra —maulló—. Flor de Acebo, Ojo Rayado, Charca Nublada, Corazón de Cenizas, vengan conmigo. Y Salto de Cierva y Hoja Ámbar, con sus aprendices. Manto Mellado, tú también.

Mientras Colmillo de Piedra nombraba a los gatos, estos salieron de la multitud y se agruparon a un lado. Manto Mellado pasó rozando a Zarpa Amarilla cuando se unió a la patrulla, sin siquiera reconocer que ella estaba allí.

—¿Tuvieron una pelea? —Zarpa de Serbal le susurró a su hermana—. Gran Clan Estelar, ¿estuviste con él anoche?

—¿Podemos tener un poco de silencio allá atrás? —Vuelo de Pinzón siseó, antes de que Zarpa Amarilla pudiera responder—. Zarpa Amarilla, únete a tu patrulla si vas a venir a esta incursión.

La aprendiza gris lanzó una mirada furiosa a su hermana antes de irse para pararse con su mentora y los demás. Mientras tanto, Colmillo de Piedra nombró a los gatos para la patrulla de Estrella de Cedro, incluyendo a Zarpa de Serbal, Zarpa Abrasadora y sus mentores. Flor Radiante y Patas de Helecho también se unieron a esa patrulla.

—¿Qué hay de nosotros? —exigió Zarpa de Raposa, apareciendo con su hermano a un ratón de distancia por detrás.

—Son demasiado jóvenes —Colmillo de Piedra respondió—. Las ratas son lo suficientemente grandes para comerlos a *ustedes*.

—Así que nos quedaremos atrás de nuevo —gruñó Zarpa de Lobo, de pie junto a su hermana y mirando con furia mientras las patrullas se iban.

Mientras seguía a Colmillo de Piedra a través del bosque, Zarpa Amarilla se quedó atrás hasta que pudo caminar al lado de Manto Mellado, que andaba cerca de la parte trasera de la patrulla.

—¿Estás bien? —maulló—. Lo siento si hice algo mal anoche.

Manto Mellado le dirigió una breve y fría mirada.

—No quiero hablar de eso —dijo—. En lo que a mí respecta, no tengo padre. —Sin darle a Zarpa Amarilla la oportunidad de responder, se adelantó hasta que estuvo caminando justo detrás de Colmillo de Piedra.

Zarpa Amarilla lo miró con tristeza, su piel picaba con sentimientos de culpa. «*¡Solo estaba tratando de ayudar!*» Sacudiendo su pelaje, siguió caminando, tratando de olvidar el encuentro con los gatos del Poblado. «*Soy una aprendiza del Clan de la Sombra, ¡y ahora mismo mi trabajo es atrapar presas!*»

La brisa llevó los aromas de comida de ratas y cuervos a las patrullas mucho antes de que el vertedero apareciera a la vista. Zarpa Amarilla no había estado tan cerca desde su primer día como aprendiza, cuando Saltó de Cierva le mostró el territorio. Los montones de deshechos de Dos Patas parecían aún más repugnantes a la luz del día. Había un montón de abultadas pieles negras apiladas, algunas de ellas con grandes agujeros que dejaban que la suciedad del interior se derramara sobre el suelo. Mezcladas con ellas había cosas desconocidas hechas de madera, pieles suaves de extraños colores de Dos Patas y más objetos de bordes afilados hechos de la brillante tela de la cerca, todos unidos por carroña podrida. Más allá de la cerca, los montículos se extendían en la distancia, más y más, hasta donde alcanzaba la vista de Zarpa Amarilla.

Colmillo de Piedra llegó a la cerca y se giró para caminar junto a ella. Unos cuantos zorros más adelante se detuvo, y Zarpa Amarilla vio que el suelo había sido raspado para que hubiera espacio para que un gato se moviera por debajo.

—Yo iré primero —maulló Estrella de Cedro—. Una vez dentro, nos separaremos. Colmillo de Piedra, lleva a tu patrulla por ahí —movió la cola—, y nosotros iremos por aquí. ¡Veamos quién puede atrapar más!

Zarpa Amarilla vio como Estrella de Cedro empujó su musculoso cuerpo debajo de la cerca y se puso de pie en el lado opuesto. Flor Radiante lo siguió con Zarpa de Serbal de cerca. Entonces Colmillo de Piedra comenzó a guiar a su patrulla. Cuando llegó su turno, Zarpa Amarilla se zambulló debajo de la cerca lo más rápido que pudo, sintiendo que le raspaba la espalda, luego se arrastró con las garras extendidas en caso de que una rata saltara hacia ella desde los montículos.

Cuando todos los gatos estuvieron en su lugar, Colmillo de Piedra reunió a su patrulla a su alrededor; a unas cuantas colas de distancia, Estrella de Cedro estaba haciendo lo mismo. Zarpa Amarilla estaba junto a su mentora, sus patas se hundían en los escombros empapados del suelo.

—Escuchen con atención —maulló el lugarteniente—. Especialmente ustedes, aprendices, y Corazón de Cenizas, este es tu primer ataque contra ratas, ¿no es así?

La gata gris asintió con la cabeza, sus ojos azules brillaban con anticipación.

—Nunca se enfrenten a una rata solos —advirtió el lugarteniente—. Trabajen en parejas y *no* pierdan de vista a su pareja ni por un latido. Las ratas son atroces y astutas, y una mordedura de rata puede ser muy desagradable, así que hagan su mejor esfuerzo para no ser mordidos y traten de asegurarse de que sus parejas tampoco sean mordidas.

«*¡Como si tuviera que decirnos eso!*», pensó Zarpa Amarilla.

Su corazón comenzó a latir más rápido, preguntándose si la emparejarían con Manto Mellado, pero Colmillo de Piedra puso al gato atigrado con Zarpa de Nuez y emparejó a Zarpa Amarilla con Ojo Rayado.

—Flor de Acebo y yo vigilaremos —finalizó Colmillo de Piedra—. Si algún gato está en problemas, estaremos allí para ayudar.

—¡Vamos a enseñarles! —Zarpa de Nuez susurró a Manto Mellado—. ¡Atrapemos la rata más grande del vertedero!

«*¡No si puedo evitarlo!*» pensó Zarpa Amarilla.

Ojo Rayado y ella caminaron cautelosamente junto al más cercano de los montones. Al principio todo estaba tranquilo y silencioso. Un destello de movimiento llamó la atención de Zarpa Amarilla, pero solo eran Manto Mellado y Zarpa de Nuez deslizándose entre dos de los otros montículos.

Ojo Rayado tocó el hombro de Zarpa Amarilla con la cola e inclinó las orejas hacia un lugar más profundo dentro del vertedero, donde un enorme monstruo amarillo de Dos Patas estaba agachado.

—Creo que está dormido —murmuró.

Zarpa Amarilla asintió. Los monstruos en el Sendero Atronador hacían tal alboroto que habría mucho tiempo para apartarse de su camino si decidía despertar. Sus bigotes se movieron con impaciencia mientras caminaba. «*¡Vamos, ratas! ¡Muéstrense!*» Vislumbró una cabeza de forma triangular que sobresalía de una de las abultadas pieles negras, pero cuando se volvió para mirarla, desapareció.

—Creo que vi una —le dijo a Ojo Rayado en voz baja.

Antes de que terminara de hablar, la cabeza apareció de nuevo, más abajo del montículo, o tal vez era una rata diferente. El vientre de Zarpa Amarilla se apretó mientras miraba su nariz larga y sus bigotes temblorosos, y la hostilidad en sus ojos brillantes como los de un pájaro. También comenzó a distinguir sonidos: crujidos y chirridos que provenían de las profundidades del montículo. «*¡Todo este lugar está lleno de ratas!*» Zarpa Amarilla saltó hacia la rata, pero esta volvió a meter la cabeza en la pila y sus garras se hundieron en algo húmedo y blando dentro de la piel negra. «*¡Oh, qué asco!*»

Luego se dio la vuelta al oír un chillido más fuerte detrás de ella. Una rata asomaba la nariz por un hueco en el montículo; Zarpa Amarilla se congeló mientras se aventuraba más a la intemperie. Sus bigotes se movieron mientras olfateaba el aire, y sus ojos diminutos brillaban con malicia.

—¡Atrápala! —Zarpa Amarilla le gritó a Ojo Rayado.

Aterrizó sobre la rata con un gran salto, pero aceleró ligeramente su ataque, de modo que sus garras se sujetaron cerca de su cola. La rata dejó escapar un chillido agudo y se giró, con dientes afilados amenazando el cuello de Zarpa Amarilla. La aprendiza se echó hacia atrás, pero se negó a aflojar su agarre. Antes de que la rata pudiera morderla, Ojo Rayado se arrojó sobre sus hombros, con las mandíbulas abiertas para hundir los dientes en su cuello. La rata se levantó sobre sus patas traseras; Zarpa Amarilla perdió su agarre cuando se tambaleó y cayó a un lado. Ojo Rayado saltó hacia atrás, y por un latido la rata estuvo libre, zambulléndose en busca del refugio de la basura.

—¡No! —chilló Zarpa Amarilla.

Saltando en su persecución, sus patas resbalaron sobre escombros viscosos y estuvo a punto de caer, pero corrió tras la rata y volvió a hundir sus garras en ella. Esta vez consiguió un mejor agarre en la parte posterior de su cuello, y aunque el animal luchó, no pudo deshacerse de ella. Ojo Rayado se unió a ella, jadeando, y se lanzó sobre las patas traseras de la rata. Cuando la rata torció la cabeza, tratando en vano de morder a Zarpa Amarilla, ella le cortó la garganta con las garras. La sangre brotó y la rata quedó flácida.

Temblorosa, Zarpa Amarilla se puso de pie.

—Gracias, Clan Estelar, por esta presa —maulló—. Y gracias porque ninguno de los dos fue mordido.

—Lo hiciste bien —jadeó Ojo Rayado—. Estaba seguro de que la habíamos perdido.

Zarpa Amarilla miró a la rata muerta. Hasta ahora no se había dado cuenta de lo enorme que era; tal vez habían matado a la rata más grande del vertedero, tal como esperaba Zarpa de Nuez.

—Ambos lo hicimos —maulló.

Unos pasos sonaron detrás de ella, y Zarpa Amarilla se dio la vuelta, esperando ver otra rata. Dejó escapar un suspiro de alivio cuando vio que eran Charca Nublada y Corazón de Cenizas, cada una con una rata.

«*¡Pero no son tan grandes como la nuestra!*», pensó con orgullo.

El resto de la patrulla se estaba reuniendo. Zarpa Amarilla recogió su rata y fue a unirse a ellos, con Ojo Rayado a su lado.

—¡Gran Clan Estelar, mira eso! —Zarpa de Nuez exclamó, con su voz un poco envidiosa—. No pensé que pudiera haber una rata tan grande como esa.

Manto Mellado y él también habían atrapado una rata, pero Zarpa Amarilla notó que era mucho más pequeña que la de ella.

—Es una captura increíble —coincidió Salto de Cierva; su mirada era cálida mientras descansaba sobre su aprendiza—. ¿Están los dos bien?

—Ni un rasguño en ninguno de los dos —Ojo Rayado maulló—. Y es la rata de Zarpa Amarilla, en serio. No hice mucho.

Todos los gatos se agruparon alrededor de Zarpa Amarilla, felicitándola.

—Me lo hubiera pensado dos veces antes de enfrentarme a una rata de ese tamaño —ronroneó Colmillo de Piedra—. Estás mostrando verdaderas habilidades guerreras, Zarpa Amarilla.

Zarpa Amarilla se sintió caliente de orgullo y vergüenza. «*¡El lugarteniente del Clan cree que lo hice bien!*»

—Ojo Rayado ayudó —insistió.

Luego se dio cuenta de que Manto Mellado se estaba quedando atrás. Sintió como si una nube hubiera pasado sobre el sol. Él era el único gato que no le había dicho nada; ni siquiera la estaba mirando.

—¿Qué pasa? —Colmillo de Piedra miró de Zarpa Amarilla a Manto Mellado y viceversa—. Manto Mellado, es poco generoso no elogiar a Zarpa Amarilla. No es así como hacemos las cosas en el Clan de la Sombra.

Manto Mellado se miró las patas.

—Sí, gran captura, Zarpa Amarilla —murmuró.

Los ojos de Colmillo de Piedra se entrecerraron, pero no dijo nada más a Manto Mellado.

—Es hora de que regresemos al campamento —anunció—. Hemos capturado tantas presas como podemos llevar. Veamos si podemos llegar antes que la patrulla de Estrella de Cedro.

Tomando a su rata por la nuca, Zarpa Amarilla avanzó llena de orgullo, pero antes de dar muchos pasos, comenzó a preguntarse si podría regresar al campamento. La rata pesaba más que cualquier presa que hubiera llevado antes.

Pronto se tambaleó de fatiga, le dolía el cuello, pero la sensación de logro la recorrió como una colonia de abejas y la mantuvo en marcha.

Cuando entró al campamento, estuvo al tanto de los comentarios de los gatos que se habían quedado atrás, y se acercaron para mirar mientras ella y el resto de la patrulla dejaban caer a sus presas en el montón de carne fresca. Por primera vez se dio cuenta de que la patrulla de Estrella de Cedro los había seguido; el líder del Clan examinó su rata y luego se volvió hacia ella, sus ojos brillaban con aprobación.

—Zarpa Amarilla —maulló—, te estás convirtiendo en una excelente guerrera del Clan de la Sombra.

—¡G-gracias! —tartamudeó Zarpa Amarilla.

El líder del Clan inclinó la cabeza hacia ella y se dirigió a su guarida. Zarpa Amarilla lo siguió con la mirada. «*¡No puedo creer que el líder del Clan me haya dicho eso!*»

Luego se dio cuenta de que Bigotes de Salvia estaba parada a un par de zorros de distancia. Ella se veía pensativa. Zarpa Amarilla se preguntó qué pasaba por su mente, pero después de un momento la curandera se alejó sin hablar. «*¡Gracias, Clan Estelar!*», pensó Zarpa Amarilla. Había estado evitando a la curandera desde que Flama Plateada había muerto; todavía sentía que Bigotes de Salvia podría haber hecho más para ayudar a la veterana enferma. Y la profundidad de la mirada de Bigotes de Salvia la hacía sentir incómoda.

—¡Zarpa Amarilla! —La voz de su madre distrajo a Zarpa Amarilla de pensar en la curandera—. Colmillo de Piedra dice que hiciste una gran captura.

Zarpa Amarilla agachó la cabeza.

—Esa es mi rata —maulló, señalándola con la cola.

Patas de Helecho dejó caer su propia presa sobre la pila. Zarpa Amarilla notó que la rata de su padre era casi tan grande como la de ella, pero no del todo.

—Sigue así, y serás la mejor cazadora del Clan de la Sombra —la elogió con ojos cálidos.

Flor Radiante le dio una lamida alrededor de las orejas.

—Nos has hecho sentir tan orgullosos.

Zarpa Amarilla miró desde uno de sus padres al otro, y sintió como si su corazón fuese a estallar de felicidad.

—¿Nos vamos a unir a una patrulla hoy? —Zarpa Amarilla le preguntó a Salto de Cierva.

Habían pasado dos lunas desde el asalto al vertedero, y el aire era suave y apacible, lleno de aromas de la estación de la hoja nueva. En las puntas de las ramas de los pinos se veían espigas de un verde fresco, las frondas se desenrollaban en medio de matas de helechos muertos y el canto de los pájaros prometía presas en las lunas por venir.

Zarpa Amarilla lanzó un suspiro de felicidad. «*¡El bosque es tan hermoso!*»

—Hoy no —respondió Salto de Cierva.

En la última luna no había estado llamando a Zarpa Amarilla tan temprano en la mañana; ahora, los rayos del sol de la mañana ya entraban en el campamento, ahuyentando al frío del amanecer. «*Parece estar disminuyendo la velocidad*», pensó Zarpa Amarilla, dándose cuenta con una punzada de que su mentora estaba envejeciendo.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer? —preguntó.

—Hay una tarea más antes de que puedas comenzar tus evaluaciones finales de guerrera —le dijo Salto de Cierva—. Tienes que viajar a la Piedra Lunar.

—¡Sí! —Zarpa Amarilla estaba tan emocionada que rebotó con las cuatro patas y dio un enorme salto en el aire.

Zarpa de Serbal y Zarpa de Nuez ya habían hecho sus viajes de aprendices a la Piedra Lunar, y Zarpa Amarilla había comenzado a temer que su turno nunca llegara. Aterrizó torpemente después de su salto, sintiendo un rubor de vergüenza. «*Salto de Cierva pensará que me estoy comportando como un cachorra.*»

—¿Cuándo nos vamos? —maulló.

—De inmediato —anunció su mentora—. Ven conmigo. Necesitamos visitar a Bigotes de Salvia para que nos dé hierbas de viaje.

—¿Qué son? —Zarpa Amarilla preguntó mientras caminaban hacia la guarida de la curandera.

—Acedera, margarita, manzanilla y pimpinela. —Salto de Cierva enumeró cada hierba con un movimiento de su cola—. Te darán fuerza y evitarán que tengas hambre en el camino. No habrá tiempo para cazar.

Cuando se deslizaron entre las rocas y entraron en la guarida de Bigotes de Salvia, la curandera estaba mezclando hierbas con delicados movimientos de una pata delantera.

—Aquí tienen —maulló, dividiendo la mezcla en dos pequeños montones—. Zarpa Amarilla, el sabor es amargo, pero no durará mucho.

Copiando a Salto de Cierva, Zarpa Amarilla lamió las hierbas, masticó y tragó. El sabor era tan amargo como Bigotes de Salvia le había advertido que sería, y no pudo evitar hacer una mueca.

—Escucha atentamente lo que el Clan Estelar te dice en tus sueños —le pidió Bigotes de Salvia—. Este podría ser el momento en que descubras tu destino.

—Ya conozco mi destino —Zarpa Amarilla maulló—. ¡Seré una gran guerrera del Clan de la Sombra!

Bigotes de Salvia no hizo ningún comentario, solo miró a Zarpa Amarilla por un momento más antes de que ella asintiera.

—Que tengan un buen viaje, las dos. Que el Clan Estelar ilumine sus caminos.

Salto de Cierva caminó por el bosque hasta el Sendero Atronador, luego se giró para seguirlo hacia el borde del territorio. Zarpa Amarilla arrugó la nariz cuando el acre hedor de los monstruos inundó los frescos olores del bosque. El olor de los gatos del Clan del Viento flotaba a través del Sendero Atronador desde su territorio en el lado opuesto. «*Me pregunto qué estarán haciendo esos ladrones de presas ahora. Al menos no se han atrevido a molestarnos de nuevo.*»

Zarpa Amarilla trotó junto a Salto de Cierva mientras cruzaban la frontera del Clan de la Sombra. Pronto llegaron a un Sendero Atronador más pequeño que se separaba del principal.

—¿Tenemos que cruzar este? —le preguntó a su mentora, tratando de ocultar su nerviosismo. No parecía haber un túnel debajo como el que solían usar para llegar a las Asambleas.

Salto de Cierva asintió.

—Parece aterrador cuando es tu primera vez, pero estarás bien mientras recuerdes…

—¡Mirar, escuchar y oler! —interrumpió Zarpa Amarilla, curvando su cola hacia arriba.

—Correcto. —Salto de Cierva dejó escapar un pequeño suspiro de diversión—. Puedes buscar monstruos como buscas presas.

Un zumbido distante comenzó mientras hablaba, creciendo rápidamente hasta convertirse en un rugido, y un monstruo rojo brillante pasó a su lado y se unió al Sendero Atronador principal. Zarpa Amarilla sintió náuseas por el hedor que desprendió en oleadas.

—Ahora —maulló Salto de Cierva cuando se hubo ido—, estas son las reglas para cruzar un Sendero Atronador. Mira en ambos sentidos. ¿Puedes ver un monstruo? Escucha. ¿Puedes oír uno? Huele. ¿El olor es más fuerte de lo habitual? Si la respuesta a todas esas preguntas es no, entonces es seguro cruzar.

—Ya veo —murmuró Zarpa Amarilla, todavía sintiéndose nerviosa.

—Correcto. Así que dinos cuándo ir.

Zarpa Amarilla la miró fijamente. «*¿Yo? ¿Y si hago que nos maten a las dos?*» Pero Salto de Cierva solo inclinó sus oídos hacia el Sendero Atronador, claramente esperando.

De pie cerca del borde de la dura superficie negra, Zarpa Amarilla metió sus garras en el borde de la hierba. Miró cuidadosamente en ambas direcciones, notando que la franja negra estaba vacía. Los únicos sonidos que podía oír eran la brisa en las ramas y el canto de los pájaros. El sabor en el aire del monstruo rojo se había desvanecido.

—Está bien… creo —maulló.

—¡Entonces ve!

Zarpa Amarilla saltó hacia adelante con Salto de Cierva a su lado, haciendo una mueca cuando sus patas aterrizaron en la dura superficie del Sendero Atronador.

Latidos después, habían llegado a la seguridad de un grupo de arbustos al otro lado. Otro monstruo gruñó al pasar mientras ella estaba allí temblando y tratando de recuperar el aliento.

—Lo hicimos. —Salto de Cierva asintió con la cabeza—. Una cosa más para recordar: una vez que decidas que es seguro, corre lo más rápido que puedas y no mires atrás.

Zarpa Amarilla se sintió aliviada cuando dejaron el Sendero Atronador atrás. Más allá, la tierra comenzó a convertirse en páramos que le recordaron al territorio del Clan del Viento, cubiertos con la misma hierba corta y dura. Pero los aromas del Clan del Viento se desvanecían detrás de ellos. Con un cosquilleo de emoción en sus patas, Zarpa Amarilla se dio cuenta de que se dirigía a un territorio desconocido, donde no vivían gatos de Clan. Se sentía expuesta en los espacios abiertos, sin el reconfortante refugio de las ramas de los pinos.

Los conejos corrieron tentadoramente a través de su camino, y todos los instintos de Zarpa Amarilla le gritaron que los persiguiera. Pero sabía que Salto de Cierva se molestaría si interrumpía su viaje para cazar, y las hierbas de viaje estaban funcionando, por lo que no tenía hambre. «*Este es su día de suerte*, *conejos*», pensó.

A un lado, más allá del gran Sendero Atronador, vio un grupo de guaridas de Dos Patas.

—¿Tenemos que ir allí? —maulló, recordando lo que había sucedido cuando había ido al Poblado de los Dos Patas con Manto Mellado.

Salto de Cierva negó con la cabeza.

—Nos dirigimos hacia esas colinas —le respondió, señalando con la cola—. Las Rocas Altas, donde la Piedra Lunar nos espera.

Al mirar hacia adelante, Zarpa Amarilla vio que el suelo se inclinaba hacia una hilera de riscos recortados contra el cielo. Parecían dientes filosos saliendo del suelo. A medida que las gatas subían más alto, el pasto cedió el paso a un suelo desnudo sembrado de piedras, y la pendiente se hizo más empinada. «*Nunca antes me habían dolido las patas así* —se quejó Zarpa Amarilla en silencio mientras se impulsaba hacia arriba—. *¿Qué pasa conmigo?*»

Como si su mentora hubiera captado sus pensamientos, Salto de Cierva se detuvo.

—Descansemos un poco.

Se dejó caer sobre una piedra plana y Zarpa Amarilla se sentó a su lado, disfrutando de la sensación de la roca calentada por el sol en sus almohadillas y manto. Delante de ellas el sol se estaba ocultando, bañando los riscos con un resplandor anaranjado.

—Estoy muy orgullosa de ti, Zarpa Amarilla —maulló Salto de Cierva después de un rato.

Zarpa Amarilla aguzó las orejas con sorpresa; Salto de Cierva casi nunca repartía elogios.

—Las lunas están pasando —su mentora continuó—, y pronto será mi momento de unirme a los veteranos. Serás mi última aprendiza y sé que te convertirás en una gran guerrera.

Zarpa Amarilla apoyó el hocico en el hombro de la gata.

—Has sido un mentora fantástica —murmuró—. No te defraudaré, lo prometo.

Había caído la oscuridad y el Manto Plateado brillaba en el cielo antes de que Salto de Cierva se pusiera de pie.

—Ven —maulló—. Es la hora.

La luna todavía estaba baja en el cielo y las rocas proyectaban largas sombras mientras Zarpa Amarilla seguía a Salto de Cierva por la última pendiente empinada hacia los riscos. A medida que se acercaban, vio un agujero oscuro debajo de un áspero arco en la roca.

—¿Es ahí a donde vamos?

Salto de Cierva asintió.

—Esa es la Boca Materna. Conduce a la Piedra Lunar.

Una carrera por la pendiente final, con piedras moviéndose bajo sus patas, llevó a Zarpa Amarilla al umbral de la Boca Materna. Un túnel se adentraba profundamente en las rocas; estaba tan oscuro que Zarpa Amarilla no podía distinguir nada más allá del primer zorro de distancia. Sintió que su corazón comenzaba a latir más rápido.

—Sígueme —instruyó Salto de Cierva—. No verás nada, pero podrás percibir mi olor. No hay nada que temer. He caminado por este camino muchas veces. —Dio un paso adelante hacia el túnel y desapareció de la vista de Zarpa Amarilla.

Respirando hondo, Zarpa Amarilla se lanzó tras ella. La luz de la entrada del túnel se apagó detrás de ella mientras caminaba muy cerca de su mentora, y se guiaba por sus bigotes que rozaban las paredes de roca y por el delgado zarcillo del aroma de Salto de Cierva. La roca debajo de sus patas era suave y fría, y el aire húmedo empapó su manto y penetró profundamente en ella hasta que pensó que nunca volvería a estar caliente.

El túnel se inclinaba hacia abajo y Zarpa Amarilla trató de no pensar en el enorme peso de la roca sobre su cabeza. Era demasiado fácil imaginarla derrumbándose sobre ella, aplastándola hasta hacerla nada.

Luego su nariz se crispó cuando sintió un aroma más fresco y el leve movimiento del aire contra sus bigotes. Saboreando el aire, percibió un leve olor a pasto y conejos. Se dio cuenta de que había salido a un espacio más grande.

—Esta es la cueva de la Piedra Lunar —maulló Salto de Cierva.

—¿Qué hacemos ahora?

—Esperamos.

Zarpa Amarilla se estremeció en la vasta oscuridad. Por encima de su cabeza pudo distinguir un solo guerrero resplandeciente del Clan Estelar; se dio cuenta de que debía haber un agujero en el techo de la cueva. Pero la luz era demasiado débil para llegar tan lejos hacia las profundidades de la tierra.

Luego, entre un latido y el siguiente, una luz blanca y fría inundó todo, revelando paredes de roca que se elevaban hacia arriba a lo largo de muchos zorros de distancia. Zarpa Amarilla no pudo contener un chillido de sorpresa. En el medio de la cueva había una roca enorme, de muchas colas de altura. La luna brillaba a través del espacio en el techo, haciendo que la roca brillara como si todo el Clan Estelar estuviera reunido en su interior.

—¿Esa es la Piedra Lunar? —susurró.

Salto de Cierva no era más que una forma pequeña y oscura que se recortaba contra la luz. Ella asintió.

—Acuéstate y toca la piedra con el hocico —maulló.

Zarpa Amarilla se acomodó y estiró el cuello para tocar con la nariz la superficie rugosa de la Piedra Lunar, cerrando los ojos contra la luz deslumbrante.

Instantáneamente, unas garras de frío se apoderaron de ella. Tenía los párpados cerrados, pero aun así vio la brillante luz de las estrellas girando a su alrededor mientras la arrastraba. Estaba rodeada de gatos, aunque no podía ver ninguno de sus rostros. De repente, una voz resonó en sus oídos:

—A partir de este momento, serás conocida como Fauces Amarillas.

«*¡Mi nombre de guerrera!*» Pero el deleite de Zarpa Amarilla no duró más que un latido. El dolor se apoderó de su vientre, oleada tras oleada de agonía, y se dio cuenta de que estaba pariendo cachorros. Por un breve momento cesó el viaje vertiginoso; Zarpa Amarilla se acurrucó alrededor de una multitud de cuerpos diminutos y sintió la alegría de dejarlos amamantar de su vientre.

Luego fue arrebatada de nuevo. Las estrellas pasaron a su lado y se sintió abrumada por un sentimiento de pérdida e ira. Más furia de la que jamás había conocido hizo que su visión se tornara borrosa; trató de gritar su desolación, pero no pudo emitir ningún sonido.

Con un golpe se encontró en un claro verde, con la luz del sol filtrándose a través de las hojas. «*¡Casa!*», pensó agradecida, pero no reconocía ningún olor. El paisaje parpadeaba a su alrededor, mostrándole un arroyo que goteaba a través de un espeso musgo, un tramo de rocas planas con grietas entre ellas y un fuerte olor a presas por todas partes, un estrecho barranco, las raíces nudosas de un roble, el brillo de la luz del sol en una amplia franja de agua. El torrente de imágenes hizo que Zarpa Amarilla se sintiera mal; trató de liberarse, pero se sentía como un cachorro ahogándose, impotente para escapar del sueño que la tenía en sus garras.

De repente, con una sacudida que hizo que Zarpa Amarilla sintiera que había sido arrojada desde lo alto del gran fresno, las imágenes se detuvieron, dejándola en la oscuridad. Al abrir los ojos, Zarpa Amarilla vio que todavía estaba en la cueva de la Piedra Lunar, tendida en el suelo bajo la brillante luz blanca.

Salto de Cierva estaba a su lado, con las garras en el hombro de Zarpa Amarilla; se dio cuenta de que su mentora debió haberla arrastrado lejos de la piedra.

—¡Despierta, Zarpa Amarilla! —la estaba llamando.

—E-estoy despierta. —Zarpa Amarilla se incorporó tambaleante, aturdida y exhausta. Trató de recordar su sueño, pero todo era un borrón de dolor, angustia y confusión. Los detalles se le escapaban como el agua a través de sus patas.

—Ven. Tenemos que irnos —ordenó Salto de Cierva.

Zarpa Amarilla parpadeó ante su mentora. «*¿Hice algo mal?*»

—Fue… tan extraño —comenzó—. Me sentí…

—No hace falta hablar de eso —Salto de Cierva interrumpió—. Sígueme, rápido.

Se metió rápidamente en la boca del túnel y Zarpa Amarilla tropezó tras ella, emergiendo agradecidamente al aire frío de la noche. Se sentía tan agotada que no pensó que sus patas la llevarían de regreso al campamento.

—Bajaremos un poco la colina —maulló Salto de Cierva, sonando más como ella misma—. Luego descansaremos y cazaremos antes de irnos a casa. —Mientras conducía a través de la pendiente pedregosa, agregó—: Nunca debes decirle a ningún gato lo que viste en tus sueños.

«*¡No quiero hacerlo!*» Algo golpeó a Zarpa Amarilla.

—¿Tú… viste lo que soñé?

Salto de Cierva no la miró.

—Solo los curanderos comparten lo que les dice el Clan Estelar. Sea lo que sea que hayas visto de tu futuro, usa ese conocimiento sabiamente, Zarpa Amarilla.

La decepción se aferró a Zarpa Amarilla como niebla en su pelaje, y sintió los primeros indicios de miedo. «*Al menos sé que voy a ser una guerrera, ¿verdad? Y después de eso…*» Ella forzó su memoria, pero las imágenes de su sueño cayeron juntas en un resplandor de luz de estrellas. Todo lo que sabía era que algo andaba mal; no se sentía emocionada y feliz de la forma en que pensaba que se sentiría después de visitar la Piedra Lunar.

Zarpa Amarilla miró las estrellas, pero parecían frías y remotas. «*Oh, Clan Estelar, ¿qué me va a pasar?*»



9

—Zarpa Amarilla, a partir de este momento, serás conocida como Fauces Amarillas. El Clan Estelar honra tu coraje y tu inteligencia, y te damos la bienvenida como guerrera de pleno derecho del Clan de la Sombra.

Tratando de mantener el equilibrio, a pesar de que estaba llena de emoción, Fauces Amarillas inclinó la cabeza y sintió que Estrella de Cedro apoyaba el hocico en ella. Lamió el hombro de su líder y retrocedió un paso.

—¡Fauces Amarillas! ¡Bigotes de Nuez! ¡Baya de Serbal! —El Clan de la Sombra gritó los nombres de los guerreros recién creados.

Junto a Fauces Amarillas, su hermano y su hermana parecían tan emocionados como ella se sentía, sus ojos brillaban y sus colas se alzaban hacia arriba en el aire.

—¡Guerreros al fin! —Bigotes de Nuez chirrió—. ¡A veces pensé que nunca lo lograríamos!

—Vamos a ser los mejores guerreros que el Clan de la Sombra haya visto —agregó Baya de Serbal.

Una brisa cálida cargada de presas atravesó el campamento y el sol caliente de la estación de la hoja verde brilló, calentando el manto de Fauces Amarillas. No se veía ni una nube en el cielo azul. «*¿Qué más podría desear?* —Fauces Amarillas se preguntó a sí misma—. *Este es un día perfecto.*»

Al frente de los gatos, Flor Radiante y Patas de Helecho estaban juntos, con las colas entrelazadas mientras irradiaban orgullo a los nuevos guerreros. Salto de Cierva le dio a Fauces Amarillas un asentimiento de cálida aprobación.

Cerca, Zarpa de Raposa y Zarpa de Lobo habían visto la ceremonia con envidia manifiesta.

—Pronto nosotros seremos guerreros —anunció Zarpa de Raposa mientras los coreos se apagaban.

Fauces Amarillas la ignoró.

—Guerrera o no, seguirá siendo un dolor en la cola —le murmuró a Baya de Serbal, quien asintió con fervor en señal de asentimiento.

Ráfaga Abrasadora, que había recibido su nombre de guerrero una luna antes, se abrió paso entre la multitud y les dio a los tres nuevos guerreros un asentimiento condescendiente.

—Felicitaciones —maulló—. Si necesitan algún consejo sobre cómo se comportan los guerreros, simplemente pregunten.

—Eso haremos —Fauces Amarillas le respondió—. Estoy segura de que los guerreros mayores nos darán muchos consejos.

Ráfaga Abrasadora movió la cola y caminó hacia donde estaba parado su hermano, Manto Mellado. Fauces Amarillas sintió una punzada familiar de decepción porque Manto Mellado ni siquiera la estaba mirando. «*Está avergonzado porque yo estuve ahí cuando su padre lo rechazó. ¡Desearía poder decirle que todo lo que siento es ira hacia ese estúpido minino doméstico! ¡Hal debería estar orgulloso de tener un guerrero como su hijo!*» Pero Fauces Amarillas no pudo pensar en una manera de iniciar esa conversación con Manto Mellado. Todo lo que ella quería decirle tendría que permanecer en silencio.

—¿Fauces Amarillas?

El sonido de la voz de Bigotes de Salvia sonó detrás de ella, Fauces Amarillas se dio la vuelta.

—Felicitaciones —maulló la curandera—. Escuché que tu evaluación de caza fue especialmente buena.

Fauces Amarillas bajó la cabeza. Bigotes de Salvia todavía no era su gata favorita, pero sabía que tenía que superar la muerte de Flama Plateada y reconocer el estatus de Bigotes de Salvia dentro del Clan.

—Gracias —murmuró—. Supongo que tuve suerte.

—¿Soñaste con servir a tu Clan como guerrera cuando fuiste a la Piedra Lunar con Salto de Cierva? —la gata curandera la sondeó inesperadamente.

Por un instante, Fauces Amarillas no supo qué decir. No había forma de que le dijera a Bigotes de Salvia lo que había sucedido.

—Yo… eh… realmente no recuerdo cuál fue el sueño —balbuceó.

—¿En serio? —La mirada de Bigotes de Salvia era gentil pero insistente—. Es un momento significativo, tu primer sueño de la Piedra Lunar.

«*¿Por qué no puede dejarlo ahí?*»

—Si no lo recuerdo, no puede ser tan importante.

Dándole la espalda a Bigotes de Salvia, Fauces Amarillas se unió a sus hermanos junto al montón de carne fresca, donde el Clan se estaba preparando para celebrar a los guerreros recién hechos con un festín.

Pero Fauces Amarillas no pudo resistirse a mirar hacia atrás por encima del hombro. Bigotes de Salvia todavía la miraba con esa mirada persistente, y Fauces Amarillas habría dado toda su parte de carne fresca para saber lo que estaba pensando.

Fauces Amarillas avanzó silenciosamente por la gruesa capa de acículas de pino mientras seguía a Flor de Acebo, Salamandra Manchada y Brinco de Sapo. La patrulla fronteriza había abandonado el borde del Sendero Atronador y se dirigía hacia el Poblado de los Dos Patas; Fauces Amarillas pudo distinguir las paredes a varias colas

de distancia entre los árboles. Sus almohadillas hormigueaban con el desagradable recuerdo de la noche en que ella y Manto Mellado habían visitado el Poblado en busca del padre del guerrero atigrado. «*¡No quiero volver a acercarme al lugar nunca más!*»

La patrulla esperó mientras Flor de Acebo renovaba una marca olorosa, luego siguió adelante con Salamandra Manchada a la cabeza. Unos pocos latidos después, la guerrera se detuvo, levantó la cabeza y abrió las mandíbulas.

—¿Qué es ese olor? —murmuró.

Alejándose de la frontera, saltó hacia un grupo extenso de zarzas al pie de un pino. Fauces Amarillas la siguió más lentamente con el resto de la patrulla. Antes de dar más de un par de pasos, también captó el nuevo aroma: ardilla, pero con un sabor dulce y podrido que hizo que el pelo de su cuello se erizara.

—¡Aquí! —Salamandra Manchada llamó.

Fauces Amarillas se retorció junto a Salamandra Manchada mientras la gata negra y rojiza se asomaba por la espesura. Una ardilla a medio comer yacía bajo las espinas, con su pelaje gris apelmazado y pegajoso de sangre. Las moscas se arrastraban sobre su carne desgarrada y zumbaban hacia arriba en un enjambre cuando Salamandra Manchada estiró el cuello y olió la carroña.

—¡Eso es asqueroso! —Brinco de Sapo exclamó.

Salamandra Manchada se echó hacia atrás, pasándose la lengua por los labios como si estuviera tratando de deshacerse de un mal sabor.

—¡Algún gato ha estado robando presas! —anunció, con la voz temblando de ira.

Fauces Amarillas inhaló con cuidado; bajo el hedor a carroña podrida, detectó otros aromas que permanecían en el pelaje frío y desgarrado. «*Piedra negra bajo sus zarpas, charcos grasientos con el olor amargo de los monstruos y un indicio subyacente de la basura que comen los mininos domésticos…*»

—¡El gato que mató a esta ardilla vino del Poblado de los Dos Patas!—siseó.

Brinco de Sapo soltó un bufido de incredulidad.

—¡Las mascotas no cazan!

—Yo creo que Fauces Amarillas tiene razón —respondió Flor de Acebo—. Hay olor al Poblado de los Dos Patas aquí… y además, ¿qué guerrero deja a su presa a medio comer así?

—No podemos dejar que se salgan con la suya —Brinco de Sapo gruñó.

—No lo haremos. —Flor de Acebo reunió a su patrulla con un movimiento rápido de la cola y los condujo a través de los árboles hasta que cruzaron su propia frontera y se detuvieron bajo las inminentes paredes del Poblado de los Dos Patas—. Divídanse —ordenó—. Vean si puede encontrar el lugar por el que el minino casero entró al bosque.

Fauces Amarillas se dirigió hacia una cerca alta hecha de tiras de madera entrelazadas. Las guaridas de Dos Patas yacían al otro lado. Se arrastró a lo largo de la parte inferior de la barrera, abrió las mandíbulas, luego se detuvo cuando recogió

el aroma mezclado de dos o tres mascotas. Coincidían exactamente con los aromas de la ardilla a medio comer.

—¡Lo encontré! —exclamó.

Flor de Acebo se acercó dando saltos con los otros guerreros detrás de ella y olfateó el lugar indicado por Fauces Amarillas.

—No hay muchas dudas sobre eso —murmuró, con una mirada de disgusto—. Brinco de Sapo, sube la cerca y mira lo que hay al otro lado.

El gato atigrado saltó hacia arriba, clavando sus garras en la madera hasta llegar a la cima.

Durante un par de latidos miró hacia el otro lado y luego se volvió encogiéndose de hombros.

—Nada —informó—. Solo pasto de Dos Patas y plantas. No hay señales de gatos.

—Eso es porque solo salen por la noche —Fauces Amarillas maulló.

Sus compañeros de Clan la miraron con sorpresa.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó Salamandra Manchada.

—Oh… eh… uno de los veteranos me dijo —murmuró la gata de pelaje gris. Para su alivio, ningún gato la interrogó más.

—¿Entonces, qué hacemos ahora? —Brinco de Sapo preguntó, saltando sobre la hierba junto a los demás.

Flor de Acebo pensó por un momento.

—Brinco de Sapo, será mejor que tú y Salamandra Manchada entierren a esa ardilla —ordenó—. Y luego terminen la patrulla. Fauces Amarillas, vuelve al campamento conmigo. Estrella de Cedro querrá saber sobre esto.

La luz de la luna brillaba en el campamento cuando los guerreros del Clan de la Sombra se reunieron en el claro. Estrella de Cedro había estado tan indignado como había esperado Fauces Amarillas cuando Flor de Acebo informó que los mininos domésticos habían estado matando presas en territorio del Clan de la Sombra.

—Dirigiré dos patrullas esta noche —había decidido—. Les mostraremos a esas mascotas a no meterse con el Clan de la Sombra.

Las patas de Fauces Amarillas hormiguearon mientras seguía a su líder de Clan a través de las zarzas. Se sentía orgullosa de que Estrella de Cedro la hubiera elegido para una de las patrullas, pero al mismo tiempo su estómago se revolvía de nerviosismo. «*¿Y si uno de los mininos caseros me reconoce?*»

Esperando su turno para pasar por la entrada, trató de llamar la atención de Manto Mellado. Sabía que él debía sentirse igual de nervioso. «*¿Y si fue Hal quien mató a la ardilla?*» Pero Manto Mellado no la miró, deliberadamente le dio la espalda y le habló a Bigotes de Nuez.

Fauces Amarillas saltó cuando sintió un pinchazo en su costado.

—Vamos, mueve tus patas —siseó Ráfaga Abrasadora—. ¿Estás esperando a que amanezca?

Fauces Amarillas se dio cuenta de que estaba bloqueando la brecha.

—Lo siento —murmuró, hundiéndose en las espinas y tratando de apartar a Manto Mellado de su mente.

Una brisa fría susurró a través de las acículas de pino mientras los guerreros se lanzaban a los árboles. Unas sombras negras se movían sobre el suelo por el movimiento de las ramas, y copos plateados de luz de luna moteaban el pelaje de los gatos. Con Fauces Amarillas, en la patrulla de Estrella de Cedro, estaban Baya de Serbal, Salto de Cierva y Manto Mellado. Justo detrás de ellos, Colmillo de Piedra encabezaba la segunda patrulla: Ráfaga Abrasadora, Bigotes de Nuez, Salamandra Manchada y Cola de Cuervo.

Cuando las duras luces del Poblado de los Dos Patas aparecieron a través de los árboles, Estrella de Cedro se detuvo. Todos los guerreros se reunieron a su alrededor y habló en voz baja.

—Las dos patrullas se dividirán y esperarán a las mascotas por lados opuestos —maulló—. Todos ustedes se pondrán a cubierto, y no se moverán hasta que yo dé la señal. Tal vez podamos terminar esto sin luchar.

—¿Qué señal? —preguntó Colmillo de Piedra.

—Doblaré mi cola así —Estrella de Cedro respondió, demostrando. Clavó sus garras en el suelo—. Son guerreros del Clan de la Sombra y confío en ustedes. Una vez que comience la pelea, asegúrense de que esos mininos domésticos no sepan qué los golpeó.

Colmillo de Piedra asintió brevemente y se llevó a su patrulla. Estrella de Cedro llevó a sus gatos en la dirección opuesta, hacia la cerca donde Fauces Amarillas había olido a los intrusos. No había mucha maleza debajo de los pinos, pero encontraron refugio detrás de las zarzas donde Salamandra Manchada había descubierto a la ardilla.

Fauces Amarillas se agachó entre las espinas con Salto de Cierva a un lado y Manto Mellado al otro, con sus pelajes rozándose. Fauces Amarillas estaba muy consciente de él, avergonzada de estar tan cerca cuando se negaba a ser su amigo.

—¿Las mascotas no olerán a tantos de nosotros? —susurró—. Si saben que estamos aquí, no saldrán.

Salto de Cierva resopló con desdén.

—La mayoría de mascotas no podrían oler a un zorro ni aunque estuviera justo en frente de ellos.

Fauces Amarillas soltó un pequeño ronroneo de diversión.

—Supongo que nunca tuvieron un mentor que les dijera que miraran, escucharan y olfatearan.

—¡Silencio! —La voz baja de Estrella de Cedro vino de algún lugar cercano.

Metiendo sus patas debajo de ella, Fauces Amarillas se calmó. Mientras miraba a lo largo de la cerca de Dos Patas, vio pequeños movimientos entre la hierba que le indicaron dónde se escondía la patrulla de Colmillo de Piedra.

No había señales de ningún tipo de minino doméstico, y los únicos olores que Fauces Amarillas podía captar cuando probaba el aire eran débiles y rancios.

La noche se prolongó y no pasó nada. Fauces Amarillas se enfrió y encogió; deseaba levantarse y estirar las patas, pero sabía lo enojado que estaría Estrella de Cedro si moviese un solo bigote. El frío se apoderaba de su manto cuando escuchó a su líder sisear:

—¡Miren! ¡Allí arriba!

Entrecerrando los ojos entre las zarzas, Fauces Amarillas vio a dos gatos deslizándose sobre la cerca desde el Poblado de los Dos Patas. Por un momento, contrastaron contra el cielo. Un latido después, saltaron al suelo y ella pudo verlos con mayor claridad. La esbelta gata de desordenado pelaje rojizo le resultaba horriblemente familiar. «*¡Colorada!*» El vientre de Fauces Amarillas se sacudió de consternación. Lo último que quería era que sus compañeros de Clan se enteraran de la noche en que ella y Manto Mellado habían visitado el Poblado de los Dos Patas. «*¿Colorada dirá algo?*», se preguntó ella.

Mientras los dos mininos domésticos vacilaban junto a la cerca, Estrella de Cedro saltó fuera del refugio de las zarzas y caminó hacia ellos.

—¿Qué están haciendo aquí? —exigió—. El bosque es nuestro lugar. Vuelvan con sus Dos Patas.

Colorada se enfrentó al líder del Clan de la Sombra sin rastro alguno de miedo. Fauces Amarillas tuvo que admirar su coraje mientras la minina miraba a Estrella de Cedro, que era mucho más grande que ella, sus músculos ondeaban bajo su pelaje.

—¡No pueden evitar que vengamos aquí! —declaró Colorada—. No vivimos según sus reglas.

—Podemos evitarlo si queremos —Estrella de Cedro replicó.

El segundo gato, un atigrado mayor que Fauces Amarillas no reconoció, avanzó un paso para colocarse junto al hombro de Colorada.

—Me gustaría verlos intentarlo —siseó—. ¡Ustedes los gatos salvajes piensan que son tan geniales! Pongan una garra sobre nosotros y borraré esa mirada de suficiencia de tu rostro.

Estrella de Cedro no respondió con palabras. En cambio, levantó la cola y la retorció en señal de batalla.

Al instante, el resto de los guerreros surgieron de las sombras con aullidos furiosos. Rodearon a los mininos domésticos en una barrera de gatos furiosos con los dientes al descubierto y las garras preparadas. Manto Mellado y Bigotes de Nuez estaban hombro a hombro, con sus labios retraídos en gruñidos de desafío. Baya de Serbal estaba flexionando sus garras como si no pudiera esperar para hundirlas en un minino. Fauces Amarillas vio una mirada de asombro cruzar los rostros de Colorada y el gato atigrado. Pero ninguno de los dos se giró para huir. El gato

atigrado soltó un chillido y tres gatos más saltaron la cerca y aterrizaron en el suelo junto a las mascotas. Fauces Amarillas hizo una mueca al reconocer al flaco gato gris. «*¡Guijarro está aquí ahora! Esto empeora cada vez más…*»

Estrella de Cedro se lanzó hacia Colorada, y el resto de los guerreros saltaron a la batalla detrás de su líder. Fauces Amarillas se quedó atrás, reacia a enredarse con un gato que pudiera reconocerla. Observó en el borde de la batalla mientras Colorada empujaba a Estrella de Cedro fuera de balance, haciéndolo tropezar contra el tocón de un árbol. El líder de Clan se recompuso y saltó sobre Colorada de nuevo; la gata rojiza se alejó de un salto, solo para tropezar con una maraña de raíces de árboles y caer de un lado. Estrella de Cedro le dio un golpe sobre sus ancas antes de darse la vuelta y lanzarse de nuevo al centro de la pelea.

Fauces Amarillas miró a Colorada, quien estaba luchando por arrancar su pata delantera de las raíces. «*¿Quizá podría hablar con ella?*» Dio un paso vacilante hacia Colorada, sintiendo una punzada de dolor atravesar su pata, luego se detuvo cuando Salto de Cierva le dio un empujón.

—¡Ataca! —gruñó la vieja gata—. ¡Esto es para lo que te entrené!

La vergüenza inundó a Fauces Amarillas. Atrapó a un gato rojizo que nunca había visto antes y le dio un golpe en el hombro, haciéndolo perder el equilibrio. El gato luchó por incorporarse, pero antes de que Fauces Amarillas pudiera seguir su primer golpe, Colorada, ahora libre de las raíces, se deslizó entre ellos, girando para enfrentar a Fauces Amarillas con furia en sus ojos. La gata apuntó un golpe a Fauces Amarillas, con las garras desenvainadas para arañar su oreja. De repente se detuvo, sus ojos se abrieron de par en par.

—¡Eres tú! —jadeó.

Salamandra Manchada, luchando contra el gran gato atigrado, escuchó la exclamación de Colorada y miró por encima del hombro a Fauces Amarillas.

—¿Qué quiere decir? —exigió.

Fauces Amarillas no pudo pensar en ninguna respuesta. Aprovechando la breve distracción de Salamandra Manchada, el gato atigrado con el que había estado luchando la derribó y aterrizó encima de ella, poniendo fin a más preguntas.

Un latido después, Manto Mellado cargó contra la maraña de gatos.

—¡No digas una palabra! —gruñó al oído de Colorada.

Colorada pareció sorprendida.

—¿Acerca de?

—Sabes muy bien de qué…

Manto Mellado fue interrumpido cuando Ráfaga Abrasadora se lanzó hacia Colorada, apuntándole un golpe en el hombro. Colorada se dio la vuelta y corrió hacia la cerca.

—¡No hay necesidad de matarles! —La voz de Colmillo de Piedra sonó por encima de los aullidos de los gatos que peleaban—. ¡Estas son mascotas! ¡Pronto las enviaremos llorando de regreso a sus Dos Patas!

—Mascotas bastante duras —murmuró Fauces Amarillas para sí misma.

Se volvió para ver a Baya de Serbal luchando contra Guijarro. Los ojos de su hermana brillaron con la euforia de la pelea mientras saltaba de un lado a otro para confundir a su oponente, sus golpes aterrizaban con precisión. Lenta pero inexorablemente, estaba conduciendo al flaco gato gris hacia la cerca. La sangre le corría por la cara desde una oreja desgarrada.

Fauces Amarillas interceptó a un gato blanco y negro, que corría para ayudar a Guijarro, levantándose sobre sus patas traseras y golpeando sus orejas con sus patas delanteras. El gato blanco y negro cayó al suelo. Pero aunque Fauces Amarillas disfrutó de la fuerza de sus músculos y la certeza de sus patas, no pudo evitar hacer una mueca de dolor con cada golpe que daba. Le picaba por todas partes como si le hubieran arrancado la piel. «*Tengo que endurecerme* —pensó—. *¡Estoy luchando por mi Clan!*»

Estaba obligando al gato a retroceder contra la cerca cuando de repente sintió una presión en la garganta, como si algo le aplastara la tráquea. Su ataque vaciló mientras luchaba por respirar. El gato se lanzó de nuevo hacia ella; a través de una visión borrosa, Fauces Amarillas vio que Bigotes de Nuez se había lanzado entre ellos, dándole un momento de respiro.

Con la respiración entrecortada en la garganta, Fauces Amarillas se volvió para ver al gran gato atigrado que sujetaba a Salto de Cierva con una pata plantada en su cuello. Fauces Amarillas se acercó a ellos tambaleándose, deslizando sus garras por el costado del gato atigrado. Él se dio la vuelta y se alejó.

—Gracias, Fauces Amarillas —Salto de Cierva jadeó, luchando por ponerse de pie—. Pero estaba bien, en serio. Solo iba a arrojarlo a las zarzas.

«*Y los erizos vuelan*», pensó Fauces Amarillas, aunque ella nunca habría dicho las palabras en voz alta. La presión en su garganta se había desvanecido y podía respirar libremente de nuevo, su pecho se agitaba mientras aspiraba aire hacia sus pulmones. «*¿Qué me está pasando?*»

Un aullido triunfal de Estrella de Cedro la distrajo.

—¡Así es! ¡Lárguense y no vuelvan!

Fauces Amarillas vio a los mininos domésticos trepando frenéticamente por la cerca y desapareciendo por el otro lado. Ninguno de ellos parecía gravemente herido, y al mirar a sus compañeros de Clan, Fauces Amarillas se dio cuenta de que tampoco estaban gravemente heridos.

—¡Gracias, Clan Estelar! —respiró.

Se sentía tan temblorosa que sus patas apenas la podían sostener, y una de sus patas le dolía tanto que apenas podía ponerla en el suelo, aunque no recordaba cuándo se había lastimado. Vio a Manto Mellado a una cola de distancia, y esta vez se las arregló para encontrar su mirada.

—Colorada casi nos delata —maulló—. ¡Estuvo tan cerca!

—Demasiado cerca —gruñó Manto Mellado. Sin decir más, dio media vuelta y echó a andar en dirección al campamento.

Fauces Amarillas trató de seguirlo, pero su cabeza le dio vueltas por el dolor y se tambaleó.

—¿Qué ocurre? —Salto de Cierva preguntó, estirando su cuello para darle a Fauces Amarillas un olfateo preocupado.

—Yo… estoy bien —tartamudeó Fauces Amarillas, tratando de ocultar su debilidad. El agotamiento la envolvió como una pesada nube negra.

—¿Te pasa algo? —Estrella de Cedro se acercó a Fauces Amarillas, con preocupación en sus ojos—. Fauces Amarillas, ¿estás herida?

—No sé…

Salto de Cierva olfateó a Fauces Amarillas por todas partes y retrocedió con el ceño fruncido.

—Solo un rasguño o dos… debe haber algo mal que no podemos ver. Vamos, Fauces Amarillas, apóyate en mi hombro. Te llevaremos de regreso al campamento y dejaremos que Bigotes de Salvia te eche un vistazo.

Fauces Amarillas y Salto de Cierva fueron las últimas gatas que lucharon por regresar al campamento. El cielo palidecía y las estrellas se desvanecían. Cuando Fauces Amarillas y su antigua mentora salieron del túnel, el resto del Clan se reunió alrededor de las patrullas que regresaron en un grupo emocionado.

—Y luego le corté la oreja de esta forma —estaba maullando Bigotes de Nuez —. ¡Deberían haberlo oído chillar!

Pasando por el borde del grupo, Fauces Amarillas cojeó hasta la guarida de Bigotes de Salvia, agradecida por el hombro de Salto de Cierva sosteniéndola. Se deslizó entre las rocas que formaban la entrada a la guarida y se hundió en el musgo del interior.

Bigotes de Salvia levantó la mirada de contar semillas de adormidera.

—¿Fauces Amarillas? ¿Resultaste herida en la batalla?

—No estoy segura —maulló Salto de Cierva—. No la vi recibir ningún golpe particularmente fuerte, y no puedo encontrar ninguna herida en ella, pero está exhausta y apenas puede caminar. Algo no está bien.

—Hmm… —Bigotes de Salvia miró de Salto de Cierva a Fauces Amarillas y viceversa—. Está bien, Salto de Cierva, puedes dejarla conmigo. Le haré una revisión completa.

Fauces Amarillas miró nerviosamente cuando Bigotes de Salvia se acercó a ella. La curandera no le hizo ninguna pregunta, solo la olió por todas partes, separando su pelaje aquí y allá con suaves zarpas. Finalmente se sentó al lado de ella y envolvió su cola cuidadosamente alrededor de sus patas delanteras.

—Apenas tienes un rasguño, pero ya lo sabes, ¿no es así?

Fauces Amarillas la miró, desconcertada.

—¡Debo estar herida! Me duele todo.

Bigotes de Salvia se detuvo un momento antes de responder.

—¿Qué parte te duele más?

—Esta pata. —Fauces Amarillas estiró una pata delantera—. Apenas puedo apoyarle peso.

—¿Algún otro gato se lastimó la pata?

Fauces Amarillas trató de recordar el caos de la batalla.

—Bueno, Colorada… Quiero decir, a uno de los mininos caseros se le atascó la pata debajo de una raíz. Pero eso no tuvo nada que ver conmigo.

Bigotes de Salvia no hizo ningún comentario.

—¿Y cuál es el siguiente peor dolor?

—Mi oreja. —Fauces Amarillas la movió, haciendo una mueca—. Se siente como si un gato me la hubieran arrancado.

—No, todavía está allí, bastante intacta —le aseguró la curandera—. ¿Viste algún gato con una oreja dañada?

Fauces Amarillas asintió, recordando la pelea de Baya de Serbal con Guijarro y la sangre que le corría la cara.

—¿Y con una lesión en el flanco? —Bigotes de Salvia insistió.

—¿Cómo puedo saberlo? —respondió Fauces Amarillas, irritada porque las preguntas de Bigotes de Salvia comenzaban a hacerla sentir incómoda—. Estaba *en* la batalla, ¿sabes? No estaba mirando desde lo alto de un árbol. —Cuando Bigotes de Salvia no respondió, agregó con incertidumbre—: Tal vez Estrella de Cedro… se cayó contra el tocón de un árbol.

—Tendré que verlo por eso —maulló Bigotes de Salvia.

—Pero, ¿qué hay de mí? —Fauces Amarillas protestó—. ¿No vas a tratar mis heridas?

Bigotes de Salvia la miró con sus tranquilos ojos azules.

—Ya te lo dije, Fauces Amarillas, apenas tienes un rasguño. Luchaste bien y escapaste sin heridas. Lo que sientes son las heridas de los otros gatos.

—¿Qué quieres decir? —la guerrera maulló temblorosamente—. ¿Cómo puede suceder eso?

—No lo sé —admitió Bigotes de Salvia—. Sin embargo, esta no es la primera vez, ¿verdad?

Fauces Amarillas recordó las veces que había sentido dolor. «*Cuando luché contra ese enorme gato del Clan del Viento, sentí que estaba gravemente herida, pero no lo estaba. Y también está el dolor que sentí cuando Flama Plateada estaba muriendo… y el momento en que me dolía el estómago cuando Pequeño Nuez comió carroña. Gran Clan Estelar, ¿ha estado sucediendo esto desde que era una* cachorra*?*»

—Supongo que no —maulló Fauces Amarillas en voz baja—. Pero… ¿no todos los gatos sienten lo mismo? ¡No es difícil ver una herida e imaginar cómo se siente!

—Esta no es tu imaginación —Bigotes de Salvia le dijo—. El Clan Estelar debe haberte dado estas sensaciones por una razón, y tenemos que averiguar cuál es.

—¡No! —Fauces Amarillas se obligó a ponerse de pie, ignorando los músculos adoloridos que chillaban en protesta—. ¡No quiero ser diferente! ¡Solo quiero ser una guerrera!



10

Fauces Amarillas salió furiosa de la guarida de curandería en un torbellino de furia y terror, pasando junto a Baya de Serbal, quien la estaba esperando.

—¿Qué pasa? —Baya de Serbal llamó, trotando tras ella—. ¿Estás bien?

Fauces Amarillas avanzó sin responder. Aún le dolía la pata, pero hizo todo lo posible por ignorarla. No quería hablar con ningún gato, ni siquiera con su hermana. Se dirigía a la guarida de los guerreros, pero antes de cubrir siquiera la mitad de la distancia, Flor Radiante saltó hacia ella.

—¡Pequeñita! —su madre jadeó—. ¿Estás gravemente herida? Escuché que luchaste muy valientemente.

—Bigotes de Salvia lo arregló todo —murmuró Fauces Amarillas, sin interrumpir su paso.

Flor Radiante siguió su paso.

—Necesitas descansar —se preocupó—. Colmillo de Piedra no esperará que salgas de patrulla hasta que estés completamente curada.

—Estoy bien, ¿de acuerdo? —Fauces Amarillas espetó, fingiendo no ver la mirada de asombro en los ojos de su madre.

—¡Oye, Fauces Amarillas! —Ojo Rayado la interceptó mientras se apresuraba—. Escuché que estabas herida. ¿Cómo estás?

—Bien.

De repente, el claro parecía estar lleno de gatos, todos se abalanzaban sobre ella y le hacían preguntas estúpidas sobre sus heridas. «*¿No ven que estoy bien?*»

—Déjenme en paz, ¿quieren? —le gruñó a Zarpa de Raposa y Zarpa de Lobo mientras se acercaban corriendo, ansiosos por escuchar sobre la batalla. Se apartó de la guarida de los guerreros y cruzó corriendo el claro hacia la entrada.

—¡Bola de pelos engreída! —Zarpa de Raposa le gritó.

Fauces Amarillas se zambulló por el hueco y se dirigió hacia las sombras bajo los árboles. Su mente todavía estaba dando vueltas, pero estaba agradecida por la calma y la tranquilidad del bosque. Un momento después escuchó el sonido de pasos y percibió un olor familiar: Baya de Serbal la había seguido.

—¿Qué quieres? —Fauces Amarillas gruñó.

—Estoy preocupada por ti —respondió su hermana, parpadeando ante Fauces Amarillas con preocupación—. No te ves muy herida, pero puedo ver que algo anda mal.

Por un momento Fauces Amarillas sintió la necesidad de contarle a Baya de Serbal las locuras que le había dicho Bigotes de Salvia, todas las tonterías de poder sentir las heridas de otros gatos. Pero tan pronto como abrió las mandíbulas para hablar, otro dolor agudo atravesó su pata. Con una sensación de hundimiento en el estómago, miró a Baya de Serbal y vio que una de sus garras estaba doblada hacia atrás.

—¿Qué le pasa a tu pata? —preguntó, forzando las palabras—. ¿Te lastimaron en la batalla?

Baya de Serbal asintió.

—Me duele un poco —admitió.

Fauces Amarillas sabía que nunca podría decirle a su hermana la verdad sobre lo que estaba sintiendo. La punzada de dolor le había mostrado que Bigotes de Salvia tenía razón. «*Si le digo a Baya de Serbal*, *pensará que soy rara*. *Lo cambiaría todo.*»

—Ve a ver a Bigotes de Salvia —le dijo a su hermana—. No te preocupes por mí. Estaré bien por mi cuenta por un tiempo.

Baya de Serbal vaciló por un latido, luego tocó con su nariz brevemente la oreja de Fauces Amarillas y corrió hacia el campamento.

Fauces Amarillas la miró hasta que ya no la pudo ver. «*Puedo hacer frente a estas sensaciones* —se dijo a sí misma—. *No me impedirán ser una gran guerrera.*» Con la cabeza en alto, comenzó a caminar entre los árboles. «*Esto no cambia nada.*»

Fauces Amarillas acechaba a lo largo del borde de las ciénegas, disfrutando del calor de la luz del sol en su pelaje y el sabor del campañol regordete que llevaba en sus mandíbulas. Habían pasado tres amaneceres desde la batalla y el dolor en su cuerpo se había desvanecido.

—Hemos cazado bien hoy —murmuró a Bigotes de Nuez con la presa en su boca.

Bigotes de Nuez, quien estaba arrastrando una ardilla, se detuvo un momento y dejó que su presa cayera al suelo.

—Lo haríamos incluso mejor si no estuviéramos atrapados aquí en las ciénegas —comentó—. No puedo creer que un tejón se atreviese a entrar en nuestro territorio.

Tormenta de Plumas, que lideraba la patrulla de caza, captó lo que dijo Bigotes de Nuez y puso los ojos en blanco.

—Sabes muy bien que siempre hemos tenido problemas con los tejones —maulló—. De todos modos, no será un problema durante mucho tiempo, ahora que Estrella de Cedro ha ordenado patrullas adicionales para estar atentos.

Ala de Ventisca, que se acercó con Zarpa de Raposa justo detrás de él, asintió.

—Pronto nos desharemos de él. Y luego podremos volver a cazar por todo el territorio.

—No tengo miedo de los tejones —declaró Zarpa de Raposa, dejando caer el estornino que llevaba—. ¡Le daría un buen golpe en la nariz si se atreviera a perseguirme!

La cabeza de Ala de Ventisca giró y miró a su aprendiza con una mirada gélida.

—Si no tienes miedo de los tejones, entonces eres una cerebro de ratón —le dijo a Zarpa de Raposa—. Son los animales más feroces del bosque, mucho peores que los zorros. Si uno te persigue, huye lo más lejos y rápido que puedas. Ahora recoge tu carne fresca y sigamos adelante.

Zarpa de Raposa obedeció, frunciendo el ceño. Fauces Amarillas intercambió una mirada con Bigotes de Nuez antes de seguir a la parte trasera de la patrulla. «*Zarpa de Raposa se piensa que es tan genial. ¡Se necesitará más que una pequeña aprendiza arrogante para lidiar con este tejón!*»

Cuando la patrulla regresó al campamento, Fauces Amarillas estaba organizando las nuevas presas en el montón de carne fresca cuando escuchó una conmoción repentina en la entrada del campamento: voces de gatos elevadas por la conmoción y la ira, y el trote de patas en el suelo duro. «*¿Es el tejón?*», se preguntó Fauces Amarillas, su corazón latía con fuerza. Se dio la vuelta para ver a Brinco de Sapo y Ortiga Manchada escoltando a dos gatos extraños al campamento. Un momento después se dio cuenta de que no eran extraños en absoluto, no para ella. «*¡Colorada y Guijarro! ¿Qué hacen aquí?*»

Estrella de Cedro emergió de su guarida debajo del roble y se paseó por el campamento.

—¿Que quieren estos dos?

—Los encontramos en nuestro territorio —Ortiga Manchada le explicó—. No nos dirán por qué estaban allí.

—¿Estaban espiando? —exigió Estrella de Cedro, fijando una mirada sospechosa en los dos recién llegados.

—¡Arránquenles la piel! —Cola de Rana gritó entre la multitud.

—Sí —asintió Garra de Barro—. No tienen nada que hacer aquí.

Murmullos hostiles se elevaron desde los rincones del campamento. Echando un vistazo alrededor, Fauces Amarillas vio a Manto Mellado agachado como si estuviera listo para abalanzarse sobre los gatos del Poblado de los Dos Patas. Un gruñido salió de su garganta.

—¿Bien? —preguntó Estrella de Cedro—. ¿Por qué han venido aquí?

Colorada avanzó un paso con la cabeza en alto. Fauces Amarillas no pudo evitar admirar su coraje. Parecía apenas lo suficientemente mayor para ser aprendiza, pero sostuvo la mirada de Estrella de Cedro con calma.

—Mi nombre es Colorada, y este es Guijarro —anunció—. Queremos unirnos a su Clan.

El murmullo desafiante se transformó en murmullos de incredulidad.

—¡Sí, claro! —Bigotes de Nuez habló al oído de Fauces Amarillas—. ¡Como si fuésemos a tragarnos eso!

Guijarro dio un paso adelante para pararse al lado de su amiga.

—Realmente lo queremos —insistió—. Queremos cazar y luchar como ustedes.

—¿Por qué? —Colmillo de Piedra los desafió, saliendo de la multitud para unirse a Estrella de Cedro—. Pertenecen al Poblado de los Dos Patas. Deberían volver.

—¡Y quedarse ahí! —gritó Hoja Ámbar.

—No me creo una sola palabra de esto —intervino Ala de Ventisca—. ¡Debe ser un truco!

Estrella de Cedro miró a los intrusos.

—Díganme por qué desean unirse al Clan de la Sombra —maulló.

—¡Es genial aquí en el bosque! —Guijarro estalló con entusiasmo—. Atrapan a sus propias presas y…

Colorada le dio un fuerte empujón.

—¡Cállate, cerebro de pulgas! Eso no es lo más importante. —Dirigiéndose a Estrella de Cedro con una respetuosa inclinación de cabeza, continuó—: Nos impresionaron cuando pelearon con nosotros. Nos mostraron fuerza y habilidad, pero también nos mostraron misericordia.

—Es cierto —agregó Guijarro—. Podrían habernos matado, pero eligieron no hacerlo. Si eso es lo que significa vivir según su código guerrero, eso y el hecho de que se alimenten y encuentren su propio refugio, entonces queremos ser parte de ello.

El silencio saludó las serias palabras de los gatos jóvenes, seguido de un parloteo de comentarios.

—¡Están mintiendo!

—Tal vez no. Quizá…

Estrella de Cedro levantó la cola pidiendo silencio.

—Será una lucha larga y dura ganar la aceptación aquí en el Clan —le advirtió a los recién llegados—. Las mascotas nunca han sido bienvenidas en el bosque.

—¡No somos mascotas! —replicó Colorada, el pelo de su cuello se esponjó con indignación—. Nuestras madres atrapaban sus propias presas en las calles del Poblado de los Dos Patas. ¡Nunca viviríamos con amos!

—¡No pueden probarlo! —se burló Ráfaga Abrasadora.

Pero Estrella de Cedro parecía pensativo.

—Muy bien —comenzó lentamente—. Un Clan sería estúpido si rechazara la perspectiva de nuevos guerreros, especialmente cuando los tiempos son difíciles. Más patas para atrapar presas siempre será una adición valiosa. Pueden quedarse aquí por una luna. Si demuestran su lealtad durante ese tiempo, consideraré hacerles parte del Clan de la Sombra.

—No te arrepentirás —Colorada maulló.

—Espero que no —respondió Estrella de Cedro. Moviendo la cola para llamar a Patas de Helecho, continuó—: Muéstrales la guarida de los aprendices y enséñales cómo hacer sus lechos.

Mientras Patas de Helecho se llevaba a los proscritos, Fauces Amarillas vio a Zarpa de Raposa mirando con una expresión de disgusto.

—¡Qué asco! —exclamó a Zarpa de Lobo—. No quiero que se acuesten con nosotros. Apuesto a que están llenos de pulgas.

—No te preocupes —su hermano le respondió—. Nos aseguraremos de que obtengan los peores trabajos, como revisar a los veteranos en busca de garrapatas.

Estrella de Cedro se volvió para volver a su propia guarida, pero Colmillo de Piedra se interpuso en su camino.

—¿Estás loco? —siseó—. Estos gatos son nuestros enemigos. ¡Deben ser espías!

—No hay pruebas de eso —respondió Estrella de Cedro con calma.

Colmillo de Piedra resopló.

—¿Recuerdas cuando pensamos que Tormenta de Plumas podría haber estado visitando el Poblado de los Dos Patas por la noche? —Bajó la voz, pero Fauces Amarillas aún podía captar sus palabras—. ¿Quieres más problemas como ese? No podemos tener a nuestros gatos enredados con…

—Y no podemos permitirnos rechazar a fuertes gatos jóvenes que podrían estar diciendo la verdad —Estrella de Cedro lo interrumpió con un brusco movimiento de la cola—. ¿Quieres que vayan a otro Clan y aprendan a luchar contra nosotros? No, les daremos la oportunidad de…

Cuando los guerreros se alejaron, Fauces Amarillas no pudo oír más. Miró a su alrededor en busca de Manto Mellado, pero había desaparecido. En cambio, Bigotes de Nuez se giró hacia ella, con el pelaje erizado.

—¡Gatos del Poblado hechos aprendices! —exclamó—. ¡Estrella de Cedro debe tener cerebro de ratón!

Para su sorpresa, Fauces Amarillas se sintió a la defensiva en nombre de Colorada y Guijarro.

—Deberíamos darles una oportunidad —maulló—. Son gatos, igual que nosotros. Y no son mininos domésticos, lo que hace la diferencia, ¿verdad?

—Todavía son… —comenzó Bigotes de Nuez, pero se interrumpió cuando Ojo Rayado lo llamó por su nombre desde el otro lado del claro.

—Lideraré una patrulla de caza. ¿Quieres venir? —le preguntó el guerrero mayor.

—¡Por supuesto! —Bigotes de Nuez echó a correr.

Fauces Amarillas miró a Manto Mellado, que estaba esperando para unirse a la patrulla de Ojo Rayado. «*Ojalá supiera lo que está pensando*» En ese momento Manto Mellado notó que ella lo estaba mirando. Por un latido, su mirada se cruzó con la de ella; luego se giró con el ceño fruncido.

«*¡Molesta bola de pelos!* —Fauces Amarillas pensó con un destello de frustración—. *¿Cuándo dejará de tratarme como a una enemiga? ¡Debería saber que nunca revelaría su secreto!*»

Fauces Amarillas había estado en el arenero y regresó al campamento cuando caía el ocaso. Al salir del túnel, vio a Colorada y Guijarro compartiendo un campañol a unas cuantas colas de distancia. Ella vaciló, sin saber si acercarse a ellos o no. Antes de que pudiera decidir, Colorada levantó la mirada, luego miró a Guijarro y lideró el camino hacia Fauces Amarillas.

—Eres la gata que vino a ver a Hal, ¿no es así? —Guijarro maulló—. ¿Con ese gato de allí?

Señaló con la cola hacia Manto Mellado, que estaba sentado con su hermano cerca del montón de carne fresca.

Fauces Amarillas se sintió caliente por todas partes.

—Sí —admitió.

—Supongo que no se suponía que debían estar con gatos del Poblado de los Dos Patas. —La voz de Colorada era sorprendentemente comprensiva—. Ustedes tienen muchas reglas sobre a dónde se supone que deben ir.

—Sí. —Fauces Amarillas estaba agradecida por la comprensión de la joven gata —. Así que si no les importa…

—No se preocupen, su secreto está a salvo con nosotros —maulló alegremente Colorada—. ¡Quién sabe, es posible que nosotros queramos tener algunas aventuras nocturnas por nuestra cuenta, una vez que hayamos aprendido nuestro camino!

Por un instante, Fauces Amarillas sintió un destello de sospecha, pero lo aplastó. Supuso que la mayoría de los gatos de Clan habían sentido lo mismo cuando eran jóvenes. «*Menos mal que no nos oyeron hablar con Hal* —pensó Fauces Amarillas—. *Son demasiado jóvenes para haber nacido cuando Tormenta de Plumas estaba visitando el Poblado de los Dos Patas, lo que significa que no tienen idea de que Hal podría ser el padre de Manto Mellado*»

Fauces Amarillas trotó hasta el montón de carne fresca y eligió un ratón para ella. Notó que Manto Mellado estaba lanzando miradas preocupadas hacia Colorada y Guijarro, con sus garras flexionadas nerviosamente. «*Debería decirle que no dirán nada sobre la vez que fuimos al Poblado de los Dos Patas.*» Luego dejó escapar un bufido irritable. «*¡Que sufra! Si no quiere hablar conmigo, no veo por qué debería hacerle la vida más fácil.*»

A la mañana siguiente, Fauces Amarillas se despertó con el sonido de la voz de Estrella de Cedro resonando en todo el campamento.

—¡Que todos los gatos lo bastante mayores para cazar sus propias presas acudan aquí, bajo la Roca del Clan, para una reunión de Clan!

Fauces Amarillas asomó la cabeza fuera de la guarida de los guerreros. Había llovido durante la noche, pero ahora la luz del sol brillaba sobre los charcos poco profundos en el suelo del claro y las gotitas atrapadas entre las ramas de las guaridas. La patrulla del alba, dirigida por Vuelo de Pinzón, acababa de regresar.

Estrella de Cedro estaba en lo alto de la roca, mirando al Clan reunirse debajo de él. Bigotes de Salvia estaba sentada en la entrada de su guarida, con Flor Radiante, Fauces de Lagarto y Ave Pequeña a su lado. Zarpa de Raposa y Zarpa de Lobo se apresuraron a salir de la guarida de los aprendices y se abrieron paso entre la multitud reunida para encontrar lugares al frente. Colorada y Guijarro los siguieron más lentamente. Intercambiaron una mirada ansiosa y se sentaron cerca de las zarzas que rodeaban el claro.

Bigotes de Nuez y Corazón de Cenizas rozaron a Fauces Amarillas al salir de la guarida.

—¡Vamos! —la instó Bigotes de Nuez—. ¿No quieres saber qué está pasando?

Fauces Amarillas los siguió. Al ver a Baya de Serbal sentada cerca de la base de la roca, saltó para unirse a ella.

—¿De qué se trata todo esto? —preguntó.

Baya de Serbal se lamió una pata y se la pasó por la oreja.

—Ni idea —maulló.

A estas alturas, la mayor parte del Clan estaba sentado alrededor de la roca. Vuelo de Pinzón y el resto de la patrulla del amanecer, incluido Manto Mellado, advirtió Fauces Amarillas, fueron los últimos en llegar. Cuando se calmaron, Estrella de Cedro habló.

—Ayer, dos proscritos del Poblado de los Dos Patas vinieron aquí y pidieron unirse a nuestro Clan. Hoy comenzarán su formación como aprendices. Colorada, Guijarro, vengan aquí.

Un murmullo de sorpresa y hostilidad mezclado se elevó de los gatos reunidos cuando Colorada y Guijarro se pararon de un salto. Por un momento dudaron; Colorada trató de arreglar rápidamente sus hombros.

—¿Qué pasó con esperar una luna para que demuestren su lealtad? —murmuró Baya de Serbal.

Fauces Amarillas se encogió de hombros.

—Supongo que tienen que empezar a entrenar de inmediato —maulló ella—. ¿Y cómo pueden hacer eso sin un mentor?

—Vengan —repitió Estrella de Cedro, haciéndoles señas con la cola.

Guijarro y Colorada se abrieron paso entre los gatos, que retrocedieron para dejarles un espacio vacío al pie de la Roca del Clan. Se detuvieron cerca de Fauces Amarillas; aunque mantenían la cabeza y la cola en alto, podía ver que ambos estaban nerviosos.

—¿Que pasa ahora? —Colorada siseó por el costado de sus mandíbulas.

—Estarán bien —la tranquilizó Fauces Amarillas suavemente—. Solo escuchen a Estrella de Cedro.

—Colorada —comenzó Estrella de Cedro—, has dejado tu hogar en el Poblado de los Dos Patas y has manifestado tu deseo de convertirte en miembro del Clan de la Sombra. A partir de este momento, serás conocida como Zarpa Bermeja. —Su mirada viajó alrededor de los gatos hasta que se posó en Tormenta de Plumas—. Tormenta de Plumas —continuó—, eres una hábil gata de Clan con un excelente conocimiento del código guerrero. Sé que le transmitirás este conocimiento a tu aprendiza.

Fauces Amarillas contuvo una exclamación de sorpresa. «*¡Estrella de Cedro sabe que Tormenta de Plumas solía salir con los gatos del Poblado de los Dos Patas! Zarpa Bermeja y Guijarro quizá sean demasiado jóvenes para recordar haberla visto allí, pero ¿y si se enteran de ella por los mininos domésticos?*»

Tormenta de Plumas, quien parecía menos que complacida, se dirigió al frente y se quedó esperando.

—Ella es tu mentora —Fauces Amarillas susurró a Zarpa Bermeja—. Ve y toca narices con ella.

Con una mirada de agradecimiento, Zarpa Bermeja obedeció y se paró al lado de Tormenta de Plumas mientras Estrella de Cedro continuaba.

—Guijarro, tú también has pedido un lugar en el Clan de la Sombra. A partir de este momento serás conocido como…

—Espera —maulló Guijarro.

Fauces Amarillas jadeó. Ningún gato interrumpía al líder del Clan, especialmente cuando hablaba desde la Roca del Clan.

—¡Será carroña! —murmuró Baya de Serbal.

Estrella de Cedro dio un azote con la cola.

—¿Qué pasa?

—Me gusta mi nombre —Guijarro anunció, obviamente sin saber que había hecho algo inusual—. ¿Puedo conservarlo?

El líder del Clan hizo una pausa durante un par de latidos. Finalmente, para sorpresa de Fauces Amarillas, asintió.

—Muy bien. A partir de este momento, serás conocido como Guijarro. Ratón Alado, serás el mentor de este nuevo aprendiz. Confío en que le enseñarás las habilidades que necesita y el comportamiento que se espera de un gato de Clan.

El gato negro de grueso pelaje le lanzó a su aprendiz una pesada mirada de desaprobación.

—Puedes estar seguro de eso —le dijo a Estrella de Cedro.

Guijarro se acercó a Ratón Alado y le tocó la nariz.

—¡Nunca escuche tal cosa! —Fauces de Lagarto refunfuñó—. ¿Aprendices eligiendo sus propios nombres? ¿A qué se dirige el Clan?

Ave Pequeña respondió demasiado bajo para que Fauces Amarillas escuchara, aunque parecía más comprensiva. Pero la guerrera gris supuso que la mayoría del Clan estaría de acuerdo con Fauces de Lagarto.

—Estrella de Cedro, ¿te has vuelto loco? —exigió Colmillo de Piedra cuando el líder saltó de la Roca del Clan—. Ya es bastante malo dar la bienvenida a proscritos al Clan, pero dejarlo conservar su nombre…

El líder del Clan suspiró.

—Tienes que reconocer cuándo vale la pena pelear una batalla —le maulló con un toque de cansancio.

Colmillo de Piedra resopló.

Cuando el Clan comenzó a salir del claro, Fauces Amarillas vio a Manto Mellado dirigiéndose en su dirección. Avanzó un paso, esperando que él finalmente le hablara. Pero el gato atigrado pasó junto a ella como si ni siquiera supiera que estaba allí.

—Como tú quieras —murmuró, mirándolo.

Dejó escapar un pequeño suspiro aplastado. «*¿Ganar su confianza es una batalla que vale la pena pelear? ¿Vale Manto Mellado toda esta preocupación?*»



11

—¡Mira detrás de ti, Fauces Amarillas! —El aullido de Patas de Helecho sonó claramente en toda la zona de entrenamiento—. ¡Estás luchando contra dos enemigos, recuérdalo!

Fauces Amarillas giró, esquivando el golpe que Guijarro le estaba apuntando, y en el mismo movimiento se estrelló contra su costado, tratando de derribarlo. Pero Guijarro escapó fuera de su alcance, y luego Fauces Amarillas tuvo que volverse a dar la vuelta y saltar cuando Zarpa Bermeja cargó contra ella. «*Gira y araña... salta... gira de nuevo... ¡te tengo, Zarpa Bermeja...! Agáchate... salta hacia atrás... Genial. Por el Clan Estelar, ¡estos proscritos son buenos!*»

Habían pasado varios amaneceres desde que Zarpa Bermeja y Guijarro habían llegado al Clan de la Sombra. Patas de Helecho había llevado a todos los aprendices a una sesión de entrenamiento; Fauces Amarillas y Baya de Serbal habían ido a la práctica.

—Estrella de Cedro tiene razón cuando dice que todo guerrero necesita mantener afiladas sus habilidades de batalla —había comentado Baya de Serbal mientras seguían a su padre al claro—. Y les mostraremos a estos proscritos lo que significa ser un guerrero del Clan de la Sombra.

Pero tan pronto como Fauces Amarillas comenzó el ejercicio de entrenamiento, enfrentándose a Zarpa Bermeja y Guijarro a la vez para perfeccionar sus habilidades de batalla cuando la superaban en número, se dio cuenta de que practicar con ellos era más difícil de lo que esperaba. Aunque los dos proscritos tenían solo una escasa idea de los movimientos de batalla del Clan, ambos eran fuertes y musculosos, y se lanzaron con determinación a la lucha.

Fauces Amarillas sintió como si cada músculo de su cuerpo estuviera recibiendo una paliza. «*Tengo que hacer esto bien*», pensó, consciente de que su hermana y los dos aprendices más jóvenes estaban mirando desde el borde del claro.

Fauces Amarillas estaba intentando el movimiento que había funcionado tan bien en la batalla junto a la cerca de Dos Patas, alzándose sobre sus patas traseras y golpeando a Zarpa Bermeja alrededor de la cabeza con sus patas delanteras. Pero la aprendiza saltó hacia atrás, y antes de que Fauces Amarillas pudiera seguirla, Guijarro se estrelló contra sus patas traseras y la tiró al suelo. Él saltó sobre ella con su rostro a un ratón de distancia del de ella, sus ojos brillaban.

—¿Gané? —preguntó con aire de suficiencia.

—Lo hiciste —respondió Patas de Helecho—. Muy bien, Guijarro, y tú, Zarpa Bermeja. Le diré a sus mentores que pelearon bien.

Fauces Amarillas se puso de pie, sintiéndose magullada e indignado. No ayudó cuando escuchó a Zarpa de Raposa exclamar en voz alta:

—¡Torpe bola de pelo! Ni siquiera pudo mantener el equilibrio.

—Ese movimiento necesita trabajo —Patas de Helecho coincidió con más tacto, mientras su hija fulminaba con la mirada al aprendiz—. Inténtalo de nuevo, Fauces Amarillas, y esta vez no olvides lo que podría estar acechándote detrás.

—Está bien —gruñó ella.

Frente a Zarpa Bermeja de nuevo, se irguió, asegurándose de clavar sus patas traseras firmemente en el suelo blando. Dio un par de golpes en las orejas de Zarpa Bermeja, con las garras envainadas, luego se giró y se dejó caer limpiamente sobre Guijarro mientras él se lanzaba hacia ella.

—Me parece que gané —maulló mientras él se retorcía impotente debajo de ella.

—Mucho mejor —ronroneó Patas de Helecho—. Ahora puedes descansar, Fauces Amarillas, y veremos cómo se las arreglan Zarpa de Lobo y Zarpa de Raposa.

Jadeando, Fauces Amarillas se retiró al borde del claro y se dejó caer sobre el musgo junto a Baya de Serbal.

—Sabes —Baya de Serbal murmuró—, Zarpa Bermeja y Guijarro son mucho mejores en esto de lo que esperaba. ¡Quizá no llevaban vidas tan suaves después de todo!

«*¡Vidas suaves!*» Fauces Amarillas abrió las mandíbulas para decirle a su hermana lo grandes y aterradores que eran algunos de los gatos en el Poblado de los Dos Patas, luego se dio cuenta de que no podía decir nada sin delatarse.

—Serán buenos luchadores cuando estén entrenados —coincidió.

Disfrutando del respiro, vio cómo Patas de Helecho llevaba a Zarpa de Raposa y Zarpa de Lobo a través de los mismos movimientos de batalla, y luego les dejaba practicar con Guijarro y Zarpa Bermeja. No pudo evitar un ronroneo de satisfacción cuando Zarpa Bermeja aterrizó encima de Zarpa de Raposa y la dejó sin aliento.

—¿Quién no puede equilibrarse ahora? —le susurró a Baya de Serbal.

Mientras Zarpa de Raposa se sacudía el musgo del pelo, Patas de Helecho llamó a Baya de Serbal al centro del claro. Luego hizo una pausa y miró hacia el sol.

—Ya pasó el mediodía —maulló—. Deben estar hambrientos. Regresemos al campamento por un trozo de carne fresca; luego regresaremos y terminaremos la sesión.

Se dirigió a través de los árboles hacia el campamento. Las zarzas estaban a la vista cuando Fauces Amarillas vio a Manto Mellado escabulléndose. Lanzó una mirada a los gatos que regresaban y luego se desvió en la dirección opuesta.

Al ver su apresurada retirada, Fauces Amarillas sintió una punzada de simpatía. «*Tal vez* debería *decirle que los proscritos no dirán nada sobre nuestra visita al Poblado de los Dos Patas.*»

—Patas de Helecho, necesito hablar con Manto Mellado —le dijo a su padre, inclinando las orejas hacia el lugar donde el gato atigrado había desaparecido entre los helechos.

Patas de Helecho vaciló, como si fuera a insistir en que ella fuera al campamento a comer y luego volviera a la sesión de entrenamiento.

«*He hecho mi contribución* —pensó Fauces Amarillas indignada—. *Y ahora soy guerrera. Puedo tomar mi propia decisión de cuando entrenar.*»

—Es importante —insistió.

Patas de Helecho asintió.

—Está bien, Fauces Amarillas. Nos vemos luego.

Con un asentimiento a sus compañeros de Clan, Fauces Amarillas saltó hacia los pinares tras Manto Mellado. Todo estaba en silencio. Fauces Amarillas podía oír su propia respiración por encima de sus suaves pasos sobre las acículas de pino. La luz del sol se filtraba a través de los árboles, proyectando barras de luz y sombra en el suelo. El afecto por su territorio se apoderó de Fauces Amarillas. «*¡Este es el mejor lugar del bosque! ¡En todo el mundo!*»

Un terrible gruñido procedente de algún lugar más adelante hizo que Fauces Amarillas volviera a la realidad. Por un latido, el horror congeló sus patas. «*¡Eso suena como el tejón!*»

Fauces Amarillas corrió a través de los árboles y se encontró dirigiéndose a un tramo de territorio donde los troncos crecían más espesos, con zarzas debajo para desgarrar su pelaje y maleza enmarañada para bloquear su camino. Rodeando un matorral de avellanos, se detuvo con un grito de sorpresa. Estaba de pie en una pequeña loma, mirando hacia un círculo de espinas donde Manto Mellado estaba agachado. El único hueco, la única vía de escape, estaba bloqueada por un enorme tejón de pelaje andrajoso. Estaba de espaldas a Fauces Amarillas, pero podía oír su feroz gruñido y su hedor la inundó, haciendo que se le humedecieran los ojos.

Manto Mellado arremetía con valentía contra la cabeza y los hombros del tejón, pero el grueso pelaje de la criatura suavizaba sus golpes. Estaba apoyado contra una maraña de zarzas, incapaz de usar su mayor agilidad para esquivar el ataque del tejón. Una tormenta de dolor asaltó a Fauces Amarillas cuando la bestia golpeó a Manto Mellado una y otra vez con garras pesadas y desafiladas. Sus dientes amarillos se cerraron peligrosamente cerca de su cuello.

Tratando de ignorar el escozor en toda su piel, Fauces Amarillas apretó sus músculos para saltar y unirse a la pelea. Entonces notó dos pequeños hocicos que asomaban en medio de las zarzas detrás de Manto Mellado. «*¡Oh, no! ¡Manto Mellado está entre la madre y su guarida!*»

Fauces Amarillas saltó a la lucha, pero en el mismo latido se apoderó de ella un dolor más terrible, como si las garras del tejón estuvieran rastrillando su cuerpo. Aterrizó mal, cayó de lado y luego se obligó a ponerse de pie. «*No estás herida* —se dijo a sí misma—. *Este es el dolor que siente Manto Mellado. Si no lo ayudas, quedará más herido aun.*»

Apretando los dientes, Fauces Amarillas se arrojó sobre la espalda del tejón. La feroz criatura levantó la cabeza, mordiendo y gruñendo, pero sus mandíbulas no pudieron alcanzarla. Fauces Amarillas se aferró, forzando sus garras en el suave pelaje detrás de las orejas de la tejona. Podía oír los chillidos de los cachorros y sintió una punzada momentánea de lástima. «*Esta madre tejona solo intenta proteger a sus cachorros.*» Luego se obligó a calmar la compasión. «*¡Está lastimando a mi compañero de Clan!*»

—¡La alejaré! —jadeó a Manto Mellado—. ¡Entonces corre!

Fauces Amarillas saltó del lomo de la tejona, estremeciéndose cuando el animal giró la cabeza y fijó sus diminutos ojos brillantes en ella. De alguna manera, tenía que alejar a la tejona de Manto Mellado. Cojeó hacia atrás, sin apenas necesidad de fingir estar herida debido a las sensaciones que recorrían su cuerpo. «*¡Vamos, tejona! Sígueme y deja escapar a Manto Mellado.*» Cuando otra ola de agonía se apoderó de ella, Fauces Amarillas tuvo que luchar para mantenerse de pie. «*No estoy herida. No estoy sangrando. Este es el dolor de Manto Mellado. ¡Tengo que luchar contra eso!*»

Con un rugido de furia, la tejona avanzó pesadamente hacia ella, con una enorme pata extendida para golpearla. Fauces Amarillas esperó hasta el último momento, luego se levantó de un salto y arañó el hocico de la criatura. La tejona se tambaleó de lado, dejando un estrecho espacio entre su flanco y las espinas.

—¡Corre, Manto Mellado! —Fauces Amarillas chilló.

Manto Mellado se deslizó por el hueco antes de que la tejona pudiera atraparlo de nuevo. Una vez alejado de las espinas, se volvió y se agachó junto a Fauces Amarillas, listo para ayudarla a luchar. Fauces Amarillas pudo ver que el manto de su compañero de Clan estaba arañado y lleno de sangre, y que brotaba más sangre de las heridas en el hombro y el costado.

—¡Aléjate! —siseó ella.

—¡No puedes luchar sola! —Manto Mellado jadeó.

—¡Solo vete, cerebro de pulga!

Fauces Amarillas se lanzó de nuevo y saltó para arañar a la tejona en un lado del hocico. Al mirar hacia atrás, vio que Manto Mellado se alejaba cojeando, dejando salpicaduras de sangre en la hierba. Gruñendo otro desafío a la tejona, retrocedió lentamente, luego se dio la vuelta y huyó tras su compañero de Clan.

—¿Tienes cerebro de ratón? —preguntó Manto Mellado cuando lo alcanzó—. No tenías que correr un riesgo como ese. Deberías haber ido a buscar más guerreros.

—No había tiempo —Fauces Amarillas le respondió—. ¡Te habrías desangrado hasta morir antes de que yo regresara al campamento! —Cada palabra fue un esfuerzo. El dolor de Manto Mellado la inundaba con tanta fuerza que apenas tenía fuerzas para poner una pata delante de la otra.

—¿Estás bien? —La ira del guerrero atigrado dio paso a la preocupación—. ¿Estás herida?

—Estoy bien… —jadeó Fauces Amarillas—. Tú eres el que necesita ayuda. Aquí, apóyate en mi hombro.

«*¡Y, Clan Estelar, que la tejona no nos persiga!*»

Parecieron pasar lunas enteras antes de que se viera la entrada al campamento. Fauces Amarillas empujó a Manto Mellado a las zarzas y se tambaleó tras él. El campamento estaba en silencio; Fauces Amarillas supuso que la mayoría de los gatos estaban patrullando o entrenando.

Tormenta de Plumas estaba sentada cerca de la guarida de los guerreros con Flor Radiante. Ella levantó la mirada cuando su hijo y Fauces Amarillas entraron al campamento. Al instante, se levantó de un saltó y corrió a través del claro hacia el lado de Manto Mellado.

—¡Manto Mellado! —chilló ella—. ¿Qué pasó?

Tan pronto como llegó al claro, Manto Mellado se derrumbó de costado, con el pecho agitado.

—¡Tejona! —jadeó.

Flor Radiante corrió hacia la guarida de la curandera, llamando a Bigotes de Salvia, quien corrió para examinar a Manto Mellado. La curandera lo olfateó rápidamente y luego miró a Fauces Amarillas.

—Creo que tenemos que hablar. Espérame en mi guarida mientras trato a Manto Mellado.

Las palabras se amontonaron en la mente de Fauces Amarillas, en protesta o negación de que tenían algo que decirse, pero ella las dejó todas sin decir. Asintiendo, cruzó el claro y se deslizó entre las rocas hasta la guarida de Bigotes de Salvia.



12

Fauces Amarillas se hundió en el suelo de tierra desnuda de la guarida de la curandera, acurrucándose en una bola apretada contra el dolor en su manto. Era vagamente consciente de que Bigotes de Salvia regresaba, recogía algo de su almacén de hierbas y se iba de nuevo. Gradualmente, la agonía en los músculos de Fauces Amarillas comenzó a disminuir y se permitió relajarse. «*¡Quiero volver a mi guarida y dormir una luna!*»

Luchaba por mantenerse despierta cuando Bigotes de Salvia reapareció y se sentó, tratando de parecer alerta.

—Manto Mellado está descansando —maulló la curandera—. Le di un poco de semilla de adormidera.

Fauces Amarillas asintió.

—Bien.

Por un momento Bigotes de Salvia no dijo nada, simplemente se acercó a su almacén de hierbas y comenzó a ordenarlo. Luego miró por encima del hombro a Fauces Amarillas.

—¿Qué vas a hacer ahora? —instó.

Fauces Amarillas no entendió la pregunta.

—¿Te refieres a justo ahora? Dormir.

Bigotes de Salvia sacudió levemente la cabeza.

—En el futuro.

—Ser una guerrera, por supuesto.

—¿Qué hay de este dolor que sientes por los demás? —le preguntó la curandera.

—¿Hay algún tipo de hierba que puedas darme para que se me quite?—Fauces Amarillas maulló esperanzada.

Bigotes de Salvia negó con la cabeza.

—No hay nada malo contigo, Fauces Amarillas. Nada que necesite curarse. —Terminó de palpar las hojas de helecho que cubrían el almacén de hierbas antes de llegar a sentarse junto a Fauces Amarillas. Mirándola a los ojos, continuó—: Tienes una gran habilidad, una que puede usarse para ayudar a tus compañeros de Clan.

Fauces Amarillas negó con la cabeza.

—No veo cómo.

—Puedes saber muy rápido cuándo están heridos —respondió Bigotes de Salvia. —O dónde está su dolor cuando están enfermos—.

—¡Tú también puedes, porque los gatos te lo dicen! —Fauces Amarillas señaló. Luchando por mantener la calma, agregó—: No quiero sentirme así. Se interpone en mi camino de ser una guerrera.

Bigotes de Salvia no dijo nada durante tanto tiempo que Fauces Amarillas se preocupó. Finalmente ella habló.

—Tal vez ser una guerrera no es tu mejor utilidad en el Clan de la Sombra —maulló en voz baja—. Tal vez deberías ser una curandera.

Fauces Amarillas se levantó de un salto.

—¡No seas ridícula! ¡Soy un guerrera! —Cuando Bigotes de Salvia se encontró con su mirada con ojos amplios y serios, continuó—: No puedo evitar sentir lo que siento cuando otros gatos están heridos. No quiero, y si pudiera deshacerme de ello, lo haría. ¡Se supone que debes ayudarme!

Bigotes de Salvia suspiró.

—Fauces Amarillas, eso es lo único que quiero hacer.

De repente, Fauces Amarillas ya no quería hablar más con Bigotes de Salvia. «*¡Ella no lo entiende!*» Dando la vuelta, irrumpió en el claro.

Afuera, Flor Radiante acababa de salir de la guarida de los guerreros. Al ver a Fauces Amarillas, saltó hacia ella.

—Manto Mellado… —comenzó Flor Radiante, y se interrumpió—. ¿Estás bien? —preguntó, ansiosa.

—Estoy bien —espetó Fauces Amarillas.

Flor Radiante parpadeó.

—Manto Mellado está preguntando por ti —maulló.

Fauces Amarillas no estaba segura de querer hablar con ningún gato en aquel momento, pero después de un momento de vacilación, giró sus patas en dirección a la guarida de los guerreros. Manto Mellado estaba acurrucado en su lecho. Estaba cubierto con plumas extra; con un ronroneo de diversión, Fauces Amarillas pensó que el guerrero atigrado parecía un cuervo bebé con un adorno negro alrededor de la cabeza. Mientras se abría camino entre los otros lechos a su lado, Manto Mellado levantó la cabeza.

—Fauces Amarillas… —murmuró—. Quería darte las gracias. Me salvaste la vida.

Fauces Amarillas se puso caliente de vergüenza.

—No fue nada —murmuró—. Cualquier gato habría hecho lo mismo.

El secreto que había entre ella y Manto Mellado la hizo sentir incómoda, como si tuviera hormigas arrastrándose por su pelaje. Retrocedió un paso, pero antes de que pudiera irse, Manto Mellado extendió una pata para detenerla.

—Prométeme que nunca volverás a hacer algo tan tonto —gruñó—. Podrían haberte matado—

—Bueno, casi te matan a ti —le respondió Fauces Amarillas—. ¡Así que estaría en buena compañía!

Manto Mellado no respondió, solo dejó escapar otro gruñido de dolor.

—Acuéstate —maulló Fauces Amarillas, ayudándolo a acomodarse en su lecho —. Te traeré algo para comer más tarde. —Mirando hacia atrás antes de salir de la guarida, vio que los ojos de Manto Mellado estaban cerrados. Una chispa de calidez se despertó en su interior. «*Quizá podamos volver a ser amigos.*»

Fuera de la guarida, Fauces Amarillas arqueó la espalda en un largo estirón. Su cansancio estaba menguando y deseaba gastar su energía en una carrera por el bosque. Mientras se relajaba de su estiramiento, se dio cuenta de que alguien la miraba, y se volvió para ver a Zarpa de Raposa mirándola con una mirada ardiente. «*¿Cuál es su problema?*» Pero Fauces Amarillas no se molestó en enfrentarse a la aprendiza.

Se quitó a Zarpa de Raposa de la cabeza mientras caminaba por el campamento hasta donde Colmillo de Piedra y algunos de los otros guerreros estaban reunidos alrededor del montón de carne fresca. El lugarteniente del Clan estaba sentado con las patas debajo de él, dormitando a la luz del sol; Parpadeó y se despertó cuando Fauces Amarillas se detuvo frente a él. Mientras luchaba por ponerse de pie, ella pensó que de repente parecía viejo, pero un latido después estaba tan ágil y eficiente como siempre.

—Fauces Amarillas, quiero que conduzcas una patrulla de regreso al lugar donde viste a la tejona. Tenemos que sacar a esa criatura del bosque de una vez por todas.

—Por supuesto —respondió Fauces Amarillas, con una emoción de orgullo porque le habían pedido que asumiera un trabajo tan importante.

—Bien. —Colmillo de Piedra miró a los otros guerreros cerca del montón de carne fresca—. Ojo Rayado, Ratón Alado, pueden ir —maulló.

—¡Genial! —Ojo Rayado se tragó lo último del campañol que estaba compartiendo con Ratón Alado y se pasó la lengua por las mandíbulas—. ¿Ahora?

Colmillo de Piedra asintió.

—Inmediatamente. Ráfaga Abrasadora y Salamandra Manchada, pueden unirse a ellos.

—¡Y nosotros! —jadeó Zarpa de Lobo, saltando con Zarpa de Raposa en su hombro.

El lugarteniente del Clan negó con la cabeza.

—Esta patrulla es solo para guerreros.

La cola de Zarpa de Lobo cayó con decepción, mientras su hermana miraba fijamente a Fauces Amarillas. «*No me mires así* —pensó Fauces Amarillas, deseando darle a la molesta aprendiza un golpe en la oreja—. *No es mi culpa. Y si hubieras visto lo que puede hacer esa tejona, tal vez no estarías tan ansiosa por ir.*»

—Espera un momento —maulló Ojo Rayado. Tal vez deberíamos dejar que los aprendices vengan con nosotros. Necesitan la experiencia.

«*Oh, Ojo Rayado, ¿por qué no puedes mantener la boca cerrada?*» A Fauces Amarillas le hubiera gustado decir las palabras en voz alta, pero tuvo que quedarse callada y no mostrar su molestia mientras el lugarteniente lo consideraba.

Finalmente, Colmillo de Piedra asintió.

—Muy bien. —Cuando Zarpa de Lobo y Zarpa de Raposa comenzaron a erizarse de emoción, los miró con severidad—. Pero hagan exactamente lo que les digan Fauces Amarillas y los guerreros mayores —continuó—. Quédense bien atrás hasta que averigüen cómo proceder.

Los dos aprendices asintieron con impaciencia; Fauces Amarillas sospechaba que las palabras del lugarteniente les habían entrado por un oído y salido por el otro. Agitando la cola para reunir a su patrulla, lideró el camino a través de las zarzas hacia el bosque. Tan pronto como se dirigieron a través de los árboles, Ráfaga Abrasadora aceleró para caminar junto a ella.

—Voy a *despellejar* a esa tejona —gruñó—. Le extenderé las tripas desde aquí hasta el Poblado de los Dos Patas. Ninguna criatura lastima a mi hermano y se sale con la suya.

Fauces Amarillas imaginó a los dos pequeños cachorros de tejón que se habían asomado entre las zarzas mientras su madre atacaba a los gatos del Clan. «*¿Es justo echar a la tejona y a sus bebés de su hogar? ¿No podríamos mantenernos alejados de esa parte del bosque hasta que haya criado a sus cachorros?*»

Fauces Amarillas sabía que no estaba pensando como una guerrera, pero también estaba segura de que si hubiera sido al revés, haría cualquier cosa para proteger a sus crías, incluido atacar a cualquier animal que se acercara demasiado a su guarida. «*Quizá podría decir que no recuerdo el camino de regreso.*»

Antes de que pudiera decidir, escuchó un aullido triunfante de Ratón Alado, quien estaba oliendo entre la maleza a un lado del camino.

—¡Aquí! ¡El olor de Manto Mellado y sangre en los helechos!

Ahora Fauces Amarillas no tenía más remedio que llevar a la patrulla directamente al claro. No sabía si se sentía aliviada o decepcionada. Cuando las espinas que rodeaban el claro aparecieron a la vista, Fauces Amarillas levantó la cola para indicarle a su patrulla que se detuviera.

—Está por allí —maulló—. Zarpa de Lobo, Zarpa de Raposa, no se atrevan a mover una pata hasta que yo les diga.

Recordando cómo Salto de Cierva le había enseñado a «mirar, escuchar y oler», trató de detectar qué podría estar haciendo la tejona y qué podían esperar encontrar cuando salieran al claro. Pero aunque había un fuerte hedor de la criatura, no había nada que ver y ningún sonido provenía de detrás de las zarzas.

—Fauces Amarillas —murmuró Ojo Rayado—, deberíamos tener un plan antes de entrar allí.

Fauces Amarillas asintió.

—¿Que sugieres?

Haciendo señas a la patrulla para que se acercaran, Ojo Rayado prosiguió en voz baja.

—Cuando atravesemos la brecha, deberíamos separarnos. Salamandra Manchada, Ráfaga Abrasadora y Zarpa de Raposa por este camino. —Dibujó

arañazos en el suelo con sus garras—. Ratón Alado, tú, Zarpa de Lobo y yo por este otro. Intentaremos rodearla.

—Bien —coincidió Fauces Amarillas—. Te seguiré y te ayudaré donde sea necesario. Ráfaga Abrasadora. —Miró al gato atigrado rojizo con una mirada severa —. *No* vas a tomar riesgos innecesarios. ¿Entendido?

Ráfaga Abrasadora hizo una pausa, luego asintió de mala gana.

—Entendido.

—Está bien —Ojo Rayado continuó—. Luego, cuando hayamos derribado a la tejona, seguiremos con sus cachorros. No deberían darnos muchos problemas.

Fauces Amarillas se encontró haciendo una mueca de dolor ante la idea de hundir sus garras en los diminutos e indefensos cachorros. «*¡Soy una guerrera!* —se dijo a sí misma—. *¡Tengo que hacer esto!*»

—Bien —maulló—. Vamos.

Ratón Alado fue el primero de los gatos en irrumpir en el claro. Pero en lugar de girar hacia un lado como había planeado Ojo Rayado, se detuvo, dejando escapar un aullido de sorpresa.

—¡La tejona se ha ido!

Fauces Amarillas corrió detrás de él y miró el claro a su alrededor. Las espinas estaban pisoteadas y los zarcillos desgarrados y esparcidos. La tierra fresca mostraba dónde la tejona había arrastrado frenéticamente a sus cachorros fuera de la guarida.

«*Gracias al Clan Estelar* —pensó Fauces Amarillas—. *¡No tengo que matarlos después de todo!*»

Pero entonces Zarpa de Lobo gritó.

—¡Aquí está su rastro! Todavía podemos atraparlos. —Sin esperar a que ningún gato respondiera, se alejó corriendo, siguiendo el rastro de la tejona.

—¡Espera! —gritó Fauces Amarillas—. ¡No puedes atacar a un tejón tú solo!

«*¡Y* yo *dirijo esta patrulla!*», añadió en silencio.

Zarpa de Lobo aflojó el paso lo suficiente para que el resto de los gatos lo alcanzaran. Fauces Amarillas tomó la delantera mientras seguían el camino de los tejones a través de la maleza pisoteada que parecía empapada por el hedor de las criaturas. Al principio, el sendero conducía hacia el Poblado de los Dos Patas, luego se desvió hacia la frontera con el bosque desconocido donde no iba ningún gato. Pronto Fauces Amarillas comenzó a percibir el olor de las marcas del Clan de la Sombra y se detuvo cuando llegaron al borde de su territorio.

—Deberíamos seguir hasta que los encontremos y matemos —instó Ráfaga Abrasadora—. Podrían volver.

—Eso es de cerebro de ratón —Fauces Amarillas replicó—. Deberíamos estar agradecidos de que se hayan ido sin que más gatos salgan lastimados.

—Tienes razón, Fauces Amarillas —maulló Ojo Rayado—. Y es gracias a ti que la tejona se llevó a sus cachorros. Le mostraste lo feroces que pueden ser los guerreros del Clan de la Sombra.

—Sí, no pudo irse más rápido —Salamandra Manchada coincidió.

Fauces Amarillas agachó la cabeza, avergonzada por sus elogios. ¿Cómo podía decirles que no sentía nada más que alivio por no tener que lastimar a la madre tejona y a sus cachorros?



13

Fauces Amarillas se congeló cuando una hoja cayó justo frente a su nariz, pero el lagarto que estaba acechando a través de la hierba del pantano no le prestó atención. «*Las hojas están cayendo todo el tiempo ahora*», pensó Fauces Amarillas. Las presas escaseaban a medida que el follaje se hacía más escaso y su estómago gruñía de hambre. El aire estaba helado con la promesa de la estación sin hojas.

Metiendo sus patas hacia abajo con todo el cuidado que pudo reunir, Fauces Amarillas se arrastró hasta el lagarto donde se había detenido en un grupo de hierba más espesa. Pero mientras meneaba las caderas preparándose para saltar, otro gato pasó junto a ella en un movimiento borroso. Las patas de Manto Mellado estaban extendidas, pero aterrizó a un ratón de distancia. El lagarto desapareció, parpadeando en la hierba.

Fauces Amarillas se sentó.

—¡Oye! —gritó—. Esa era *mi* presa.

—Estabas demasiado lejos para un buen salto —replicó Manto Mellado, volviéndose para mirarla con sus grandes ojos ambarinos.

—¡Huh! Y tú no lo estabas, parece. —Fauces Amarillas flexionó fuera sus garras y sintió que el pelaje de su hombro comenzaba a erizarse—. Entonces, ¿cómo es que *ninguno* de los dos tiene una presa para el Clan?

Manto Mellado tomó aliento para seguir discutiendo, luego lo dejó escapar en un suspiro. Su cola se inclinó.

—Tienes razón —admitió, agachando la cabeza—. Lo siento. Fui un cerebro de ratón.

Fauces Amarillas dejó escapar un sonido que era mitad ronroneo, mitad gruñido.

—Está bien, estúpida bola de pelo —maulló, dándole una lamida en la mejilla.

Manto Mellado dio un paso atrás, pero solo un poco; la ira en sus ojos se había convertido en calidez.

—Ya que ambos buscamos lo mismo, ¿por qué no cazamos juntos? —sugirió.

Fauces Amarillas parpadeó, sosteniendo su mirada. Se sentía tan bien volver a ser amiga de Manto Mellado, patrullando y cazando juntos desde que se había recuperado de las heridas que le había causado la tejona.

—¿Por qué no? —coincidió.

Pasando por el túnel de espinas, Fauces Amarillas quedó satisfecha con el resultado de la caza. Llevaba una ardilla; era delgada, pero era la mejor presa que había visto en todo el día. «*Y casi la pierdo. Un latido más y se habría escapado por ese árbol.*»

Manto Mellado había atrapado otro lagarto para compensar el que había perdido. Juntos, los dos gatos atravesaron el claro y dejaron caer sus presas en el montón de carne fresca.

—Eso salió bien —declaró Manto Mellado—. Deberíamos cazar juntos más a menudo. Hacemos un fuerte equipo.

Fauces Amarillas asintió.

—Suena bien para mí.

—¿Recuerdas el otro día, cuando condujiste a ese conejo directamente hacia mis garras? Eso fue…

El guerrero se interrumpió cuando Zarpa de Raposa cruzó a toda velocidad el claro y patinó hasta detenerse frente al montón de carne fresca.

—¡Vaya, una ardilla! —exclamó, sus ojos se abrieron de par en par—. Felicidades, Manto Mellado.

—Es la ardilla de Fauces Amarillas —respondió el gato atigrado—. También fue una gran captura.

La expresión entusiasta de Zarpa de Raposa se desvaneció abruptamente; Fauces Amarillas supuso que la ardilla de repente no era tan impresionante. Con un gesto desdeñoso de su labio, la aprendiza le dio la espalda. Fauces Amarillas puso los ojos en blanco. «*Zarpa de Raposa siempre está enojada por algo.*»

—¡Fauces Amarillas!

Al oír la voz de Ave Pequeña, Fauces Amarillas se giró y vio a la veterana parada en la entrada de su guarida, a unas cuantas colas de distancia.

—¿Sí? ¿Qué sucede?

—Oh, Fauces Amarillas… —comenzó la veterana—. Hay una garrapata en la base de mi cola y no puedo alcanzarla. Me pregunto si podrías…

—¿No hay aprendices que se ocupen de tus garrapatas? —Fauces Amarillas interrumpió, mirando fijamente a Zarpa de Raposa.

—Pero te lo estoy pidiendo a *ti*, Fauces Amarillas —insistió la veterana.

El manto de Fauces Amarillas ardió ante la mirada de suficiencia en el rostro de Zarpa de Raposa. Fue consciente de la mirada de la aprendiza siguiéndola mientras caminaba pesadamente hacia la guarida de los veteranos. En el interior, la guarida estaba cálida y confortable. Fauces de Lagarto no estaba allí, por lo que había mucho espacio para que Ave Pequeña se estirara y mostrara a Fauces Amarillas dónde estaba la garrapata.

La guerrera gris todavía estaba enojada porque Ave Pequeña le había ordenado que se le acercara frente a Zarpa de Raposa. No quería ir a Bigotes de Salvia por bilis

de ratón, así que se ocupó de la garrapata sujetándola con los dientes y tirando. Salió y ella la aplastó contra el helecho de debajo.

—Eso está mejor —Ave Pequeña suspiró, estirando el cuello para darle una lamida a su pelaje. Después de un latido, agregó casualmente—: Veo que Manto Mellado y tú se llevan mucho mejor desde que fue atacado por la tejona.

—Sí… supongo —murmuró.

—Los he visto a ustedes dos pelearse antes —la veterana continuó, sonando preocupada.

Fauces Amarillas solo dio un gruñido evasivo, sin encontrar la mirada de Ave Pequeña.

—Sabes, Fauces Amarillas —maulló la gata rojiza—, estoy segura de que tienes un largo futuro por delante. No hay necesidad de apresurarse a emparejarse con alguien.

La vergüenza pinchó las patas de Fauces Amarillas.

—¡No tengo prisa por hacer nada! —protestó ella.

Ave Pequeña asintió.

—Eso es bueno.

—Debería irme —murmuró Fauces Amarillas, ansiosa por salir de la guarida de los veteranos—. A patrullar… cazar…

—Solo recuerda lo que te dije —la llamó Ave Pequeña mientras se apresuraba a salir a la intemperie.

Más gatos se habían reunido alrededor del montón de carne fresca. Zarpa Bermeja y Guijarro, en una patrulla con sus mentores, aparecieron cargados de presas y las dejaron caer sobre el montón. Charca Nublada y Flor Radiante estaban compartiendo una paloma, mientras Bigotes de Nuez estaba demostrando un movimiento de batalla a Zarpa de Lobo y Baya de Serbal. Zarpa de Raposa todavía estaba allí, notó Fauces Amarillas, inclinándose cerca de Manto Mellado mientras él devoraba un estornino. Fauces Amarillas se acercó a ellos a tiempo para escuchar lo que decía la aprendiza.

—¿Por qué no vamos a cazar juntos, Manto Mellado?

—¡No puedes salir en tus propias patrullas! —Fauces Amarillas le informó fríamente, antes de que Manto Mellado pudiera decir algo—. ¡Eres una aprendiza!

—No por mucho más —maulló Zarpa de Raposa con un movimiento atrevido de su cola—. ¡Aprobé mi evaluación final esta mañana!

—Genial —Fauces Amarillas maulló, incapaz de reunir mucho entusiasmo.

«*¡Será el doble de detestable una vez que se convierta en guerrera!*»

—Zarpa de Lobo fue un buen aprendiz. —Flor Radiante inclinó la cabeza hacia Charca Nublada—. Disfruté entrenándolo. Y Ala de Ventisca me dijo lo rápido que Zarpa de Raposa entiende las cosas.

—No podría estar más orgullosa —ronroneó Charca Nublada, volviendo la cabeza para darle un par de lamidas rápidas a su hombro—. Sé que Zarpa de Raposa

y Zarpa de Lobo impresionarán a todo el Clan de la Sombra cuando se conviertan en guerreros.

—Estoy segura de que lo harán —Flor de Acebo agregó, acercándose a tiempo para escuchar las últimas palabras.

Fauces Amarillas saltó cuando los bigotes de Bigotes de Nuez le hicieron cosquillas en la oreja y le murmuró:

—Zarpa de Raposa seguramente estará liderando patrullas antes de que siquiera vaya a su primera Asamblea como guerrera.

Fauces Amarillas asintió sombríamente. «*No quiero patrullar con ella* —pensó—. *Pero supongo que tendré que aguantarlo. ¡Sin embargo, será mejor que no intente darme órdenes!*»

—¡Que todos los gatos lo bastante mayores para cazar sus propias presas acudan aquí, bajo la Roca del Clan, para una reunión!

Zarpa de Raposa dio un salto, emocionada.

—¡Es nuestra ceremonia de guerreros!

Los gatos salieron de sus guaridas y se reunieron alrededor de la Roca del Clan en un círculo irregular. Fauces Amarillas vio a Zarpa Bermeja y Guijarro cerca del frente, con los ojos brillantes de anticipación, y se dio cuenta de que esta era la primera ceremonia de guerreros que habían visto. Tormenta de Plumas y Ratón Alado, sus mentores, se sentaron con ellos y después de un momento se les unieron Ojo Rayado, Ala de Ventisca y Salto de Cierva. Patas de Helecho saltó hacia Flor Radiante, y los dos gatos se sentaron con Bigotes de Nuez y Baya de Serbal.

Fauces de Lagarto había reaparecido y se agachó fuera de la guarida de los veteranos con Ave Pequeña. Fauces Amarillas podía sentir la mirada de la vieja gata sobre ella mientras caminaba hacia Manto Mellado y se sentaba a su lado. Para su alivio, Zarpa de Raposa se había puesto al frente con Zarpa de Lobo. Manto Mellado reconoció a Fauces Amarillas con un movimiento de sus orejas.

—Uno de los momentos más importantes en la vida de un Clan es la formación de nuevos guerreros —anunció Estrella de Cedro—. Hoy, dos aprendices tomarán sus juramentos de guerreros. —Su mirada buscó a Flor Radiante y preguntó—: ¿Zarpa de Lobo está listo para convertirse en guerrero?

Flor Radiante bajó la cabeza.

—Lo está, Estrella de Cedro.

—¿Y Zarpa de Raposa? —El líder del Clan se volvió hacia Ala de Ventisca—. ¿Es ella digna de este honor?

—Digna y más —respondió Ala de Ventisca—. Será una guerrera sobresaliente.

Estrella de Cedro asintió.

—Si es así, es debido a tu excelente entrenamiento —le dijo al gato blanco moteado.

Zarpa de Raposa había inflado su pecho cuando escuchó los elogios de su mentor.

—Será mejor que tenga cuidado —Fauces Amarillas susurró a Manto Mellado—. Explotará si llega a estar más satisfecha consigo misma.

Saltando desde la Roca del Clan, Estrella de Cedro continuó:

—Yo, Estrella de Cedro, solicito a mis antepasados guerreros que observen a estos aprendices. Han entrenado duro para comprender el sistema de su noble código, y se los encomiendo a su vez como guerreros. —Hizo señas a los aprendices con un movimiento de su cola—. Zarpa de Raposa, Zarpa de Lobo, ¿prometen respetar el código guerrero y proteger y defender a este Clan, incluso a costa de su propia vida?

—Lo prometo —juró Zarpa de Lobo, flexionando sus garras.

—¡Lo prometo! —La voz de Zarpa de Raposa sonó con confianza.

—Entonces, por los poderes del Clan Estelar —Estrella de Cedro anunció—, les doy sus nombres guerreros. Zarpa de Lobo, a partir de este momento serás conocido como Paso de Lobo. El Clan Estelar honra tu valentía y tu lealtad, y te damos la bienvenida como guerrero de pleno derecho del Clan de la Sombra. —Dio un paso adelante para apoyar el hocico en la parte superior de la cabeza de Paso de Lobo, y el nuevo guerrero lamió su hombro antes de regresar a las filas de su Clan.

Luego Estrella de Cedro se volvió hacia Zarpa de Raposa, repitiendo las mismas palabras y dándole el nombre de Corazón de Raposa.

—El Clan Estelar honra tu energía y compromiso, y te damos la bienvenida como guerrera de pleno derecho del Clan de la Sombra.

Cuando Corazón de Raposa dio un paso atrás después de lamer el hombro de su líder, el Clan estalló en aullidos de bienvenida y felicitación.

—¡Corazón de Raposa! ¡Paso de Lobo! ¡Corazón de Raposa! ¡Paso de Lobo!

Fauces Amarillas notó que Guijarro y Zarpa Bermeja se estaban uniendo con entusiasmo, sus ojos brillaban mientras gritaban los nombres de los nuevos guerreros. «*No están en absoluto amargados por no haber sido hechos guerreros también, a pesar de que Guijarro debe tener algunas lunas más.*»

—Sabes, nunca pensé que diría esto. —La voz era la de Hoja Ámbar; Fauces Amarillas miró por encima de su hombro para ver a la gata mayor hablando con Vuelo de Pinzón—. Pero esos gatos del Poblado de los Dos Patas realmente se han asentado en el Clan. Tal vez, después de todo, se conviertan en guerreros.

Vuelo de Pinzón asintió.

—Trabajan duro y Ratón Alado dice que están haciendo todo lo posible para comprender el código guerrero.

Fauces Amarillas se alegró de escuchar a Hoja Ámbar, una de las gatas más estrictas del Clan, alabando a Guijarro y Zarpa Bermeja. Pero la decepción brotó dentro de ella cuando volvió a mirar a Manto Mellado y vio que él les había dado la espalda a los dos recién llegados una vez más y se estaba alejando.

—Manto Mellado, estás siendo un cerebro de ratón —siseó, saltando tras él—. Tienes que confiar en que esos dos no dirán nada sobre la vez que visitamos el Poblado de los Dos Patas. —Cuando Manto Mellado simplemente parecía obstinado,

agregó—: ¡Probablemente no piensen en sus antiguas vidas en absoluto! Cualquier gato puede ver que están dedicados al Clan de la Sombra ahora.

Manto Mellado dio un solo azote de su cola.

—Solo han estado en el campamento durante tres lunas. No los conocemos, así que ¿cómo podemos confiar en ellos? —gruñó—. ¡Todavía podrían ser espías!

Fauces Amarillas suspiró. «*¿Por qué Manto Mellado no puede ver lo que está justo frente a sus propias narices?*»

—Hablamos más tarde —maulló ella abruptamente, y saltó para unirse a Baya de Serbal y Bigotes de Nuez junto al montón de carne fresca.

—¡Ya te lo *dije*, tienes que despertarte y venir a patrullar!

Fauces Amarillas se despertó de un sueño profundo para escuchar los tonos estridentes de Corazón de Raposa llenando la guarida de los guerreros. Estaba tomando aliento para una réplica punzante cuando se dio cuenta de que la guerrera más nueva del Clan de la Sombra no le estaba hablando a ella.

Brinco de Sapo estaba saliendo de su lecho a un par de colas de distancia.

—Está bien, está bien —se quejó—. No hay necesidad de despertar a todo el Clan.

—Será mejor que te des prisa —continuó Corazón de Raposa. Asomaba la cabeza por las ramas exteriores de la guarida—. Estrella de Cedro y Colmillo de Piedra te están esperando. Vamos a comprobar que la tejona realmente se ha ido.

—Ya voy. Solo quítate de mi pelaje, ¿está bien? —se quejó Brinco de Sapo mientras sacudía bien su pelaje y salía de la guarida.

Corazón de Raposa echó la cabeza hacia atrás; Fauces Amarillas escuchó cómo su voz de regaño se alejaba cuando los dos gatos se alejaban al trote.

Fauces Amarillas estiró sus mandíbulas en un bostezo masivo, luego se acurrucó de nuevo con la esperanza de volver a dormir. Todavía se sentía cansada del día anterior, cuando había participado en tres patrullas de caza, incluida una después del anochecer para buscar presas nocturnas. «*Cazar es mucho más difícil en la estación sin hojas* —pensó somnolienta—. *Y se supone que debo unirme a otra patrulla después del mediodía.*»

Pero el sueño no llegaba. Un dolor agudo estaba apuñalando el vientre de Fauces Amarillas, y por un momento se preguntó si accidentalmente había comido carroña. Luego se dio cuenta de que el dolor era diferente de alguna manera. «*¡Oh, no otra vez! Este es el dolor de otro gato. ¡Que se vaya!*»

Por un momento, Fauces Amarillas trató de ignorar el dolor que sentía en su vientre, pero se hacía más fuerte con cada latido. Finalmente, tuvo que admitir que tenía que ir a ver a Bigotes de Salvia. Ahogando un gemido, salió con dificultad de la guarida, los dolores punzantes eran tan fuertes que casi se doblaba. Aunque trató de

evitar los cuerpos dormidos de los otros guerreros, rozó a Bigotes de Nuez, quien levantó la cabeza y parpadeó adormilado hacia ella.

—¿Estás bien, Fauces Amarillas?

—Estoy bien —espetó ella—. Es solo un calambre.

Se estremeció cuando salió al aire libre. Una brisa helada barría el campamento, y Fauces Amarillas anhelaba su acogedor lecho y el aire dentro de la guarida, cálido con el aliento de sus compañeros de Clan.

El claro estaba desierto; todos los gatos estaban acurrucados en sus guaridas o patrullando.

Otra punzada de dolor hizo que Fauces Amarillas saltara por el claro. Bigotes de Salvia se despertó y miró sorprendida cuando Fauces Amarillas se deslizó entre las piedras hacia su guarida.

—¿Pasa algo, Fauces Amarillas? —preguntó con un bostezo.

A estas alturas, el dolor era tan intenso que a Fauces Amarillas le resultaba difícil responder.

—¿Hay alguien con dolor de estómago en el Clan? —siseó con los dientes apretados.

Bigotes de Salvia movió sus bigotes, fijando en Fauces Amarillas una mirada inquisitiva.

—¿Qué sientes exactamente?

—¡Agonía! *¡Duele!*

—Necesito una descripción un poco más detallada —le respondió Bigotes de Salvia con calma.

—Es... es como si me hubiera tragado una rata viva —Fauces Amarillas jadeó—. Y me está royendo y arañándome desde el interior de mi vientre.

Bigotes de Salvia asintió.

—Eso es hambre —maulló—. Supongo que estás captando el dolor de Ortiga Manchada.

«*Eso tiene sentido*», pensó Fauces Amarillas. Ortiga Manchada acababa de dar a luz a dos cachorros, pero una de ellos había muerto y el cachorro restante era débil.

—Ortiga Manchada siempre ha sido delgada —murmuró.

—Estoy preocupada por ella y por Pequeño Nube —asintió Bigotes de Salvia—. Esta es una mala temporada para los recién llegados.

—¿Por qué Ortiga Manchada no pide más comida? —Fauces Amarillas se preguntó en voz alta.

—Es demasiado orgullosa —le dijo Bigotes de Salvia—. Es un poco mayor para ser madre y está decidida a demostrar que puede cuidar de su hijo.

«*El orgullo no le llenará el estómago*», pensó Fauces Amarillas.

—¿Qué puedo hacer para ayudarla? —preguntó—. No seré de utilidad para el Clan con este dolor en mi estómago. Apenas puedo poner una pata delante de la otra.

Bigotes de Salvia le dio otra mirada de cerca, luego caminó por su guarida para destapar uno de sus almacenes de hierbas. Regresó hasta donde estaba Fauces Amarillas con la boca llena de hojas secas. Fauces Amarillas reconoció las hierbas de viaje que había comido cuando viajó a la Piedra Lunar.

—Estas atenuarán el hambre de Ortiga Manchada —maulló, poniendo el bulto en las patas de Fauces Amarillas—. Mientras tanto, le pediré a uno de los guerreros que traiga un trozo de carne fresca solo para ella.

Fauces Amarillas miró las hierbas. Evidentemente, Bigotes de Salvia esperaba que las llevara a la maternidad para Ortiga Manchada. «*¡Como si fuera su aprendiza!*» Pero no tenía sentido discutir, así que recogió las hojas y salió tambaleándose de la guarida.

Dentro de la maternidad, Ortiga Manchada estaba encorvada sobre su cachorro, usando su cola para acercarlo a su vientre.

—Pequeño Nube, debes alimentarte —se preocupó.

El diminuto trozo de pelaje blanco se alejó de ella, alzando su voz en un lastimero maullido.

—¡Falta leche!

Mientras Fauces Amarillas se acercaba, un nuevo espasmo de dolor se apoderó de su vientre, casi haciéndola jadear y soltar las hierbas. Tropezando hacia adelante, las dejó frente a Ortiga Manchada.

—Cómete estas —jadeó—. Bigotes de Salvia te traerá algo de carne fresca para comer más tarde.

Ortiga Manchada la miró con ojos apagados y agotados.

—Gracias, Fauces Amarillas —murmuró.

Pero Fauces Amarillas no esperó su agradecimiento. Ella ya se había dado la vuelta y estaba saliendo corriendo de la guarida, tratando de sacudirse los sentimientos de dolor y pánico de su pelaje. Eso no era solo un inconveniente ahora, era aterrador y exasperante. «*¿Cómo puedo ser una guerrera si tengo que soportar el dolor de todo el Clan?*»



14

Fauces Amarillas asomó la cabeza fuera de la guarida de los guerreros para ver el claro cubierto con una espesa capa de nieve. Las ramas de los árboles circundantes estaban pesadas por ella, y algunos copos blancos aún caían a la deriva.

—Es demasiado pronto en la temporada como para haga tanto frío —murmuró para sí misma.

Temblando, caminó a través de la polvorosa nieve hacia el montón de carne fresca, donde Colmillo de Piedra estaba organizando las patrullas del día. Los guerreros mayores reunidos a su alrededor intercambiaban miradas preocupadas y maullaban entre sí en voz baja.

Antes de que Fauces Amarillas pudiera unirse a ellos, fue interceptada por Bigotes de Salvia, que se dirigía hacia la maternidad con algunas hojas de tanaceto en sus mandíbulas.

—Estas son para Pequeño Nube —informó a Fauces Amarillas, murmurando alrededor de la boca llena de hierbas—. Está tosiendo un poco.

«*¿Por qué me lo cuentas?*»

—Está bien —maulló Fauces Amarillas—. Estoy segura de que lo curarás, Bigotes de Salvia.

La curandera la miró parpadeando, haciendo que Fauces Amarillas se sintiera aun más incómoda. Pero todo lo que dijo Bigotes de Salvia fue:

—Sí, el tanaceto pronto debería aclarar su tos. Y Ortiga Manchada está mejorando desde que le llevaste las hierbas el otro día.

Fauces Amarillas agachó la cabeza.

—Bien —maulló—. Eh… tengo que irme, Bigotes de Salvia. Patrullas. —Se alejó rápidamente, consciente de que la mirada de la curandera la seguía.

—Ahí estás, Fauces Amarillas —la saludó Colmillo de Piedra mientras se unía al grupo de guerreros—. Cola de Cuervo liderará una patrulla fronteriza. Puedes unirte a ella con Flor de Acebo y Salamandra Manchada.

—Claro —Fauces Amarillas respondió, animándose con la perspectiva de salir del campamento.

—Vamos. —Cola de Cuervo agitó la cola y abrió el camino a través del túnel de espinas.

Al emerger al bosque, Fauces Amarillas apenas podía creer lo diferente que se veía bajo la capa de nieve. Todos los montículos y huecos del suelo se habían alisado y la superficie de la nieve estaba surcada por huellas. Las sombras tenían un tinte

azulado, y cada leve sonido, el crujido de una rama o el batir de alas en un árbol, parecía magnificado en el aire sereno.

—¡Hay tantas cosas blancas! —Fauces Amarillas murmuró a Flor de Acebo.

Su compañera de Clan asintió.

—Ha pasado mucho tiempo desde la última nevada. Casi me había olvidado de cómo era.

«*En ese entonces era una nueva aprendiza* —pensó Fauces Amarillas—. *¡Han pasado tantas cosas desde entonces!*»

De vez en cuando caía nieve de alguno de los árboles; Fauces Amarillas reprimió un ronroneo de risa cuando Salamandra Manchada tuvo que saltar a un lado para evitar empaparse. De forma juguetona, Fauces Amarillas arrojó un puñado de nieve a Flor de Acebo; la gata mayor saltó y se dio la vuelta, con las mandíbulas abiertas por la sorpresa.

—¡Te voy a atrapar, Fauces Amarillas!

Flor de Acebo recogió más nieve y se la arrojó a Fauces Amarillas. Aterrizó justo en su cara; sacudió la cabeza para deshacerse de ella, rociando nieve en todas direcciones.

—¡Cuidado! ¡Nieve en camino! —gritó, buscando más de la materia blanca para arrojar a Flor de Acebo.

Cola de Cuervo, que se había adelantado unos pasos, se detuvo y miró por encima de su hombro.

—En serio, ¿son cachorras? —exigió ella—. Maduren. Esto es una patrulla fronteriza, ¿o lo habían olvidado?

—Lo siento, Cola de Cuervo —maulló Flor de Acebo, agachando la cabeza y luciendo avergonzada.

—Lo siento —Fauces Amarillas repitió, aunque arrojó otro puñado de nieve a la cola que se retiraba de Flor de Acebo antes de seguirla.

Para cuando llegaron al Sendero Atronador, Fauces Amarillas se estaba cansando de caminar a través de la nieve y que se le enredara en el pelaje del vientre. Envidiaba el pelaje más elegante y las patas más largas de sus compañeras de Clan, que mantenían sus estómagos libres de nieve.

Cola de Cuervo se detuvo junto a los dos estrechos túneles que se hundían debajo del Sendero Atronador.

—Necesitamos asegurarnos de que ningún gato los esté usando para traspasar al territorio del Clan de la Sombra —maulló—. Con presas tan escasas, no se sabe qué podrían estar haciendo los otros Clanes.

—¡Que lo intenten! —Fauces Amarillas gruñó, deslizando fuera sus garras.

Pero cuando examinaron los túneles y el territorio a su alrededor, no había rastro de olor enemigo.

—Qué pena. —El labio de Salamandra Manchada se curvó en el comienzo de un gruñido—. ¡Una buena pelea con una patrulla del Clan del Trueno me calentaría!

La patrulla continuó por el Sendero Atronador, luego se desvió para bordear el límite del Poblado de los Dos Patas.

A medida que se acercaban a las paredes y las cercas, Fauces Amarillas se puso más alerta, atenta a los mininos domésticos que pudieran reconocerla.

Flor de Acebo corrió suavemente por la nieve y saltó a la cerca de Dos Patas más cercana.

—¡Mira esto! —llamó a Fauces Amarillas.

Fauces Amarillas miró hacia atrás, donde Cola de Cuervo y Salamandra Manchada estaban investigando algo en la parte inferior de un árbol. Luego saltó y se unió a Flor de Acebo en la cerca.

—¿Qué crees que es? —Flor de Acebo preguntó, señalando con la cola una forma jorobada de nieve en el jardín de Dos Patas.

Fauces Amarillas se encogió de hombros, más preocupada por buscar mascotas en el jardín.

—¿Quién sabe?

—Se parece un poco a un Dos Patas —Flor de Acebo prosiguió, sonando desconcertada.

Fauces Amarillas le dio a la forma un escrutinio más detenido.

—No tiene patas —señaló.

—Tiene cabeza y cuerpo —respondió Flor de Acebo—. Y un manto de Dos Patas en la cabeza.

—Es un Sin Patas, entonces —Fauces Amarillas maulló con impaciencia.

«*De verdad, ¿a quién le importan las cosas raras de los Dos Patas?*»

—Me pregunto cómo es ser un minino doméstico —prosiguió Flor de Acebo después de una pausa—. ¿Crees que pueden hablar con los Dos Patas? ¿Crees que suben y dicen: «¡Oye, es hora de la carne fresca! Me encantaría tener un campañol hoy, y asegúrate de que esté regordete»?

—Lo dudo —respondió secamente Fauces Amarillas—. ¿Has visto algún Dos Patas persiguiendo campañoles en el bosque?

—Supongo que no. Sin embargo, los mininos domésticos no tienen que atrapar a sus propias presas. Pienso que es muy triste. —Flor de Acebo dejó escapar un suspiro—. No saber nunca lo que es acechar a una ardilla…

Al recordar los mininos que ella y Manto Mellado habían conocido esa noche, Fauces Amarillas estaba bastante segura de que algunos de ellos serían capaces de atrapar sus propias presas. Pero no estaba dispuesta a decirle eso a Flor de Acebo.

—¿Qué harán todo el día? —prosiguió la gata gris y blanca—. No cazan, no entrenan para pelear, les debe resultar muy difícil tener una pareja si están encerrados en una guarida de Dos Patas todo el día. Difícilmente parecen gatos de verdad.

—Zarpa Bermeja y Guijarro son gatos de verdad —señaló Fauces Amarillas.

—Sí, pero ahora son de Clan —Flor de Acebo afirmó con un movimiento de sus orejas—. Me sorprendería si siquiera recordaran haber vivido aquí. De todos modos

—terminó con satisfacción en su tono—, los mininos no importan. Mientras permanezcan fuera de nuestro territorio.

Al darse cuenta de que Cola de Cuervo y Salamandra Manchada se acercaban a la cerca, Fauces Amarillas saltó para recibirlas, complacida de poner fin a la incómoda conversación con Flor de Acebo. Al aterrizar, vio un agujero en la base de la cerca, donde una de las tiras de madera se había podrido. Había mucho espacio para que un gato se deslizara. Instintivamente, olfateó y se congeló al percibir el olor a mascota.

«*Fresco…* —pensó—. *Uno o dos gatos han pasado por aquí, y no hace mucho.*» Había un desorden de huellas alrededor del agujero, pero las huellas estaban demasiado confusas para decirle a Fauces Amarillas algo útil. No estaba segura de si debía decírselo a los demás. «*Solo causará problemas… pero, somos una patrulla fronteriza. Este es el tipo de cosas que estamos buscando.*»

Antes de que pudiera tomar una decisión, notó que Salamandra Manchada también había captado el olor, levantando la cabeza con un brillo sospechoso en sus ojos.

—¡Mascotas! —siseó ella.

Con el pelo del cuello erizado, comenzó a buscar a lo largo de la base de la cerca, tratando de encontrar el rastro de olor. Cola de Cuervo la ayudó, mientras Fauces Amarillas se quedó quieta, flexionando sus garras, y Flor de Acebo observaba atentamente desde lo alto de la cerca.

—No es bueno —gruñó Cola de Cuervo finalmente—. Esta nieve maldita por el Clan Estelar está borrando el olor.

—Pero algunos mininos definitivamente han estado de este lado de la cerca —maulló Salamandra Manchada, con el pelaje de su cuello todavía erizado y su cola dando azotes—. Traspasando a *nuestro* territorio de nuevo. ¡Esto tiene que terminar! —Se agachó, apretó los músculos y saltó a la parte superior de la cerca junto a Flor de Acebo, donde dejó escapar un aullido desafiante—. ¡Manténganse fuera de nuestro territorio, mascotas!

Las patas de Fauces Amarillas hormiguearon de frustración. «*¿Por qué Salamandra Manchada tiene que ir a buscar pelea? ¿Por qué no podemos simplemente dejarnos en paz?*» No estaba segura de por qué estaba tan desesperada por no encontrarse con los gatos del Poblado de los Dos Patas, pero sintió un miedo frío en su interior, tan agonizante como el hambre de Ortiga Manchada. «*¡No debemos pelear!*»

Salamandra Manchada se lanzó desde la cerca y desapareció por el otro lado en el jardín Dos Patas. Fauces Amarillas escuchó un siseo de dolor de ella, y en el mismo latido sintió una fuerte puñalada en su hombro.

—Salamandra Manchada, ¿qué pasó? —llamó.

—¡Nada! —respondió la gata negra y rojiza—. ¡Estoy bien!

Fauces Amarillas sabía que eso no era cierto. «*¡Mi hombro se siente como si estuviera en llamas!*»

—Tenemos que hacer que regrese —maulló a Flor de Acebo—. No tiene sentido buscar problemas.

Flor de Acebo parecía dudar.

—Necesitamos enseñarle a esos mininos una lección sobre la invasión a nuestro territorio —insistió.

De mala gana, Fauces Amarillas se arrastró hacia la cerca y miró a Salamandra Manchada. La gata sostenía una pata delantera con rigidez, pero no dijo nada; solo las olas de dolor que inundaban a Fauces Amarillas le dijeron que su compañera de Clan estaba gravemente herida.

Cola de Cuervo saltó a su lado y se dejó caer para unirse a Salamandra Manchada en la nieve. Sus orejas se movieron y su cola dio un azote mientras miraba a su alrededor.

—¡Salgan si se atreven! —ella llamó—. ¡Les enseñaremos a no traspasar hacia nuestro territorio!

Un suave gruñido rompió el silencio que siguió al desafío de Cola de Cuervo. Balanceándose torpemente en la parte superior de la cerca, Fauces Amarillas se volvió y vio un enorme gato anaranjado que aparecía por el costado de la guarida de Dos Patas. «*¡Ese es Mermelada!*», se dio cuenta, su vientre se tambaleaba. Todos sus instintos le decían que saltara de la cerca antes de que él la reconociera, pero sabía que no podía abandonar a sus compañeras de Clan, especialmente cuando una de ellas estaba herida.

Mermelada miró a Fauces Amarillas con unos ojos amarillos siniestros.

—¿Qué estás haciendo aquí otra vez? —exigió.

—¿Qué quiere decir con «otra vez»? —La voz de Cola de Cuervo era aguda—. ¿Conoces a un minino doméstico?

Fauces Amarillas no supo cómo responder.

—Eh… algo así —admitió—. No es importante. Ya nos vamos —le aseguró al gato rojizo.

—No, no lo haremos —siseó Salamandra Manchada a través de su dolor, fijando en Mermelada una mirada feroz—. Estamos aquí para decirles que se mantengan fuera de nuestro territorio.

Mermelada resopló.

—No entiendo a los gatos salvajes y sus supuestos territorios —se burló—. Somos mucho más libres de este lado de la cerca, porque podemos ir a donde queramos.

«*¿Los mininos domésticos son libres?*» Fauces Amarillas nunca había pensado en eso antes. Para su consternación, Flor de Acebo se dejó caer de la cerca para unirse a Salamandra Manchada y Cola de Cuervo.

«*Ahora ella se está uniendo* —pensó Fauces Amarillas impotente—. *¡Solo quiero salir de aquí!*»

—¿Qué es lo que saben las mascotas sobre la libertad? —Flor de Acebo siseó—. Ni siquiera atrapan su propia comida. ¡Intenta preguntarles a Zarpa Bermeja y Guijarro dónde quieren vivir y ve si ellos creen que los mininos son libres!

—¿Zarpa Bermeja? ¿Quién es esa? —preguntó Mermelada.

—La conocías como Colorada —Flor de Acebo respondió.

Mermelada se puso rígido, con su mirada fija en Flor de Acebo.

—¿Saben dónde están Colorada y Guijarro?

—Ahora son parte del Clan de la Sombra. —La voz de Cola de Cuervo estaba llena de triunfo—. No los volverás a ver.

Fauces Amarillas preparó sus músculos para saltar y ayudar a sus compañeras de Clan si Mermelada atacaba. Pero el gato rojizo simplemente entrecerró los ojos.

—Ya veo —maulló uniformemente—. Bueno, las dejaré volver a su *territorio* ahora.

—¡No nos vas a *dejar* hacer nada! —Flor de Acebo replicó, deslizando sus garras.

—¡Paren esto! —Fauces Amarillas llamó desesperadamente desde la parte superior de la cerca—. Es solo una vieja mascota gorda. No vale la pena pelear con él. Déjenlo en paz y salgan de ahí.

Intentó con todas sus fuerzas no estremecerse cuando Mermelada volvió la mirada hacia ella. Casi podía oír sus pensamientos: «Vieja mascota gorda, ¿eh? ¡Baja aquí y dímelo a la cara!».

—Hemos demostrado nuestra fuerza —insistió Fauces Amarillas—. Ahora tenemos que llevar a Salamandra Manchada de regreso al campamento.

—¡Estoy bien! —Salamandra Manchada protestó.

—No, no lo estás —Fauces Amarillas siseó a través de la sensación punzante en su hombro—. Flor de Acebo, Cola de Cuervo, ayúdenla a cruzar la cerca.

—No necesito ninguna ayuda. —Salamandra Manchada dio un solo azote de su cola y saltó la cerca. Sus patas arañaron la parte superior y cayó por el otro lado, colapsando en el suelo con un chillido.

—¡*Estúpida*, *estúpida* bola de pelos! —gritó Fauces Amarillas.

Podía entender que Salamandra Manchada no quería mostrar debilidad frente a Mermelada, pero la agonía ardiente en su hombro le dijo que la gata había empeorado su herida. Salamandra Manchada luchó por incorporarse, pero no pudo poner peso en su pata en absoluto, y se deslizó de costado en la nieve.

—¡Cagarrutas de ratón! —jadeó.

Cola de Cuervo y Flor de Acebo intercambiaron miradas de asombro; claramente, no sabían que Salamandra Manchada estaba tan gravemente herida.

—Vamos. —Fauces Amarillas pasó su hombro por debajo de Salamandra Manchada y, con su ayuda, la gata herida logró ponerse de pie—. Vamos a llevarte a casa.

Flor de Acebo la apoyó en el otro lado, y comenzaron a luchar de regreso al campamento, con Cola de Cuervo vigilando detrás en caso de que algún minino intentara seguirlas.

Para cuando llegaron a la entrada, Salamandra Manchada apenas estaba consciente, se tambaleaba sobre tres patas y apoyaba su peso en Fauces Amarillas y Flor de Acebo.

—Vamos a llevarla a Bigotes de Salvia —jadeó Fauces Amarillas; estaba casi tan agotada como Salamandra Manchada por el dolor que compartían.

Mientras se acercaban a la guarida de la curandera, Flor de Acebo y Cola de Cuervo fueron a informar a Colmillo de Piedra.

Salamandra Manchada se derrumbó sobre el musgo, con la pata herida estirada.

—¿Qué pasó? —preguntó Bigotes de Salvia, inclinándose para examinarla.

—Se torció el hombro saltando por encima de una cerca de Dos Patas —respondió Fauces Amarillas. La ira aún latía a través de ella junto con el dolor—. Y luego la cerebro de ratón tuvo que empeorar las cosas saltándola de nuevo.

—No podía dejar que me sacaras —murmuró Salamandra Manchada con los dientes apretados—. No con ese minino mirando.

—No había necesidad de ir allí en primer lugar —la gata gris señaló.

—Es una torcedura grave —comentó Bigotes de Salvia, olfateando la pata lesionada—. Fauces Amarillas, tráeme algunas hojas de saúco. Y dales una buena masticada —agregó, mientras Fauces Amarillas se dirigía al agujero donde se guardaban las hierbas.

El olor limpio de las hojas de saúco que llenaban su boca hizo que Fauces Amarillas se sintiera más tranquila, y el dolor comenzó a disminuir cuando Bigotes de Salvia pegó la cataplasma en la pata de Salamandra Manchada.

—Semillas de adormidera, Fauces Amarillas —murmuró Bigotes de Salvia mientras aplicaba las hojas masticadas—. Salamandra Manchada, será mejor que duermas aquí por ahora. Puedes volver a tu guarida cuando hayas descansado.

—Gracias, Bigotes de Salvia —Salamandra Manchada murmuró.

Una vez que su compañera de Clan estaba lamiendo las semillas de adormidera, Fauces Amarillas salió de la guarida. Afuera, Manto Mellado caminaba de un lado a otro. Se dio la vuelta para mirarla mientras ella emergía.

—Escuché que viste un minino doméstico hoy —maulló—. ¿Te reconoció?

Fauces Amarillas parpadeó.

—Sí. Era Mermelada —admitió—. Pero no dijo nada sobre… ya sabes, Hal. No hay nada de qué preocuparse.

Manto Mellado obviamente no estaba de acuerdo; el pelaje de su cuello se erizaba y deslizaba sus garras hacia adentro y hacia afuera.

—¡No soy un minino doméstico! ¡Aquí es donde pertenezco! —siseó mientras se giraba.

—¡Hey, espera! —Fauces Amarillas saltó tras él—. Está bien. Cálmate. No pasó nada.

Manto Mellado movió la cola como si estuviera borrando sus palabras.

—Déjame en paz, ¿quieres? —gruñó, acelerando el paso hasta que cruzó corriendo el campamento para desaparecer entre las espinas.

Fauces Amarillas lanzó un profundo suspiro mientras lo miraba.

—¿Tuviste una pelea con tu pareja? —Baya de Serbal saltó hacia ella, con una mirada traviesa en sus ojos.

Fauces Amarillas reprimió un gruñido.

—¡No es mi pareja! —soltó—. Solo somos amigos.

Baya de Serbal puso los ojos en blanco.

—No hace falta fingirlo —maulló—. Todo el Clan sabe que algo está pasando entre tú y Manto Mellado. Creo que es un poco malhumorado, pero supongo que es guapo…

Fauces Amarillas no tenía tiempo para las tonterías de su hermana. Sin responder, le dio la espalda a Baya de Serbal y se alejó.

El crepúsculo se estaba acumulando en el claro cuando Fauces Amarillas regresó a la cabeza de una patrulla de caza. Dejó caer su ardilla en el montón de carne fresca y miró a su alrededor. El campamento estaba en silencio; la mayoría de sus compañeros de Clan, supuso, ya se estaban preparando para dormir.

Ojo Rayado, Baya de Serbal y Ratón Alado, los otros miembros de su patrulla, depositaron sus presas y se dirigieron a la guarida de los guerreros. Sintiendo sed, Fauces Amarillas caminó hacia el arroyo en el borde del campamento, sus patas crujían sobre la nieve. La corriente era apenas un hilo en el hielo, y el agua estaba tan fría que cuando lamió, sintió como si le ardiera la lengua.

Cuando levantó la cabeza y sacudió las gotas de sus bigotes, escuchó el sonido de un gato moviéndose torpemente sobre las ramitas. Sus orejas se erizaron. «*¿Qué es eso? ¿Aprendices escabulléndose? ¿O un veterano que tiene problemas para caminar?*»

Fauces Amarillas miró alrededor del borde del campamento, mirando a través de los árboles mientras trataba de averiguar de dónde venía el sonido. Pero antes de que pudiera localizarlo, un aullido rompió el aire silencioso de la noche.

Varios gatos salieron disparados de las sombras; las espinas y las zarzas que rodeaban el campamento crujieron cuando irrumpieron.

Ráfaga Abrasadora y Hoja Ámbar, de guardia junto a la entrada del túnel, se pusieron de pie de un salto.

—¡Intrusos! —chilló Ráfaga Abrasadora.

Por un instante, Fauces Amarillas se quedó paralizada. Luego reconoció al musculoso gato rojizo que guiaba a los gatos intrusos. «*¡Es Mermelada! ¡Gran Clan Estelar, estos son los gatos del Poblado!*»



15

Los gritos golpearon los oídos de Fauces Amarillas cuando los guerreros cargaron desde su guarida, lanzándose sobre los atacantes.

Mermelada se detuvo en el centro del claro, con sus ojos ámbar mirando a su alrededor.

—¡Guijarro! ¡Colorada! —aulló—. ¡¿Dónde están?! —Su aullido se interrumpió cuando Vuelo de Pinzón y Garra de Barro saltaron sobre él y desapareció en una furiosa ráfaga de dientes y garras.

Fauces Amarillas corrió por el claro para reunirse con sus compañeros de Clan, pero antes de llegar sintió unas garras clavándose en sus hombros cuando un gato aterrizó sobre su espalda. Se tambaleó bajo el peso y casi cayó. Al girar la cabeza, reconoció a la esponjosa minina casera blanca, Pixie. Por un momento, Fauces Amarillas se quedó tan sorprendida que no pudo recordar ningún movimiento de batalla. Entonces se levantó sobre sus patas traseras y se dejó caer hacia atrás. Pixie la soltó y se escabulló para evitar ser aplastada por ella. Fauces Amarillas se levantó de un salto y esquivó cuando la minina casera se abalanzó sobre ella de nuevo. Golpeándola con las garras envainadas, derribó a la gatita blanca y la inmovilizó con las dos patas delanteras en el pecho.

—¿A qué viene todo esto? —preguntó mientras Pixie se retorcía bajo sus zarpas, escupiendo con furia. «*Es más fuerte de lo que esperaba*», pensó Fauces Amarillas, luchando por sujetarla.

—¡Nos robaron a nuestros gatos! —siseó Pixie, sus ojos verdes ardían.

—¿A qué te refieres? —Fauces Amarillas preguntó, desconcertada.

Pero no hubo respuesta. De un tirón desesperado, Pixie se la quitó de encima y desapareció entre la multitud de gatos que luchaban. Cada vez eran más los que entraban en el claro, atacando con dientes y garras a los guerreros del Clan de la Sombra. Mientras Fauces Amarillas contemplaba la masa agitada y chillona, se dio cuenta de que, aunque sus compañeros de Clan estaban entrenados para la batalla, los mininos caseros tenían la ventaja de la sorpresa. «*¿Perderemos esta pelea?*», se preguntó, horrorizada.

Vio a Bigotes de Nuez que se liberaba de un nudo de gatos que lo arañaban y miraba a su alrededor con una mirada de asombro.

—¡Estos son mininos caseros! —exclamó.

Un gato atigrado gris le dirigió un golpe.

—¡No todos vivimos con amos de casa! —gruñó al oído de Bigotes de Nuez—. No son los únicos que pueden cazar presas.

Antes de que terminara de hablar, Fauces Amarillas estaba corriendo por el claro para ponerse hombro con hombro con su hermano. El atigrado gris echó un vistazo a los gatos que tenía enfrente, con las garras extendidas, y giró la cola, desapareciendo entre las sombras.

—¡Fuera de nuestro campamento! —aulló Bigotes de Nuez, corriendo en su persecución.

Fauces Amarillas lo siguió, pero dos proscritos más se abalanzaron sobre ella y Bigotes de Nuez, tirándola al suelo. Se quedó sin aliento. Medio aturdida, oyó el golpeteo de las patas de otro gato y se giró para enfrentarse a un nuevo enemigo. La puso de pie con las garras clavadas en su pelaje.

—Gracias —jadeó.

Los ojos de Manto Mellado estaban perturbados, y había una expresión horrorizada en su rostro.

—¿Qué hacen estos gatos aquí? —siseó.

—¡Creo que están buscando a Zarpa Bermeja y a Guijarro! —respondió Fauces Amarillas.

«*¡Si Flor de Acebo y Salamandra Manchada no hubieran intentado fanfarronear con Mermelada*, *esto no estaría pasando!*»

Manto Mellado abrió las fauces para replicar, pero un fuerte chillido lo interrumpió.

—¡Ayuda! ¡Por aquí! ¡La maternidad!

Girándose, Fauces Amarillas vio a Baya de Serbal y Ratón Alado en la entrada de la maternidad, tratando de luchar contra todo un grupo de gatos del Poblado de los Dos Patas.

—¡Están atacando a las reinas! —Manto Mellado gruñó mientras saltaba hacia ellos—. ¡Estos gatos no tienen honor!

Fauces Amarillas corrió tras él, y los dos guerreros cayeron sobre los intrusos por detrás. Durante varios latidos, Fauces Amarillas atacó a ciegas, con tres o cuatro gatos rodeándola; luego, ella y sus compañeros de Clan obligaron a los mininos caseros a volver al aire abierto, lejos de la entrada de la maternidad. Fauces Amarillas vio a Manto Mellado persiguiendo a uno de ellos hasta los arbustos.

Un fuerte golpe en el hombro la hizo tambalearse; al recuperarse, se encontró frente a Mermelada. El gato rojizo le asestó otro golpe; Fauces Amarillas se agachó y le arañó el pelaje del pecho con las garras. Con un gruñido de furia, Mermelada se lanzó sobre ella y los dos gatos forcejearon, rodando por el suelo.

—¡No tienen derecho a retener aquí a Colorada y a Guijarro! —siseó Mermelada al oído de Fauces Amarillas.

—¡Pero vinieron por voluntad propia! —protestó ella—. ¡Ellos eligieron quedarse!

Mermelada no le estaba prestando atención. Fauces Amarillas sabía que tenía que hacer algo para detener la batalla. Se soltó del gato rojizo, sabiendo que había dejado mechones de su manto gris en sus garras, y miró frenéticamente a su alrededor.

—¡Estrella de Cedro! —aulló, intentando hacerse oír por encima de la tormenta de la batalla.

Vio al líder del Clan mientras golpeaba a un proscrito en las orejas; el gato se dio la vuelta y huyó hacia la oscuridad en el borde del campamento. Fauces Amarillas se apresuró a cruzar el claro para interceptar a Estrella de Cedro antes de que se reincorporara a la batalla.

—¡Estrella de Cedro! —jadeó—. ¡Sé lo que está pasando!

Las garras del líder del Clan brillaron a la luz de las estrellas.

—¿A qué te refieres? —espetó él.

Fauces Amarillas supuso que no había oído el aullido de Mermelada cuando había irrumpido en el claro.

—Cuando estábamos patrullando ayer, le dijimos a un minino casero que Zarpa Bermeja y Guijarro están viviendo en el Clan de la Sombra. Los mininos caseros creen que los tenemos prisioneros. ¡Han venido a recuperarlos!

—¡Eso es una locura! —rugió Estrella de Cedro.

Fauces Amarillas asintió.

—Ya lo sé. Pero los mininos caseros no.

Mientras hablaba, Mermelada se levantó tambaleándose, sangrando por varios arañazos pero aún sobre sus patas.

—Sabemos que Colorada y Guijarro están aquí —gruñó—. ¡Entréguenlos!

El líder del Clan dio un azote con la cola.

—No están aquí. Están patrullando. Y no son prisioneros.

Mermelada se enfrentó al líder del Clan, con el pelaje del cuello erizado.

—Eso dices *tú*.

Fauces Amarillas tuvo que admirar el coraje del gran gato.

—No creerán nada a menos que Zarpa Bermeja y Guijarro se los digan —le maulló a Estrella de Cedro.

El líder del Clan soltó un gruñido de ira y frustración.

—Ve a buscarlos, entonces, y tráelos de vuelta aquí. Sé que podemos ganar esta pelea, pero es mejor para el Clan si la acabamos rápido.

Fauces Amarillas agachó la cabeza y salió corriendo, bordeando grupos de gatos. La patrulla no estaba a la vista cuando ella salió del túnel, pero sabía en qué dirección volverían y se lanzó a su encuentro. Ahora que tenía un momento para pensar, sintió un dolor punzante por todo el cuerpo y se dio cuenta de que sentía las heridas de todos los gatos de la batalla. Su cabeza se nubló de agonía y parpadeó para despejarse. «*¡Debemos acabar con esto rápido!*»

De repente, nuevos olores inundaron a Fauces Amarillas. Al rodear un árbol caído, se detuvo al ver a Manto Mellado, Tormenta de Plumas y Hal frente a frente.

Los tres gatos jadeaban y tenían los ojos desorbitados, con una terrible tensión entre ellos.

—Dime que este gato no es mi padre —le gruñó Manto Mellado a Tormenta de Plumas.

Su madre agitó la cola.

—Renunció al derecho de ser llamado así hace mucho tiempo. Fue su decisión.

Los ojos de Manto Mellado se abrieron de par en par mientras miraba fijamente a Hal.

—¿Lo sabías desde el principio? Pero cuando te encontré, ¡no dijiste nada!

Hal se encogió de hombros.

—Tú no quieres tener nada que ver con el Poblado de los Dos Patas. Yo no quiero tener nada que ver con los Clanes.

—No tienes ni idea de lo que fue crecer sin un padre. —Las palabras de Manto Mellado sonaron como si lo estuvieran ahogando—. ¡Y ahora me entero de que mi padre era un *minino casero*! ¡Todo de lo que se burlaban mis compañeros de Clan es verdad!

Fauces Amarillas sintió que su corazón se desgarraba de compasión por Manto Mellado, más doloroso que cualquier herida. Dio un paso hacia él.

—¡Eso no importa! —le dijo—. Todos los gatos saben que eres un guerrero del Clan de la Sombra.

Manto Mellado se acercó a ella, con los dientes al aire.

—No te metas —gruñó.

Mientras Fauces Amarillas lo miraba, incapaz de irse pero sin saber qué más podía decir, los sonidos de la lucha se colaban entre los árboles, los chillidos y el crujir de patas entre la maleza se acercaban cada vez más.

—Nunca debiste venir aquí —le espetó Tormenta de Plumas a Hal, y se alejó corriendo hacia el ruido de la batalla.

Manto Mellado se volvió hacia su padre, con las piernas rígidas de furia, el pelaje del cuello erizado y la cola tupida al doble de su tamaño.

—Vete ahora —ordenó—. Y no vuelvas nunca.

Hal se lamió el pelaje del pecho lenta y deliberadamente.

—No puedes decirme lo que tengo que hacer, *hijo* —dijo despacio.

—¡Yo no soy tu hijo! —gruñó Manto Mellado, dando un paso amenazador hacia adelante—. ¡Soy un guerrero del Clan de la Sombra!

—Un guerrero con sangre de minino casero en las venas —se burló Hal—. ¿Acaso tus tan llamados compañeros de Clan lo van a olvidar?

Con un rugido de furia, Manto Mellado se abalanzó sobre él; sus garras cortaron la garganta de Hal. Fauces Amarillas sintió que la agonía le recorría el cuello y todo el cuerpo, y por un instante el bosque nevado se volvió negro a sus ojos. Cuando se recuperó, jadeando y parpadeando, vio el cuerpo de Hal inerte en el suelo, con un gran chorro de sangre escarlata manando de su garganta y manchando la nieve.

—¡Lo mataste! —jadeó, mirando horrorizada.

—Debería haberse ido cuando tuvo la oportunidad —gruñó Manto Mellado.

—¡Pero era tu padre! —Fauces Amarillas protestó.

Manto Mellado se volvió hacia ella. Fauces Amarillas podía ver su propio horror reflejado en sus ojos, pero su voz fue fría.

—No era más que un minino casero inútil.

Antes de que Fauces Amarillas pudiera decir más, un nuevo olor a gato la envolvió. Zarpa Bermeja y Guijarro emergieron entre los árboles junto con Cola de Rana y Salto de Cierva.

—¿Qué está pasando? —preguntó Guijarro.

—Mermelada y los demás mininos caseros están atacando nuestro campamento —explicó Fauces Amarillas—. Creen que los tenemos prisioneros.

Mientras hablaba, Zarpa Bermeja vio el cuerpo de Hal y saltó hacia él, mirándolo con consternación.

—¿Qué pasó? —jadeó, con la voz temblorosa.

—Trató de atacar a Fauces Amarillas —contestó Manto Mellado—. No tuve más opción.

Zarpa Bermeja y Guijarro intercambiaron una mirada horrorizada. Fauces Amarillas abrió las mandíbulas para contradecir la mentira de Manto Mellado, luego captó su mirada ámbar y supo que no había nada que pudiera decir que no empeorara todo.

—Pero el código guerrero dice... —Guijarro comenzó.

—Este gato no era parte del código guerrero —interrumpió Manto Mellado—. Ahora vuelvan al campamento y díganle al resto de estos gatos desgraciados que no necesitan que los rescaten. —Echó a correr hacia el campamento.

Guijarro dudó un momento y luego lo siguió. Cola de Rana y Salto de Cierva saltaron tras ellos. Zarpa Bermeja seguía de pie junto al cuerpo de Hal, mirándolo con pena en los ojos.

Fauces Amarillas se acercó a ella y le dio un suave empujón.

—Tenemos que irnos.

—Era mi padre —susurró Zarpa Bermeja.

«*Oh, Clan Estelar.*» Fauces Amarillas esperaba que la joven gata nunca se enterara de que Hal también era el padre de Manto Mellado. «*Al menos hay otros atigrados oscuros de hombros anchos en el Clan que Zarpa Bermeja podría suponer que son el padre de Manto Mellado.*»

Fauces Amarillas le dio otro empujón a Zarpa Bermeja y caminó a su lado hasta que llegaron al campamento. Mirando a su alrededor, vio que, aunque todavía había una o dos escaramuzas, la mayoría de los mininos caseros se habían rendido. Los gatos del Clan estaban de pie junto a ellos, con los flancos agitados y goteando sangre de sus arañazos.

Estrella de Cedro estaba de pie en el centro del claro.

—Aquí están Zarpa Bermeja y Guijarro. —Sus ojos brillaban mientras señalaba a los dos jóvenes gatos con la cola—. Que den un paso adelante.

Zarpa Bermeja y Guijarro se acercaron a su líder de Clan, con una mezcla de vergüenza y horror en las caras mientras miraban a los gatos destrozados por la batalla.

Estrella de Cedro inclinó las orejas hacia Mermelada.

—Díganle a este gato por qué están aquí —ordenó.

—Queríamos ver cómo era la vida en el bosque —empezó Guijarro, levantando la cabeza con confianza—. Y creemos que es buena.

—Elegimos quedarnos —Zarpa Bermeja añadió, agachando la cabeza hacia Mermelada—. No nos tienen prisioneros.

Mermelada se quedó con la boca abierta.

Pixie saltó a su lado, con los ojos muy abiertos de asombro.

—¿Cómo pueden preferir vivir con estas criaturas salvajes y crueles? —ella preguntó—. ¡Vinimos a rescatarlos!

—¿Crueles? —La voz de Estrella de Cedro fue tensa—. Nosotros no fuimos los que atacaron. Si hubieran venido pacíficamente y *preguntado*, no habría habido necesidad de derramar sangre.

—Fue idea de Hal —admitió Mermelada—. Él se negó a renunciar a ti, Colorada. Por cierto, ¿dónde está? —añadió, mirando a su alrededor.

—Está muerto —Zarpa Bermeja se atragantó.

Mermelada y Pixie intercambiaron una mirada horrorizada. Fauces Amarillas también oyó un grito ahogado de Tormenta de Plumas. Al mirarla, no vio nada que sugiriera pena o conmoción en su expresión, pero Fauces Amarillas adivinó que la gata no era tan indiferente como le gustaba fingir.

—Tenía que morir —gruñó Manto Mellado—. Estaba atacando a Fauces Amarillas.

—Pueden llevarse su cuerpo —le dijo Estrella de Cedro a Mermelada—. Abandonen nuestro territorio y manténganse lejos de él. Los hemos tratado con delicadeza esta vez, créeme.

Mermelada dejó escapar un siseo de enojo, pero se dio la vuelta para marcharse.

Pixie se acercó a Zarpa Bermeja y Guijarro.

—Si alguna vez cambian de opinión, siempre serán bienvenidos a volver.

—Gracias —contestó Guijarro, bajando la cabeza—. Pero ahora somos guerreros.

Pixie sacudió la cabeza con tristeza.

—Hal pagó por esto con su vida —maulló—. Y todo fue en vano.

—Fue muy valiente —Zarpa Bermeja murmuró, con los ojos todavía llenos de dolor—. No lo olvidaremos, lo prometo.

Fauces Amarillas miró a su alrededor en busca de Manto Mellado, que se había retirado a acechar al borde del claro. «*Apuesto a que hay un gato que hará todo lo posible por olvidarlo*», pensó.



16

Fauces Amarillas se arrastró por el pantano, con las almohadillas doloridas de pisar el barro duro como una roca y las matas de hierba cubiertas de hielo. Aunque la nieve se había derretido, el aire seguía siendo muy frío y la respiración de Fauces Amarillas se transformaba en una nube. Los juncos se asomaban al borde de los charcos helados, y el traqueteo de sus plumosas copas era lo único que rompía el silencio. No había ruidos ni olores de presas.

Había pasado una luna desde el ataque de los mininos caseros y, aunque las heridas de los gatos del Clan se habían curado, no habían recuperado la fuerza. Parecía como si la estación sin hojas fuera a durar para siempre. Todos los gatos estaban hambrientos todo el tiempo. Fauces Amarillas podía sentir que los huesos le sobresalían a través del pelaje, y no podía dormir por la noche porque sentía las punzadas de hambre en los estómagos de sus compañeros de Clan. «*Cazamos todo el tiempo, día y noche. Y todavía no podemos encontrar suficiente para comer. ¿Qué nos va a pasar?*»

Hizo una pausa, observando a Manto Mellado, que caminaba suavemente unas colas de distancia por delante de ella. Después de un momento se detuvo, con las orejas aguzadas para escuchar. Fauces Amarillas se deslizó hacia él, siguiendo su mirada hasta una mata de pasto a medio camino entre los dos. Al acercarse, oyó un leve rasguño entre los tallos quebradizos y percibió el olor de una musaraña. Manto Mellado hizo una señal a Fauces Amarillas con la cola y saltó hacia el pasto, arrastrándolo con las patas delanteras. La musaraña se asustó y salió corriendo hacia Fauces Amarillas. Se puso rápidamente en la postura del cazador, pero al abalanzarse una de sus patas traseras resbaló en un trozo de hielo y tropezó, aterrizando torpemente a una cola de distancia de la presa. Manto Mellado saltó hacia delante, pero llegó demasiado tarde. La musaraña salió corriendo, refugiándose en una maraña de espinas.

—¡Excremento de zorro! —gruñó el gato atigrado—. Fauces Amarillas, si eso es lo mejor que puedes hacer, será mejor que vuelvas al campamento.

—No seas ridículo —le replicó Fauces Amarillas—. ¿Nunca perdiste una presa? Sabes que tenemos que seguir cazando.

Manto Mellado resopló, pero no dijo nada más. Mientras él y Fauces Amarillas volvían hacia los árboles, Zarpa Bermeja y su mentora, Tormenta de Plumas, salieron de la sombra de las ramas, en dirección al campamento. Fauces Amarillas saltó a su

encuentro; al acercarse vio que Zarpa Bermeja llevaba un cuervo, con las orejas asomando tras un revoltijo de plumas negras.

—¡Consiguieron cazar algo! —Fauces Amarillas maulló—. ¡Qué bien! No hay ni un ratón revolviéndose en los pantanos.

—Zarpa Bermeja lo encontró —respondió Tormenta de Plumas, con una mirada de aprobación a su aprendiza.

Los ojos de Zarpa Bermeja brillaban de orgullo, aunque Fauces Amarillas notó que Manto Mellado estaba erizado con el ceño fruncido.

—El Clan estará encantado —maulló Fauces Amarillas, alejándose—. Nos vemos luego.

Cuando Tormenta de Plumas y su aprendiza estuvieron fuera del alcance de sus oídos, se volvió hacia Manto Mellado.

—No hay nada malo en que Tormenta de Plumas elogie a Zarpa Bermeja. Se lo merecía.

Manto Mellado olfateó.

—Ese cuervo era una cosa vieja y sarnosa —murmuró.

La impaciencia brotó dentro de Fauces Amarillas y dejó que se desbordara.

—Ya he tenido suficiente de la forma en que siempre tratas a Zarpa Bermeja como a un montón de cagarrutas de ratón —siseó—. Ella no tiene la culpa de que Hal también fuera su padre. Tienes que encontrar una manera de lidiar con ello. No es solo tu compañera de Clan, ¡es tu hermana!

Manto Mellado se detuvo y la miró fijamente. Demasiado tarde, Fauces Amarillas recordó que la noche de la batalla se había dirigido al campamento con Guijarro antes de que Zarpa Bermeja le revelara que era hija de Hal. «*¿Y? No le hará daño enfrentarse a la verdad.*»

—¡No vuelvas a decir eso jamás! —gruñó Manto Mellado, dando un azote con la cola—. Yo no tengo padre. Zarpa Bermeja no es nada para mí. —Le dio la espalda, y luego miró por encima del hombro para añadir—: Tienes suerte de que estuviera allí para defenderte cuando empezó a atacar. No tenías ninguna posibilidad.

Fauces Amarillas sintió que se le erizaba el pelo del cuello de asombro. «*¡No fue así como ocurrió!*» Pero sabía que no tenía sentido tratar de hacer entrar en razón a Manto Mellado. Estaba demasiado desesperado por distanciarse del Poblado de los Dos Patas y de los gatos que vivían allí. El gato empezó a alejarse, pero se detuvo y dirigió las orejas hacia un grupo de juncos cercanos. Fauces Amarillas se abrió paso entre los tallos y vio un mirlo picoteando el suelo de espaldas a ella. Paso a paso, se acercó sigilosamente, mientras Manto Mellado avanzaba por el otro lado. «*¡Clan Estelar! No dejes que se me escape este.*» Fauces Amarillas rezó mientras se agachaba. Saltando hacia delante, sintió cómo sus garras se clavaban en el pájaro mientras este revoloteaba y se quedaba inerte entre sus patas.

—¡Gran captura! —Manto Mellado exclamó, acercándose. Le brillaban los ojos; su mal humor había desaparecido. Se inclinó para olfatear la presa, y entonces

añadió—: Me pregunto cuándo tendremos a nuestros primeros aprendices. Ya debemos estar listos para ser mentores.

—Claro que lo estamos —Fauces Amarillas respondió—. Pero podría tardar un poco. Solo está Pequeño Nube en la maternidad.

Manto Mellado asintió.

—Quiero que seamos mentores juntos. —Fijó su cálida mirada ámbar en Fauces Amarillas—. ¿No sería genial si yo fuera líder y tú mi lugarteniente? —Hizo una pausa y Fauces Amarillas captó un destello de incertidumbre en sus ojos—. Si es que quieres estar conmigo —añadió.

Fauces Amarillas parpadeó ante su rostro apuesto y sus ojos preocupados. Deseaba que siempre se mostrara así de abierto con ella, que controlara su mal genio y sus ocasionales silencios obstinados. Pero, ¿cómo debió de ser crecer sin saber quién era su padre? ¿Y luego descubrir que su padre era un minino casero que no quería saber nada de él? Si Manto Mellado se enojaba a veces, o se resistía a hablar, ¿no era comprensible?

—Claro que quiero estar contigo —susurró.

Manto Mellado le dio una rápida lamida en la oreja.

—Me alegra. Ahora llevemos tu presa de vuelta al campamento —maulló.

Varios gatos se amontonaron a su alrededor mientras Fauces Amarillas dejaba caer su mirlo sobre el pequeño y lamentable montón de carne fresca.

—Buen trabajo, Fauces Amarillas —murmuró Salto de Cierva, haciendo que Fauces Amarillas se sintiera orgullosa de los elogios de su antigua mentora.

Algunos gatos más la felicitaron también, aunque se dio cuenta de que otros se apartaban con olfateos decepcionados.

—Solo un escuálido mirlo —oyó a Corazón de Raposa quejarse—. ¿De qué le sirve eso a alguien?

Fauces Amarillas la ignoró. Desde que había entrado en el campamento la invadía una extraña sensación: un hormigueo bajo el manto, como si tuviera frío y calor al mismo tiempo. «*¿Qué me pasa ahora?*»

Dejando a los gatos junto al montón de carne fresca, Fauces Amarillas trató de averiguar de dónde procedía esa sensación. Sus patas la llevaron a la guarida de los veteranos; metiendo la cabeza dentro, vio a Ave Pequeña revolviéndose inquieta en su lecho. Tenía los ojos vidriosos y murmuraba algo en voz baja. «*¡Oh, no! ¡Estoy sintiendo la fiebre de Ave Pequeña!*»

Fauces Amarillas corrió a través del campamento a buscar a Bigotes de Salvia.

—¡Ven rápido! —jadeó mientras se deslizaba entre las dos rocas que formaban la entrada a la guarida de la curandera—. Ave Pequeña tiene fiebre.

Bigotes de Salvia levantó la mirada de donde estaba contando hojas de romaza.

—Bien, trae las hierbas que necesita —dijo.

—¿Qué? —La sorpresa golpeó a Fauces Amarillas como la pata de un tejón—. Bigotes de Salvia, ¿tienes abejas en el cerebro? No soy una curandera. ¡Le podría dar a Ave Pequeña algo equivocado! ¡Podría incluso matarla!

Bigotes de Salvia dudó un instante más, luego se encogió de hombros y se dirigió a los agujeros donde guardaba las hierbas. Fauces Amarillas pudo ver lo bajo que tenía que llegar para sacar unas cuantas hojas de borraja marchitas. «*El almacén debe de estar casi vacío.*» Fauces Amarillas sintió que su pelaje se erizaba de miedo. «*Quedan tan pocas hierbas, y hace demasiado frío para que crezcan plantas frescas. ¿Qué haremos, con nuestros gatos muriéndose de hambre y enfermando?*»

Bigotes de Salvia se dio la vuelta con la boca llena de hierbas. Asintió a Fauces Amarillas y salió de la guarida. Cuando la curandera cruzó el claro, pasó junto a Manto Mellado, que estaba en medio del campamento mirando a su alrededor. Fauces Amarillas trotó hacia él.

—¡Ahí estás! —exclamó—. Te he estado buscando por todas partes. Pensé que podríamos hacer un poco de entrenamiento de batalla con Corazón de Raposa y Paso de Lobo. —Apuntó con la cola hacia los dos jóvenes guerreros que esperaban ansiosos detrás de él.

Entre su hambre y las sensaciones de la fiebre de Ave Pequeña, Fauces Amarillas sabía que no sería capaz de concentrarse en la práctica de habilidades de batalla.

—No, gracias —respondió—. Voy a salir a cazar de nuevo.

—Oh, vamos —Manto Mellado insistió—. Hemos cazado toda la mañana.

El enojo estalló dentro de Fauces Amarillas.

—Los movimientos de batalla no van a llenar nuestros estómagos —gruñó—. ¡El Clan necesita encontrar comida, no prepararse para batallas que tal vez ni siquiera ocurran! Todos los otros Clanes están demasiado ocupados tratando de llenar sus estómagos para tener tiempo de atacarnos.

Manto Mellado dio un paso atrás, con confusión en los ojos.

—Creía que querías ser la mejor guerrera posible —protestó—. Deja que los aprendices cacen. No podemos ignorar el entrenamiento de batalla solo porque no pueden encontrar suficiente para que comamos.

Fauces Amarillas abrió la boca para discutir. «*¿Desde cuándo ha sido el trabajo de los aprendices alimentar a todo el Clan? Especialmente ahora, cuando hay tan pocas presas que encontrar.*»

—Déjala, Manto Mellado. —Corazón de Raposa se acercó al hombro de Manto Mellado—. Le pediré a Raya de Lagartija que venga con nosotros.

Manto Mellado asintió; luego con una mirada fría a Fauces Amarillas le dio la espalda y se dirigió a través del campamento hacia el túnel. La gata gris lo siguió con la mirada durante un par de latidos. «*Bien, entiendo por qué se comporta así, ¡pero eso no significa que tenga que gustarme!*» Encogiéndose de hombros con enojo, fue a buscar a Colmillo de Piedra. «*Le pediré que me envíe en otra patrulla de caza.*»

Fauces Amarillas encontró al lugarteniente del Clan hablando con Estrella de Cedro en la guarida del líder entre las raíces del gran roble. Mientras se acercaba, se dio cuenta de que ambos gatos parecían mucho más viejos de lo que en realidad eran. Estaban tan delgados como zorros, sus hocicos grises por la edad, sus cuerpos

acurrucados juntos sobre el musgo húmedo. «*No parecen los líderes de un Clan fuerte y poderoso. Necesitan que llegue la estación de la hoja nueva. con más presas para llenar sus estómagos.*»

Al detenerse en la entrada de la guarida, Fauces Amarillas inclinó la cabeza. Estrella de Cedro se despertó al verla.

—¿Qué pasa, Fauces Amarillas?

—Quería hablar con Colmillo de Piedra —admitió Fauces Amarillas—. ¿Hay alguna patrulla de caza a la que pueda unirme?

Fue Estrella de Cedro quien le respondió, con voz de aprobación.

—Estás trabajando duro, Fauces Amarillas. Asegúrate de comer algo antes de volver a salir.

Colmillo de Piedra asintió.

—Salto de Cierva va a liderar una patrulla con Brinco de Sapo y Corazón de Cenizas —maulló, dirigiendo sus orejas hacia el montón de carne fresca, donde los gatos que había nombrado estaban comiendo apresuradamente—. Puedes ir con ellos.

—¡Gracias!

Fauces Amarillas salió corriendo, informó a Salto de Cierva, y tomó una musaraña bastante enclenque del montón de carne fresca.

Estaba engullendo el último bocado cuando Salto de Cierva guió a la patrulla a través del túnel. El bosque aún parecía vacío de presas. Brinco de Sapo cazó un ratón que salió de unas raíces casi delante de sus narices, pero eso fue todo lo que vieron hasta que los muros del Poblado de los Dos Patas aparecieron entre los árboles.

—Espero que no nos acerquemos demasiado —murmuró Corazón de Cenizas; ella y Fauces Amarillas se habían quedado ligeramente más atrás de los demás—. No quiero encontrarme con ningún minino casero. ¡Están locos como para atacar así!

—No nos molestarán si nos mantenemos fuera de su camino —Fauces Amarillas respondió—. Especialmente ahora que se dan cuenta de que no robamos a Zarpa Bermeja y Guijarro.

Corazón de Cenizas parecía poco convencida.

—¿Quién sabe lo que harán los mininos caseros? No es como si tuvieran un código guerrero. —Miró a su alrededor, flexionando las garras como si esperara que un minino casero hambriento de batalla saliera de la maleza—. ¿Qué sentiste cuando tuviste que enfrentarte a ese gran minino casero? —continuó—. ¿Estabas realmente asustada? ¿Manto Mellado te salvó la vida?

Fauces Amarillas no sabía qué responder. Ella no quería reforzar la mentira de Manto Mellado, pero no podía delatarlo a otros gatos.

—Supongo… —murmuró—. Todo sucedió tan rápido.

—Los mininos caseros lucharon mejor de lo que esperaba —Corazón de Cenizas continuó; Fauces Amarillas se sintió aliviada de que no indagara más sobre la muerte de Hal—. Pero no es como que hayan tenido entrenamiento guerrero. ¿Cuál de nuestros movimientos de batalla crees que funcionó mejor contra ellos?

En ese momento Fauces Amarillas se dio cuenta de que Salto de Cierva había dado media vuelta y se dirigía hacia ellas.

—Se supone que estamos cazando, por si no se habían dado cuenta —espetó la gata mayor—. Y aquí están, parloteando como un par de estorninos.

—Lo siento, Salto de Cierva —maulló Fauces Amarillas.

—Eso espero. Fauces Amarillas, mira a ver qué puedes encontrar en ese zarzal. Corazón de Cenizas, prueba en ese helecho de ahí. De verdad, no debería tener que separarlas como a un par de aprendizas antes de que hagan algún trabajo.

Con el manto caliente por la vergüenza, Fauces Amarillas se dirigió a las zarzas. Separando las mandíbulas para probar el aire, captó el leve rastro de algo verde y creciente. Siguiendo el rastro de olor, llegó a un trozo de corteza en el borde de la espesura. Dándole la vuelta con una pata, descubrió unos tallos de fárfara, los brillantes pétalos amarillos apenas comenzaban a aparecer en los brotes verdes. La corteza y las zarzas debían de haberlas protegido de lo peor del frío. «*Fárfara*, *eso es bueno para la tos*», pensó Fauces Amarillas con satisfacción. Con cuidado, arrancó los tallos con los dientes y los apartó de las zarzas. Levantó la mirada y vio que Brinco de Sapo y Salto de Cierva la observaban con expresión desconcertada.

—Se supone que tienes que cazar cosas que podamos comer —señaló Brinco de Sapo.

—¡Pero Bigotes de Salvia necesita esto! —Fauces Amarillas protestó con la boca llena de tallos.

Salto de Cierva asintió.

—Supongo que tienes razón. Déjalos en el suelo mientras buscas presas.

—Lo siento, no puedo —se disculpó Fauces Amarillas—. Si los pongo en el suelo se marchitarán y se congelarán. Tengo que llevárselos a Bigotes de Salvia ahora mismo.

Los guerreros intercambiaron una mirada.

—¡Por el Clan Estelar! —murmuró Brinco de Sapo.

—Será mejor que vayas, entonces —Salto de Cierva maulló después de un momento de pausa—. Pero date tanta prisa como puedas, y vuelve enseguida.

Fauces Amarillas asintió y salió corriendo en dirección al campamento. La esperanza se disparó en su interior. «*Las hierbas están empezando a crecer de nuevo*. *¡La hoja nueva no puede estar lejos!*»

Mientras se acercaba al campamento, vio a Manto Mellado y a Corazón de Raposa de pie con las mandíbulas entreabiertas como si estuvieran tratando de captar un olor. «*¿Están cazando después de todo?*», se preguntó Fauces Amarillas, molesta después de que Manto Mellado hubiera hecho tanto alboroto sobre el entrenamiento de batalla.

—Puedo oler a Raya de Lagartija —maulló Manto Mellado cuando Fauces Amarillas se acercó—. Creo que se esconde en ese matorral de avellanos.

—Eres un gran rastreador, Manto Mellado —Corazón de Raposa comentó—. Veamos si podemos acercarnos sigilosamente sin que nos oiga.

Lado a lado los dos guerreros se arrastraron a través del pasto, solo para detenerse cuando Fauces Amarillas se acercó.

—¿Hierbas? —preguntó Manto Mellado, mirando fijamente el bocado de Fauces Amarillas—. ¿No se suponía que estabas cazando?

Fauces Amarillas apoyó con cuidado el montón en una de sus patas.

—Bigotes de Salvia necesita esto —maulló.

Manto Mellado puso los ojos en blanco.

—¡Entonces Bigotes de Salvia debería pedirles a los aprendices que los reúnan por ella, no a los guerreros!

—No es como que sea difícil —añadió Corazón de Raposa.

—El deber de un guerrero es cuidar del Clan —Fauces Amarillas espetó—. Eso significa recolectar hierbas, así como cazar para comer y luchar.

—No, no es así. —La punta de la cola de Manto Mellado se crispó—. No eres una curandera, así que los compañeros de Clan enfermos no son tu responsabilidad. Cualquier gato pensaría que no quieres ser una guerrera.

—Por supuesto que quiero ser una guerrera —replicó Fauces Amarillas.

—Entonces avísame cuando quieras empezar de nuevo el entrenamiento de batalla —Manto Mellado maulló, y pasó junto a ella, rozándola—. ¡Hey, Raya de Lagartija, sal! ¡Sabemos que estás ahí!

Fauces Amarillas se dirigió al campamento, haciendo una mueca por el dolor y el hambre que la golpearon en cuanto salió del túnel. «*Ojalá pudiera decirle a Manto Mellado cómo me siento cuando mis compañeros de Clan sufren. Pero sé que nunca lo entendería.*» Suspiró. «*¡Yo no pedí esto! ¡Yo solo quiero ser una guerrera!*»



17

Fauces Amarillas se despertó de un tirón y se dio cuenta de que no podía respirar. «*¡Clan Estelar, ayúdame!*» Forcejeó con las patas, intentando apartar el musgo que creía que la estaba asfixiando. Pero sus patas se cerraron en el aire vacío. No había musgo encima de ella. Abrió los ojos y miró a su alrededor. Todos los demás guerreros dormían, sus flancos subían y bajaban suavemente mientras respiraban. Cada bocanada de aire le suponía un gran esfuerzo. Fauces Amarillas se puso de pie y salió tambaleándose de la guarida, esquivando a Bigotes de Nuez, quien estaba acurrucado en su lecho. El frío se apoderó de ella cuando salió al claro, como si garras de hielo se hundieran profundamente en su manto. Las estrellas brillaban en un cielo claro y negro. Nada se movía en el campamento, pero Fauces Amarillas podía oír el murmullo de voces procedentes de la guarida de los veteranos.

Fauces Amarillas, que aún luchaba por respirar, cruzó cojeando el claro. A medida que se acercaba a la guarida, podía oír las mismas respiraciones ásperas, y la voz de Fauces de Lagarto maullando:

—No puedes seguir así, Ave Pequeña. Necesitas a Bigotes de Salvia.

Fauces Amarillas echó un vistazo a la guarida y vio a Ave Pequeña echada en el musgo, con el pecho agitado mientras luchaba por respirar. Fauces de Lagarto miraba impotente mientras acariciaba el hombro de Ave Pequeña con una pata.

—Iré a buscar a Bigotes de Salvia —maulló Fauces Amarillas.

Cuando la gata gris llegó a la guarida de la curandera, Bigotes de Salvia estaba acurrucada en su lecho, tan profundamente dormida que le costó varios latidos despertarla. Fauces Amarillas supuso que estaba agotada de cuidar a todos los gatos que habían enfermado de frío y hambre. Cuando se despertó, parpadeó confundida, mirándola.

—¿Qué?

Impaciente, Fauces Amarillas cruzó la guarida hasta los agujeros donde se guardaban las hierbas y apartó los helechos que los cubrían. La fárfara que había recogido dos amaneceres atrás ya había sido utilizada, pero encontró unas pocas bayas de enebro marchitas en el fondo de un agujero. Enganchando una sola baya con la garra, Fauces Amarillas se la llevó a Bigotes de Salvia y se la puso bajo la nariz.

—Ave Pequeña no puede respirar —le dijo a la curandera—. Esto la ayudará, ¿verdad?

Bigotes de Salvia asintió cansada.

—Llámame si hay algún problema —murmuró.

Fauces Amarillas parpadeó, sorprendida por la confianza de la curandera en ella. «*¡Hey, no soy tu aprendiza!*», pensó, luego se encogió de hombros y se marchó con la baya.

Fauces de Lagarto levantó la mirada alarmado cuando Fauces Amarillas entró en la guarida de los veteranos.

—¿Por qué no vino Bigotes de Salvia? —maulló—. ¿Está bien?

—Ella está bien —le dijo Fauces Amarillas—. Solo estoy ayudando. Vamos, Ave Pequeña, Bigotes de Salvia te envió esta baya de enebro. Te ayudará a respirar.

Ave Pequeña le quitó la baya de la garra a Fauces Amarillas, masticó débilmente y consiguió tragársela. Luego volvió a echarse y cerró los ojos. Para alivio de Fauces Amarillas, la tensión de su pecho empezó a relajarse.

—Mira, Fauces de Lagarto —sugirió Fauces Amarillas—, si levantamos un poco el musgo de este lado, Ave Pequeña podrá estar más erguida mientras descansa. Le ayudará a respirar mejor.

Fauces de Lagarto levantó a Ave Pequeña mientras Fauces Amarillas construía un montículo de musgo bajo los hombros de la anciana.

La gata enferma dejó escapar un suspiro; su respiración ya empezaba a mejorar.

—Gracias —murmuró ella.

Fauces de Lagarto se acurrucó junto a Ave Pequeña para mantenerla caliente, y Fauces Amarillas regresó a la guarida de Bigotes de Salvia. Su propia respiración se había calmado junto con la de Ave Pequeña.

La curandera seguía despierta, y se incorporó a medias cuando Fauces Amarillas se deslizó entre los peñascos.

—¿Cómo está?

—Mejor —le contestó Fauces Amarillas—. No creo que necesites verla esta noche.

Bigotes de Salvia asintió.

—Gracias, Fauces Amarillas. La veré al amanecer.

Abriéndose paso de regreso a la guarida de los guerreros, Fauces Amarillas se dio cuenta de que Manto Mellado estaba despierto, sus ojos ámbar brillaban en la oscuridad.

—¿Dónde estabas? —susurró.

—Ayudando a Ave Pequeña —Fauces Amarillas respondió, abriéndose paso entre los gatos dormidos para llegar a su lecho—. No podía respirar, así que le llevé una baya de enebro.

Los ojos de Manto Mellado se entrecerraron.

—Eso es responsabilidad de Bigotes de Salvia, no tuya.

Aliviada de que no le hubiera preguntado cómo sabía que Ave Pequeña necesitaba ayuda, Fauces Amarillas maulló:

—Es que no quiero que mis compañeros de Clan sufran, ¿bien?

Manto Mellado soltó un bufido medio molesto, medio divertido.

—¡Dije que seríamos líder y lugarteniente, no líder y curandera!

Hizo una seña con la cola, y Fauces Amarillas se acurrucó a su lado, con sus mantos apretados contra el frío. «*Esto es lindo* —pensó Fauces Amarillas somnolienta mientras se hundía en el sueño—. *Ojalá pudiéramos estar siempre así.*»

La luna llena flotaba en lo alto del campamento del Clan de la Sombra. Fauces Amarillas no había sido elegida para ir a la Asamblea, pero no podía dormir hasta saber qué había pasado allí. Se sentó en la guarida de los guerreros, con las patas metidas debajo de ella, hasta que oyó el sonido de patas corriendo por el suelo de tierra compactada del campamento. Manto Mellado fue el primer gato en aparecer, abriéndose paso con sus anchos hombros a través de las ramas exteriores de la guarida.

—¿Alguna novedad? —Fauces Amarillas preguntó, levantándose de un salto.

La expresión de Manto Mellado era sombría.

—Todos los Clanes parecían mejor alimentados que nosotros —informó, con los labios contraídos en el comienzo de un gruñido—. Y Estrella de Brezo del Clan del Viento contó esta ridícula historia de que detectó el olor del Clan de la Sombra en su territorio.

—¡Eso es completamente injusto! —Fauces Amarillas maulló indignada—. Ningún gato ha estado allí.

—Lo sé, pero el Clan del Viento no lo creerá. —Manto Mellado dio a sus bigotes una sacudida de disgusto—. Y eso no es todo. Bigotes Plumosos, el curandero del Clan del Trueno, les estaba haciendo preguntas muy raras a Corazón de Raposa y a Zarpa Bermeja.

—¿Qué clase de preguntas?

—Oh, si todo va bien en el Clan de la Sombra… ese tipo de preguntas.

Fauces Amarillas estaba desconcertada.

—Pero Bigotes Plumosos debe haber visto a Bigotes de Salvia en la media luna… ¿por qué necesita hacer preguntas en una Asamblea? A menos que le preocupara que todos nuestros guerreros se vieran tan delgados.

Manto Mellado resopló.

—¡Los curanderos deberían mantener sus narices en donde pertenecen!

—Seguro que no hay de qué preocuparse —lo tranquilizó Fauces Amarillas, apoyando la punta de la cola en su hombro.

Ahora más gatos se abrían paso hacia la guarida. Corazón de Raposa pasó con rapidez, sus patas esparcieron musgo, Raya de Lagartija entró justo detrás de ella. La gata naranja se detuvo cuando vio a Fauces Amarillas.

—¿Te quedaste atrás para ir a cazar hierbas? —molestó.

—Sí, debe ser muy difícil encontrar hojas —Raya de Lagartija añadió.

Las dos gatas intercambiaron una mirada y soltaron un ronroneo burlón. Fauces Amarillas puso los ojos en blanco, pero no se molestó en replicar.

—Sabes, tienen razón —maulló Manto Mellado cuando Corazón de Raposa y Raya de Lagartija se fueron a sus lechos—. Pasas demasiado tiempo ayudando a Bigotes de Salvia cuando deberías estar haciendo tareas de guerrera.

Fauces Amarillas se erizó.

—No eres el líder del Clan; no me digas lo que tengo que hacer —murmuró, dándole la espalda a Manto Mellado.

Sintió el cálido aliento de Manto Mellado en la nuca.

—No te estoy diciendo qué hacer —murmuró—. Es solo una sugerencia, ¿bien? Eres una guerrera, no una curandera. Yo lo sé, tú lo sabes, solo tienes que asegurarte de que el resto del Clan también lo tenga claro.

Fauces Amarillas dio un paso adelante, inclinando la cabeza hacia el líder del Clan.

—Me gustaría unirme a una patrulla de caza, por favor, Estrella de Cedro.

Era la mañana siguiente a la Asamblea. Estrella de Cedro y Colmillo de Piedra estaban organizando las primeras patrullas. El aire seguía helado, pero el sol brillaba en un cielo azul pálido, y en algún lugar en lo alto, un pájaro trinaba. El corazón de Fauces Amarillas se aceleró ante la perspectiva de una presa.

—Bien, Fauces Amarillas —maulló Estrella de Cedro—. Puedes ir con Ojo Rayado, Paso de Lobo y Hoja Ámbar.

Mientras Fauces Amarillas se acercaba para unirse a ellos, captó una mirada de aprobación de Manto Mellado. Él iba a liderar otra patrulla con Ala de Ventisca, Patas de Helecho y Salamandra Manchada. Aunque estaba decepcionada por no poder cazar con él, Fauces Amarillas se sentía satisfecha. «*¡Al menos ahora no podrá decir que no cumplo con mis deberes de guerrera!*»

Ojo Rayado tomó la delantera mientras la patrulla se dirigía fuera del campamento y a través del pantano cubierto de hielo.

—Creo que hoy probaremos los bordes del Sendero Atronador —anunció—. Ningún gato ha cazado allí desde hace unos días.

Fauces Amarillas y los demás lo siguieron hasta que se acercaron al lugar donde el túnel conducía por debajo del Sendero Atronador. El páramo del Clan del Viento se extendía al otro lado, contrastando nítidamente contra el cielo.

Ojo Rayado se detuvo y miró las colinas con los ojos entrecerrados.

—No puedo creer lo que dijo Estrella de Brezo anoche en la Asamblea. ¡Nos acusó de traspasar!

Hoja Ámbar agitó la cola.

—Déjala hablar. Los gatos del Clan del Viento son puros maullidos y nada de garras.

Fauces Amarillas no estaba tan segura. Olfateó las matas de pasto cercanas en busca de hierbas frescas y presas. De repente se congeló. Había percibido un olor diferente, no uno que hubiera esperado.

—¡Esperen! —llamó a la patrulla, que empezaba a alejarse de nuevo—. Puede que tengamos intrusos. Intrusos del *Clan del Viento*.

Ojo Rayado se giró.

—¿Dónde?

Fauces Amarillas hizo una seña con un movimiento de sus orejas, y sus compañeros de Clan se acercaron a olfatear la mata donde había detectado el olor del Clan del Viento.

—Son ellos, sin duda —confirmó Hoja Ámbar con un enérgico movimiento de cabeza—. Y es fresco.

—Vean si pueden seguir el rastro —Ojo Rayado maulló en voz baja—. Y guarden silencio. Puede que aún estén por aquí.

Los tres gatos comenzaron a buscar de un lado a otro, con las mandíbulas abiertas para probar el aire. Paso de Lobo fue el primero en captar más rastros de los invasores. Hizo una señal con la cola, y Ojo Rayado tomó la delantera de nuevo, siguiendo el rastro de olor. «*¿Cómo se atreven esos sarnosos gatos del Clan del Viento a cruzar nuestra frontera?* —pensó Fauces Amarillas—. *Nos acusan a* nosotros *de traspasar, ¡y luego ponen sus sucias patas en nuestro territorio!*»

El sendero llevaba hacia los túneles subterráneos. Pero antes de llegar al borde del Sendero Atronador, la patrulla rodeó un enjuto matorral de abedules y se encontró con cuatro gatos, que examinaban con confianza el territorio del Clan de la Sombra. Fauces Amarillas los reconoció de Asambleas anteriores: Raya del Amanecer y el joven guerrero Cola Alta, y dos gatos más llamados Garra Roja y Garra de Musaraña.

—En nombre del Clan Estelar, ¿qué están haciendo aquí? —exigió Ojo Rayado.

Los cuatro gatos del Clan del Viento saltaron al oír su voz y se giraron para enfrentarse a la patrulla del Clan de la Sombra. Fauces Amarillas vio un destello de culpa en sus caras, que desapareció casi al instante para ser reemplazado por desafío.

Raya del Amanecer se adelantó.

—Hemos encontrado olor del Clan de la Sombra en territorio del Clan del Viento —afirmó.

—¡Eso no es cierto! —La voz de Ojo Rayado estaba furiosa, y el pelaje de su cuello comenzó a erizarse.

Fauces Amarillas se adelantó para ponerse al hombro de Ojo Rayado. Por el rabillo del ojo, pudo ver sus costillas sobresaliendo a través de su pelaje gris. «*¿Los gatos del Clan del Viento no pueden ver que todos estamos tan débiles que apenas podemos llegar al borde de nuestro propio territorio?*»

—Incluso si hubiéramos invadido su territorio —maulló Hoja Ámbar—, que no lo hicimos, eso no les da derecho a estar aquí. —Dio un paso amenazador hacia los intrusos—. Lárguense ya.

—Oh, ¿no podemos quedarnos y echar un vistazo? —Garra de Musaraña preguntó, su voz estaba llena de decepción fingida—. Estas criaturas delgadas no van a ser capaces de detenernos.

Sin decir una palabra, Fauces Amarillas y sus compañeros de Clan se pusieron en línea de batalla. Un rayo de ira atravesó a Fauces Amarillas. «*¡El Clan de la Sombra es fuerte! ¿Cómo se atreven los gatos del Clan del Viento a hablarnos así?*»

—Miren —Ojo Rayado comenzó—, saben que están equivocados. Lárguense ahora y evitaremos una pelea.

Los gatos del Clan del Viento no se movieron. Fauces Amarillas sintió un hormigueo de tensión por todo el cuerpo, desde las orejas hasta la punta de la cola, y flexionó las garras.

—¿Y si no lo hacemos? —Garra Roja se burló—. ¿Nos van a comer?

Ojo Rayado dejó escapar un chillido y saltó directamente al gato del Clan del Viento. El resto de los gatos no tardaron más de un latido en seguirlos. Pero cuando los dos gatos chocaron, Fauces Amarillas sintió una sacudida de dolor en lo profundo de sus huesos; se tambaleó, casi perdiendo el equilibrio. Cola Alta se cernía sobre ella y Fauces Amarillas luchaba por colocarse en la posición adecuada para defenderse. A su lado, vio a Hoja Ámbar con sangre brotando de un profundo arañazo en el costado. Entonces Raya del Amanecer saltó de nuevo hacia ella con sangre en las garras y Fauces Amarillas chilló de dolor. Se desplomó en el suelo, con la mente llena de visiones de mantos destrozados y sangre gorgoteando en su garganta, ahogándola. Sentía las garras de Cola Alta atravesándole el manto hasta la carne, pero solo podía golpearle débilmente con las patas, como si fuera una gatita asustada.

—Atrás, Cola Alta. —La voz de Raya del Amanecer llegó a Fauces Amarillas a través de la niebla de dolor—. Ya hemos hecho lo suficiente. Esto le enseñará a estos gatos sarnosos a no invadir el territorio del Clan del Viento.

Fauces Amarillas estaba demasiado maltratada para hablar. Más allá del dolor, todo lo que podía pensar era en que los gatos del Clan del Viento iban a salirse con la suya invadiendo al Clan de la Sombra. Entonces un estruendo de patas golpeó sus oídos, cada vez más fuerte. Fue consciente de unos gatos que saltaban a su lado, y percibió el olor de Manto Mellado. «*¡La otra patrulla está aquí!*», se dio cuenta, y empezó a temblar de alivio. Parpadeando para alejar la oscuridad que intentaba absorberla, Fauces Amarillas levantó la cabeza para ver a Manto Mellado frente a los gatos del Clan del Viento.

—¡Largo! —gruñó—. Si creen que pueden venir aquí y atacar a nuestros gatos, pueden pensarlo de nuevo. Mis garras les demostrarán que están equivocados.

—Es fácil decirlo —gruñó Raya del Amanecer.

Pero Fauces Amarillas vio que los gatos del Clan del Viento también habían sufrido heridas; a Raya del Amanecer le faltaba un mechón de pelo en el hombro, mientras que Garra de Musaraña y Garra Roja sangraban. Obviamente, no estaban en condiciones para otra pelea.

—No se atrevan a poner una pata en nuestro territorio otra vez. —Garra Roja estiró el cuello para estar nariz a nariz con Manto Mellado—. U obtendrán más de lo mismo.

Manto Mellado soltó un bufido despectivo.

—Me aterrorizas.

La única respuesta de Garra Roja fue una mirada fulminante. Entonces los gatos del Clan del Viento estaban retrocediendo, dirigiéndose al Sendero Atronador y al túnel que los llevaría de vuelta a su propio territorio.

Fauces Amarillas volvió a apoyar la cabeza en el suelo. Podía sentir la sangre que salía de sus heridas, así como la agonía de las heridas de los demás gatos. Fue consciente de que Manto Mellado se inclinaba sobre ella, y sintió su lengua rozando cálidamente sus orejas.

—Vamos a llevarte de vuelta al campamento —maulló.

—¡No! —Fauces Amarillas murmuró—. Ayuda a Hoja Ámbar primero. Está muy herida.

Sintió la nariz de Manto Mellado tocar su oreja, y su voz era inusualmente suave.

—Estúpida bola de pelos, deja de preocuparte por todos los demás de una vez.

Con Manto Mellado a un lado y Patas de Helecho al otro, Fauces Amarillas consiguió ponerse de pie y volver tambaleándose al campamento. Cuando ella y los otros gatos salieron al claro, sus compañeros de Clan se abalanzaron sobre ellos, dejando escapar aullidos de conmoción y angustia al ver lo malherida que estaba la patrulla.

Flor Radiante corrió hacia Fauces Amarillas.

—¿Qué pasó? —preguntó, con los ojos muy abiertos por la angustia—. Oh, Fauces Amarillas… Ven directamente a Bigotes de Salvia a que te mire esas heridas.

Caminó junto a Fauces Amarillas mientras Manto Mellado y Patas de Helecho la llevaban a la guarida de la curandera. Ojo Rayado se alejó cojeando con Paso de Lobo para informar a Estrella de Cedro.

Algún gato había avisado a Bigotes de Salvia, quien ya estaba recogiendo telarañas para detener la hemorragia. Se agachó junto a Fauces Amarillas, diciéndole a Flor Radiante que fuera con Hoja Ámbar a la guarida de los guerreros.

—Ayuda a Hoja Ámbar a limpiar esos arañazos— —le ordenó—. Iré a verla en cuanto me haya ocupado de Fauces Amarillas.

Los otros gatos se fueron, y Bigotes de Salvia se agachó junto a Fauces Amarillas.

—Esta vez es peor, ¿verdad? —preguntó.

Fauces Amarillas la miró y asintió.

Bigotes de Salvia entrecerró los ojos como si estuviera pensando.

—Esta vez no solo sientes el dolor de otros gatos —maulló mientras ponía telarañas sobre las heridas de Fauces Amarillas. Pasó ligeramente la pata por los arañazos del hombro de la guerrera—. Podrías haberte defendido de este tipo de heridas, pero estás malherida porque no te atreviste a luchar. Sabes demasiado sobre el dolor como para infligirlo a otros gatos. Y eso hace imposible que seas una guerrera. —Hizo una pausa, y Fauces Amarillas se sorprendió por la simpatía en sus ojos—. Es hora de enfrentar tu destino —anunció Bigotes de Salvia—. Tienes que ser una curandera.



18

La siguiente media luna transcurrió lenta como un caracol. Fauces Amarillas permaneció en la guarida de Bigotes de Salvia, recuperándose gradualmente de la batalla con el Clan del Viento. A veces pensaba que sus heridas nunca sanarían. Ansiaba estar en el bosque, cazando para su Clan, pero se sentía temblorosa cada vez que se ponía de pie. Y no podía olvidar lo que Bigotes de Salvia le había dicho cuando volvió de la pelea. «Tienes que ser una curandera...»

Una mañana estaba estirando la espalda, deseando recuperar fuerzas, cuando Bigotes de Salvia entró en la guarida con cara de preocupación.

—¿Qué pasa? —preguntó Fauces Amarillas.

Bigotes de Salvia agitó las orejas.

—Es Ortiga Manchada. Se está quedando sin leche otra vez. Charca Nublada está cazando para ella, pero hay muy pocas presas con este tiempo, y cuando Charca Nublada atrapa algo, Ortiga Manchada no parece quererlo.

—Eso no es bueno —comentó Fauces Amarillas—. Se debilitará si no come.

Bigotes de Salvia asintió.

—Encuéntrame algo para abrirle el apetito, ¿quieres?

Fauces Amarillas se dirigió a los almacenes.

—La acedera debería ser buena para eso —murmuró, medio para sí misma, recordando cómo Bigotes de Salvia la había usado una vez para Fauces de Lagarto cuando el veterano se negaba a comer.

Fue a destapar el agujero donde se guardaba la hierba, metió la pata y sacó unas cuantas hojas arrugadas, que tendió a Bigotes de Salvia.

—Gracias —maulló la curandera. Después de oler las heridas de Fauces Amarillas, añadió—: Ya casi están curadas. Estarás lo suficientemente bien como para asistir a la ceremonia de guerrero de Zarpa Bermeja y Guijarro.

—¿Los van a hacer guerreros? —Fauces Amarillas exclamó—. ¿Pasaron su evaluación final?

Bigotes de Salvia asintió.

—Ayer.

—¡Han pasado tantas cosas desde que estoy atrapada aquí! —Fauces Amarillas suspiró.

Bigotes de Salvia tomó las hierbas y le lanzó una mirada aguda.

—Es solo la guarida de curandería, no el otro lado de la luna —le señaló secamente—. Hay peores lugares para estar, y a menudo es el mejor lugar para saber lo que está pasando en cada rincón del campamento.

Antes de que Fauces Amarillas pudiera responder, Manto Mellado se metió entre las rocas. La gata gris soltó un ronroneo complacido al verlo. La había visitado todos los días desde la batalla, siempre preguntando a Bigotes de Salvia cuándo podría volver a sus deberes de guerrera.

—Hoy puede probar las piernas fuera del campamento —anunció la curandera, adelantándose a la inevitable pregunta antes de salir de la guarida con las hojas de acedera para Ortiga Manchada.

Los ojos de Manto Mellado brillaron.

—¡Genial! Fauces Amarillas, ¿por qué no caminamos hasta el gran roble?

La voz de Estrella de Cedro afuera los interrumpió.

—¡Que todos los gatos lo bastante mayores para cazar sus propias presas acudan aquí bajo la Roca del Clan para una reunión!

—Debe ser hora de la ceremonia de Zarpa Bermeja y Guijarro —maulló Fauces Amarillas.

Manto Mellado entrecerró los ojos, pero no dijo nada. El resto del Clan ya estaba reunido en el claro. Guijarro y Zarpa Bermeja estaban al frente, cerca de la base de la Roca del Clan. Tenían las cabezas levantadas, aunque ambos parecían nerviosos. Sus mentores, Tormenta de Plumas y Ratón Alado, estaban sentados uno al lado del otro.

Estrella de Cedro hizo una señal con la cola, pidiendo silencio.

—Estos dos gatos —comenzó— vinieron a nosotros desde el Poblado de los Dos Patas. Al principio muchos de nosotros temíamos que no encajaran en la vida del Clan. Me complace decir que estábamos equivocados. Tormenta de Plumas, ¿ha aprendido Zarpa Bermeja los caminos del Clan y ha demostrado ser digna de convertirse en guerrera?

Tormenta de Plumas bajó la cabeza.

—Así es.

—Y Ratón Alado, ¿puedes decir lo mismo de Guijarro?

—Es un verdadero gato del Clan de la Sombra —Ratón Alado respondió.

Ambos aprendices parecieron hincharse de orgullo. Estrella de Cedro bajó de la Roca del Clan para pararse frente a ellos.

—Yo, Estrella de Cedro, líder del Clan de la Sombra, solicito a mis antepasados guerreros que observen a estos dos aprendices —comenzó el líder del Clan—. Han entrenado duro para entender el sistema de su noble código, y se los encomiendo a su vez como guerreros. Zarpa Bermeja, Guijarro, ¿prometen respetar el código guerrero, y proteger y defender a su Clan, incluso a costa de su vida?

—Lo prometo —Guijarro maulló; su voz se transmitió con fuerza al resto del Clan.

—Lo prometo —juró Zarpa Bermeja en voz más baja.

—Entonces, por los poderes del Clan Estelar —continuó Estrella de Cedro—, les doy sus nombres de guerreros. Zarpa Bermeja, a partir de este momento serás conocida como Bermeja. El Clan Estelar honra tu lealtad y valentía, y te damos la bienvenida como guerrera de pleno derecho del Clan de la Sombra.

El gato mayor puso su hocico en la parte superior de la cabeza de Bermeja, y ella se inclinó para lamerle el hombro. Entonces Estrella de Cedro se volvió hacia Guijarro.

—Sé que no deseas cambiar tu nombre —le maulló—. El Clan Estelar verá que eres un guerrero por lo que haces, más que por cómo te llamas. Honran tu valentía y determinación, y te damos la bienvenida como guerrero de pleno derecho del Clan de la Sombra.

Fuertes aullidos de felicitación brotaron del Clan. Los dos recién llegados, mirados con tanta desconfianza al principio, claramente se habían ganado su popularidad entre sus compañeros de Clan.

—¡Bermeja! ¡Guijarro! ¡Bermeja! ¡Guijarro!

Pero Manto Mellado no se unió a los coreos. Se quedó mirando con las mandíbulas firmemente cerradas y una mirada de desaprobación. Fauces Amarillas trató de aullar el doble de fuerte para compensar su silencio, sabiendo que no tenía sentido desafiarlo al respecto.

—¿Qué hay de ese paseo? —maulló Manto Mellado cuando terminó la ceremonia y los gatos se separaron para seguir con sus tareas—. Tal vez podamos atrapar alguna presa por el camino.

—Bien —Fauces Amarillas contestó, poniéndose a su lado—. Aunque no estoy segura de llegar hasta el gran roble.

Sus heridas todavía le dolían, y sus piernas estaban débiles por la falta de ejercicio, pero era bueno respirar aire fresco y frío, y ver algo más que las paredes de la guarida de curandería.

—Debemos volver a entrenarte para la batalla —decidió Manto Mellado mientras caminaban por el bosque—. Así la próxima vez que el Clan del Viento ataque, estarás mejor preparada. He estado pensando en algunos nuevos movimientos de lucha…

Fauces Amarillas escuchó con una sensación de hundimiento en el vientre mientras él describía sus ideas para mejorar sus habilidades.

—¿Y? ¿Qué te parece? —Manto Mellado preguntó cuando hubo terminado.

—No-no estoy completamente curada todavía. —Fauces Amarillas buscó excusas desesperadamente—. Tal vez en otro cuarto de luna…

Manto Mellado se detuvo, con los bigotes crispados.

—¡Los guerreros tienen que ser fuertes en todo momento! —le recordó—. Solo te sientes débil porque llevas demasiado tiempo sentada en un lecho.

Fauces Amarillas inclinó la cabeza.

—Sí, probablemente tengas razón.

Cuando ella y Manto Mellado regresaron al campamento, Fauces Amarillas estaba agotada. Se dirigió a la guarida de la curandera y se encontró con Bigotes de Salvia al salir.

—Es la noche de la media luna —maulló Bigotes de Salvia—. Iré a la Piedra Lunar a reunirme con los otros curanderos.

—Espero que todo vaya bien —Fauces Amarillas le dijo.

Pensó en como el curandero del Clan del Trueno había estado haciendo preguntas sobre el Clan de la Sombra en la última Asamblea, y se preguntó si Bigotes Plumosos también interrogaría a Bigotes de Salvia.

—Estoy segura de que estará bien —respondió Bigotes de Salvia—. Fauces Amarillas, quiero que te quedes en mi guarida una noche más. Mañana podrás volver a la guarida de los guerreros.

—De acuerdo —aceptó Fauces Amarillas.

Manto Mellado tocó su nariz en su hombro.

—Vamos a comer primero —sugirió.

Después de compartir un campañol con él, Fauces Amarillas se retiró a su lecho en la guarida de Bigotes de Salvia. Tenía la cabeza desordenada por el cansancio y, en cuanto se acurrucó en el musgo, se quedó profundamente dormida.

Se despertó en la oscuridad con el sonido de un maullido sobresaltado y un fuerte golpe en las costillas cuando alguien tropezó con ella.

—Lo siento, Fauces Amarillas. Olvidé que estabas ahí.

Era Charca Nublada; Fauces Amarillas distinguió su manto claro a la luz de la media luna y olió el miedo en su pelaje.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Es Pequeño Nube —Charca Nublada respondió con ansiedad—. No para de vomitar; debe haber comido algo malo cuando Ortiga Manchada no estaba mirando. Vine a buscar unas hierbas que le ayudarán.

«*La hierba equivocada podría matar a la pobre criatura*», Fauces Amarillas pensó, levantándose de su lecho.

—Veré si puedo encontrarte algo —maulló.

«*Milenrama no* —decidió mientras caminaba hacia los almacenes de hierbas—. *Eso lo enfermará más. Lo que necesitamos es sauce.*»

Cuando metió una pata en el agujero donde se guardaban las hojas de sauce, descubrió que solo quedaba un pequeño fragmento.

—No hay mucho aquí —le dijo a Charca Nublada—. Pero probablemente sea suficiente para un gatito tan pequeño como Pequeño Nube.

Charca Nublada asintió, nerviosa.

—Lo que creas que es mejor, Fauces Amarillas.

Fauces Amarillas salió de la guarida con el trozo de hoja en sus fauces. Un agrio olor a vómito la golpeó en la garganta cuando entró en la maternidad. En la penumbra distinguió a Ortiga Manchada agachada sobre Pequeño Nube, quien estaba estirado en el musgo, con el pelaje oscuro y lleno de sudor. Cuando Fauces

Amarillas se acercó, el vientre de la cría se hinchó y empezó a tener arcadas, pero nada salió de sus mandíbulas abiertas.

—No queda nada dentro de él —Charca Nublada murmuró—. ¡Pobre cosita!

Ortiga Manchada levantó la mirada cuando las dos gatas entraron.

—¡Por favor, tienen que traer a Bigotes de Salvia! —suplicó—. Perdí a su hermana, no puedo soportar perder a este también.

—Bigotes de Salvia se fue a la Piedra Lunar. Traje algo para curarlo —maulló Fauces Amarillas, dejando la hoja de sauce delante de Pequeño Nube.

—¿Qué estás haciendo? —Ortiga Manchada estiró una pata y bloqueó a Fauces Amarillas—. No eres una curandera. ¡Déjalo quieto! ¡Podrías empeorarlo!

—Está bien, Ortiga Manchada —maulló suavemente Charca Nublada, apoyando la punta de la cola en el hombro de la angustiada reina—. Fauces Amarillas sabe qué hierba usar, y Bigotes de Salvia no está aquí, así que no tenemos elección.

Ortiga Manchada dudó un momento y luego retrocedió, dejando que Fauces Amarillas se acercara a su hijo. Vio con ojos muy abiertos y preocupados cómo Fauces Amarillas masticaba la hoja de sauce y empujaba con cuidado la pulpa a la boca de Pequeño Nube.

Pequeño Nube emitió un lastimero maullido.

—¡Puaj!

—No pasa nada —le consoló Fauces Amarillas, masajeándole la garganta con una pata hasta asegurarse de que se había tragado la hoja—. Sabe asqueroso, pero pronto te sentirás mejor. Charca Nublada, ¿me traes un poco de musgo empapado en agua?

La gata gris y blanca asintió con la cabeza y desapareció de la guarida. Volvió más rápido de lo que Fauces Amarillas podría haber esperado, trayendo un montón de musgo empapado en las fauces. Se lo acercó a Pequeño Nube, quien aspiró el agua con avidez. Fauces Amarillas pensó que ya parecía un poco más animado. Arrancó parte del musgo húmedo y lo utilizó para limpiarle la cara y las orejas. Sin saber qué más hacer, se inclinó hacia el gatito, presionando una de sus orejas contra su vientre; podía oír un sonido agitado, casi como agua cayendo en un estanque.

—Así es —le dijo—. Sigue bebiendo todo lo que puedas.

Ortiga Manchada había observado cada movimiento de Fauces Amarillas, como un halcón a punto de abalanzarse sobre su presa. La gata gris podía sentir su tensión y sabía que atacaría si algo salía mal. Pero Pequeño Nube se estaba relajando ahora, parpadeando a su madre.

—Quiero leche —maulló.

Ortiga Manchada se echó de lado y empezó a acercarlo a ella con la cola.

Fauces Amarillas pensó rápido.

—No, no hagas eso —maulló—. Mantenlo con agua por esta noche, para que su estómago descanse.

Pequeño Nube dejó escapar un maullido de protesta, y Ortiga Manchada fulminó con la mirada a Fauces Amarillas, luego asintió a regañadientes.

—Pero solo hasta el amanecer, hasta que Bigotes de Salvia regrese —añadió.

Fauces Amarillas apartó el pedazo de lecho empapado de vómito, y Charca Nublada trajo más desde el otro lado de la maternidad antes de salir de nuevo a buscar otro montón de musgo húmedo. Una vez que Ortiga Manchada y Pequeño Nube estuvieron cómodamente instalados, Fauces Amarillas se marchó.

—Gracias —maulló Charca Nublada, siguiéndola fuera de la maternidad—. Has sido muy valiente al intervenir y ayudar. Estoy segura de que Pequeño Nube estará bien hasta que Bigotes de Salvia vuelva.

—Eso espero —Fauces Amarillas murmuró, volviendo a trompicones a la guarida de la curandera y desplomándose en su lecho.

Apenas pareció pasar un latido antes de que la despertara de nuevo alguien que le pinchaba las costillas. Abrió los ojos y vio a Charca Nublada inclinada sobre ella.

—¿Es Pequeño Nube? —preguntó, levantándose de un salto—. ¿Está peor?

—No, está bien —la tranquilizó Charca Nublada—. Durmió toda la noche, y ahora se retuerce como un zorro en pleno ataque, pidiendo leche. Ortiga Manchada no le dio —añadió—. Le está dando agua, como dijiste.

Fauces Amarillas hizo una mueca. «*No escuchen mis consejos. ¡No soy una curandera!*»

Siguió a Charca Nublada por el campamento hasta la maternidad. El cielo del amanecer estaba lechoso y pálido sobre el campamento, y soplaba una brisa fresca que erizaba el espeso pelaje gris de Fauces Amarillas. Ortiga Manchada seguía echada en su lecho, mientras Pequeño Nube saltaba a su lado en el musgo.

—¡Tengo *hambre*! —se quejó—. ¿Por qué no puedo tomar leche? ¡Estuve enfermo *ayer*, no hoy!

—Está mucho mejor —Ortiga Manchada maulló, con una inclinación de cabeza hacia Fauces Amarillas. Sus ojos brillaban mientras miraba a su activo hijo.

De repente, la luz de la entrada de la maternidad se cortó; Fauces Amarillas se giró y vio a Bigotes de Salvia mirando hacia dentro.

—¿Qué es eso que escuché sobre Pequeño Nube? —maulló—. A mí me parece que está bien.

—Ya está mejor —contestó Ortiga Manchada—. Pero estaba muy enfermo anoche. Tenía miedo por él.

—Le di sauce, y le dije a Ortiga Manchada que lo mantuviera con agua durante la noche —explicó Fauces Amarillas un poco nerviosa.

—¡Y tengo *hambre*! —Pequeño Nube repitió.

Bigotes de Salvia dejó escapar un suave ronroneo de simpatía.

—Deja que se alimente un rato —le indicó a Ortiga Manchada—. Pero Fauces Amarillas estuvo bien en solo permitirle tomar agua hasta que su estómago se hubiera asentado.

Después de que Bigotes de Salvia examinara a Pequeño Nube y lo dejara mamando pacíficamente, llevó a Fauces Amarillas de vuelta a su guarida.

—Lo hiciste bien —le dijo—. Sin ti, Pequeño Nube no habría aguantado hasta que yo volviera.

Fauces Amarillas se encogió de hombros.

—Bueno, debo de haber aprendido algo sobre hierbas, viviendo aquí tanto tiempo.

Bigotes de Salvia se enfrentó a ella con una mirada de suave determinación.

—¿No crees que deberías dejar de evitar la verdadera cuestión? —presionó—. Fauces Amarillas, tu destino es ser una curandera. ¿Estás lista para aceptarlo?

Fauces Amarillas sintió como si el suelo bajo sus patas cediera.

—¡Soy una guerrera! —protestó ella—. Soy demasiado vieja para volver a ser una aprendiza.

—Tonterías —maulló enérgicamente Bigotes de Salvia—. Serás una mejor curandera por haber tenido más experiencia. Sabes exactamente lo que es participar en una pelea, y qué heridas duelen más. También tienes buena memoria para las hierbas, lo demostraste cuando le llevaste la hoja de sauce a Pequeño Nube. Y tienes el valor de actuar según tus instintos.

Con cada palabra que decía la curandera, Fauces Amarillas se volvía más y más reacia. «*No voy a hacer esto. ¡No puede obligarme!*»

—¡Solo crees que debo entrenar contigo porque puedo decirte cuando los gatos sienten dolor! —soltó.

Bigotes de Salvia miró seriamente a Fauces Amarillas.

—Tienes una habilidad con la que nunca me había cruzado —maulló—. No conozco a ningún otro gato, ni siquiera a los curanderos, que pueda sentir el dolor de los demás como tú. Se te dio por una razón, y solo puedo pensar que significa que tú también deberías convertirte en curandera.

Fauces Amarillas se sobresaltó por la nota sombría en la voz de Bigotes de Salvia; la hizo sentir incómoda.

—Yo no pedí esto —susurró.

—Ninguno de nosotros pide su destino —Bigotes de Salvia señaló—. Solo el Clan Estelar sabe la razón detrás de los caminos que debemos recorrer.

—N-necesito tiempo para pensarlo.

—¡No! —La voz de Bigotes de Salvia fue inesperadamente contundente—. ¡Ya has tenido suficiente tiempo! Ten el valor de hacerlo. Te ayudaré en cada paso del camino, pero no puedes seguir escondiéndote de ello. Debemos empezar ahora, porque no estaré aquí para siempre.

Fauces Amarillas sintió un repentino escalofrío en el corazón. «*Bigotes de Salvia se está haciendo vieja, y nunca ha tenido un aprendiz. ¿Qué haría el Clan de la Sombra sin un curandero?*»

Desde que era una gatita, Fauces Amarillas había querido ser la mejor guerrera posible, para servir a su Clan. Ahora tenía que enfrentarse al hecho de que podría servir mejor a su Clan dirigiendo sus patas hacia otro camino.

—Bueno. —La única palabra requirió un enorme esfuerzo, y su voz tembló mientras continuaba—. Si Estrella de Cedro está de acuerdo, me convertiré en tu aprendiza.

—Gracias —maulló la curandera—. Hablaré con Estrella de Cedro ahora. —La vieja gata miró sagazmente a Fauces Amarillas—. Deberías ir a decírselo a Manto Mellado, ¿no crees? Las cosas van a ser muy diferentes ahora.

Fauces Amarillas sintió un hueco en el vientre, y un dolor peor que las punzadas de hambre. No había pensado en el efecto que eso tendría en su futuro con Manto Mellado. Inclinando la cabeza hacia Bigotes de Salvia, Fauces Amarillas salió de la guarida. Su pelaje ardía de incomodidad mientras buscaba a su pareja. Él no estaba en el campamento, pero cuando ella se dirigió al lugar de entrenamiento oyó su voz alzada en un aullido salvaje, y la voz de Cola de Cuervo respondiendo en protesta:

—¡Hey, cuidado! ¡No estás luchando contra gatos del Clan del Viento ahora!

Fauces Amarillas llegó al claro para ver a Manto Mellado y Cola de Cuervo frente a frente, con los pechos agitados y las colas dando azotes.

—Siento interrumpir —dijo—. Cola de Cuervo, tengo que hablar con Manto Mellado.

La gata atigrada negra se relajó.

—Bien —resopló—. Estábamos a punto de terminar aquí de todos modos. Esa última voltereta y giro funcionó muy bien, Manto Mellado. —Con una inclinación de cabeza se dirigió hacia el campamento.

El gato atigrado se acercó a Fauces Amarillas; podía ver que la emoción de la práctica aún lo invadía.

—¿Vas a volver a tus deberes de guerrera? —preguntó.

—No. —Fauces Amarillas lo miró, dándose cuenta de nuevo de lo mucho que significaba para ella.

Las palabras se le atascaron en la garganta como un pedazo de cuervo viejo. «*Tengo que acabar con todo… y nunca he estado menos segura de una decisión en mi vida.*»

—Voy a convertirme en la aprendiza de Bigotes de Salvia —susurró—. Lo siento mucho.

Manto Mellado la miró fijamente.

—No es gracioso —maulló.

—No estoy bromeando.

El siguiente latido de silencio conmocionado pareció extenderse por una luna. Entonces Manto Mellado echó la cabeza hacia atrás y lanzó un aullido furioso hacia los árboles sin hojas.

—¿Es porque eres una cobarde? —gruñó—. ¿La pelea con el Clan del Viento te asustó demasiado?

—¡Nunca! —Fauces Amarillas le respondió—. Simplemente no puedo infligir dolor a otros gatos, ya no. Bigotes de Salvia dice que este es mi destino.

—Me perderás a mí y también a tu vida como guerrera —le recordó Manto Mellado—. ¡Pensé que te importaba! Pensé que querías pasar tu vida conmigo. Incluso pensé que algún día tendríamos cachorros.

—Yo pensaba lo mismo —Fauces Amarillas maulló, sintiendo que se le partía el corazón—. ¡Me importas mucho! Pero no tengo elección.

—Siempre tienes elección —gruñó Manto Mellado, dándole la espalda—. Y pensé que me habías elegido a mí.



19

—¿Estás segura de esto, Fauces Amarillas?

Fauces Amarillas se movió en las hojas que cubrían el suelo de la guarida de Estrella de Cedro. El líder del Clan la había citado allí en cuanto volvió de hablar con Manto Mellado.

—Quiero estar segura de que has pensado bien en esta decisión —continuó Estrella de Cedro—. Necesito saber que no te asustaste por la escaramuza contra el Clan del Viento, o que no estás perturbada por el hambre. Esto sucede cada vez que la estación sin hojas es más larga y fría de lo habitual, y ni siquiera los curanderos tienen el poder de alimentar al Clan. —Su tono fue inesperadamente amable—. Bigotes de Salvia cree que este es tu destino —añadió—. ¿Tú también lo crees?

Fauces Amarillas asintió.

—He pensado mucho en esto, Estrella de Cedro, y realmente creo que es el camino que estoy destinada a recorrer. —Esperaba no tener que hablar de la forma en que compartía el dolor con todos los gatos del Clan.

Para su alivio, Estrella de Cedro no dijo nada al respecto.

—Me alegro de que Bigotes de Salvia haya encontrado una aprendiza —el gato maulló—. Y nunca debes sentir tu tiempo y entrenamiento como guerrera desperdiciado. Estarás en mejor posición para entender lo rápido que los guerreros quieren curarse. —Su cálida mirada se posó en ella—. Buena suerte para ti, Fauces Amarillas. Sé que Bigotes de Salvia será una excelente mentora.

Inclinando la cabeza hacia el líder del Clan, Fauces Amarillas se levantó y salió de la guarida. Estrella de Cedro la siguió, saltó sobre la Roca del Clan y convocó al Clan con un aullido. Fauces Amarillas se quedó de pie en la base de la roca, sintiendo como si la mirada de todos los gatos estuviera fija en ella mientras salían de sus guaridas con murmullos de sorpresa por la inesperado reunión. Bigotes de Salvia fue a sentarse justo delante; Fauces Amarillas pensó que parecía contenta pero agotada, como una gata que acabara de luchar ferozmente y ganar una batalla.

—Tengo buenas noticias para el Clan —anunció Estrella de Cedro cuando todos los gatos estuvieron reunidos—. Fauces Amarillas se volverá la aprendiza de Bigotes de Salvia, y la próxima curandera del Clan de la Sombra.

Un silencio absoluto recibió a su anuncio. La vergüenza de Fauces Amarillas creció; deseaba escabullirse de toda la atención. Había visto a Manto Mellado al fondo de la multitud, y podía sentir el calor de su mirada fulminante incluso desde allí. «*Ojalá pudiera decirle que mis sentimientos por él no han desaparecido. Pero*

ahora debo seguir el código de los curanderos, y eso significa que nunca podré tener pareja. Todo el Clan debe significar tanto para mí como lo harían mis propios cachorros.»

Su mirada recorrió a sus compañeros de Clan, viejos y jóvenes, todos la miraban fijamente. El suelo parecía hundirse bajo ella. Entonces Flor Radiante se levantó de un salto y saltó hacia ella, seguida de cerca por Patas de Helecho.

—¡Esto es maravilloso! —exclamó Flor Radiante, apretando el hocico contra el hombro de Fauces Amarillas—. La próxima curandera, ¡qué honor!

—Felicidades —Patas de Helecho añadió, bajando la cabeza—. Sé que lo harás muy bien.

Bigotes de Nuez y Baya de Serbal se abrieron paso entre los gatos para llegar al lado de Fauces Amarillas. Bigotes de Nuez la miró con una mezcla de asombro y miedo en los ojos.

—¡Wow, vas a hablar con el Clan Estelar! —exhaló.

Baya de Serbal parecía dolida mientras rozaba mantos con su hermana.

—¡Eras mi mejor amiga! —maulló.

—Seguiré aquí —le recordó Fauces Amarillas—. Podemos seguir siendo amigas.

Baya de Serbal negó con la cabeza.

—No será lo mismo.

Fauces Amarillas sintió una ola de soledad cuando se dio cuenta de que su relación con Manto Mellado no era todo lo que había perdido. Pero la pata de Bigotes de Salvia le dio un golpecito en el hombro, sin darle tiempo a pensar en lo que había cambiado.

—Vamos —maulló la curandera—. Tenemos trabajo que hacer.

La condujo de vuelta a su guarida. Fauces Amarillas se sentó frente a ella, sintiéndose pequeña y aprensiva. «*¡Hay tantas cosas que no sé!*»

—Tu primera tarea —empezó Bigotes de Salvia—, va a ser controlar tus sentimientos cuando otros gatos están enfermos y sufren.

Fauces Amarillas parpadeó sorprendida. «*¡Creí que tenía que hacer esto* ya que *tengo estos sentimientos!*»

—No puedo ser de mucha ayuda —Bigotes de Salvia continuó—, porque no sé lo que experimentas realmente, pero ¿hay alguna forma de que puedas bloquear el dolor que viene de fuera?

Fauces Amarillas se lo pensó mucho.

—Es difícil saber cuando no está sucediendo —explicó—. Pero creo que podría ser capaz de bloquearlo si me concentro en mí misma: que estoy sana, que no tengo dolor y que puedo tratar los síntomas de este gato.

Bigotes de Salvia asintió.

—Eso suena bien. No podemos probarlo hasta que haya un gato con dolor en el Clan, pero deberías practicar concentrándote en ti misma. A ver si puedes limitar tus sentimientos a tu propio cuerpo.

—Lo intentaré.

«*Pero eso es como pedirme que me concentre en respirar. No pienso en ello, ¡simplemente sucede!*»

—Bien —maulló la curandera—. Ahora, quiero que limpies el almacén de hierbas y deseches cualquier hoja muerta. Puedes identificar lo que tenemos y cuándo se usaría, y pensar qué necesitamos encontrar en el bosque.

«*Ese es un trabajo* enorme», pensó Fauces Amarillas alarmada.

—Pero antes de eso —Bigotes de Salvia continuó—, mi lecho necesita más musgo, y necesitas ordenar el tuyo ahora que vas a dormir aquí permanentemente.

Fauces Amarillas miró fijamente a su mentor.

—¡Esas son tareas de aprendiz! —objetó.

—Y tú eres una aprendiza —Bigotes de Salvia replicó—. Voy a ver cómo están Ortiga Manchada y Pequeño Nube, así que puedes ponerte patas a la obra con los lechos. —Sin esperar respuesta, salió de la guarida.

Fauces Amarillas arañó los viejos lechos en un aturdimiento amotinado, arrastrándolos hacia el claro en el sol agudo y helado que no daba calor. Mientras recogía el musgo y los helechos, oyó toser a un gato detrás de ella, y miró por encima de su hombro para ver a Corazón de Raposa.

—¡Esos lechos están *muy* polvorientos! —exclamó la guerrera naranja con otra tos exagerada—. ¿No puedes hacer eso en otro lugar donde no moleste a los guerreros?

Fauces Amarillas intentó ignorarla, pero Corazón de Raposa no había terminado de burlarse de ella.

—¡Es un trabajo *tan* aburrido! —continuó con falsa simpatía—. ¡No querría volver a ser una aprendiza, de ninguna forma! ¿También tendrás que revisar a los veteranos en busca de garrapatas? —Cuando Fauces Amarillas no respondió, la gata añadió—: Después de todo, ahora no hay aprendices de guerrero en el Clan. Wow, ¡vas a estar muy ocupada! —Le dio la cola a Fauces Amarillas y echó a correr.

Ardiendo de indignación, Fauces Amarillas arrastró los viejos lechos hasta el bosque, donde los metió debajo de una mata de zarzas. Mientras tropezaba entre la maleza, recogiendo musgo fresco y helechos secos, se sentía cada vez más resentida. «*¡Bigotes de Salvia solo quería a alguien que le hiciera el trabajo sucio! ¡Nunca creí que mi destino incluiría este tipo de cosas! ¡Espero que el Clan Estelar hable con Bigotes de Salvia y la haga tratarme con más respeto!*»

Resoplando bajo su carga de material de lecho nuevo, Fauces Amarillas regresó al campamento. Su corazón se hundió cuando vio a Raya de Lagartija de pie cerca del montón de carne fresca.

—¡Hey, Fauces Amarillas! —la guerrera atigrada la llamó—. ¿Podrías limpiar mi lecho también? Me gustaría tener más plumas, por favor. Y creo que a los veteranos les gustaría que les llevaras algo de carne fresca.

Fauces Amarillas estaba demasiado cansada y enojada para contestar. Intentó pasar con la cabeza en alto a pesar de llevar un montón tan grande. Entonces vio a Colmillo de Piedra fuera de la guarida de los guerreros.

—Raya de Lagartija, ¿qué haces? —le preguntó con voz molesta—. Se supone que estás de patrulla de caza. Cola de Rana te está esperando.

Con un siseo de fastidio, Raya de Lagartija se marchó.

Colmillo de Piedra se acercó a Fauces Amarillas.

—Lo estás haciendo muy bien —maulló—. No te preocupes, estos guerreros cerebros de ratón se acostumbrarán a esto en un par de días, cuando otra cosa les llame la atención. —Dejó escapar un ronroneo áspero—. Creo que serás una buena curandera, Fauces Amarillas. Y recuerda esto: cuando acabe tu aprendizaje, gatos como Corazón de Raposa y Raya de Lagartija acudirán a ti en busca de ayuda.

Fauces Amarillas se sintió reconfortada por el tono amable del lugarteniente y el brillo de sus ojos.

—Gracias, Colmillo de Piedra —le murmuró, luchando con la carga hacia la guarida de la curandera.

Cuando hubo armado dos acogedores lechos nuevos, Fauces Amarillas se sentó a respirar. Empezó a asimilar la enorme decisión que había tomado. Esta sería su vida de ahora en adelante. Estaría separada de sus compañeros de Clan, aislada por sus conocimientos y su conexión con el Clan Estelar, y aun así sería la gata a la que acudirían primero si estuvieran enfermos o heridos. Empezó a echar un vistazo a la guarida, observándola realmente por primera vez y preguntándose si habría algo que quisiera cambiar. Su mirada recorrió los almacenes de hierbas. «*Me pregunto si podríamos hacer un hueco en algún lugar para almacenar musgo para remojar. Sería mucho más rápido que salir del campamento. Y podríamos mantener secas las telarañas si las colgáramos de las espinas de allí.*»

—Oh, Clan Estelar —susurró—, si puedes oírme, creo que estoy bien con esto. Puedo ser una curandera, si eso es lo que quieren.

Por un momento, sintió que gatos con mantos perfumados de hierbas la rozaban, recibiéndola en la larga línea de curanderos que habían cuidado de su Clan temporada tras temporada.

Unas pisadas sonaron detrás de ella cuando Bigotes de Salvia volvió a la guarida

—¿Qué estás haciendo? —la regañó—. ¿Por qué no sacaste las hierbas todavía?

—Estaba a punto de hacerlo —se defendió Fauces Amarillas.

—Bueno, tienes que trabajar más rápido.

Tragándose una réplica mordaz, Fauces Amarillas se acercó a los almacenes de hierbas. Con Bigotes de Salvia mirando, empezó a sacar hierbas y a clasificarlas en montones.

—No, eso es borraja —la corrigió Bigotes de Salvia—. Va con las otras hierbas para la fiebre, como el diente de león.

—De acuerdo. —Fauces Amarillas movió las hojas de una pila a otra.

—Y sé un poco más suave con ellas —advirtió la gata blanca—. La mayoría de estas están tan secas que se desharán si las tratas con brusquedad.

Las patas de Fauces Amarillas hormigueaban con una mezcla de molestia y vergüenza. Siguió clasificando hierbas, muy consciente de la mirada atenta de Bigotes de Salvia.

—¿Cómo usarías esas hojas de margarita para un dolor de espalda? —preguntó Bigotes de Salvia al cabo de un rato.

—Em... dáselas al gato para que se las coma, y...

—¡No! —Bigotes de Salvia interrumpió—. Mastícalas y haz con ellas una cataplasma, luego sujétala con telarañas.

La irritación de Fauces Amarillas se desbordó.

—¡Deja de meterme prisa! —espetó—. Aprenderé, pero tienes que darme una oportunidad.

Bigotes de Salvia soltó un bufido, pero Fauces Amarillas estaba convencida de que parecía un poco culpable.

—Creía que sabías más que eso —murmuró la gata.

—¿Cómo podría? —Fauces Amarillas maulló—. Soy una *guerrera*. Puedo sentir cuando los gatos están sufriendo, pero no sé cómo hacer que mejoren. Solo sabía lo de la hoja de sauce porque te vi darle una a Fauces de Lagarto una vez cuando estaba vomitando.

Bigotes de Salvia asintió.

—Bien, empecemos de nuevo. Y nos centraremos en las hierbas que alivian el dolor, antes de pensar en hierbas que curan infecciones, dan fuerza o detienen la tos.

La cabeza de Fauces Amarillas dio vueltas. «*¡Hay tanto que aprender! ¡El entrenamiento de guerrero era mucho más fácil que esto!*»

La media luna flotaba en el cielo como una pluma de plata mientras Fauces Amarillas seguía a Bigotes de Salvia por las colinas hacia las Rocas Altas. Su vientre se revolvía de nervios al recordar la última vez que había visitado la Piedra Lunar, con Salto de Cierva. «*Tuve sueños tan horribles allí... ¡Oh, Clan Estelar, por favor, no me hagas pasar por eso otra vez!*»

Se sintió nerviosa de otra manera cuando ella y su mentora se acercaron a la Boca Materna y vio a los otros curanderos esperando fuera. Sus almohadillas se erizaron de aprensión; ¿qué le dirían?

Mientras Bigotes de Salvia y ella subían la última cuesta, una elegante gata blanca con manchas negras en el manto salió a su encuentro. Su mirada azul se posó en Fauces Amarillas con amistoso interés.

—Saludos, Bigotes de Salvia —maulló—. ¡No me digas que finalmente has encontrado una aprendiza!

Bigotes de Salvia lanzó una mirada orgullosa a Fauces Amarillas.

—Gracias al Clan Estelar. Esta es Fauces Amarillas.

La gata blanca dio la bienvenida a Fauces Amarillas.

—Soy Zarzal de Bayas, la curandera del Clan del Río —le dijo—. Ven a conocer a los demás.

Fauces Amarillas caminó junto a Zarzal de Bayas hacia el agujero en la ladera, mientras que Bigotes de Salvia las seguía un paso por detrás. Su mirada recorrió a los otros tres curanderos. Dos de ellos estaban muy juntos: un viejo gato gris moteado cuya mirada azul claro la miraba sin interés, y un gato más joven de manto plateado con una cola peluda. «*Lo vi una vez en una Asamblea, hablando con Bigotes de Salvia*», recordó Fauces Amarillas.

—Esta es Fauces Amarillas —anunció Zarzal de Bayas mientras se acercaban a los demás.

—Mi nueva aprendiza —Bigotes de Salvia añadió—. Fauces Amarillas, estos son Pluma de Ganso y Bigotes Plumosos del Clan del Trueno, y Corazón de Halcón del Clan del Viento.

Fauces Amarillas bajó la cabeza cortésmente.

—Saludos —maulló.

—Bienvenida —contestó Bigotes Plumosos—. Siempre es bueno recibir a un nuevo curandero.

—Gr-gracias —Fauces Amarillas balbuceó—. Hay mucho que aprender, pero me alegra estar aquí.

—Fauces Amarillas. —Corazón de Halcón, un gato marrón oscuro moteado, dio un paso adelante—. Ya tienes tu nombre completo, así que debes haber sido una guerrera antes de decidir seguir el camino de un curandero.

Fauces Amarillas asintió. «*¿Eso está mal?*», se preguntó.

—Yo primero fui un guerrero, como tú —continuó Corazón de Halcón para sorpresa de Fauces Amarillas—. Encontré mi entrenamiento guerrero muy útil, y espero que tú también lo hagas.

—Estamos desperdiciando la luz de la luna —Pluma de Ganso interrumpió con irritación—. ¿Vamos a quedarnos aquí chismorreando toda la noche?

«*Yo también estoy encantada de conocerte*», pensó Fauces Amarillas mientras seguía a Bigotes de Salvia hacia el túnel.

La cueva de la Piedra Lunar ya estaba empapada de una brillante luz plateada cuando llegaron los curanderos. Bigotes de Salvia se acercó a la base de la piedra y le hizo señas con la cola a Fauces Amarillas para que la acompañara. Los otros curanderos se sentaron a unas cuantas colas de distancia.

—Fauces Amarillas —empezó Bigotes de Salvia—, ¿es tu deseo compartir el conocimiento más profundo del Clan Estelar como una curandera del Clan de la Sombra?

Fauces Amarillas tragó saliva.

—Lo es.

La mirada de Bigotes de Salvia se posó cálidamente en Fauces Amarillas mientras continuaba.

—Guerreros del Clan Estelar, les presento a esta gata. Ella ha demostrado un gran coraje al apartarse del camino de un guerrero. Mi orgullo por ella no podría ser mayor. Concédanle su sabiduría y perspicacia para que pueda entender sus caminos y sanar a su Clan de acuerdo con su voluntad. —Haciendo señas a Fauces Amarillas para que se acercara de nuevo, añadió—: Ahora échate y aprieta la nariz contra la piedra.

El miedo inundó de nuevo a Fauces Amarillas mientras obedecía. Cerró los ojos y sintió que la envolvía un frío glacial. Fue como si flotara en la oscuridad; la piedra, la cueva y sus compañeros curanderos desaparecieron.

Entonces sintió que sus patas pisaban tierra firme. Abrió los ojos, parpadeó y miró a su alrededor. Estaba en un exuberante claro, con un arroyo que lo atravesaba y flores de todos los colores esparcidas por el pasto. Los árboles llenos de hojas rodeaban el espacio abierto y sus ramas se agitaban con una brisa cálida que traía aromas de crecimiento y presas abundantes. Todo estaba bañado por la luz del sol. Fauces Amarillas se levantó y se estiró. Esperaba encontrar gatos del Clan Estelar esperándola, pero estaba sola. «*¿Qué se supone que debo hacer ahora?*»

Un movimiento captó su mirada y se dio cuenta de que alguien se acercaba a través de los árboles. Cuando salió al descubierto, Fauces Amarillas vio que era una gata naranja y gris, de pelaje espeso y brillante, con ojos brillantes y una capa de escarcha de luz de estrellas alrededor de las patas. Fauces Amarillas se sorprendió al reconocerla.

—¡Flama Plateada!

Tropezando un poco, corrió hacia delante para entrechocar narices con la gata que había visto por última vez cuando era una veterana escuálida y atormentada por el dolor.

—Saludos, Fauces Amarillas —ronroneó Flama Plateada—. Me alegra haber sido elegida para darte la bienvenida al Clan Estelar. Es un honor verte aquí, ¡y además como curandera!

—Es genial verte a ti también —Fauces Amarillas contestó, confundida—. Pero esperaba ver a otro curandero. ¿No estoy aquí para aprender cosas?

Flama Plateada inclinó la cabeza.

—Bigotes de Salvia te enseñará todo lo que necesites saber sobre hierbas —le maulló—. Pero yo…

—¡Entonces vas a enviarme presagios! —Fauces Amarillas interrumpió, con un hormigueo de emoción en las almohadillas.

—No siempre funciona así. —Había una nota de pesar en la voz de Flama Plateada—. Más que nada, un curandero necesita tener valor en sus propios instintos.

Ahora Fauces Amarillas estaba aun más confundida.

—Pero me visitarás, ¿verdad? —preguntó ansiosa—. ¿Y si no sé las respuestas?

Flama Plateada tocó ligeramente la oreja de Fauces Amarillas con la nariz.

—Siempre estaré contigo —prometió—, pero primero debes confiar en ti misma.

Fauces Amarillas parpadeó.

—No lo entiendo.

—Yo velaré por ti —le aseguró la gata del Clan Estelar—. Tomes las decisiones que tomes, no estás sola. Tengo fe en ti, en tus decisiones y en tu destino.

Mientras hablaba, comenzó a desvanecerse, los contornos de su cuerpo se perdieron en un brillo de estrellas.

—¡No te vayas! —gritó Fauces Amarillas.

Pero Flama Plateada se había desvanecido, y un latido después Fauces Amarillas abrió los ojos y se encontró de nuevo en la cueva de la Piedra Lunar, con los otros curanderos soñando a su lado. Se levantó y se alejó de la Piedra Lunar, sacudiéndose el pelaje. Había escapado de los terribles sueños de su última visita, pero su encuentro con Flama Plateada había estado muy lejos de lo que esperaba. «*¿De verdad se supone que tome mis decisiones sola, sin la guía del Clan Estelar?*» Sin embargo, Flama Plateada había dicho que tenía fe en Fauces Amarillas. Si dudaba de sí misma, estaría defraudando a Flama Plateada. «*Haré que te sientas orgullosa de mí* —juró Fauces Amarillas a su querida ex compañera de Clan—. *Ya lo verás.*»

Fauces Amarillas sacó un montón de telarañas y empezó a colgarlas en las espinas para que se secaran. Había sido una aprendiza de curandera por cinco amaneceres, y se sintió complacida de que Bigotes de Salvia hubiera aprobado su sugerencia de qué hacer con las telarañas. Un dolor repentino se clavó en su pata. Al principio pensó que se había clavado una de las espinas del arbusto, pero cuando se miró las almohadillas no tenían ninguna marca. «*Es de otro gato, entonces.*»

Fauces Amarillas se volvió para ver a Vuelo de Pinzón cojeando entre las rocas, con una pata delantera en el aire. Estuvo a punto de exclamar: «Te clavaste una espina, ¿verdad?», antes de recordar que no se suponía que supiera de las heridas hasta que el gato herido se lo dijera.

—¿Qué puedo hacer por ti? —preguntó.

Vuelo de Pinzón miró a su alrededor.

—Buscaba a Bigotes de Salvia —le dijo, y luego añadió dubitativo—: Pero ahora eres aprendiza de curandera, así que supongo que servirás.

«*Gracias por tu confianza*», pensó Fauces Amarillas.

Se estremeció cuando Vuelo de Pinzón se acercó cojeando y le tendió la pata para que la inspeccionara. Entonces recordó que había hablado con Bigotes de Salvia sobre bloquear sus sentimientos, y fue consciente de sus propias patas. «*Están todas bien. No tengo espinas. Puedo sentir tierra suave bajo mis almohadillas, nada más.*» El dolor de Vuelo de Pinzón se desvaneció; Fauces Amarillas seguía siendo consciente de él, pero solo como un débil rastro en el fondo de su mente.

«*¡Funcionó! Ahora puedo examinar la pata de Vuelo de Pinzón sin que mi propio dolor se interponga.*»

En cuanto examinó la almohadilla del gato blanco y negro, Fauces Amarillas vio la punta de la espina asomando.

—Se ve mal —maulló—. Debe doler mucho.

—Es una molestia —respondió Vuelo de Pinzón, encogiéndose de hombros—. Se suponía que tenía que salir a patrullar. Patas de Helecho va a dirigir una incursión al vertedero, para cazar ratas.

Fauces Amarillas se estremeció, recordando cuando había participado en la última incursión de ratas.

—Es una pena que no puedas ir —coincidió—. Patas de Helecho necesitará a todos los gatos.

Ella había visto a Bigotes de Salvia quitando espinas antes, así que sabía qué hacer. Lamió la pata de Vuelo de Pinzón a fondo alrededor de la espina, luego trató de atraparla con los dientes. Pero estaba profundamente clavada, y Fauces Amarillas cerró accidentalmente los dientes en la parte blanda de la almohadilla de Vuelo de Pinzón. El gato saltó hacia atrás con un aullido, y Fauces Amarillas sintió su dolor inundar su propia pata de nuevo.

—Lo siento —jadeó.

Para su alivio, Bigotes de Salvia apareció en la entrada de la guarida.

—¿Qué es todo esto? —preguntó la curandera.

Fauces Amarillas le explicó rápidamente.

—Ahora me encargo yo —maulló Bigotes de Salvia asintiendo con la cabeza—. Pero hiciste exactamente lo correcto, Fauces Amarillas.

—¡No cuando me mordió! —gruñó Vuelo de Pinzón.

Una vez que Bigotes de Salvia hubo extraído la espina y enviado a Vuelo de Pinzón a alcanzar a su patrulla, se volvió hacia Fauces Amarillas.

—La cosa es no apresurarse —aconsejó—. Sigue lamiendo. Si presionas con la lengua la parte exterior de la almohadilla que rodea la espina, a menudo saldrá un poco y entonces podrás agarrarla con más facilidad.

—Gracias —maulló Fauces Amarillas—. Lo recordaré.

Bigotes de Salvia dudó, y luego preguntó:

—¿Cómo te fue con el bloqueo del dolor?

—Funcionó muy bien —contestó Fauces Amarillas—. Lo tenía bajo control hasta que mordí a Vuelo de Pinzón, y entonces no pude concentrarme en mantener fuera también ese dolor.

Bigotes de Salvia apoyó cómodamente la punta de la cola en el hombro de Fauces Amarillas.

—Llevará tiempo —murmuró—. Solo sigue intentándolo.

El sol estaba saliendo por encima de los árboles cuando Fauces Amarillas se dirigió a la maternidad para ver cómo estaba Pequeño Nube. Obviamente estaba en perfecto estado de salud, retorciéndose en la maternidad y saltando sobre lo que pretendía que eran ratones.

—Voy a ser el mejor cazador del Clan de la Sombra —anunció.

—Seguro que sí —Ortiga Manchada ronroneó, mirando a su hijo—. Está completamente mejor —añadió a Fauces Amarillas, quien era consciente de la nueva nota de respeto en su tono—. Esa hoja de sauce lo curó, tal como dijiste. Y ha crecido tanto en este último cuarto de luna.

—Me alegra —comenzó Fauces Amarillas—. Debería…

Se interrumpió al oír aullidos en la entrada del campamento. Al mismo tiempo, una oleada de dolor la inundó: heridas punzantes y el dolor sordo de arañazos.

—¿Qué pasa? —Ortiga Manchada gritó, incorporándose alarmada y acercando a Pequeño Nube con la cola.

En un abrir y cerrar de ojos, Fauces Amarillas se obligó a concentrarse en la ausencia de heridas en su propio cuerpo, hasta que el dolor remitió. «*No estoy herida. El dolor no es mío.*» Una vez que lo tuvo bajo control, se apresuró a salir de la maternidad. Bigotes de Salvia acababa de salir de su guarida. Juntas, ella y Fauces Amarillas cruzaron el campamento para reunirse con los gatos que regresaban. Fauces Amarillas oía la sangre correr por sus oídos. «*¡Mis compañeros de Clan están heridos! Pero yo soy su curandera: ¡Puedo ayudarlos!*»



20

Patas de Helecho y Salto de Cierva salieron a toda velocidad del túnel con Brinco de Sapo, Ráfaga Abrasadora, Baya de Serbal y Vuelo de Pinzón pisándoles los talones. Fauces Amarillas pudo ver que todos tenían arañazos y marcas de mordiscos.

—¿Qué pasó? —preguntó Bigotes de Salvia.

—Las ratas, eso pasó —Ráfaga Abrasadora gruñó.

Baya de Serbal se estremeció.

—¡Muchas ratas!

El resto del Clan estaba saliendo de sus guaridas, amontonándose y haciendo la misma pregunta. Finalmente, la patrulla que regresaba se asentó en medio del claro, con sus compañeros de Clan reuniéndose a su alrededor. Estrella de Cedro salió de su guarida, seguido de Colmillo de Piedra, y se unió a ellos. Fauces Amarillas encontró un lugar para sentarse junto a Baya de Serbal y aguzó el oído para escuchar.

—No. —Bigotes de Salvia le dio un toque—. Tenemos que ir revisando las heridas al mismo tiempo. Evaluar a cada gato, luego tratar a los heridos más graves primero. Traeré las hierbas que necesitamos.

Sintiéndose avergonzada por no haberse dado cuenta de eso, Fauces Amarillas se puso de pie de un salto y siguió a su mentora. Mientras tanto, Patas de Helecho explicaba lo que había sucedido.

—Como saben, fuimos a cazar a las afueras del vertedero. Al principio todo iba bien. Baya de Serbal cazó una rata enorme. —Hizo un gesto de aprobación a la joven guerrera—. Pero entonces hordas de ratas empezaron a salir de esos apestosos montones y nos atacaron. ¡Nunca habían visto tantas ratas!

—¡Pero las ratas son presas! —exclamó Salamandra Manchada—. Las presas no se defienden.

—Estas ratas sí —Patas de Helecho contestó. Sacudió la cabeza; Fauces Amarillas podía sentir su vergüenza y pena, y vio que el resto de su patrulla lo compartía—. Tuvimos que huir —añadió—. Eran demasiadas como para que pudiéramos luchar.

—Hicieron lo correcto —maulló Estrella de Cedro, levantándose para hablar—. ¿De qué le habría servido a su Clan que los hubieran matado o herido de gravedad? La buena noticia es que hay muchas ratas. Solo tenemos que encontrar la mejor manera de vencerlas.

Ningún guerrero habló, pero Fauces Amarillas pudo ver que todo el Clan estaba pensando mucho, murmurando entre ellos mientras pensaban qué podrían hacer.

Ortiga Manchada se inclinó más cerca de Brinco de Sapo.

—No puedes arriesgar tu vida cuando tienes que pensar en tu hijo, Pequeño Nube —le dijo.

Charca Nublada, quien estaba sentada cerca, giró la cabeza para mirar a Ortiga Manchada.

—Brinco de Sapo también es el padre de mis hijos —espetó—. Pero no se me ocurriría decirle a un guerrero que no luche.

Colmillo de Piedra las distrajo al ponerse de pie.

—Tal y como yo lo veo —empezó—, el problema es cómo atrapar algunas ratas sin llamar la atención del resto.

Hoja Ámbar levantó la cola.

—¿Enviar a uno o dos guerreros a la vez? —sugirió.

—¿O cazar de noche, en la oscuridad? —dijo Ratón Alado.

—Tal vez deberíamos esperar a que el viento sople en la dirección correcta —añadió Flor de Acebo—. ¿Así ocultaría nuestro olor mientras nos acercamos sigilosamente?

Bigotes de Salvia apareció junto a Fauces Amarillas con las fauces llenas de hierbas.

—Entonces, ¿por dónde empezamos? —preguntó después de dejar el montón polvoriento.

—Ráfaga Abrasadora tiene una mordida profunda —le informó Fauces Amarillas—. Esa es la peor herida; podría infectarse. Baya de Serbal tiene algunos rasguños leves, y Patas de Helecho tiene algunas marcas de garras que parecen irritadas.

—No hace falta que hagas un alboroto por mí —maulló Patas de Helecho, captando lo que decía su hija—. He recibido heridas mucho peores en mis tiempos.

—Haré alborotos por ti todo lo que quiera —Fauces Amarillas respondió agriamente—. Tendrás un poco de hoja de romaza para calmar el dolor, y te gustará.

Patas de Helecho bajó la cabeza; Fauces Amarillas vio un brillo de diversión en sus ojos.

—Muy bien, curandera —ronroneó.

Mientras Fauces Amarillas iba de un lado a otro curando las heridas y controlando cuidadosamente su dolor, se había fijado en Manto Mellado, sentado al borde de la multitud, sus ojos ámbar ardían. Entonces se adelantó.

—¿No somos guerreros? —preguntó, mirando a sus compañeros de Clan—. ¡Somos orgullosos, no tememos a ningún enemigo, estamos entrenados para luchar en cualquier batalla! No nos esconderemos como perros alrededor de estas ratas, ocultándonos en la oscuridad o huyendo como zorros cuando enseñan los dientes. ¡Son *ratas*! *¡Presas! ¡Carne fresca!* ¡No nos van a asustar!

Un murmullo de emoción surgió de los gatos a su alrededor. Manto Mellado se agachó y empezó a marcar líneas en la tierra helada del suelo del campamento.

—¡Miren! Aquí está el vertedero. Esta es la ruta que deberíamos tomar desde el campamento, saliendo de aquí. Tres patrullas deben atacar desde aquí, aquí y aquí. Conduciremos a las ratas hacia una cuarta patrulla, y las contendremos en el área más estrecha posible. Tenemos que encontrar un lugar donde siempre estemos más altos que las ratas, para mantener la ventaja. —Su voz se hacía más fuerte y segura con cada palabra—. Debemos construir barreras a ambos lados del lugar por donde saldrán las ratas, para mantenerlas bloqueadas. Les tenderemos una trampa —concluyó triunfante.

Siguió un momento de silencio, todos los gatos volvieron la mirada hacia el líder del Clan.

Estrella de Cedro asintió.

—Puede que funcione —declaró.

Varios gatos se acercaron a Manto Mellado para felicitarlo, mientras que otros empezaron a hablar en voz baja. Fauces Amarillas sabía que no todos los gatos se sentirían orgullosos del valiente plan de Manto Mellado; era muy respetado en su Clan, pero no hacía amigos con facilidad. «*Pero yo estoy orgullosa de él*», pensó, captando su mirada y asintiendo para demostrarle que estaba de acuerdo en que era una gran idea.

Estrella de Cedro, Colmillo de Piedra, y los otros guerreros veteranos se amontonaron alrededor de Manto Mellado, examinando las marcas de arañazos que había hecho en la tierra. Fauces Amarillas, al seguir ayudando a Bigotes de Salvia a curar las heridas, se encontró a sí misma al fondo de la multitud.

—Quiero estar en la última patrulla —maulló Paso de Lobo—. Sería bueno construyendo los muros para atrapar a las ratas.

Hoja Ámbar sacó las garras.

—Yo perseguiré a las ratas fuera de su madriguera y hacia la emboscada.

Fauces Amarillas abrió las fauces para hacer una sugerencia cuando fue distraída por un pinchazo de Bigotes de Salvia.

—Ya no eres una guerrera —le recordó la curandera—. ¿Puedes volver a la guarida y traerme un poco de raíz de bardana? Es la mejor cura para la mordedura de rata de Ráfaga Abrasadora. O ajo silvestre si no puedes encontrar la raíz de bardana.

Fauces Amarillas se marchó con una punzada en el corazón por lo que se estaba perdiendo. Cuando volvió, masticó la raíz de bardana mientras Bigotes de Salvia ponía caléndula en los arañazos de Baya de Serbal. Cuando fue a curar la mordedura de Ráfaga Abrasadora, el gato estaba tan emocionado por estar discutiendo el plan de su hermano que no se quedaba quieto; Fauces Amarillas no conseguía que las telarañas pegaran la cataplasma en su sitio.

—¿Quieres dejar de retorcerte como un gatito con hormigas en el manto? —le maulló enojada.

Ráfaga Abrasadora se encogió de hombros con impaciencia.

—Estoy bien, Fauces Amarillas. Esto es más importante.

—¡Bien! —la aprendiza de curandera soltó—. ¡Sangra por todo el lugar si quieres! Tienes el sentido común de un huevo si crees que puedes trotar por el bosque con un agujero en el costado.

Con un suspiro exagerado, Ráfaga Abrasadora se echó de lado para que Fauces Amarillas pudiera llegar a su mordedura de rata. El repentino movimiento hizo que un pulso de dolor se disparara a través de él, rompiendo el cuidadoso control de Fauces Amarillas. Más dolor la inundó: el de Baya de Serbal y Patas de Helecho; el de Brinco de Sapo, que se había desgarrado una garra al huir de las ratas; el de Vuelo de Pinzón, cuya pata seguía doliéndole.

Fauces Amarillas hizo una pausa y respiró para despejarse. «*Estoy sana y salva. Este no es mi dolor.*»

—¿No puedes darte prisa? —le preguntó Ráfaga Abrasadora.

Fauces Amarillas lo fulminó con la mirada mientras le ponía la cataplasma sobre la mordedura y la aseguraba con telarañas. Luego se volvió para mirar la garra de Brinco de Sapo. Bigotes de Salvia ya estaba terminando con los otros gatos.

—Ya está —le maulló a Fauces Amarillas, quien estaba enrollando telarañas alrededor de la pata de Brinco de Sapo—. Ya terminamos.

Fauces Amarillas se hundió. Se sentía más agotada de lo que se sentía al realizar toda una patrulla fronteriza.

—Todos ustedes deben comer ahora y descansar. —Estrella de Cedro alzó la voz para ser oído por todo el Clan—. Después del mediodía habrá entrenamiento para preparar el ataque a las ratas mañana. Manto Mellado estará a cargo

La emoción brotó dentro de Fauces Amarillas, desterrando parte de su cansancio. «*¡Es un gran honor para Manto Mellado!*»

Se obligó a ponerse de pie y se acercó al gato atigrado, quien estaba discutiendo con Colmillo de Piedra y Patas de Helecho.

—Manto Mellado, esa es una gran idea —maulló.

El guerrero marrón se volvió para asentir.

—Gracias, Fauces Amarillas. —Habló a la ligera, pero Fauces Amarillas quería creer que apreció lo que ella decía.

Bigotes de Salvia estaba volviendo a la guarida, y Fauces Amarillas se dio cuenta de que debía seguirla y llevar las pocas hierbas que les quedaban. Dentro de la guarida suspiró mientras miraba el desorden de hierbas volcadas y revueltas, todas las diferentes hojas mezcladas y esparcidas por el pasto.

—Será mucho peor después de una batalla, créeme —le dijo la curandera—. Vamos, ordenémoslo. —Mientras empezaban a ordenar las hojas esparcidas, la gata blanca añadió—: Manto Mellado tiene buenas ideas. Ese gato llegará lejos. Tal vez incluso sea el próximo lugarteniente.

Fauces Amarillas ocultó un ronroneo de emoción. «*Manto Mellado podría estar cerca de lograr su ambición.*» Entonces una ráfaga de pesar la sacudió como un viento frío. «*Excepto que no voy a ser su lugarteniente. Seré su curandera…*»

Al día siguiente Fauces Amarillas se despertó para ver un cielo claro y brillante, sin un soplo de viento que agitara los árboles. «*Un día perfecto para el ataque*», pensó mientras asomaba la cabeza fuera de la guarida.

El Clan estaba reunido en el claro, zumbando con energía como un enjambre de abejas mientras Estrella de Cedro, Colmillo de Piedra y Manto Mellado organizaban las patrullas.

—Manto Mellado, liderarás al último grupo —anunció Colmillo de Piedra—. Serás responsable de matar a las ratas una vez que hayan sido atrapadas.

—Lucharé a tu lado, golpe a golpe —Corazón de Raposa le maulló a Manto Mellado; Fauces Amarillas pensó con amargura que parecía pegada a su lado con telarañas.

Sintió una punzada de celos al recordar lo orgullosa que se había sentido cuando ella y Ojo Rayado habían matado una rata en su visita al vertedero. «*¿Volveré a sentir ese tipo de orgullo?*»

Bigotes de Salvia salió de la guarida con un montón de hierbas.

—Vamos —maulló, con la voz apagada por las hojas—. Tenemos que estar listas para ir con ellos.

—¿Nosotras también iremos? —preguntó Fauces Amarillas, sorprendida.

Bigotes de Salvia asintió.

—Atenderemos las heridas ni bien se produzcan, pero nos mantendremos al margen de la pelea. Eso depende de los guerreros, ¿de acuerdo? —Su mirada era severa, y Fauces Amarillas sabía que le estaba recordando indirectamente que ahora era una curandera.

Fauces Amarillas volvió a la guarida y se cargó de hierbas y telarañas. Las hebras pegajosas la hicieron estornudar cuando trató de recogerlas. «*Las ratas me oirán llegar mucho antes de que nos acerquemos al vertedero*», pensó, frustrada. Entonces se dio cuenta de que podía pegar las telarañas a su grueso manto, lo bastante lejos de su hocico como para que no la hicieran estornudar, y salió de nuevo para reunirse con Bigotes de Salvia, satisfecha de su nueva idea. La última patrulla ya estaba saliendo del campamento. Fauces Amarillas y Bigotes de Salvia iban en la retaguardia, siguiendo a los guerreros a través de los ralos árboles de la estación sin hojas y por medio del pantano. El aire estaba templado, y el hielo persistente de la estación sin hojas empezaba a descongelarse; Fauces Amarillas siseó molesta cuando metió la pata en el agua helada que había debajo. Después de eso, ella y Bigotes de Salvia saltaron de mata en mata de pasto para mantener las patas secas.

Por fin se acercaron al vertedero. Fauces Amarillas pudo oler su hedor antes de ver los oscuros montones que se alzaban frente a ella. Como antes, los monstruos amarillos estaban quietos; el único sonido provenía de grandes pájaros blancos que aleteaban y chillaban por encima de los montones de desperdicios.

Mientras las patrullas se acercaban al cercado de los Dos Patas, Bigotes de Salvia echó un vistazo entre los arbustos del borde del pantano.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Fauces Amarillas.

—Buscando un lugar bajo un arbusto —respondió la curandera—, en donde podamos guardar las hierbas y mantenernos fuera de la vista durante la pelea.

—¿Así que nos esconderemos? —Fauces Amarillas maulló consternada.

«*¡Parece que somos unas cobardes!*»

—No. —Los ojos de Bigotes de Salvia eran comprensivos mientras miraba a Fauces Amarillas—. Nos mantendremos a salvo para cuando nuestros compañeros de Clan nos necesiten.

Fauces Amarillas seguía pensando que era una forma extraña de comportarse, pero no protestó y se escurrió bajo un arbusto de acebo para dejar las hierbas y las telarañas que habían traído. Sintió un hormigueo en las patas al ver cómo Manto Mellado y su patrulla se acercaban a la cerca de Dos Patas. Manto Mellado encontró un agujero en la malla plateada, y él y Tormenta de Plumas lo agrandaron con los dientes y las garras para dejar entrar a los gatos y salir a las ratas. Mientras tanto, Corazón de Raposa y Paso de Lobo empezaron a arrastrar ramas para construir la trampa.

—¡Miren lo que encontramos! —llamó Salamandra Manchada desde el borde del pantano. Ella, Cola de Rana y Raya de Lagartija estaban rodando un pequeño tronco de árbol delante de ellos—. Conseguimos sacarlo de la tierra —jadeó cuando llegaron a la cerca—. Sus raíces están podridas, así que no fue difícil. Pensé que sería un buen punto de observación para pararnos y saltar sobre las ratas.

Manto Mellado asintió.

—Tienes razón; lo será.

A medida que las paredes de la trampa iban tomando forma, el atigrado las comprobaba cuidadosamente, saltando encima para asegurarse de que soportarían el peso de un gato. En un momento la pared colapsó debajo de él; Fauces Amarillas jadeó cuando se desvaneció en un torbellino de extremidades y ramas voladoras. Pero un momento después salió arrastrándose, sacudiéndose los escombros del manto.

—Constrúyanlo de nuevo —ordenó—, y esta vez pongan una rama más fuerte en la parte inferior.

Manto Mellado retrocedió mientras el resto de su patrulla trabajaba en las reparaciones. Fauces Amarillas salió de debajo del acebo y se acercó a él.

—Buena suerte —le murmuró.

Manto Mellado la miró.

—Desearía que estuvieras luchando a mi lado —maulló.

Fauces Amarillas giró la cabeza.

—Estaré aquí —susurró.

Esperaba que Manto Mellado se alejara de ella con disgusto; en su lugar sintió que su nariz le tocaba la oreja.

—Te veré después de la batalla —prometió.

Se oyó un chillido en el interior del vertedero, indicando a Manto Mellado que las otras patrullas estaban en sus puestos. Manto Mellado comprobó que su propia patrulla estaba lista, y aulló en respuesta.

—¡Fauces Amarillas! ¡Por aquí!

Fauces Amarillas se giró para ver a Bigotes de Salvia haciéndole señas desde debajo del arbusto. De mala gana, saltó hacia atrás para unirse a ella, pero se quedó fuera de las ramas para observar el ataque. Se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración. Tras los aullidos se hizo el silencio, roto tras unos latidos por débiles sonidos de arañazos y siseos. «*¡Los gatos están echando a las ratas de sus madrigueras en los desechos!*» Entonces Fauces Amarillas oyó chirridos cada vez más fuertes y el sonido de zarpazos. Inclinó el cuello hacia delante, mirando a través de la malla plateada. De repente, Fauces Amarillas vio una rata saliendo a toda velocidad del montón de desperdicios. Se desvió del agujero que había hecho la patrulla de Manto Mellado, pero Bigotes de Nuez le impidió el paso. A la primera rata le siguieron más, y más y más, más ratas de las que Fauces Amarillas había visto nunca. Al mismo tiempo, empezaron a aparecer gatos que saltaban desde los desperdicios para dirigir a las ratas hacia el agujero de la malla. La patrulla de Manto Mellado esperaba en lo alto de las barreras, agazapada y lista para abalanzarse. Las ratas se arremolinaban en la base de la cerca, empezando a entrar en pánico cuando se dieron cuenta de que estaban atrapadas. Fauces Amarillas vio a Patas de Helecho saltar al centro de la masa agitada y empujar a una hacia el agujero.

—¡Por ahí, estúpido manto de pulgas! —gruñó.

Las otras ratas huyeron tras ella, pensando que habían encontrado una vía de escape. Pero sus chillidos se hicieron más fuertes cuando se dieron cuenta de que los gatos también esperaban a ese lado de la cerca. La patrulla de Manto Mellado saltó una por una, agarrando una rata y asestándole el golpe mortal, y volviendo a salir con la presa fresca en sus mandíbulas.

—¡Está funcionando! —Corazón de Raposa aulló.

—¡Cuidado con sus dientes! —jadeó Paso de Lobo mientras sacaba una rata casi tan grande como él.

«*¡Todo está pasando muy rápido!*», pensó Fauces Amarillas, con la mirada fija en Manto Mellado. Contenía la respiración cada vez que él desaparecía en la trampa, y soltó un jadeo de alivio cuando reapareció con una rata muerta.

Entonces, un aullido al otro lado de la cerca la distrajo. Fauces Amarillas soltó un gemido de miedo cuando vio que los gatos del otro lado de la cerca estaban rodeados. Más y más ratas habían salido del montón, demasiadas para caber en la trampa. Sin escapatoria, se habían vuelto contra los guerreros, arañando y

mordiendo, y los gatos estaban en una gigantesca inferioridad numérica, atrapados contra la cerca mientras oleadas de ratas se estrellaban contra ellos.

Manto Mellado fue el primero de su patrulla en darse cuenta de lo que estaba pasando.

—¡Dejen de matar! —aulló—. ¡Tenemos que ayudar a los demás!

Pero el agujero en la cerca estaba bloqueado por ratas aterrorizadas; Manto Mellado y sus gatos tuvieron que trepar por la malla plateada en un intento desesperado por ayudar a sus compañeros de Clan.

El estómago de Fauces Amarillas se apretó cuando Colmillo de Piedra cayó con un par de enormes ratas aferrándose a él. Más gatos se apresuraron a ayudarle, pero el enjambre de ratas les bloqueó el paso. Estrella de Cedro desapareció bajo una oleada de cuerpos marrones y colas sin pelo.

—¡No puedo soportar esto! —exclamó Fauces Amarillas—. ¡No podemos quedarnos aquí sin hacer nada!

Bigotes de Salvia salió de debajo del arbusto y apoyó una pata en su hombro.

—Tenemos que protegernos —maulló.

Fauces Amarillas la miró fijamente.

—¡No tiene sentido si tenemos que ver morir a todos nuestros compañeros de Clan!

Sacudiéndose la pata de Bigotes de Salvia, Fauces Amarillas corrió hacia la cerca y se lanzó sobre ella. Justo debajo de ella, una enorme rata atacaba a Salto de Cierva; Fauces Amarillas saltó directamente sobre ella y la mató de un solo golpe en el cuello. A su alrededor, los gatos del Clan de la Sombra luchaban por sus vidas. Fauces Amarillas vio a Corazón de Raposa luchando contra dos ratas a la vez, matándolas a ambas en un torbellino de dientes y garras. Bigotes de Nuez y Baya de Serbal arrastraron a una rata que había clavado los dientes en el hombro de Flor Radiante; luego los tres gatos se volvieron para ayudar a Colmillo de Piedra a ponerse de pie y defenderse de las ratas que lo atacaban. Fauces Amarillas sintió el roer de dientes afilados en sus músculos y se concentró en bloquearlo. Divisó a Manto Mellado zambullirse en el enjambre de ratas que se cernía sobre Estrella de Cedro. Por un instante se desvaneció, y luego volvió a subir, arrastrando al líder con él, con los dientes clavados en el pescuezo del líder del Clan.

—¡Despejen el agujero! —aulló.

Fauces Amarillas, Ojo Rayado y Garra de Barro se abrieron paso entre las ratas que luchaban hasta el agujero de la cerca. Fauces Amarillas sintió una satisfacción salvaje cuando clavó las garras en una rata tras otra y las arrojó fuera del camino. Su entrenamiento de guerrera volvió a su cabeza y no se centró en nada más que en cortar y arañar, sintiendo cómo cuerpos calientes se partían bajo sus garras.

Luchando juntos, los tres gatos consiguieron despejar el agujero para que Manto Mellado pudiera arrastrar a Estrella de Cedro a través de él. Flor Radiante le siguió con un débilmente tambaleante Colmillo de Piedra. Hombro con hombro con

sus compañeros de Clan, Fauces Amarillas luchó contra las ratas, manteniéndolas alejadas del agujero para que el resto de su Clan pudiera pasar.

Cuando el último gato estuvo fuera, Corazón de Raposa y Garra de Barro empujaron las ramas de la barrera contra el agujero para bloquear a las ratas en el interior, aunque algunas de ellas ya estaban empezando a colarse a través de la malla hacia el territorio del Clan de la Sombra.

—¡Vuelvan al campamento! —Manto Mellado gritó.

Los gatos huyeron, los guerreros más fuertes ayudando a los que estaban malheridos. Fauces Amarillas vio a Bigotes de Salvia huyendo con ellos, abandonando las hierbas que habían traído, y corrió para alcanzarlos.



21

Fauces Amarillas hizo una pausa para respirar, tomándose un momento para controlar el dolor que sentía por sus compañeros de Clan. A su alrededor, el campamento era un caos; había guerreros heridos por todas partes en el claro. Su boca se inundó con el sabor de las hierbas amargas. Sabía que tenía que usar las reservas que les quedaban con la mayor moderación posible, porque les quedaba muy poco. «*Ojalá no hubiéramos tenido que dejar tanto bajo ese arbusto de acebo.*»

Dos guerreros en particular preocupaban a Fauces Amarillas: Colmillo de Piedra, quien había sido mordido gravemente en la pata trasera, y Flor de Acebo, quien tenía una mordedura en el cuello. Quería consultar a Bigotes de Salvia, pero la curandera había desaparecido con Estrella de Cedro en su guarida, y aún no había reaparecido. Finalmente, Bigotes de Salvia salió de entre las raíces del roble, con aspecto sombrío, y se acercó a Fauces Amarillas.

—Estrella de Cedro perdió una vida —informó en voz baja—. Fue duro, pero ya se está recuperando.

Los ojos de Fauces Amarillas se abrieron de golpe. Ella nunca se había enterado de que el líder del Clan perdiese alguna vida antes.

—¿Cuántas vidas le quedan? —preguntó.

—Una —le contestó Bigotes de Salvia, con los ojos oscurecidos por la preocupación—. Pero guárdatelo para ti. Solo los curanderos saben cuántas vidas tiene el líder del Clan.

Fauces Amarillas asintió.

—¿Y los otros gatos? —Bigotes de Salvia preguntó—. Déjame ver lo que has hecho.

Fauces Amarillas la condujo por el claro, mostrándole las cataplasmas que había aplicado, las heridas cubiertas de telaraña, y le dijo a qué gatos les había dado semillas de adormidera para el dolor.

—Muy bien —comentó Bigotes de Salvia—. Cuando tengas más práctica no necesitarás usar tanta telaraña, y podrás ser un poco más generosa con las semillas de adormidera para los guerreros mayores.

—No nos queda mucho —Fauces Amarillas le recordó.

—Cierto. —Bigotes de Salvia dejó escapar un suspiro—. Esta es una de las peores derrotas que recuerdo. El peligro ahora es la infección; las mordeduras de rata pueden ser muy venenosas. Tendremos que vigilar de cerca a Flor de Acebo y a Colmillo de Piedra.

—Voy a salir más tarde y buscar un poco más de raíz de bardana —prometió Fauces Amarillas—. O si no encuentro nada, buscaré ajo silvestre.

Se acercó al pequeño arroyo al borde del campamento, donde había amontonado un montón de musgo. Agarró un montón con las mandíbulas, lo mojó en el agua y se lo llevó a Manto Mellado. El gato atigrado yacía cerca del montón de carne fresca, acurrucado sobre sí mismo. Se había llevado unos cuantos arañazos profundos en la nariz, que le iban a dejar cicatrices. El vientre de Fauces Amarillas se apretó con lástima, y fue una lucha para ella bloquear su dolor.

—Toma, te traje musgo húmedo —maulló.

—No lo quiero —Manto Mellado murmuró, sin mirarla—. Otros gatos lo necesitan más.

—Los demás ya tomaron un poco —le aseguró Fauces Amarillas, dejando el musgo junto a su nariz—. Ahora soy una curandera. Tienes que escucharme, y *vas* a tomar un poco.

Manto Mellado dejó escapar un gemido, pero extendió la lengua y dio un par de lamidas al musgo.

—Todo esto es mi culpa —gimió—. ¡Casi mato a mi Clan!

—No. —Fauces Amarillas se agachó a su lado—. El plan era brillante. Podría haber funcionado. Solo que había demasiadas ratas.

—¡Debería haber pensado en eso! —Manto Mellado soltó.

Mientras Fauces Amarillas intentaba averiguar cómo podía tranquilizarlo, Cola de Cuervo se acercó cojeando y se detuvo junto a Manto Mellado.

—Estrella de Cedro quiere verte —anunció la gata negra.

Manto Mellado la miró con desesperación.

—Probablemente me ordene que abandone el Clan —murmuró, poniéndose de pie y dirigiéndose hacia la guarida del líder del Clan.

Fauces Amarillas luchó contra el pánico. «*¡Estrella de Cedro no puede echar a Manto Mellado!*» Desesperada por saber qué iba a pasar, siguió a Manto Mellado y, para su alivio, él la dejó ir con él. Dentro de la oscura guarida bajo las raíces del roble, Estrella de Cedro parecía débil, con los ojos un poco vidriosos mientras luchaba por sentarse.

Manto Mellado agachó la cabeza al entrar, con la cola caída.

—Lo siento —maulló—. Fallé. Castígame como quieras.

Estrella de Cedro guardó silencio por un momento.

—Perdimos la batalla —dijo con voz rasposa—. Pero no fallaste. Me salvaste de las ratas, e hiciste todo lo posible para ayudar al resto de tus compañeros de Clan.

—Pero… —Manto Mellado trató de interrumpir.

Estrella de Cedro lo silenció levantando una pata.

—Mantén la cabeza en alto, Manto Mellado. Hay una posibilidad de derrota en cada batalla. Diste todo de ti, y no pido nada más.

—¡Yo pido más que tú, entonces! —Manto Mellado destelló.

—Deberías ser más amable contigo mismo —el líder del Clan respondió—. Todos podemos aprender lecciones de hoy. Este método de captura se puede utilizar con otras presas, de una manera u otra. Por ahora, el Clan debe concentrarse en curarse y recuperar nuestras fuerzas. —Inclinó la cabeza hacia el guerrero—. Me siento honrado de llamarte compañero de Clan. Y esto demuestra que estás más que preparado para un aprendiz. Pequeño Nube será tuyo, tan pronto como esté listo.

Manto Mellado lo miró fijamente.

—¡Gra-gracias, Estrella de Cedro! —balbuceó.

El líder del Clan dejó escapar un ronroneo.

—Ahora ve a descansar.

Fauces Amarillas estaba encantada mientras seguía a Manto Mellado lejos de la guarida de Estrella de Cedro. Pero el guerrero atigrado todavía arrastraba la cola detrás de él y sus hombros estaban encorvados. Los elogios de Estrella de Cedro no le habían reconfortado en absoluto.

Al alcanzarlo, Fauces Amarillas susurró:

—Deberías estar orgulloso, como dijo Estrella de Cedro.

Manto Mellado la fulminó con la mirada.

—¡Nunca estaré orgulloso de la derrota! —siseó.

—Bueno, estúpida bola de pelo, yo estoy orgullosa de ti —le espetó Fauces Amarillas, dejándole marchar.

Pasaron los días, pero el deshielo nunca llegó. La nieve yacía espesa en el suelo, metiendo a las presas en sus madrigueras, y el cielo gris amenazaba con más. En la noche de luna llena, Fauces Amarillas se asomó a su guarida, esperando ver el cielo cubierto de nubes. Para su sorpresa, el círculo plateado brillaba a través de un hueco en la densa cubierta gris.

—Esta noche habrá una Asamblea en los Cuatro Árboles —maulló Bigotes de Salvia, acercándose a ella a la entrada de la guarida—. ¿Estás lista?

Fauces Amarillas respiró hondo.

—Sí.

Esta sería su primera Asamblea como aprendiza de curandera. Aunque había pasado más de una luna desde que había tomado su decisión, la Asamblea anterior no se había llevado a cabo, ya que las nubes habían oscurecido la luna. Siguió a Bigotes de Salvia al claro donde los gatos que habían sido elegidos para asistir a la Asamblea se reunían alrededor de Estrella de Cedro. El líder del Clan se había recuperado bien de la batalla contra las ratas, pero Colmillo de Piedra parecía frágil, y Fauces Amarillas se dio cuenta de que cojeaba mucho al andar.

Mientras esperaba para partir, Fauces Amarillas se dio cuenta de que estaba haciendo un rápido chequeo de todos sus compañeros de Clan, buscando signos de heridas o enfermedades. Desde que se había convertido en curandera, había

mejorado mucho en el bloqueo del dolor; ahora podía hacerlo instintivamente, aunque a veces podía ser útil dejarse sentir, para que fuera más fácil tratar a un gato enfermo o herido. Ahora mantenía el dolor casi completamente a raya, buscando en su lugar signos de ojos brillantes y pelaje sano, y comprobando cómo cicatrizaban las heridas.

Estrella de Cedro lideró el camino fuera del campamento y a través del bosque hacia el túnel bajo el Sendero Atronador. A Fauces Amarillas le habría gustado caminar con Manto Mellado, pero Corazón de Raposa se mantenía cerca de él.

—Fue una gran sesión de entrenamiento la de hoy —le maulló—. ¿Crees que podríamos juntarnos alguna vez y practicar ese nuevo movimiento?

Decidida a no escuchar, Fauces Amarillas se puso al lado de Baya de Serbal.

—Escuché que hoy cazaste una ardilla —empezó—. Ave Pequeña y Fauces de Lagarto la compartieron, y dijeron que estaba muy sabrosa.

—Eso es bueno —maulló Baya de Serbal—. Me…

—¡Hey, Baya de Serbal!

La hermana de Fauces Amarillas se interrumpió cuando Paso de Lobo la llamó.

—Lo siento, tengo que… —Baya de Serbal salió corriendo antes de terminar lo que estaba diciendo.

Fauces Amarillas la vio marcharse, intentando no sentirse herida. Después de unos latidos, Bigotes de Salvia se unió a ella.

—Puede ser solitario —murmuró la vieja curandera, como si pudiera leer los pensamientos de Fauces Amarillas—. Pero tus compañeros de Clan siempre te necesitarán, más de lo que tú o ellos creen.

El Clan del Viento ya había llegado a los Cuatro Árboles cuando los gatos del Clan de la Sombra llegaron a la hondonada, y el Clan del Trueno llegó casi al mismo tiempo. Fauces Amarillas miró a su alrededor con interés mientras se abría paso entre los helechos que cubrían la ladera. Había gatos por todas partes, saltando a su paso, reuniéndose en grupos de todos los Clanes y charlando animadamente.

—¡Perseguimos a un zorro por todo el páramo! —se jactaba un gato del Clan del Viento ante un par de aprendices del Clan del Trueno.

—Sí —añadió su compañero de Clan—. No volverá pronto.

Estrella de Cedro saltó a la cima de la Gran Roca.

—¡Que se reúnan los Clanes! —aulló.

Estrella de Pino y Estrella de Brezo subieron a su lado, pero algún gato protestó que no podían empezar la Asamblea sin el Clan del Río. Mientras discutían, Fauces Amarillas vio a una gata de manto gris azulado que estaba sola bajo un helecho arqueado. Su olor provenía del Clan del Trueno. «*No he hablado con ella antes*», pensó Fauces Amarillas, dirigiendo sus zarpas hacia allí. Pero antes de que llegara a la gata de pelo azul, los gatos del Clan del Río empezaron a llegar al claro. Un robusto gato atigrado se acercó a la gata del Clan del Trueno y se paró junto a ella, casi derribándola. Fauces Amarillas se quedó mirando su mandíbula torcida por un momento, preguntándose cómo se había hecho esa herida. No quería

interrumpirlos, así que se dio la vuelta y fue a reunirse con Bigotes de Salvia y los demás curanderos al pie de la Gran Roca.

Cuando se acercó, Bigotes Plumosos se levantó y salió a su encuentro.

—Saludos, Fauces Amarillas —maulló.

Fauces Amarillas notó que, aunque sus palabras eran cálidas, su mirada era cautelosa.

—¿Cómo van las cosas? Veo que algunos de tus compañeros de Clan tienen cicatrices de batalla. ¿Ha habido problemas recientemente?

Fauces Amarillas sintió que el pelaje de su cuello y hombros comenzaba a erizarse.

—Nada que no podamos manejar —respondió secamente.

—Que no se te caiga el pelo —le dijo Bigotes Plumosos—. Somos curanderos. Podemos contarnos cualquier cosa.

—Y si hay algo que necesites saber —Bigotes de Salvia añadió, apareciendo al lado de Bigotes Plumosos—, ten por seguro que te lo diremos.

No hubo oportunidad de que Bigotes Plumosos dijera nada más, porque en ese momento Estrella de Pino del Clan del Trueno se adelantó hasta el borde de la Gran Roca y anunció que la Asamblea comenzaría.

Fauces Amarillas escuchó como los líderes de los otros Clanes daban sus noticias. No había mucho de interés; suponía que todos los Clanes habían atravesado problemas durante la fría estación sin hojas, pero ninguno de los líderes estaba dispuesto a admitirlo.

Finalmente Estrella de Cedro se dirigió al frente de la Gran Roca y miró a los Clanes reunidos.

—Con tristeza debo anunciar que nuestro lugarteniente, Colmillo de Piedra, se trasladará a la guarida de los veteranos —anunció.

Los gatos del Clan de la Sombra lanzaron un jadeo de asombro. Mirando a su alrededor, Fauces Amarillas se dio cuenta de que ninguno de ellos, excepto el propio Colmillo de Piedra, sabía nada de esto.

—¡Colmillo de Piedra! Colmillo de Piedra! —exclamó su Clan.

El lugarteniente, de pie en la base de la Gran Roca, bajó la cabeza solemnemente.

—¡Pero ya casi es medianoche! —Fauces Amarillas oyó que Baya de Serbal susurraba a Corazón de Raposa—. ¡Estrella de Cedro tendrá que anunciar al nuevo lugarteniente *ahora*!

Fauces Amarillas podía sentir que la tensión en el claro iba en aumento. Los gatos de los otros Clanes se miraban unos a otros, especulando sobre quién sería el nuevo lugarteniente del Clan de la Sombra. Los lugartenientes eran normalmente nombrados en el Clan, no así en público.

—Manto Mellado ocupará su lugar —dijo Estrella de Cedro.

—¡Manto Mellado! Manto Mellado! —Sus compañeros de Clan aullaron su nombre al cielo. Fauces Amarillas intentó aullar más fuerte que cualquiera de ellos, sorprendida y encantado.

Manto Mellado se levantó de un salto, su expresión fue ilegible mientras caminaba hacia la Gran Roca para tomar su lugar. Fauces Amarillas, quien seguía aullando su nombre, con el corazón henchido de orgullo, intentó captar la mirada de Manto Mellado, pero él no la miró.

Estrella de Cedro esperó a que se calmara el ruido y continuó.

—Tenemos otra noticia que darles. Bigotes de Salvia, esto debes contarlo tú.

Bigotes de Salvia se puso de pie; Fauces Amarillas sintió una punzada de nerviosismo, sabiendo lo que la curandera estaba a punto de decir. Mirando a los Clanes, Bigotes de Salvia maulló:

—El Clan de la Sombra tiene una nueva curandera. Fauces Amarillas ha aceptado convertirse en mi aprendiza.

Unos pocos gatos del Clan de la Sombra pronunciaron el nombre de Fauces Amarillas, pero después de la emoción por el ascenso de Manto Mellado, la noticia no causó una gran reacción. Fauces Amarillas se sintió aliviada de no tener tanta atención sobre ella. Por fin logró captar la mirada de Manto Mellado, y se sobresaltó al ver la tristeza en su mirada mientras la observaba. Un día serían líder y curandera del Clan de la Sombra. ¿Seguro que eso era motivo de celebración? Una punzada de dolor atravesó el corazón de Fauces Amarillas. «*¿Es mi dolor o el suyo? Este es mi destino, ¿no?*»

Finalmente, llegó el deshielo; la lluvia caía día tras día, llenando todos los huecos y convirtiendo el suelo del campamento en barro. Siseando de molestia mientras chapoteaba por el bosque encharcado, Fauces Amarillas se detuvo para saborear el aire. Un sabor fresco y verde la condujo hasta el tronco de un árbol caído, y se agachó para escurrirse por debajo.

—¡Fauces Amarillas!

Sobresaltada, Fauces Amarillas saltó y se golpeó la cabeza contra la parte inferior del tronco.

—¡Cagarrutas de ratón! —escupió. Se levantó y vio a Manto Mellado detrás de ella—. ¡Eso dolió! —se quejó—. ¿Tienes cerebro de ratón, o qué?

—Lo siento. —Manto Mellado parpadeó—. Tenía que hablar contigo, lejos del campamento. —Vaciló, tomó un respiro, y continuó—: Fauces Amarillas, ¿estás segura de que tomaste la decisión correcta?

Fauces Amarillas le devolvió la mirada. Por una vez no estaba intentando discutir con ella. Su voz sonaba triste, llena de una pena tan profunda que no tenía fondo.

—Te extraño —continuó—. Voy a ser el líder del Clan de la Sombra, y quería tenerte como mi lugarteniente.

—Seré tu curandera —Fauces Amarillas maulló.

—Sabes que quiero más que eso —le dijo Manto Mellado. Dio un paso hacia ella y su olor la inundó. Sus bigotes rozaron su oreja—. Sé que ahora eres una curandera —susurró—, pero eso no cambia lo que siento por ti.

—Mis sentimientos tampoco cambiaron —susurró Fauces Amarillas, con la voz temblorosa—. ¡Pero este es mi destino! ¡El Clan Estelar quiere que sea una curandera!

—Pueden tener tu habilidad con las hierbas. —La voz de Manto Mellado se hizo más fuerte—. Incluso pueden caminar en tus sueños. Pero no pueden tener todo de ti. Si hacemos todos los deberes que se esperan de nosotros, ¿cómo puede esto estar mal? Mientras ningún gato lo sepa, todo puede ser como antes. Este puede ser nuestro secreto, compartido con nadie más.

«*Me pregunto qué diría Flama Plateada* —pensó Fauces Amarillas—. *Pero ella me dijo que tuviera valor en mis propios instintos. Y mis instintos me dicen que este también es mi destino.*»

Fauces Amarillas se inclinó más cerca de Manto Mellado, sintiendo el calor de su pelaje, y aplastó un sentimiento de culpa.

—Puedo guardar un secreto —murmuró.





22

Fauces Amarillas observó cómo una hoja escarlata descendía en espiral desde una rama por encima de su cabeza. En el último momento se levantó y la arrancó del aire, clavándola en el suelo con un aullido triunfal. Más hojas escarlatas y doradas cayeron de los árboles. La felicidad bullía en su interior. Durante toda la estación de la hoja nueva y la de la hoja verde, ella y Manto Mellado habían cumplido la promesa que se habían hecho el uno al otro, y ningún gato del Clan de la Sombra sabía que se habían estado reuniendo en las partes más remotas del territorio. Los únicos gatos que podían saberlo eran sus antepasados del Clan Estelar, y como no había recibido ninguna señal que le advirtiera de terribles consecuencias, Fauces Amarillas había empezado a creer que el Clan Estelar le permitiría ser curandera y pareja de Manto Mellado al mismo tiempo.

Mientras subía de nuevo, Manto Mellado salió de detrás del árbol y se abalanzó sobre ella, tirándola al suelo de nuevo y aterrizando sobre ella entre las hojas crepitantes.

—¡Para, cerebro de ratón! —jadeó—. ¡No puedo respirar!

La cara de Manto Mellado estaba cerca de la suya, sus ojos ámbar brillaban.

—Admite la derrota, entonces.

—Está bien, está bien. ¡Solo suéltame!

Manto Mellado se dio la vuelta con un ronroneo.

—No puedes escapar de mí —maulló—. Siempre estaré aquí.

—Debería estar buscando hierbas —le dijo Fauces Amarillas, sentándose y sacudiéndose trozos de hojas secas del manto—. ¿Qué va a decir Bigotes de Salvia si vuelvo con las patas vacías?

—Hay tiempo de sobra —le aseguró Manto Mellado, estirándose con pereza.

—Pero ya estamos en la estación de la caída de la hoja. Tenemos que agrandar nuestros almacenes hierbas antes de las primeras heladas. ¿Recuerdas lo escasos de provisiones que estábamos la última estación sin hojas?

—Volveremos pronto. Debería estar preparando a Zarpa de Nube para su evaluación final. —Manto Mellado soltó un bufido de diversión—. ¿Sabías que ese bobo aprendiz aún no ha aprendido que las ardillas pueden trepar los árboles más rápido que él? Tengo que seguir recordándole que las aceche en espacios abiertos.

La culpa inundó a Fauces Amarillas.

—Entonces tenemos que irnos ya.

Manto Mellado le dio un suave toque.

—No estamos haciendo daño a nadie —le aseguró—. Cumplimos con todas nuestras responsabilidades. El Clan está tan seguro y protegido como puede estarlo. —Apretó el hocico contra su hombro—. Este sigue siendo nuestro secreto.

Fauces Amarillas no pudo reprimir un ronroneo. «*Es verdad. Estos momentos con Manto Mellado son los más felices que he conocido.*»

—No olvides —Manto Mellado continuó, inclinándose cerca de ella de nuevo— que solo eres una aprendiza. Aún puedes cambiar de opinión. Me aseguraría de que nunca tuvieras que luchar en una batalla. Pronto seré líder, después de todo, y haré todo lo posible para mantenerte a salvo.

Acurrucada cálidamente en su pelaje, Fauces Amarillas se sintió tentada por un instante. Pero entonces pensó en todo lo que había aprendido de Bigotes de Salvia, y supo de nuevo que ese era el camino que tenía que seguir, al menos por un tiempo. Sacudió la cabeza.

Manto Mellado le dio un suave empujón.

—Te convenceré algún día —murmuró.

Antes de que Fauces Amarillas pudiera responder, un terrible chillido llenó el bosque. Los dos gatos se levantaron de un salto.

—¡Esa es una de nuestras patrullas! —exclamó Manto Mellado—. ¡Los están atacando!

Hombro a hombro, Fauces Amarillas y Manto Mellado salieron disparados a través de los árboles, siguiendo el ruido. Latidos más tarde llegaron a un claro. Mirando a través del espacio abierto, Fauces Amarillas vio a cuatro de sus compañeros de Clan luchando con cuatro enormes proscritos. El hedor del Poblado de los Dos Patas le llegó a la garganta y le provocó arcadas. Manto Mellado soltó un rugido de furia y saltó a la batalla. Echó a un lado a un proscrito que inmovilizaba a Baya de Serbal y chocó contra el flanco de otro que se abalanzaba sobre la garganta de Ala de Ventisca. Huyeron chillando, y los otros dos, dándose cuenta de que ahora los superaban en número, corrieron tras ellos.

—¡No vuelvan! —aulló Manto Mellado tras ellos.

Fauces Amarillas salió al claro. Baya de Serbal se puso de pie y ayudó a Ala de Ventisca a levantarse. Paso de Lobo se lanzó en persecución de los proscritos, solo para volver tras una orden tajante de Manto Mellado. Los tres parecían maltrechos, pero Fauces Amarillas pudo ver que sus heridas no eran graves.

—¡Fue mi culpa! —jadeó Baya de Serbal—, Yo lideraba la patrulla. Debería haberlos olido, pero saltaron sobre nosotros.

—Solo estaban buscando problemas —Manto Mellado gruñó.

Fauces Amarillas examinó el claro. Había visto a cuatro de sus compañeros de Clan luchando, pero ahora solo podía contar tres. «*¿Dónde está el cuarto?*»

Entonces vislumbró un pelaje blanco entre un grupo de helechos y corrió a ver a Zarpa de Nube, quien yacía siniestramente inmóvil.

—¡Oh, no! —gritó.

—¿Qué está haciendo aquí? —jadeó Manto Mellado cuando se puso a su lado y miró a su inmóvil aprendiz.

—Él... no pudo encontrarte —admitió Baya de Serbal—. Así que preguntó si podía venir en la patrulla fronteriza para practicar sus habilidades de olfato antes de su evaluación final. —Vaciló, y luego añadió a regañadientes—: Le dejé tomar la iniciativa. No percibió el olor de los intrusos hasta que fue demasiado tarde.

Tratando de ignorar la mirada perturbada en los ojos de Manto Mellado, Fauces Amarillas se inclinó sobre el aprendiz. Al principio no pudo ver nada malo en él, así que soltó con cuidado su control para poder sentir su dolor. De inmediato la agonía la invadió. Sentía como si una criatura feroz estuviera dentro de ella, intentando salir por su vientre. Con la cabeza tambaleándose y las piernas empezando a doblársele, alargó la pata y giró suavemente a Zarpa de Nube. Su vientre había sido rajado; el pasto debajo de él estaba escarlata por su sangre.

—¿Está muerto? —susurró Baya de Serbal.

Fauces Amarillas sacudió la cabeza; ya había visto el leve subir y bajar del pecho de Zarpa de Nube. Obligándose a bloquear el dolor de nuevo, se volvió hacia los otros gatos.

—Paso de Lobo, vuelve al campamento y avisa a Bigotes de Salvia. Ala de Ventisca, búscame algunas telarañas, prueba bajo esos arbustos. Tengo que detener la hemorragia antes de que podamos moverlo.

—Yo lo llevaré —Manto Mellado maulló con voz ronca.

Una vez que Fauces Amarillas hubo cubierto la herida con telarañas, Manto Mellado insistió en cargar a Zarpa de Nube sobre sus hombros, a pesar de que el aprendiz era casi un adulto. Tambaleándose bajo su peso, con Fauces Amarillas y Ala de Ventisca a cada lado, volvió con dificultad al claro.

Paso de Lobo ya había alertado al Clan, quien se reunió alrededor mientras Manto Mellado llevaba a su aprendiz a través del túnel. Ortiga Manchada soltó un gemido lastimero cuando vio a su hijo.

—¡Mi precioso hijo! ¡Sálvenlo! ¡Tienen que salvarlo!

—Haremos lo que podamos —le prometió Fauces Amarillas.

Los dos aprendices más nuevos, Zarpa Nocturna y Zarpa Cortada, observaron alarmados cómo Manto Mellado avanzaba lentamente por el claro, hasta que sus mentores, Corazón de Raposa y Cola de Cuervo, se acercaron y los alejaron.

Por fin Manto Mellado llegó a la guarida de curandería y dejó a Zarpa de Nube suavemente sobre un lecho de musgo. Bigotes de Salvia lo movió con la cola cuando intentó acomodarse junto a su aprendiz.

—No, Manto Mellado —maulló—. Ya has hecho todo lo que podías. Es hora de que nos dejes tomar el mando.

El lugarteniente parecía a punto de discutir, luego se puso de pie en silencio. Con una última mirada a Zarpa de Nube salió de la guarida, con la cabeza y la cola gachas.

Fauces Amarillas vio cómo Bigotes de Salvia se inclinaba sobre Zarpa de Nube y le quitaba las telarañas de la herida. Cuando hubo dejado la herida al descubierto, la curandera levantó la mirada y se encontró con la de Fauces Amarillas.

—Es muy grave —maulló—. Sería mejor dejar que el Clan Estelar se lo lleve ahora.

—¡No! —Fauces Amarillas siseó—. ¡Este gato no morirá! Yo misma cuidaré de él, si estás dispuesta a renunciar. —Furiosa con Bigotes de Salvia por admitir la derrota, Fauces Amarillas fue a la entrada de la guarida y asomó la cabeza—. ¡Hey! —llamó a Bigotes de Nuez, que pasaba por ahí—. ¡Tráeme musgo húmedo, tan rápido como puedas!

Su hermano salió corriendo y Fauces Amarillas fue a los almacenes de hierbas y descubrió cola de caballo, vara de oro y caléndula, que mezcló en una cataplasma. Agazapada junto a Zarpa de Nube, lamió la herida hasta dejarla lo más limpia posible, y luego ató la cataplasma con hebras de telaraña de los arbustos espinosos. Después de un momento sintió a Bigotes de Salvia a su lado, sosteniendo las hojas en su lugar mientras Fauces Amarillas aseguraba la telaraña.

—No te impediré que intentes ayudarlo —le dijo la vieja curandera—. Pero debes estar preparada para lo peor.

Para cuando la herida estuvo vendada, Bigotes de Nuez estaba de vuelta con la mandíbula llena de musgo goteante. Fauces Amarillas echó un poco de agua en la boca de Zarpa de Nube. Seguía inconsciente. Observó el ligero movimiento de su pecho, lo único que le decía que seguía vivo. Un miedo helado congeló a Fauces Amarillas desde las orejas hasta la punta de la cola al pensar que esas débiles respiraciones podrían detenerse por completo. El sol se ocultaba tras los árboles y se levantaba un viento gélido.

—Me quedaré con él —dijo Fauces Amarillas a Bigotes de Salvia. Se sentó a su lado—. Lo mantendré caliente.

Bigotes de Salvia asintió y salió a comprobar los arañazos de los otros gatos que habían estado en la pelea. Cuando volvió, ya había anochecido. Se acercó para echar otro vistazo a Zarpa de Nube, y luego se acurrucó en su propio lecho.

—Llámame si hay algún problema —maulló a Fauces Amarillas antes de cerrar los ojos.

Fauces Amarillas se sentó junto al aprendiz herido, mirando al cielo mientras los guerreros del Clan Estelar salían.

—¿Fue culpa nuestra? —susurró—. ¿Sucedió porque Manto Mellado y yo estábamos juntos? Por favor, Clan Estelar, envíame una señal, y si están enojados con nosotros, por favor no castiguen a este aprendiz. Aún es demasiado joven para ir con ustedes.

Pero las estrellas brillaban frías sobre ella, y no sabía si su súplica había sido escuchada.

El cansancio acabó venciendo a Fauces Amarillas y se quedó dormida. Entonces sintió que un gato la empujaba suavemente; se levantó, pensando que Zarpa de

Nube la necesitaba, solo para encontrarse a sí misma parada en un pantano ventoso. El gato que estaba a su lado le tendía una hoja de consuelda. Fauces Amarillas no lo reconoció, pero en su grueso manto gris percibió el olor del Clan de la Sombra y también el de las hierbas. Mientras agarraba la hoja, Fauces Amarillas oyó un delgado lamento junto a sus patas y bajó la mirada para ver a una pequeña cría atigrada con sangre goteando de un arañazo en una de sus orejas. Fauces Amarillas agachó la cabeza y masticó la hoja de consuelda para que el jugo goteara sobre la oreja del gatito. Al instante, la herida se cerró como si nunca hubiera estado allí, sin dejar cicatriz.

Levantando de nuevo la cabeza, Fauces Amarillas vio que el gato gris le tendía otra hoja. Más allá de él había otro gato y otro, una línea que se extendía en la distancia hasta donde Fauces Amarillas podía ver. Se estaban pasando hierbas unos a otros, enviando las hojas a lo largo de la línea hacia Fauces Amarillas en un silencio total. «*¡Son todos curanderos!* —Fauces Amarillas se dio cuenta con asombro—. *Y yo soy una de ellos. Al final de la línea, tratando a este gato, pero con todo su apoyo y sabiduría para ayudarme.*» Un sentimiento de profunda paz se apoderó de ella. Agarró otra hoja, esta vez de nébeda, y se la tendió a un gatito marrón que tosía mucho. El gatito la tragó, dejó de toser y se desvaneció. Se levantó una niebla que borró a los otros gatos y al pantano donde se encontraban.

Fauces Amarillas se despertó por un lloriqueo cercano. Zarpa de Nube se retorcía en su lecho, lanzando débiles gritos. Todo su cuerpo ardía de fiebre. Fauces Amarillas goteó más agua en su boca, y puso una pata suavemente en su hombro en un esfuerzo por detener el movimiento.

—Quédate quieto, pequeño —murmuró—. Volverás a abrirte la herida.

En cuanto se tranquilizó, se levantó para visitar de nuevo los almacenes de hierbas, encontrando lo que necesitaba más por el olor que por el tacto a la tenue luz de las estrellas.

Bigotes de Salvia se agitó detrás de ella.

—¿Cómo está? —preguntó, con la voz borrosa por el sueño.

—Con fiebre —Fauces Amarillas contestó, encontrando finalmente la hierba que buscaba.

—¡Zarpa de Nube!

El aullido sobresaltó a Fauces Amarillas, y se volvió para ver a Ortiga Manchada abriéndose paso entre las rocas hacia la guarida.

—¡Tengo que ver a mi hijo! —maulló.

Bigotes de Salvia se levantó de su lecho y bloqueó a Ortiga Manchada antes de que pudiera alcanzar a Zarpa de Nube.

—Es medianoche —le dijo—. Zarpa de Nube no debe ser molestado. Vuelve mañana.

—¡Pero necesito verlo! —Ortiga Manchada insistió.

—Ahora no. —La voz de Bigotes de Salvia era suave—. Zarpa de Nube necesita descansar. Te prometo que si empeora, te llamaremos.

Ortiga Manchada dudó, luego se dio la vuelta y salió de la guarida, con la cola caída. Fauces Amarillas se alegró de verla partir, aunque podía entender su miedo.

—Es duro para ella —Bigotes de Salvia comentó, mientras se acercaba a Zarpa de Nube. Su expresión se volvió aun más preocupada—. Fauces Amarillas —le susurró—, no puedes salvar a todos los gatos.

—No, pero puedo salvar a *este* —gruñó Fauces Amarillas—. Le estoy dando diente de león. Eso debería bajarle la fiebre y ayudarlo a dormir.

Bigotes de Salvia asintió.

—Mézclalo con un par de hojas de borraja —sugirió.

Fauces Amarillas masticó las hierbas y metió la pulpa entre las mandíbulas de Zarpa de Nube. A medida que avanzaba la noche repitió el tratamiento, sin importarle lo bajas que estaban las reservas de hierbas. «*¡Zarpa de Nube debe vivir! ¡Nada más importa!*»

Cuando la luz del amanecer comenzó a filtrarse en el cielo, hubo movimiento en la entrada de la guarida, y Manto Mellado se abrió paso entre las rocas.

—¿Cómo está? —graznó.

—Aguantando —Fauces Amarillas respondió. Sintió que le dolía el corazón al ver al guerrero atigrado inclinarse sobre la forma inmóvil de su aprendiz. Cuando Manto Mellado se alejó, se encontró con su mirada—. Lo salvaré —juró.

No podía hablar de lo que habían estado haciendo cuando Zarpa de Nube fue herido, y podía ver que Manto Mellado tampoco hablaría nunca de ello. Su culpa era demasiado profunda.

—Ordené más patrullas fronterizas —le dijo el atigrado—, para asegurarnos de que esos proscritos no vuelvan.

Fauces Amarillas asintió.

—No dejes que los aprendices patrullen allí hasta que nos aseguremos de que es seguro —aconsejó.

Manto Mellado asintió bruscamente.

—Por supuesto que no. —Se fue, y Fauces Amarillas permaneció al lado de Zarpa de Nube.

A lo largo del día, uno a uno, los miembros del Clan de la Sombra entraron en la guarida para visitarlo. Fauces Amarillas vigilaba al aprendiz, sin dejar que ninguno de sus visitantes se quedara mucho tiempo, ni siquiera Ortiga Manchada, cuyo pánico por su hijo no era de ninguna ayuda.

Cuando el sol volvía a ponerse, Bigotes de Salvia tocó el hombro de Fauces Amarillas con la cola.

—Es hora de que salgas de aquí un rato —le maulló—. No —continuó, adelantándose a la protesta de Fauces Amarillas—. No puedes cuidar de Zarpa de Nube si te enfermas tú también. Ve a dar un paseo por el campamento, come algo y bebe, y te sentirás mucho mejor. Yo lo vigilaré.

A regañadientes, Fauces Amarillas tropezó hacia el claro y deambuló aturdida, consciente de las miradas de los demás gatos. Todos sabían lo grave que estaba Zarpa de Nube.

Flor Radiante saltó hacia ella y la guió hacia el montón de carne fresca.

—Aquí hay un buen campañol jugoso —le maulló, empujándolo hacia Fauces Amarillas—. ¡Me sentaré contigo y me aseguraré de que comas cada bocado!

Fauces Amarillas estaba segura de que no podría tragar ni un bocado, pero en cuanto probó la presa se dio cuenta de lo vorazmente hambrienta que estaba. Engulló la carne fresca y fue a beber al pequeño arroyo que había al borde del campamento antes de regresar a su guarida.

Otra larga noche de vigilia con Zarpa de Nube se extendía frente a ella. El aprendiz aún no había recobrado el conocimiento, pero Fauces Amarillas, observándolo como si fuera una presa sobre la que estuviera a punto de abalanzarse, pensó que su respiración parecía un poco más fuerte. Una vez más alzó los ojos hacia el Clan Estelar, que brillaba con un esplendor helado sobre ella.

—Llévenme, si deben —rogó con todo su corazón—. Pero sálvenlo a él. Nada de esto es su culpa. Lo siento mucho.

Finalmente, agotada por la pena y la culpa, Fauces Amarillas cayó en un sueño ligero y agitado. Se despertó para encontrarse a Bigotes de Salvia pinchándole el hombro. Presa del pánico, se levantó de un salto.

—¿Es Zarpa de Nube? —preguntó—. ¿Está peor?

Los ojos de Bigotes de Salvia brillaban.

—No —ronroneó—. Se está despertando. Todavía tiene mucho dolor, pero está pidiendo agua.

Fauces Amarillas miró al aprendiz. Sus ojos azules estaban vidriosos, pero su respiración era normal y la fiebre había bajado.

—¡Tengo mucha sed! —maulló—. ¡Y me duele el vientre!

—Te dolerá por un tiempo —le dijo Fauces Amarillas, mientras Bigotes de Salvia le traía más musgo húmedo—. Pero significa que estás mejorando. Ahora quédate quieto y te pondré un vendaje nuevo en la herida.

Una vez que Fauces Amarillas hubo colocado una nueva cataplasma, dejó a Bigotes de Salvia cuidando de Zarpa de Nube mientras ella iba en busca de Manto Mellado. Lo encontró en el claro, organizando las patrullas del día. Se apartó de los otros gatos y saltó hacia ella con una pregunta desesperada en los ojos.

—Zarpa de Nube despertó —maulló Fauces Amarillas antes de que él pudiera decir nada—. Todavía no está fuera de peligro, pero lo peor de la infección ya se fue.

Manto Mellado cerró los ojos y dejó escapar un gran suspiro de alivio.

—Gracias —murmuró.

—Un paseo *corto*, recuerda —le indicó Bigotes de Salvia—. Solo hasta el montón de carne fresca y de vuelta. No querrás cansarte en tu primera salida de la guarida.

Pasaron dos días más. Zarpa de Nube se estaba recuperando rápido, y estaba lo suficientemente bien como para que se le permitiera salir al claro un rato. Raspaba la tierra del suelo de la guarida con impaciencia, aunque Fauces Amarillas supuso que estaría contento de volver a su lecho antes de haber caminado muchos pasos.

—Iré con él —se ofreció.

Afuera en el campamento, muchos de sus compañeros de Clan esperaban para saludar al aprendiz.

—¡Zarpa de Nube! ¡Zarpa de Nube! —aullaron cuando apareció.

Zarpa de Nube miró desconcertado a Fauces Amarillas.

—¿Por qué corean mi nombre?

—Porque luchaste con valentía —le dijo Estrella de Cedro, acercándose—. Te haremos un guerrero en cuanto estés mejor.

Zarpa de Nube tropezó mientras intentaba dar un brinco emocionado.

—Gracias —maulló, inclinando la cabeza hacia su líder de Clan.

Ortiga Manchada se acercó corriendo, rozando a Estrella de Cedro en su prisa por llegar a su hijo.

—¡Mi precioso hijo! —ronroneó—. ¡Oh, Fauces Amarillas, gracias, gracias!

—Solo cumplí con mi deber —murmuró la gata gris.

Zarpa de Nube pareció casi abrumado cuando Baya de Serbal y los otros gatos de la patrulla se agruparon a su alrededor.

—Zarpa de Nube, me alegro de volver a verte —maulló Baya de Serbal.

Antes de que el aprendiz pudiera responder, Fauces Amarillas se acercó a su lado, dirigiendo a Baya de Serbal y a los demás una mirada severa.

—Denle espacio —ordenó—. Apenas ha vuelto a ponerse de pie.

Vio a Manto Mellado en el borde de la multitud y dirigió a Zarpa de Nube hacia él, lejos de los demás. Manto Mellado lo miró e inclinó la cabeza.

—Siento haber dejado que te hicieran daño —maulló.

Zarpa de Nube pareció desconcertado.

—¡No fue culpa tuya! —protestó—. Debí haber olfateado a esos proscritos antes de que nos emboscaran. ¡Te defraudé!

—En absoluto —murmuró Manto Mellado, dándose la vuelta.

Pronto Fauces Amarillas notó dolor en los ojos del aprendiz y vio que su cabeza empezaba a decaer. Lo condujo de vuelta a la guarida de la curandera.

—Eres tan buena cuidando de todos —le maulló Zarpa de Nube mientras lo acomodaba en su lecho—. Serías una gran madre. ¿Alguna vez te arrepientes de no poder tener tus propios hijos?

Fauces Amarillas parpadeó.

—Todo el Clan son mis hijos —contestó—. No tengo tiempo de destacar a ninguno.

Zarpa de Nube asintió.

—Supongo que eso es ser un curandero. Aunque debe ser duro —añadió—. Yo estoy deseando tener una pareja y mis propios hijos.

—¡Eres muy joven para estar pensando en eso! —Fauces Amarillas se burló de él—. ¡Hay tiempo de sobra para que engendres cachorros con alguna pobre reina y me mantengas ocupada!

Zarpa de Nube soltó un ronroneo de risa, seguido de un enorme bostezo. Cerró los ojos e inmediatamente se quedó dormido.

Bigotes de Salvia estaba ordenando los almacenes de hierbas.

—Fauces Amarillas, has hecho algo increíble al curar a este gato —maulló, con los ojos brillantes mientras miraba a la aprendiza de curandera—. Muchos otros curanderos, yo entre ellos, se habrían rendido con él y habrían dejado que el Clan Estelar decidiera. —La gata estiró la cola y le tocó el hombro a Fauces Amarillas—. Es hora de que termines tu aprendizaje y te conviertas en una curandera de pleno derecho.

—¡Wow! —Fauces Amarillas exclamó—. ¡Oh, Bigotes de Salvia, gracias!

«*Estoy lista para esto* —pensó—. *Salvar a Zarpa de Nube significó todo para mí. Sé que este es mi destino... así que renunciaré a Manto Mellado y nunca miraré atrás.*»



23

Por primera vez desde que Zarpa de Nube había sido herido, Fauces Amarillas tuvo una buena noche de sueño. Al amanecer disfrutó de un buen estiramiento y se acicaló desde las orejas hasta la cola.

Bigotes de Salvia salió de su lecho y se sacudió restos de musgo del manto.

—Tengo que ver a Estrella de Cedro —maulló—, y decirle que estás lista para convertirte en una curandera completa.

Fauces Amarillas se volvió hacia ella, con un espasmo de miedo recorriéndole las patas.

—Por favor, Bigotes de Salvia, dame la oportunidad de decírselo primero a otro gato.

La curandera entrecerró los ojos.

—Te refieres a Manto Mellado, ¿verdad?

A Fauces Amarillas le fallaron las palabras; se limitó a mirarse las patas. «*¿Cómo lo sabe?*»

—Ahora estás obligada por el código de los curanderos. Así es para todos nosotros, y así debe ser para ti —le dijo Bigotes de Salvia, con voz firme.

—Siempre —Fauces Amarillas susurró.

Sin esperar a oír más, salió corriendo. El primer gato que vio fue a Bigotes de Nuez, quien se acercaba al montón de carne fresca.

—¿Viste a Manto Mellado? —le preguntó.

—Se fue con una patrulla de caza a los pantanos —su hermano contestó—. Salieron hace poco. Los alcanzarás si te das prisa.

—¡Gracias! —Fauces Amarillas salió corriendo por el túnel hacia los árboles.

Pronto llegó al borde de los pantanos y vio a Manto Mellado a varias colas de distancia. Corazón de Raposa estaba acechando algo entre un grupo de arbustos, mientras que Cola de Rana y Garra de Barro eran visibles más lejos.

—¡Manto Mellado!

Fauces Amarillas saltó de un bulto de pasto al siguiente, en dirección al gato atigrado. A medida que se acercaba vio algo parpadeando en la hierba y Manto Mellado se volvió hacia ella, escupiendo con frustración.

—¡Mira lo que hiciste! Casi atrapaba a ese lagarto.

—Perdón —jadeó Fauces Amarillas—. Pero tengo algo que decirte.

Manto Mellado levantó las orejas.

—¿Qué? ¿Sobre Zarpa de Nube? ¿Está...?

—Zarpa de Nube está bien. —Fauces Amarillas hizo una pausa; era más difícil de lo que esperaba dar la noticia—. Bigotes de Salvia me va a hacer una curandera completa en la reunión de media luna esta noche.

Manto Mellado la miró fijamente.

—¿Estás segura de que eso es lo que quieres? ¿No disfrutaste las últimas lunas conmigo?

—Sabes que sí. —Fauces Amarillas suspiró—. Pero curar a Zarpa de Nube me mostró dónde está mi corazón. Debo ser una curandera.

Manto Mellado dio un paso hacia ella, dando azotes con la cola y erizando el pelaje de su cuello.

—¡Estás desperdiciando tu vida! —gruñó—. Pensé que para ahora ya habrías superado tu interés en las hierbas y telarañas.

—Nunca me tomas en serio —replicó Fauces Amarillas, su dolor se convirtió en enojo—. No tienes ni idea de lo que significa ser un curandero. —Mirando hacia donde Corazón de Raposa acababa de hacer una captura, añadió salvajemente—: ¿Por qué no vas y tienes hijos con *ella*? Siempre anda detrás de ti.

—Corazón de Raposa no significa nada para mí —Manto Mellado gruñó—. Todo mi mundo eres tú, Fauces Amarillas, y el futuro que podríamos tener juntos.

Durante un latido Fauces Amarillas podía ver ese futuro y se sintió atraída por él a pesar de sí misma. Pero sabía lo imposible que era para ella apartar sus patas del camino que había elegido.

—Este es mi destino —maulló—. No puedes cambiarlo.

—No —Manto Mellado contestó—. Pero *tú* podrías.

Fauces Amarillas se dio cuenta de que Bigotes de Salvia estaba emocionada mientras se preparaban para ir a la reunión de media luna en la Piedra Lunar. En cambio, mientras revisaba la herida de Zarpa de Nube y se aseguraba de que tuviera agua y un trozo de carne fresca, Fauces Amarillas se sentía vacía por dentro. «*Perdí algo muy valioso… pero no puedo abandonar mi deber con mi Clan, ni siquiera por Manto Mellado.*»

—¡Esto es genial! —Zarpa de Nube maulló, con los ojos brillantes—. ¡Terminaremos nuestros aprendizajes al mismo tiempo, Fauces Amarillas!

Fauces Amarillas asintió.

—Serás un buen guerrero, Zarpa de Nube.

—¡Y tú ya eres una *gran* curandera!

Bigotes de Salvia preparó hierbas de viaje para ambas, y las dos gatas partieron del campamento justo después del mediodía. Con cada paso que daba, Fauces Amarillas sentía como si estuviera dejando atrás una parte de sí misma. Varios de sus compañeros de Clan esperaban junto al túnel para desearle buena suerte, pero

Manto Mellado no era uno de ellos. Se quedó observándola desde el otro extremo del claro, y no dijo ni una palabra.

Fauces Amarillas siempre se ponía un poco nerviosa al pensar en cruzar el territorio del Clan del Viento, aunque los curanderos tenían derecho a hacerlo en su camino a la Piedra Lunar. Para su alivio, solo vieron una patrulla a lo lejos. Junco Plumoso, el lugarteniente del Clan, la dirigía, y se limitó a saludar a las dos curanderas con un movimiento de la cola.

Cuando Fauces Amarillas y Bigotes de Salvia llegaron a las Rocas Altas, el crepúsculo ya se estaba acercando. Los otros curanderos ya estaban allí.

—Fauces Amarillas está hoy aquí para convertirse en una curandera de pleno derecho —maulló Bigotes de Salvia cuando se hubieron intercambiado los saludos.

Corazón de Halcón, el curandero del Clan del Viento, se adelantó y apoyó la punta de la cola en el hombro de Fauces Amarillas por un momento.

—Felicidades —murmuró—. Como sabes, fui un guerrero antes de convertirme en un curandero, igual que tú. Siempre me resultó de gran ayuda.

Pluma de Ganso del Clan del Trueno la ignoró, sus ojos brillantes y desenfocados sugerían que estaba en algún lugar dentro de su propia cabeza, como de costumbre, pero Zarzal de Bayas del Clan del Río se acercó a los demás, con los ojos brillantes y su blanco manto resplandeciente en el crepúsculo.

—¡Estoy tan emocionada por ti! —exclamó.

Fauces Amarillas agradeció a los dos gatos sus buenos deseos, y luego se volvió hacia Bigotes Plumosos. El segundo curandero del Clan del Trueno la miraba con la misma mezcla de cautela y curiosidad que siempre mostraba.

—Tu Clan debe estar encantado de tener una segunda curandera —maulló—. Espero que todo esté bien allá.

—Al Clan de la Sombra le va muy bien —Bigotes de Salvia le respondió con brusquedad.

—¿Y a ti, Fauces Amarillas? —comentó Bigotes Plumosos—. ¿Te resultó difícil cambiar de ser guerrera a la vida de curandera?

«*¡No sabes qué tan difícil!* —pensó Fauces Amarillas, pero no iba a decírselo a Bigotes Plumosos—. *¡Necesita no meterse y ocuparse de sus propios asuntos!*»

Para su alivio, Bigotes de Salvia la salvó de tener que responder.

—Vamos —instó a los demás—. Si nos quedamos chismorreando llegaremos tarde a la Piedra Lunar.

La gata blanca encabezó la marcha por la última cuesta empinada hasta donde la Boca Materna se abría en la ladera de la colina. Mientras Fauces Amarillas descendía por el sinuoso pasaje hacia el corazón de la colina, sintió que sus dudas y penas se quedaban atrás. «*¡Voy a ser una curandera completa!*»

La cueva de la Piedra Lunar seguía a oscuras cuando llegaron a ella. Solo un tenue destello de luz estelar se filtraba por el agujero irregular del techo. Los curanderos se colocaron alrededor del cristal y esperaron. Fauces Amarillas casi soltó un chillido como una cría emocionada cuando por fin la luna brilló a través del

agujero y empapó la Piedra Lunar de una luz fría y sobrenatural. «*¡Es la cosa más hermosa del mundo! Cada vez que la veo, me sigue sorprendiendo.*»

Bigotes de Salvia se puso de pie, junto a la Piedra Lunar, y le hizo señas a Fauces Amarillas con la cola. Sintiendo que sus patas apenas podían sostenerla, la gata gris se unió a ella en el corazón de la luz helada.

Mirando a la luna, Bigotes de Salvia habló.

—Yo, Bigotes de Salvia, curandera del Clan de la Sombra, solicito a mis antepasados guerreros que observen a esta aprendiza. Ha entrenado duro para comprender el sistema de los curanderos, y, con su ayuda, servirá a su Clan durante muchas lunas.

Fauces Amarillas sintió como si ella y su mentora estuvieran solas en el círculo de luz mientras el resto del mundo se había desvanecido. Podía oír susurros y el suave roce de unas almohadillas en el borde de la caverna. ¿Estaban los curanderos del Clan Estelar muertos hacía mucho tiempo allí, observando? Fauces Amarillas sintió un cosquilleo en las patas al pensar que formaba parte de un largo linaje de gatos que habían dedicado sus vidas a cuidar del Clan de la Sombra. La misma línea que había visto en su sueño mientras trataba a Zarpa de Nube. Todos esos gatos, ¡compartiendo su sabiduría para apoyarla!

—Fauces Amarillas —Bigotes de Salvia continuó—, ¿prometes respetar el sistema de los curanderos, mantenerte al margen de las rivalidades entre Clanes, y proteger a todos los gatos igualmente, incluso a costa de tu propia vida?

—Lo prometo —contestó Fauces Amarillas.

—Entonces, por los poderes del Clan Estelar, te declaro una curandera completa del Clan de la Sombra. El Clan Estelar honra tu valor y tu diligencia. Ahora ven, toca con tu nariz la Piedra Lunar, y que todos tus sueños sean buenos

Fauces Amarillas se agachó; tragando rápidamente por los nervios, estiró el cuello y tocó con la nariz la superficie reluciente. Al instante, todo se oscureció y sintió que el frío se apoderaba de ella como si se convirtiera en una gata de hielo. «*Clan Estelar, ¿dónde están?*»

La oscuridad se disipó y Fauces Amarillas miró a su alrededor. La Piedra Lunar, la cueva y los otros curanderos habían desaparecido. En su lugar, estaba agazapada en el claro donde se había encontrado con Flama Plateada, cuando había sido nombrada aprendiza de curandera. Pero ahora la exuberante vegetación de hojas verdes se había desvanecido; el suelo se sentía pantanoso bajo sus patas, y una brisa fría erizaba el pelaje de Fauces Amarillas. Unos latidos más tarde, vio a Flama Plateada abriéndose paso a través de un grupo de helechos.

—Saludos, Fauces Amarillas —comenzó—. Es maravilloso verte de nuevo.

Pero a pesar de sus cálidas palabras, Fauces Amarillas podía ver tristeza en sus ojos.

—¿Está… todo bien contigo? —preguntó.

Flama Plateada evitó la pregunta.

—Estoy muy orgullosa de ti —maulló—. Ven, camina conmigo.

Se dio la vuelta y rozó el pasto en dirección al arroyo. Fauces Amarillas se acercó a su hombro, convencida de que había algo que la vieja gata no le estaba contando. Flama Plateada siguió el arroyo hasta que llegaron a un lugar donde la corriente había excavado un amplio estanque. Flama Plateada se sentó en la orilla y miró el agua tranquila.

Fauces Amarillas se sentó a su lado.

—¿Por qué me trajiste aquí?

Flama Plateada señaló la superficie del estanque con la cola. Fauces Amarillas miró hacia abajo y vio su propio reflejo mirándola, con el reflejo de Flama Plateada a su lado. Entonces soltó un grito ahogado. Detrás de ella, vio los reflejos de tres cachorros, con sus pequeños cuerpos acurrucados entre sí. Confundida, Fauces Amarillas se levantó y giró sobre sí misma. No había gatitos a la vista, y el pasto no era lo bastante largo como para ocultarlos. Respiró hondo, pero no había olor a cachorro en el aire.

—¡Vi cachorros! —exclamó a Flama Plateada—. ¿A dónde fueron?

Había un conocimiento extraño y triste en los ojos de Flama Plateada, pero no respondió. En su lugar, su contorno comenzó a desvanecerse.

—¡No! —Fauces Amarillas protestó—. ¡No te vayas! ¡No lo entiendo!

Ahora el cuerpo de Flama Plateada no era más que un brillo junto a la laguna. Su voz llegó débilmente a los oídos de Fauces Amarillas:

—Pase lo que pase, Fauces Amarillas, que sepas que siempre estoy contigo. Confía en tus instintos. Toma tu propia decisión.

La luz del sol fue absorbida por la oscuridad, y Fauces Amarillas abrió los ojos y se encontró de nuevo en la caverna de la Piedra Lunar. La luz plateada había desaparecido; por la tenue luz de las estrellas, Fauces Amarillas apenas podía distinguir a los otros curanderos, todos agachados como ella, con la nariz pegada a la Piedra Lunar. Fauces Amarillas se estremeció, abrumada de repente por el frío y la oscuridad. Sintió un picor en las patas, un impulso de huir lejos, muy lejos, de escapar de las preguntas, el misterio y la responsabilidad de su nuevo papel.

Zarzal de Bayas ya estaba despierta, arqueando la espalda en un largo estiramiento.

—Ese fue un sueño precioso —le comentó a Bigotes Plumosos, que se agitaba a su lado—. Mi mentora del Clan Estelar me guía muy bien.

Bigotes Plumosos asintió.

—¡El mío siempre es rápido en señalar cuando estoy a punto de cometer un error! —ronroneó.

Fauces Amarillas escuchó, desconcertada. «*No es así para mí. Flama Plateada me dijo que tengo que confiar en mis propios instintos.*»

Entonces Corazón de Halcón del Clan del Viento se incorporó. Parpadeando, se volvió hacia Fauces Amarillas.

—¿Tú cómo te sientes? —preguntó alegremente.

—Eh… bien —balbuceó Fauces Amarillas.

«*Sí, estoy bien* —se dijo a sí misma—. *Soy una curandera del Clan de la Sombra, tal como estoy destinada a ser.*»

El cálido sol de la estación de la caída de la hoja brillaba, tiñendo el bosque de escarlata y oro. Fauces Amarillas y Manto de Nube estaban recogiendo telarañas en un claro no muy lejos del campamento. Fauces Amarillas sintió un cálido afecto al ver al joven guerrero blanco arrancando las hebras pegajosas de la hiedra que crecía en un roble. Aunque su herida estaba casi curada, aún se movía con rigidez y solo se le permitía realizar tareas ligeras, pero siempre era el primero en ofrecer su ayuda a Fauces Amarillas. Sabía que su lealtad hacia ella se debía al hecho de que le había salvado la vida, y le quería aún más por ello. «*El vínculo entre nosotros nunca se romperá.*» La curandera sintió una punzada en el vientre y se dio cuenta de que Manto de Nube se estaba estirando demasiado hacia el árbol en su esfuerzo por alcanzar otra telaraña. Con cuidado, le dio un toque para apartarlo.

—Déjame agarrarla —maulló—. Tienes que tener cuidado de no abrirte esa herida otra vez.

Cuando Manto de Nube retrocedió, unos chillidos fuertes y emocionados llegaron desde los árboles al borde del claro. Los aprendices actuales, Zarpa Nocturna, Zarpa Cortada, Zarpa Negra, Zarpa de Pedernal y Zarpa de Fronde, pasaron corriendo y se zambulleron en la maleza del lado opuesto. Les seguían de cerca sus mentores, Corazón de Raposa, Cola de Cuervo, Baya de Serbal, Ráfaga Abrasadora y Brinco de Sapo. Fauces Amarillas reprimió un ronroneo de diversión al ver lo agitados que parecían todos los guerreros.

—¡Hey, más despacio! —llamó Ráfaga Abrasadora—. ¡Esto es una patrulla, no una carrera!

Manto de Nube puso los ojos en blanco.

—¡Aprendices locos!

Fauces Amarillas le tocó la oreja con la cola.

—Hace tan solo tres amaneceres tú eras un aprendiz —le señaló.

—Ah, pero mis huesos se sienten viejos —Manto de Nube contestó con voz temblorosa, como un veterano.

Un chillido repentino distrajo a Fauces Amarillas y levantó la mirada para ver a Zarpa Negra reaparecer de entre la maleza. El gato blanco sostenía una pata delantera negra en el aire mientras se tambaleaba hacia ella sobre tres patas.

—¡Pisé una espina!

—Veamos. —Fauces Amarillas echó un vistazo a las almohadillas del aprendiz, y finalmente logró ver una diminuta espina de zarza en el borde—. ¡Gran Clan Estelar, es enorme! —maulló, enganchándola hábilmente con los dientes. Recordó la vez que había mordido a Vuelo de Pinzón, satisfecha de que sus habilidades hubieran

mejorado desde entonces—. Ahora estás bien. Dale un buen lametón —le dijo a Zarpa Negra.

El aprendiz se pasó la lengua una vez por la almohadilla, y luego cargó de nuevo hacia la maleza.

—¡Gracias, Fauces Amarillas! —aulló por encima de su hombro mientras desaparecía.

Fauces Amarillas se dio cuenta de que Manto de Nube la había observado atentamente todo el tiempo que estuvo extrayendo la espina.

—Tenemos suerte de tenerte como curandera —maulló—. Me alegra que el Clan Estelar te eligiera.

—También fue mi elección —respondió Fauces Amarillas.

La luna llena derramaba su fría luz sobre los gatos amontonados en la hondonada de los Cuatro Árboles. Fauces Amarillas sintió la mirada de cada uno de ellos fija en ella cuando Bigotes de Salvia anunció que ahora era una curandera de pleno derecho.

—¡Fauces Amarillas! ¡Fauces Amarillas!

Los aullidos de bienvenida sonaron a su alrededor, principalmente de los otros curanderos. El corazón de Fauces Amarillas se hinchó con una mezcla de orgullo y compañerismo al pensar que era una de ellos, privilegiada por cuidar de su Clan e interpretar las señales del Clan Estelar para ellos. «*¡Este es realmente mi destino!*»

Entonces se encontró con la mirada de Manto Mellado. No se había unido a los coreos, sino que la miraba con el ceño fruncido. Apenas le había dirigido la palabra en la media luna que había pasado desde que había hecho los juramentos como curandera. «*¿Por qué no puede entenderlo y alegrarse por mí?* —se preguntó Fauces Amarillas, lanzándole una mirada más aguda que el pedernal—. *Si él va a ser el próximo líder del Clan de la Sombra, yo seré su curandera, y tendremos que liderar el Clan codo a codo. ¿Por qué no puede estar satisfecho con eso?*» Sin embargo, no pudo reprimir una punzada de pesar por lo que había perdido. En su lugar, Corazón de Raposa se aferraba al costado de Manto Mellado como un abrojo; ella estaba allí ahora, inclinándose cerca de él, susurrándole al oído.

«*Cambiará cuando sea líder* —decidió Fauces Amarillas—. *Tendrá que aceptar que así son las cosas.*»

Cuando Estrella de Brezo comenzó a hablar, Fauces Amarillas sintió una extraña sensación de retorcimiento en su vientre. Se movió entre las hojas caídas, intentando ponerse cómoda.

Bigotes de Salvia le dio un codazo.

—Quédate quieta —siseó—. No puedo concentrarme en lo que dice Estrella de Brezo.

—Perdón —murmuró Fauces Amarillas.

—¿Te duele algo? —Bigotes de Salvia preguntó—. ¿Comiste carroña por error?

—Debe ser eso —coincidió Fauces Amarillas.

Pero ella sabía lo que era esa sensación. Ya había tratado a suficientes reinas preñadas como para reconocer el temblor de bebés nonatos, incluso antes de que el vientre de su madre hubiera empezado a hincharse. Fauces Amarillas trató de bloquear la sensación, preguntándose cuál de las reinas a su alrededor podría estar esperando crías. Pero el retorcimiento continuó, incluso aunque Fauces Amarillas contuvo la respiración con el esfuerzo de concentrarse en su propio estómago. Lo que significaba que esas sensaciones no pertenecían a otra gata. Estaban realmente dentro de su propio vientre, pataleando, retorciéndose y creciendo… Una fría sensación de pavor recorrió el pelaje de Fauces Amarillas. «*¡Ahora soy una curandera! Gran Clan Estelar, ¡no hay forma de que pueda tener hijos!*»



24

Fauces Amarillas salió de su lecho unos días después de la Asamblea. Cada músculo de su cuerpo protestaba; se sentía tan agotada como si hubiera corrido tres veces alrededor de la frontera.

—¿Por qué estás siempre tan cansada estos días? —le preguntó Bigotes de Salvia mientras Fauces Amarillas se obligaba a pasar las patas por encima de las orejas en un esbozado acicalamiento—. También estás engordando. Quizá si no comieras tanto, podrías hacer más.

—Tal vez —murmuró Fauces Amarillas.

«*Si no fuera una curandera, sabrías cuál es el problema. Pero ni te imaginas que estoy esperando cachorros. ¿Qué es lo que voy a hacer?*»

Salió de la guarida, se paró en el borde del claro y observó a sus compañeros de Clan haciendo sus tareas. Los aprendices estaban sacando un montón de musgo y helechos de la guarida de los veteranos. Mientras Fauces Amarillas miraba, Zarpa de Pedernal enrolló una bola de musgo y la lanzó a la cabeza de Zarpa Nocturna.

Zarpa Nocturna la golpeó.

—Deja de ser un cerebro de ratón, Zarpa de Pedernal —maulló—. Así nunca acabaremos.

Zarpa de Pedernal soltó un aullido y se lanzó contra Zarpa Nocturna.

—¡Soy un guerrero del Clan del Viento! —chilló.

Los dos aprendices lucharon juntos en medio de los lechos deshechos; Zarpa Negra, Zarpa Cortada y Zarpa de Fronde se unieron con maullidos alegres, esparciendo musgo por todas partes. Fauces Amarillas se preguntó si tenía que intervenir, pero se dio cuenta de que Zarpa Nocturna, quien era el más pequeño de los aprendices, estaba dando tanto como recibía, y la pelea era básicamente de buen carácter. Un momento después, Flor de Acebo, la madre de Zarpa Negra, Zarpa de Pedernal y Zarpa de Fronde, cruzó el claro, agarró a Zarpa de Pedernal por el pescuezo y lo sacó de la pelea. Los otros aprendices se sentaron con musgo por todo el pelaje e idénticas expresiones de decepción.

—¡¿Qué creen que están haciendo?! —preguntó Flor de Acebo—. Limpien este desastre *ahora mismo* y sáquenlo todo del campamento. Si no acaban con los lechos de los veteranos, no habrá entrenamiento de batalla más tarde. Yo misma hablaré con sus mentores.

La amenaza fue suficiente para enviar a los aprendices corriendo a recoger el musgo disperso y comenzar a arrastrarlo hacia el túnel. Flor de Acebo observó hasta

que estuvo segura de que todos estaban trabajando, luego se volvió hacia el montón de carne fresca. Raya de Lagartija estaba allí, acabando con un mirlo; sus orejas se agitaron cuando los aprendices pasaron junto a ella.

—Debes estar contenta de que tus cachorros ya no estén en tus patas y puedas volver a tus deberes de guerrera —le comentó a Flor de Acebo.

Flor de Acebo suspiró, mirando tras los aprendices, que se dirigían al túnel con su carga de musgo.

—¡Pero los extraño tanto! Parece que ya no me necesitan para nada.

Raya de Lagartija hizo una mueca como si accidentalmente hubiera tomado un bocado de carroña.

—¿No te sentías atrapada mientras estabas en la maternidad? ¿Perdiendo patrullas y la oportunidad de cazar para tu Clan?

Fauces Amarillas vio la expresión de desconcierto de Flor de Acebo.

—¿Por qué me sentiría atrapada? Tener cachorros para criarlos como guerreros es el deber de toda reina.

—¿No crees que es injusto? —Raya de Lagartija protestó—. Los gatos machos pueden cazar y luchar toda su vida, y aun así tener crías para el Clan.

Flor de Acebo extendió la cola para darle a Raya de Lagartija un toque amistoso en el hombro.

—¡Creo que eso es duro para los gatos! Espera a tener crías, Raya de Lagartija, entonces pensarás diferente.

—En realidad, no. —Raya de Lagartija olfateó.

Flor de Acebo soltó un chillido de emoción.

—¡Oh, Raya de Lagartija, estás esperando cachorros! ¡Es fabuloso! ¿Son de Garra de Barro?

Raya de Lagartija asintió; Fauces Amarillas no creía haber visto nunca a una futura madre tan poco entusiasmada.

—Probablemente solo estés nerviosa —la tranquilizó Flor de Acebo—. Tener cachorros cambiará tu vida.

—Pero no *quiero* que mi vida cambie —Raya de Lagartija maulló mientras daba azotes con la cola—. Me gusta mi vida tal y como es ahora. Todo lo que siempre quise fue ser una guerrera, protegiendo a mi Clan.

—Bueno, serás una guerrera de nuevo, una vez que tus cachorros se conviertan en aprendices —señaló Flor de Acebo.

Su tono razonable pareció molestar aun más a Raya de Lagartija.

—¿Seis lunas en la maternidad? ¡Me volveré loca! —exclamó.

—Estarás bien, y tus cachorros también —prometió Flor de Acebo, que parecía incapaz de creer que Raya de Lagartija hablaba en serio—. ¡Ahora tenemos dos curanderas, no lo olvides!

Con un encogimiento de hombros, Raya de Lagartija se levantó y cruzó el campamento hacia la guarida de los guerreros. Mirándola fijamente, Fauces Amarillas se dio cuenta de que su vientre parecía hinchado, un poco más que el

suyo. «*Dos camadas, ninguna de las dos querida.*» El pensamiento la hizo estremecerse. «*Oh, cachorros, sí que los quiero* —les dijo a las pequeñas vidas que crecían en su vientre—. *Pero las cosas van a ser complicadas.*»

Fauces Amarillas deseaba poder hablar con Raya de Lagartija, confiarle sus preocupaciones y compartir la experiencia de tener cachorros por primera vez. Pero el secreto de Fauces Amarillas era uno que tenía que soportar sola. Además, ella y Raya de Lagartija nunca habían sido amigas. «*Y desde luego no puedo decírselo a Manto Mellado. Ha dejado claro que mi decisión de convertirme en curandera significa que no puedo tener nada que ver con él.*»

En ese momento vio al gato atigrado, que se dirigía desde la guarida de los guerreros hacia la de Estrella de Cedro. No estaba segura de si él la había visto; ciertamente no lo demostró.

—Fauces Amarillas, ¿por qué estás ahí parada como si estuvieras medio dormida?

Fauces Amarillas se sobresaltó cuando Bigotes de Salvia salió de la guarida detrás de ella.

—Tenemos que revisar la tos de Ave Pequeña —continuó la curandera— y llevarle a Colmillo de Piedra un ungüento de milenrama para sus almohadillas agrietadas. Y prometiste llevar a Manto de Nube al bosque de nuevo. Es demasiado pronto para que salga a menos que haya alguien experimentado que lo vigile.

—Lo siento, Bigotes de Salvia —Fauces Amarillas maulló—. Iré a ver a los veteranos, y luego encontraré a Manto de Nube.

Se puso en marcha hacia la guarida de los veteranos, sintiéndose completamente cansada, arrastraba las patas como si estuvieran hechas de piedra.

Bigotes de Salvia la siguió.

—No olvides el ungüento de milenrama —le pidió. Sus ojos se entrecerraron y estudió a Fauces Amarillas más de cerca—. ¿Estás bien? —preguntó—. Has estado muy cansada últimamente. Los curanderos también se enferman, ¿sabes?

El pánico se apoderó de Fauces Amarillas ante la idea de que Bigotes de Salvia descubriera la verdad. «*¿Qué es lo que haría? ¿Despojarme de mi condición de curandera? ¿Exiliarme del Clan? ¡Este es mi hogar y mi vida!*»

—No, estoy bien —contestó Fauces Amarillas, tratando de acelerar el paso mientras se dirigía a la guarida de los veteranos.

«*Incluso si están malhumorados y difíciles por lo cerca que está la estación sin hojas, es mi deber cuidar de ellos, y lo haré, mientras me lo permitan.*»

Fauces Amarillas se encontró de pie en un espacio oscuro y vacío. Unos pocos rastros de luz estelar brillaban en la negrura sobre su cabeza, demasiado débiles para ser estrellas. Comprendió que estaba soñando, pero no sabía qué podía significar el sueño.

—¿Esto es el Clan Estelar? —llamó—. ¿Hay alguien ahí?

Un momento después, un pequeño gato de manto oscuro salió de las sombras. Le echó una larga mirada a Fauces Amarillas, y solemnemente sacudió la cabeza.

—Se acerca un gato —maulló—, un gato que nunca debería haber nacido, cuya vida traerá fuego y sangre al bosque, y sin embargo, ¡el Clan Estelar es impotente para detenerlo!

Fauces Amarillas lo miró horrorizada.

—¿No hay nada que podamos hacer?

El gato oscuro agachó la cabeza.

—Solo una cosa puede detener la marea de odio que este gato maldito de nacimiento traerá: el valor de una madre para conocer su destino.

—¿Estás hablando de uno de mis hijos? —Fauces Amarillas jadeó—. ¿Qué quieres decir? ¿Es una profecía?

—Es una *advertencia* —susurró el gato oscuro. Volvió hacia las sombras.

Fauces Amarillas saltó tras él y se despertó agitándose en su lecho, con las paredes de la guarida apenas visibles mientras el cielo palidecía hacia el amanecer. El horror le heló los huesos. Instintivamente apretó las patas alrededor de su vientre hinchado, desesperada por proteger la vida que llevaba dentro. «*¡No hay forma de que mis cachorros traigan masacre al Clan de la Sombra! No es culpa suya que vayan a nacer.*» Por un momento, consideró describirle el sueño a Bigotes de Salvia. «*Pero Flama Plateada me dijo que confiara en mis propios instintos. Y mi secreto estaría en peligro si le contara demasiado.*»

Fauces Amarillas levantó los ojos hacia los pocos guerreros del Clan Estelar que aún brillaban en el cielo del alba.

—Clan Estelar, pronuncio estas palabras ante ustedes —susurró—. Juro a mis cachorros que haré todo lo que pueda para protegerlos. Lamento no ser la madre que esperaban, la madre que merecen, pero *siempre* los amaré.

Las últimas hojas cayeron de los árboles. El tiempo no era tan duro como el anterior, pero los días eran fríos e interminablemente húmedos, y ninguno de los gatos se sentía caliente o seco. La vida en el Clan parecía ralentizarse, y los guerreros solo salían para cazar o patrullar, aunque ningún gato esperaba que los enemigos atacaran con un tiempo tan horrible.

Una mañana, Fauces Amarillas yacía en la boca de su guarida, observando cómo Manto Mellado ordenaba a guerreros reacios a patrullar bajo la llovizna perpetua. Manto de Nube, ya totalmente recuperado, estaba entre ellos, el único gato que parecía tener algo de energía mientras saltaba y chapoteaba por los charcos del claro.

—Hiciste bien en curar al joven guerrero. —Bigotes de Salvia fue a reunirse con Fauces Amarillas en la boca de la guarida.

—Era lo bastante fuerte como para curarse a sí mismo —respondió Fauces Amarillas, sintiéndose incómoda y gorda bajo su grueso manto.

La curandera guardó silencio un momento. Luego dio un empujón a Fauces Amarillas.

—Ven, vamos a dar un paseo. Hace días que no salgo del campamento.

De mala gana, pero sin atreverse a mostrarlo, Fauces Amarillas se puso de pie y salió del campamento junto a Bigotes de Salvia, siguiendo a las patrullas que se marchaban. Se dio cuenta de lo mucho que la edad de la vieja curandera empezaba a mostrarse, tenía gris alrededor del hocico y rigidez en las patas traseras cuando el tiempo era húmedo. Una punzada de preocupación sacudió a Fauces Amarillas. Bigotes de Salvia había sido la curandera del Clan de la Sombra desde que tenía memoria, una fuente de habilidad y consuelo para su Clan, y era difícil pensar que se hiciera vieja. «*Debo asegurarme de que coma algunas hierbas para aliviar sus dolores. Necesita que la cuide, aunque ella no quiera.*»

Fauces Amarillas y Bigotes de Salvia se agacharon entre las zarzas goteantes y se dirigieron a los pantanos.

—Me gustan los espacios abiertos cuando llueve —maulló Bigotes de Salvia—. No soporto cuando la lluvia me salpica el cuello desde los árboles. —Se detuvo en el borde del pantano y respiró hondo—. Es sombrío aquí, pero me encanta esta parte del territorio —le dijo a Fauces Amarillas—. Soy una gata del Clan de la Sombra hasta los huesos, y me alegra que el Clan Estelar se asegurara de que naciera aquí.

Fauces Amarillas murmuró que estaba de acuerdo, pero su atención se centró principalmente en el retorcimiento de su vientre. De repente, uno de sus cachorros la pateó tan fuerte que soltó un jadeo involuntario.

Bigotes de Salvia se volvió hacia ella.

—Ven y siéntate aquí, en esta mata de pasto. —Cuando Fauces Amarillas obedeció, la miró largamente—. ¿Cuánto te falta? —preguntó.

Fauces Amarillas la miró consternada.

—¿Lo sabes? —susurró.

—Soy una curandera —Bigotes de Salvia respondió—. He traído más cachorros al Clan de la Sombra que ratones has comido. Claro que lo sé.

—¿Estás enojada?

—Un poco —admitió Bigotes de Salvia—. Hiciste juramentos, y los rompiste.

—¡No! —Fauces Amarillas protestó—. Manto Mellado y yo no hemos estado juntos desde que me hiciste una curandera de pleno derecho en la Piedra Lunar.

Bigotes de Salvia sacudió la cola.

—Estás separando bigotes, Fauces Amarillas. Sabes que no deberías haber estado con Manto Mellado cuando eras una aprendiza de curandera. Pero eso no es lo más importante —continuó—. El Clan de la Sombra te necesita. Pronto caminaré con el Clan Estelar, y tú tienes que ocupar mi lugar. Tienes un don poco común, y lo has desperdiciado.

—¡No, no lo he hecho! —Fauces Amarillas insistió—. Me ocuparé de esto, lo prometo. No dejaré de ser una curandera. Solo tengo que averiguar qué hacer…

Su voz se entrecortó. La mirada de Bigotes de Salvia era severa.

—Es hora de que tomes una decisión de una vez por todas —maulló—. Si vas a seguir el camino de una curandera, no debes desviarte más. El Clan *tiene* que ser lo primero.

Fauces Amarillas asintió miserablemente.

—Lo sé. Lo será, a partir de ahora.

Bigotes de Salvia estiró la cola y acarició el hombro de Fauces Amarillas, un gesto de afecto poco frecuente.

—Pobrecita —susurró, sobresaltando a Fauces Amarillas—. Que el Clan Estelar ilumine tu camino. —Su tono volvió a ser enérgico mientras continuaba—. ¿Manto Mellado sabe?

Fauces Amarillas negó con la cabeza.

—Deberías decírselo —maulló Bigotes de Salvia. —Si los cachorros… van a vivir, entonces él merece saber.

—¡Por supuesto que van a vivir! —Fauces Amarillas gritó.

«*¿Cree que mataría a mis propios cachorros?*»

—Entonces necesitarán a su padre más que nunca —le dijo Bigotes de Salvia—. No pueden perder a sus dos padres.

Fauces Amarillas asintió.

—Lo sé, tienes razón. Pero será difícil decírselo.

«*¿Cómo voy a encontrar las palabras? ¿Y qué hará cuando sepa la verdad?*»

Más tarde ese día, Fauces Amarillas estaba de vuelta en el campamento, ocupada cubriendo los almacenes de hierbas con más helechos para mantener la lluvia fuera.

Bigotes de Salvia entró en la guarida y agarró la rama de helecho que sostenía.

—Yo lo haré —le maulló—. Manto Mellado no está de patrulla. Ve a decírselo. —Más suavemente, añadió—: Tienes que hacerlo; lo sabes.

Fauces Amarillas la miró por un momento, luego inclinó la cabeza. A regañadientes, se arrastró hasta el claro y vio a Manto Mellado engullendo un trozo de presa junto al montón de carne fresca.

—¿Podemos hablar? —preguntó, acercándose a él.

Manto Mellado la miró fríamente.

—No tenemos nada que decirnos.

—Créeme, sí tenemos.

Fauces Amarillas guió a Manto Mellado hacia el bosque, abriéndose paso entre la maleza hasta perder de vista el campamento. Entonces se enfrentó a él bajo los árboles goteantes.

—Voy a tener cachorros —anunció.

Se preparó para la explosión de enojo de Manto Mellado. En lugar de eso, los ojos del atigrado se abrieron de par en par con incredulidad.

—¡Eso no es posible!

—¡Claro que es posible!

La confusión en los ojos de Manto Mellado se desvaneció, para ser reemplazada por una radiante felicidad.

—¡Voy a ser padre! —exclamó—. ¡Fauces Amarillas, eso es genial! Nuestros cachorros serán los mejores guerreros y reinas que el Clan haya conocido. Uno de ellos podría convertirse en líder de Clan algún día.

—Pero… —Fauces Amarillas trató de interrumpir. Incluso enojo por parte de Manto Mellado podría haber sido mejor que esa negativa total a ver cuál era el problema.

—Voy a ser el mejor padre —continuó con entusiasmo—. Les enseñaré movimientos de batalla, y les mostraré los mejores lugares para cazar.

—¡Pero soy una curandera! —Fauces Amarillas le hizo escuchar al fin—. ¡Se supone que no debo tener cachorros!

Manto Mellado la miró.

—Pues tendrás que dejar de ser una curandera.

—No puedo —se atragantó Fauces Amarillas.

La voz de Manto Mellado se volvió peligrosa:

—¿No puedes o no quieres?

—Ambas —Fauces Amarillas admitió—. Tendré a estos cachorros y los amaré con todo mi corazón, pero no puedo ser su madre. Tendrás que criarlos solo.

—¡No puedo hacer eso! —Manto Mellado gritó—. ¿Cómo puedo quedarme con ellos en la maternidad y darles leche?

—Raya de Lagartija también está esperando cachorros —le explicó Fauces Amarillas—. Ella puede cuidar de los nuestros hasta que tengan edad suficiente para alimentarse solos. Todos los gatos pueden saber que son tuyos, pero ninguno debe saber que también son míos. —Dejó escapar un largo suspiro—. Lo siento, Manto Mellado. No puedo ser su madre.

Aunque hablaba enérgicamente, por dentro el corazón de Fauces Amarillas se partía en pedacitos. «*Esta es la única elección que puedo hacer. Tengo que seguir el camino que el Clan Estelar trazó para mí.*»

Las palabras del pequeño gato oscuro de su sueño resonaron en sus oídos, advirtiéndole sobre la tormenta de fuego y sangre que se desataría en su Clan, pero apartó el recuerdo. No había razón para creer que el gato negro se había referido a sus cachorros. Ni siquiera sabía su nombre, ni a qué Clan había pertenecido. «*Manto Mellado será un buen padre. Mis cachorros estarán en buenas patas.*»

El guerrero la miraba como si nunca la hubiera visto antes.

—¿Quieres decir que elegirías ser curandera de compañeros de Clan que no tienen parentesco contigo, antes que cuidar de tus propios cachorros? ¿*Nuestros*

propios cachorros? —Su voz se elevó a un chillido—. ¡¿Qué clase de gata eres?! ¡¿No te importa nada más que tú misma?!

Fauces Amarillas trató de no derrumbarse en el suelo por la desesperación.

—Tengo que hacerlo —murmuró apretando los dientes—. Nuestros cachorros no sufrirán por ello.

—¿Qué sabes tú de crecer con un solo padre? —gruñó Manto Mellado.

Demasiado tarde, Fauces Amarillas se dio cuenta de que se había olvidado de su tormento por su padre ausente.

—¡Esto será diferente! —intentó protestar—. ¡Estos cachorros serán cuidados por Raya de Lagartija en la maternidad, y te tendrán a ti como padre, para amarlos y estar orgulloso de ellos! ¡Por favor, tienes que hacer esto por ellos!

Manto Mellado la miró como si no fuera más que una rata.

—Muy bien, pero con una condición —maulló al fin—. Debes prometer que nunca les dirás la verdad a estos cachorros. Es mejor que crezcan sin madre a que sepan que su madre decidió abandonarlos.

El corazón de Fauces Amarillas se rompió un poco más cuando hizo la promesa que Manto Mellado le pidió. «*Nunca les abandonaré, pequeños* —susurró a sus bebés nonatos—. *Estaré con ustedes, siempre.*»



25

Un dolor punzante en el vientre despertó a Fauces Amarillas, quien se mordió un gemido. Sabía que esta vez la agonía era suya. «*Es la hora. Tengo que irme. Bigotes de Salvia me cubrirá.*» Fauces Amarillas ya había preparado las hierbas que necesitaría: raíz de perifollo y una baya de enebro, dobladas en un par de hojas de ortiga. Había escondido el envoltorio de hojas en su lecho, para que ningún gato que entrara en la guarida lo viera. Fauces Amarillas sacó las hierbas del musgo y se dirigió a la boca de la guarida. Bigotes de Salvia seguía dormida en su lecho, y Fauces Amarillas no la despertó cuando salió al claro.

La noche cubría el bosque. Se veían algunas estrellas entre las nubes, pero no había luna. Fauces Amarillas agradeció la oscuridad. Podía ver a Ala de Ventisca de guardia junto a la entrada del campamento, por su pálido manto, pero sabía que podría escabullirse sin ser vista más allá del arenero.

Poderosas ondas de dolor pasaron por el vientre de Fauces Amarillas mientras bordeaba el arenero y se dirigía a través de los árboles. Unos amaneceres antes había elegido el lugar donde nacerían sus cachorros: un árbol muerto al otro lado de la frontera, en el bosque desconocido. Allí las patrullas fronterizas no podrían olfatearla ni encontrarse con ella de improviso.

«*Pase lo que pase después de esto* —pensó—, *tengo que concentrarme en mis deberes como curandera. Nada más importa. El Clan siempre me necesitará más que mis cachorros.*»

Cuando Fauces Amarillas entró en el hueco del árbol muerto, supo que sus cachorros estaban listos para nacer. El hueco estaba lleno de hojas muertas y había un olor a hongos y algo podrido. Ni siquiera Manto Mellado la encontraría allí.

Todo lo que Fauces Amarillas quería era que el parto terminara. Pero se sentía como si llevara echada en aquel árbol muerto varios días. Le dolía todo el cuerpo, hasta la punta del pelaje y de las garras. Se decía a sí misma que era una curandera, capaz de cuidar de sí misma, pero estaba demasiado débil para hacer nada, ni siquiera comer las hierbas que había traído. Finalmente, después de una larga noche de oscuridad y angustia, había tres pequeños bultos junto a ella en el montón de hojas. Dos de ellos se retorcían; uno estaba completamente quieto. Fauces Amarillas

lo pinchó con la pata, intentando ocultarse a sí misma lo que sabía muy bien. La gatita había nacido muerta. Sus ojos nunca se abrirían.

Fauces Amarillas arrastró a los otros dos, un gato y una gata, hacia ella. Con todas sus fuerzas, empezó a lamerlos, tratando de calentarlos y despertarlos. El gato soltó un aullido de rabia en cuanto lo tocó; la otra solo gimoteó un poco y sacudió las patas. «*Veo que el gato va a ser un luchador.*» Tenía el manto atigrado oscuro de su padre, con una cara ancha y plana y una pequeña cola doblada por la mitad como una rama rota. Sus pulmones eran tan potentes que Fauces Amarillas se sorprendió de que sus aullidos no hicieran que todo el Clan corriera a buscarlos. Golpeaba a su hermana con las patas cada vez que se movía, pero ella apenas reaccionaba. Otra espantosa certeza comenzó a amontonarse dentro de Fauces Amarillas. Lo intentó todo lo que pudo, lamiendo y lamiendo a la débil cachorrita, pero su respiración solo se hizo cada vez más superficial, hasta que finalmente se detuvo por completo. Su cola se movió una vez y se quedó quieta. Fauces Amarillas enterró la nariz en el pequeño trozo de pelo, sintiendo que la pena se abatía sobre ella. Era una clara señal del Clan Estelar.

«*Estos son los cachorros que vi en el estanque*, *cuando estaba en el Clan Estelar con Flama Plateada*. *Pero nunca deberían haber nacido*.»

Saliendo de su dolor, Fauces Amarillas volvió su atención a su único gatito superviviente, y vio la expresión en su cara pequeña y plana. Era nuevo en el mundo, no podía ver, apenas podía arrastrarse hasta su vientre para alimentarse. Y sin embargo, su cara ya estaba retorcida por una fuerte emoción ... «*¿Rabia? ¿Odio? Nunca había visto una mirada así en ningún gato*, *y menos en un gatito recién nacido.*» El miedo inundó a Fauces Amarillas, haciéndola temblar de frío. «*Tal vez este gatito tampoco estaba destinado a sobrevivir*», pensó. Un gatito nacido con tanto enojo solo podía significar problemas para el Clan. Su miedo aumentó al recordar su sueño y la terrible advertencia del gato negro del Clan Estelar. «*¿Es este el gato que traerá fuego y sangre al bosque?*» Pero entonces la cría se retorció hacia Fauces Amarillas y apretó la cara contra su pelaje. «*Es tan pequeño*, *tan indefenso*. *¡Me necesita!*»

Desesperada, se dijo a sí misma que, al fin y al cabo, solo era un cachorro, *su* cachorro, y el hijo de Manto Mellado, el gato al que amaba. Fauces Amarillas le lamió la parte superior de la cabeza y dejó escapar un pequeño ronroneo. Su corazón pareció expandirse hasta llenar todo su pecho. «*¿Cómo podría creer que un gatito no debería haber nacido?*»

Dejando al pequeño gato en el árbol hueco, Fauces Amarillas enterró a sus hermanas en el bosque desconocido, cavando profundamente en la tierra para que ningún gato, zorro o tejón pudiera olfatearlas. Luego volvió con su único gatito vivo.

—Flama Plateada me dijo que confiara en mis instintos y tomara mis propias decisiones —le susurró al pequeño gato, inclinándose para lamerle la cabeza—. Y yo elijo que crezcas en el Clan como un guerrero sin saber quién es tu madre. —Suspiró profundamente—. Eso será lo mejor para los dos, pequeño.

Dándole un último lametón, Fauces Amarillas se escabulló entre la maleza, con el pelaje enmarañado y apestando a hongos, y el gato colgando de su boca. Consciente de que le harían muchas preguntas, se detuvo para limpiarse en un charco cerca de la entrada. Para cuando ella y su cachorro entraran al campamento, ningún gato sería capaz de adivinar el sufrimiento que había atravesado.

Manto Mellado la vio en cuanto atravesó las zarzas. Apenas la miró; sus ojos eran solo para el cachorro, y estaban llenos de esperanza y emoción. Saltó por el claro para seguir a Fauces Amarillas a la maternidad. Raya de Lagartija estaba allí atendiendo a sus tres cachorros, nacidos unos días antes. Su pelaje atigrado marrón claro y su vientre blanco parecían brillar en la oscuridad de la maternidad. Miró a Fauces Amarillas con ojos estrechos y hostiles. A Fauces Amarillas nunca le había caído bien ni había confiado en Raya de Lagartija, pero no tenía elección. Raya de Lagartija era la única reina lactante en ese momento.

Fauces Amarillas dejó caer al cachorro en las patas de Raya de Lagartija. El gatito soltó un grito furioso.

—¿Qué es eso? —gruñó Raya de Lagartija.

—Es un cachorro —Fauces Amarillas respondió

—Es *mi* cachorro —añadió Manto Mellado con orgullo, abriéndose paso hacia la guarida.

—¿Ah, sí? —Raya de Lagartija maulló—. Qué milagro. Si hubiera sabido que los gatos machos podían tener crías, habría hecho que Garra de Barro tuviera a estos mocosos míos él mismo.

Manto Mellado la ignoró. Fauces Amarillas pensó que el espacio pareció hacerse más pequeño con él dentro, como si atrajera todo el aire hacia sí. Quería apretarse contra su pelaje y contarle todo lo que había pasado y lo de los dos pequeños cuerpos en el bosque. El esfuerzo de contenerse la hizo temblar por dentro, pero Manto Mellado seguía sin mirarla. Él se agachó y olfateó a su hijo. El gatito trató de levantar la cabeza, y luego balanceó la pata en el aire, que conectó con la nariz de Manto Mellado. El gato atigrado echó la cabeza hacia atrás, sorprendido.

—¡Mira eso! —gritó encantado—. ¡Ya es un pequeño guerrero!

La mirada amarilla de Raya de Lagartija estaba incomodando a Fauces Amarillas.

—Su madre desea mantener su identidad en secreto —le maulló Fauces Amarillas—. No puede cuidar de este gatito, y espera que tú lo acojas por ella.

Raya de Lagartija dio un azote con la cola.

—¿Qué clase de tontería de cerebro de ratón es esa? —espetó—. ¿Por qué tengo que aguantar a otro ruidoso bulto de pelo? Yo tampoco pedí estos cachorros, pero no me verás echándoselos a otra gata. No es mi trabajo cuidar de todos los gatitos no deseados del Clan.

Manto Mellado gruñó, y Raya de Lagartija se encogió en su lecho.

—Él *es* deseado —siseó Estrella Mellada—. Es mi hijo, y siempre lo reclamaré como mío. Se te está concediendo un gran honor, gata indigna. ¿Quién no querría ser la madre del hijo del lugarteniente del Clan, y tal vez del futuro líder del Clan?

Raya de Lagartija siseó suavemente. Pero sabía que no debía discutir con Manto Mellado. Fauces Amarillas pensó que tal vez veía la sabiduría de sus palabras. Como la reina responsable del hijo de Manto Mellado, incluso si el Clan sabía que ella no era su verdadera madre, Raya de Lagartija sería una gata importante dentro del Clan.

—De acuerdo, está bien —escupió sin gracia—. Dámelo.

Mientras Raya de Lagartija acurrucaba al cachorro en la curva de su vientre, Fauces Amarillas sintió una fuerte punzada de inquietud. «*¿Qué clase de vida tendrá, con una reina ambiciosa como Raya de Lagartija criándolo? ¿Estoy cometiendo el mayor error de mi vida?*»

—Se llama Pequeño Roto —maulló, con la voz entrecortada.

Raya de Lagartija asintió, estirando una pata para tocar el pliegue de la cola del cachorro. De ahí era de donde todos los gatos pensarían que venía el nombre. Pero Fauces Amarillas sabía la verdad. Llamó así a su hijo por lo que sintió en el pecho cuando lo dejó allí, como si su corazón se partiera en dos, como si su vida se hubiera roto por la mitad.

Fauces Amarillas regresó tambaleándose a la guarida de curandería y se acurrucó en su lecho. Le dolía todo por dentro, mucho más allá del alcance de cualquier hierba.

Bigotes de Salvia volvió de colgar telarañas en las espinas.

—¿Se acabó?

Fauces Amarillas levantó un poco la cabeza y asintió.

—Sí. Se acabó.

«*Todo se acabó.*»

Bigotes de Salvia volvió al almacén de hierbas, agarró una hoja y se la acercó.

—¿Perejil? —preguntó Fauces Amarillas.

La curandera asintió.

—Te secará la leche. Deberías tomar una hoja cada día. —Mientras Fauces Amarillas lamía la hoja, añadió—: Hiciste lo correcto.

Fauces Amarillas no respondió. Solo podía pensar en su pequeño hijo, que ahora mamaba del vientre de Raya de Lagartija. Lo anhelaba, pero no podía evitar sentir miedo al recordar la rabia en su cara cuando había nacido. No podía ignorar sus temores de que fuera el gatito que el gato negro había mencionado en su terrible profecía. Pero Fauces Amarillas esperaba que al entregarlo a otra gata, hubiera evitado la fatalidad que su sueño había predicho.

—El futuro va a ser diferente ahora —siseó al Clan Estelar mientras cerraba los ojos—. Pequeño Roto ya no es mi hijo.



26

—Visitaré a Raya de Lagartija —anunció Bigotes de Salvia al amanecer siguiente—. Puedes salir a recoger musgo. Debería haber mucho, con toda esta lluvia.

Su deliberada alegría no levantó el ánimo de Fauces Amarillas. Sospechaba que Bigotes de Salvia la mantenía fuera de la maternidad para que no pudiera ver a Pequeño Roto.

Cuando Fauces Amarillas se dirigió al claro para recoger musgo, Flor Radiante se puso a su lado.

—¿Dónde estabas ayer por la mañana? Te busqué y ningún gato sabía dónde estabas —se preocupó—. ¿Estás bien? No te ves bien.

A Fauces Amarillas anhelaba confiar en su madre, pero sabía que era imposible.

—Oh, solo cosas de curandera —maulló vagamente—. Y estoy bien, solo un poco cansada.

Para su alivio, Flor Radiante pareció tranquilizarse.

—¡Estoy tan orgullosa de que seas una curandera! —exclamó—. Tengo noticias para ti —añadió después de un momento—. Bigotes de Nuez ha estado pasando mucho tiempo con Zarpa de Fronde últimamente, aunque ella no sea su aprendiza. Realmente espero que esté listo para establecerse con una pareja. Sería maravilloso para él tener una camada de cachorros.

—Genial —Fauces Amarillas maulló, tratando de sonar entusiasta—. Ahora, si no te importa, tengo cosas que hacer.

Se adentró en el bosque, intentando quitarse de la cabeza el olor del campamento. Se sentía aturdida, dolorida y perdida sin los cachorros en su vientre. «*Mis queridas hijas, siempre lloraré por ustedes. Y por ti, hijo mío.*» Era aún más doloroso pensar en Pequeño Roto, sabiendo que estaba vivo, pero no con ella.

Suspirando, Fauces Amarillas empezó a recoger musgo de debajo de trozos de corteza y alrededor de las raíces de los árboles, haciendo un montón al lado de un camino, listo para llevarlo al campamento más tarde. Mientras trabajaba, se acercó a la zona de entrenamiento. A través de los árboles pudo ver a los cinco aprendices practicando movimientos de batalla.

—Zarpa Nocturna, no seas tan débil. —La voz de Corazón de Raposa sonó estridente—. ¡Vamos, ya te enseñé a hacer ese movimiento antes!

—Sí, no es divertido pelear contigo —agregó Zarpa de Pedernal.

La única respuesta de Zarpa Nocturna fue un ataque de tos.

Al oírlo, Fauces Amarillas dejó caer el musgo y saltó entre los árboles hasta llegar al borde del claro.

—¡Basta! —ordenó—. Zarpa Nocturna está enfermo.

Corazón de Raposa la fulminó con la mirada.

—Deberías mantenerte fuera del área de entrenamiento —le espetó—. Solo eres una curandera.

—Esto no es entrenamiento —replicó Fauces Amarillas—. Es enfermedad. Me llevaré a Zarpa Nocturna de vuelta al campamento.

Corazón de Raposa dejó escapar un siseo de molestia. «*Pero no puede hacer nada para detenerme*», pensó Fauces Amarillas con satisfacción.

Zarpa Nocturna se recuperó de su ataque de tos y trotó hacia ella. Antes de que se fuera, su hermano Zarpa Cortada tocó la oreja del pequeño aprendiz con la nariz.

—¡Que te mejores pronto! —maulló.

Fauces Amarillas le hizo un gesto de aprobación. Zarpa Cortada era un gato joven y robusto, inclinado a ser demasiado rudo, pero siempre amable con su hermano más débil.

La tos de Zarpa Nocturna se calmó mientras él y Fauces Amarillas volvían al campamento. Al pasar junto a su montón musgo, Fauces Amarillas se detuvo para recoger un poco.

—Puedo llevar algo de eso por ti —dijo Zarpa Nocturna.

Fauces Amarillas negó con la cabeza.

—No, necesitas descansar.

—Estaré bien, en serio —Zarpa Nocturna insistió—. Por favor. Me gustaría ayudar.

Fauces Amarillas dudó durante un latido y luego cedió. Entre los dos se las arreglaron para llevar la mitad de lo que había recogido, y se dirigieron juntos de vuelta al campamento. Una vez en la guarida de curandería, Fauces Amarillas revisó a Zarpa Nocturna desde la nariz hasta la punta de la cola. Podía oír jadeos en su pecho, pero sus ojos estaban brillantes, sus encías rojas y su corazón latía con firmeza. No había signos de fiebre.

—Bueno, eres un enigma —maulló al fin—. No tienes tos blanca ni verde, pero no sé... ¿Bigotes de Salvia? —llamó cuando la vieja curandera entró en la guarida—. ¿Le echarías un vistazo a Zarpa Nocturna? Estaba tosiendo, pero no parece tener nada malo.

Bigotes de Salvia examinó a Zarpa Nocturna, luego sacudió la cabeza.

—Muy raro —comentó—. Zarpa Nocturna, ¿crees que podrías tener una bola de pelo?

—No —contestó el aprendiz—. Estoy seguro de que no. De todos modos, mi manto es tan corto que no se me forman bolas de pelo.

—Entonces tal vez solo te tragaste una semilla, o algo así —Bigotes de Salvia concluyó—. No creo que necesites ninguna hierba. Solo asegúrate de beber mucha agua.

—Lo haré, Bigotes de Salvia. Gracias. —El aprendiz se volvió hacia Fauces Amarillas—. Me siento bien ahora. Voy a recoger el resto del musgo.

Cuando se hubo ido, Bigotes de Salvia guió a Fauces Amarillas a su lecho.

—Necesitas descansar un rato —maulló—. ¿Te encuentras bien?

—¿Cómo está Pequeño Roto? —preguntó Fauces Amarillas, acomodándose de mala gana en el musgo.

Bigotes de Salvia respondió con una mirada cautelosa.

—Está bien. Se está alimentando bien y ya es tan fuerte como sus nuevos compañeros de camada. —Algo en la voz de la vieja gata sugería que se estaba conteniendo.

—Algo anda mal, ¿verdad? —Fauces Amarillas exigió—. ¿Qué es lo que no me estás diciendo?

Bigotes de Salvia suspiró.

—Raya de Lagartija no parece del todo feliz con la boca extra que alimentar.

Fauces Amarillas resopló.

—¡Raya de Lagartija no quería cachorros en primer lugar!

Bigotes de Salvia asintió.

—Lo sé, pero es una pena. Es el deber de una reina.

—Algunas reinas no deberían tener hijos —murmuró Fauces Amarillas.

Por dentro, estaba desesperadamente preocupada por su hijo. «*No puedo soportar que se sienta indeseado y no querido.*»

Bigotes de Salvia pareció adivinar lo que estaba pensando.

—Fauces Amarillas, tienes que alejarte de la maternidad. Pequeño Roto necesita tener la oportunidad de vincularse con Raya de Lagartija.

Fauces Amarillas se echó una corta siesta mientras Bigotes de Salvia salía al bosque a buscar hierbas. Acababa de volver cuando Fauces Amarillas se despertó.

—Encontré más bayas de enebro —maulló alegremente—. Y un montón entero de hojas de borraja en un lugar protegido. Había perdido la esperanza de encontrar más antes de la estación de la hoja nueva. Serán útiles si Raya de Lagartija no tiene suficiente leche.

Fauces Amarillas se levantó de su lecho para ayudar a Bigotes de Salvia a clasificar las hierbas, desechando las hojas que estaban demasiado arrugadas para ser útiles. Todavía estaba concentrada en la tarea cuando Corazón de Raposa irrumpió en la guarida. Su pelaje estaba erizado y sus ojos ardían de enojo.

—¿Por qué tienes a los aprendices haciendo tareas de curanderos? —gruñó.

Fauces Amarillas vio que Zarpa Nocturna estaba detrás de su mentora, con la boca llena de musgo.

—Zarpa Nocturna se sentía lo suficientemente bien como para ayudarme —le maulló Fauces Amarillas—. ¿Por qué es eso un problema?

—¡Deberías haberlo enviado de vuelta al entrenamiento! —Corazón de Raposa espetó—. ¡No te metas en los asuntos de los guerreros en el futuro! —Se dio la vuelta y salió de la guarida.

Zarpa Nocturna dejó caer el musgo sobre el montón, le dio a Fauces Amarillas un encogimiento de hombros de disculpa, y trotó tras su mentora. Hirviendo de furia, Fauces Amarillas levantó el musgo y lo arrojó hacia el hueco donde estaba guardado. Su puntería era mala, pero no le importaba. «*Me encantaría arañarle la cara a esa gata, ¡es tan engreída!*»

—Tranquila. —Bigotes de Salvia apoyó la punta de la cola en el hombro de Fauces Amarillas—. Ve a buscar un trozo de carne fresca y cálmate.

Fauces Amarillas lanzó una última bola de musgo tras el resto y salió de la guarida. Al otro lado del claro, Corazón de Raposa estaba hablando con Manto Mellado, erizada y moviendo la cola de un lado a otro. «*Quejándose de mí, imagino*», pensó Fauces Amarillas mientras ambos gatos la miraban.

Intentando ignorarlos, se acercó al escaso montón de carne fresca y eligió una musaraña. Mientras comía, Baya de Serbal apareció a su lado.

—¿Te enteraste de que hay un gatito más en la maternidad? —preguntó su hermana con entusiasmo.

—Sí, eso escuché —respondió Fauces Amarillas con brusquedad.

—Todos los gatos creen que es de Corazón de Raposa —le murmuró Baya de Serbal al oído—. Mírala allí con Manto Mellado. Son muy unidos.

Otra puñalada de furia atravesó a Fauces Amarillas. Quería gritar: «¡No! ¡Pequeño Roto es mío!», pero se obligó a callarse y seguir comiendo la musaraña.

—¿Qué clase de gata abandonaría a su propio hijo? —continuó Baya de Serbal, sonando escandalizada.

—¿Una gata tan decidida a ser lugarteniente cuando Manto Mellado sea líder? —Corazón de Cenizas sugirió, acercándose con Cola de Rana—. Corazón de Raposa siempre ha sido ambiciosa. Probablemente piensa que tener un cachorro permitiría a otro gato robarle la oportunidad. —Se volvió hacia su compañera de Clan—. ¿Qué piensas tú, Cola de Rana?

—No escucho chismes —respondió Cola de Rana—. Si el cachorro es de Corazón de Raposa, ¿qué tiene? Pronto será un aprendiz y tendrá un mentor que ocupe el lugar de sus padres. —Se sacudió la cola—. Si yo fuera una gata, tampoco me gustaría estar atrapada en la maternidad.

Fauces Amarillas abandonó a su musaraña a medio comer y se retiró a la guarida de los curanderos.

—¿Qué pasa? —Bigotes de Salvia maulló.

—El Clan está chismorreando sobre Pequeño Roto —le dijo Fauces Amarillas—. Todos creen que es de Corazón de Raposa.

Bigotes de Salvia pareció ligeramente sorprendida.

—Bueno, es mejor que el Clan piense que la madre de Pequeño Roto es una gata del Clan de la Sombra y no una minina casera o una proscrita.

Fauces Amarillas suspiró, sabiendo que eso era cierto. «*Aunque no tiene por qué gustarme.*» Volvió a acurrucarse en su lecho, intentando dormir, pero después de dos lunas de tener el vientre lleno, ahora el vacío la mantenía despierta.

• • •

Unos amaneceres más tarde, Fauces Amarillas regresó al claro con la boca llena de raíz de perifollo para ver a Raya de Lagartija saliendo de la maternidad. Flor Radiante se acercó a Fauces Amarillas mientras se detenía, preguntándose por qué Raya de Lagartija dejaba a sus cachorros.

—Los cachorros abrieron los ojos —le informó Flor Radiante, con una mirada brillante—. Y Raya de Lagartija los está sacando por primera vez.

—Espero que no sea demasiado pronto —murmuró Fauces Amarillas.

«*Está bien estar ansiosa. ¡Soy una curandera!*»

—Estarán bien —su madre le aseguró—. Hace un día precioso.

Varios gatos se habían reunido alrededor de la maternidad para ver salir a los cachorros. Baya de Serbal estaba allí con Bigotes de Nuez y Bermeja, mientras que Corazón de Cenizas y Paso de Lobo estaban un poco más alejados. Los tres veteranos observaban desde la entrada de su guarida. Pequeño Venado y Pequeña Enredada fueron los primeros en brincar al exterior, pero se detuvieron y miraron a su alrededor, con los ojos muy abiertos por la curiosidad. Pequeño Inquieto, el más pequeño de la camada, los siguió más despacio, deteniéndose en la entrada de la maternidad mientras olfateaba varias veces. Entonces, de repente, decidió unirse a su hermano y a su hermana, corriendo hacia el claro y tropezando con sus propias patas. Murmullos de admiración y diversión surgieron de los gatos que observaban, y más miembros del Clan se acercaron. Garra de Barro se unió a Raya de Lagartija, quien se lamía una pata y se la pasaba por las orejas, con los ojos brillantes al oír cómo el Clan alababa a sus cachorros. «*Tal vez esté orgullosa de ellos después de todo*», pensó Fauces Amarillas, manteniéndose al fondo de la multitud mientras buscaba a Pequeño Roto. El gatito salió de la maternidad un instante después y se quedó parpadeando a la luz del sol, con su oscuro manto atigrado erizado. Aunque era un poco más joven, era tan grande como los demás.

—Es un buen gatito —Fauces Amarillas oyó que Ratón Alado comentaba.

Salto de Cierva asintió.

—Algún día será un guerrero fuerte.

Fauces Amarillas quería disfrutar de los elogios a su hijo, aunque no pudiera reconocerlos, pero no había calidez real en las palabras de los guerreros. «*No les gusta el hecho de que ningún gato sepa quién es su madre.*»

Hoja Ámbar se les acercó un momento después.

—¿Les parece un proscrito? —susurró, confirmando las sospechas de Fauces Amarillas—. Si Corazón de Raposa es su madre, ¿por qué no decirlo?

Ratón Alado murmuró de acuerdo.

—Yo no habría dicho que es medio minino casero, pero mira a su padre. Recuerda lo que dijeron de Manto Mellado cuando nació.

No queriendo oír más, Fauces Amarillas se dio la vuelta para irse. Pero Ave Pequeña se acercó y la detuvo.

—Hace tiempo que no vienes a verme —maulló.

Fauces Amarillas se sintió culpable. Había evitado deliberadamente a la veterana por si Ave Pequeña se daba cuenta de que estaba esperando cachorros.

—He estado ocupada —respondió.

—¿Demasiado ocupada para tus viejos amigos? —insistió Ave Pequeña. Instando a Fauces Amarillas con un movimiento de las orejas, la condujo a un lugar soleado lejos de los otros gatos y se sentó con las patas metidas debajo de ella—. Muchos cachorros —comentó—. Es bueno para el Clan, pero no tan bueno en la estación sin hojas.

—Raya de Lagartija parece estar arreglándoselas —Fauces Amarillas señaló.

Los ojos de la veterana estaban rasgados por la luz del sol, pero aun así Fauces Amarillas sentía como si Ave Pequeña la estuviera examinando.

—¿Y qué hay de ese cachorro extra? —preguntó Ave Pequeña—. ¿Dónde crees que está su madre?

Fauces Amarillas apartó la mirada.

—No tengo ni idea. Mientras Raya de Lagartija esté dispuesta a criarlo, ¿acaso importa?

—Creo que todos los gatitos merecen saber de dónde vienen —maulló Ave Pequeña—. Habría pensado que Manto Mellado creería eso más que la mayoría.

Fauces Amarillas se cansó de repente de las indirectas y los comentarios.

—¡Pues no es asunto nuestro! —espetó.

—Eres una curandera —Ave Pequeña comentó, sorprendida—. Todo lo que hace el Clan es asunto tuyo.

—Pero quizás algunos secretos están mejor guardarlos —susurró la gata gris.



27

La media luna aparecía irregularmente entre las nubes mientras Fauces Amarillas subía penosamente la última pendiente hacia la Boca Materna. Los otros curanderos ya la esperaban en la entrada del túnel. Fauces Amarillas se acercó a ellos, nerviosa, preocupada de que sus ojos experimentados fueran capaces de detectar signos de su reciente parto. «*Ojalá Bigotes de Salvia hubiera podido venir en mi lugar.*» Pero Bigotes de Salvia sufría dolores en las patas y en lo más profundo de su estómago, tan intensos que Fauces Amarillas tuvo que esforzarse por bloquearlos. El viaje a las Rocas Altas sería demasiado para ella, y Fauces Amarillas se preguntaba si la vieja curandera volvería a viajar allí. Pero no había necesidad de que Fauces Amarillas se sintiera nerviosa. Cuando se acercó a sus compañeros curanderos, los saludos fueron amistosos, excepto por parte de Pluma de Ganso, quien murmuraba en su pecho como de costumbre, apenas consciente de lo que le rodeaba.

—Pareces cansada —le maulló Zarzal de Bayas a Fauces Amarillas—. ¿Hay enfermedades en el Clan de la Sombra?

Fauces Amarillas se encogió de hombros, tratando de no mostrar lo aliviada que estaba de que Zarzal de Bayas le hubiera dado una excusa para su cansancio.

—Solo las cosas habituales de las estaciones sin hojas —respondió—. Nada con lo que no podamos lidiar.

—Es bueno oír eso —murmuró Bigotes Plumosos, con aquella mirada extrañamente curiosa que Fauces Amarillas conocía bien—. ¿Y todo lo demás va bien para el Clan de la Sombra?

—Todo está bien —le dijo Fauces Amarillas—. ¿No es hora de que nos dirijamos a la Piedra Lunar?

—¡Ya lo sabemos! —Pluma de Ganso le espetó—. Gatos jóvenes, creen que tienen que enseñar a sus mayores a comer ratones... —Volvió a caer en su murmullo.

—Vamos, Pluma de Ganso —maulló Zarzal de Bayas amablemente, poniendo la cola sobre los hombros del viejo gato—. Vamos tú y yo por delante. —Se adentró en el túnel con Pluma de Ganso a su lado.

Queriendo evitar más preguntas de Bigotes Plumosos, Fauces Amarillas se puso al lado de Corazón de Halcón, dejando al segundo curandero del Clan del Trueno en la retaguardia.

—¿Cómo encuentras la vida de curandera? —le preguntó Corazón de Halcón—. A mí me tomó un tiempo olvidar que ya no era un guerrero.

—A mí también —coincidió Fauces Amarillas, recordando la batalla contra las ratas.

—Ayuda si recuerdo que soy más útil para mi Clan en donde estoy ahora —el curandero mayor continuó, su voz cálida y amistosa en la oscuridad—. Todos los gatos tienen el potencial para ser guerreros, pero solo unos pocos podemos ser curanderos.

—Eso es cierto —Fauces Amarillas reconoció.

—Cuando miro a un gato herido —continuó Corazón de Halcón—, trato de imaginar cómo se causó la herida. Eso a menudo es una ayuda para saber el mejor tratamiento.

—¡Oh, ya lo entiendo! —Fauces Amarillas maulló, empezando a relajarse y a disfrutar de la charla—. Por ejemplo, si fueron dientes, garras o un trozo afilado de una rama.

—Cierto —coincidió Corazón de Halcón—. A veces… —se interrumpió.

Delante de ellos, Pluma de Ganso se había detenido de repente, y Fauces Amarillas tuvo que retroceder un paso para evitar chocar con él. «*Si lo hiciera, ¡nunca dejaría de hablar!*»

Corazón de Halcón tropezó con ella, desequilibrado por el repentino cambio de dirección.

—Perdón —murmuró, luego agregó—: ¿Eso que huelo en ti es perejil?

Fauces Amarillas se estremeció. Había olvidado que podía llevar el olor de la hierba que utilizaba para secar la leche. «*¡Cagarrutas de ratón! Debería haber rodado en algunos helechos o algo en el camino hasta aquí para ocultar el olor.*»

—Me sorprende que todavía tengan reservas de perejil en la estación sin hojas —continuó Corazón de Halcón mientras se ponían de nuevo en marcha por el pasadizo.

Fauces Amarillas no sabía qué decir.

—Supongo que tenemos suerte —maulló después de un momento—. El otro día encontré un montón protegido.

Envió una silenciosa plegaria de agradecimiento al Clan Estelar por haber llegado a la cueva de la Piedra Lunar en ese momento. La luna ya brillaba a través del agujero en el techo, despertando una luz helada en el corazón de la piedra. Ya no había tiempo para hablar. Fauces Amarillas cerró los ojos y apoyó el hocico en la fría superficie del cristal. Cada músculo de su cuerpo le dolía de cansancio. «*¡Bigotes de Salvia y yo nunca dejaríamos que una reina abandonara el campamento tan pronto después de parir!*» Agradecida, se quedó dormida.

Una brisa cálida agitó el manto de Fauces Amarillas. Se despertó de un salto y se encontró en un pantano iluminado por el sol. El sonido del agua llenaba el aire y pájaros invisibles cantaban sobre ella. Se sintió observada mientras disfrutaba de la luz del sol sobre su pelaje. Al sentarse, vio a Flama Plateada a su lado, mirándola con ojos suaves de simpatía.

—Oh, Fauces Amarillas —murmuró.

—Lo sabías, ¿verdad? —preguntó Fauces Amarillas con un gruñido—. La noche que Bigotes de Salvia me convirtió en una curandera, vi el reflejo de tres cachorros detrás de mí. ¿Por qué no me dijiste lo que iba a pasar?

Flama Plateada suspiró.

—¿De qué habría servido? No podía cambiar tu futuro. Era mejor que no sufrieras antes de que sucediera.

—¡Debería haber dejado de ver a Manto Mellado! —Fauces Amarillas protestó.

Flama Plateada la miró con gravedad.

—Ya era demasiado tarde. Y ni siquiera el código de los curanderos era lo bastante fuerte como para obligarte a hacerlo.

Fauces Amarillas se levantó de un salto y empezó a caminar, haciendo que lagartijas y ranas saltasen de sus patas. «*¿Es mi imaginación* —se preguntó—, *o la brisa se está volviendo más fría?*»

—Flama Plateada, ¿qué más sabes de los cachorros? —preguntó, volviéndose hacia la gata del Clan Estelar—. ¿Conoces a un gato pequeño de pelaje negro? ¿Te ha dicho algo? ¿Es del Clan de la Sombra?

—¿Un pequeño gato negro? Oh, debes referirte a Manto de Topo. —Flama Plateada dudó, y Fauces Amarillas se preguntó si estaba ocultando algo—. Manto de Topo era el curandero del Clan de la Sombra hace muchas, muchas temporadas. Dice cosas con poco sentido en los mejores de los casos —maulló Flama Plateada—. Se le trata con amabilidad, pero no siempre vale la pena escucharle con demasiada atención.

—¡Me dijo que nacerá un gatito que traerá fuego y sangre al bosque! —Fauces Amarillas siseó, con la voz temblorosa—. ¿Por qué me lo diría si no fuera uno de mis cachorros? Hay algo en Pequeño Roto…

Fauces Amarillas se atragantó con el resto de sus palabras cuando Flama Plateada le pasó la cola por la boca.

—Una madre no dice nada malo de sus cachorros —le advirtió la guerrera del Clan Estelar—. Si tú no los quieres, ¿quién lo hará?

—Pero no puedo ser una madre adecuada para Pequeño Roto —Fauces Amarillas maulló con desdicha.

—No, porque eres una curandera, y tu Clan siempre debe ser lo primero. —La gata dio un paso hacia Fauces Amarillas, había calidez en su mirada—. Pero eso no significa que no puedas ser su amiga, y una fuerza del bien en su vida. No te rindas con él, Fauces Amarillas. Podrías ser su única esperanza.

Mientras Flama Plateada terminaba de hablar, el pantano a su alrededor empezó a desvanecerse, y Fauces Amarillas supo que se estaba despertando.

—¡Espera! —gritó—. ¿Dónde están mis hijas? ¿Están aquí?

Flama Plateada ya no era más que una silueta resplandeciente, pero mientras Fauces Amarillas miraba a su alrededor, vislumbró dos formas diminutas y pálidas que la observaban desde una mata de pasto. «*¡Mis preciosas cachorras!*» El corazón de Fauces Amarillas empezó a latir con fuerza en su pecho. Intentó correr hacia las

gatitas, pero en lugar de avanzar hacia ellos, sintió que sus patas se estrellaban contra la fría y dura piedra. Abrió los ojos y se encontró de nuevo en la caverna, con nuevas oleadas de dolor sobrecogiéndola hasta que apenas pudo evitar chillar en voz alta.

Mientras ella y los otros gatos se levantaban para prepararse para salir, Zarzal de Bayas se acercó a Fauces Amarillas.

—¿Malas noticias? —murmuró al oído de Fauces Amarillas.

Fauces Amarillas sacudió la cabeza.

—Sueños tristes, eso es todo —respondió.

Fauces Amarillas se escabulló del campamento antes de que salieran las patrullas del alba. La pálida luz se filtraba entre los árboles, pero las sombras aún eran profundas entre la maleza. El rocío se pegaba a cada brizna de pasto y telaraña. Inflando el pelaje contra el frío, Fauces Amarillas reprimió un bostezo. El tiempo mejoraría más tarde, y aquí y allá podía ver una pizca de verde en las ramas. Cuando faltaba poco para la estación de la nueva hoja, salía temprano cada mañana, buscando en el bosque las hierbas que el Clan tanto necesitaba después del frío de la estación sin hojas. Escarbaba con cuidado en la hojarasca para encontrar los brotes más pequeños, retiraba los restos para que pudieran llegar a la luz del sol y traía lo que podía.

El sol deslumbraba sus ojos cuando Fauces Amarillas regresó al campamento. Había encontrado unas cuantas hojas preciosas de consuelda y tanaceto para aliviar la tos persistente de Zarpa Nocturna, así como unas cuantas plumas de mirlo para el lecho de Bigotes de Salvia. Cuando Fauces Amarillas se acercó al campamento, la primera patrulla de caza salió del túnel. Manto Mellado iba a la cabeza, con Corazón de Raposa a su lado, seguido de Garra de Barro, Salto de Cierva y Bermeja, quien saludó a Fauces Amarillas amistosamente con la cola al pasar. Manto Mellado y Corazón de Raposa hablaban juntos; Corazón de Raposa se interrumpió para mirar con desdén a Fauces Amarillas cuando pasaron a su lado. Manto Mellado ni siquiera la miró. Fauces Amarillas suspiró mientras avanzaba hacia la entrada del campamento. «*Si siguen así, solo alimentarán los rumores de que Pequeño Roto es de Corazón de Raposa. ¡Habría elegido a cualquier otra reina del Clan para ser su madre!*»

Al salir al claro, Fauces Amarillas vio a Raya de Lagartija en una cálida mancha de luz solar cerca del montón de carne fresca, compartiendo lenguas con Ortiga Manchada y Corazón de Cenizas. No había rastro de sus cachorros. Fauces Amarillas supuso que estaban en la maternidad, pero cuando se acercó a su guarida oyó chillidos estridentes que venían de detrás. Al asomarse entre las rocas, encontró a Pequeño Venado, Pequeña Enredada y Pequeño Inquieto rodeando a Pequeño Roto, quien estaba frente a ellos con el pelaje atigrado oscuro erizado.

—No queremos jugar contigo —chilló Pequeño Venado, tapándose la nariz—. Hueles raro.

—Sí —Pequeña Enredada añadió—. Todos los gatos dicen que eres un minino casero, como tu padre.

—¡Mi padre no es un minino casero! —Pequeño Roto aulló, atacando con una pata.

Pequeña Enredada saltó hacia atrás para evitar el golpe. Pequeño Roto era ahora más grande y fuerte que los demás. Pequeño Inquieto y Pequeño Venado también se alejaron de él.

—¡Mi padre es el lugarteniente del Clan; es el mejor guerrero del Clan de la Sombra! —espetó Pequeño Roto.

—¿Pero quién es tu madre? —preguntó Pequeño Inquieto con un resoplido—. ¡Ni siquiera tú lo sabes!

—Sí, podría ser cualquiera —Pequeño Venado maulló—. ¡Una proscrita, una minina casera, una *tejona*! ¡Tejón apestoso! ¡Tejón apestoso!

Los otros dos cachorros se le unieron.

—¡Tejón apestoso!

Fauces Amarillas dejó caer las hierbas y plumas y se puso en medio del grupo.

—¡Basta! —exclamó, mirando a los hijos de Raya de Lagartija—. Pequeño Venado, Pequeña Enredada, Pequeño Inquieto, ¡debería darles vergüenza! ¡¿Cómo se atreven a tratar así a su compañero de Clan?!

Pequeño Inquieto tuvo la delicadeza de parecer avergonzado, mirándose las patas y lloriqueando miserablemente. Pequeño Venado y Pequeña Enredada solo miraron desafiantes, aunque no se atrevieron a decir nada a una curandera.

—Pequeño Roto, ven conmigo —maulló Fauces Amarillas.

Enroscó la gruesa cola alrededor de él y se lo llevó.

Pequeño Roto pataleó enojado a su lado.

—¡Ahora pensarán que les tengo miedo! Podría haberlos vencido si no hubieras aparecido. Son tan débiles que me da igual que sean tres y yo solo uno.

Fauces Amarillas se sintió confundida. Esperaba que su hijo estuviera agradecido de que le hubiera rescatado de los abusones.

—Bueno, luchar no es la respuesta a todo —le dijo—. Tus compañeros de camada deben aprender a comportarse. Se lo diré a Raya de Lagartija y ella los castigará.

Pequeño Roto corrió delante de ella y se giró para mirarla, con los ojos muy abiertos y suplicantes.

—¡Por favor, no hagas eso! —suplicó—. ¡Raya de Lagartija solo me culpará a mí! No le caigo bien; cree que le robo la leche a sus hijos.

—¡Claro que no piensa eso! —exclamó Fauces Amarillas, sorprendida.

—¡Sí que lo piensa! —Pequeño Roto insistió—. Oí que se lo decía a Hoja Ámbar. No le agrado a nadie.

El corazón de Fauces Amarillas se retorció de amor y arrepentimiento.

—A mí me agradas —maulló—. Y también a todos tus compañeros de Clan, una vez que te conozcan. Ahora, ¿por qué no me ayudas a recoger todas estas hierbas y plumas y las llevas a mi guarida?¡ Eres tan fuerte que probablemente no necesites que te ayude!

El pecho de Pequeño Roto se hinchó de orgullo mientras recogía todo lo que podía, esparciendo unas cuantas hojas y plumas mientras marchaba hacia la guarida de Bigotes de Salvia. La vieja curandera estaba acurrucada en su lecho. Levantó la cabeza sorprendida cuando apareció el gatito, seguido de Fauces Amarillas.

—¿No debería estar jugando con sus compañeros de camada? —preguntó a Fauces Amarillas.

Fauces Amarillas sabía que la curandera le estaba haciendo una advertencia. Ella no respondió, solo mostró a Pequeño Roto dónde dejar su carga.

—Mis compañeros de camada son estúpidos —resopló Pequeño Roto—. Fauces Amarillas es mi amiga ahora.

Fauces Amarillas podía sentir el calor de la mirada de Bigotes de Salvia en su pelaje, pero se negó a compartir la preocupación de la vieja gata o incluso a reconocerla. «*¿Qué daño estoy haciendo?*»

—Pequeño Roto, ¿te gustaría ayudarme a buscar musgo limpio?

Pequeño Roto asintió, rebotando sobre sus patas.

—Yo puedo llevar más musgo que cualquier gato —se jactó.

Fauces Amarillas sabía que no podía sacarlo del campamento, pero detrás de la guarida de los veteranos había unos trozos de corteza donde crecía musgo. Ella lo llevó a través del claro, consciente de algunas miradas sorprendidas de sus compañeros de Clan.

—Ahora, sujeta la corteza —le dijo a Pequeño Roto—, para que pueda pelar el musgo de debajo.

—¿Así? —Pequeño Roto se escondió debajo de un trozo de corteza y se sentó con ella en equilibrio sobre su cabeza como si fuera un pedazo más de su pelo.

Fauces Amarillas hizo una mueca de diversión.

—No del todo —maulló—. Una ardilla podría pensar que eres un árbol e intentar treparte.

Pequeño Roto soltó un chillido.

—¡Soy un árbol! ¡Soy un árbol! —Saltó hasta que se le cayó la corteza de la cabeza.

Fauces Amarillas le mostró cómo sostener la corteza con una pata mientras ella recogía el musgo. Cuando recogieron un buen montón, lo juntaron y Pequeño Roto la ayudó a llevarlo a su guarida. Al admirar el cuerpo robusto y el pelaje reluciente de su hijo, el interior de Fauces Amarillas brilló de orgullo. «*¿Por qué dudé alguna vez de su derecho a nacer? Podría crecer y convertirse en* mi *aprendiz* —pensó—, *y trabajar a mi lado el resto de mi vida. ¡Sería un regalo aun mayor que ser reconocida como su madre!*»



28

El sol brillante de la estación de la hoja nueva brillaba mientras Fauces Amarillas ponía a secar un montón de hojas de borraja y un poco de fárfara en el suelo llano fuera de su guarida. Pequeño Roto jugaba cerca, a veces abalanzándose sobre el extremo de su cola, o lanzando un trozo de musgo en el aire.

—¡Toma eso, manto de pulgas del Clan del Trueno! —gruñó, dándole un golpecito—. ¡Eso te enseñará a mantenerte alejado del campamento del Clan de la Sombra!

—Mira, Pequeño Roto —Fauces Amarillas maulló—. Estas hojas se llaman borraja. Son buenas para tratar a los gatos que tienen fiebre. Y esto es…

—¿Por qué me estás contando estas cosas? —Pequeño Roto interrumpió—. ¡No voy a ser un curandero! ¡Voy a ser un guerrero! ¡Grrr! ¡Mira cómo me abalanzo! —Cayó sobre la bola de musgo y la hizo pedazos con las garras.

Fauces Amarillas lo observó con cariño. Sabía que Bigotes de Salvia no aprobaba el tiempo que Pequeño Roto pasaba con ella en vez de con sus compañeros de camada. «*Pero no veo por qué Pequeño Roto debe ser tratado como un forastero cuando yo puedo cuidarlo y hacerlo sentir especial.*»

Agitó una oreja al oír un moqueo, y levantó la mirada para ver a Pequeño Inquieto agachado a unas colas de distancia, mirándola atentamente mientras clasificaba las hierbas.

—Hola —maulló—. Ven a mirar si quieres.

Pequeño Inquieto se sorprendió, con el pelaje erizado por la alarma. Por un instante dudó, parpadeando ansiosamente, y luego, con otro gran moqueo, se fue corriendo hacia la maternidad.

Fauces Amarillas se encogió de hombros y volvió a mirar a Pequeño Roto. En dos lunas más, su hijo sería aprendiz, y entonces apenas lo vería porque estaría muy ocupado entrenando con su mentor. Por un momento sintió una punzada al pensar que no entrenaría con ella como curandero, pero se consoló con la idea de que iba a ser un gran guerrero.

Pequeño Roto fue a buscar otra bola de musgo y Fauces Amarillas siguió colocando hierbas hasta que vio a Nocturno acercarse. Había sido nombrado un guerrero dos amaneceres atrás, y Fauces Amarillas podía ver su orgullo por la forma en que caminaba y mantenía la cabeza en alto. Pero seguía tosiendo. «*Lo he intentado todo: hierbas, miel, planificar su elección de carne fresca para que nunca coma nada con plumas. Pero nada funciona.*» Cada vez que el joven guerrero se

esforzaba, empezaba a toser y a jadear. Fauces Amarillas pudo ver su frustración cuando se acercó a ella, tosiendo de nuevo mientras intentaba hablar. «*Parece cansado y delgado, cuando debería ser joven y fuerte como su hermano.*»

—Siéntate —maulló Fauces Amarillas—. Respira suavemente. Te traeré un poco de musgo húmedo.

—¡Debe haber alguna manera de arreglar esto! —Nocturno dijo con voz rasposa cuando ella regresó.

Fauces Amarillas negó con la cabeza.

—Ninguna hierba te ayudará —le dijo mientras dejaba el musgo a su lado—. Solo tienes que calmarte y relajarte.

—Lo sé. Pero no es fácil —replicó Nocturno. A pesar de todos sus problemas, no había enojo en su voz; seguía siendo amable y de buen humor.

—Le hablé de ti a Corazón de Halcón hace poco en una reunión de media luna —continuó Fauces Amarillas, mientras el guerrero lamía agradecido el agua del musgo—. Dijo que un gato del Clan del Viento tenía los mismos síntomas: tos después de correr, pero sin signos de fiebre o enfermedad. Corazón de Halcón no tenía un nombre para eso; era simplemente algo con lo que el gato tenía que vivir.

Nocturno levantó la mirada con aprensión.

—¿Y qué le pasó al gato?

Fauces Amarillas medio deseó no haber sacado el tema porque no había buenas noticias que darle al joven guerrero.

—No pudo cumplir con todos sus deberes de guerrero y tuvo que retirarse pronto a la guarida de los veteranos —admitió.

—¡Yo nunca haré eso! —exclamó Nocturno—. ¡Quiero ser un guerrero! ¡El Clan de la Sombra se lo merece!

Fauces Amarillas estiró la cola para apoyarla reconfortantemente en el hombro de Nocturno.

—El Clan de la Sombra no espera que sus gatos se esfuercen hasta los huesos cuando no están lo suficientemente en forma. Ahora, siéntate y estate quieto hasta que puedas respirar con normalidad.

Bigotes de Salvia salió de la guarida de curandería, empujando a Pequeño Roto delante de ella. Sus ojos azules brillaban de molestia.

Fauces Amarillas se levantó y fue a su encuentro.

—¿Hay algún problema?

—¡Atrapé a este gatito agarrando musgo del almacén dentro de la guarida! —La curandera mayor maulló enojada—. ¡Como si no tuviéramos que trabajar para recogerlo!

Pequeño Roto miró a la vieja gata con desafío en los ojos.

—¡Quería un poco para jugar! ¡Siempre pueden conseguir más!

Bigotes de Salvia miró a Fauces Amarillas con severidad, esperando claramente que se ocupara de él.

—Pequeño Roto, si quieres musgo ya sabes dónde conseguirlo —maulló Fauces Amarillas—. Hay mucho detrás de la guarida de los veteranos. Pero por favor no tomes el musgo de nuestro almacén.

«*¿Bigotes de Salvia espera que lo castigue?* —se preguntó—. *¡Es solo un cachorro!*» Intentaba pensar en qué hacer cuando Pequeño Venado y Pequeña Enredada salieron de la maternidad y saltaron hacia donde estaba Pequeño Roto.

—¿Sigues con las curanderas? —se burló Pequeño Venado—. ¡Gatas viejas y un guerrero enfermo son los únicos amigos que tienes!

Pequeña Enredada avanzó hasta estar casi nariz a nariz con Pequeño Roto.

—¿Qué habilidades estás aprendiendo? —preguntó con una voz fingidamente interesada—. ¿Cómo secar hierbas? Ooh, ¡nuestros enemigos se asustarán!

—¡Sí, ya me lo imagino en una batalla! —Pequeño Venado añadió—. «¡Acércate un paso más y te abofeteo con esta hoja!»

El pelaje del cuello de Pequeño Roto se erizó y arremetió contra Pequeño Venado, dándole un golpe en la nariz.

Pequeño Venado soltó un aullido indignado.

—¡Eso dolió!

—Y te lo mereces —Fauces Amarillas le espetó—. Vuelvan a la maternidad hasta que aprendan a ser amables.

Los dos cachorros se alejaron, lanzando miradas resentidas detrás de ellos mientras se iban.

—No les hagas caso, Pequeño Roto —dijo Fauces Amarillas cuando se hubieron ido—. No hay nada malo en…

Pequeño Roto se volvió hacia ella, con los ojos brillantes de enojo.

—Tienen razón. ¡Aquí no aprendo nada útil! Solo eres una vieja curandera tonta, no una guerrera. ¿Por qué me obligas a venir aquí todo el tiempo?

—Yo no te *obligo*. —Sorprendida, Fauces Amarillas extendió la cola hacia él, pero Pequeño Roto la apartó.

—¡Deja de molestarme y déjame en paz! —Con un siseo furioso, salió corriendo.

Fauces Amarillas lo persiguió con la mirada. «*¿Qué fue lo que hice?*»

—Tal vez sea lo mejor —murmuró Bigotes de Salvia en su oído—. Necesita crecer lo más normal posible para que no lo excluyan más de lo que ya lo han hecho.

Fauces Amarillas se abalanzó sobre ella.

—¿Qué sabrías tú? —le preguntó—. ¡Es *mi hijo*! ¡Haría *cualquier cosa* para evitar que le hicieran daño!

En los días siguientes, Pequeño Roto evitó la guarida de las curanderas. Fauces Amarillas nunca perdió la esperanza de que volviera. Cada vez que lo oía afuera, corría a la entrada, pero él siempre le daba la espalda. Sin embargo, siempre estaba

solo; sus compañeros de camada seguían ignorándolo, incluso Pequeño Inquieto, quien nunca se había vuelto a unir al acoso desde que Fauces Amarillas los había interrumpido. Viendo a Pequeño Roto luchar con un palo en medio del claro, a Fauces Amarillas le dolió el corazón por él. Era tan fuerte, seguro de sí mismo y guapo; incluso su cola torcida no se notaba tanto ahora que su pelaje se había espesado. «*Pero no tiene ningún amigo.*»

—Pequeño Roto nunca juega con los demás.

Fauces Amarillas se sobresaltó al oír sus propios pensamientos en voz alta. La voz era de Hoja Ámbar; la gata naranja oscuro estaba paseando con Ala de Ventisca, de camino a reunirse con Manto Mellado, quien estaba organizando las patrullas cerca de la entrada del campamento.

—Bueno, no es como los demás, ¿verdad? —comentó Ala de Ventisca—. Pero es un gato joven y fuerte. Estará bien cuando sea un aprendiz.

Los dos gatos siguieron caminando, fuera del alcance de sus oídos. Fauces Amarillas los siguió con la mirada, tratando de consolarse pensando que Ala de Ventisca tenía razón.

Cuando las patrullas se hubieron marchado, Manto Mellado saltó hacia donde estaba jugando Pequeño Roto y se quedó mirándolo. Al cabo de un momento, Pequeño Roto se dio cuenta de que estaba allí y levantó la mirada.

—Intenta atacar con las dos patas a la vez —le aconsejó Manto Mellado—. Si fuera un enemigo de verdad, tendrías que saltar sobre él con todo el poder de tus garras.

Pequeño Roto asintió y volvió a saltar sobre el palo, aplastándolo con ambas zarpas para que se hiciera astillas. Manto Mellado le hizo un gesto de aprobación.

Estrella de Cedro había salido de su guarida para ver el intercambio entre Manto Mellado y su hijo.

—Parece muy fuerte —le comentó a Manto Mellado.

—Sí, está listo para ser aprendiz —Manto Mellado respondió con orgullo.

Fauces Amarillas vislumbró un destello de preocupación en los ojos de Estrella de Cedro mientras estudiaba a Pequeño Roto golpeando el palo.

—Ser aprendiz no consiste solo en ser capaz de luchar contra nuestros enemigos —maulló—. Pequeño Roto también necesita aprender la importancia de la paciencia, el honor y la lealtad, como cualquier gato joven.

—¡Tendrá todo eso! —le aseguró Manto Mellado—. ¡Solo espera!

Mientras Fauces Amarillas observaba a Pequeño Roto con el ceño fruncido sobre los trozos de palo, intentó suprimir el recuerdo de la funesta advertencia de Manto de Topo. «*¡Pequeño Roto va a estar bien!*»

Un grito desgarrador procedente de su guarida alejó los pensamientos de la mente de Fauces Amarillas. Se dio la vuelta y entró corriendo para encontrar a Bigotes de Salvia echada de lado junto a los almacenes de hierbas, jadeando de dolor. En el mismo instante, Fauces Amarillas sintió una agonía punzante en el pecho. Por un momento su corazón pareció detenerse y no pudo respirar. «*¡No!*

¡Bigotes de Salvia!» Utilizando todo el control que había aprendido, Fauces Amarillas luchó contra el dolor y se tambaleó hasta llegar al lado de Bigotes de Salvia.

—¡Aguanta! —suplicó—. ¡Por favor aguanta! ¡Te ayudaré...!

—No puedo... es demasiado —siseó Bigotes de Salvia entre dientes—. El Clan Estelar me necesita ahora...

—¿Qué ocurre? —Flor Radiante apareció en la entrada de la guarida y corrió hacia Bigotes de Salvia.

Al mismo tiempo, todo el cuerpo de Bigotes de Salvia se convulsionó y se quedó inmóvil. Sus claros ojos azules se nublaron, mirando a la nada.

—Bigotes de Salvia... —susurró Fauces Amarillas.

—Ahora caza con el Clan Estelar —Flor Radiante murmuró, poniendo la cola sobre el hombro de su hija y alejándola—. Sirvió bien a su Clan —maulló—. Ningún gato del Clan de la Sombra la olvidará jamás.

Fauces Amarillas asintió, pero estaba demasiado aturdida para decir nada. Fue consciente de que Flor Radiante abandonaba la guarida, y poco después apareció Estrella de Cedro. Fauces Amarillas vio borrosamente cómo se colocaba junto al cuerpo de Bigotes de Salvia e inclinaba la cabeza en un gesto de respeto.

—Adiós, compañera de Clan —maulló—. Fuiste una buena curandera y una buena amiga. Espero que sigas guiando al Clan de la Sombra mientras caminas por las estrellas.

Los veteranos siguieron al líder del Clan a la guarida y llevaron el cuerpo de Bigotes de Salvia al claro para la vigilia. Fauces Amarillas tropezó tras ellos, entumecida por el dolor. El resto del Clan se acercó, tocando con sus narices el frío pelaje de Bigotes de Salvia, compartiendo en voz baja recuerdos de ella mientras se reunían a su alrededor.

Fauces Amarillas permaneció agazapada junto a su mentora el resto del día y toda la noche, mientras las estrellas giraban en lo alto.

—Lo siento, Bigotes de Salvia —murmuró—. Siento mucho haberte decepcionado. Prometo respetar el código de los curanderos hasta mi último aliento. —Su voz se quebró—. Te debo tanto...

El cielo estaba lechoso y pálido cuando los veteranos llegaron para llevarse el cuerpo de Bigotes de Salvia para enterrarlo. Fauces Amarillas se levantó sobre sus patas, sintiéndose rígida y aturdida después de la larga vigilia.

—Que el Clan Estelar alumbre tu camino, Bigotes de Salvia —maulló, y su voz resonó en el campamento mientras pronunciaba la antigua despedida para todos los compañeros de Clan perdidos—. Que encuentres buena caza, corrientes de agua y cobijo donde dormir. —Luego se apartó para dejar que Ave Pequeña, Colmillo de Piedra y Fauces de Lagarto recogieran el cuerpo.

Ave Pequeña se detuvo a su lado.

—Serás una buena curandera —murmuró amablemente—. Como lo fue Bigotes de Salvia. El Clan de la Sombra tiene suerte de tenerte.

Fauces Amarillas observó cómo los tres veteranos llevaban el cuerpo de Bigotes de Salvia fuera del campamento.

«*Oh, Ave Pequeña, ¡ojalá pudiera creerte!*»



29

—Nocturno, eres un guerrero inteligente y dedicado —Estrella de Cedro maulló—. Sé que harás todo lo posible para transmitir estas cualidades a Zarpa Rota.

Nocturno inclinó la cabeza hacia el líder del Clan.

—Haré lo que pueda, Estrella de Cedro —prometió, con los ojos brillantes de orgullo. Apenas había tosido durante la ceremonia del aprendiz.

—¡Zarpa Rota! ¡Zarpa Rota!

El corazón de Fauces Amarillas se hinchó de orgullo cuando el Clan saludó a su hijo por su nuevo nombre. También sintió alivio de que Estrella de Cedro hubiera elegido a Nocturno como mentor. Nocturno era sensato y sabio, y le enseñaría a Zarpa Rota que el código guerrero iba más allá de la lucha. Pero se sintió desconcertada al ver la sorpresa en la cara de Zarpa Rota cuando Estrella de Cedro nombró a su mentor. Dudó un momento antes de acercarse a Nocturno para entrechocar narices con él. Se preocupó aun más cuando le oyó murmurar a Zarpa de Venado:

—¿Cómo es que me tocó el gato enfermo? ¡No es justo!

Fauces Amarillas estaba segura de que Nocturno también debía de haberle oído, aunque no daba señales de ello.

Zarpa de Venado había sido hecho aprendiz de Manto de Nube, y Zarpa Enredada de Paso de Lobo. Ambos parecían a punto de estallar de orgullo y emoción, e incluso Raya de Lagartija parecía complacida. En cambio, Zarpa Rota se limitaba a mirarse las patas.

«*Todo estará bien* —trató de decirse Fauces Amarillas—. *Cuando Zarpa Rota empiece a entrenar, se dará cuenta de lo mucho que Nocturno tiene para enseñarle.*»

Intentó apartar a Zarpa Rota de su mente mientras Estrella de Cedro volvía a levantar la cola en señal de silencio. «*Yo también tengo algo importante que hacer*», pensó, con un cosquilleo de emoción en las patas. Pequeño Inquieto también parecía emocionado, sus ojos brillaban mientras miraba al líder de su Clan.

—Acércate —Estrella de Cedro llamó a Fauces Amarillas, haciéndole señas con la cola. Cuando ella dio un paso hacia él, él continuó—: Las últimas dos lunas han sido duras sin Bigotes de Salvia, y sé que dentro del Clan de la Sombra nuestra antigua curandera será extrañada para siempre.

Un murmullo de acuerdo surgió del Clan, y Fauces Amarillas sintió una nueva punzada de dolor por la vieja gata que tanto le había enseñado.

—Pero el linaje de curanderos del Clan de la Sombra continuará —anunció Estrella de Cedro—, con un nuevo aprendiz, Pequeño Inquieto. Fauces Amarillas, ya has demostrado ser una curandera hábil y leal. Sé que transmitirás todos tus conocimientos a Pequeño Inquieto.

—Lo haré, Estrella de Cedro —prometió Fauces Amarillas.

—Pequeño Inquieto —el líder maulló—, ¿aceptas el puesto de aprendiz de Fauces Amarillas?

—Sí, Estrella de Cedro. —La voz de Pequeño Inquieto se elevó en un chillido emocionado, y arrastró las patas delanteras, avergonzado.

—Entonces a partir de este momento serás conocido como Zarpa Inquieta. Y los buenos deseos del Clan de la Sombra van contigo —finalizó el líder del Clan.

—¡Zarpa Inquieta! ¡Zarpa Inquieta!

Mientras su Clan lo saludaba, Zarpa Inquieta correteó hacia Fauces Amarillas, moqueó con fuerza y se acercó para entrechocar narices. Fauces Amarillas se estremeció. «*Lo primero que le enseñaré será a curar sus propios mocos.*»

—Pronto te llevaré a la reunión de la media luna para que conozcas a los otros curanderos —le susurró a Zarpa Inquieta, quien bailó en el acto.

Cuando los gatos se separaron, Raya de Lagartija se reunió con los guerreros con un gran suspiro de alivio, y Fauces Amarillas siguió a los otros mentores y a sus aprendices fuera del campamento para su primera visita al territorio. Zarpa Inquieta rebotó a su lado.

—¿Veremos gatos de otros Clanes? —jadeó—. ¿Qué pasará si lo hacemos?

—Puede que veamos una patrulla al otro lado del Sendero Atronador —admitió Fauces Amarillas—. Si es así, los saludamos y seguimos nuestro camino. —Dudó, y luego añadió—: Más tarde te enseñaré algunos movimientos de lucha. Tienes que ser capaz de defenderte. Pero nunca olvides que eres un curandero, no un guerrero. No vas en busca de problemas, y nunca, *nunca*, ataques primero.

Zarpa Inquieta asintió seriamente.

—Lo recordaré, Fauces Amarillas.

Mientras recorrían el territorio, Fauces Amarillas disfrutó viendo el asombro de su aprendiz cuando se dio cuenta de lo grande que era el bosque, lo que le hizo recordar su propia primera exploración con Salto de Cierva. La visión del vertedero le impactó y se estremeció cuando Fauces Amarillas le habló de la batalla contra las ratas.

—Pero nunca olvides —advirtió Fauces Amarillas mientras pasaban a una distancia segura— que las ratas son peligrosas, ¡pero los guerreros lo son más! Y los curanderos saben qué hacer para tratar las mordeduras de rata.

—Telarañas para el sangrado, ¿verdad? —Zarpa Inquieta maulló.

—Cierto, pero algunas heridas se infectan. La caléndula y la cola de caballo son buenas para eso, pero lo mejor para las mordeduras de rata es ajo silvestre o raíz de bardana.

—Caléndula… cola de caballo… ajo silvestre… raíz de bardana… —Zarpa Inquieta murmuró en voz baja—. ¡Gran Clan Estelar, hay mucho que aprender!

Se detuvo, conmocionado, cuando llegaron al Sendero Atronador con los monstruos rugiendo al pasar.

—Garra de Barro nos habló de él —jadeó—, ¡pero nunca pensé que sería así! ¿Esos monstruos son peligrosos?

—Solo si intentas cruzar el Sendero Atronador —le dijo Fauces Amarillas—. No sé por qué, pero nunca lo abandonan.

—Pero tenemos que cruzarlo para llegar a los Cuatro Árboles, ¿verdad?

Fauces Amarillas sacudió la cabeza.

—Hay un túnel que pasa por debajo, que lleva a un tramo de territorio del Clan de la Sombra que limita con el del Clan del Trueno y el del Clan del Viento.

Los ojos de Zarpa Inquieta brillaron.

—¿Así que podríamos visitar el territorio del Clan del Trueno? ¡Genial!

—Podríamos —replicó Fauces Amarillas con severidad—, pero no vamos a hacerlo porque somos demasiado corteses y honorables para ir vagando por las fronteras de otro Clan sin una buena razón. Hay otro túnel, también, que lleva directamente al territorio del Clan del Viento, por allí. —Agitó la cola hacia el páramo más allá del Sendero Atronador—. Y antes de que preguntes, no, los guerreros del Clan del Viento no son solo molestos come-conejos, aunque eso es lo que has oído. Pero tampoco tienes que tenerles miedo. —Sintió un cálido resplandor de orgullo al añadir—: El Clan de la Sombra está a la altura de cualquier Clan.

Fauces Amarillas comenzó a buscar hierbas mientras continuaban, para enseñarle a su aprendiz cómo eran y para qué se usaban. Pero se apresuró más al pasar la frontera con el Poblado de los Dos Patas, aunque Zarpa Inquieta quería quedarse.

—¿Alguna vez vamos allí? —preguntó, mirando con curiosidad las guaridas rojas de los Dos Patas—. ¡Creo que sería genial conocer a un minino casero!

Fauces Amarillas sintió que su pelaje se erizaba al pensar en Hal y los otros mininos caseros que habían atacado el campamento.

—No, no sería genial —espetó—. Nosotros no vamos allí y ellos no vienen aquí. No nos molestamos unos a otros, y eso es lo mejor para todos.

—De acuerdo. —Zarpa Inquieta parpadeó, un poco decepcionado. Luego se animó y pataleó junto a Fauces Amarillas mientras ella volvía al campamento.

Cuando se acercaban a la entrada del campamento, Fauces Amarillas oyó una voz que se alzaba enojada, y se estremeció al reconocer que era la de Zarpa Rota.

—¡Pero *quiero* hacerlo! *¿Por qué* no puedo?

Rodeando un zarzal, Fauces Amarillas se encontró con Zarpa Rota y Nocturno mirándose. El pelaje de Zarpa Rota estaba erizado, de modo que parecía el doble de su tamaño, y sus ojos naranjas brillaban.

—Porque ya hicimos bastante por un día, recorriendo todo el territorio —le explicó Nocturno—. Tenemos… —Tuvo que interrumpirse para toser, la única señal de que estaba bajo estrés, pues su tono era tranquilo y paciente.

—¡Pero quiero aprender movimientos de batalla! —insistió el aprendiz.

—El entrenamiento empezará mañana. Empezaremos con práctica de caza. ¿No quieres cazar tus propias presas?

—Quiero luchar —Zarpa Rota gruñó, desgarrando un grupo de helechos con las garras desenvainadas—. ¡Mira lo fuerte que soy! Soy más grande que los otros aprendices. Ellos pueden cazar y hacer las cosas aburridas del campamento. ¡Déjame luchar con los otros guerreros!

La punta de la cola de Nocturno se crispó.

—No hay batallas que librar por el momento, Zarpa Rota. Tendrás la oportunidad de aprenderlo todo, pero tienes que ir al ritmo adecuado. ¡No seas impaciente!

Zarpa Rota miró fijamente a su mentor durante un latido más, luego giró sobre sí mismo y se alejó acechando.

—¡Viejo tonto enfermo! —murmuró en voz baja.

—Vuelve al campamento —Fauces Amarillas le dijo a Zarpa Inquieta—. Puedes elegir una presa del montón de carne fresca.

—¡Gracias, Fauces Amarillas! —exclamó su aprendiz—. Y gracias por lo de hoy. ¡Fue genial!

Cuando se marchó, Fauces Amarillas se acercó a Nocturno.

—¿No podrías haberle enseñado a Zarpa Rota un par de movimientos? —le maulló—. Tiene razón en que es más grande que los otros aprendices, y parece que se está aburriendo. No hay ninguna razón por la que no pueda aprender más rápido, ¿verdad?

Los ojos de Nocturno se entrecerraron, y Fauces Amarillas se dio cuenta de que podría haber ido demasiado lejos.

—¡Yo soy su mentor, y yo decidiré cuándo aprende a luchar! —replicó el guerrero. Tuvo otro ataque de tos; cuando terminó, inclinó la cabeza hacia Fauces Amarillas—. Siento haberte gritado —dijo con voz rasposa—. El recorrido por el territorio me agotó. Voy a descansar.

Mientras se alejaba cojeando, Fauces Amarillas lo siguió con preocupación. «*Parece viejo antes de tiempo, y si su tos interfiere con el entrenamiento, no será justo para Zarpa Rota.*»

Al salir del túnel, Fauces Amarillas vio a Estrella de Cedro echado con la espalda apoyada en la cálida Roca del Clan, mirando cómo se alimentaban sus compañeros de Clan. Fauces Amarillas marchó hacia él. Pero mientras se acercaba, se cruzó con

un grupo de veteranos, estirados en un lugar soleado mientras compartían lenguas y carne fresca.

—Ya no se consiguen ardillas como cuando yo era guerrera —maulló Salto de Cierva; se había mudado recientemente a la guarida de los veteranos con Cola de Cuervo y Ojo Rayado—. Podía subir al árbol más alto del bosque tras una ardilla, sin problemas.

—Ah, ¿pero podrías volver a bajar? —preguntó Ojo Rayado con una mueca de diversión.

—No sigo ahí arriba, ¿verdad? —Salto de Cierva espetó, dándole un golpe con la cola.

Fauces Amarillas se dio cuenta de que Ave Pequeña escuchaba con una mirada de cariñosa indulgencia, mientras que Fauces de Lagarto se movía inquieto, apartando su parte de la ardilla.

—Soy demasiado viejo para necesitar que me den de comer —suspiró—. Pronto me iré al Clan Estelar.

—¡Tonterías! —maulló Ave Pequeña—. Todavía te quedan temporadas, Fauces de Lagarto. —Ella arañó un trozo de ardilla y lo puso delante de él—. Toma, prueba esto. Suave y fresco. Baya de Serbal la cazó solo para nosotros.

El afecto por Ave Pequeña se apoderó de Fauces Amarillas al ver que la veterana elegía las partes más blandas de la ardilla para que su compañero de guarida se las comiera. Se dio cuenta de que Estrella de Cedro también estaba mirando.

—El Clan está envejeciendo —le comentó suavemente el líder—. Yo incluido. Es hora de preparar a los nuevos gatos para que asuman las responsabilidades de dirigir el Clan. —Mirando a Fauces Amarillas de arriba abajo, añadió—: Bigotes de Salvia hizo bien al elegirte, Fauces Amarillas. Admito que tuve algunas dudas al principio…

«*¡Oh, no!* —pensó la gata gris oscuro—. *¿Sabe lo de Manto Mellado?*»

—Pero has más que demostrado tu lealtad y habilidad —continuó Estrella de Cedro—. Zarpa Inquieta tiene suerte de tenerte como mentora.

—Era de mentores de lo que quería hablarte —maulló Fauces Amarillas, aprovechando la oportunidad que Estrella de Cedro le ofrecía—. Es Nocturno. Su tos sigue siendo muy mala, y creo que le impedirá ser mentor. Zarpa Rota es muy fuerte y está en forma; necesita un mentor que pueda seguirle el ritmo, y no creo que Nocturno pueda hacerlo.

Estrella de Cedro miró agudamente a Fauces Amarillas con los ojos entrecerrados.

—Elegí a Nocturno deliberadamente —explicó—, porque creo que Zarpa Rota tiene lecciones que aprender sobre paciencia y humildad. Es un gato que necesita elegir entre dos caminos: uno en el que servirá lealmente a su Clan y otro en el que… será menos útil.

Sus palabras helaron a Fauces Amarillas. «*¿Sabe lo de la profecía de Manto de Topo?*»

Estrella de Cedro se puso de pie, bajando ligeramente la cabeza para mostrar que la conversación había terminado.

—Vigilaré a todos los aprendices para asegurarme de que progresan bien —le maulló. Había una pizca de advertencia en su voz cuando añadió—: Zarpa Rota no debe ser excluido, cueste lo que cueste.

A regañadientes, Fauces Amarillas asintió.

—¡Háblame de los otros curanderos! —rogó Zarpa Inquieta, dando saltitos por la guarida de curandería y metiéndose bajo las patas de Fauces Amarillas.

—¿Para qué? Los conocerás pronto —la gata gris respondió.

Zarpa Inquieta había sido su aprendiz durante un cuarto de luna, y esa noche iría con ella a su primera Asamblea de luna llena.

—¡Pero estoy nervioso! No sabré qué decir. ¡*Por favor*, Fauces Amarillas!

—De acuerdo, pero déjame clasificar estas hierbas al mismo tiempo. —Fauces Amarillas destapó el primer almacén y metió la pata en el agujero—. Veamos… Pluma de Ganso es el curandero del Clan del Trueno. Es un poco… extraño. Si te grita o gruñe, no le hagas caso; no quiere decir nada. El Clan del Trueno tiene un segundo curandero, Bigotes Plumosos. Suele hacer demasiadas preguntas sobre el Clan de la Sombra. —Fauces Amarillas se volvió hacia su aprendiz y lo miró con dureza—. Hagas lo que hagas, no le digas nada.

—No lo haré, Fauces Amarillas —Zarpa Inquieta prometió, con los ojos muy abiertos.

—Luego está Corazón de Halcón del Clan del Viento —continuó Fauces Amarillas—. Puede parecer rudo, pero es un buen gato. Y Zarzal de Bayas del Clan del Río; te agradará, es muy amable y simpática.

Fauces Amarillas tapó el primer agujero, sacó más hierbas de otro, y luego lo puso todo delante de Zarpa Inquieta.

—Estas son para Fauces de Lagarto —anunció—. Dice que siempre tiene sed y que está perdiendo mucho peso. Ahora, dime qué son estas hierbas y por qué se las doy.

Zarpa Inquieta estudió las hierbas.

—Eso es acedera —maulló, señalando con una pata—. Es para abrirle el apetito. Eso es pimpinela, para que se sienta mejor y más fuerte, y la baya de enebro… ¡oh, Clan Estelar, lo olvidé! —Dudó un momento, olfateó y luego agregó—: ¿El enebro es para fortalecer su estómago?

—Muy bien —ronroneó Fauces Amarillas.

—Se los llevaré a Fauces de Lagarto, si quieres —Zarpa Inquieta ofreció—. Y me aseguraré de que tenga musgo húmedo.

—Gracias, Zarpa Inquieta —contestó Fauces Amarillas—. Sé tan rápido como puedas, y reúnete conmigo en el claro. Ya casi es hora de irnos.

Su aprendiz metió las hierbas en una envoltura de hojas y se apresuró. Fauces Amarillas se aseguró de que la guarida estuviera ordenada, y luego lo siguió fuera. Los gatos que iban a la Asamblea se habían reunido alrededor de Estrella de Cedro y Manto Mellado en medio del claro. Había oscurecido, aunque la luna aún no había salido por encima de los árboles. El cielo estaba despejado, salvo por unas pocas nubes. Fauces Amarillas se esforzó por ver a Zarpa Rota. Tardó unos instantes en divisarlo; no estaba con su mentor, como los otros aprendices. Finalmente lo vio de pie junto a Manto Mellado, quien lo dejaba quedarse allí en vez de enviarlo a su lugar. Nocturno solo parecía resignado. Un destello de indignación atravesó a Fauces Amarillas. «*¿Por qué Nocturno no puede controlar mejor a su aprendiz?*»

Estrella de Cedro agitó la cola como señal para que se fueran. Fauces Amarillas miró a su alrededor en busca de Zarpa Inquieta, quien corrió a su lado mientras esperaba para atravesar el túnel de espinas.

—Fauces de Lagarto está bien —jadeó—. Se comió las hierbas. Ave Pequeña dice que le llevará más agua si la necesita.

—Estupendo. —Fauces Amarillas le hizo un gesto de aprobación.

El Clan caminó a través del bosque y a lo largo del túnel que llevaba a la parte del territorio del Clan de la Sombra al otro lado del Sendero Atronador. Mientras se dirigían hacia los Cuatro Árboles, Zarpa Rota se alejó repentinamente del resto de sus compañeros de Clan, corriendo hacia la frontera con el Clan del Trueno.

Estrella de Cedro se detuvo, dando azotes con la cola, y Manto Mellado aulló:

—¡Zarpa Rota! ¡Vuelve aquí!

Zarpa Rota se detuvo en la frontera un par de latidos antes de volver al grupo.

—Solo me aseguraba de que las marcas de olor del Clan del Trueno estuvieran en el lado correcto de la frontera —explicó—. Es un territorio vulnerable. No podemos descuidarlo cuando llegar a los Cuatro Árboles es tan importante.

Manto Mellado asintió.

—Cierto. Pero la próxima vez pregunta antes salir corriendo.

Fauces Amarillas se dio cuenta de que dos o tres de los guerreros veteranos repetían la aprobación de Manto Mellado, y su corazón se hinchó de orgullo.

—Buena decisión —ronroneó Patas Negras.

—Sí —Bermeja añadió—. Veo que harás fuerte a tu Clan, Zarpa Rota.

—Serás un gran guerrero —coincidió Guijarro.

Los gatos del Clan de la Sombra fueron los primeros en llegar a los Cuatro Árboles. La luna ya flotaba en lo alto, derramando su luz plateada sobre el lugar de reunión. Zarpa Inquieta se detuvo en la cima de la hondonada, con los ojos muy abiertos de asombro mientras miraba hacia abajo.

—¡Es *enorme*! —jadeó—. Fauces Amarillas, ¿es esa la Gran Roca donde se paran los líderes?

—Así es —le dijo Fauces Amarillas—. Ellos…

Se interrumpió ante un aullido triunfal de Zarpa Rota. Se precipitó por la ladera hacia la hondonada, adelantándose a todos los demás gatos, y corrió directo hacia la Gran Roca. Estaba juntando los músculos para saltar cuando Nocturno lo llamó.

—No puedes subir ahí —lo regañó—. Eso es solo para los líderes.

Por un instante Zarpa Rota pareció enojado; luego agitó la cola.

—Algún día —prometió. Salió corriendo a explorar el resto de la hondonada.

Antes de que Fauces Amarillas y Zarpa Inquieta hubieran recorrido la mitad de la pendiente, Zarpa Rota estaba de vuelta.

—¡Vienen más gatos! —anunció.

Estrella de Pino apareció en lo alto de la hondonada con los gatos del Clan del Trueno detrás de él. Fauces Amarillas vio a Bigotes Plumosos y bajó con Zarpa Inquieta a su encuentro.

—Saludos —maulló el curandero del Clan del Trueno—. Así que tienes un nuevo aprendiz. Bienvenido —saludó a Zarpa Inquieta—. Espero verte pronto en la Piedra Lunar.

Zarpa Inquieta agachó la cabeza.

—Gracias.

—¿Dónde está Pluma de Ganso? —preguntó Fauces Amarillas.

Bigotes Plumosos sacudió la cabeza.

—Enfermo, me temo —respondió—. No puede estar aquí esta noche.

—Lo siento —comenzó Fauces Amarillas, luego se interrumpió cuando más gatos salieron al claro.

El Clan del Río y el Clan del Viento habían llegado juntos, y Zarpa Inquieta parecía un poco intimidado.

—Quédate a mi lado —le dijo Fauces Amarillas—. Nos dirigiremos a la Gran Roca. Los curanderos siempre se sientan juntos debajo.

Juntos, ella y Zarpa Inquieta se escurrieron entre la multitud, seguidos por Bigotes Plumosos. Zarzal de Bayas y Corazón de Halcón dieron una cálida bienvenida a Zarpa Inquieta, y Fauces Amarillas vio que otro gato joven estaba sentado con Corazón de Halcón.

—Este es mi nuevo aprendiz —maulló Corazón de Halcón—. Se llama Zarpa de Cascarón.

—¡Oh, genial! —exclamó Zarpa Inquieta, sentándose al lado del gato marrón—. Podemos aprender juntos.

Zarpa de Cascarón le hizo un tímido gesto con la cabeza.

—Todavía no sé mucho —maulló—. Hay tantas hierbas diferentes que me confundo.

—Yo también —admitió Zarpa Inquieta—. ¡Sin embargo, soy muy bueno limpiando los lechos viejos!

Mirando hacia la Gran Roca, Fauces Amarillas vio a los cuatro líderes mirando a sus Clanes, listos para comenzar la Asamblea. Silenció a los aprendices con un movimiento de la cola.

Estrella de Cedro fue el primero de los líderes en pasar al frente de la Gran Roca.

—El Clan de la Sombra tiene buenas noticias que comunicar —maulló—. Hemos hecho cuatro nuevos aprendices. Zarpa Enredada, Zarpa Rota, y Zarpa de Venado se entrenarán como guerreros, mientras que Zarpa Inquieta es aprendiz de Fauces Amarillas y se convertirá en un curandero.

Los gatos del claro, especialmente los del Clan de la Sombra, empezaron a aullar los nombres de los nuevos aprendices. Zarpa Inquieta se sentó erguido, con los ojos brillantes de orgullo y los bigotes temblorosos. Fauces Amarillas no pudo ver a Zarpa Rota entre la multitud.

—El Clan ha estado fortaleciendo sus fronteras —continuó Estrella de Cedro cuando el ruido se calmó—. Esperamos una buena caza a lo largo de la estación de la hoja nueva y la de la hoja verde. —Echó una mirada significativa a los otros Clanes, luego dio un paso atrás para ceder su lugar a Estrella de Pino del Clan del Trueno, quien fue seguido por Estrella de Granizo del Clan del Río y Estrella de Brezo del Clan del Viento.

Todos los demás líderes tenían buenas noticias que dar, y Fauces Amarillas estaba impresionada por lo bien que se veían. «*Excepto Estrella de Pino* —pensó, preguntándose si le pasaba algo al líder del Clan del Trueno—. *Parece un poco apático y distraído.*»

La líder del Clan del Viento anunció el aprendizaje de Zarpa de Cascarón, y los gatos también aullaron su nombre. Zarpa de Cascarón se sentó junto a Zarpa Inquieta con cara de orgullo y vergüenza. Mientras Estrella de Brezo seguía hablando de conejos abundantes y de algunos gatos jóvenes de patas ligeras, Fauces Amarillas oyó que se formaba un alboroto en el borde del claro. Aullidos y chillidos ahogaban lo que la líder del Clan del Viento intentaba decir. Al agachar el cuello, Fauces Amarillas vio una forma familiar de color marrón oscuro. «*¡Zarpa Rota!*» Estaba luchando con dos gatos jóvenes. Por su delgadez, Fauces Amarillas supuso que eran del Clan del Viento.

Desde su lugar en lo alto de la gran Roca, Estrella de Cedro se puso de pie de un salto. Su voz sonó por encima de la confusión:

—¡Zarpa Rota! ¡Deja de luchar de una vez! ¡Esto es una Asamblea! —Volviéndose hacia Estrella de Brezo, bajó la cabeza y añadió—: Lo siento, Estrella de Brezo. Es un joven aprendiz y es su primera vez en un Asamblea. Me ocuparé de él después.

Estrella de Brezo agachó la cabeza.

—Nadie te culpa, Estrella de Cedro —maulló con dignidad—. Pero asegúrate de recordarle a tus aprendices la importancia de mantener la tregua en luna llena. Yo también hablaré con mis aprendices.

El corazón de Fauces Amarillas se hundió. Zarpa Rota había violado una de las reglas más importantes del código guerrero, y a la vista de los cuatro líderes de los Clanes. Los jóvenes gatos se habían separado, pero Fauces Amarillas no podía ver lo

que estaba ocurriendo ahora. A su lado, Zarpa Inquieta estaba de pie sobre las puntas de sus patas, inclinándose para ver por encima de las cabezas de la multitud.

—¿Qué pasó? —maulló—. ¿En qué estaba *pensando* Zarpa Rota?

—Yo diría que no estaba pensando —murmuró Bigotes Plumosos.

Los gatos se movían alrededor, susurrando. Finalmente Fauces Amarillas oyó a Bermeja hablando con Manto Mellado.

—Al parecer Zarpa Rota acusó a los aprendices del Clan del Viento de venir por el túnel bajo el Sendero Atronador para robar presas. Saltó sobre ellos cuando lo negaron.

Zarpa Inquieta también había escuchado las palabras de Bermeja.

—¿Qué pasará con la Asamblea? —jadeó, con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

Fue Bigotes Plumosos quien respondió:

—Seguiremos, porque la luna aún está despejada. Si el Clan Estelar quisiera que nos detuviéramos, enviaría nubes para cubrir la luna.

Fauces Amarillas miró hacia arriba, no a la luna, sino a las estrellas brillantes que la rodeaban, dispersas densamente en el cielo. «*¿Los guerreros del Clan Estelar están vigilando a Zarpa Rota ahora?*»

Cuando Estrella de Brezo terminó su interrumpido discurso, los cuatro líderes bajaron de la Gran Roca. Los gatos de abajo se relajaron y empezaron a compartir noticias con amigos de otros Clanes. Pero Estrella de Cedro reunió a los gatos del Clan de la Sombra a su alrededor con un movimiento de su cola.

—Nos vamos —gruñó.

—¿Qué? —protestó Ala de Ventisca—. ¿Ya?

Fauces Amarillas vio a Nocturno acercándose con Zarpa Rota a su lado; el guerrero negro estaba claramente furioso, pero Zarpa Rota solo parecía hosco y desafiante.

—Uno de nuestros aprendices no se merece quedarse a conocer a los demás. —Estrella de Cedro fulminó con la mirada a Zarpa Rota, luego se dio la vuelta y encabezó la salida de la hondonada.

Fauces Amarillas caminaba justo detrás de Estrella de Cedro, con Zarpa Inquieta a su lado. Antes de que llegaran a la cima de la hondonada, alguien la empujó bruscamente hacia un lado y casi perdió el equilibrio. Zarpa Inquieta la sostuvo. Cuando Fauces Amarillas se volvió para mirar al gato que la había empujado, vio que era Manto Mellado.

El gato atigrado se había puesto junto a Estrella de Cedro.

—¡No tenías por qué señalar a Zarpa Rota delante de todos los Clanes de esa manera! —desafió a su líder con enojo—. O regañarlo así. ¡Había otros dos aprendices involucrados! ¡Zarpa Rota solo estaba defendiendo el honor del Clan de la Sombra!

—Tu hijo rompió las reglas de la tregua. —El enojo de Estrella de Cedro fue más frío y controlado—. No puedo permitir que eso suceda.

Manto Mellado resopló.

—La lealtad y el valor significan más que las reglas —gruñó.

«*Pero ese tipo de lealtad y coraje inicia batallas* —pensó Fauces Amarillas, con un aleteo de alarma en el vientre—. *Oh, Clan Estelar, por favor, deja que Zarpa Rota aprenda a controlar su temperamento.*»

30

La suave luz del sol del final de la estación de la hoja verde brillaba sobre el campamento. Acababa de pasar el mediodía y las patrullas de caza regresaban con las fauces cargadas de presas. Fauces Amarillas y Zarpa Inquieta se abrieron paso a través de las zarzas después de una expedición de recolección de hierbas en los pantanos.

—Yo las guardaré —maulló Fauces Amarillas mientras dejaban los montones de hierbas en su guarida—. Tú ve a ver a Ave Pequeña. Llévale un poco de musgo húmedo.

—Claro, Fauces Amarillas. —Zarpa Inquieta se apresuró a irse.

Fauces Amarillas suspiró. Fauces de Lagarto se había unido al Clan Estelar hacía dos lunas, y ahora Ave Pequeña se estaba volviendo muy frágil. A Fauces Amarillas le preocupaba que pronto tuviera que despedirse de su vieja amiga.

Había empezado a clasificar las hierbas cuando oyó un paso fuera de la guarida y Zarpa Enredada entró saltando en tres patas.

—¿Qué te pasó? —Fauces Amarillas preguntó.

—Me arañaron. —Zarpa Enredada se giró para mostrar a Fauces Amarillas una fea marca de garra en una de sus ancas.

—¿Cómo te hiciste esto? —Fauces Amarillas jadeó, preguntándose si había un zorro en el territorio.

—Estaba practicando un movimiento de batalla con Zarpa Rota —explicó la aprendiza, sin parecer particularmente molesta.

Fauces Amarillas miró horrorizada a la joven gata.

—¡Se supone que deben luchar con las garras envainadas! ¡Ya lo saben!

—¡Sí, pero Zarpa Rota dijo que mejoraríamos aun más si había una amenaza real de salir heridos! —Los ojos de Zarpa Enredada brillaban de admiración por su compañero de guarida.

—¿Y ahora eres una mejor luchadora? —Fauces Amarillas preguntó secamente.

—¡Lo seré la próxima vez! —prometió Zarpa Enredada.

Fauces Amarillas hizo que se lamiera la herida mientras sacaba un poco de caléndula del almacén. Frotando las hojas en la herida, le dijo a Zarpa Enredada:

—Mantenla seca y descansada durante al menos un día. Y no vuelvan a luchar con las garras desenvainadas. No me importa lo que diga Zarpa Rota. ¡No recolecto hierbas solo para tratar a aprendices con cerebro de ratón!

Podía notar que a Zarpa Enredada, la advertencia le había entrado por un oído y salido por el otro.

—Voy a volver a la zona de entrenamiento —anunció mientras se alejaba—. ¡Quiero ver a Zarpa Rota vencer a Zarpa de Venado!

Cuando terminó de ordenar las hierbas, Fauces Amarillas salió al claro y vio a Nocturno junto al montón de carne fresca.

—¿Sí sabes que los aprendices estaban luchando con las garras desenvainadas? —le preguntó mientras se unía a él.

Nocturno asintió, parecía agotado como de costumbre.

—Deberías detenerlos —Fauces Amarillas advirtió—. Zarpa Enredada estará bien, pero un día podría haber un accidente de verdad.

—Oh, ya deberías saber que Zarpa Rota no me escucha. —El tono de Nocturno estaba lleno de amargura inesperada. Luego agitó las orejas como si estuviera ahuyentando una mosca—. Siento estar tan cansado y malhumorado —añadió, terminando con una tos.

—Enviaré a Zarpa Inquieta a buscar más miel para tu garganta. Debe dolerte de tanto toser —maulló Fauces Amarillas con simpatía.

—Solo dos lunas más y ya no tendré que preocuparme por ser mentor —el guerrero negro murmuró—. Me muero de ganas.

—Ningún gato podría cumplir mejor con su deber —le aseguró Fauces Amarillas, aunque en privado pensaba que Nocturno necesitaba tener menos deberes para conservar su fuerza.

«*Y tenía razón en que es el mentor equivocado para Zarpa Rota. ¡Si tan solo Estrella de Cedro me hubiera escuchado!*»

Una sensación punzante en el vientre despertó a Fauces Amarillas. Con cuidado de no molestar a Zarpa Inquieta, dormido en su lecho, salió al claro. Unos gemidos salían de la guarida de Estrella de Cedro. Mirando por debajo de las raíces del roble, Fauces Amarillas vio al líder retorciéndose en su lecho, con las extremidades contorsionadas por la agonía.

—Estrella de Cedro, ¿qué pasa? —susurró.

No hubo respuesta, solo otro gemido. Fauces Amarillas se dio cuenta de que Estrella de Cedro no estaba del todo consciente. Entró en la guarida y se dejó guiar por su dolor. Le estaba pasando las patas por el vientre cuando se dio cuenta de que había otro gato en la entrada de la guarida. Miró por encima de su hombro y vio a Manto Mellado, con los ojos brillantes a la luz de las estrellas.

—¿Qué pasa? Escuché gemidos.

—Estrella de Cedro está muy enfermo —maulló Fauces Amarillas—. No estoy segura de poder ayudarle.

Manto Mellado asintió.

—Sé que harás lo que puedas —le dijo, por una vez sin sonar hostil.

Estrella de Cedro arqueó la espalda en un nuevo espasmo de agonía. Parpadeó y miró a Manto Mellado.

—¡Mi última vida! —jadeó—. El Clan Estelar me llama. Manto Mellado, guía bien a mi Clan. —Su cuerpo volvió a contorsionarse y luchó por respirar.

Fauces Amarillas observaba su pecho agitado, sabiendo que ni ella ni ningún otro curandero podían hacer nada. Estrella de Cedro luchó durante unos pocos latidos que parecieron muchas estaciones; luego se quedó sin fuerzas, cayendo de nuevo sobre el musgo. La vida se desvaneció de sus ojos. Fauces Amarillas se agachó a su lado, aturdida por la tristeza. Había amado al líder tranquilo y sabio, y había confiado en él para cuidar de su Clan. No tenía ni idea de que estaba tan cerca de perder su novena vida; no había habido ninguna enfermedad persistente, ninguna herida que se infectara, ni siquiera una fragilidad que ella asociaría con los veteranos. Lo que le había matado se lo había llevado rápidamente, sin apenas sufrimiento. Tal vez eso era lo que más debían agradecer.

Manto Mellado inclinó la cabeza para rendir homenaje a su líder muerto, y luego se enderezó.

—Debo convocar al Clan —le dijo—. ¿Iremos a la Piedra Lunar esta noche para que pueda reclamar mis nueve vidas?

Fauces Amarillas lo miró sorprendido. «*¡El cuerpo de Estrella de Cedro todavía está caliente!*»

—Si… si tú quieres —balbuceó.

—Sí quiero —declaró Manto Mellado—. Pero primero déjame decírselo al Clan.

Fauces Amarillas lo siguió fuera de la guarida. Manto Mellado saltó sobre la Roca del Clan y alzó la voz en un aullido.

—¡Que todos los gatos lo bastante mayores para cazar sus propias presas acudan aquí bajo la Roca del Clan para una reunión!

Los gatos del Clan de la Sombra salieron soñolientos de sus guaridas, reuniéndose alrededor de la Roca del Clan en desconcertado silencio. Manto Mellado esperó hasta que todos hubieron aparecido.

—Estrella de Cedro ha perdido su novena vida —anunció—. Ahora camina en el Clan Estelar, un gran guerrero entre las luces de nuestros antepasados.

Hubo una atónita pausa.

Zarpa Rota rompió el silencio.

—¡Estrella Mellada! ¡Estrella Mellada!

Ningún otro gato se unió. Manto Mellado pareció muy orgulloso por un momento, luego bajó la cabeza para mirar a su hijo.

—No me llames con ese nombre todavía —le advirtió—. No puedo reclamarlo hasta que haya estado en la Piedra Lunar para recibir mis nueve vidas del Clan Estelar. —Mirando a Fauces Amarillas, añadió—: Iré allí de inmediato, mientras los demás velan a Estrella de Cedro.

Salto de Cierva y Cola de Cuervo entraron en la guarida del líder del Clan y arrastraron su cuerpo hasta el claro. Fauces Amarillas observó cómo los gatos se alineaban para presentar sus respetos.

La mirada de Bermeja era profundamente triste mientras inclinaba la cabeza sobre el cuerpo de Estrella de Cedro.

—Gracias, Estrella de Cedro —susurró—, por darme la oportunidad de convertirme en una guerrera.

Guijarro se acercó a ella y le dio una reconfortante lamida en la oreja.

—Y a mí también, Estrella de Cedro —añadió—. Tu generosidad transformó nuestras vidas y nunca te olvidaremos.

Manto Mellado ya estaba esperando en la entrada del campamento. En cuanto Fauces Amarillas se reunió con él, salió disparado, con sus poderosos músculos bombeando hasta que corrió por el suelo. Fauces Amarillas luchaba por seguirle el ritmo. Se le revolvía el estómago de nervios por volver a estar a solas con Manto Mellado después de tanto tiempo. Pero él no dijo nada de lo que había sucedido en el pasado.

En cambio, mientras corría a su lado, maulló:

—He esperado mucho tiempo para esto. Haré al Clan de la Sombra más fuerte de lo que nunca ha sido.

Fauces Amarillas no tenía suficiente aliento para responder.

Cruzaron el territorio del Clan del Viento sin encontrarse con ningún guerrero del Clan del Viento, y llegaron a las Rocas Altas cuando una línea lechosa del amanecer aparecía en el horizonte. «*Quedará lo justo de luz de luna para alcanzar la Piedra Lunar.*» Sin detenerse a recuperar el aliento, ella y Manto Mellado se sumergieron en la oscuridad de la Boca Materna. El guerrero atigrado estaba tan ansioso que Fauces Amarillas se quedó atrás. Cuando llegó a la caverna, Manto Mellado estaba sentado en el suelo, contemplando con asombro el reluciente cristal.

—Ahora me toca a mí —susurró él.

—Échate con la nariz tocando la piedra —le indicó Fauces Amarillas, haciendo un gesto con la cola—. Cierra los ojos, y el Clan Estelar te llamará hacia ellos. Y recuerda —añadió—, no puedes hablar con ningún gato de lo que te ocurra ahora. Excepto conmigo, si hay algo que necesites discutir.

Manto Mellado asintió brevemente y estiró la nariz para tocar la Piedra Lunar. Fauces Amarillas se acomodó a su lado. El frío de la piedra le caló hasta los huesos. Latidos después abrió los ojos y se encontró en el espacio pantanoso donde se había encontrado con Flama Plateada. Ahora estaba cubierto de niebla, a través de la cual podía oír el canto de los pájaros y el suave chapoteo del agua. Manto Mellado estaba a su lado. La niebla empezó a aclararse y aparecieron nueve gatos alrededor del atigrado marrón, con Estrella de Cedro a la cabeza. Fauces Amarillas reconoció a Fauces de Lagarto y a Bigotes de Salvia, pero los demás le eran desconocidos, aunque los había visto a lo lejos en el Clan Estelar en visitas anteriores.

Mientras los gatos del Clan Estelar se reunían alrededor de Manto Mellado, Fauces Amarillas oyó que la llamaban por su nombre.

—¡Fauces Amarillas! ¡Fauces Amarillas, por aquí!

Subió hacia un montón de pinos en un acantilado rocoso con vistas al pantano. Para su horror, Manto de Topo la estaba esperando allí.

—¡Casi ha llegado la hora! —siseó—. ¡La oscuridad nos espera! ¡Cuidado con el gato con sangre en las patas!

Fauces Amarillas dejó que la ira la invadiera, ahuyentando su miedo.

—¡Vete! —espetó—. Si no puedes darme más detalles, ¿de qué sirve esta profecía?

Manto de Topo se inclinó más cerca.

—La verdad está en tu corazón —siseó—. No puedes ser ciega a ella por mucho tiempo más.

Fauces Amarillas apretó los músculos y se abalanzó sobre el gato negro como si fuera una presa. Pero sus patas golpearon el suelo, y sus garras se clavaron en la tierra en vez de en el cuerpo de Manto de Topo. Un remolino de niebla cegó sus ojos, y cuando se aclaró de nuevo él había desaparecido.

Volviéndose, Fauces Amarillas vio al círculo de guerreros del Clan Estelar rodeando a Manto Mellado. Mientras caminaba por el pantano para reunirse con ellos, vio que la última de los nueve gatos se adelantaba para hablar con el nuevo líder del Clan de la Sombra. Era una elegante gata de pelaje marrón cremoso que se comportaba con la autoridad de una líder.

—Mi nombre es Estrella del Alba —maulló, su brillante mirada verde se posó en Manto Mellado—. Fui líder del Clan de la Sombra hace muchas temporadas. Te doy una vida para poner al Clan de la Sombra por encima de todos los demás. Hay cuatro Clanes en el bosque, pero el Clan de la Sombra siempre será el más grande.

Ella tocó la nariz de Manto Mellado con la suya; él se estremeció y se tambaleó un poco, como si el dolor de recibir sus nueve vidas se estuviera volviendo demasiado para soportar.

Cuando Estrella del Alba volvió al círculo de gatos, todos los guerreros del Clan Estelar echaron la cabeza hacia atrás y soltaron un aullido de triunfo que resonó por los pantanos y se elevó hasta el brillo de las estrellas.

—¡Estrella Mellada! ¡Estrella Mellada!

Fauces Amarillas se despertó de un tirón, temblando de frío. Estrella Mellada también estaba despierto, paseándose por la caverna con poderosas zancadas.

—¡Tengo nueve vidas! —declaró a la pálida luz del amanecer que se filtraba por el agujero del techo—. ¡Soy Estrella Mellada, líder del Clan de la Sombra!

Cuando Estrella Mellada y Fauces Amarillas regresaron al campamento, el primer deber de Fauces Amarillas fue ir con los veteranos mientras llevaban el

cuerpo de su antiguo líder para enterrarlo. Miró a las estrellas mientras pronunciaba las palabras rituales, preguntándose cuál de ellas era Estrella de Cedro, y si él los estaría mirando ahora.

—Que el Clan Estelar alumbre tu camino —maulló, y añadió en un susurro—: Arde con fuerza, querido amigo, y vela por tu Clan.

Para cuando ella y los veteranos regresaron, estaba anocheciendo. Estrella Mellada estaba de pie en la Roca del Clan, con el resto del Clan reunido a su alrededor.

Zarpa Inquieta corrió hacia Fauces Amarillas.

—¡Estrella Mellada va a nombrar al nuevo lugarteniente! —maulló.

La mirada de Estrella Mellada recorrió su Clan.

—Pronuncio estas palabras ante el Clan Estelar —anunció—, para que los espíritus de nuestros antepasados puedan oír y aprobar mi decisión. —Una vez más su mirada recorrió el claro, y Fauces Amarillas se preguntó si estaba tratando deliberadamente de sacar la tensión—. Corazón de Raposa —maulló finalmente Estrella Mellada—, ¿me harías el honor de ser mi lugarteniente?

Corazón de Raposa agachó la cabeza, con los ojos brillantes.

—Lo haré, Estrella Mellada.

Se levantaron murmullos de la multitud de gatos, no todos de aprobación.

—¡*Sabía* que había algo entre esos dos! —Flor Radiante exclamó.

—¡Gran Clan Estelar, ahora será insufrible! —murmuró Hoja Ámbar.

—¡Corazón de Raposa! ¡Corazón de Raposa! —Los murmullos se ahogaron cuando el Clan coreó obedientemente el nombre de Corazón de Raposa, y Estrella Mellada inclinó la cabeza.

«*Yo habría elegido a cualquier otro gato* —pensó Fauces Amarillas mientras se unía a los aullidos—. *Pero no dependía de mí. Tendré que aguantarme.*»

Cuando el ruido se calmó, Fauces Amarillas oyó a Zarpa de Venado maullar a Zarpa Rota:

—¡Wow, tu padre es el líder del Clan!

—Sí —dijo Zarpa Rota—. ¡Apuesto a que desearía que yo ya fuera un guerrero para poder ser su lugarteniente!

—No lo creo —Zarpa Enredada contestó, aplastante.

Mientras Zarpa Rota se erizaba, Fronde Sombrío le rozó el hombro con la punta de la cola.

—No tardará mucho —maulló—, si sigues practicando como lo estás haciendo.

Fauces Amarillas se distrajo cuando Zarpa Inquieta le dio un codazo.

—Ave Pequeña dice que le duele la cabeza —informó, inclinando las orejas hacia donde estaba la veterana—. ¿Debería darle algo para ayudarla a dormir?

—Yo lo haré —respondió Fauces Amarillas—. Ven a mi guarida, Ave Pequeña.

Una vez allí, sacó las semillas de adormidera del almacén y cuidadosamente dividió una por la mitad.

—Eso debería ser suficiente —advirtió mientras Ave Pequeña la lamía—. Estas semillas pueden ser muy fuertes.

Ave Pequeña suspiró.

—Mis sueños son muy horribles últimamente, no quiero cerrar los ojos.

Fauces Amarillas apretó el hocico contra el hombro de la vieja gata.

—Entonces le pediré al Clan Estelar que te envíe sueños pacíficos.

«*¿Ave Pequeña está soñando con sangre y fuego? Oh, Clan Estelar, si tienen algún presagio que compartir, ¡envíenmelos a mí! ¡No hagan que mis compañeros de Clan tengan miedo de dormir!*»

Fauces Amarillas estaba limpiando un montón de hojas muertas de la entrada de la guarida cuando oyó a Estrella Mellada aullando una llamada al Clan, y levantó la mirada para verle de pie en la Roca del Clan, con el pelaje erizado por el frío viento. Habían pasado casi dos lunas desde la muerte de Estrella de Cedro, y Estrella Mellada se había ganado la aprobación de sus compañeros de Clan permitiéndoles continuar como siempre habían hecho, patrullando, entrenando y vigilando sus fronteras con la protección de una madre sobre sus cachorros. Llamando a Zarpa Inquieta, que estaba ocupado contando bayas de enebro dentro de la guarida, Fauces Amarillas se dirigió al claro. Flor Radiante y Patas de Helecho salieron de la guarida de los guerreros, seguidos de cerca por Hoja Ámbar, Ala de Ventisca y Cola de Rana. Bermeja y Guijarro se apresuraron juntos a través de las zarzas, dando a Fauces Amarillas una inclinación amistosa de cabeza mientras se sentaban cerca de ella. Los otros aprendices y sus mentores saltaron al otro lado del montón de carne fresca. Los veteranos aparecieron en la entrada de su guarida.

Estrella Mellada los miró.

—Estoy muy orgulloso de mi Clan —empezó—. Son todo lo que podría haber esperado como líder. Con guerreros como estos, ¡podría librar cualquier batalla! Y hoy habrá un nuevo guerrero. Zarpa Rota, un paso adelante.

Un grito ahogado surgió del Clan cuando Zarpa Rota saltó hacia adelante para pararse en la base de la Roca del Clan. Fauces Amarillas compartió el asombro de sus compañeros de Clan. «*¡Solo ha sido un aprendiz durante cinco lunas!*»

—Estrella Mellada —maulló Nocturno, adelantándose—, Zarpa Rota aún no ha completado sus evaluaciones finales.

Zarpa Rota lanzó una mirada furiosa a su mentor, mientras Estrella Mellada agitaba la cola con desdén.

—Reconozco a un gato listo para ser guerrero cuando lo veo —declaró. Bajó de un salto de la Roca del Clan y se enfrentó a Zarpa Rota—. Yo, Estrella Mellada, líder del Clan de la Sombra —continuó—, solicito a mis antepasados guerreros que observen a este aprendiz. Ha entrenado duro para entender el sistema de su noble

código, y se los encomiendo a la vez como guerrero. Zarpa Rota, ¿prometes respetar el código guerrero, y proteger y defender a tu Clan, incluso a costa de tu vida?

Zarpa Rota infló el pecho de manera importante mientras respondía:

—Lo prometo.

—Entonces, por los poderes del Clan Estelar —continuó su padre—, te doy tu nombre de guerrero. Zarpa Rota, a partir de este momento serás conocido como Cola Rota, pero que ningún gato vea esto como un signo de debilidad. Eres uno de los gatos más fuertes que he conocido, ¡y estoy deseando luchar a tu lado! El Clan Estelar te honra por tu valor y tus habilidades de lucha, y te damos la bienvenida como guerrero de pleno derecho del Clan de la Sombra. —Apoyó el hocico en la cabeza de Cola Rota, y este le lamió el hombro.

—¡Cola Rota! ¡Cola Rota! —El Clan de la Sombra aclamó al nuevo guerrero, pero Fauces Amarillas pudo ver que algunos de los gatos no estaban muy contentos.

Aunque los guerreros aullaban su nombre con aprobación, sus compañeros aprendices se miraban unos a otros con una mezcla de consternación y enojo. Fauces Amarillas estaba lo suficientemente cerca como para oír a Zarpa de Venado murmurar:

—¡Esto es muy injusto! ¡Solo porque su padre es el líder del Clan!

—Esto nunca habría pasado en mis tiempos —comentó Ojo Rayado desde donde estaba sentado frente a la guarida de los veteranos—. ¿Qué será lo siguiente? ¿Cachorros guerreros?

Cola Rota estaba de pie en el centro del claro, absorbiendo los aullidos de bienvenida de su Clan. Cuando Fauces Amarillas lo miró más de cerca, un estremecimiento de horror pasó a través de ella. Tenía las patas manchadas de sangre, el pelaje marrón oscuro y húmedo. El aire se agitó a su lado y una voz susurró:

—Cuidado con el gato con sangre en las patas…

Fauces Amarillas se dio la vuelta, buscando a Manto de Topo, pero solo vio a sus compañeros de Clan, que seguían observando al nuevo guerrero. Abriéndose paso entre la multitud, llegó al lado de Cola Rota.

—¿Estás bien? —susurró—. ¿Es sangre lo que hay en tu pelaje?

Cola Rota pareció sorprendido.

—No, es agua. Me mojé cuando perseguía a un lagarto en los pantanos, eso es todo.

Fauces Amarillas sintió alivio. Ahora que estaba lo suficientemente cerca como para oler su pelaje, se dio cuenta de que solo era agua turbia que oscurecía sus patas. «*Todo está bien. ¡Y aléjate de mí, Manto de Topo, con tus estúpidas profecías!*»

Dio un paso atrás mientras otros gatos se acercaban para felicitar a su hijo.

—Eres bienvenido en mis patrullas en cualquier momento —Patas Negras maulló.

—Y en las mías —Bigotes de Nuez añadió—. ¿Y puedes enseñarme ese complicado movimiento de batalla de arañazo y salto? Vi que puedes hacerlo, pero a mí no me sale del todo bien.

—Claro. —Cola Rota agachó la cabeza y sus ojos brillaron de placer.

Guijarro se acercó y le dio un toque amistoso en el hombro.

—Estoy deseando cazar zorros contigo —le dijo a Cola Rota.

El nuevo guerrero devolvió a Guijarro el toque, haciéndole tambalearse.

—Los destrozaremos —aceptó.

Entonces Corazón de Raposa se abrió paso entre la multitud.

—Felicidades, Cola Rota —maulló elegantemente—. El Clan de la Sombra necesita guerreros jóvenes y entusiastas como tú.

«*¿Se cree que ya es la líder del Clan?*», se preguntó Fauces Amarillas, erizándose ante el tono de superioridad de la lugarteniente.

Se dio cuenta de que Estrella Mellada estaba a su lado.

—Mi hijo llegará lejos —le murmuró al oído—. Es todo lo que siempre esperé. —Miró a Fauces Amarillas con un desafío en los ojos, como si la desafiara a decir que Cola Rota también era su hijo.

«*No voy a jugar a eso. Sé que renuncié a cualquier derecho que alguna vez tuve sobre él.*»

Fauces Amarillas inclinó educadamente la cabeza hacia el gato que una vez lo había significado todo para ella.

—Estoy segura de que tiene un futuro brillante en el Clan —maulló.



31

Fauces Amarillas temblaba bajo su grueso manto. La estación sin hojas había descendido al bosque y el claro estaba cubierto de nieve. Sus patas se hundieron profundamente en ella; sentía como si sus almohadillas estuvieran a punto de caerse, de lo frías que estaban. Se sacudió una hoja detrás de la oreja y supo que tenía que acicalarse. «*Pero nunca parece haber tiempo…*»

Ahora se dirigió a la guarida de Estrella Mellada, agachándose bajo las raíces del roble para protegerse de la peor parte de la nieve. Para su consternación, vio que Corazón de Raposa estaba allí, con la cabeza inclinada cerca de la del líder mientras hablaban juntos.

Fue Corazón de Raposa quien se fijó primero en Fauces Amarillas.

—¿Qué quieres?

Fauces Amarillas se negó a dejar que la grosería de la lugarteniente del Clan la afectara.

—Necesito hablar con Estrella Mellada.

—¿No ves que está ocupado? —Corazón de Raposa espetó—. Vuelve más tarde.

Fauces Amarillas se limitó a esperar, con la mirada fija en Estrella Mellada.

—No, puedes hablar ahora. —La voz del líder del Clan tenía un borde de impaciencia—. ¿Qué pasa?

—No creo que Nocturno pueda continuar con sus deberes de guerrero —le dijo Fauces Amarillas—. Su tos está empeorando mucho, y está demasiado cansado y débil para las patrullas.

Los ojos de Corazón de Raposa se abrieron de par en par.

—¿Estás diciendo que no lo puedes curar? ¿No se supone que eres la curandera?

—Lo he intentado todo —siseó Fauces Amarillas entre dientes apretados—. Algunos gatos tienen tos que no desaparece. Creo que tiene algo que ver con su respiración. Si no abandona sus tareas, enfermará cada vez más.

—¡Necesitamos a todos nuestros guerreros! —Corazón de Raposa protestó.

Estrella Mellada estiró la cola y la apoyó en el hombro de Corazón de Raposa.

—Envíame a Nocturno —ordenó a Fauces Amarillas—. Si es lo que él quiere, no le obligaré a seguir con sus deberes de guerrero. ¡Pero es *su* decisión, Fauces Amarillas!

Al volver a su guarida, Fauces Amarillas encontró a Guijarro esperándola.

—¿Qué puedo hacer por ti? —preguntó.

Guijarro extendió una pata delantera.

—Tengo una espina clavada —anunció alegremente—. Intenté sacármela yo mismo, pero no puedo moverla.

—Bueno, para eso está tu curandera —Fauces Amarillas contestó—. Echémosle un vistazo.

La espina se había clavado profundamente en la almohadilla de Guijarro, y Fauces Amarillas tuvo que lamerla mucho antes de poder atraparla con los dientes.

—Estaba de patrulla con Cola Rota —maulló Guijarro mientras ella trabajaba—. ¡Gran Clan Estelar, es un buen guerrero! Todos deberíamos intentar ser como él.

Fauces Amarillas, lamiendo vigorosamente, trató de no reaccionar a ese elogio de su hijo.

—Es solo que tenía demasiadas ganas de perseguir a un mirlo —continuó Guijarro—. A decir verdad, creo que intentaba impresionar a Cola Rota. El pájaro se metió en un arbusto espinoso y fui lo bastante tonto como para ir tras él.

—¿Lo atrapaste? —Fauces Amarillas maulló.

—Sí, ¡au! —Guijarro soltó un aullido cuando la espina se soltó.

—Entonces no fuiste un tonto. Lámete bien la pata —le indicó la gata gris—, y vuelve si se te hincha o si te sigue doliendo.

—Gracias, Fauces Amarillas. —Guijarro se pasó la lengua por la almohadilla unas cuantas veces, y luego se puso de pie—. Será mejor que vuelva a patrullar.

El guerrero salió corriendo.

Zarpa Inquieta, quien había estado ordenando los almacenes de hierbas en la parte trasera de la guarida, se volvió para mirar a su mentora.

—No me gustaría vivir en un Clan lleno de Colas Rotas —comentó—. Es demasiado… feroz. —Volvió a sus hierbas, y luego se detuvo, pensativo, con una hoja de borraja en una pata—. Me pregunto quién será la madre de Cola Rota. ¿Tienes alguna idea, Fauces Amarillas? ¿Era una minina casera, como dicen algunos gatos? ¿O fue Corazón de Raposa todo el tiempo?

—No tengo tiempo para chismes —resopló Fauces Amarillas—. ¿Por qué estás ahí parado como un trozo de carne fresca sin comer, en lugar de separar la consuelda de las dedaleras?

Zarpa Inquieta olfateó mientras le lanzaba una mirada herida, pero los aullidos del claro interrumpieron cualquier respuesta que estuviera a punto de hacer. Mirando entre las rocas, Fauces Amarillas vio gatos irrumpiendo entre las espinas, y reconoció a la patrulla fronteriza de Raya de Lagartija. Un simple vistazo le dijo que algunos de los gatos habían sido gravemente arañados.

—Trae telaraña y caléndula —ordenó a Zarpa Inquieta, y corrió a reunirse con los gatos heridos en el centro del claro.

Estrella Mellada y Corazón de Raposa salieron de la guarida del líder y corrieron a reunirse con los demás.

—¿Qué pasó? —preguntó Estrella Mellada.

—Las ratas nos atacaron cerca del vertedero —Raya de Lagartija jadeó. Su pelaje estaba erizado y goteaba sangre de un arañazo en el vientre.

—¡Y ni siquiera las estábamos cazando! —añadió Paso de Lobo, indignado.

Mientras Raya de Lagartija describía con más detalle lo ocurrido, Fauces Amarillas y Zarpa Inquieta empezaron a curar las heridas. Paso de Lobo tenía una oreja rasgada, pero ya había dejado de sangrar; Fauces Amarillas se la lamió y le dio una hoja de caléndula para que se la frotara.

—Mira este mordisco —maulló Zarpa Inquieta, haciendo señas a Fauces Amarillas para que se acercara a Espinas Enredadas—. Creo que podría infectarse.

Fauces Amarillas asintió mientras examinaba la mordedura en el hombro de Espinas Enredadas.

—Eso siempre es un riesgo con las mordeduras de rata. Espinas Enredadas, espérame en mi guarida y te buscaré raíz de bardana.

—Gracias, Fauces Amarillas. —La joven gata se alejó cojeando.

Fauces Amarillas se acercó a Raya de Lagartija.

—Necesito ver ese arañazo en tu vientre —le dijo.

Raya de Lagartija agitó la cola.

—Ahora no. ¿No ves que estoy hablando con Estrella Mellada?

«*Como quieras* —pensó Fauces Amarillas—. *Sangra por todo el campamento. A ver si me importa.*»

Mientras revisaba a Patas de Helecho y Fronde Sombrío, más gatos aparecieron en la entrada del campamento. Fauces Amarillas levantó la mirada y vio a Cola Rota y a su patrulla de caza, cargados de presas. Cola Rota, quien llevaba una paloma enorme, se acercó al grupo en medio del claro.

—¿Qué está pasando? —preguntó, dejando caer el pájaro muerto.

—Las ratas nos atacaron cerca del vertedero —le dijo Fronde Sombrío.

Paso de Lobo exclamó:

—¡Gran captura, Cola Rota!

—Sí, trepé un árbol para atraparla —maulló despreocupadamente Cola Rota, y luego se volvió hacia Estrella Mellada—. ¿Cuánto tiempo vamos a aguantar a estas ratas? —exigió con un azote de la cola—. Tenemos que darles una lección.

—¿Qué sugieres? —Estrella Mellada preguntó.

Fauces Amarillas recordó el ataque condenado al vertedero temporadas antes, cuando Estrella de Cedro había perdido una vida. «*Por favor, Clan Estelar, ¡no otra vez!*»

—No podemos luchar contra todas las ratas —Cola Rota le dijo a Estrella Mellada—. No sabemos cuántas hay. En vez de eso, deberíamos señalar a unas pocas y matarlas a la vista de las demás, como advertencia.

Fauces Amarillas escuchó algunos murmullos dubitativos de los gatos que rodeaban a Estrella Mellada, pero otros asentían con la cabeza.

—Valdría la pena intentarlo —murmuró Fronde Sombrío.

—Cierto —Corazón de Raposa maulló—. Intentamos tenderles una emboscada con un ataque masivo, y no funcionó. Tal vez esta sea la única manera.

Estrella Mellada se quedó pensativo, luego se enderezó.

—Cola Rota, ven conmigo a mi guarida. Discutiremos esto con más detalle. —El líder cruzó el campamento con su hijo caminando a su hombro. Corazón de Raposa los siguió.

Fauces Amarillas envió a Zarpa Inquieta de vuelta a la guarida para preparar una cataplasma de raíz de bardana para Espinas Enredadas. Mientras tanto, se las arregló para convencer a Raya de Lagartija de que le dejara mirar el arañazo. Ya había dejado de sangrar. Aliviada por no tener que hacer más, Fauces Amarillas le dio a Raya de Lagartija un poco de caléndula y la envió a descansar a la guarida de los guerreros.

Espinas Enredadas ya se estaba yendo cuando Fauces Amarillas regresó a la guarida, la gata tenía la cataplasma de raíz de bardana bien aplicada.

—Déjame echarle otro vistazo mañana —le dijo Fauces Amarillas.

Espinas Enredadas le agradeció y se marchó agitando la cola.

—Hiciste un buen trabajo con esa cataplasma —le dijo Fauces Amarillas a Zarpa Inquieta—. Ahora tenemos que buscar algunas hierbas para esta batalla contra las ratas.

Zarpa Inquieta tragó saliva.

—¿Quieres decir que *estaremos* en la batalla?

—No, pero estaremos cerca. Si hay heridos, podemos tratarlos en el lugar. Saca más caléndula, y algo de perifollo, y será mejor que también llevemos raíz de bardana.

—Escuché sobre la última batalla con las ratas —el aprendiz maulló mientras empezaba a destapar los almacenes de hierbas. Lanzó a Fauces Amarillas una mirada en la que la emoción se mezclaba con el nerviosismo—. ¿Qué crees que pasará esta vez?

—No lo sé —contestó Fauces Amarillas sombríamente—, pero no estoy contenta con nuestras posibilidades. Hay demasiadas ratas. —Acercándose a los arbustos espinosos para desenganchar algunas telarañas, se dio cuenta de que sus reservas eran escasas.

—Saldré a buscar más de esto —le dijo a Zarpa Inquieta—. Haz envoltorios de hojas con esas hierbas para que podamos llevarlas fácilmente.

Una vez fuera del campamento, Fauces Amarillas se dirigió a un roble cercano que estaba cubierto de hiedra, un lugar perfecto para recoger telarañas. Mientras se estiraba para alcanzarlas, una voz habló detrás de ella:

—¿Necesitas ayuda con eso?

Fauces Amarillas se giró para ver a Nocturno. El gato comenzó a arañar telarañas y a recogerlas en una bola al pie del árbol.

—Esto es para la batalla de ratas, ¿verdad? —maulló.

Fauces Amarillas asintió.

—¿Sabes que no participaré? —Nocturno continuó en voz baja—. Decidí unirme a los veteranos.

Fauces Amarillas dejó de recoger telarañas para mirarlo, la tristeza surgió en su interior.

—Siento mucho no haber podido curarte —maulló.

Nocturno comenzó a hablar, se detuvo para toser, y luego continuó:

—No es tu culpa. Sé que lo intentaste. Solo desearía que el Clan Estelar me dijera por qué hicieron de este mi destino. —Dejó escapar un largo suspiro—. ¡Yo quería ser un gran guerrero!

—Y lo eres —le aseguró Fauces Amarillas—. Pero tu Clan necesita que estés a salvo y bien más de lo que necesitan tus habilidades de caza. Todavía puedes formar parte de la vida del Clan. ¡Intenta decirle a Ave Pequeña que es menos importante de lo que solía ser!

Nocturno asintió, pero Fauces Amarillas pudo ver que no había logrado ahuyentar la depresión de sus ojos.

Amanecía mientras los gatos del Clan de la Sombra se reunían alrededor de Estrella Mellada en el centro del claro. Nubes grises cubrían el cielo y caía una fina aguanieve. Fauces Amarillas temblaba mientras ella y Zarpa Inquieta se unían a la parte de atrás de la multitud.

—Este es el plan —maulló Estrella Mellada, alzando la voz para que todo el Clan pudiera oírlo—. Dos gatos, Corazón de Raposa y yo, atraeremos a las ratas fingiendo cazar en los límites del vertedero. Cola Rota, Manto de Nube, Patas Negras y Vuelo de Pinzón estarán al acecho para saltar y rodear a las primeras ratas que aparezcan. Cola Rota dará la señal. Patas de Helecho, Salamandra Manchada, Cara Cortada, Fronde Sombrío y Ráfaga Abrasadora, ustedes retendrán a las demás ratas para que puedan ver mientras matamos a sus compañeros de madriguera. —Su mirada recorrió a los guerreros—. ¿Alguna pregunta?

Ningún gato respondió. Los ojos de Cola Rota brillaban.

—¡Entonces vamos! —aulló Estrella Mellada.

Fauces Amarillas y Zarpa Inquieta recogieron sus provisiones y siguieron a la patrulla mientras el líder del Clan lideraba la salida del campamento. Fauces Amarillas vio a Nocturno observándolos con los otros veteranos fuera de su guarida. «*Estás mejor fuera de esto*», pensó, aunque comprendía lo decepcionado que debía sentirse el joven gato al ver que sus compañeros de Clan partían a la batalla sin él.

Cuando el vertedero se hizo visible, Fauces Amarillas se estremeció ante el olor familiar y los chillidos de los pájaros blancos que aleteaban sobre los montones de deshechos de Dos Patas. Empezó a prepararse para bloquear el dolor de las heridas que inevitablemente llegarían. «*Estoy sana y salva*, *no tengo heridas*, *no siento dolor.*»

Condujo a Zarpa Inquieta al mismo arbusto de acebo donde Bigotes de Salvia y ella se habían refugiado durante la batalla anterior, aunque sintió frío en el vientre por los recuerdos que evocaba. Mientras dejaba las hierbas bajo las ramas, Fauces Amarillas se dio cuenta de que parte de la malla plateada se había caído, por lo que era fácil para los gatos entrar en el vertedero. «*Y las ratas pueden salir hacia donde las espera Cola Rota.*»

Patas de Helecho condujo a su parte de la patrulla entre los montones podridos, donde desaparecieron rápidamente. Mientras tanto, Cola Rota dirigió a los gatos bajo su mando hacia escondites entre los árboles y arbustos. Estrella Mellada y Corazón de Raposa se quedaron solos frente al hueco de la malla plateada, al borde del montón de desperdicios más cercano.

—¡Son realmente valientes! —comentó Zarpa Inquieta.

Fauces Amarillas murmuró que su acuerdo mientras observaba a los dos gatos realizar los movimientos de caza: saborear el aire, olfatear las raíces de los árboles, agacharse para arrastrarse por las zarzas o los helechos. Siguió observando, con el corazón palpitante, cómo una rata asomaba la cabeza y se abría paso a tientas. Pronto se le unió otra, luego una tercera y más. Avanzaron sigilosamente, casi hasta la malla plateada. Sus brillantes miradas estaban fijas en los gatos, quienes aparentaban ser demasiado estúpidos como para darse cuenta de su presencia. Pero Estrella Mellada y Corazón de Raposa sabían claramente que estaban allí. Hábilmente se alejaron más, tentando a las ratas a alejarse de la seguridad de los montones. Una vez que estuvieron lejos de la malla plateada, Cola Rota, Manto de Nube, Ala de Ventisca, y Vuelo de Pinzón saltaron de sus escondites. Estrella Mellada y Corazón de Raposa avanzaron hasta rodear a las ratas.

—¡Prepárense para morir! —gruñó Cola Rota.

32

Un susurro de ruido de ratas surgió de los montones de desperdicios, pero Patas de Helecho y su patrulla salieron de su escondite y custodiaron los agujeros. Fauces Amarillas podía ver narices crispadas y destellos de ojos malignos, pero al menos por el momento ninguna de las ratas se atrevía a salir.

—¡No las dejen salir! —aulló Patas de Helecho—. ¡Pero manténganse lo suficientemente lejos para que puedan ver lo que pasa!

—¡Mantos de pulgas! —Cola Rota se burló de las ratas capturadas, saltando hacia adelante para clavar las garras en el flanco de la más cercana, y luego salir corriendo de nuevo—. ¡Montón de come-carroña!

El resto de la patrulla le imitó, juntando a las ratas en un nudo apretado y lastimándolas mientras se mantenían fuera del alcance de sus garras. Fauces Amarillas clavó las garras en el suelo.

—¡Vamos, antes de que algo salga mal! —murmuró.

Un instante después, dos ratas, aterrorizadas y desesperadas, salieron de la manada y saltaron sobre Corazón de Raposa. Fauces Amarillas miró con incredulidad la precisión de sus movimientos, parecían cazadores entrenados. Corazón de Raposa soltó un chillido y se desplomó en el suelo, con sangre brotando del cuello.

—¡No! —aulló Estrella Mellada.

En el mismo instante, Cola Rota y Manto de Nube saltaron sobre las dos ratas que habían atacado a Corazón de Raposa, rompiéndoles el cuello y lanzándolas por los aires. Estrella Mellada se lanzó al centro del nudo de ratas, con sus compañeros de Clan tan solo un latido por detrás, sus garras cortaron y desgarraron. El plan ordenado se rompió en un caos de gritos y sangre.

—¡Gran Clan Estelar! —susurró Zarpa Inquieta.

Incluso Fauces Amarillas se quedó atónita al ver la matanza, las ratas luchaban por escapar solo para ser devueltas con garras. Se lanzaron sobre los guerreros, que respondieron a su ataque con dientes que las desgarraban y las dejaban retorciéndose mientras su sangre empapaba la nieve.

En unos instantes todo había terminado. Las últimas ratas que habían sido tentadas estaban muertas y los guerreros del Clan de la Sombra estaban junto a ellas, jadeando. Aparte de Corazón de Raposa, quien yacía siniestramente inmóvil, ninguno de ellos parecía tener heridas graves. Estrella Mellada ordenó a Patas de Helecho y a los demás que salieran del vertedero, mientras que Cola Rota se colocó debajo del cuerpo de Corazón de Raposa y se la echó sobre los hombros. Estaba

cubierto de sangre, pero por lo que Fauces Amarillas podía ver, toda pertenecía a las ratas.

—Ganamos —maulló Zarpa Inquieta, sonando aturdido.

—Sí —Fauces Amarillas coincidió, mirando el cuerpo de Corazón de Raposa.

«*Pero pagamos un alto precio. No me agradaba. No quería servir bajo su mando como líder. Pero era demasiado joven para morir.*»

Los veteranos y los pocos gatos que habían permanecido en el campamento se reunieron cuando los guerreros regresaron. Fauces Amarillas vio a Baya de Serbal mirando horrorizada desde la entrada de la maternidad mientras Cola Rota dejaba el cuerpo de Corazón de Raposa en medio del claro. Un destello de alegría calentó a Fauces Amarillas al ver a los cachorros de su hermana, Pequeño Rescoldo y Pequeño Rabón, asomándose curiosos junto a su madre. «*Guerreros mueren, pero el Clan sobrevive.*»

La madre de Corazón de Raposa, Charca Nublada, salió corriendo de la guarida de los guerreros y se tiró al suelo junto a su hija.

—¡Clan Estelar, no! —gritó—. ¿Por qué tuviste que llevártela?

Paso de Lobo siguió a su madre y se agachó junto a ella, metiendo la nariz en el pelaje empapado de sangre de su hermana.

—Adiós —dijo con voz rasposa—. Estábamos tan orgullosos de ti. Habrías sido una gran líder.

Manto de Nube, quien compartía padre con Paso de Lobo y Corazón de Raposa, se acercó a ella e inclinó la cabeza.

—Murió como una guerrera —maulló.

Fauces Amarillas se colocó junto a la cabeza de Corazón de Raposa.

—La velaremos —anunció.

Estrella Mellada permaneció poco tiempo junto al cuerpo de su lugarteniente, y luego desapareció en su guarida, reapareciendo cuando la luna se alzaba sobre los árboles. Saltando sobre la Roca del Clan convocó al Clan, aunque la mayoría de ellos ya estaban en el claro, agrupados alrededor de la difunta gata naranja.

—Lloro por Corazón de Raposa —comenzó el líder del Clan—. Nos sirvió bien, y debería haber seguido haciéndolo durante muchas temporadas. Pero murió valientemente, protegiendo a su Clan de las ratas. Tendrá un lugar de honor en el Clan Estelar. —Hizo una pausa, mirando a su Clan, y Fauces Amarillas pudo sentir cómo aumentaba la tensión, porque todos los gatos sabían que ese era el momento en que Estrella Mellada debía anunciar el nombre de su nuevo lugarteniente.

Varios de los gatos miraron a Cola Rota, quien parecía especialmente alerta, con los ojos brillantes.

—Por mucho que la extrañemos —continuó el líder—, el Clan necesita un nuevo lugarteniente. Pronuncio estas palabras ante el cuerpo de Corazón de Raposa,

para que su espíritu pueda oír y aprobar mi elección. Manto de Nube será el nuevo lugarteniente del Clan de la Sombra.

Tanto Manto de Nube como Cola Rota parecían igualmente atónitos. Fauces Amarillas pudo ver una amarga decepción en los ojos de Cola Rota, quien enseñó los dientes en un gruñido.

—¡Wow! —susurró Zarpa Inquieta—. ¡Supongo que todos sabemos quién esperaba ser lugarteniente!

Manto de Nube se levantó y balbuceó:

—Gra-gracias, Estrella Mellada. Te prometo que serviré bien a mi Clan.

Estrella Mellada bajó de un salto de la Roca del Clan mientras el resto del Clan alzaba la voz en aullidos de bienvenida a Manto de Nube. Fauces Amarillas pudo ver que era una elección popular. Ella también estaba contenta con la decisión; sabía que Manto de Nube sería mucho mejor líder que Corazón de Raposa, si hubiera vivido.

Entonces, Fauces Amarillas vio a Cola Rota acorralando a Estrella Mellada mientras el líder del Clan intentaba volver a su guarida. «*¡Necesito oír lo que dicen!*» Disimuladamente se acercó a ellos, deteniéndose a la sombra de la Roca del Clan.

—¡Deberías haberme nombrado lugarteniente a mí! —le gruñó Cola Rota—. ¡El ataque a las ratas fue idea mía, y funcionó!

Estrella Mellada lo miró con ojos rasgados.

—Usa el cerebro —le espetó—. Soy tu padre, y tengo que tener cuidado de no mostrar favoritismo delante de los otros guerreros. Además, necesitas un aprendiz antes de poder ser lugarteniente. Pero no te preocupes. Me quedan muchas temporadas, y si algo le ocurriera a Manto de Nube, te tocará a ti.

El deshielo llegó y poco a poco la estación de la hoja verde se arrastró hacia el bosque. Abriéndose paso a través de un nuevo crecimiento de helechos, Fauces Amarillas se deleitó con la sensación del sol en su grueso manto, y la visión de los brotes verdes que brotaban por todas partes en el bosque quemado por la escarcha. Nocturno, quien la acompañaba, saltó para atrapar una mariposa que revoloteaba sobre el pasto. Fauces Amarillas lo observó con cariño mientras la perseguía, reflexionando que su tos estaba mucho mejor ahora que no estaba tratando de seguir el ritmo de todos los deberes de un guerrero.

—¿Eres un cachorro? —lo molestó cuando volvió jadeante hacia ella.

—Ya no —Nocturno respondió con una mueca de diversión—. Supongo que solo estoy disfrutando del sol. —Respiró hondo con las mandíbulas entreabiertas—. Y todo el olor a presas. Seguro que hay un ratón por aquí. —Empezó a seguir el rastro de olor y desapareció en una espesa extensión de helechos. Momentos después, Fauces Amarillas oyó un grito ahogado, y luego su voz se elevó en un aullido sobresaltado—: ¡Fauces Amarillas, ven aquí!

Fauces Amarillas se abrió paso a través de los helechos. Cuando emergió al otro lado, se encontró mirando un pequeño espino. Uno de los aprendices más nuevos, Zarpa Rabona, el hijo de Baya de Serbal, estaba colgando de la rama más baja por los dientes.

—¡Zarpa Rabona! —exclamó Fauces Amarillas—. En nombre del Clan Estelar, ¿qué estás haciendo?

Cuando Zarpa Rabona abrió la boca para responder, se estrelló contra el suelo en una maraña de patas y cola.

—¡Ahora me voy a meter en un buen lío! —se lamentó mientras se paraba—. ¡Cola Rota me dijo que tenía que quedarme allí hasta que volviera!

—¿Qué? —Fauces Amarillas intercambió una mirada incrédula con Nocturno—. ¡Ningún mentor haría eso! Debes haber entendido mal.

Zarpa Rabona agachó la cabeza.

—Estaba hablando durante el entrenamiento de batalla, así que Cola Rota dijo que necesitaba aprender a mantener la boca cerrada.

—¡Debe haber una forma mejor que esta! —Fauces Amarillas maulló a Nocturno.

«*¡Zarpa Rabona podría haberse herido la mandíbula permanentemente!*»

—No si yo lo digo. —Fauces Amarillas se dio la vuelta al oír el gruñido detrás de ella y se encontró frente a Cola Rota—. No interfieras en mis asuntos, curandera —le advirtió.

Fauces Amarillas parpadeó ante el salvajismo de sus ojos naranja.

—Es asunto mío —insistió, tratando de mantener la calma—. Un trato duro como ese podría herir a un aprendiz.

—¡Tonterías! —Cola Rota gruñó. Sacudiendo la cabeza hacia Zarpa Rabona, añadió—: Vuelve a la zona de entrenamiento.

Zarpa Rabona salió corriendo, y Cola Rota le siguió con una última mirada a Fauces Amarillas.

—¡No te metas! —ordenó.

—Nunca lo castigué así cuando era mi aprendiz —comentó Nocturno cuando Cola Rota hubo desaparecido.

Una punzada de miedo sacudió a Fauces Amarillas.

—Tal vez deberías haberlo hecho —murmuró.

Cuando regresó al campamento, Fauces Amarillas vio al otro aprendiz, Zarpa de Rescoldo, comiendo en el montón de carne fresca con su mentor, Bigotes de Nuez. Cuando Zarpa Rabona empezó a acercarse para unirse a ellos, Cola Rota se puso delante de él, bloqueándolo.

—Podrás comer cuando hayas cazado suficientes presas para alimentar a los veteranos —espetó.

Zarpa Rabona se limitó a asentir con tristeza y se alejó hacia la entrada del campamento. Fauces Amarillas pensó que parecía cansado. «*¡Eso no es justo!*» Echando humo por la rabia, fue a buscar a Manto de Nube.

El lugarteniente del Clan estaba sentado a la luz del sol cerca de la guarida de los guerreros con Hoja Ámbar y Vuelo de Pinzón, discutiendo los mejores lugares para cazar.

—Manto de Nube, ¿puedo hablar contigo en privado? —Fauces Amarillas preguntó mientras se acercaba.

—Claro. —Manto de Nube se levantó y la alejó un par de zorros de distancia para que ningún gato pudiera escucharlos—. ¿Qué pasa?

Fauces Amarillas se armó de valor, sabiendo que ni siquiera un curandero debería cuestionar la forma en que un mentor decide tratar a su aprendiz.

—Es Cola Rota —comenzó—. No estoy contenta con su tutoría. ¿Has visto cómo es con Zarpa Rabona?

Ella pudo ver por el parpadeo en los ojos de Manto de Nube que sabía de lo que estaba hablando.

—Todos los mentores entrenan de diferentes maneras —maulló él—. No me corresponde interferir.

—Pero alguien tiene que hacer algo —Fauces Amarillas insistió—. No te imaginas lo que vi hoy temprano... —Le contó a Manto de Nube la historia de Zarpa Rabona colgando de la rama del árbol.

—¿Zarpa Rabona se llegó a lastimar? —preguntó Manto de Nube.

—No —la curandera admitió—. ¡Pero podría haberlo hecho!

—En ese caso, no puedo involucrarme, y no me gustaría hacerlo —le dijo Manto de Nube—. Mira, Fauces Amarillas, entiendo tu preocupación por todos los miembros del Clan, pero hace mucho tiempo que no eres una guerrera. ¡Quizás has olvidado lo duro que puede ser para los aprendices!

No había más nada que Fauces Amarillas pudiera decir. Inclinando la cabeza fríamente hacia el lugarteniente, se dio la vuelta y se arrastró de vuelta a su propia guarida.

—Mira, te traje un campañol —anunció Zarpa Inquieta mientras ella se deslizaba entre las rocas—. Está muy fresco.

—Gracias, Zarpa Inquieta. —Fauces Amarillas se dejó caer al lado de la presa y tomó un bocado.

—Nocturno dijo que tuviste una discusión con Cola Rota —Zarpa Inquieta chirrió. Olfateó y luego continuó—: Si no te importa que te lo diga, deberías tener cuidado con lo que le dices a ese gato. Es muy malo.

Fauces Amarillas parpadeó, agradecida por su preocupación.

—Sabes —maulló—, es hora de que dejes de ser mi aprendiz.

Por un instante, Zarpa Inquieta pareció horrorizado, hasta que comprendió a que se refería en realidad.

—¿Quieres decir que puedo convertirme en un curandero de pleno derecho? ¡Wow!

—Lo tienes más que merecido —Fauces Amarillas le dijo—. Tengo suerte de haberte tenido como aprendiz.

—Y yo tengo suerte de haberte tenido como mentora.

Fauces Amarillas resopló divertida.

—¡Aunque aún no te haya enseñado a curar tu resfriado!

Fauces Amarillas y Zarpa Inquieta, con los otros curanderos, se sentaron en la oscura cueva de la Piedra Lunar mientras esperaban a que la luna brillara a través del agujero en el techo.

—Tengo noticias tristes —informó Bigotes Plumosos—. Pluma de Ganso se ha ido a cazar con el Clan Estelar.

—Lo siento —Zarzal de Bayas maulló, con su simpatía preparada—. ¿Cómo te sientes, siendo el único curandero del Clan del Trueno?

«*Aliviado de no tener que lidiar con Pluma de Ganso murmurando*», pensó Fauces Amarillas, aunque nunca habría soñado con decir eso en voz alta.

—Lo estoy sobrellevando —respondió Bigotes Plumosos—. Hay una recién llegada muy prometedora llamada Zarpa Jaspeada. Ya se está interesando por las hierbas, así que si el Clan Estelar lo aprueba la haré mi aprendiza.

—Yo también tengo buenas noticias —Fauces Amarillas dijo—. Esta noche voy a convertir a Zarpa Inquieta en un curandero de pleno derecho.

Todos los demás curanderos se unieron a las felicitaciones. En la tenue luz de las estrellas, Fauces Amarillas pudo ver que Zarpa Inquieta parecía felizmente avergonzado.

—¡Qué suerte tienes! —Zarpa de Cascarón ronroneó.

—Pronto será tu turno —le dijo Zarpa Inquieta.

Mientras hablaba, la luna apareció flotando y la Piedra Lunar cobró vida, su resplandor helado llenó la caverna. Fauces Amarillas se levantó y le hizo señas a Zarpa Inquieta para que se uniera a ella junto a la piedra brillante. Temblaba de emoción mientras se acercaba a ella.

Fauces Amarillas tomó aire, recordando las palabras de su propia ceremonia.

—Yo, Fauces Amarillas, curandera del Clan de la Sombra, solicito a mis antepasados guerreros que observen a este aprendiz. Ha entrenado duro para comprender el sistema de los curanderos, y, con su ayuda, servirá a su Clan durante muchas lunas. Zarpa Inquieta —maulló—, ¿prometes respetar el sistema de los curanderos, mantenerte al margen de las rivalidades entre Clanes, y proteger a todos los gatos igualmente, incluso a costa de tu propia vida?

—Lo prometo —contestó Zarpa Inquieta en un susurro asombrado.

—Entonces, por los poderes del Clan Estelar, te doy tu verdadero nombre como curandero. Zarpa Inquieta, a partir de este momento serás conocido como Nariz Inquieta. Tu nombre será un recordatorio de que los curanderos no pueden curarlo todo, pero siempre necesitamos tener fe para intentarlo. El Clan Estelar honra tu inteligencia y tu dedicación, y te damos la bienvenida como un curandero completo

del Clan de la Sombra. Ahora ven, toca con tu hocico la Piedra Lunar, y que todos tus sueños sean buenos.

Nariz Inquieta se arrastró hacia adelante y apoyó el hocico contra la brillante superficie. Fauces Amarillas se agachó a su lado y el resto de los curanderos ocuparon sus lugares.

Cuando Fauces Amarillas cerró los ojos, se sintió inmediatamente transportada a un lugar de oscuridad y frío. Sentía que sus patas se apoyaban en la roca, pero no veía nada. Entonces, unos destellos escarlata rompieron la oscuridad y unos chillidos agudos golpearon sus oídos. Las formas de unos cachorros aparecieron ante los ojos de Fauces Amarillas, pero no eran los cálidos y peludos bultos de la maternidad de su Clan. En su lugar, sus pequeños cuerpos fueron arrancados de los vientres de sus madres en fuentes de sangre, mientras las gatas madre se aferraban a ellos con impotencia. Fauces Amarillas corría de un lado a otro intentando salvar a los cachorros de las garras invisibles que los arrancaban. Pero sus almohadillas resbalaban en la sangre, cuyo hedor le llenaba la nariz y la garganta. Por mucho que se esforzara, los cachorros moribundos siempre estaban fuera del alcance de sus patas.

—¡No! ¡No! —aulló.

Algo duro se clavó en su costado. Fauces Amarillas abrió los ojos y vio a Nariz Inquieta pinchándola con una pata. Tenía los ojos muy abiertos y asustados.

—Lo siento —balbuceó—. Pero estabas gritando. Espero no haber hecho algo mal al despertarte.

—No… no, estoy bien —dijo la curandera con la voz rasposa, tambaleándose sobre sus patas.

La luz de la luna se había ido, y la cueva estaba iluminada por el débil brillo de las estrellas. En el tenue resplandor podía ver a los otros curanderos observándola ansiosamente.

—Estoy bien —repitió—. Solo fue un mal sueño.

—Fue más que eso —Nariz Inquieta insistió—. Fauces Amarillas…

—¡Ya basta! —Fauces Amarillas espetó—. Solo compartimos nuestros sueños con nuestro líder. ¡No son para cotillear!

Girando sobre sí misma, se adelantó a los demás por el pasadizo.



33

Fauces Amarillas cruzó el claro hacia la maternidad. Una brisa fría agitó su pelaje, advirtiéndole que la estación de la hoja verde estaba llegando a su fin. Pronto las hojas de los árboles caerían y comenzaría otra estación sin hojas. «*Al menos estos cachorros serán grandes y fuertes antes de eso*», pensó. Iba de camino a ver a la nueva camada de Tormenta de Plumas: Pequeño Musgo, Pequeña Alba y Pequeño Campañol. Habían nacido dos amaneceres antes, así que aún no habían abierto los ojos. Cuando entró en la maternidad, contempló con satisfacción los tres pequeños cuerpos que se retorcían acurrucados en el vientre de su madre. «*Al menos estos cachorros no son los que vi en aquel terrible sueño en la Piedra Lunar.*»

Tormenta de Plumas levantó la cabeza para saludar a Fauces Amarillas.

—Me alegra que hayas venido —maulló, mirando orgullosa a sus cachorros—. Quiero que escuches sus pechos y compruebes si tienen garrapatas en las orejas.

—Por supuesto.

Fauces Amarillas estaba bastante segura de que no había nada de qué preocuparse, pero sabía que una reina mayor como Tormenta de Plumas estaba obligada a preocuparse. Además, disfrutaba pasando tiempo con las pequeñas criaturas que se retorcían, que se acercaban a ella con valentía y la olfateaban con ansiosa curiosidad, a pesar de que no podían ver.

Mientras examinaba a los cachorros, el padre de las crías, Ala de Ventisca, asomó la cabeza por la entrada.

—¿Todo bien? —dijo—. ¿Puedo hacer algo?

—Todos estamos bien —respondió Tormenta de Plumas con un movimiento de La cola—. Puedes traerme un trozo de carne fresca, algo bueno y sabroso, por favor. ¡Machos! —añadió a Fauces Amarillas cuando Ala de Ventisca se hubo ido—. Nunca me han parecido muy útiles con los cachorros.

«*Hal no lo habría sido, eso seguro* —pensó Fauces Amarillas, recordando a la antigua pareja de Tormenta de Plumas, perteneciente al Poblado de los Dos Patas—. *No quería tener nada que ver con sus hijos.*»

Volvía a cruzar el claro cuando se oyó un ruido de ramas chocando entre sí en el túnel de entrada. Fauces Amarillas se dio la vuelta y vio a Cola Rota entrando a toda prisa con medio conejo en las fauces.

—¡Estrella Mellada! ¡Estrella Mellada! —aulló, dejando caer el conejo en medio del claro.

El líder del Clan salió de su guarida, mientras otros gatos se apresuraban y se reunían alrededor de Cola Rota y la carne fresca . Los veteranos se asomaron desde su guarida, y Nariz Inquieta salió corriendo de la guarida de los curanderos para reunirse con Fauces Amarillas.

—¿Qué está pasando? —jadeó.

—No lo sé —Fauces Amarillas respondió, acercándose con Nariz Inquieta a su lado—. Cola Rota acaba de regresar con esa carne fresca.

—Encontré este conejo muerto cerca del túnel que lleva al territorio del Clan del Viento —anunció Cola Rota, sus ojos brillaban de enojo—. ¡Esto prueba que los guerreros del Clan del Viento han estado matando presas dentro de las fronteras del Clan de la Sombra!

Ráfaga Abrasadora se adelantó con Rabón y Rescoldo justo detrás de él.

—Patrullamos esa frontera hoy temprano —maulló—, y no encontramos ningún rastro de olor del Clan del Viento.

—El conejo todavía está caliente —Cola Rota señaló—. ¡Deben haberlo matado hace poco! ¡Tenemos que atacar de inmediato!

—Espera un momento —ordenó Estrella Mellada—. Tenemos que asegurarnos de que el conejo no se tambaleó herido por la frontera antes de morir.

Cola Rota dejó escapar un siseo de enojo y empujó el cuerpo hecho jirones delante de su líder.

—¡Miren! ¡Tiene mordiscos! ¡Está claro que fue una invasión! —Hizo una breve pausa y añadió—: ¡Si están demasiado asustados para desafiar a esos ladrones de presas, yo mismo lideraré la patrulla!

Algunos de los otros guerreros asintieron, como si estuvieran dispuestos a ir con él. Fauces Amarillas se dio cuenta de que Rabón y Fauces de Pedernal estaban entre ellos.

—¡Espera! —exclamó Estrella Mellada cuando Cola Rota se giró como si estuviera a punto de marcharse—. Por supuesto que no tengo miedo. Pero estas cosas hay que planearlas. Cola Rota, ven conmigo y con Manto de Nube.

Cuando los tres gatos se fueron, Fauces Amarillas se acercó y olfateó al conejo. Captó algo del olor del Clan del Viento en su pelaje, pero las marcas de mordisco tenían un olor más fuerte a Cola Rota. Fauces Amarillas sintió que el pelaje de su cuello comenzaba a erizarse. «*De acuerdo, lo trajo de vuelta al campamento, pero ¿podría este mordisco en la carne del conejo tener la forma de* sus *dientes? ¿Y si mató al conejo él mismo, después de que se extraviara por su propia voluntad bajo el Sendero Atronador?*» Empezó a temblar. «*¿Debería decírselo a Estrella Mellada?*»

Justo entonces, Cola Rota y Manto de Nube salieron de la guarida del líder y empezaron a llamar guerreros para que se unieran a ellos junto al túnel de espinas. Aprovechando su oportunidad, Fauces Amarillas respiró hondo y se deslizó bajo las raíces del roble para ver a Estrella Mellada.

—¿Estás seguro de que Cola Rota dice la verdad? —preguntó con valentía—. ¿Y si mató al conejo él mismo?

Estrella Mellada se erizó.

—¡Ningún hijo mío mentiría! ¡¿Cómo te atreves a cuestionarle?! —Mostró los dientes en un gruñido—. Ahora apártate de mi camino.

Golpeada por su furia, Fauces Amarillas se hizo a un lado, y luego lo siguió fuera de la guarida. Lo vio correr por el campamento hacia Cola Rota, Manto de Nube y los guerreros que habían reunido: Rabón, Fauces de Pedernal y Ráfaga Abrasadora. Con un movimiento de la cola, Estrella Mellada se lanzó a través del túnel con la patrulla pisándole los talones.

Nariz Inquieta se acercó a ella con una mirada de consternación.

—¿Vamos a seguirlos con hierbas?

Fauces Amarillas sacudió la cabeza.

—Esto solo será una escaramuza fronteriza. No habrá heridos graves.

Pero mientras hablaba sus patas anhelaban llevarla tras la patrulla. De repente, el campamento le pareció demasiado pequeño, como si el círculo de zarzas se cerrara sobre ella. «*¡Tengo que salir!*»

—Voy a buscar consuelda —le dijo a Nariz Inquieta, dirigiéndose al túnel.

—¡Pero tenemos de sobra! —él gritó tras ella, sonando desconcertado.

Fauces Amarillas le ignoró. Una vez fuera del campamento, corrió hacia el Sendero Atronador. Todo estaba en silencio. «*Tal vez la patrulla ponga nuevas marcas fronterizas y se marche*», pensó esperanzada.

Jadeando, Fauces Amarillas salió de los árboles cerca del lugar donde estaba el túnel que llevaba al territorio del Clan del Viento. No podía ver a Cola Rota ni a su patrulla, pero el corazón se le hundió cuando olfateó la entrada del túnel y percibió a los guerreros del Clan de la Sombra que se dirigían por él. Fauces Amarillas avanzó, su manto rozaba las paredes del túnel. Durante unos pasos, la luz de la abertura iluminó su camino, pero pronto se desvaneció, dejándola en la oscuridad. Dio un respingo y su vientre se estremeció cuando un rugido resonó en el túnel hasta que pensó que le estallarían los oídos. «*Solo es un monstruo* —se dijo a sí misma—. *¿Por qué estás tan nerviosa? Una de esas cosas enormes nunca llegaría hasta aquí.*»

Poco a poco apareció el final del túnel, un círculo brillante en la penumbra. A Fauces Amarillas le zumbaron los oídos por el ruido de los monstruos mientras salía. Unos gritos espantosos se elevaron en el aire desde algún lugar más adelante. «*¡Oh, no! ¡Gatos luchando!*» Echó a correr, trepando por una corta y empinada pendiente cubierta de duro pasto de páramo, y se abrió paso a zarpazos por un saliente arenoso. Al llegar a la cima, miró hacia un estrecho valle con un arroyo que corría por el fondo. La patrulla del Clan de la Sombra estaba luchando con gatos del Clan del Viento. Fauces Amarillas reconoció a Cola Alta y a un pequeño gato de pelaje rojizo llamado Garra Roja. Los demás le resultaban desconocidos.

—¡Intrusos! —gruñó Cola Alta mientras se lanzaba contra Cola Rota—. ¡Fuera de nuestro territorio!

—¡Ladrones de presas! —Cola Rota replicó, arañando el costado de Cola Alta.

—¡Alto! —Fauces Amarillas gritó, pero ningún gato la oyó.

Por un momento quiso lanzarse a la batalla y ayudar a sus compañeros de Clan, pero se detuvo. «*Soy una curandera. Debo mantenerme al margen de las rivalidades entre Clanes.*»

Observó, horrorizada, como Estrella Mellada y Garra Roja se enzarzaban en una chillona bola de pelos, golpeándose con sus fuertes patas traseras mientras ambos gatos se esforzaban por liberarse. Manto de Nube saltó sobre otra guerrera del Clan del Viento, azotándole las orejas hasta que la sangre corrió libremente. Luego saltó y se abalanzó sobre Cola Alta, quien había inmovilizado a Cola Rota y le arañaba la cara. Ráfaga Abrasadora había caído bajo las patas de un gato atigrado, que intentaba clavarle los dientes en la garganta al guerrero del Clan de la Sombra. El corazón de Fauces Amarillas empezó a latir con más fuerza al darse cuenta de que sus compañeros de Clan estaban siendo derrotados y devueltos al túnel. Aunque la patrulla estaba formada por los mejores luchadores del Clan de la Sombra, no eran rivales para la furia del Clan del Viento.

Estrella Mellada se separó de su batalla con Garra Roja y se tambaleó sobre sus patas.

—¡Retirada! —aulló.

Cola Rota gruñó de rabia, a pesar de la sangre que le corría por la cara, pero Estrella Mellada reunió a la patrulla y poco a poco se abrieron camino hacia el túnel, todavía perseguidos por los gatos del Clan del Viento. Fauces Amarillas jadeó cuando un dolor punzante le atravesó la garganta. Miró a sus compañeros de Clan y vio a Manto de Nube caer al suelo. Su espeso pelaje blanco se estaba volviendo rojo.

Mientras corría hacia Manto de Nube, oyó a Estrella Mellada sisear:

—¿Qué haces aquí?

Fauces Amarillas ignoró la pregunta.

—¡Tenemos que llevar a Manto de Nube de vuelta al campamento! —jadeó.

Para su alivio, solo estaban a unas pocas colas de la boca del túnel, y los gatos del Clan del Viento, satisfechos con su victoria, se retiraron por fin.

—¡No vuelvan a poner una pata en nuestro territorio! —aulló Cola Alta detrás de ellos.

Fauces Amarillas ayudó a Manto de Nube a atravesar el túnel, tropezando en la oscuridad con el rugido de los monstruos a su alrededor. El lugarteniente del Clan apenas parecía consciente, y tuvo que soportar todo su peso. En el otro extremo del túnel, Ráfaga Abrasadora se acercó al otro lado de Manto de Nube para sostenerlo, y la patrulla regresó con dificultad al campamento.

—¡Telarañas! ¡Rápido! —le espetó Fauces Amarillas a Nariz Inquieta mientras arrastraba a Manto de Nube a su guarida.

Recordó cómo había luchado para salvar su vida anteriormente, cuando los proscritos habían saltado sobre él. «*Tuve éxito entonces. Tendré éxito ahora.*»

—¡Clan Estelar, espera tu turno! —siseó en voz alta.

Los otros miembros de la patrulla se amontonaron tras ellos, pero Fauces Amarillas solo tenía ojos para el guerrero blanco, que se había desplomado en el suelo.

—Trae una baya de enebro —ordenó mientras Nariz Inquieta le acercaba un grueso montón de telarañas—. Aplástala y ve si puedes sacarle el jugo.

Ella presionó la telaraña contra la herida en la garganta de Manto de Nube, pero su sangre la atravesó casi de inmediato. Nariz Inquieta dejó caer otro montón a su lado antes de tomar la baya de enebro.

—¡Necesito caléndula y tomillo! —ordenó Fauces Amarillas, presionando la telaraña fresca sobre la herida de Manto de Nube.

Mientras trabajaba, fue vagamente consciente de lamentos de consternación procedentes del claro, cuando el resto del Clan se enteró de la derrota de la patrulla. Mientras tanto, Nariz Inquieta se ocupaba de las heridas del resto de los gatos; ninguna de ellas era grave.

—¡Quítame las patas de encima! —Cola Rota espetó cuando Nariz Inquieta intentó ayudarle a limpiarse los arañazos de la cara—. No necesito que un estúpido curandero me toque.

Nariz Inquieta se encogió de hombros.

—Como quieras —murmuró. Observó a Cola Rota salir a grandes zancadas de la guarida, y luego se volvió para examinar los arañazos en el costado de Ráfaga Abrasadora.

«*Todo esto es mi culpa* —pensó Fauces Amarillas mientras escuchaba la respiración agitada de Manto de Nube—. *Debería haber obligado a Estrella Mellada a escucharme sobre ese conejo.*» El Clan del Viento había luchado con tanta ferocidad porque habían sido acusados falsamente.

El resto de la patrulla abandonó la guarida después de que Nariz Inquieta terminara de atenderlos. Fauces Amarillas levantó la mirada para ver que la luz del día ya se estaba desvaneciendo; había perdido toda noción del tiempo.

—Será mejor que duermas un poco —le dijo a Nariz Inquieta—. Te llamaré si necesito algo.

Nariz Inquieta asintió, mirando ansiosamente a Manto de Nube, luego se acurrucó en su lecho y cerró los ojos.

La noche se alargó. Fauces Amarillas nunca se movió del lado de Manto de Nube, escuchando su respiración superficial y observando la sangre que aún goteaba de su cuello. No estaba segura de cuánto tiempo llevaba allí sentada cuando los párpados del joven guerrero se agitaron y abrió los ojos.

—¿Fauces Amarillas? —murmuró débilmente.

—Estoy aquí. —Fauces Amarillas apoyó una pata de forma tranquilizadora en el hombro de Manto de Nube—. No te dejaré. —Alcanzó una bola de musgo húmedo y la sostuvo para que Manto de Nube pudiera lamerlo.

—Se siente bien. —Manto de Nube suspiró las palabras—. ¿Me iré al Clan Estelar?

—No si puedo evitarlo —murmuró Fauces Amarillas sombríamente.

Manto de Nube movió los bigotes.

—Quizá nos veamos allí… —Su voz se apagó y sus ojos volvieron a cerrarse.

Con el corazón oprimido por el dolor, Fauces Amarillas permaneció a su lado. Poco a poco se dio cuenta de que había otro gato a su lado. Levantó la mirada y vio a Cola Rota.

—¿Viniste a que te cure las heridas? —preguntó.

—No —se burló Cola Rota—. Vine a decirte que no malgastes tus esfuerzos con Manto de Nube. Su tiempo se acabó. Nunca habría sido capaz de liderar al Clan de la Sombra. —Se irguió, sus ojos brillaban en la oscuridad—. Solo hay un gato que puede hacer eso después de Estrella Mellada. Yo seré el próximo líder del Clan de la Sombra.

—¿Cómo puedes decir eso? —Fauces Amarillas jadeó—. ¡Soy una curandera, y siempre haré todo lo que pueda para salvar a mis compañeros de Clan!

Cola Rota no respondió, solo miró a Manto de Nube con ojos que brillaban con hostilidad. Luego, sin decir nada más, salió de la guarida.

«*Cola Rota mintió sobre el conejo, estoy segura. Y ahora Manto de Nube está terriblemente herido.*» Fauces Amarillas recordó lo que Estrella Mellada le había dicho a su hijo cuando nombró lugarteniente a Manto de Nube: «No te preocupes. Me quedan muchas temporadas, y si algo le ocurriera a Manto de Nube, te tocará a ti». Se obligó a alejar sus miedos más oscuros. Aunque Cola Rota hubiera matado al conejo a propósito para empezar una batalla con el Clan del Viento, no podía saber lo mal que le iría a Manto de Nube. «*Cola Rota es ambicioso, pero eso es bueno para un guerrero. Todavía puedo estar orgullosa de él.*»

Durante toda la noche Fauces Amarillas intentó cada hierba, cada rastro de conocimiento que poseía, para ayudar a Manto de Nube, pero a medida que el sol se deslizaba en la guarida a través de las ramas por encima, la débil respiración del guerrero blanco se hizo más irregular, luego se hundió en el silencio. La punta de su cola se movió una vez, y luego se quedó quieta. «*Se ha ido a cazar con el Clan Estelar.*» Fauces Amarillas se inclinó sobre el cuerpo del lugarteniente, desconsolada y asustada en el fondo. «*Las cosas están saliendo terriblemente mal.*»

Mientras estaba agachada sobre el cuerpo de Manto de Nube, oyó un susurro en el lecho de Nariz Inquieta. Su voz llegó desde detrás de ella, borrosa por el sueño.

—¿Cómo está Manto de Nube?

—Está muerto —Fauces Amarillas escupió.

—¡No! —Nariz Inquieta se levantó y se puso a su lado, con trozos de musgo todavía pegados al manto—. ¿Quieres que le dé la noticia a Estrella Mellada?

Fauces Amarillas negó con la cabeza.

—No. Gracias, pero tengo que hacerlo yo misma. —Salió a trompicones al claro y se acercó a la guarida de Estrella Mellada. Arrastrándose bajo las raíces del roble, vio al líder del Clan acurrucado en su lecho—. ¡Despierta! —maulló.

Estrella Mellada levantó la cabeza y se incorporó al ver a Fauces Amarillas.

—¿Qué noticia hay?

—La peor —admitió Fauces Amarillas—. Manto de Nube camina con el Clan Estelar ahora.

Estrella Mellada inclinó la cabeza.

—Tuvo la muerte del guerrero más noble.

—¡Pero fue una batalla que nunca debió librarse! —Fauces Amarillas le espetó.

—¡No digas eso! —rugió Estrella Mellada—. ¡Deshonras la memoria de Manto de Nube si eso es lo que realmente crees!

—Yo nunca haría eso —le aseguró Fauces Amarillas, obligándose a mirar fijamente a su líder—. Pero creo que Cola Rota buscó esta batalla. Manto de Nube murió innecesariamente.

Estrella Mellada entrecerró los ojos.

—¿Qué estás diciendo exactamente?

Fauces Amarillas se estremeció.

—No creo que debas nombrar lugarteniente a Cola Rota en su lugar.

—¡No voy a escuchar esto! —gruñó Estrella Mellada. Su mirada ámbar, encendida de ira, se posó en ella como una llama—. Eres mi curandera, Fauces Amarillas, y tu lealtad debe ser solo para mí y mis guerreros. ¡Nunca vuelvas a cuestionarme!

La luna estaba saliendo por encima de los árboles. En el claro, los gatos del Clan de la Sombra velaban a Manto de Nube. Fauces Amarillas se sentó cerca de su cabeza. Recordaba al ansioso aprendiz que había sido, deseando tener una pareja y cachorros. «*Siento mucho que eso nunca vaya a ocurrir. Pero fuiste un buen lugarteniente para tu Clan, y moriste con el coraje de un guerrero.*»

Un movimiento alertó a Fauces Amarillas, y levantó la mirada para ver a Estrella Mellada saltando sobre la Roca del Clan.

—¡Gatos del Clan de la Sombra! —comenzó—. Hemos perdido a Manto de Nube, y lo lloramos. Pero la vida del Clan debe continuar. Es hora de nombrar a un nuevo lugarteniente. —Hizo una pausa, pero esta vez no hubo expectación entre el Clan. Todos los gatos sabían quién sería el sucesor de Manto de Nube—. Pronuncio estas palabras ante el cuerpo de Manto de Nube y de los espíritus de mis antepasados, para que puedan oír y aprobar mi elección —anunció el líder—. Cola Rota será el nuevo lugarteniente del Clan de la Sombra. —Levantó la cola para pedir silencio antes de que el Clan pudiera romper en los coreos habituales—. Es cierto que Cola Rota es aún más joven que la mayoría de ustedes, pero el Clan de la Sombra nunca ha tenido un guerrero más valiente o más hábil. Es un ejemplo para todos nosotros, y será un gran honor liderar al Clan con él.

Los aullidos se elevaron para dar la bienvenida a Cola Rota. El guerrero estaba de pie en el centro del claro con la cabeza en alto y los ojos brillando como dos lunas

naranjas. Fauces Amarillas recordó cuando era un gatito sin amigos porque ningún gato sabía quién era su madre. En ese entonces sentía lástima por él y se sentía terriblemente culpable por haber abandonado a su único hijo. Pero habían pasado muchas cosas desde entonces, todas eclipsadas por la extraña advertencia de sangre y fuego de Manto de Topo. Por mucho que lo intentara, Fauces Amarillas no podía sentir orgullo por el guerrero que tenía ahora delante. Solo miedo y una profunda sensación de temor por el futuro. «*Ha llegado tan lejos desde que era un gatito sin madre. ¿Hasta dónde llegará?*»



34

El ruido de los gatos entre las zarzas despertó a Fauces Amarillas. Se sentó en su lecho. La noche era oscura, sin estrellas, y un fuerte viento de la estación de la caída de la hoja azotaba el campamento. «*¿Nos están atacando?*» Entonces el sonido de voces familiares llegó a la guarida de los curanderos. Fauces Amarillas dejó que el pelaje de su cuello se alisara. «*Es solo una patrulla nocturna regresando.*»

Una luna antes, poco después de convertirse en lugarteniente, Cola Rota había decidido que el Clan debía empezar a patrullar las fronteras por la noche.

—Otros Clanes podrían atacarnos al refugio de la oscuridad —había declarado el atigrado—. Pero descubrirán que el Clan de la Sombra está listo para ellos.

Nariz Inquieta se removió en su lecho junto a Fauces Amarillas.

—Estas patrullas nocturnas son una pérdida de tiempo —se quejó—. No corremos más riesgo de ser atacados que los otros Clanes, porque todos *duermen* como nosotros.

—¡Excremento de zorro! ¡Espinas malditas por el Clan Estelar! —Una voz sonó a unas cuantas colas de distancia.

—Por lo menos deberíamos estar durmiendo —agregó secamente el curandero gris y blanco.

Hubo un susurro de movimiento cuando un gato se deslizó entre las rocas hacia la guarida. Fauces Amarillas reconoció a Cola de Rana por su olor.

—¿Qué pasa?

—Me torcí el hombro al saltar de un tronco mientras patrullaba —explicó Cola de Rana—. No puedes ver tu pata delante de tu cara en una noche como esta.

Fauces Amarillas suspiró.

—Ven aquí.

Hizo lo que pudo para examinar el hombro de Cola de Rana en la oscuridad. Podía sentir calor en sus músculos y bajó sus defensas, permitiéndose sentir su dolor brevemente para poder juzgar cuán grave era.

—Vivirás —gruñó.

—¿Necesito hierbas? —Cola de Rana maulló—. ¿Semillas de adormidera para dormir?

—No, tu dolor no es tan fuerte —le dijo Fauces Amarillas. El nuevo horario de Cola Rota de patrullas y entrenamiento adicionales había significado más heridas de lo habitual, y las reservas de hierbas escaseaban—. Estarás bien si descansas.

—¿Estás segura? —Cola de Rana sonaba decepcionado—. No puedo permitirme perderme ningún entrenamiento, o Cola Rota me pondrá a hacer tareas de aprendiz.

El Clan de la Sombra no tenía aprendices en ese momento: los hijos de Tormenta de Plumas, Pequeño Musgo, Pequeño Campañol y Pequeña Alba, eran aún demasiado jóvenes, y Salamandra Manchada acababa de dar a luz a Pequeño Mojado, Pequeño Menudo y Pequeño Pardo. Hasta que más cachorros pudieran ser aprendices, los guerreros se turnaban para realizar las tareas.

—Eso no es necesariamente malo —sugirió la curandera—. Las tareas de aprendiz serán mejores para tu hombro que entrenar y patrullar.

—Supongo —Cola de Rana murmuró—. Gracias de todos modos, Fauces Amarillas —añadió mientras salía de la guarida.

Nariz Inquieta ya se había acurrucado de nuevo, pero cuando Fauces Amarillas regresó a su lecho, el sueño no le llegó. En cuanto el cielo empezó a palidecer con el amanecer, se dirigió al claro. El suelo estaba frío bajo sus patas y en la penumbra podía ver un borde blanco de escarcha en cada hoja y ramita. «*La estación sin hojas está casi sobre nosotros.*»

Desde la maternidad podía oír los alegres chillidos de los cachorros e imaginó seis cuerpos calientes y peludos retorciéndose entre el musgo y las acículas de pino. Fauces Amarillas resplandecía de calor al imaginarlos creciendo grandes y fuertes durante las siguientes lunas. Pero su esperanza estaba teñida de preocupación. «*Nuestras filas están aumentando; podría ser difícil alimentarnos a todos.*» Se preguntó si debería hacer una visita a la maternidad, pero decidió que no era necesario. «*Tormenta de Plumas es una reina experimentada*, *y Salamandra Manchada tiene muy buenos instintos maternales.*»

Una tos sonó detrás de Fauces Amarillas. Sobresaltada, se giró para ver que Nocturno había salido de la guarida de los veteranos. Parecía tenso; su tos siempre le preocupaba más cuando empezaba a hacer frío.

—Pensé en ir a dar un paseo —maulló Fauces Amarillas—. ¿Quieres venir?

El gato negro asintió y se puso a su lado. Los dos gatos se deslizaron entre las zarzas, pasando por delante de Ratón Alado, quien estaba de guardia, y se adentraron en los árboles. Fauces Amarillas lanzó un suspiro de satisfacción mientras contemplaba el territorio, atrapado como cristal en el amanecer plateado. Los árboles y los arbustos estaban blancos de escarcha y cada charco tenía un borde de hielo que brillaba con la luz creciente. «*Me alegra tanto que este sea mi hogar.*»

—Una vez entrené aquí con Zarpa de Pedernal y Zarpa Cortada —maulló Nocturno cuando llegaron a un matorral de densos arbustos—. Zarpa de Pedernal se topó con una colmena en ese árbol de ahí; ¡nunca había oído a un gato aullar tan fuerte!

—Lo recuerdo —contestó Fauces Amarillas; había agotado casi todas sus reservas de hojas de romaza para tratar las picaduras del joven gato—. Fue muy valiente con el dolor.

Nocturno asintió.

—Acababa de curarse cuando nos convenció para ir a pescar al arroyo cerca del gran fresno. Volvimos todos empapados y no pescamos nada.

—Y Colmillo de Piedra les dijo que dejaran la pesca al Clan del Río —recordó Fauces Amarillas—. ¡Tú y tus compañeros de guarida siempre estaban causando problemas! —Dio unos pasos y preguntó—: ¿Te importa ya no ser un guerrero?

Nocturno hizo una pausa antes de responder.

—Sigo siendo un guerrero por dentro —maulló al fin—. Tengo el mismo espíritu, la misma lealtad a mi Clan. Espero que algún día encuentre nuevas formas de demostrarlo, además de los deberes de guerrero.

—Estoy segura de que nunca dejarás de encontrar maneras de demostrar tu amor por el Clan de la Sombra —Fauces Amarillas le dijo, tocándole ligeramente el hombro con la punta de la cola.

Mientras se dirigían de vuelta al campamento, se encontraron con una patrulla en su camino de salida. Rabón y Espinas Enredadas iban a la cabeza, seguidos de cerca por Baya de Serbal, Patas Negras y Patas de Venado. Cola Rota iba en la retaguardia.

—¿Van a cazar? —Fauces Amarillas los llamó.

—No, esto es un entrenamiento de batalla —anunció Rabón, con los bigotes temblando de emoción—. Cola Rota nos pidió que seamos perros y persigamos a nuestros compañeros de Clan por el bosque.

Fauces Amarillas parpadeó.

—¿El Clan no necesita alimentarse primero?

Patas de Venado agitó la cola.

—Pueden esperar. No es como que tardaremos mucho.

Fauces Amarillas y Nocturno miraron a la patrulla mientras cargaba a través de los árboles.

—¡Voy a trepar a un árbol! —Rabón maulló—. ¡Luego saltaré sobre los perros y los *destrozaré*!

—Pero seremos demasiado rápidos para ustedes —le respondió Espinas Enredadas—. ¡Así que puedes quedarte en tu árbol hasta que te congeles!

—Cola Rota realmente los ha inspirado —Nocturno comentó mientras él y Fauces Amarillas seguían hacia el campamento—. Los próximos gatos que invadan nuestro territorio no pasarán mucho tiempo en el lado equivocado de la frontera.

Fauces Amarillas asintió.

—El Clan es ciertamente fuerte en este momento.

Sintió que ambos estaban siendo cuidadosos con lo que decían. «*Los métodos de Cola Rota a veces pueden ser duros; estoy segura de que Nocturno estaría de acuerdo conmigo en eso.*» El silencio pesaba mucho entre ellos mientras se adentraban en el campamento a través de las zarzas.

En cuanto salieron al claro, Tormenta de Plumas fue corriendo hacia ellos desde la maternidad.

—¡Oh, Fauces Amarillas, gracias al Clan Estelar que has vuelto! —exclamó—. Pequeño Campañol ha empezado a toser.

—Iré a verle ahora mismo —la curandera maulló.

Podía oír la tos persistente del gatito mientras se deslizaba por la entrada de la maternidad. Pequeño Campañol estaba en cuclillas en su lecho, hecho no más que un miserable montón de pelo, con su pequeño cuerpo sacudido por la tos. Sus dos hermanos lo miraban con ojos muy abiertos y ansiosos.

Fauces Amarillas le puso una pata en el pecho y sintió un calor febril que le atravesó las almohadillas.

—¿Cuánto tiempo lleva así? —le preguntó a Tormenta de Plumas.

—Apareció por la noche —respondió la gata—. ¿Qué tan grave es, Fauces Amarillas? ¿Es tos blanca?

—No lo creo —Fauces Amarillas maulló—. Le traeré una hoja de tanaceto. Eso debería servir. —Acariciando el manto marrón del pequeño gato, añadió—: Pronto te sentirás mejor, gatito.

En su camino fuera de la maternidad, se detuvo junto a Salamandra Manchada, cuya joven camada —sus ojos aún no estaban abiertos— estaba acurrucada en la curva de su vientre.

—Si yo fuera tú, mantendría a los pequeños alejados de Pequeño Campañol hasta que se le pase la tos —aconsejó.

Salamandra Manchada asintió y enroscó la cola alrededor de sus cachorros para protegerlos. Cuando volvía de entregar la hoja de tanaceto, Fauces Amarillas fue saludada por Flor de Acebo desde la entrada de la guarida de los veteranos.

—A Charca Nublada le duelen las articulaciones —anunció cuando la curandera se acercó—. ¿Tienes algo para ella?

Fauces Amarillas asintió.

—Le llevaré una cataplasma de hojas de margarita —respondió—. Y una semilla de adormidera para ayudarla a dormir.

Pero antes de ir a buscar las hierbas, Fauces Amarillas asomó la cabeza por la guarida de los guerreros para asegurarse de que Cola de Rana estaba descansando, y le hizo una seña a Hoja Ámbar, quien estaba recogiendo los lechos sucios.

—Ven conmigo —ordenó Fauces Amarillas—. Es hora de que renueve ese vendaje en tu oreja.

Hoja Ámbar se había rasgado la oreja en un ejercicio de entrenamiento y la herida se había resistido a cicatrizar. La gata naranja oscuro suspiró mientras se ponía de pie.

—De acuerdo, Fauces Amarillas. ¿Cuándo puedo volver a mis deberes de guerrera?

—Cuando esté segura de que esa oreja no está infectada —Fauces Amarillas contestó.

Cuando quitó el envoltorio de telaraña y hojas de vara de oro, se alegró de ver que la herida de Hoja Ámbar parecía limpia y sana.

—No necesitas otra cataplasma —comentó mientras frotaba el arañazo con caléndula. —Puedes volver a tus tareas mañana siempre que no esté peor.

—¡Genial! —maulló Hoja Ámbar—. Creo que si tengo que quitarle una garrapata más a los veteranos me volveré loca como un zorro en un ataque.

Fauces Amarillas la despidió y recogió las hojas de margarita y la semilla de adormidera para Charca Nublada. En la entrada de la guarida de los veteranos se encontró con Nariz Inquieta, tambaleándose bajo el peso de un enorme bulto de musgo goteante.

—No quiero que los veteranos se mojen las patas en el arroyo —explicó entre dientes—. También hay que cambiarles los lechos.

—¿Cola Rota no ha puesto a nadie a hacer las tareas de aprendiz? —le preguntó Fauces Amarillas.

Nariz Inquieta negó con la cabeza.

—No, todos están entrenando movimientos de batalla. Excepto Hoja Ámbar, y ella se ha quedado sola haciendo los lechos de los guerreros.

Fauces Amarillas suspiró. «*Nariz Inquieta no debería tener que trabajar tanto cuando no es más joven ni tiene menos experiencia que los otros guerreros.*»

—No importa —maulló—. Te ayudaré con los lechos de los veteranos en cuanto me haya ocupado de Charca Nublada.

Una vez que Charca Nublada estuvo dosificada y cómoda, Fauces Amarillas se adentró de nuevo en el bosque, su placer por el brillante día estaba atenuado por su ansiedad por usar tantas hierbas. Llevaba un montón de musgo y plumas por el claro cuando Estrella Mellada se le acercó.

—¿Has visto alguna patrulla de caza? —le preguntó.

Fauces Amarillas negó con la cabeza.

—Por lo que yo sé, primero están entrenando movimientos de batalla.

La mirada ámbar del líder del Clan se tornó preocupada.

—Hay estómagos hambrientos en el Clan —maulló—. Veteranos, cachorros y guerreros, todos necesitan alimentarse.

«*Deberías hablar con tu lugarteniente sobre eso, no con tu curandera*», pensó Fauces Amarillas.

—Bueno, tengo algunas hierbas de viaje que podrían quitar el peor hambre —la gata gris oscuro sugirió—, pero no estoy segura de que deba usarlas tan pronto antes de la estación sin hojas.

—¡No quiero que mis compañeros de Clan coman tus hierbas! —Los ojos de Estrella Mellada se abrieron de par en par por la sorpresa y furia—. ¡Deberían comer carne fresca!

Mientras hablaba, un movimiento en la entrada llamó la atención de Fauces Amarillas, y Cola Rota se zambulló en el claro. La sangre salpicaba su hocico y sus ojos brillaban de triunfo.

—Excelente sesión de entrenamiento —anunció, saltando hacia Estrella Mellada y Fauces Amarillas—. ¡Baya de Serbal y Rabón acorralaron a los perros antes de que estuvieran a medio camino de la frontera!

Los dos cazadores de perros le habían seguido hasta el campamento, jadeantes y agotados, pero claramente muy satisfechos de sí mismos. Los otros tres guerreros entraron tambaleándose en el campamento. Fauces Amarillas se sorprendió al ver su aspecto desaliñado y maltrecho. Patas de Venado cojeaba, el hombro de Patas Negras sangraba y a Espinas Enredadas le faltaba un mechón de pelo en el costado. «*Ellos deben haber sido los perros* —pensó Fauces Amarillas—. *Sin duda se llevaron la peor parte.*»

—¡La próxima vez, correrán más rápido! —Cola Rota les dijo—. Ahora, límpiense y vuelvan a la zona de entrenamiento. Necesito que practiquen sus movimientos de defensa.

—Pueden descansar primero, creo —maulló Estrella Mellada.

—Y yo debería revisar esas heridas —Fauces Amarillas añadió.

Cola Rota se quedó mirando a Estrella Mellada.

—¿Descansar? —Parecía sorprendido—. ¡No podemos parar una batalla solo porque estemos cansados! Dije que pueden limpiarse; luego continuaremos.

—¿Y las patrullas de caza? —preguntó Estrella Mellada.

—No te preocupes —Cola Rota le aseguró alegremente—. Envié algunos gatos a buscar carne fresca. ¡Si es que no han asustado a todas las presas y hecho que se escondan!

Fauces Amarillas miró a Cola Rota. «*Tienes tanta ambición, tanta iniciativa para hacer que tus compañeros de Clan sean tan fuertes y valientes como tú* —pensó—. *Me pregunto de dónde viene tu espíritu. ¿Será en parte de mí?*»

Fauces Amarillas estaba guardando una nueva provisión de hojas de romaza cuando Nariz Inquieta se acercó por detrás y le tocó el hombro con la cola.

—¿Olvidaste que hoy hay media luna? Deberíamos estar de camino a la Piedra Lunar

Fauces Amarillas parpadeó confundida.

—Hay tanto que hacer aquí que se me olvidó —confesó.

Nariz Inquieta le acarició brevemente el hombro.

—Me quedaré aquí y seguiré con el trabajo, si quieres —le ofreció—. No me importa perderme la reunión por una vez.

Fauces Amarillas hundió la nariz en el pelaje de su hombro, agradecida por su sensibilidad.

—Estoy segura de que será rutinario —maulló—. No he oído nada de los otros curanderos últimamente.

Con una rápida despedida, Fauces Amarillas se dirigió fuera del campamento y a través del bosque hacia el túnel que conducía al territorio del Clan del Viento. Saliendo por el otro extremo, saltó sobre el duro pasto del páramo, de repente ansiosa por llegar tarde y perderse el momento en que la luz se derramaba sobre la Piedra Lunar. Se sintió aliviada al ver a Bigotes Plumosos del Clan del Trueno y a Zarzal de Bayas del Clan del Río, y aceleró el paso para alcanzarlos. La curandera de pelaje blanco y negro llevaba con ella a un gato que era un extraño para Fauces Amarillas.

—Este es Arcilloso, mi nuevo aprendiz —anunció orgullosa cuando hubo saludado a Fauces Amarillas.

Fauces Amarillas inclinó la cabeza hacia el gato.

—Bienvenido a la compañía de los curanderos.

—Gracias. —Los ojos de Arcilloso brillaron—. ¡No puedo creer que vaya a conocer a nuestros ancestros!

—Debería de tener una aprendiza propia la próxima vez —anunció Bigotes Plumosos—. Zarpa Jaspeada siempre está curioseando por mis almacenes; ¡creo que va a ser una gran curandera!

—Estoy deseando conocerla —maulló Zarzal de Bayas.

En el otro extremo del territorio esperaban Corazón de Halcón y su aprendiz, Zarpa de Cascarón, y todos los curanderos siguieron su camino juntos. Atravesaron la granja, donde un joven gato blanco y negro los observaba desde lo alto de un muro. Fauces Amarillas lo reconoció de su última visita a las Rocas Altas. Había llegado recientemente y era bastante amistoso con los gatos de Clan que pasaban.

—Hola, Centeno —maulló Corazón de Halcón—. ¿Te estás instalando bien?

Centeno agachó la cabeza.

—Todo está bien, gracias, Corazón de Halcón. ¡El viejo granero está lleno de ratones! Pueden parar a comer si quieren.

—Gracias, pero no tenemos tiempo —le dijo Bigotes Plumosos—. Quizá a la vuelta.

Los dos aprendices caminaban uno al lado del otro. Había un brinco en el paso de Arcilloso, como si sus patas tuvieran ganas de correr a toda velocidad hacia las colinas.

—¿Cómo es conocer a un gato del Clan Estelar? —le preguntó a Zarpa de Cascarón—. ¿Qué les dices?

—Es diferente para cada gato —le dijo Zarpa de Cascarón—. Pero no te preocupes. Te irá bien.

—¿Y solo te reúnes con gatos de tu propio Clan? —Arcilloso continuó—. Fauces Amarillas, ¿solo ves gatos del Clan de la Sombra?

Fauces Amarillas sacudió la cabeza, reprimiendo un escalofrío al pensar en algunos de los gatos con los que había caminado en sus sueños.

—Puede que veas más de tu propio Clan que de otros —respondió al ansioso gato—. Pero no siempre. No se sabe a quién te encontrarás en el Clan Estelar.

Los ojos de Arcilloso brillaron.

—¡No puedo esperar!

En la caverna de la Piedra Lunar, Fauces Amarillas encontró que era un poco apretado para los seis gatos ponerse en posición. Mientras se acomodaba, se sintió un poco desconcertada al ver a Bigotes Plumosos escurrirse deliberadamente entre ella y Corazón de Halcón. «*¿Por qué quiere estar a mi lado? Por una vez no ha estado haciendo sus molestas preguntas, así que ¿en qué está pensando ahora? ¿Acaso cree que podrá caminar en mis sueños?*»

La larga caminata había cansado a Fauces Amarillas, quien se relajó cerrando los ojos. Pero su alivio duró poco. La oscuridad se arremolinaba a su alrededor como una niebla negra, desgarrada por garras cortantes y cuerpos que se desplomaban y chillaban. Fauces Amarillas se encontraba en medio de una terrible batalla, ahogada por un aire espeso de sangre y furia. Pero había algo diferente en estos guerreros... Fauces Amarillas se alzaba sobre ellos, sacándoles más de un ratón de altura. Y sus gritos eran agudos, tan penetrantes como chillidos de rata. No eran guerreros luchando, ¡sino *cachorros*! Fauces Amarillas miró a las pequeñas cosas que maullaban, algunos con los ojos aún cerrados, pero cuando sus pequeñas patas golpeaban dejaban hendiduras que derramaban sangre, y sus enclenques dientes se hundían profundamente en el pelaje de los demás. «*Oh, Clan Estelar, ¡no!* —Fauces Amarillas lloriqueó en silencio—. *¿Por qué me muestras esto?*»

Se lanzó a la batalla, intentando impedir que los cachorros se destrozaran unos a otros, pero la ignoraron y siguieron desgarrándose y mordiéndose. La sangre corría por el suelo y subía por las patas y el vientre de Fauces Amarillas como un río, pegándose a su manto. Un chillido sonó detrás de ella y se dio la vuelta para ver a Manto de Topo, de pie sobre un montículo de tierra por encima de la batalla y la sangre.

—¡Fuego y sangre destruirán a los Clanes! —aulló.

Fauces Amarillas trató de abrirse paso hacia él, pero la marea de cachorros combatientes la arrastró. La sangre gorgoteó en su garganta y una oscuridad espesa y asfixiante la cubrió. La curandera se agachó, temblando en la oscuridad y el silencio. Se obligó a abrir los ojos, esperando encontrarse de nuevo en la caverna de la Piedra Lunar. En cambio, estaba acurrucada en un claro iluminado por las estrellas. Una suave brisa susurraba en el pasto y el aire estaba impregnado del aroma de los brotes verdes. Flama Plateada estaba lamiéndole el pelaje, como si Fauces Amarillas volviera a ser una cachorra, con el manto erizado por jugar con sus hermanos. Durante un par de latidos Fauces Amarillas se entregó a los dulces cuidados de Flama Plateada. Luego susurró:

—¡Los cachorros! ¡Se estaban peleando! ¿Por qué?

Flama Plateada la miró con los ojos llenos de dolor.

—Se acercan tiempos terribles —maulló—. Lo siento mucho.

—¿Por qué lo sientes? —preguntó Fauces Amarillas, poniéndose de pie de un salto—. ¡Dime cómo puedo cambiar las cosas!

Flama Plateada negó con la cabeza.

—No puedes. La marea ya ha cambiado.

—¡Pero tiene que haber algo que yo pueda hacer! —protestó ella.

—Saber que algo va a pasar no nos da el poder de cambiarlo —Flama Plateada maulló, tan bajo que Fauces Amarillas apenas pudo oírla—. Ahora, acuéstate y descansa mientras puedas. Tu Clan te necesita más que nunca.

A pesar de su desesperada ansiedad, Fauces Amarillas dejó que las constantes caricias de la gata la tranquilizaran y cerró los ojos. Después de un rato, dos pequeñas lenguas se unieron a la de Flama Plateada, y Fauces Amarillas olió el desgarrador aroma de sus hijas.

«*Debo ser fuerte por mi Clan* —se dijo a sí misma—. *Pero, Clan Estelar, ¿por qué lo haces tan difícil?*»

Un momento después, Fauces Amarillas sintió que un gato le daba un codazo en el costado. Abrió los ojos y se encontró con la mirada curiosa de Bigotes Plumosos. La luz de la luna se había ido, y la luz del amanecer entraba por el hueco en el techo de la cueva.

—¿Estás bien? —preguntó el curandero del Clan del Trueno—. ¿Qué viste?

La espantosa visión de los cachorros luchando volvió a la memoria de Fauces Amarillas. Ignorando la pregunta de Bigotes Plumosos, gritó:

—¡Tengo que volver al campamento!

Dejando a los otros curanderos atrás, Fauces Amarillas corrió por el túnel y se lanzó por la empinada cuesta de afuera, patinando y resbalando sobre los guijarros. Corrió todo el camino de vuelta al campamento del Clan de la Sombra y llegó, jadeante, al frío y fresco mediodía. Abriéndose paso entre las zarzas, se dirigió hacia la guarida de Estrella Mellada. «*¡Tiene que saber lo que vi!*»

Pero antes de que Fauces Amarillas pudiera llegar a la guarida del líder del Clan, él salió corriendo a su encuentro.

—Tengo que hablar contigo —maulló con urgencia.

Estrella Mellada la hizo girar y la empujó hacia atrás, a través del túnel y hacia los árboles, lejos del campamento. Cuando estuvieron fuera del alcance de sus compañeros de Clan, se detuvo y la miró.

—Tuve un sueño —le dijo, con la voz temblorosa—. ¡Cachorros peleando! Matándose unos a otros, ¡muy por encima de sus fuerzas! El suelo se llenaba de sangre y yo no podía hacer nada para detenerlos. Fauces Amarillas, ¿qué significa?



35

El horror ahogó las palabras de Fauces Amarillas antes de que pudiera hablar.

—Yo tuve el mismo sueño —consiguió susurrar al fin.

Estrella Mellada la miró consternado.

—Gran Clan Estelar, ¿por qué hemos tenido los dos esta visión? Yo nunca enviaría cachorros a la batalla. Va en contra del código guerrero.

—Sé que tú no lo harías —le aseguró Fauces Amarillas.

En ese momento, el sonido de gatos luchando se coló entre los árboles. Un chillido hendió el aire frío y brillante, seguido por la voz de Cola Rota, fuerte e insistente.

—¡No, Patas de Venado, así no! ¡He visto *conejos* que pueden pelear más duro que tú! Y no te rías, Rabón. Tú eres igual de débil. Déjame ver ese movimiento de nuevo, ¡y ponle algo de fuerza esta vez!

Fauces Amarillas se encontró con la mirada de Estrella Mellada. El líder del Clan abrió las fauces para hablar, solo para interrumpirse cuando escucharon otro gruñido vicioso de Cola Rota.

—¡Son blandos, todos ustedes! ¿Se detendrán en medio de una batalla a lamerse las heridas? Si los hieren, aprenderán más rápido cómo evitar que los golpeen.

—Cometí un terrible error, ¿no es así? —Estrella Mellada murmuró—. Nuestro hijo no quiere hacer otra cosa que llevar al Clan de la Sombra a la batalla. Nunca debí haberlo nombrado lugarteniente. ¿Qué podemos hacer para detenerlo?

Un destello de rabia atravesó a Fauces Amarillas.

—Ahora es *nuestro* hijo, ¿eh? —gruñó—. ¡Nunca me permitiste ser su madre! Dijiste que solo guardarías mi secreto si nunca lo llamaba mi hijo. ¿Qué puedo hacer yo para cambiarlo? Cola Rota es tu problema, Estrella Mellada.

—Pero… —El líder del Clan trató de interrumpir.

Fauces Amarillas lo ignoró.

—Me has dicho demasiadas veces que no soy más que una curandera. Yo curo a mi Clan, eso es todo. Tú eres responsable de lo que hacen tus guerreros.

Estrella Mellada parpadeó, demasiado atónito para hablar.

Fauces Amarillas lo fulminó con la mirada durante un instante, luego dio media vuelta y se marchó furiosa. «*¿Cómo se atreve a esperar que yo tenga alguna influencia sobre Cola Rota ahora? Nunca hubo nada que yo pudiera hacer.*»

Cuando regresó al campamento, intentó calmarse. Respiró hondo y obligó a sus patas a caminar con dignidad.

—¡Fauces Amarillas! —Fronde Sombrío vino corriendo hacia ella desde la guarida de los guerreros—. ¡Nunca adivinarás! ¡Voy a tener los cachorros de Paso de Lobo!

Fauces Amarillas solo la miró.

—Sé que soy un poco vieja para tener mi primera camada —Fronde Sombrío parloteó alegremente—, y con la estación sin hojas acercándose, no es el mejor momento, ¡pero después de todo, el Clan necesita sangre joven!

Ante la mención de sangre joven, Fauces Amarillas se congeló, viendo de nuevo la marea escarlata que se había levantado a su alrededor por la lucha de los cachorros. «*¡No!* —quería gritar en voz alta—. *¡Que no nazcan estos cachorros! No pueden nacer. ¡Les esperan cosas terribles!*»

En vez de eso, se obligó a maullar:

—Genial. Ven conmigo y te daré algunas hierbas para ayudarte con tu fuerza.

Fauces Amarillas se sintió aliviada de ver a Nariz Inquieta en su guarida, y le pasó el cuidado de Fronde Sombrío.

—¡Cachorros! —exclamó Nariz Inquieta, con los ojos brillantes de alegría—. Fronde Sombrío, eso es maravilloso. Acuéstate aquí y déjame ver cómo están.

Fauces Amarillas miró como Nariz Inquieta pasó las patas por el vientre apenas hinchado de Fronde Sombrío, luego se inclinó cerca para presionar su oreja contra la suave curva.

—Hola, pequeños —ronroneó—. ¿Me oyen ahí dentro? Asegúrense de crecer grandes y fuertes para que sean buenos guerreros para su Clan.

Fronde Sombrío dejó escapar un pequeño ronroneo de felicidad.

—Estoy segura de que estarán bien, con ustedes dos para cuidarlos.

Fauces Amarillas trajo hojas de pimpinela, que eran buenas para todas las reinas embarazadas, y Fronde Sombrío las tragó obedientemente.

—Vuelve todos los días a por más —Nariz Inquieta le dijo—, y asegúrate de comer lo suficiente. No tengas miedo de tomar tanta carne fresca como necesites. Es importante para tus cachorros que te alimentes bien.

Fauces Amarillas se distrajo al oír voces afuera de la guarida.

—¡No puedo creer lo que hizo Estrella Mellada! —Ese era Patas de Venado, sonando conmocionado, aunque Fauces Amarillas tenía la sensación de que estaba disfrutando de pasar chismes.

—¿Qué pasó? —incitó Espinas Enredadas.

—¡Interrumpió nuestro entrenamiento de batalla y trató de decirle a Cola Rota cómo llevar a cabo la sesión! Pensó que Cola Rota estaba siendo demasiado duro con nosotros.

—Bueno, Estrella Mellada es el líder del Clan —señaló Espinas Enredadas—. Tiene derecho a decirle a cualquier gato lo que tiene que hacer, incluso a su lugarteniente.

—¡No tiene derecho a estropear el entrenamiento de batalla de Cola Rota! —replicó Patas de Venado acaloradamente—. Cola Rota es duro, seguro, ¡pero ya me ha hecho un mejor guerrero!

—¿Y qué dijo Cola Rota?

—Hizo lo que Estrella Mellada le dijo. Es un lugarteniente leal. Pero me di cuenta de que no estaba contento…

Los jóvenes gatos empezaron a alejarse, y Fauces Amarillas no pudo oír nada más de su conversación, pero sintió un revuelo de preocupación en su vientre. «*¿Cola Rota comenzará a desafiar a su líder de Clan cuando sepa que cuenta con el apoyo de los guerreros?*»

Después de que Fronde Sombrío abandonara la guarida, Fauces Amarillas localizó a Estrella Mellada cerca del montón de carne fresca.

—¿Está todo bien? —preguntó, saltando hacia él.

—Bien —Estrella Mellada contestó—. Hablé con Cola Rota y le pedí que fuera un poco menos feroz en el entrenamiento.

«*¿Y confías en que te haga caso?*» Fauces Amarillas no expresó sus dudas en voz alta.

—En tres lunas, los cachorros de Tormenta de Plumas y luego los de Salamandra Manchada se convertirán en aprendices —Estrella Mellada continuó—, pero hasta entonces, Cola Rota tiene que centrarse en mantener al Clan alimentado y en forma durante la estación fría.

Fauces Amarillas murmuró su acuerdo.

—Fronde Sombrío está esperando cachorros —informó al líder del Clan.

Los ojos de Estrella Mellada se abrieron de alegría.

—¡Esa es una excelente noticia!

—¿Pero qué hay del sueño que tuvimos? —Fauces Amarillas susurró—. Debe significar algo terrible para el Clan.

—Los cachorros siempre son algo bueno —maulló Estrella Mellada; había una pizca de advertencia en su voz, como si no quisiera que le llevara la contraria.

Fauces Amarillas sabía que no tenía sentido insistir. En lugar de eso, agachó la cabeza y se deslizó junto a él hacia el montón de carne fresca. «*¡Qué miserable montoncito!*»

Con la caza tan descuidada, apenas había presas dignas de comer. Las mejores piezas eran un campañol y un estornino, pero Fauces Amarillas vio a Ojo Rayado y Charca Nublada acercándose con expresiones sombrías mientras observaban la escasa pila. «*Los veteranos deben comer* —pensó Fauces Amarillas—. *Elegiré otra cosa.*» Tomó una escuálida musaraña, mientras Ojo Rayado y Charca Nublada se acomodaban con el campañol y el estornino. Pero antes de que pudieran empezar a comer, Cola de Rana saltó al montón de carne fresca y apartó a los veteranos.

—¡Necesito estas presas! —anunció—. Soy un guerrero. Tengo que mantener mi fuerza.

—¿Qué? —Charca Nublada se erizó—. ¡Los cachorros y los veteranos comen primero! Ese es el código guerrero.

—Que se los quede —maulló Ojo Rayado con cansancio, pasándole el campañol el estornino a Cola de Rana—. No vale la pena discutir.

Charca Nublada aún parecía indignada.

Cola de Rana se estaba agachando para dar su primer bocado al campañol cuando Cola Rota cruzó el claro y lo miró con severidad.

—Cola de Rana, ¿qué haces? —exigió saber.

—Llevándose nuestra comida, el ladrón de presas —refunfuñó Charca Nublada.

—¿Qué? —Los ojos de Cola Rota se entrecerraron y su voz se redujo a un suave gruñido—. Cola de Rana, devuelve las presas ahora mismo. El código guerrero dice que los cachorros y los veteranos se alimentan primero.

—¡Te lo dije! —Charca Nublada maulló con suficiencia.

—Estoy sorprendido y decepcionado contigo, Cola de Rana —el lugarteniente continuó—. Así no se comporta un guerrero del Clan de la Sombra.

—Pero tú dijiste… —Cola de Rana protestó.

—Estoy seguro de que nunca te dije que robaras comida a aquellos que más la necesitan —lo interrumpió Cola Rota, sin darle a Cola de Rana la oportunidad de hablar.

—Cola Rota tiene razón. —Estrella Mellada, quien había estado escuchando, se acercó al grupo—. Ojo Rayado, Charca Nublada, coman tranquilos. Cola de Rana, puedes salir con una patrulla de caza y ver si puedes reponer el montón de carne fresca.

Cola de Rana se levantó hoscamente, fulminando con la mirada a los veteranos, quienes se agacharon y empezaron a comer a bocados rápidos, por si su líder cambiaba de opinión.

Mientras tanto, Cola Rota miro el campamento a su alrededor, señalando a los guerreros cercanos con un movimiento de la cola.

—Patas de Helecho, Rabón, Patas Negras, tienen que unirse a Cola de Rana en una patrulla de caza.

El líder del Clan y su lugarteniente estaban uno al lado del otro mientras la patrulla abandonaba el campamento. Fauces Amarillas vio que los ojos de Estrella Mellada brillaban con aprobación y satisfacción.

«*Él y Cola Rota parecen estar de acuerdo por ahora* —pensó inquieta—. *¿Pero cuánto durará eso?*»

Fauces Amarillas se movió en su lecho, parpadeando a los guerreros del Clan Estelar sobre su cabeza. Se sentía agotada, pero el gruñido de su estómago no la dejaba dormir. La patrulla de Cola de Rana solo había traído una escasa colección de presas, y ella había terminado compartiendo un delgado mirlo con Nariz Inquieta.

—¡De verdad, Fauces Amarillas! —La voz de Nariz Inquieta vino de su propio lecho—. ¡Probablemente puedan oír tu estómago rugiendo en el Clan del Trueno! ¿Por qué no vas y atrapas algo para ti? La patrulla nocturna salió hace un rato, así que asegúrate de que no piensen que eres una intrusa y te despellejen.

—Puede que haga justo eso. —Fauces Amarillas se levantó rígidamente de su lecho y se dirigió al claro.

En lugar de abandonar el campamento, se acercó al montón de carne fresca y comenzó a husmear por la zona en busca de restos.

Estaba engullendo un bocado de ratón cuando oyó un ruido procedente del túnel de entrada: la voz de un gato se alzaba en un gemido de angustia insoportable. Cada pelo del manto de Fauces Amarillas se erizó. Al darse la vuelta, vio a Cola Rota irrumpir en el campamento. Tenía el pelaje erizado y la mirada salvaje y angustiada.

—¡El Clan del Viento nos emboscó en el túnel! —aulló—. ¡Estrella Mellada está muerto!

Fauces Amarillas se congeló. El suelo sólido del campamento pareció ceder bajo sus patas, y estaba cayendo, cayendo hacia la oscuridad. Entonces su cabeza se aclaró y obligó a sus patas a moverse, corriendo hacia Cola Rota.

—¿Qué pasó? —exigió.

—Nos estaban esperando… —La voz del lugarteniente temblaba; parecía aturdido por el dolor y el enojo—. Luchamos. Estrella Mellada nos guió… entonces un gato del Clan del Viento le desgarró la garganta. —Sacudió la cabeza con impotencia—. No pude salvarlo…

—¿Y el resto de tu patrulla? —Fauces Amarillas preguntó, el miedo surgió dentro de ella. «*No más gatos muertos…*»

—Persiguiendo a los gatos del Clan del Viento por el páramo —respondió Cola Rota.

Sin esperar a oír más, Fauces Amarillas salió corriendo del campamento y cruzó los pantanos hacia el túnel que llevaba al Clan del Viento. El hedor de la sangre le llegó a la garganta antes de llegar a verlo. En la boca del túnel, Estrella Mellada yacía estirado. Un círculo de pastos y helechos desgarrados lo rodeaba, y el suelo estaba empapado de su sangre. Tenía los ojos vidriosos y la mirada perdida en el cielo. Fauces Amarillas se echó a su lado y apretó el hocico contra su pelaje. Hasta entonces había esperado que no hubiera perdido todas sus vidas, o que sus habilidades de curandera fueran suficientes para revivirlo, o incluso que Cola Rota hubiera confundido la pérdida de una vida del líder del Clan con una muerte verdadera. Pero ahora su esperanza había desaparecido. Las heridas de Estrella Mellada eran tan graves que habían drenado todas sus vidas a la vez. Ahora cazaba con el Clan Estelar.

—Te amé tanto —murmuró—. Eras todo lo que siempre quise. Peleábamos y cazábamos juntos, y jugábamos bajo la luz del sol… ¿Qué salió mal? ¿Cómo es que llegamos a esto?

Un recuerdo del parto de Cola Rota acudió a la mente de Fauces Amarillas, y vio de nuevo la rabia que alimentaba el pequeño cuerpo. Otra punzada de dolor la sacudió, pero apartó el recuerdo.

—Caza bien en el Clan Estelar —le dijo a Estrella Mellada, pasando la lengua por su pelaje en un largo y cariñoso lametón—. Te volveré a ver.

Unos pasos la alertaron y levantó la mirada para ver a Patas Negras, Ráfaga Abrasadora y Guijarro saliendo del túnel. Al verla con Estrella Mellada, se detuvieron y la miraron con creciente horror en los ojos.

—Luchamos con algunos gatos del Clan del Viento —maulló Guijarro con voz ronca—. Pero no sabíamos que Estrella Mellada estaba herido.

—¿Cómo puede estar muerto? —susurró Ráfaga Abrasadora, dando un paso adelante para mirar el cuerpo de su hermano—. ¡Tenía nueve vidas!

—Un líder puede perder todas sus vidas a la vez si las heridas son lo suficientemente graves —le dijo Fauces Amarillas en voz baja—. Ahora deben llevar su cuerpo de vuelta al campamento.

Mientras la patrulla se reunía a su alrededor, Cola Rota se acercó corriendo, con la mirada salvaje aún en los ojos.

—¡Aléjense de mi padre! —ordenó—. ¡Yo lo llevaré, nadie más lo hará!

Una oleada de piedad invadió a Fauces Amarillas. «*Mi pobre hijo…*»

Mientras Guijarro y Ráfaga Abrasadora cargaban el cuerpo de Estrella Mellada sobre la espalda de Cola Rota, ella apoyó la cola sobre sus hombros, y en un raro momento de dulzura Cola Rota dejó que la dejara allí mientras caminaban lentamente de vuelta al campamento.



36

Fauces Amarillas estaba de pie junto al cuerpo de Estrella Mellada en el centro del campamento, mientras los gatos del Clan de la Sombra salían de sus guaridas para velar a su líder muerto. Los ojos de todos los gatos tenían la misma expresión atónita, como si no pudieran creer que su líder hubiera muerto.

Los guerreros mayores y los veteranos en particular estaban luchando con el dolor.

—Estrella Mellada fue líder durante tan poco tiempo —maulló Ojo Rayado—. Debería haber cuidado de su Clan durante muchas temporadas más.

—¡Qué terrible, perder nueve vidas a la vez! —murmuró Flor de Acebo.

Cola Rota estaba agachado junto a la cabeza de su padre, con una pata apoyada en el frío pelaje de Estrella Mellada.

—Esos gusanos del Clan del Viento deben haber estado decididos a enviarlo al Clan Estelar —dijo con la voz rasposa.

Luchando por concentrarse a través de su dolorosa tristeza, Fauces Amarillas se acercó al hombro de Cola Rota.

—Tienes que ir a la Piedra Lunar para recibir tus vidas —le recordó—. ¡Ahora eres el líder del Clan de la Sombra!

Cola Rota la miró con furia en los ojos.

—¡No dejaré el cadáver de mi padre en el frío! —siseó—. iremos mañana.

«*Pensaba que convertirse en líder era todo lo que siempre quiso.*» Asombrada. Fauces Amarillas no intentó discutir. Inclinó la cabeza.

—Por supuesto. El Clan Estelar lo entenderá —murmuró.

Mientras el alba se deslizaba en el cielo, los veteranos se reunieron para llevar el cuerpo de Estrella Mellada fuera del campamento para su entierro.

—Que el Clan Estelar alumbre tu camino, Estrella Mellada —anunció Fauces Amarillas—. Que encuentres buena caza, corrientes de agua y cobijo donde dormir.

Vio a los veteranos llevarse el cuerpo de su antiguo líder, y sintió un temblor de miedo en el vientre. «*Si el Clan del Viento nos hizo esto, debemos prepararnos para la guerra.*» Al oír voces enojadas, vio a Ráfaga Abrasadora y a Patas Negras acurrucados junto a Espinas Enredadas y Rescoldo.

—El Clan del Viento podría atacar en cualquier momento —maulló Rescoldo—. Pensarán que estamos débiles sin un líder. ¿Qué vamos a hacer?

—Eso lo decidirá Cola Rota —le recordó Espinas Enredadas. La punta de su cola se crispaba, pero estaba claro que intentaba controlar su furia—. Pero no puede hacer nada hasta que reciba sus nueve vidas.

—Entonces tiene que ponerse en marcha —Patas Negras siseó.

—¡Tenemos que atacar! —Ráfaga Abrasadora declaró—. No podemos dejar que el Clan del Viento se salga con la suya.

Cola Rota, quien había estado observando el cuerpo de su padre desaparecer entre las zarzas, miró por encima de su hombro.

—La venganza puede esperar hasta que hayamos llorado, Ráfaga Abrasadora —murmuró con desdicha.

«*Parece estar más lejos que nunca de lanzar un ataque contra el Clan del Viento* —pensó Fauces Amarillas, sin estar segura de si eso era algo bueno o no—. *¿Seguramente quiere vengar la muerte de Estrella Mellada?*»

Al volver a su guarida, encontró a Nariz Inquieta haciendo más bolas de musgo para el almacén.

—¿Crees que Cola Rota siquiera quiere ser líder? —le preguntó él, poniendo en palabras los pensamientos de Fauces Amarillas—. Acaba de convertirse en lugarteniente. —Suspiró—. Es una gran responsabilidad para él.

—Será difícil —Fauces Amarillas admitió—, pero es lo suficientemente fuerte. Y no está solo. Estaremos con él. Nos necesita para superar esta época oscura.

«*Sobre todo, necesita a su madre.*»

Salió de la guarida y fue a buscar a Cola Rota. No estaba en el campamento; adivinando dónde podría estar, Fauces Amarillas caminó entre las zarzas y lo descubrió junto al montículo de tierra donde estaba enterrado Estrella Mellada. Estaba mirando el suelo, con una enorme pata apoyada en las hojas revueltas.

—Es hora de que vayas a la Piedra Lunar conmigo —maulló Fauces Amarillas.

Cola Rota se sobresaltó y levantó la mirada.

—Es demasiado pronto… —protestó.

Fauces Amarillas negó con la cabeza.

—No puedes dejar a tu Clan sin líder.

Cola Rota dudó, luego respiró hondo.

—Muy bien. Lo haré por el Clan. Por *mi* Clan.

Parecía triste y callado mientras caminaba al hombro de Fauces Amarillas por los pantanos. Pero cuando el túnel del Clan del Viento estuvo a la vista, se detuvo con un destello de furia en los ojos.

—No pondré una pata en el territorio de ese Clan malvado —declaró.

Fauces Amarillas suspiró. El viaje sería aun más largo si no podían pasar por el Clan del Viento. Pero no protestó, se limitó a guiar el camino por el Sendero Atronador hasta que el páramo quedó atrás. Cruzaron junto a un pequeño grupo de guaridas de Dos Patas; Fauces Amarillas clavó las garras en el pasto con impaciencia mientras esperaba una oportunidad para correr sobre la dura superficie negra entre los monstruos que gruñían. Su ruta les llevó por campos helados donde el pasto

estaba duro y frío bajo sus patas. Un viento helado les daba en la cara. Cola Rota caminaba con la cabeza gacha, las ráfagas heladas le pegaban el pelaje a los costados.

Había anochecido cuando llegaron a la Boca Materna. Fauces Amarillas guió a Cola Rota por el largo túnel y entró en la cueva, donde una luz deslumbrante salía de la Piedra Lunar. Mientras agitaba la cola para acercar a Cola Rota y le mostraba dónde debía recostar la nariz contra la piedra, se estremeció al recordar su sueño anterior. «*Por favor, Clan Estelar, líbrame de eso.*»

Pero ningún cachorro chillón y manchado de sangre se encontró con la mirada de Fauces Amarillas cuando despertó en su sueño. En su lugar, se encontraba en una extensión de pantano sombrío y ventoso que podría haber estado en algún lugar dentro del territorio del Clan de la Sombra. Mirando a su alrededor en busca de Cola Rota, Fauces Amarillas vio que el gato tranquilo y apesadumbrado de su viaje había desaparecido. Ahora el atigrado estaba fuerte y erguido, con la cola enroscada en alto como una señal. Sus ojos brillaban y temblaba de emoción.

—¿Dónde están? —exigió—. ¿Mis ancestros del Clan Estelar?

Fauces Amarillas vislumbró movimiento en la distancia, y señaló con la cola hacia donde una línea de gatos avanzaba firmemente sobre los pantanos. Un brillo helado salía de sus mantos, y la luz de las estrellas estaba en sus ojos. Estrella de Cedro iba en cabeza, con su lugarteniente, Colmillo de Piedra, avanzando a su hombro. Bigotes de Salvia y Fauces de Lagarto también estaban allí, y otros gatos que Fauces Amarillas no conocía, aunque reconoció a algunos de ellos como gatos que habían dado vidas a Estrella Mellada cuando él se había convertido en líder del Clan. Al principio, Fauces Amarillas solo pudo contar ocho gatos, hasta que se dio cuenta de que la novena era una pequeña gatita, que saltaba por el largo pasto, siguiendo los pasos de Estrella de Cedro.

—Mi hija… oh, mi hija —susurró.

Sintió un momento de sorpresa al ver que Estrella Mellada no estaba entre los nueve. «*Seguramente querría darle una vida a su hijo.*» Entonces se dijo a sí misma que el espíritu de Estrella Mellada aún debía estar viajando al Clan Estelar. «*Él velará por Cola Rota mientras lidera su Clan.*»

Estrella de Cedro fue el primero de los nueve gatos en dar un paso adelante. Inclinó la cabeza ante Cola Rota y maulló:

—Te doy una vida para que vivas según el código guerrero. Recuérdalo bien, Cola Rota, y deja que sea tu guía. Gatos más sabios que tú o yo se han perdido sin él.

Fauces Amarillas detectó una advertencia camuflada en sus palabras, aunque Cola Rota no mostró pérdida de confianza mientras entrechocaba narices con Estrella de Cedro para recibir la vida. Fauces Amarillas sabía la agonía que el líder tenía que soportar con cada nueva vida, pero Cola Rota apenas dio muestras de dolor más allá de un aleteo de sus fosas nasales y un parpadeo.

Estrella de Cedro volvió al círculo de nueve gatos que se había formado alrededor de Cola Rota, y Colmillo de Piedra ocupó su lugar.

—Con esta vida te doy deber —maulló—. Recuerda lo que le debes a tu Clan, así como lo que tu Clan te debe a ti. —Entrechocó narices con Cola Rota, quien flexionó las garras brevemente y luego se quedó quieto.

El siguiente guerrero del Clan Estelar en dar un paso al frente fue Estrella del Alba, la antigua líder del Clan de la Sombra que había dado una vida a Estrella Mellada.

—Con esta vida te doy honor —le dijo a Cola Rota—. El honor se espera de todos los gatos, pero sobre todo, de un líder del Clan. Usa el honor del liderazgo con cuidado.

Por primera vez, Cola Rota mostró emoción al recibir su tercera vida. Sus ojos se cerraron como si sintiera dolor, y sus garras se clavaron con fuerza en la tierra. Cuando la gata del Clan Estelar se retiró, Cola Rota volvió a abrir los ojos y la miró desafiante, como si la culpara por la tortura de recibir su vida, pero Estrella del Alba no reaccionó y volvió a ocupar su lugar en el círculo.

El cuarto gato se adelantó; Fauces Amarillas no sabía su nombre. Era un delgado gato gris, y estudió detenidamente a Cola Rota antes de hablar.

—Con esta vida te doy verdad. Sin ella, los gatos se vuelven contra su familia, contra su propio Clan. Aférrate a la verdad en todos tus tratos y deja que guíe tus palabras. —El gato delgado dudó antes de lanzar su cabeza hacia adelante como una serpiente y tocar la nariz de Cola Rota para darle la vida.

Mientras Fauces Amarillas miraba desde fuera del círculo de gatos, empezó a sentirse inquieta. Todas las vidas que Cola Rota había recibido hasta ahora parecían venir con una advertencia, casi una amenaza, y sintió una reticencia entre los gatos del Clan Estelar que no se parecía a nada de lo que había experimentado cuando había acompañado a Estrella Mellada a su ceremonia. Entonces apartó esos pensamientos con un azote de la cola. «*Cola Rota era el lugarteniente del Clan, así que tiene que ser el nuevo líder. Ni siquiera el Clan Estelar puede cambiar eso, ¿y por qué querrían hacerlo? Cola Rota es un gato fuerte y leal. Cuando tenga más experiencia será un gran líder.*»

Fauces de Lagarto fue el siguiente guerrero en presentarse. Fauces Amarillas se alegró al ver sus frágiles miembros fuertes de nuevo, y su manto atigrado grueso y sano.

—Con esta vida te doy juicio —maulló—. El Clan de la Sombra se encuentra en un lugar donde el camino por delante se divide. Escoge seguir el camino correcto, por el bien de tu Clan.

Cuando Cola Rota recibió su quinta vida, en lugar de parecer impasible, sus extremidades y su cola se agitaron como si estuvieran brevemente fuera de su control. Se tambaleó al contacto con la nariz de Fauces de Lagarto, recuperándose con un esfuerzo. Algo enorme, algo abrumador, parecía revolotear a su alrededor, como si una batalla invisible se estuviera librando en el mismo aire que respiraba. «*¿Puede soportar recibir cuatro vidas más?*», se preguntó Fauces Amarillas.

Entonces vio al siguiente gato de la fila y se mordió un grito de dolor. «*Oh, mi precioso amor. Te extraño con cada latido de mi corazón.*»

Con la cola en alto, la hermanita de Cola Rota entró en el círculo para ponerse a su lado.

—Con esta vida te doy amor de familia —maulló, la sabiduría en su voz sorprendió a Fauces Amarillas, ya que venía de un cuerpo tan pequeño—. Y como líder del Clan, recuerda que cada gato del Clan es tu familiar.

Cola Rota tuvo que agachar la cabeza para recibir la vida de la joven gatita. Cuando sus narices se tocaron, un espasmo de agonía lo sacudió, y cerró los ojos, apartando la cabeza como si por un latido hubiera visto algo que no podía soportar.

La séptima gata era una desconocida para Fauces Amarillas, una pequeña atigrada marrón con una profunda dulzura en los ojos.

—Con esta vida te doy una vista clara —maulló—. Cola Rota, conócete a ti mismo y a tu destino, pero sabe también que el destino puede cambiarse si eliges el camino correcto.

De nuevo Cola Rota se tambaleó al recibir la nueva vida. Fauces Amarillas pensó que parecía exhausto. Sin embargo, durante todo el proceso no había emitido el más mínimo sonido de dolor, ni siquiera un quejido.

El octavo gato, un regordete gato blanco y negro, también había dado una vida a Estrella Mellada. Se acercó a Cola Rota y habló rápidamente.

—Con esta vida te doy fuerza. Este es el momento en que tú y tu Clan se levantarán o caerán. Necesitas ser más fuerte que nunca.

«*¿A qué se refieren?*», se preguntó Fauces Amarillas. Varios de los gatos habían hablado de un camino dividido para el Clan de la Sombra, un momento en el que se debían tomar decisiones sobre el destino de todos los gatos. «*¿Cuáles serán las decisiones de Cola Rota? ¿Tomará las correctas?*»

Esta vez, cuando Cola Rota recibió la vida, pareció revivir, como si la fuerza que el gato había prometido ya fluyera por sus miembros y su corazón. Con el final de la ceremonia a la vista, Fauces Amarillas empezó a respirar con más facilidad.

Durante todo ese tiempo, Bigotes de Salvia había permanecido en silencio en el círculo de gatos, con la mirada fija en Cola Rota. Ahora se adelantó para darle su última vida.

—Cola Rota, con esta vida te doy compasión. Úsala para proteger a los más débiles de tu Clan, a los cachorros, a los veteranos y a los enfermos. Úsala para mostrar piedad a tus enemigos y para elegir el camino que seguirán tus patas.

Fauces Amarillas observó el espasmo de dolor que recorrió a Cola Rota cuando Bigotes de Salvia le dio su novena vida. Por un momento temió que no fuera capaz de mantenerse sobre sus patas. Pero el malestar pasó. Cuando los nueve gatos le aclamaron por su nuevo nombre, Estrella Rota volvió a erguirse, fuerte y orgulloso, con los ojos brillantes mientras oía los aullidos que se elevaban hacia las estrellas.

—¡Estrella Rota! ¡Estrella Rota!

Cuando los aullidos se apagaron, bajó la cabeza.

—Mis ancestros, les doy las gracias —maulló solemnemente—. Prometo que haré del Clan de la Sombra el más fuerte y temido que jamás haya existido.

Los guerreros del Clan Estelar empezaron a desvanecerse, sus contornos brillaron débilmente con la luz de las estrellas hasta que desaparecieron, dejando a Fauces Amarillas y a Estrella Rota solos en los sombríos pantanos.

Estrella Rota se volvió hacia Fauces Amarillas.

—Es hora de volver —anunció. Su voz se convirtió en un gruñido salvaje y dio un azote con la cola—. ¡Es hora de la *venganza*!

Caía el crepúsculo cuando Fauces Amarillas y Estrella Rota regresaron al campamento. Estrella Rota corrió hacia la Roca del Clan y convocó al Clan.

—¡Que todos los gatos acudan aquí bajo la Roca del Clan!

Fauces Amarillas se sorprendió de que hubiera omitido las palabras «lo bastante mayores para cazar sus propias presas», pero supuso que se le había olvidado. «*Es nuevo en esto. Dirá las palabras correctas cuando tenga más práctica.*»

Salamandra Manchada salió de la maternidad con Pequeño Menudo, Pequeño Mojado y Pequeño Pardo correteando a sus pies. Tormenta de Plumas la siguió, pero no había ni rastro de Pequeño Musgo, Pequeño Campañol o Pequeña Alba.

Estrella Rota miró a Tormenta de Plumas con expresión de desaprobación.

—¿Dónde están tus cachorros? ¡Tráelos de una vez!

—¡Pero si acaban de dormirse! —protestó Tormenta de Plumas—. Y hace mucho frío aquí fuera. Además, no son lo bastante mayores para cazar sus propias presas y normalmente…

—¿Son parte del Clan de la Sombra? —gruñó Estrella Rota, interrumpiéndola—. ¡Entonces tráelos!

«*Así que quiere a los cachorros aquí* —pensó Fauces Amarillas—. *¿Por qué?*»

Tormenta de Plumas vaciló, con ira clara en sus ojos, pero no pudo sostener la mirada de Estrellar Rota. Se retiró a la maternidad y reapareció unos latidos más tarde, guiando a sus cachorros delante de ella. Los tres tropezaron somnolientos al aire libre y se desplomaron formando un montón de pelaje junto a su madre. Estrella Rota asintió a Tormenta de Plumas.

—No descansaré hasta que el Clan del Viento haya sido castigado, y hasta que el Clan de la Sombra sea temido por todos los gatos del bosque —anunció a su Clan. Su voz se elevó a un rugido—. ¡Se inclinarán ante nosotros! A partir de ahora los guerreros solo lucharán y entrenarán para la batalla. La caza es de poca importancia, y los gatos tendrán que buscar comida donde puedan.

Hizo una pausa, pero el Clan guardó silencio; Fauces Amarillas pensó que la conmoción, y tal vez un poco de miedo, había cerrado sus mandíbulas mientras intercambiaban miradas inseguras.

—Mientras tanto —continuó Estrella Rota—, es hora de que elija a un lugarteniente. Pronuncio estas palabras ante los espíritus de mis antepasados, para que puedan oír y aprobar mi elección. Patas Negras será el próximo lugarteniente del Clan de la Sombra.

El gran guerrero blanco se levantó y caminó hacia la Roca del Clan. Sus patas negras parecían sombras a la luz de la luna y sus ojos brillaban de orgullo.

—Estrella Rota, tu elección me honra —maulló—. Haré todo lo posible para servirte bien a ti y a nuestro Clan.

Fauces Amarillas sintió que el Clan se relajaba a su alrededor. Patas Negras era popular. «*No ha tenido un aprendiz, pero es porque no hemos tenido cachorros listos para darle.*»

—Ahora —continuó Estrella Rota—, necesito un aprendiz. Pequeño Musgo, un paso adelante.

—¡Espera! —Fauces Amarillas interrumpió—. No es lo suficientemente mayor.

—¡Silencio! —La voz de Estrella Rota cortó los murmullos de acuerdo de los otros gatos—. Yo soy el líder y esta es mi decisión.

Tormenta de Plumas, claramente reacia, empujó a Pequeño Musgo para que se despertara. Era un gatito grande y sano, pero aun así, Fauces Amarillas sabía que no estaba preparado para ser un aprendiz. La cría dio un paso adelante, mirando a su alrededor con inseguridad.

—A partir de este momento —anunció Estrella Rota—, serás conocido como Zarpa de Musgo. Yo seré tu mentor. —Bajó de un salto de la Roca del Clan para entrechocar narices con el pequeño gato, que parecía sobresaltado.

—¡No es justo! —Pequeño Campañol se quejó, mirando a su hermano con indisimulada envidia.

—¡Es cierto! —Pequeña Alba estuvo de acuerdo—. ¡Tenemos la misma edad que él!

—Les prometo que serán aprendices tan pronto sean tan altos como su hermano —Estrella Rota maulló—. Patas Negras será tu mentor, Pequeña Alba, y Cara Cortada puede quedarse con Pequeño Campañol.

Al instante, Pequeño Campañol arqueó la espalda y se puso de puntillas, como si intentara crecer más alto de inmediato.

—¡Basta! —le espetó Tormenta de Plumas—. Tu hermano es demasiado joven para ser aprendiz, y tú también.

—Pero es un gran honor —le aseguró Patas Negras—. Deberías estar orgullosa.

Salamandra Manchada no dijo nada, solo atrajo a sus cachorros más cerca de ella con su cola.

Aunque algunos de los gatos todavía parecían preocupados, Fauces Amarillas pudo ver que la mayoría de ellos pensaban que era una buena idea.

—Ahora mismo no tenemos aprendices —comentó Paso de Lobo—. Y tenemos que empezar a entrenar a los gatos jóvenes.

Fauces de Pedernal asintió.

—Zarpa de Musgo es grande y fuerte. Estará bien.

Nariz Inquieta se acercó a Fauces Amarillas y le habló al oído.

—Supongo que será mejor que nos abastezcamos de caléndula para los arañazos. —Su voz sonaba preocupada pero resignada—. Pareces preocupada, pero no lo estés —continuó—. ¡Todo estará bien, ya lo verás! —Hizo una pausa, y luego agregó—: El Clan del Viento se va a arrepentir de haber matado a Estrella Mellada, eso seguro.



37

Fronde Sombrío yacía estirada en el suelo de la maternidad. Una poderosa ondulación recorrió su vientre hinchado y mordió con fuerza el palo que Nariz Inquieta había traído para sofocar su grito de agonía. Fauces Amarillas bloqueó el dolor de la gata para poder concentrarse y pasó la pata por el vientre de Fronde Sombrío. Solo podía sentir un gatito dentro, pero era grande, y se negaba obstinadamente a nacer.

Una bola de pelo rebotó contra el hombro de Fauces Amarillas.

—¿Ya nació la cría? —Pequeño Campañol chilló—. ¡Quiero verle!

Fauces Amarillas se mordió una réplica aguda. Ya era bastante difícil hacer nacer a esa terca cría sin las otras cinco y sus madres vigilando cada movimiento que hacía. «*¡La maternidad está tan llena que apenas puedo mover un bigote!*»

—¡Todos los cachorros, fuera de aquí! —siseó—. Vayan a la guarida de los aprendices y jueguen con Zarpa de Musgo.

—Aw, pero queremos saludar al nuevo cachorro —protestó Pequeña Alba, decepcionada.

—Y podrán —Nariz Inquieta prometió desde su lugar junto a la cabeza de Fronde Sombrío—. Pero todavía no. Los llamaré cuando sea el momento.

Hubo un breve momento de chillidos cuando los cinco cachorros salieron de la guarida.

—Iré a vigilarlos —murmuró Tormenta de Plumas.

Cuando ella y los cachorros se hubieron ido, Fauces Amarillas tuvo espacio para respirar. Vio cómo Fronde Sombrío sufría otro espasmo de dolor.

—Lo estás haciendo muy bien —la elogió—. Ya falta poco.

Su mirada se encontró con la de Nariz Inquieta y vio su propia preocupación reflejada en sus ojos. Fronde Sombrío estaba agotada, y no había señales de que el cachorro dentro de ella estuviera haciendo ningún progreso.

—Siente aquí —murmuró Fauces Amarillas a Nariz Inquieta, colocando una pata sobre el vientre de Fronde Sombrío—. Creo que su cachorro está al revés.

Nariz Inquieta extendió una pata delantera, luego asintió.

—Tienes razón. ¿Qué hacemos ahora?

—Masajea su vientre justo ahí —instruyó Fauces Amarillas—, y le daré al cachorro un empujón, así…

Por un momento no pasó nada, excepto que Fronde Sombrío mordió el palo de nuevo, sus ojos estaban apagados y vidriosos de dolor. Entonces el gatito dio un gran

empujón dentro de ella. El palo se astilló en las mandíbulas de Fronde Sombrío, y una pequeña forma blanca y negra se deslizó fuera de ella sobre el suave musgo.

—¡Sí! —Fauces Amarillas lanzó un aullido exultante—. ¡Bien hecho, Fronde Sombrío!

—Es un macho muy guapo —anunció Nariz Inquieta.

La reina exhausta se acurrucó alrededor de su hijo, con los ojos llenos de amor mientras empezaba a lamerle el pelaje y a guiarlo hacia su vientre para que pudiera mamar.

—Tiene la cara rayada como un tejón —observó Fauces Amarillas.

—Entonces ese será su nombre —Fronde Sombrío murmuró—. Pequeño Tejón.

Agotada, pero llena de alegría por el nacimiento exitoso, Fauces Amarillas se levantó y salió de la maternidad.

Afuera, Paso de Lobo se paseaba de un lado a otro; se dio la vuelta en cuanto Fauces Amarillas salió.

—¿Y bien? —preguntó.

—Tienes un hijo —le dijo Fauces Amarillas, viendo cómo la alegría brotaba de los ojos de Paso de Lobo—. Puedes entrar, pero ten cuidado. Fronde Sombrío está muy débil.

Siguió a Paso de Lobo de vuelta, notando con aprobación lo gentil que era mientras se acomodaba junto a su pareja y le lamía la oreja.

—¿No es hermoso? —Fronde Sombrío susurró, presionando el hocico contra el hombro de Paso de Lobo—. Se llama Pequeño Tejón.

—Es el gatito más hermoso del bosque —contestó Paso de Lobo, mirando a su hijo con amor y orgullo en los ojos—. Y es un muy buen nombre.

Mirándolos, Fauces Amarillas sintió una cálida emoción de satisfacción.

—Esta es la mejor parte de ser un curandero —le dijo a Nariz Inquieta—. Darle nueva vida al Clan.

«*Y no hemos visto suficiente de eso últimamente.*» Desde que Estrella Rota se había convertido en líder —y desde antes—, el Clan parecía ser un lugar oscuro. Fauces Amarillas sentía que ahora pasaba todo su tiempo curando heridas y supervisando entierros. Colmillo de Piedra había muerto pacíficamente mientras dormía; Fauces Amarillas se alegraba de que el viejo gato no había tenido que presenciar las batallas a las que Estrella Rota había llevado a sus guerreros. Se habían vengado del Clan del Viento más veces de las que Fauces Amarillas podía contar, y conejos robados aparecían regularmente en el montón de carne fresca del Clan de la Sombra. Un indicio de olor del Clan del Trueno en el lado equivocado de la frontera cerca de los Cuatro Árboles había llevado a Estrella Rota a extender las patrullas más allá del Sendero Atronador hasta que los guerreros regresaban con mechones de pelo del Clan del Trueno atrapados en las garras y el olor de la sangre de sus rivales en los mantos. Parecía como si el Clan de la Sombra estuviera en guerra con todos los gatos, y en medio de toda esta agitación, el nacimiento de nuevos cachorros parecía aun más precioso.

Dejando a la nueva familia reunida, Fauces Amarillas salió de la maternidad para ver la luz que crecía en el cielo, los árboles contrastaban contra una mañana brillante. Fauces Amarillas respiró hondo y arqueó la espalda en un largo estiramiento.

—Estás agotada —comentó Nariz Inquieta, saliendo de la maternidad detrás de ella—. ¿Por qué no vuelves a la guarida y duermes? Voy a buscar musgo húmedo para Fronde Sombrío.

Fauces Amarillas abrió las fauces para protestar, pero se dio cuenta de que estaba tan cansada que apenas podía mantener la cabeza erguida.

—Bueno, gracias —murmuró, y se dirigió a su lecho.

Apenas parecía haber dormido un latido cuando fue despertada por una pequeña nariz que le pinchaba el costado.

—Perdona, Fauces Amarillas —chirrió una voz—. Me duele.

Fauces Amarillas abrió los ojos y vio a Pequeño Pardo de pie frente a ella, levantando una pata.

—¿Es una espina? —Bostezó mientras salía de su lecho—. Déjame ver.

Pero por mucho que Fauces Amarillas buscó, no pudo encontrar una espina en la pequeña pata. Bajando sus defensas, rastreó el dolor de Pequeño Pardo y se dio cuenta de que venía de su hombro. De alguna manera se lo había torcido.

—¿Cómo pasó esto? —le preguntó—. ¿Qué has estado haciendo?

—Estrella Rota dejó que todos los cachorros fueran con Zarpa de Musgo a la zona de entrenamiento, para dar a Fronde Sombrío algo de paz y tranquilidad —le explicó Pequeño Pardo. Sus ojos brillaron al recordarlo—. ¡Fue genial! Aprendimos algunos movimientos de batalla; mira esto... ¡auch! —Se interrumpió con un grito de dolor al intentar golpear con la pata herida.

—Eres demasiado joven para salir del campamento, y mucho menos para empezar a entrenar —gruñó Fauces Amarillas mientras iba a buscar unas hojas de margarita para tratar el esguince.

—¡No lo soy! —Pequeño Pardo chilló—. Tengo casi tres lunas, como Zarpa de Musgo cuando se convirtió en aprendiz de Estrella Rota. ¡Deberías verlo peleando ahora! ¡Es increíble!

—Seguro que lo es, ¡pero no más entrenamiento para ti! —Fauces Amarillas le advirtió.

—¡Tú no eres la líder del Clan! —replicó Pequeño Pardo—. ¡Estrella Rota lo es! Y si él dice que puedo entrenar, ¡entonces lo haré!

Fauces Amarillas no habló, solo preparó la cataplasma para Pequeño Pardo, enyesándola firmemente con telaraña.

—Ahora vete a descansar a la maternidad —le dijo—, y vuelve a verme mañana.

Cuando el gatito se fue se cruzó con Nariz Inquieta en la entrada de la guarida.

—Fronde Sombrío y Pequeño Tejón están bien —le dijo a Fauces Amarillas—. Parece que tiene mucha leche, ¡gracias al Clan Estelar!

Fauces Amarillas agradeció las noticias con una inclinación de cabeza.

—Voy a hablar con Estrella Rota —maulló—. Al parecer llevó a los cachorros a entrenar esta mañana.

Nariz Inquieta parpadeó.

—Eso no es necesariamente algo malo —señaló—. Es bueno para ellos hacer algo de ejercicio lejos de la maternidad, especialmente cuando Fronde Sombrío necesita descansar.

—¡No si se lesionan! —replicó Fauces Amarillas.

Se dirigió hacia el claro, apuntando a la guarida del líder entre las raíces del roble, pero antes de que llegara Estrella Rota apareció y saltó sobre la Roca del Clan, convocando al Clan en un aullido. Los guerreros del Clan de la Sombra empezaron a salir de su guarida para reunirse alrededor de la roca. Patas Negras estaba sentado en la base, con las orejas aguzadas. Fauces de Pedernal y Espinas Enredadas fueron a reunirse con él. Mirando a sus compañeros de Clan, Fauces Amarillas pensó en lo hambrientos y delgados que parecían todos, y casi todos los guerreros llevaban una nueva cicatriz de una escaramuza fronteriza u otra.

Baya de Serbal y Bigotes de Nuez saltaron hacia Fauces Amarillas.

—¿De qué se trata todo esto? —maulló Bigotes de Nuez.

Fauces Amarillas se encogió de hombros.

—No tengo ni idea.

Los veteranos aparecieron en la entrada de su guarida, y todos los cachorros —incluso Pequeño Pardo, cojeando valientemente en tres patas— salieron de la maternidad y se amontonaron en la parte delantera de la multitud. Sus bigotes temblaban de expectación; Fauces Amarillas supuso que todos esperaban que los hicieran aprendices.

—¿Dónde está Fronde Sombrío? —preguntó Estrella Rota.

Nariz Inquieta, quien estaba sentado al lado de Fauces Amarillas, se levantó e inclinó la cabeza cortésmente hacia el líder de su Clan.

—Está dormida, Estrella Rota —maulló—. No deberíamos despertarla.

Estrella Rota dudó, y luego asintió a regañadientes.

—Gatos del Clan —comenzó—. Han luchado bien en nuestras recientes batallas. Nuestro Clan ha logrado victorias contra el Clan del Trueno y el Clan del Viento, e incluso derrotó a algunos mininos caseros lo suficientemente tontos como para extraviarse en el bosque. Pero creo que el Clan todavía puede ser aun más fuerte —continuó, con los ojos brillantes.

Patas Negras se levantó de su lugar al pie de la Roca del Clan.

—¿Qué tal si entrenamos movimientos de batalla todos los días? —sugirió—. Eso sí que agudizaría nuestras habilidades.

«*¿Y cómo piensas que vamos a llenar nuestros estómagos, cerebro de ratón?*», pensó Fauces Amarillas.

—Podríamos patrullar al mediodía, al igual que al alba y al atardecer —sugirió Bermeja—. Que el Clan del Trueno y el Clan del Viento sepan que *siempre* estamos atentos.

—Incluso podríamos poner una patrulla permanente a través del Sendero Atronador —Patas de Venado añadió.

Fauces Amarillas intercambió una mirada con Nariz Inquieta, y vio sus propias dudas reflejadas en sus ojos. «*¡No tenemos tiempo ni gatos suficientes para hacer todo esto!*»

Estrella Rota miró a todos los gatos reunidos alrededor de la Roca del Clan, y su mirada se posó durante más tiempo en los veteranos.

—Incluso nuestros veteranos tienen un papel que desempeñar —anunció Estrella Rota, con la mirada todavía fija en los veteranos, quienes empezaban a parecer inquietos.

«*¡Gran Clan Estelar!* —pensó Fauces Amarillas—. *No les va a pedir que entrenen a los gatos jóvenes, ¿verdad? ¿O que cacen? ¡Eso no es justo!*»

Estrella Rota arrastró una pata por la superficie de la roca.

—Sé que ellos harían lo que sea para hacernos más fuertes y poderosos. Y con eso en mente, he decidido que lo mejor que pueden hacer para ayudar a su Clan es abandonar el campamento.

Le siguió un silencio atónito. Luego se oyeron aullidos de protesta por todo el claro.

—¡No puedes hacer eso! —gritó Baya de Serbal—. ¡Va en contra del código guerrero!

—Sí, se han ganado su lugar con nosotros —Paso de Lobo declaró.

Por un momento, Fauces Amarillas se negó a creer lo que estaba oyendo. Los veteranos estaban igual de sorprendidos, volviéndose unos a otros con miradas de indignación y creciente temor.

—Los veteranos no sirven para pelear, cazar o tener cachorros —explicó Estrella Rota, ignorando las protestas de los gatos con un movimiento de la cola—. Así que no pueden ocupar un preciado espacio. O presas. Deben irse.

Para horror de Fauces Amarillas, vio que algunos de los guerreros empezaban a convencerse de que Estrella Rota tenía razón.

—Quizás estén más cómodos fuera del campamento… —comentó Patas de Venado.

Rescoldo asintió.

—Cierto. Sobre todo con tantos cachorros correteando por ahí. Ya saben que los pequeños siempre molestan a los mayores.

Fauces Amarillas no quiso oír más. Caminó hacia donde los veteranos estaban agrupados frente a su guarida.

El pelaje de los hombros de Charca Nublada se erizó, y dio un azote con la cola.

—¡Estrella Rota no puede hacernos esto! —gruñó—. ¿Ha olvidado lo bien que hemos servido a nuestro Clan?

Ojo Rayado asintió; estaba clavando las garras en el suelo, sus ojos brillaban de rabia.

—Si lo recuerda, obviamente no le importa —espetó—. ¿Qué haría si nos negáramos a irnos?

—No creo que queramos averiguarlo —advirtió Nocturno, apoyando la cola en el hombro del gato mayor—. Podría hacernos luchar, demostrar que aún podemos ser guerreros invadiendo a los otros Clanes. ¿Quieres formar parte de eso? —En voz más baja añadió—: Todos sabemos que esas batallas no son necesarias.

Flor de Acebo suspiró.

—Vámonos —gruñó—. Este no es el Clan de la Sombra que conocí, ya no lo es. —Rozó con la cola el costado de Cola de Cuervo—. Vamos, vamos a recoger nuestros lechos.

Nocturno miró hacia donde Estrella Rota todavía estaba de pie en la Roca del Clan.

—Nos iremos, Estrella Rota.

—Bien —maulló el líder del Clan—. Muévanse ya de una vez, y buena suerte con su caza.

Cuando los veteranos regresaron a su guarida, más murmullos de protesta les siguieron, pero ningún gato se atrevió a hablar en voz alta.

Fauces Amarillas detuvo a Nocturno con una pata en el hombro.

—Esto está mal, y lo sabes —siseó.

Nocturno la miró con ojos preocupados.

—Lo sé —murmuró—, pero Estrella Rota es nuestro líder. El Clan Estelar le dio nueve vidas. No han hecho nada para detenerlo hasta ahora. Esta debe ser su voluntad, así como la de él.

Fauces Amarillas no podía pensar en un argumento en contra de eso. «*¡No! ¡Esta no puede ser la voluntad del Clan Estelar!*»

Hirviendo por dentro, se escabulló en la guarida de los veteranos y los ayudó a recoger sus suaves pedazos favoritos de lecho. Nariz Inquieta la siguió y enrolló el musgo y los helechos en montones para transportarlos. Cuando todo estuvo listo, Fauces Amarillas los guió de vuelta al claro. Negándose a mirar a Estrella Rota, se dirigió a la entrada, muy consciente de que las miradas de todo el resto del Clan estaban fijas en ella y en los veteranos.

El grupo de gatos salió del campamento en silencio y caminó por el pantano. Fauces Amarillas los llevó a un bosquecillo de árboles enjutos que ofrecía algo de refugio; aún estaba dentro del territorio del Clan de la Sombra, y no demasiado lejos del campamento. Allí encontró un lugar donde algunas rocas se había desprendido y formado un hueco en un banco, a la sombra de grandes grupos de helechos. Fauces Amarillas y Nariz Inquieta limpiaron los escombros del interior y cavaron más tierra para ampliar el espacio hasta que fue lo bastante grande para todos los veteranos. Nocturno intentó ayudar, pero el vigoroso ejercicio le provocó un ataque de tos.

—Nosotros terminaremos la guarida —le dijo Fauces Amarillas—. ¿Por qué no ves si puedes encontrar presas en los alrededores?

Cuando la guarida estuvo lista, los veteranos trajeron el musgo y los helechos y comenzaron a acomodarlos en lechos.

—Esto está bien —maulló Cola de Cuervo, sonando determinada—. Estaremos bien aquí, Fauces Amarillas.

Fauces Amarillas se preguntó si la gata atigrada estaba tratando de convencerse a sí misma y a sus compañeros de guarida.

—Vendremos a visitarlos todos los días —prometió.

—No descuiden sus deberes —se burló Charca Nublada—, o Estrella Rota podría decidir que no somos los únicos a los que necesita expulsar.

—¡No fuiste expulsada, Charca Nublada! Ninguno de ustedes lo fue —Fauces Amarillas protestó—. Todavía eres parte del Clan de la Sombra. Todavía vives en nuestro territorio.

—Se siente como una expulsión —comentó la veterana en voz baja.

Fauces Amarillas dejó a Nariz Inquieta para que terminara de acomodar a los veteranos, y marchó en busca de Estrella Rota. Unos chillidos estridentes procedentes de la zona de entrenamiento la alertaron cuando se acercaba al campamento, y dirigió sus patas hacia el ruido. Cuando llegó al borde del claro vio a los cinco cachorros y a Zarpa de Musgo acechándose unos a otros, saltando y dando golpes mientras practicaban movimientos de batalla. Estrella Rota estaba sentado en un tocón cubierto de hiedra, observándolos con un brillo de satisfacción en los ojos.

Fauces Amarillas se acercó a Estrella Rota.

—Tengo que hablar contigo —maulló.

Estrella Rota la miró fijamente.

—Adelante, entonces. Habla.

Fauces Amarillas respiró hondo.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó—. ¿Entrenar cachorros que son demasiado jóvenes para luchar? ¿Echar a los veteranos lejos de su guarida? ¡Esto no es parte del código guerrero!

Estrella Rota entrecerró los ojos.

—Tampoco lo es cuestionar al líder de tu Clan —siseó—. Eres *mi* curandera, así que haz lo que te digo. ¿Los veteranos están a salvo? ¿Están refugiados?

—Sí —respondió Fauces Amarillas de mala gana—. Pero…

—Entonces están bien —Estrella Rota interrumpió—. Y si los cachorros quieren aprender a luchar, ¿por qué debería detenerlos? Tenemos muchos enemigos, Fauces Amarillas

«*Quieres decir que nos has hecho muchos enemigos*», pensó Fauces Amarillas.

Estrella Rota se había alejado de ella y estaba gritando instrucciones a los gatitos en el claro.

—¡No, Pequeño Menudo! ¡Usa las patas traseras! Pequeño Pardo, Pequeño Mojado, intenten de nuevo el doble ataque a Zarpa de Musgo. Recuerden golpearle exactamente al mismo tiempo.

Fauces Amarillas sabía que no tenía sentido seguir discutiendo con Estrella Rota. Volviéndose para irse, se detuvo al oír un chillido en el otro extremo del claro. Se giró para ver a Pequeño Pardo y Pequeño Mojado alejándose de Zarpa de Musgo. El pequeño aprendiz estaba ominosamente quieto.

—Estábamos intentando ese truco del doble ataque, como dijiste —chilló Pequeño Pardo—. ¿Lo hicimos bien?

Una horrible sospecha se elevó para ahogar a Fauces Amarillas mientras saltaba hacia Zarpa de Musgo. Su cabeza estaba torcida en un ángulo extraño y sus ojos estaban abiertos pero vidriosos. «*¡Gran Clan Estelar, está muerto!*»

Esforzándose por mantener la calma, Fauces Amarillas se interpuso entre los cachorros y el cuerpo de Zarpa de Musgo.

—Vuelvan directamente al campamento —les ordenó—. ¡Vamos, todos!

Los cinco cachorros se miraron desconcertados, y luego se alejaron corriendo obedientemente.

—¡Supongo que Zarpa de Musgo debe estar muy malherido! —exclamó Pequeño Campañol cuando se marcharon.

Estrella Rota cruzó el claro y se enfrentó a Fauces Amarillas.

—¿Qué está pasando? ¿Por qué detuviste el entrenamiento?

Fauces Amarillas estaba tan horrorizada que le costó mantener todas sus patas en el suelo y no saltar hacia su líder de Clan para arañarle los ojos.

—¡Mira lo que pasó! —aulló.

Estrella Rota miró el diminuto cuerpo inerte.

—Debería haberles enseñado mejor —maulló—. Se habrán equivocado de ángulo.

—¡Esa no es la cuestión! —Fauces Amarillas gruñó—. ¡Un aprendiz está muerto!

Estrella Rota inclinó la cabeza.

—Tienes razón, es terrible. —Había un arrepentimiento genuino en su voz—. El Clan necesita aprendices más que nunca.

Con el corazón desgarrado por la pena, Fauces Amarillas levantó el cuerpo de Zarpa de Musgo por el pescuezo y lo llevó de vuelta al campamento. «*¡Ni siquiera tenía cuatro lunas!*»

En su guarida, Nariz Inquieta pareció sorprendido y conmocionado cuando Fauces Amarillas dejó el cuerpo de Zarpa de Musgo en el suelo y empezó a alisarle el pelaje erizado.

—En nombre del Clan Estelar, ¿qué…? —empezó.

—Trae a Tormenta de Plumas —Fauces Amarillas le ordenó, interrumpiendo su pregunta.

Nariz Inquieta se apresuró a salir de inmediato y regresó unos latidos más tarde con la madre de Zarpa de Musgo. Por un momento, Tormenta de Plumas se quedó rígida, mirando el cuerpo sin vida de su hijo.

—Lo siento mucho —maulló Fauces Amarillas.

Tormenta de Plumas parecía no haberla oído. Echó la cabeza hacia atrás y lanzó un grito de angustia.

—¡No! ¡No!

—Le traeré unas hojas de tomillo para la conmoción —murmuró Nariz Inquieta, deslizándose junto a Fauces Amarillas.

Tormenta de Plumas se volvió hacia Fauces Amarillas, con los ojos llenos de dolor y confusión.

—Solo estaba entrenando —maulló, con la voz temblorosa—. ¿Cómo pudo haber pasado esto?

Fauces Amarillas estaba convencida de que los cachorros no deberían ser culpados por haber matado a un compañero de Clan.

—Fue un terrible accidente —respondió.

Mientras Tormenta de Plumas se agachaba junto a su hijo, metiendo la nariz en su pelaje, Fauces Amarillas oyó la voz de Estrella Rota llamando al Clan.

—¿Y ahora qué? —gruñó mientras se dirigía al claro.

Estrella Rota estaba de pie una vez más sobre la Roca del Clan. El resto del Clan se estaba reuniendo, y Fauces Amarillas no pudo evitar mirar hacia la guarida de los veteranos, esperando a que salieran. «*¡Se siente tan extraño que no estén aquí!*»

—Tengo noticias muy tristes —anunció Estrella Rota—. Zarpa de Musgo ha muerto.

Pequeño Pardo y Pequeño Mojado soltaron un chillido, mientras murmullos de conmoción e incredulidad surgían del resto del Clan.

—Fue solo un accidente —Estrella Rota continuó—. Fueron muy valientes, cachorros. Para recompensarlos, voy a hacerlos aprendices.

La sorpresa de los cachorros se convirtió en chillidos de emoción. Fauces Amarillas cerró los ojos. «*¿Acaso Estrella Rota no ha aprendido nada?*»

—Zarpa de Campañol, tú vas a ser mi aprendiz —Estrella Rota maulló enérgicamente, sin molestarse en pronunciar las palabras habituales de la ceremonia de aprendices—. Cara Cortada, sé que te lo prometí, pero puedes quedarte con Zarpa Menuda. Le debo a Zarpa de Musgo entrenar a su hermano en su lugar. Patas Negras, te quedas con Zarpa del Alba. Guijarro, tendrás a Zarpa Mojada, y Rabón tendrá a Zarpa Parda.

La multitud de gatos se movió mientras cuatro de los cachorros correteaban hacia sus nuevos mentores para entrechocar narices con ellos. Solo Zarpa de

Campañol permaneció al pie de la Roca del Clan, mirando a Estrella Rota con los ojos brillantes.

—Estoy orgulloso de mi Clan —declaró Estrella Rota—. ¡Tenemos cinco nuevos aprendices! La victoria será nuestra en cada batalla. —Mirando a su alrededor, preguntó—: ¿Dónde está Tormenta de Plumas?

—En mi guarida —respondió Fauces Amarillas.

—Tráela.

Antes de que Fauces Amarillas pudiera moverse, Tormenta de Plumas salió de la guarida de curandería. Su cabeza estaba inclinada y arrastraba la cola por el polvo.

—El Clan de la Sombra tiene una gran deuda contigo por haber sido la madre de tantos guerreros —le dijo Estrella Rota—. Creo que lo mejor sería que te unieras a los veteranos ahora, donde puedes descansar y estar orgullosa.

Durante un instante, Tormenta de Plumas no se movió, sus ojos desconcertados miraban a Estrella Rota. Fauces Amarillas se preguntó si esperaba que el líder del Clan reconociera que eran parientes, que ella era la madre de su padre. Luego asintió sin decir palabra alguna. Fauces Amarillas la siguió con la mirada, consternada, mientras avanzaba a trompicones por el claro y desaparecía entre las zarzas.

—Se ha ido otra más —Baya de Serbal murmuró preocupada a Cara Cortada—. ¿En qué está pensando Estrella Rota?

—El Clan Estelar sabrá —respondió su pareja con un movimiento de bigotes—. Si no tiene cuidado, habrá más de nosotros ahí fuera que en el campamento.

—¡Ten cuidado con lo que dices! —Espinas Enredadas siseó a su lado—. No busques problemas. ¡Estrella Rota lo oye todo!

La multitud de gatos empezó a disolverse, y los nuevos mentores guiaron a sus aprendices para que salieran a recorrer las fronteras. Los pequeños gatos no estaban tan emocionados como solían estarlo los nuevos aprendices porque ya habían salido del campamento para practicar sus movimientos de batalla, pero podrían estar más impresionados cuando se dieran cuenta de lo lejos que se extendía el Clan de la Sombra.

Mientras Fauces Amarillas los veía irse, se dio cuenta de que Flor Radiante se había acercado a su lado. La gata parecía entusiasmada pero aprensiva, con los bigotes temblorosos.

—¡Patas de Helecho y yo estamos esperando cachorros! —anunció.

Fauces Amarillas deseaba estar tan emocionada como de costumbre ante la perspectiva de nuevos cachorros para el Clan, pero esta vez todo lo que podía hacer era mirar a su madre mientras una ola de desesperación la inundaba.

—Que el Clan Estelar los ayude —susurró.





38

Estrella Rota estaba en lo alto de la Gran Roca con las ramas desnudas de los robles de los Cuatro Árboles crujiendo sobre su cabeza. Un viento frío levantaba jirones de nubes en el cielo, donde la luna llena brillaba débilmente. Patas Negras estaba sentado al pie de la roca, con Bermeja, Rabón, Zarpa Parda y Patas de Helecho acurrucados cerca. Flor Radiante no había asistido a la Asamblea esta vez porque sus cachorros estaban a punto de nacer.

Fauces Amarillas se sentó con los otros curanderos, aunque ya no se sentía a gusto entre ellos. ¿Acaso el Clan Estelar les había contado en sueños lo que estaba ocurriendo en el Clan de la Sombra? Sus propios sueños sobre el Clan Estelar se limitaban a visiones de sangre y muerte, de batallas entre gatos demasiado jóvenes para abrir los ojos. Si se trataban de presagios, el Clan de la Sombra estaba condenado, y parecía que ella no podía hacer nada para ayudar. Fauces Amarillas escuchó con aprensión el informe del líder de su Clan.

—El Clan de la Sombra es más fuerte que nunca —anunció Estrella Rota con triunfo en los ojos—. ¡Hemos sido desafiados en cada frontera, pero hemos ganado cada batalla! —Su mirada recorrió a los gatos en el claro de abajo—. Que todos los Clanes sepan que no toleraremos ninguna intrusión, ningún robo de presas, ninguna deshonra. —Entrecerró los ojos, como si desafiara a cualquiera de los gatos a comentar—. Y tenemos un nuevo aprendiz: Zarpa de Tejón —terminó.

Fauces Amarillas vio a Zarpa de Tejón ponerse de pie junto a su mentor, Fauces de Pedernal. El gato blanco y negro mantenía la cabeza alta, pero aún parecía pequeño.

«*¡Apenas tiene tres lunas!*»

—¡Zarpa de Tejón! ¡Zarpa de Tejón!

Los otros aprendices del Clan de la Sombra vitorearon ruidosamente al lado de su compañero de Clan, aunque Fauces Amarillas no pudo evitar pensar en lo pequeños que se veían al lado de los aprendices de los otros Clanes. Su vientre se apretó con el recuerdo de la pena. Faltaba un aprendiz del Clan de la Sombra desde la última Asamblea: Zarpa de Campañol había muerto de una herida infectada por una pelea con ratas. «*Ahora Estrella Rota hace que una pelea con ratas sea parte del entrenamiento de todo aprendiz. ¿Acaso está loco?*»

Cuando los coreos por Zarpa de Tejón se apagaron, Cascarón se inclinó y susurró al oído de Fauces Amarillas:

—¡Dime que ese aprendiz tiene edad suficiente para empezar a entrenar! —Su voz era tensa, y había desaprobación en su mirada.

Jaspeada, la nueva curandera del Clan del Trueno, abrió bien los ojos, ansiosa.

—Ningún gato entrenaría a cachorros menores de seis lunas, ¿verdad?

—Seguramente el Clan Estelar no lo permitiría —Cascarón añadió.

—Iría completamente en contra del código guerrero —declaró Arcilloso.

Había un peso en el tono de todos los gatos, sugiriendo que Fauces Amarillas debería hacer algo para detener el entrenamiento de los cachorros. «*¿Cómo puedo admitir que soy impotente cuando se trata de influir en Estrella Rota?*», pensó con un irritado movimiento de orejas.

—Estrella Rota sabe lo que hace —maulló en voz alta, dando la espalda a los otros curanderos—. No es asunto suyo.

Podía oírlos murmurar sobre el terrible carácter que tenía, pero los ignoró. «*No hay forma de que pueda defender a Estrella Rota, así que es mejor que no hable con ellos.*»

Fauces Amarillas había renunciado a la esperanza de que sus compañeros de Clan se enfrentaran a su líder. Estrella Rota los había convencido de que toda criatura viviente era su enemigo, y sus gatos harían cualquier cosa, incluso entregar a sus propios cachorros, para mantener a su Clan a salvo. Y los veteranos, cuya sabiduría había sido una vez tan importante para guiar al Clan, seguían en el exilio, en los pantanos. «*¡Ahora tiene todo el poder! Gran Clan Estelar, ¿no hay nada que ningún gato pueda hacer?*»

Al final de la Asamblea, Estrella Rota se alejó de los Cuatro Árboles a la cabeza de su Clan. Zarpa de Tejón pataleaba a su lado, sus ojos aún llenos de emoción por haber visto a los otros Clanes por primera vez. Caminando detrás de ellos, Fauces Amarillas pudo escuchar su conversación.

—Pronto podrás luchar en tu primera batalla de verdad —Estrella Rota le prometió al aprendiz—. Has estado entrenando durante media luna, así que estás preparado.

—¿En serio? —jadeó Zarpa de Tejón.

Estrella Rota asintió.

—¡Olí rastros del Clan del Viento en nuestro territorio, así que atacaremos al amanecer! Esos come-conejos pronto descubrirán que no pueden poner una pata en territorio del Clan de la Sombra y salirse con la suya.

Listo para estallar de emoción y orgullo, Zarpa de Tejón salió corriendo hacia su mentor, Fauces de Pedernal.

—¡Voy a luchar! —anunció, bailando junto al poderoso gato gris—. ¡Estrella Rota lo dijo! Usaré ese movimiento de dos patas que me enseñaste, y el salto y arañazo…

Fauces de Pedernal lo miró.

—Recuerda todo lo que te he enseñado, y que no hay que avergonzarse por perder la primera batalla —maulló. Su tono era pesado, y Fauces Amarillas se

preguntó hasta qué punto estaba dispuesto a llevar a su diminuto aprendiz a un Clan hostil.

Fronde Sombrío, quien caminaba junto a Fauces Amarillas, miró con cariño a Zarpa de Tejón.

—¡Estoy tan orgullosa de él! —exclamó—. Pensé que nunca lograría parirlo, y él lo es todo para mí. ¡Y ahora va a ser un verdadero guerrero del Clan de la Sombra!

Fauces Amarillas tomó aire para hablar, pero se mordió las palabras. «*¡Ni siquiera debería ser un aprendiz todavía!*»

Fauces Amarillas se agazapó en el pasto espinoso, escuchando los sonidos de la escaramuza con el Clan del Viento que venían del otro lado del Sendero Atronador. El sol brillaba intensamente sobre su cabeza y las ramas del verde fresco de la estación de la hoja nueva crujían al borde del bosque. «*Este no es un día en el que gatos deban morir.*»

Unas pisadas sonaron detrás de Fauces Amarillas y giró la cabeza para ver a Nocturno acercándose con el cuerpo inerte de un campañol en las fauces. A pesar del exilio de los veteranos, el joven gato negro parecía asentado y confiado. Fauces Amarillas sabía que había encontrado un propósito en la vida, haciendo la mayor parte de la caza para sus compañeros, manteniendo su espíritu cuando estaban lejos del campamento donde esperaban vivir el resto de sus días. Nocturno dejó la presa y se sentó junto a Fauces Amarillas, con las orejas aguzadas mientras escuchaba los chillidos y golpes de la batalla.

—¿Qué tanto puede seguir todo esto? —murmuró.

—Hasta que todos mueran —Fauces Amarillas contestó con amargura—, sea aquí o en el Clan del Viento.

—¿Por qué el Clan Estelar deja a Estrella Rota hacer esto? —preguntó el gato negro.

—Quizá están orgullosos de él —respondió Fauces Amarillas.

«*Le he rogado al Clan Estelar que me dé razones, pero me ignoran. Nos han abandonado a donde sea que Estrella Rota nos lleve.*»

—Después de todo —continuó en voz alta—, el Clan de la Sombra ahora es el Clan más poderoso y temido de todos.

Nocturno sacudió la cabeza.

—No puedo creer que nuestros ancestros encuentren gloria en este constante derramamiento de sangre. —Con un profundo suspiro, recogió su presa y se dirigió a la guarida de los veteranos en el bosque.

Fauces Amarillas sintió una punzada de culpabilidad. Cada noche sus sueños estaban llenos de sangre y oscuridad, demostrando una y otra vez que lo que Estrella Rota estaba haciendo estaba absolutamente mal. Pero no había ninguna guía del Clan Estelar, ni siquiera una aparición de Flama Plateada para prometer que todo

estaría bien al final. Hiciera lo que hiciera Fauces Amarillas, dependía solo de ella. «*¡Tengo que detenerlo!* —pensó—. *Soy su curandera;* ¡tiene *que escucharme!*»

En ese momento, Bermeja se acercó jadeando.

—¡Fauces Amarillas! —jadeó—. ¡Nariz Inquieta me envió a buscarte! ¡Vienen los cachorros de Flor Radiante!

Fauces Amarillas se levantó de un salto y corrió de vuelta al campamento. Pero cuando llegó a la maternidad, encontró a Flor Radiante ya acurrucada alrededor de dos pequeños bultos peludos, mientras Nariz Inquieta miraba con satisfacción.

—¡Oh, son preciosos! —exclamó Fauces Amarillas, con un gesto de aprobación hacia Nariz Inquieta—. ¿Ya les has puesto nombre?

Flor Radiante levantó la mirada de lamer a una pequeña gata carey.

—Esta es Pequeña Caléndula —ronroneó—, y el pequeño gato gris es Pequeño Menta. Cachorros, ella es Fauces Amarillas. Es su hermana mayor.

Ambos cachorros parecían fuertes y sanos, mamando del vientre de Flor Radiante con los ojos cerrados y sus suaves patas amasando rítmicamente. Una punzada de dolor golpeó a Fauces Amarillas al imaginar a sus propias hijas, que se habían ido al Clan Estelar antes de tener una oportunidad en la vida. Inclinó la cabeza y tocó suavemente cada cabecita con la nariz.

—Hola, cachorros —murmuró—. Bienvenidos al Clan de la Sombra.

—Habrías sido una gran madre —Flor Radiante susurró.

Fauces Amarillas se tensó.

—¡Nunca! —siseó—. Esta es mi vida ahora.

Entonces vio a Pequeña Caléndula golpeando a su madre con sus pequeñas patitas, y el amor y la nostalgia la invadieron de nuevo.

—¡Son perfectos! —suspiró.

El ruido de gatos que volvían al campamento interrumpió el feliz silencio de la maternidad. Fauces Amarillas levantó la cabeza.

—¿Son noticias de la batalla?

Salió corriendo de la maternidad para ver a Fauces de Pedernal saliendo de la entrada con una torcida forma blanca y negra colgando de las fauces.

—¡Oh, no! —Fauces Amarillas aulló—. ¡Zarpa de Tejón!

Corrió hacia Fauces de Pedernal, encontrándose con él en el centro del claro. El gato gris dejó la carga en el suelo y alisó el pelaje de la cabeza de su aprendiz con una pata. Los ojos del guerrero estaban vidriosos, como si aún viera la sangre y el terror de la batalla.

—Luchó como un león —maulló Fauces de Pedernal con voz ronca, dirigiendo su mirada conmocionada a Fauces Amarillas—. ¡No debería haber muerto porque no debería haber estado luchando! Nunca volveré a entrenar cachorros. Está mal, y trae vergüenza a nuestro Clan.

Fauces Amarillas se agachó junto al cuerpo enclenque de Zarpa de Tejón, lamiéndolo para limpiar la sangre y la suciedad de la batalla.

—Irás al Clan Estelar, Zarpa de Tejón —murmuró entre las fuertes caricias de su lengua—. Brillarás mucho, te lo prometo.

—Ya no es Zarpa de Tejón —Fauces de Pedernal la corrigió suavemente—. Le di su nombre de guerrero antes de que muriera. Espero que esté bien. Ahora se llama Fauces de Tejón.

Una oleada de compasión surgió en Fauces Amarillas por este desconcertado y afligido guerrero.

—Es un gran nombre —le dijo—, y se lo ganó. Tienes razón. Esto tiene que parar. —Terminó de lamer y se levantó—. Debo decirle a Fronde Sombrío lo que pasó.

—Yo se lo diré —maulló Fauces de Pedernal con valentía—. Se lo debo, y puedo asegurarle que su hijo murió como un verdadero guerrero.

Mientras Fauces de Pedernal caminaba hacia la guarida de los guerreros, hubo más ruido en la entrada. Estrella Rota saltó a través de las espinas con el resto de su patrulla. Todos los gatos estaban llenos de orgullo, con las colas erizadas y los ojos brillantes.

—¡Haremos un festín esta noche! —anunció Estrella Rota, llamando a los aprendices—. Vayan —ordenó cuando estuvieron frente a él—. Traigan carne fresca. Debemos celebrar. ¡El Clan de la Sombra ha vuelto a ganar!

Mientras los aprendices salían corriendo, Fauces Amarillas se acercó a Estrella Rota.

—Tengo noticias para ti —gruñó.

Estrella Rota la miró un momento, luego asintió y se dirigió a su guarida. Parecía llenar el espacio entre las raíces del roble con pelaje, músculos y ojos brillantes.

—Fauces de Tejón ha muerto. ¿O ya lo sabías? —Fauces Amarillas lo desafió.

Por un segundo pensó que Estrella Rota parecía sorprendido, pero recuperó la confianza tan rápido que no pudo estar segura.

—Es una pena —maulló—. Habría sido un gran guerrero.

Fauces Amarillas sintió unos mordiscos de ira, más afilados que las fauces de un zorro.

—¡Quizá algún día, pero era demasiado joven! —espetó—. Debes dejar de entrenar cachorros antes de que tengan seis lunas. ¡Destruirás a nuestro Clan antes de que se conviertan en guerreros!

—Esa es decisión mía, no tuya —gruñó Estrella Rota.

—Entonces caminaré con el Clan Estelar en mis sueños —Fauces Amarillas lo amenazó, el dolor y la furia hacían que sus patas palpitaran—. Les haré saber exactamente lo que estás haciendo, y te quitarán tus nueve vidas.

Estrella Rota estalló en una carcajada incrédula.

—El Clan Estelar no hará nada para detenerme, gata vieja —replicó—. ¡He hecho glorioso a su Clan! ¡Que lo intenten! *Tú* ciertamente no me detendrás. —Él agitó la cola hacia ella—. Ahora, cumple con tu deber y cura a mis guerreros antes de que celebremos.

Furiosa, Fauces Amarillas se fue. Al otro lado del claro vio una fila de gatos heridos que ya esperaban fuera de su guarida. «*Hay tantas batallas ahora que todos los gatos saben que deben venir directamente a mi guarida tan pronto como regresen* —pensó—. *Estar herido es algo rutinario.*»

Saltó a través del claro y se deslizó entre las rocas hasta su guarida. Nariz Inquieta estaba atando una cataplasma de caléndula en el hombro de Ráfaga Abrasadora. Fauces Amarillas sintió un vuelco en el corazón al ver a su compañero. «*No podría desear tener a un curandero más paciente y leal a mi lado.*»

Ráfaga Abrasadora no dejaba de girar la cabeza para hablar con Guijarro, quien esperaba con la sangre goteando de una oreja desgarrada.

—¿Me viste arañar a ese gato del Clan del Viento? —preguntó—. ¡Le demostré a esa bola de pelo quién es el más fuerte!

—Deberías haberme visto peleando con su lugarteniente —le respondió Guijarro—. ¡Creo que aún debe de estar huyendo!

«*¿Siquiera saben que Fauces de Tejón murió hoy?*»

Fauces Amarillas suspiró y fue a buscar caléndula, vara de oro y telaraña.

—Déjame ver esa oreja —le espetó a Guijarro—. ¡Y por el Clan Estelar, quédate quieto!

Mientras limpiaba la oreja, Zarpa Menuda entró en la guarida, con una pata que sangraba donde una garra le había sido arrancada.

—¿Es verdad? —maulló—. ¿Fauces de Tejón realmente está muerto?

—Sí —Fauces Amarillas contestó secamente.

Para su asombro, los ojos de Zarpa Menuda brillaron.

—¡Wow, ahora es un verdadero guerrero! Espero que me esté vigilando desde el Clan Estelar!

El dolor golpeó a Fauces Amarillas. «*Estos pequeños gatos aceptan demasiado fácil la muerte en batalla. El código guerrero ha sido pisoteado en el polvo si no tienen esperanza de vivir lo suficiente para convertirse en veteranos.*»

Cuando el último guerrero herido hubo sido atendido, Nariz Inquieta ayudó a Fauces Amarillas a limpiar las hierbas sobrantes.

—¿Vendrás al festín? —preguntó.

Fauces Amarillas negó con la cabeza.

—No tengo hambre. Ve tú.

Cuando Nariz Inquieta salió de la guarida, Fauces Amarillas hizo todo lo posible para ignorar los sonidos de celebración fuera, y se acurrucó en su lecho. Mientras el sueño la reclamaba, volvió sus pensamientos hacia el Clan Estelar. «*¡No pueden esconderse de mí para siempre! ¡Tengo que hablar con ellos!*»

Al abrir los ojos dentro de su sueño, Fauces Amarillas se encontró en el pantano azotado por el viento donde Estrella Rota había recibido sus nueve vidas. Se paseó entre los juncos y los matorrales hasta que encontró a Estrella de Cedro, con la cabeza gacha mientras lamía un charco.

Toda la ira contenida de las últimas lunas estalló de Fauces Amarillas de golpe.

—¡¿Por qué dejaron que Estrella Rota se convirtiera en líder?! —gritó—. ¡¿En qué estaban pensando, zorros con cerebro de ratón?!

Estrella de Cedro levantó la cabeza y se sacudió las gotas de agua de los bigotes. Su mirada era solemne.

—¿Qué opción teníamos? —preguntó—. Estrella Rota era el lugarteniente de Estrella Mellada. Cuando Estrella Mellada murió, tuvimos que nombrarlo líder. Así es el código guerrero .

—¡Bueno, cometieron un error! —Fauces Amarillas replicó—. ¡Hay cachorros aquí que ni siquiera deberían haber sido aprendices, y mucho menos pelear en batalla! Tienen que detenerlo.

Estrella de Cedro se dio la vuelta.

—No hay nada que podamos hacer. Estrella Rota prometió hacer del Clan de la Sombra el Clan más temido del bosque, y ha cumplido su promesa.

—¿Qué, incluso temido por el *Clan Estelar*? —Fauces Amarillas se burló. La frustración, la furia y la compasión por los muertos inocentes se derramaron dentro de ella—. ¡Que los maldigan por dejarnos sufrir así!

Mientras gritaba las palabras se despertó con una sacudida en su propio lecho. El Clan Estelar, Estrella de Cedro, el olor de sus ancestros habían desaparecido. Sus preguntas seguían sin respuesta. El Clan Estelar no podía hacer nada para ayudarla. La ira de Fauces Amarillas se desvaneció, dejando tras de sí nada más que vacío y una extraña sensación de pérdida. Nunca se había sentido tan sola, tan abandonada por los ancestros que deberían haberla protegido. «*A partir de ahora, ni siquiera puedo confiar en el Clan Estelar.*»

—Esta noche es la reunión —comentó Nariz Inquieta—. Deberíamos ir a la Piedra Lunar.

Había pasado media luna desde que Fauces Amarillas había soñado con Estrella de Cedro. Desde entonces no había tenido contacto con el Clan Estelar, ni siquiera en sueños de violencia y sangre. Sabía que no podía ir a reunirse con los otros curanderos, presionar su nariz contra la Piedra Lunar y fingir que nada había cambiado.

—Ve sin mí —maulló—. No tengo nada que decirle a ellos ni a nuestros ancestros.

La voz de Nariz Inquieta era urgente.

—No puedes perder la esperanza.

—¡Mientras Estrella Rota lidere este Clan, no hay esperanza! —Fauces Amarillas gruñó.

—Entonces no renuncies a tus compañeros de Clan —suplicó Nariz Inquieta—. Ellos te necesitan. Yo te necesito. Por favor, Fauces Amarillas, tienes que seguir.

—¿Seguir qué, enterrando cachorros que aún deberían estar en el vientre de sus madres? —Fauces Amarillas dejó que su furia se derramara en un gruñido en voz baja—. ¿Seguir curando heridas de batallas que no deberían haberse librado? ¿Seguir enviando a los veteranos al rincón más lejano del territorio porque su sabiduría se valora menos que la mugre?

Nariz Inquieta sacudió la cabeza.

—Juré servir al Clan de la Sombra —maulló en voz baja—, y eso durará más que cualquier líder.

Fauces Amarillas tocó el hombro de Nariz Inquieta con la cola.

—Tu lealtad es admirable —murmuró—. Elegí bien cuando te hice mi aprendiz.

Siguiendo a su amigo hacia el claro, Fauces Amarillas lo vio partir hacia la reunión. Su odio hacia el Clan Estelar era un nudo frío y duro dentro de ella. A su alrededor, la vida del Clan continuaba; Patas Negras dirigía una patrulla fuera del campamento, mientras los aprendices sacaban lechos de la guarida de los guerreros. Sin embargo, no había veteranos tomando el sol en la entrada de su guarida, ni cazadores que volvían cargados de carne fresca. «*El Clan de la Sombra es victorioso y temido por todos los Clanes, tal y como Estrella Rota prometió. Pero la oscuridad yace en su corazón.*»

Chillidos emocionados desde el otro lado del claro sacaron a Fauces Amarillas de su humor oscuro. Su corazón se animó al ver a los cachorros de Flor Radiante jugando fuera de la maternidad. Entonces se dio cuenta de que Pequeña Caléndula se abalanzaba sobre una bola de musgo, destrozándola con sus pequeñas garras, mientras Pequeño Menta arrastraba una pluma por el suelo, jugueteando con ella como si fuera un enemigo derrotado. «*¿Tan jóvenes y ya están jugando a pelear?*»

Fauces Amarillas saltó por el claro.

—Conozco un juego mejor —anunció la gata gris—. A ver si pueden atrapar mi cola. —Movió la punta de su cola delante de Pequeño Menta, incitándolo a que la atrapara.

Ambos cachorros dejaron de hacer lo que estaban haciendo. Miraron la cola de Fauces Amarillas, luego se miraron entre ellos, pero ninguno se movió. «*Si un gato me hubiera ofrecido eso a mí o a mis hermanos* —pensó Fauces Amarillas—, *su cola ya estaría destrozada.*»

—Bueno —maulló—. ¿Y qué hay de esto? —Sostuvo su cola a ras del suelo—. Veamos qué tan alto pueden saltar.

—¿Eso es parte del entrenamiento guerrero? —chilló Pequeño Menta.

—Bueno, no exactamente —Fauces Amarillas admitió.

—En ese caso —maulló Pequeña Caléndula con una educada inclinación de cabeza—, seguiremos practicando nuestros movimientos de batalla, gracias. Estrella Rota dijo que es importante que seamos tan fuertes como podamos antes de que nos dé nuestros mentores.

Fauces Amarillas recordó sus primeros días en la maternidad, jugando con Bigotes de Nuez y Baya de Serbal. «*Atacar las colas de los veteranos era lo más*

cercano a pelear que teníamos. Sí, fingíamos que eran invasores del Clan del Viento, pero sabíamos que las batallas reales estaban a lunas de distancia. Estos cachorros podrían estar luchando hasta la muerte para el final de la estación de la hoja verde.»

Observó, con el corazón encogido, cómo Pequeña Caléndula volvía a su musgo y Pequeño Menta a su pluma.

Unos momentos después, Flor Radiante salió de la maternidad y se colocó junto a Fauces Amarillas.

—Ya son muy fuertes —maulló, aunque Fauces Amarillas pudo ver un destello de miedo en sus ojos.

—Ciertamente son muy vivaces —la curandera comentó—. ¡Deben mantenerte ocupada!

Su madre asintió.

—Me uniré a los veteranos en cuanto dejen la maternidad —reveló—. Se siente tan extraño no tenerlos cerca —añadió—, aunque nunca lo diría delante de Estrella Rota.

—Deberían estar aquí —maulló Fauces Amarillas.

Flor Radiante echó un rápido vistazo a su alrededor.

—¡Que nuestro líder no te oiga decir eso!

Fauces Amarillas agitó las orejas.

—Bueno, los veteranos parecen bastante felices en su nuevo hogar. —Era difícil forzar las palabras cuando pensó en esa pequeña hondonada en los pantanos—. Nocturno caza para ellos.

—Y yo le ayudaré cuando vaya a reunirme con ellos —Flor Radiante declaró—. Estoy deseando que llegue la tranquilidad. ¡Estoy sintiendo mi edad con estos cachorros alrededor!

Un pulso de sorpresa recorrió a Fauces Amarillas.

—¡Flor Radiante, no eres vieja!

—Sí, lo soy —ronroneó suavemente su madre—. Y tú también, Fauces Amarillas. Ninguno de nosotros sobrevive para siempre.

Fauces Amarillas miró a sus compañeros de Clan, desde los rastros de gris en el hocico de su madre a los cachorros luchando con el musgo y la pluma a su lado. De repente, todo parecía tan frágil como el ala de una polilla, tan fugaz como una gota de rocío. «*Nada sobrevive para siempre, ni siquiera el Clan de la Sombra, con Estrella Rota como líder.*»

39

—¡Fauces Amarillas, despierta!

Algo estaba pinchando a Fauces Amarillas en el costado. Abrió los ojos y vio a Flor Radiante junto a su lecho. Tenía el pelaje erizado y los ojos muy abiertos por la ansiedad.

—¿Qué pasa? —Fauces Amarillas se puso de pie de un salto—. ¿Son los cachorros?

Flor Radiante asintió.

—No están en la maternidad. Estaban conmigo cuando me fui a dormir, ¡pero ahora no están!

—Los encontraremos —Fauces Amarillas maulló de forma tranquilizadora.

Buscó a Nariz Inquieta para pedirle ayuda en la búsqueda, pero estaba profundamente dormido tras el largo viaje desde la Piedra Lunar, y decidió no molestarlo a menos que fuera necesario. Ahogando un hilillo de miedo, Fauces Amarillas la guió hacia el claro. La noche era oscura, la luna se asomaba irregularmente en un cielo plagado de nubes.

—Probemos primero en la guarida de los aprendices —sugirió.

Pero cuando ella y Flor Radiante se asomaron a la guarida solo vieron a los cuatro gatos restantes en formación, acurrucados y resoplando suavemente mientras dormían.

—¿La guarida de los guerreros? —Flor Radiante trató de adivinar.

Cuando asomó la cabeza entre las ramas, Fauces Amarillas no vio más que oscuros bultos de pelaje dormido. Metiéndose completamente dentro, despertó a Cara Cortada, quien estaba más cerca, con un fuerte tirón de la cola.

—¡Ay! ¡Quítate! —Cara Cortada levantó la cabeza soñoliento—. Oh, eres tú, Fauces Amarillas. ¿Qué quieres?

—¿Has visto a los cachorros de Flor Radiante? —le preguntó—. Han desaparecido.

Cara Cortada negó con la cabeza.

—No están aquí. Pero quizá se hayan escapado con la patrulla nocturna. Hablaron de que querían unirse a ella esta noche, pero les dije que tenían que esperar hasta ser aprendices.

«*¡Como si fueran a escuchar!*», pensó Fauces Amarillas.

—Gracias, Cara Cortada —maulló.

El gato marrón volvió a acurrucarse cuando Fauces Amarillas salió de la guarida y se reunió con Flor Radiante, que se paseaba por el claro. Su expresión se aclaró cuando Fauces Amarillas le contó lo que había dicho Cara Cortada.

—¡Ahí deben de estar! —Flor Radiante exclamó—. Deberían estar bien si están con sus compañeros de Clan.

Mientras hablaba, la patrulla nocturna se abrió paso de vuelta al campamento: Patas Negras lideraba a Bermeja y a Paso de Lobo. Pequeño Menta y Pequeña Caléndula no estaban con ellos. Fauces Amarillas y Flor Radiante se acercaron.

—¿Han visto a mis cachorros? —preguntó Flor Radiante mientras se detenía delante de Patas Negras.

Patas Negras negó con la cabeza.

—No. ¿Deberíamos haberlos visto?

Flor Radiante soltó un gemido de terror, y Fauces Amarillas apoyó la punta de la cola en su hombro.

—Desaparecieron. Cara Cortada pensó que podrían haber ido con ustedes —le explicó a Patas Negras.

—Saldremos enseguida a buscarlos —Bermeja maulló, con la voz llena de preocupación.

Paso de Lobo asintió.

—¿Crees que intentaron seguirnos, pero no pudieron seguir el ritmo?

—Es posible —admitió Fauces Amarillas.

—Fuimos a través de los árboles y hasta la frontera con el bosque desconocido —le dijo Bermeja—, luego a lo largo del Poblado y de vuelta aquí.

—¡Gran Clan Estelar! —exclamó Flor Radiante, aplanando las orejas en señal de angustia—. ¡Podrían haber sido robados por Dos Patas!

—Probablemente solo se perdieron —Fauces Amarillas la calmó—. Solo tienen media luna; no pueden haber ido muy lejos. Seguiré la ruta de la patrulla y los buscaré. Y mientras tanto —añadió, sabiendo lo importante que era mantener ocupada a Flor Radiante—, deberías registrar a fondo el resto del campamento. Bermeja, ¿podrías ayudar? —Miró significativamente a la guerrera, tratando de indicar que Flor Radiante necesitaba compañía.

—Por supuesto —maulló Bermeja—. Avísame si quieres que busque en el bosque más tarde.

Fauces Amarillas se apresuró a salir del campamento y siguió el rastro de la patrulla nocturna. La capa de nubes se había espesado y la luna apenas era visible. Fue difícil atravesar los árboles y la maleza, y Fauces Amarillas se concentró para no perder el rastro. Entonces oyó el ladrido de un zorro en algún lugar más adelante y aceleró el paso. «*Espero que no haya encontrado los cachorros…*» Otro olor áspero se mezcló con los rastros de la patrulla nocturna. El corazón de Fauces Amarillas empezó a latir con fuerza mientras echaba a correr, sus fosas nasales se agitaron ante el olor a sangre. La patrulla nocturna no había informado de escaramuzas en ninguna de las fronteras, pero en algún lugar había un gato malherido. El pelaje de

Fauces Amarillas se erizó y todos sus instintos se agitaron alarmados. «*¡Algo está muy mal!*»

Atravesó una hilera de árboles y se detuvo en un pequeño claro. Jadeando con dificultad, miró a su alrededor y vio un delgado rayo de luz estelar que se abría paso entre las ramas. Se posaba sobre dos pequeños montones de pelo, inmóviles como rocas en el aire frío. Uno carey, otro gris, ambos destrozados por las mandíbulas de alguna criatura cruel que ni siquiera se molestó en quedarse a comer su presa. «*¡Oh, no! Clan Estelar, ni siquiera ustedes podrían ser tan crueles.*»

Fauces Amarillas saltó a través del claro hacia donde yacían los pequeños cuerpos, su sangre salpicaba los helechos. Se inclinó sobre ellos, buscando desesperadamente señales de vida, y se abrió a su dolor con la esperanza de que eso probara que aún estaban vivos. Pero estaba demasiado angustiada para estar segura de poder sentir el destello que le indicaría que aún había esperanza. Desesperadamente invocando sus habilidades de curandera, Fauces Amarillas miró a su alrededor en busca de cualquier cosa cercana con la que pudiera tratarlos o curar sus heridas. Pero el claro estaba vacío: ni rastro de telarañas ni de hojas de caléndula. Aferrándose a los últimos rastros de esperanza, Fauces Amarillas se enroscó alrededor de los cachorros, lamiéndoles el pelaje aún caliente. «*¡Vamos, pequeños! ¡Vivan!*»

Unos pasos estrepitosos la perturbaron, seguidos de un gemido espantoso. Fauces Amarillas levantó la mirada y vio a Flor Radiante al otro lado del claro, mirando horrorizada. Estrella Rota estaba justo detrás de ella.

—¿Qué pasó? —preguntó Estrella Rota.

—Los encontré así —Fauces Amarillas contestó, con la voz temblorosa—. ¡Debe haber sido un zorro!

Estrella Rota olfateó el aire.

—No huelo ningún zorro.

—¡Estaba aquí! —insistió Fauces Amarillas—. Lo oí justo antes de encontrarlos.

Flor Radiante se acercó y miró a las dos pequeñas formas.

—¡Mis bebés, mis bebés!

Fauces Amarillas miró fijamente a Estrella Rota.

—¡Tienes que buscar al zorro! ¡Podría estar cerca!

—Fauces Amarillas, solo puedo captar tu olor —maulló el líder en voz baja—. Vuelve al campamento conmigo.

—¿Qué hay del zorro?

—Aquí no hay ningún zorro —Estrella Rota gruñó—. Ven.

Aturdida, Fauces Amarillas se levantó. Su pelaje estaba pegajoso de sangre y su boca estaba llena del sabor de la muerte.

—Llevaré a uno de los cachorros —maulló.

—No —ordenó Estrella Rota—. Enviaré guerreros para que los traigan. Flor Radiante, espera aquí.

Flor Radiante tomó el lugar de Fauces Amarillas y dobló su cuerpo alrededor de sus cachorros. No miró a Fauces Amarillas ni a Estrella Rota mientras salían del claro. Estrella Rota caminó junto a Fauces Amarillas mientras volvían al campamento. La luna se estaba poniendo cuando llegaron al claro. El cielo estaba gris y había un olor a lluvia en el aire. Todos los gatos habían salido de sus guaridas y buscaban afanosamente a los cachorros. Guijarro fue el primero en fijarse en Fauces Amarillas y se detuvo, mirándola fijamente. Poco a poco, los demás gatos se dieron cuenta de que había vuelto y dejaron de hacer lo que estaban haciendo, hasta que Fauces Amarillas sintió como si la mirada de todos los gatos del Clan estuviera fija en ella. Podía leer el asombro en sus ojos, y un destello de inquietud se unió a la pena que sentía por Pequeño Menta y Pequeña Caléndula.

—Bermeja. Cola de Rana. —La voz de Estrella Rota cortó el silencio e hizo una seña con la cola—. Sigan nuestro rastro de olor, y traigan a Flor Radiante y a los cachorros de vuelta al campamento.

Esperó hasta que los dos guerreros se hubieron ido, luego cruzó al pie de la Roca del Clan, haciendo un gesto con la cabeza para que Fauces Amarillas lo siguiera.

—Acérquense —ordenó al Clan, como si estuviera demasiado afligido para saltar sobre la roca y convocarlos formalmente.

Mientras el Clan se reunía, silencioso y aprensivo, Nariz Inquieta saltó hacia Fauces Amarillas desde la guarida de los curanderos.

—¿Estás herida? —jadeó—. Toda esa sangre…

—No es mi sangre —se atragantó Fauces Amarillas, como si al decírselo la terrible verdad fuera más real—. Es… de los cachorros

Un murmullo atónito se levantó del Clan, y Patas de Helecho dio un paso adelante, con los ojos enormes de miedo.

—Dime qué pasó.

—Los encontré en un claro… —empezó Fauces Amarillas.

Estrella Rota la interrumpió con un azote de su cola.

—Fauces Amarillas fue a buscar a los cachorros después de que Flor Radiante le dijera que habían desaparecido —anunció—. Cuando la encontré, estaba con los cachorros, pero los dos estaban muertos. Fauces Amarillas dijo que habían sido atacados por un zorro.

—¡Un zorro! —exclamó Salamandra Manchada, con los ojos muy abiertos por el miedo—. ¿En nuestro territorio? ¡Podría matarnos a todos!

—Tenemos que enviar una patrulla para rastrearlo —maulló Patas Negras.

Más gritos de miedo llegaron del Clan, pero Estrella Rota los silenció con un movimiento de la cola.

—No encontré ningún rastro de zorro cerca de los cachorros.

—¿Entonces cómo murieron? —preguntó Rabón.

—Sí, ¿cómo? —Patas de Venado repitió—. ¡Tenemos que saberlo!

Estrella Rota se alejó un paso de Fauces Amarillas.

—Solo una gata sabe la verdad —maulló en voz baja.

Patas de Helecho miró horrorizado a Fauces Amarillas.

—¿*Tú* los mataste? —susurró.

—¡Claro que no! —chilló Fauces Amarillas. En sus peores pesadillas nunca había imaginado que su propio padre pudiera acusarla de algo tan terrible—. ¡Estaban muertos cuando los encontré!

—No tenemos motivos para creer que Fauces Amarillas los mató —añadió Estrella Rota—. ¿Por qué lo haría?

—Ha estado bajo mucha tensión recientemente, con todas las batallas —señaló Paso de Lobo.

—¡Dijo que no quería tratar mi arañazo porque era un desperdicio de hierbas! —Zarpa del Alba agregó con un indignado movimiento de su cola.

—Sí, no ha sido ella misma últimamente —maulló Espinas Enredadas—. Le pregunté por un dolor en mi estómago, y prácticamente me arrancó la oreja.

—Pero luego te dio una baya de enebro para quitarte el dolor —Nariz Inquieta le recordó, pero ningún gato parecía estar escuchando.

—Actúa como si todo el Clan fuera una molestia —resopló Rescoldo.

Salamandra Manchada dio un paso adelante con un siseo furioso.

—¿De verdad estás sugiriendo que Fauces Amarillas mataría a nuestros propios cachorros para no tener que tratar sus heridas más tarde?

Hubo un silencio ensordecedor mientras Fauces Amarillas esperaba a que sus compañeros de Clan se dieran cuenta de que Salamandra Manchada estaba hablando con sentido. Lo rompió un aullido de Flor Radiante, que acababa de entrar en el campamento. Bermeja y Cola de Rana la siguieron, cada uno llevaba un lamentable trozo de piel destrozado.

Flor Radiante se abalanzó sobre Fauces Amarillas con un gruñido.

—¡¿Tú mataste a mis cachorros?!

Fauces Amarillas se quedó paralizada de horror. Antes de que pudiera reaccionar, Nariz Inquieta saltó delante de ella.

—¡No seas ridícula, Flor Radiante! —aulló.

Estrella Rota levantó la cola para pedir silencio.

—Nunca sabremos lo que pasó esta noche —maulló, con la voz entrecortada por el dolor—. Todo lo que sabemos es que dos jóvenes cachorros, dos guerreros prometedores, han muerto, y que Fauces Amarillas estaba con ellos. Fauces Amarillas, como nuestro curandera, debiste haber hecho algo.

—Lo intenté, pero… —Fauces Amarillas empezó a protestar.

Estrella Rota la ignoró.

—Bermeja —continuó—, ¿hay alguna prueba de que ella tratara sus heridas?

A regañadientes Bermeja sacudió la cabeza.

—No, Estrella Rota.

—¡Estaban muertos cuando los encontré! —exclamó Fauces Amarillas. Su cabeza daba vueltas. No podía creer que esto le estuviera pasando a ella, que algún gato se tomara en serio esas locas acusaciones.

—Cola de Rana, ¿sus cuerpos estaban fríos? —continuó Estrella Rota.

Cola de Rana agachó la cabeza.

—Pues… no.

Aullidos de sorpresa y odio surgieron del Clan. Baya de Serbal y Bigotes de Nuez se abrieron paso entre la multitud para ponerse al lado de Fauces Amarillas, junto con Nariz Inquieta y Salamandra Manchada, pero sus protestas no fueron escuchadas. Fauces Amarillas sabía que había demasiadas sospechas, demasiado dolor por esas últimas muertes como para esperar una respuesta racional de sus compañeros de Clan.

Estrella Rota se volvió hacia ella.

—Fauces Amarillas, no puedes quedarte aquí. Por tu propia seguridad, debes irte.

—¿Quieres decir, u-unirme a los veteranos? —Fauces Amarillas balbuceó. «*Podría estar en paz allí, y aún así ayudar a mis compañeros de Clan si vienen a mí.*»

—No. —Estrella Rota curvó el labio, mostrando un atisbo de afilados dientes amarillos—. No puedo protegerte en este territorio después de lo que pasó. Tus compañeros de Clan están demasiado enojados por estas muertes. Tienes que entender que no quiero hacer esto, pero no tengo elección. Debo exiliarte del Clan de la Sombra.

Ante sus palabras todo se volvió claro para Fauces Amarillas, claro como agua de manantial borboteando de una roca. Ella había amenazado con hablar con el Clan Estelar sobre lo que Estrella Rota estaba haciendo, para que lo despojaran de su liderazgo y de sus nueve vidas. Y esta era su forma de asegurarse de que eso nunca ocurriera. Ella se había convertido en un problema y él lo estaba resolviendo. Fauces Amarillas respiró hondo. Estrella Rota había hecho callar a este Clan durante demasiado tiempo. La furia se apoderó de su miedo. Si se callaba más traicionaría a todos sus compañeros de Clan, incluyendo la memoria de los cachorros muertos.

—¡Esto es exactamente lo que querías! —siseó—. ¡No podías saber que esos cachorros morirían, pero esta es tu oportunidad perfecta para deshacerte de mí! ¡Soy la curandera del Clan de la Sombra! ¡Este es mi hogar!

Patas Negras dio un paso adelante, con la voz pesada y arrepentida.

—Ya no, Fauces Amarillas. Ven, te escoltaré hasta la frontera. —Extendió la cola para apoyarla en su hombro, pero Fauces Amarillas la apartó.

—¡No me toques! —espetó—. Encontraré mi propio camino.

Todavía aturdida, tropezó hacia la entrada; sus compañeros de Clan se separaron para dejarla ir.

—¡Lo siento mucho! —jadeó Nariz Inquieta, saltando a su lado—. ¡Demostraré que fue un zorro! ¡Volverás pronto! ¡Ven a la próxima reunión de media luna!

Fauces Amarillas se detuvo en la entrada y le miró.

—Nariz Inquieta —maulló—, has sido un amigo querido y leal, pero no puedo quedarme aquí. No mientras Estrella Rota gobierne. Este no es el Clan de la Sombra

al que juré servir. —Mirando a los gatos agrupados alrededor de la Roca del Clan, añadió—: Tienen suerte de tenerte. Que el Clan Estelar ilumine tu camino, siempre.

—Pero, Fauces Amarillas… —se lamentó Nariz Inquieta.

Fauces Amarillas ya no podía escucharlo. Dándose la vuelta, se zambulló entre las zarzas y salió tambaleándose del campamento.



40

Medio loca de dolor y furia, Fauces Amarillas atravesó el territorio, aullando su rabia a las estrellas. Encontrándose en el borde de los pantanos, giró sus patas, alejándose de la guarida de los veteranos. «*No puedo desatar este desastre sobre ellos. Pronto se enterarán.*»

Por fin, la entrada del túnel que llevaba a los Cuatro Árboles apareció ante Fauces Amarillas. Obligando a sus patas a llevarla hacia adelante, se adentró en la oscuridad resonante. El agua goteaba a su alrededor, con un sonido anormalmente alto, y sus patas resbalaban en el viscoso suelo del túnel. Después de lo que parecieron temporadas, Fauces Amarillas divisó un hueco pálido frente a ella y salió del túnel para ver que la luz del amanecer se filtraba en el cielo. Con los miembros pesados por el cansancio, se tambaleó a través de los últimos tramos de territorio del Clan de la Sombra, y medio se arrastró, medio cayó en el hueco donde llegó a descansar en el refugio de las ramas puntiagudas de un arbusto de acebo. Fauces Amarillas yacía en la maleza mientras la luz de la mañana se fortalecía en un día frío y gris. Pronto empezó a caer una fina lluvia, pero Fauces Amarillas no tenía energía para encontrar un refugio mejor. Intentó dormir, pero las pesadas ramas de los cuatro grandes robles se cernían sobre ella, crujiendo de un modo amenazador que más bien parecía un trueno. Fauces Amarillas se quedó donde estaba, demasiado aturdida para pensar en moverse o comer, las duras palabras de sus compañeros de Clan resonaban una y otra vez en su mente. «*Clan Estelar, ¿pueden verme? ¿Saben lo que Estrella Rota ha hecho ahora?*» No hubo respuesta, ni señal de que sus ancestros la hubieran oído. Si Fauces Amarillas se había sentido sola antes, eso no era nada comparado con su soledad ahora.

Finalmente, las hojas muertas de acebo que tenía debajo comenzaron a punzarle el manto desaliñado, y se levantó. La noche había vuelto a caer, y la luz de las estrellas apenas permitía distinguir los cuatro robles gigantes. No es como que a Fauces Amarillas le importara. Si el Clan Estelar había renunciado a ella, los Cuatro Árboles no significaban nada, excepto un lugar donde demasiados gatos venían a cacarear sobre victorias vacías cada luna llena. Empezó a caminar, no porque tuviera que ir a algún sitio, sino porque estaba cansada de quedarse quieta. Le gruñía el estómago, pero no tenía hambre. Quizá algún día volvería a comer, o quizá no. No se molestó en preocuparse.

Pensó en Pequeña Caléndula y Pequeño Menta, fríos y quietos en las sombras. Esperaba que ahora estuvieran en el Clan Estelar, jugando con sus hijas, al cuidado

de Flama Plateada. Estaban mejor allí que en el Clan de la Sombra, donde Estrella Rota parecía deleitarse enviando gatos a la muerte antes de que tuvieran edad suficiente para cazar sus propias presas. Pero eso no impedía que Fauces Amarillas tuviera un terrible sentimiento de culpa por no haber podido ayudarlos. «*Oh Pequeña Caléndula, Pequeño Menta, siento mucho que hayan tenido que morir solos y asustados. Los habría salvado si hubiera podido, lo prometo.*»

Fauces Amarillas tropezó por el lado de la hondonada y a través de una línea de helechos que se enredaron en su manto. Fue vagamente consciente de unas marcas de olor, las del Clan del Trueno, pensó, pero no se atrevió a preocuparse. Era una curandera; podía ir a donde quisiera. O si no era una curandera, la echarían como a una proscrita, y estaría hambrienta y perdida en otro lugar. No le importaba.

Sus piernas comenzaron a temblar de cansancio, a pesar de que apenas se había alejado de los Cuatro Árboles. Se abrió paso hasta un grupo de helechos y se echó bajo las verdes frondas. El horror de haber sido exiliada, su dolor por los cachorros y su agotamiento minaron sus fuerzas hasta el punto en que ya no podía bloquear sus sentidos. Su cuerpo se convulsionó cuando sintió el dolor de las heridas de sus compañeros de Clan a lo lejos, la agonía de una zorra dando a luz en algún lugar cercano, el destello de miedo y angustia cuando un ratón cayó presa de las zarpas de un guerrero del Clan del Trueno. El sufrimiento de cada criatura del bosque inundó sus miembros y asaltó su corazón.

Por fin, exhausta, se durmió.

Fauces Amarillas nunca estuvo segura de cuántos amaneceres vio desde debajo de los helechos, despertando y desmayándose constantemente. Sabía que debía cazar, asearse y buscar refugio lo más lejos posible de aquellos Clanes malditos por el Clan Estelar, pero durante mucho tiempo no pudo convencerse de hacer nada.

Finalmente se dio cuenta de la luz del sol filtrándose a través de los helechos, calentando su manto, recordándole los tiempos en que había sido feliz en su hogar entre los pinos. Una ira que ardía lentamente comenzó a reemplazar su dolor. «*Mi Clan me desterró, ¡y no he hecho nada malo! ¡No me rendiré!*»

Un hilo de fuerza volvió a sus miembros. Podía oler agua y oír el gorgoteo de un arroyo cercano. «*Necesito beber, cazar y salir del territorio del Clan del Trueno.*»

Pero cuando se obligó a ponerse de pie, oyó un débil gruñido en dirección al arroyo. Al asomarse entre los helechos, vio a un gato joven con un pelaje del color del fuego que se dirigía directamente hacia ella con la postura del cazador, como si estuviera acechando a una presa. Fauces Amarillas se dio cuenta de que el viento debía de haber llevado su olor directamente hacia él. «*¡Excremento de zorro! Tenía que aparecer un gato del Clan del Trueno justo ahora. Seguro que me detendrá si intento escapar.*» Fauces Amarillas desenvainó las garras, hundiéndolas en el suave suelo del bosque. «*Tendré que luchar para escapar.*» Fauces Amarillas se apartó de los helechos y se arrastró al refugio de un grupo de arbustos. Ahora la brisa la favorecía a ella y percibía el olor del Clan del Trueno. El joven gato miró a su alrededor con expresión perpleja. Volvió a olfatear el aire, como si no pudiera

averiguar qué había pasado con el olor. «*¡Las presas no se quedan quietas, cerebro de ratón!*»

Soltando un gruñido, Fauces Amarillas salió de entre los arbustos y chocó contra el gato naranja, tirándolo de lado. Lanzó un chillido de sorpresa. Fauces Amarillas sintió un placer salvaje cuando sus patas se aferraron a sus hombros y sus mandíbulas se cerraron sobre su nuca.

—¡Murr-ouu! —gruñó el joven gato. Durante un instante luchó por liberarse, pero de repente relajó los músculos con un aullido de alarma y se quedó inerte.

Fauces Amarillas, quien seguía inmovilizándolo con las patas, abrió las fauces y soltó un aullido de triunfo.

—Ah, un insignificante aprendiz —siseó—. Una presa fácil para Fauces Amarillas.

Mordió una vez más el cuello del gato del Clan del Trueno, pero en el mismo momento él se levantó, explotando con toda la fuerza de un poderoso cuerpo joven. Fauces Amarillas soltó un gruñido de sorpresa cuando salió despedida, cayendo de espaldas contra un arbusto de aulaga.

El gato se estabilizó sobre sus patas y sacudió el manto.

—No soy una presa tan fácil, ¿eh? —maulló.

Fauces Amarillas se liberó de las ramas espinosas, siseando maldiciones a las espinas.

—No está mal, joven aprendiz —le espetó—. Pero ¡tendrás que hacerlo mucho mejor!

El joven gato hinchó el pecho.

—Estás en un territorio de caza del Clan del Trueno. ¡Márchate!

—¿Quién me obligará a hacerlo? —Fauces Amarillas curvó el labio—. Voy a cazar. Y *luego* me marcharé. O quizá me quede un rato…

—Ya basta de cháchara —le espetó el joven gato.

Fauces Amarillas sintió un cambio en él. Se dio cuenta de que estaba ansioso por luchar, por defender su territorio y proteger a su Clan. «*Para ser un aprendiz, tiene valor* —pensó con un primer destello de respeto—. *Tendré que usar un poco de astucia aquí…*»

Inclinando la cabeza y rompiendo el contacto visual con el joven gato, empezó a retroceder.

—No hay por qué precipitarse —ronroneó en un tono sedoso.

El aprendiz no se dejó engañar. Soltó un gruñido furioso y saltó hacia delante. Fauces Amarillas saltó a su encuentro, clavándole las garras en los hombros, y rodaron juntos en un torbellino de garras y dientes. Al soltarse, Fauces Amarillas se levantó sobre sus patas traseras y se abalanzó sobre la cabeza del joven gato. Para su frustración, él se apartó justo a tiempo y sus dientes se cerraron en el aire vacío a un ratón de distancia de su oreja. Antes de que Fauces Amarillas pudiera arremeter de nuevo, el aprendiz la golpeó con una pata, asestándole un fuerte golpe en la oreja. Aturdida, se puso a cuatro patas y sacudió la cabeza para despejarse. Mientras

intentaba recuperarse, su oponente se lanzó hacia ella y le apretó la pata trasera con fuerza. Fauces Amarillas chilló, dándose la vuelta para morder la cola del joven gato. La satisfacción la inundó cuando sus dientes conectaron. El aprendiz arrancó la cola de su agarre y la azotó con rabia. Sus ojos verdes brillaban de furia. Fauces Amarillas se agachó para un nuevo ataque, pero podía sentir que sus fuerzas menguaban. Su respiración era entrecortada y el hambre la carcomía como una rata viva en su estómago. Por un instante, el gato color fuego dudó. Fauces Amarillas se abalanzó sobre él para intentar agarrarlo por los hombros, pero su pierna herida se lo impedía.

—¡Suéltame! —le espetó el aprendiz, arqueando la espalda en un esfuerzo por arrojarla.

Pero Fauces Amarillas se las arregló para clavar las garras y se aferró con fuerza, utilizando su mayor peso para obligar al joven gato a caer al suelo. Él se retorció tratando de esquivar sus patas traseras, y una vez más rodaron juntos, mordiéndose y golpeándose.

Fauces Amarillas sabía que había perdido su oportunidad de ganar. Sus patas traseras apenas la sostenían y aflojó su agarre sobre el joven gato.

—¿Ya has tenido bastante? —gruñó.

—¡Jamás! —Fauces Amarillas escupió. Pero su pata herida cedió y cayó al suelo. Mirando al aprendiz, siseó—: Si no estuviese tan hambrienta y cansada, te habría reducido a polvo de ratón. —Su boca se torció de dolor—. Acaba conmigo. No te lo impediré.

«*Y entonces todo habrá terminado. No más dolor, no más lucha…*»

El joven gato vaciló, había algo en sus ojos que Fauces Amarillas no pudo leer.

—¿A qué estás esperando? —Fauces Amarillas se burló de él—. ¡Vacilas como un minino casero!

La rabia se encendió en sus ojos verdes.

—¡Soy un aprendiz de guerrero del Clan del Trueno! —gruñó.

Fauces Amarillas entrecerró los ojos. Había visto al gato estremecerse ante sus palabras, y sabía que había tocado un nervio.

—¡Ja! —resopló—. No me digas que el Clan del Trueno está tan desesperado que ahora tiene que reclutar mascotas.

—¡El Clan del Trueno no está desesperado! —siseó el gato.

—¡Pues entonces demuéstralo! —Fauces Amarillas lo desafió—. Compórtate como un guerrero y acaba conmigo. Me harás un favor.

El aprendiz la miró fijamente. Vio cómo sus músculos se relajaban mientras una chispa de curiosidad despertaba en sus ojos.

—Pareces tener mucha prisa por morir —maulló.

—¿Ah, sí? Bueno, eso es asunto mío, forraje de ratón —le espetó Fauces Amarillas—. ¿Qué problema tienes, minino? ¿Intentas matarme *hablando*?

Pero el hambre y el cansancio estaban minando sus fuerzas con cada latido. Sabía que no podía hacer nada más; estaba a merced de ese gato. «*¿Realmente hemos llegado a esto, Clan Estelar? ¿Es este el final que merezco?*»

—Espera aquí —ordenó por fin el joven gato.

—¿Estás de broma, minino? No voy a ir a ninguna parte —gruñó Fauces Amarillas, cojeando hacia un mullido brezo. Se echó y empezó a lamerse la herida de la pata.

El gato color fuego se dio la vuelta, luego la miró por encima del hombro con un siseo de exasperación antes de dirigirse hacia los árboles. Fauces Amarillas lo vio irse. Seguía entumecida por la conmoción, y ya no le importaba lo que le pudiera pasar. «*¿El Clan del Trueno me tendrá prisionera o me enviará de vuelta al Clan de la Sombra?*», se preguntó. Sabía que no tenía fuerzas para salir del territorio del Clan del Trueno antes de que la encontrara el gato naranja o alguna otra patrulla. ¿Eso significaba que se estaba rindiendo sin luchar?

Y sin embargo, había algo en ese pequeño y audaz aprendiz, alguna chispa que le recordaba a sí misma cuando era joven.

—No es como que vaya a dejar que lo sepa, arrogante cerebro de ratón —murmuró.

Esperaría a que volviera. «*Ahora no tengo Clan, ni destino, ni lugar donde estar, ni deberes que atender. Que el futuro traiga lo que quiera.*»

Fauces Amarillas suspiró, pero una tranquila determinación empezó a crecer en su interior. De algún modo, se sentía menos sombría, menos desesperanzada. Aquel no era su hogar, pero los árboles de ramas gruesas y los helechos susurrantes le prometían más paz de la que había conocido en mucho tiempo. No conocía bien a ningún gato del Clan del Trueno, no conocía bien a nadie —además de Nariz Inquieta quizá—, pero Estrella Rota los había criticado por ser demasiado compasivos y blandos con sus enemigos. Así que tal vez la verían con amabilidad, una refugiada del problemático Clan al otro lado de la frontera. Además, lo que le hicieran no podía ser peor que lo que había hecho su propio hijo. «*¡Mi hijo!*» Fauces Amarillas exhaló un largo y tembloroso suspiro. No podía abandonar el bosque. Aunque tuviera que buscar refugio en un Clan hostil, aún le quedaba trabajo por hacer, preguntas que solo ella podía responder. Venganza que debía buscar en nombre de Pequeña Caléndula, Pequeño Menta, Manto de Nube y los veteranos desterrados, todos los gatos a los que Estrella Rota había destruido con su ambición. Sola, hambrienta, aplastada por la traición, Fauces Amarillas hizo el juramento más solemne de su vida. «*Sé que mi camino volverá a cruzarse con el de Estrella Rota. Y un día haré algo para detener esta marea de fuego y sangre que ha desatado en el bosque.*»

CÓMIC EXCLUSIVO

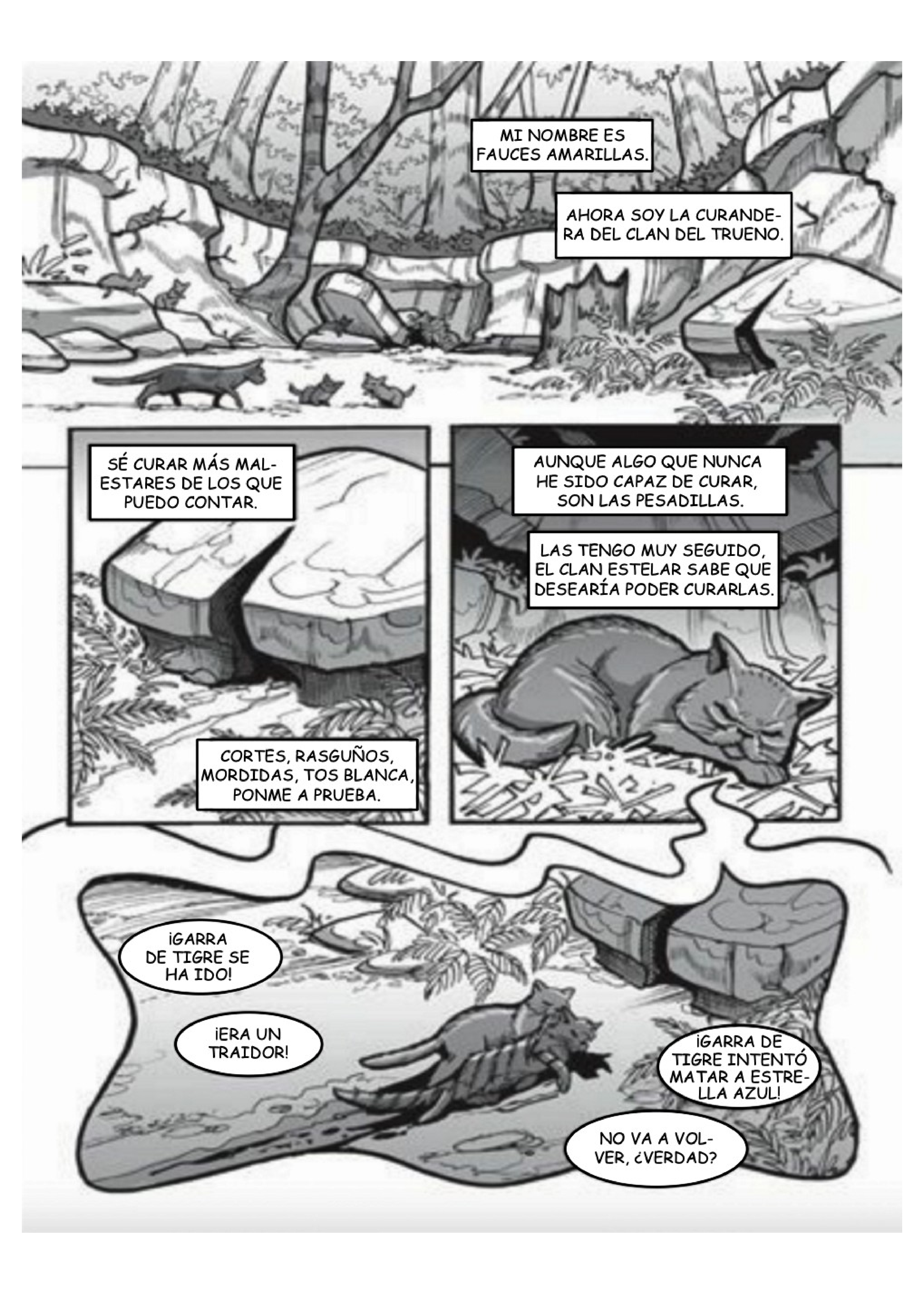
Sigue leyendo para ver lo que sucede a continuación
en una aventura de cómic exclusiva…



Creado por
ERIN HUNTER

Escrito por
DAN JOLLEY

Arte por
JAMES L. BARRY


MI NOMBRE ES FAUCES AMARILLAS.
AHORA SOY LA CURANDERA DEL CLAN DEL TRUENO.
SÉ CURAR MÁS MALESTARES DE LOS QUE PUEDO CONTAR.
CORTES, RASGUÑOS, MORDIDAS, TOS BLANCA, PONME A PRUEBA.
AUNQUE ALGO QUE NUNCA HE SIDO CAPAZ DE CURAR, SON LAS PESADILLAS.
LAS TENGO MUY SEGUIDO, EL CLAN ESTELAR SABE QUE DESEARÍA PODER CURARLAS.
¡GARRA DE TIGRE SE HA IDO!
¡ERA UN TRAIDOR!
¡GARRA DE TIGRE INTENTÓ MATAR A ESTRELLA AZUL!
NO VA A VOLVER, ¿VERDAD?


EL GATO HERIDO ES COLA ROTA. HA DEMOSTRADO SER EL PEOR TIPO DE TRAIDOR. TRAICIONÓ A SU CLAN. CAUSÓ MUCHAS MUERTES.
Y AHORA ESTÁ MUY MALHERIDO.
CÓMETE ESTAS BAYAS Y EL DOLOR DESAPARECERÁ DEL TODO.
SÉ QUE A TI NO TE IMPORTA NADA, COLA ROTA.
NI TU CLAN, NI TU HONOR, NI TU PROPIA FAMILIA.
YO NO TENGO FAMILIA.
TE EQUIVOCAS. HAS TENIDO A TU FAMILIA MÁS CERCA DE LO QUE JAMÁS HABRÍAS SOÑADO.
YO SOY TU MADRE, COLA ROTA.
Y ASESINASTE A ESTRELLA MELLADA, TU PROPIO PADRE.
YA ES HORA DE PONER FIN A TODA ESTA TRAICIÓN.
EL DOLOR QUE SIENTE... EL HORROR. NO ES POR LAS BAYAS MORTALES. NO AÚN.
MIS PALABRAS CAUSARON ESTO.
¿QUÉ CURANDERO HARÍA ALGO ASÍ?
¡FAUCES AMARILLAS!



POR SUPUESTO QUE DEJO QUE CARBONILLA INTENTE. PODRÍA FUNCIONAR...

BUEN DÍA, ZARPA RAUDA, CENTELLINA.

NO OLVIDEN REVISAR A LOS VETERANOS.

...ADEMÁS ME DA MÁS TIEMPO PARA PODER RECUPERARME BIEN DE LA PESADILLA.

¡AWWWW!

¡BUEN DÍA, FAUCES AMARILLAS!

TE LO DEBERÍA HABER DICHO ANTES. ESTRELLA AZUL TOMÓ LA DECISIÓN CORRECTA AL INVITARTE A SER NUESTRA CURANDERA.

NINGÚN GATO DEL CLAN DUDARÍA DE TU LEALTAD A NOSO-TROS.

BUENO, ES... ALGO RARO QUE CORAZÓN DE FUEGO ME DIGA ESO. NO PUEDO EVITAR PRE-GUNTARME SI SABE LO QUE LE PASÓ A COLA ROTA.

...PERO NO DICE NADA MÁS AL RESPECTO, ASÍ QUE YO TAMPOCO.

A CARBO-NILLA LE VA BIEN COMO APRENDIZA DE CURANDERA.

EH... LO HACE BIEN MIENTRAS SE CONCENTRE.

¿CUÁNDO PIENSAS HACERLA UNA CURANDERA COMPLETA?

AÚN HAY TIEMPO.

TAL VEZ... PERO EL CLAN SERÁ MÁS FUERTE CON DOS CURANDERAS. Y LO SABES.

DIRÍA QUE CARBONILLA HA ESPERADO SUFI-CIENTE.



SALGO A CAMINAR PARA DESPEJAR MI CABEZA. PERO EL BOSQUE EN SÍ ME DISTRAE.

EXTRAÑO LOS PANTANOS Y PINOS DEL CLAN DE LA SOMBRA.

AUNQUE ALGO BUENO DE ESTE LUGAR, ES QUE EL SONIDO VIAJA BIEN...

SÉ QUE CARBONILLA VIENE MUCHO ANTES DE VERLA.

¡FAUCES AMARILLAS! ¡LA PATA DE OREJITAS ESTÁ MUCHO MEJOR! LE PEDÍ QUE SE PARARA EN EL ARROYO...

...Y CREO QUE LA INFECCIÓN SE LIMPIÓ. LE PUSE LA CATAPLASMA DE CALÉNDULA.

HMF. NADA MAL, SUPONGO.

ASÍ QUE... ME PREGUNTABA... ¿CREES QUE ESTOY LISTA PARA SER UNA CURANDERA?

¿QUÉ LE PUEDO DECIR? ¿ALGO SIQUIERA? ...MEJOR NO DIGO NADA.

¿NO CREES QUE ESTOY LISTA? ...¿QUÉ MÁS DEBO APRENDER?

NO ES ESO, CARBONILLA. TE HAS GANADO TU PUESTO. ES... SOY YO. HICE ALGO TERRIBLE...

...Y SI NUESTROS ANCESTROS ESTÁN ENOJADOS CONMIGO, QUIZÁ NO TE DEJEN SER UNA CURANDERA.



SOLO PUEDO DECIRLE QUE LO INTENTARÉ.

DOS DÍAS DESPUÉS, PARTIMOS A NUESTRO VIAJE.

EL VIAJE RESULTA TRANQUILO, GRACIAS AL CLAN ESTELAR.

CRUZAMOS EL PÁRAMO DEL CLAN DEL VIENTO…

Y TREPAMOS HASTA LAS ROCAS ALTAS SIN NINGÚN PROBLEMA.

LOS CURANDEROS DE LOS OTROS CLANES LLEGAN A LA HORA PREVISTA.

ARCILLOSO DEL CLAN DEL RÍO… CASCARÓN DEL CLAN DEL VIENTO… MI ANTIGUO APRENDIZ, NARIZ INQUIETA, DEL CLAN DE LA SOMBRA.

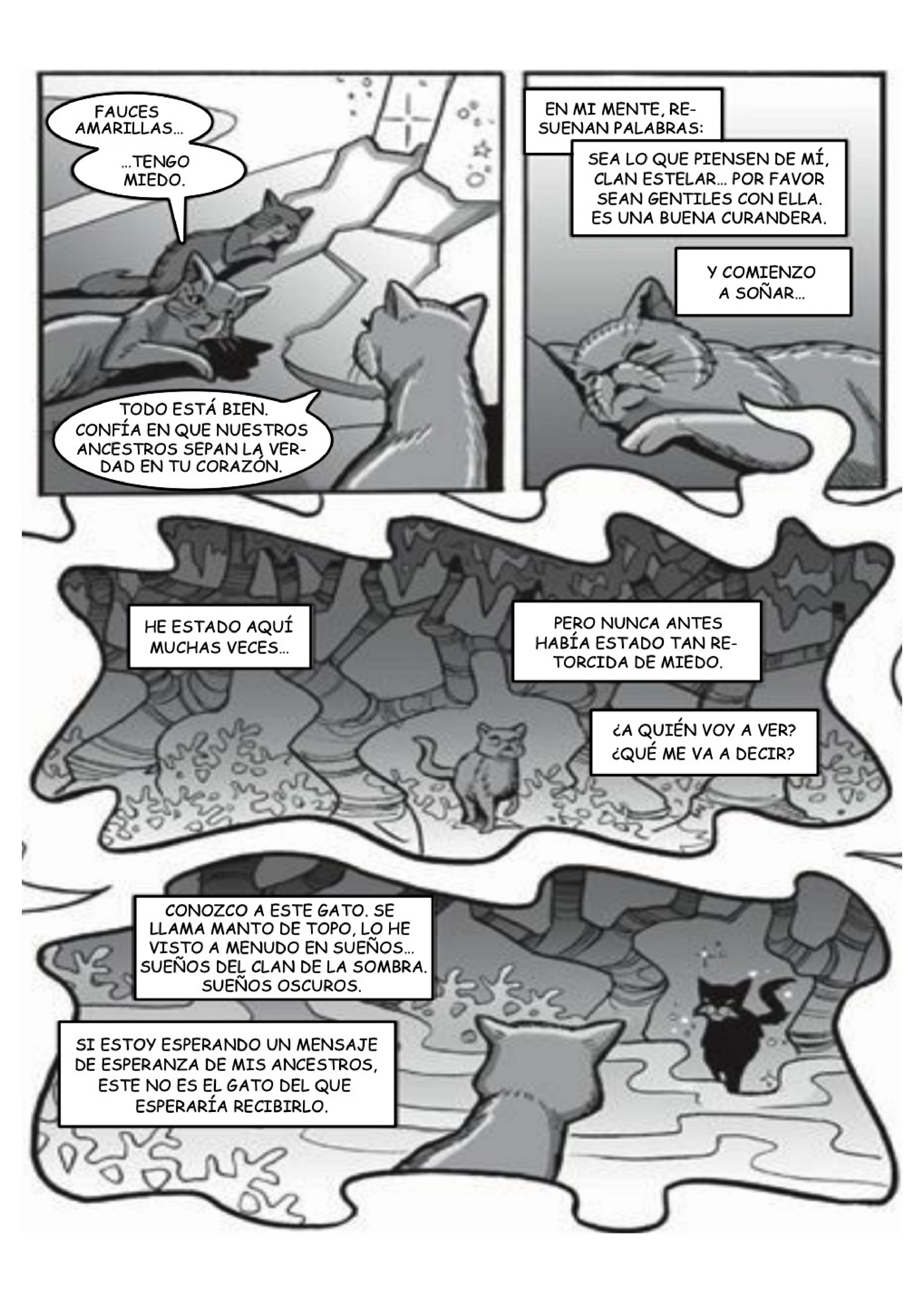

POR ALGÚN MOTIVO, EL TÚNEL HACIA LA PIEDRA LUNAR SE SIENTE MÁS LARGO.
INCLUSO ME LLEGO A PREGUNTAR SI NOS PERDIMOS...
...HASTA QUE SALIMOS A LA CUEVA.


LA PIEDRA LUNAR ESTÁ MÁS BELLA QUE NUNCA.


GUERREROS DEL CLAN ESTELAR.
LES TRAIGO UNA NUEVA CURANDERA, LEAL Y COMPROMETIDA A SU DEBER CON EL CLAN DEL TRUENO.
LES PRESENTO A CARBONILLA.
EL NOMBRE RESUENA EN LA CUEVA MIENTRAS LOS OTROS CURANDEROS LO REPITEN A SU VEZ. CARBONILLA.


BIEN, CARBONILLA.
ES HORA DE CAMINAR CON TUS ANCESTROS.
CLAN ESTELAR, SEAN AMABLES.




FAUCES AMARILLAS...
...TENGO MIEDO.
TODO ESTÁ BIEN. CONFÍA EN QUE NUESTROS ANCESTROS SEPAN LA VERDAD EN TU CORAZÓN.
EN MI MENTE, RESUENAN PALABRAS:
SEA LO QUE PIENSEN DE MÍ, CLAN ESTELAR... POR FAVOR SEAN GENTILES CON ELLA. ES UNA BUENA CURANDERA.
Y COMIENZO A SOÑAR...
HE ESTADO AQUÍ MUCHAS VECES...
PERO NUNCA ANTES HABÍA ESTADO TAN RETORCIDA DE MIEDO.
¿A QUIÉN VOY A VER? ¿QUÉ ME VA A DECIR?
CONOZCO A ESTE GATO. SE LLAMA MANTO DE TOPO, LO HE VISTO A MENUDO EN SUEÑOS... SUEÑOS DEL CLAN DE LA SOMBRA. SUEÑOS OSCUROS.
SI ESTOY ESPERANDO UN MENSAJE DE ESPERANZA DE MIS ANCESTROS, ESTE NO ES EL GATO DEL QUE ESPERARÍA RECIBIRLO.


LAS PALABRAS SALEN DE MI BOCA ANTES DE QUE PUEDA REPENSÁRMELO.
¿QUÉ QUIERES AHORA, MANTO DE TOPO? RÍOS DE SANGRE LLEGARON AL CLAN DE LA SOMBRA, JUSTO COMO PROMETISTE.
¿HAS VENIDO A PRESUMIR?
YO NUNCA PRESUMIRÍA, FAUCES AMARILLAS. EL CLAN DE LA SOMBRA FUE MI CLAN ALGUNA VEZ, AL IGUAL QUE EL TUYO.
HE VENIDO A DECIRTE QUE LAMENTO MUCHO LO DE COLA ROTA.
¿A QUÉ TE REFIERES?... ¿POR QUÉ... LO LAMENTARÍAS?
¿POR QUÉ LO LAMENTAS? ¿CÓMO PUEDE COLA ROTA TENER ALGO QUE VER CONTIGO?
¡YO ERA SU MADRE! ¡YO ELEGÍ SU CAMINO!
NO, FAUCES AMARILLAS.
TÚ SUFRISTE MÁS PORQUE TÚ LO PARISTE, PERO NO HABÍA NADA QUE PUDIERAS HACER PARA CAMBIAR SU DESTINO.
ÉL PODÍA ELEGIR QUÉ CAMINO SEGUIR, Y ELIGIÓ EL QUE LLEVABA A MASACRES Y MISERIA.
NO PUEDO... CREER LO QUE ACABO DE ESCUCHAR...
¡ESPERA! ¡NO!
CUANDO ACABO DE EMPEZAR A ENTENDER BIEN SUS PALABRAS, ÉL COMIENZA A IRSE.
¡VUELVE!


SI MANTO DE TOPO ME TRAJO PAVOR Y ENOJO CON SU LLEGADA, LA PRÓXIMA GATA EN HABLAR ME LLENA DE CALIDEZ.
¿FAUCES AMARILLAS?
ES MI ANTIGUA MENTORA DEL CLAN DE LA SOMBRA, ¡GRACIAS AL CLAN ESTELAR!
¡BIGOTES DE SALVIA! ¡ES TAN BUENO VERTE!
OH, FAUCES AMARILLAS...
SI HUBIESE SABIDO LO QUE TE ESPERABA,
NUNCA TE HABRÍA OBLIGADO A SEGUIR EL CAMINO DE UNA CURANDERA.
¿QUÉ? TÚ NO ME OBLIGASTE.
FUE MI PROPIA DECISIÓN, Y NO HA HABIDO UN DÍA EN EL QUE ME ARREPIENTA.
SIEMPRE TAN FUERTE, FAUCES AMARILLAS... SÉ LO MUCHO QUE SUFRES. TODOS LO SABEMOS.
PUEDO VIVIR CON MI DOLOR. LO QUE IMPORTA AHORA ES CARBONILLA... ¿LA DEJARÁN SER UNA CURANDERA?
LO HAREMOS, FAUCES AMARILLAS. ELEGISTE BIEN A TU APRENDIZA.
DEJARÁS UN FUERTE LEGADO EN EL CLAN DEL TRUENO. TODOS SUS CURANDEROS SERÁN EXCEPCIONALES.


¿Y COLA ROTA? ¿QUÉ HAY DE ÉL? LO...
BIGOTES DE SALVIA, YO LO MATÉ.
COLA ROTA PROVOCÓ SU PROPIA MUERTE.
EL CÓDIGO GUERRERO EXIGE LEALTAD ANTE TODAS LAS COSAS, Y TÚ HAS DEMOSTRADO SER MÁS QUE LEAL AL CLAN DEL TRUENO.


"VE BIEN, FAUCES AMARILLAS. CAMINARÉ CONTIGO, SIEMPRE."
¡FAUCES AMARILLAS!


¡VI AL CLAN ESTELAR!
¡FUE MARA-VILLOSO!
LA PALABRA DA VUELTAS EN MI CABEZA. MARAVILLOSO. Y CREO QUE TIENE RAZÓN. NUESTROS ANCESTROS ENTIENDEN.
FUE MARAVILLOSO.


AUNQUE NO DEJARÉ QUE NADIE LO SEPA.
RECUERDA, ¡ESTE ES SOLO EL INICIO DE TU DURO TRABAJO!
BUENO, MIS VIEJOS HUESOS DUE-LEN POR ESTA FRÍA PIEDRA.
VAMOS A CASA.
FIN.

Libro Original:
"Warriors: Yellowfang's Secret"
por ***Erin Hunter***.

Arte de la Portada:
Wayne McLoughlin.

Arte del Cómic:
James L. Barry.

Traducción No Oficial por:
Karian**, **Belu Morison**, **Milly Mendoza** y **Pichu06.

Edición de Portada por:
Isis Arr.

¡Para más traducciones, libros, concursos y fanarts, únete a nuestro grupo de Facebook!

Los Gatos Guerreros 🐾 [Fans] 💕

https://www.facebook.com/groups/1384429135129351/